

PENÍNSULA ODISEAS

Alfonso
Armada
Cuadernos
africanos



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Zambezeando en un diario
Prólogo a la edición de 2019
Nota a la segunda edición
Prólogo
Primer cuaderno
Segundo cuaderno
Tercer cuaderno
Cuarto cuaderno
Quinto cuaderno
Epílogo
Siglas, acrónimos y extranjerismos más frecuentes
Mapas
Referencias de los artículos de «El País»
Láminas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Cuadernos africanos es un viaje al corazón de África: a Ruanda, Zaire (ahora República Democrática de Congo), Burundi, Angola, Mozambique, Somalia, Sudán, Liberia, Suráfrica, Congo-Brazzaville y Tanzania. Ningún lector saldrá indemne de ese descenso a los infiernos africanos que son los cuadernos (públicos e íntimos) de Alfonso Armada, escritos entre 1994 y 1998, que conforman un retrato, con prosa afilada y castellano licuado, de la desgarrada realidad de muchos de esos países, con aeropuertos que son cuevas de ladrones, mercados convertidos en vertederos humanos y descampados donde la enfermedad y la muerte obran a su antojo.

CUADERNOS AFRICANOS

Alonso Armada

Prólogo de Pedro Rosa Mendes

ediciones península

EN ÁFRICA ES FÁCIL CAER EN LA TENTACIÓN DE ALBERT CAMUS CUANDO ASEGURA QUE EL MUNDO CARECE DE SENTIDO. QUISIERA CREER QUE NO ES ASÍ. ESTE LIBRO ESTÁ DEDICADO A CORINA ARRANZ, POR COMPARTIR ESE DESEO Y ALGO MÁS.

Zambezeando en un diario

por

PEDRO ROSA MENDES

Un hombre, medio desnudo, corre por la calle llevando en la mano la mano cortada de otro hombre. Un brazo, ya sin vida, pero todavía con movimiento, hace señas a alguien pidiendo que lo saquen de en medio de los cadáveres. Un cuerpo esparce en el asfalto una irremediable caligrafía de sangre, con un extintor clavado en el estómago. Una mujer, besada por un enemigo invisible, derrama sus entrañas por todos los orificios del cuerpo. ¿Por qué escribir?

La muerte no necesita tener un sentido —para eso hacemos sacrificios a los dioses—. Pero su motivación, su mecanismo, su instante, su forma de actuar, sí. Es apenas esa exigencia de sentido —una apreciación, un relato íntimo, es decir, una ficción— lo que nos separa de la barbarie. Es una línea delgada, tenue, frágil, una línea de valores, de interrogantes, de miedos —el hilo de nuestra condición humana, un neón incandescente de desesperanza llamando a ciegas a la caída de la noche.

Ese sentido que nos mantiene en pie adquiere, en una situación límite, una batería de palabras, porque es apenas gracias a las palabras que el mundo resucita cuando matamos al mundo. Es esa la razón por la que los supervivientes de un genocidio hablan. Porque hablar del genocidio es tener el valor de vivir la experiencia más extremada de aniquilación —un genocidio es el asesinato premeditado de la memoria.

Hay en estos *Cuadernos africanos* una cita de una conversación de Gustav Janouch con el «doctor Kafka»: «El lenguaje es el ropaje de lo indestructible que hay en nosotros; un ropaje que nos sobrevive». Subrayo: lo único que nos sobrevive. Atención: ese ropaje no es una vanidad, ni una respuesta, ni siquiera una esperanza. Es apenas escritura. Una insistencia de vida: «Un diario es un registro contra la muerte, aunque dé cuenta de ella», explica el autor de estos cuadernos. «Digo que las palabras sirven y por eso, contra toda esperanza, las sigo empleando». No hay esperanza en este libro. No hace falta. Es un libro lleno de vida y lleno de poesía, dos cosas que conviven en estado puro con las formas más superlativas de muerte. Hay un mapa político de África en las páginas iniciales de estos *Cuadernos*. Con la sencillez de Picasso —un toro son tres trazos...—, podríamos caer en la tentación de pintar encima otro mapa del continente, en dos rasgos, dos líneas, dos elipses condensando una geografía de la tragedia (guerras, hambres, odios, epidemias, catástrofes): un dominó de conflictos desde los desiertos del Cuerno de África a los desiertos del sudoeste y, más a la izquierda, otra estela de tensiones siguiendo la graciosa curva

del Golfo de Guinea. Podríamos hacer un retrato de África que fuera así. Tendríamos un contorno, una vaga sugestión de cuerpo. Se nos quedarían fuera el alma y el habla.

Liberia, Somalia, Ruanda, Angola, Sierra Leona, Sudán...: África irrumpe en los hogares del Norte con todos los colores del apocalipsis. El mundo está hecho de raciones escasas, con noventa segundos de espesor y la superficialidad que se reproduce al ritmo de los telediarios (y es necesario afirmar que la actualidad ignora cada vez más las cadencias profundas de la realidad, es decir, del complejo universo de los hombres).

Pocas cosas tienen sentido en esas imágenes, en esa violencia, en estos países, en esos individuos. Pero, paradójicamente —tal vez no—, cada vez se ofrecen menos explicaciones, en el sentido que le da Michael Ignatieff: «Relatos morales que sustentan, en una primera interpretación, nuestro interés» hacia otros lugares y otros grupos que no son los que están a nuestro lado (de familia, de idioma, de religión, etcétera). Olvidamos que la guerra fría ofrecía, irónicamente, un relato, un filtro para interpretar el globo que, al dividir el mapa, facilitaba una lógica aparente para los conflictos del Tercer Mundo y para nuestra implicación (por adhesión o rechazo) en ellos. No son las imágenes de una tragedia que, en sí mismas, nos acercan a las víctimas. Las adhesiones son arbitrarias. La respuesta y el acercamiento requieren algo más, una historia. Pero las que hoy se nos ofrecen aumentan la distancia, mediante la apatía, y a corto plazo desembocan en la intolerancia. Por una parte está el relato de la globalización: nos enseña a competir y a desconfiar. Por otra, el relato del caos, en la línea definida por el famoso artículo de Robert Kaplan, «The coming anarchy». Kaplan volvió de ciudades como Monrovia o Freetown (pero también Grozny) y esbozó una profecía negra para vastas zonas del globo: «El decaimiento de los gobiernos centrales, la aparición de reinos tribales y regionales, la propagación descontrolada de la enfermedad y la creciente infiltración de la guerra». Un hombre, medio desnudo, corre por la calle...

Si el continente deja de tener sentido, la primera tentación es alejarnos y mantenerlo a distancia, procurando certezas y un refugio en la ficción que sirve para fundar una civilización —cada hombre es naturalmente igual a los otros hombres—, hasta el punto de volver a identificar de nuevo esa ficción, esa fe irrefragable, con una geografía aislada —el «Norte», «Europa», «Occidente»—. De este lado del muro, la razón. Del lado exterior, la barbarie... (Por eso es tan dramáticamente necesario que sea un éxito la ficción colectiva de nuestra civilización, un espejo con el rostro de la angustia llamado Bosnia-Herzegovina). La desilusión encierra una peligrosa derivación hacia la indiferencia y —río arriba, en dirección a la demencia conradiana— la repugnancia, la repugnancia de «¡el horror, el horror!». La fórmula es apenas un matiz más perverso de la enunciada por Conrad/Kurtz en *El corazón de las tinieblas*: en vez de «exterminen a todos los salvajes», que está muy pasado de moda, es perceptible hoy día la tentación del «dejen que los salvajes se exterminen entre ellos». «A veces es preciso darle una oportunidad a la guerra. Los conflictos armados ayudan a veces a resolver muchos problemas», propone el estadounidense Edward Luttwak, profesor de Estrategia. No es el único en suscribir esa propuesta.

La historia de los africanos es una trayectoria de resistencia e invención de la supervivencia. Según la tesis del historiador John Iliffe, «los africanos fueron y continúan siendo hombres de frontera que colonizaron una región especialmente hostil del mundo a favor de toda la raza humana. Ésa es su mayor contribución a la historia». En el centro de esa larga trayectoria está el poblamiento del continente, la coexistencia con una naturaleza enemiga de las comunidades agrícolas, la construcción de sociedades duraderas y la defensa contra agresores de regiones más favorecidas. Como dice un proverbio de Malaui, «son las personas las que hacen el mundo; la selva tiene heridas y cicatrices».

Si ese mundo aparentemente no tiene sentido, entonces es preciso internarse en la «selva», por lo menos para cartografiar las heridas y las cicatrices, no por morbo o «voyeurismo», sino simplemente por tratar de entender el dolor y en alguna medida comprender al hombre cuando vive en contacto con el dolor desde sus más remotos antepasados. Es preciso abrir los cuadernos con tiempo, con curiosidad, con humildad, pero también casi siempre con valor. Es preciso volver a ser niño y enfrentarse a la noche como casi sólo los niños consiguen hacer: con pánico, con euforia, con claridad. Alfonso Armada corrió ese riesgo y abrigó ese deseo. Sus diarios, como sus reportajes —¿es posible hacer una distinción?— son el penoso, pero apasionado y apasionante, descubrimiento de un continente por un niño que creció en una aldea de Galicia de una lluvia de una tarde de una nube...

¿Qué continente es ése? Una tierra que, como ninguna otra, hace de la historia de la familiaridad con el sufrimiento y de los resortes para lidiar con él un proceso en el que el tráfico negrero es su más desgraciado monumento. Una tierra donde, hoy como hace trescientos años, «los esclavos son negocio de reyes», metaforizando el relato de un perspicaz traficante francés: millones de africanos siguen soñando hoy día con una verdadera independencia, que les ha sido negada por sus propios líderes y por los intereses y omisiones de la comunidad internacional, que continúa fallándole a este pueblo de frontera (en casi todo, desde la revolución de la información al perdón de la deuda —¡África vive en una crisis que, en términos macroeconómicos, es más profunda que «nuestra» Gran Depresión, y a pesar de eso, en los últimos años fue sangrada de capital al vertiginoso ritmo de nueve mil millones de dólares al año!).

La generación de la liberación se reveló, al final, como la generación de la traición, apoyada, inducida por una generación de comerciantes de ratoneras. Es urgente encarar —aunque sea por motivos egoístas— el potencial de violencia que se acumula cuando la desilusión acaba siendo fermento de desesperación, exactamente de la misma forma que la utopía se agrió en pesadilla. África es el continente que entró en el siglo XXI con un mapa político del XIX, donde más de medio centenar de estados —parte de ellos en proceso de desintegración, parte de ellos en completa ficción— compiten por casi todo: recursos, territorio, inversiones, atención.

Sin ninguna originalidad, algún mundo —el de nuestra orilla— acude a África con la voracidad de siempre, para contribuir al vértigo y la embriaguez de esos estados y de sus elites. Se inventan nuevos acuerdos, nuevos mecanismos, nuevas estrategias de pillaje y dominación, tan fantásticos

como siniestros, que posibilitan, como nunca antes en la historia, alianzas de poderes públicos con aparatos militares, estructuras privadas y nuevas organizaciones criminales internacionales, en una ruleta monstruosa donde se apuesta alto, muy alto, al petróleo, a los diamantes, a la droga, a las armas, a la madera, a las influencias.

Prefiero los ríos, y no los animales, para dar con las metáforas de África: corrientes caudalosas, imparables en busca de un océano —aunque esa corriente tenga que abandonar las riberas para desaparecer dentro de un mar de arena, como acontece en el extraño delta del Okavango. *Cuadernos africanos* comienza con un genocidio y Alfonso Armada descubrió, en Ruanda, que el corazón del continente —y el corazón de cada individuo— puede ser el corazón donde brota el olvido del hombre, del otro. Conrad localizó ese origen en el Congo. Sé, mientras tanto, y eso me tranquiliza, que Alfonso Armada está en otra curva del río.

«Nosotros, dice, podemos entrar y salir». Es casi siempre verdad. Por eso prefiero pensar, en esa geografía metafórica de África que se agarra a la retina por la parte de dentro (como los sueños), que el Congo es el río de entrada, pero que el Zambeze es nuestra corriente de salida: desde la selva hacia el mar, desde el odio hacia la reconciliación, desde los imperios de los hombres hacia los países de las leyes. O, recurriendo a la rosa de los vientos de los Han de la antigua China, un río de Occidente —el altar de luz roja, de sangre, hacia donde se orientaban los megalitos para conmemorar la guerra y a los señores de Marte—hacia Oriente, patria de la primera luz de la mañana, la más pura y bella, hacia donde orientamos los escritos que, después de nosotros, se quedarán a la orilla de los caminos como mensajes para los que una vez quisimos.

«Aquí te enfrentas cada día: a tu propio destino y a tu extraña condición de ser humano» escribe el reportero, escudándose en el papel más noble de mediador moral entre el público y «la muerte en directo». «Pero es una ficción, un subterfugio».

(Un juicio, un relato íntimo).

Entonces, otra vez: ¿Por qué escribir? Alfonso tiene la sensatez y la dignidad de no responder. Yo sé que él sabe, o no habría compartido la belleza en bruto de sus cuadernos. Su diario —que yo le vi escribir en medio del cansancio, de los disparos, de los muertos, del miedo, de la oscuridad, en medio de la mayor soledad— responde por él. Porque la literatura puede estar construida con hechos; porque los grandes relatos no son una invención, sino una suerte de intensidad; porque un periodista tiene que ser honesto, pero no puede ser indiferente; porque de un bolígrafo no brota tan sólo tinta y sangre, a veces puede surgir una lágrima.

Un hombre, medio desnudo, corre por la calle.

Otro hombre, casi niño, corre por la noche de África sentado en una página en blanco... Lleva —trae— en la mano palabras de luz.

PEDRO ROSA MENDES
MAPUTO, JULIO DE 2001.

Prólogo a la edición de 2019 25 AÑOS DESPUÉS DEL GENOCIDIO

No conozco el nombre del niño que aparece en la portada de esta nueva edición de *Cuadernos africanos*. No se lo pregunté. Sí sé que le pedí permiso para tomarle la foto, para enfocar con calma y asegurarme de que la luz y el encuadre eran los adecuados. Sí sé que la tomé en un pueblo de Togo. Pero Togo es un país que no figura en estos cuadernos, porque a Togo fui mucho después de que fueran escritos.

Ha llegado la hora de que África se convierta en dueña de su destino. Era un pensamiento de Julius Nyerere, el líder tanzano al que no abordé cuando me crucé con él en una cumbre de la Organización para la Unidad Africana en Túnez a la que me envió Luis Matías, el redactor jefe de la sección de internacional de *El País* durante buena parte de mis años como corresponsal para África, en «compensación» por lo que había visto en Ruanda. Nunca me lo perdoné. Años después, tantos años después, de la independencia, del genocidio de Ruanda, de la muerte de Nyerere, África sigue necesitando hacerse dueña de su destino.

Algunos países lo han logrado ya, como Botsuana, Ghana, Namibia, Cabo Verde, Suráfrica, Mozambique, Senegal, Etiopía... He regresado al continente, después de haberlo *traicionado* por Nueva York (dejé *El País* por *Abc*, la corresponsalía para África por la de Manhattan), siempre que he podido. He visto cómo algunas de sus economías luchan por situarse entre las más pujantes. He visto cómo China ha ido haciéndose con el control de sus riquezas, ganándose a dirigentes y empresarios, haciendo oídos sordos a las violaciones de los derechos humanos y el autoritarismo (pidiendo como contrapartida que hagan lo propio respecto a su casa, en la ONU y en otros organismos). He visto cómo surgen movimientos democráticos que se sirven de las nuevas tecnologías para cuestionar el viejo poder, y cómo se alían por encima de las fronteras y atizan un fervor por el cambio que no será posible volver a encerrar en una botella de alcohol y mentiras. He visto cómo el continente más joven crea nuevas industrias, comercia gracias al móvil, se salta la revolución industrial, se hace preguntas, hace cine, escribe, canta, piensa y trata de hacerse respetar en un mundo desigual, y traza nuevos vínculos con vías férreas y carreteras y conexiones aéreas que desbaratan el dibujo y las fronteras trazadas en Berlín. El continente en forma de interrogante o en forma de pistola, según se mire, y donde está nuestro origen como especie, acaso encierre la respuesta al futuro de la humanidad. ¿Sabrá Europa salvarse aliándose con lo mejor y más vibrante y más lúcido de ese espacio sobre el que hemos proyectado tantas fantasías, codicia, sueños?

Este abril de 2019 se cumplen 25 años del genocidio de Ruanda. Hace 25 años hice mi primer

viaje a África. Y empecé por donde no quería haber empezado, aunque entonces no sabía lo que iba a ver, con qué me iba a encontrar. Pensaba que lo que había experimentado en Sarajevo durante el cerco me había vacunado para cubrir el dolor, para explicar la geopolítica de la maldad. Pero nada te prepara para algo así.

Desde la ventana de mi escritorio en Madrid, ante un paisaje de invierno que parece una estampa inconclusa de Giorgio Morandi, vuelvo a *Pequeño país*, la novela de Gaël Faye, nacido en Bujumbura, la capital de Burundi, en 1982, hijo de una ruandesa y de un francés. Con el pensamiento y la memoria he vuelto en numerosas ocasiones a aquella mañana de abril en Ruanda, a aquellos soldados italianos armados hasta los dientes, que parecían capaces de salvarse del miedo a morir y salvar a otros de las garras del odio. Pero sobre todo al brazo de aquella muchacha ruandesa en Gíkoro que, como un náufrago en medio de un mar de muerte, trataba de llamar la atención de los vivos. Ese brazo es para mí el símbolo de lo que ocurrió en Ruanda en tres meses de la primavera de 1994.

Del mismo modo que el protagonista, el narrador de *Pequeño país*, se obsesiona con el retorno, que pospone indefinidamente, porque tiene miedo de encontrarse con verdades enterradas, con pesadillas dejadas en el umbral de su país natal, yo también pospongo mi reencuentro con Ruanda, con lo que vi, con lo que escribí aquel día de abril. Escribe Gaël Faye: «El genocidio es una marea negra: quienes no se ahogan van cubiertos de petróleo toda la vida».

La culpa está depositada en algún lugar todavía no cartografiado del todo. Creo que si cerrara los ojos y, desnudo, me soltaran en esa selva interior acabaría encontrando el cajón donde está enterrada esa memoria: envuelta en un saco de arpillera, con paja húmeda, algunas piedras y fotografías en sepia que, milagrosamente, y pese a los flujos cerebrales, no se han borrado. En medio de un lagar de sangre seca, en medio de un campo de cadáveres, el brazo de una muchacha ruandesa asesinada se movía de forma automática, en ángulo recto, silenciosamente, así, así, así. Estaba solo con los soldados de la base naval italiana de La Spezia y no hicimos nada. El capitán me dijo que su misión era rescatar a dos sacerdotes católicos y era lo que íbamos a hacer. ¿Dos veces? Ni siquiera tres, como San Pedro. Se lo pregunté dos veces. «Creo que hay una persona viva.» Dos veces. Estaba solo, en aquel pueblo del interior de Ruanda del que jamás había oído hablar. En realidad, hasta hacía apenas unas semanas tampoco había oído hablar mucho de Ruanda, del país de las mil colinas, de la región de los Grandes Lagos, de Kigali, de los hutus, de los tutsis, de la colonización primero alemana, luego belga, de las complicidades francesas. Luego empecé a hacer averiguaciones. Luego empecé a estudiar. Pero aquella mañana de abril no hice lo que tenía que haber hecho. Estaba solo con aquellos soldados a los que no he vuelto a ver, a los que no he buscado. Como tampoco he vuelto a Gíkoro. No soy fotógrafo, pero tenía mi cámara, y me puse a hacer fotografías de los cadáveres. Están dentro de este libro. Pero no hay ninguna de esa muchacha ruandesa que levantaba el brazo de forma rítmica, suave, silenciosa. Una leve antena de piel y huesos, como un junco que antes de exhalar el último aliento parecía reclamar una

pequeña dosis de piedad que nadie le concedió. Para pedir que alguien la consolara, la sacara de aquel barrizal de sangre seca, destrucción, odio puro, odio.

Antes de que el genocidio devorara Ruanda, y Burundi (que vuelve a estar amenazado), cuenta Gaël Faye en su *Pequeño país* algo en lo que Ryszard Kapuściński y Pedro Rosa Mendes y Leila Guerriero y Alberto Salcedo Ramos y James Agee y Ander Izagirre, y sobre todo Wisława Szymborska, insisten. Para que el relato del mundo sea menos incompleto, algo más verdadero, con sus claroscuros, con sus silencios y sus voces tenues, sus gritos desgarradores y sus callejones sin salida, sus carreteras secundarias y sus descampados, hace falta salir, y escuchar, y esperar. Es decir, dedicarle tiempo, que es lo que todavía abunda en África. Tiempo que necesitamos para conocer al otro, para que nos abra no solo la puerta de su casa sino de su pensamiento. A pesar de tanto dolor como atesora este libro, sé que esa otra vida sale a relucir de vez en cuando. Por eso estoy siempre deseoso de volver, para aplicarme a contar esas otras corrientes que no están en el flujo arbitrario y espectacular de las noticias, malas, que se empeñan en confiscar la realidad, en reafirmar el estereotipo de que África (¡como si fuera posible resumirla de un plumazo!) es un continente sin esperanza. Mientras que aquí, perdidos en medio de las luces de los anuncios y el ruido de la política y el periodismo degradados, en esta orilla del mundo, hemos subastado el tiempo al mejor postor, olvidándonos de que así, por culpa de esa inconsciencia, de esa velocidad, no hacemos más que correr como galgos ciegos hacia la muerte. Habla Gaël Faye de su África en Bujumbura, durante su infancia, y de qué manera abrupta terminó. Pero podía hablar de la casa de mi abuela Emilia en Coia: «Era una mañana como cualquier otra. El gallo que canta. El perro que se rasca detrás de la oreja. El aroma del café que flota en la casa. El loro que imita la voz de papá. El sonido de la escoba que araña el suelo en el patio del vecino. La radio que resuena en el vecindario. El lagarto de vivos colores que toma su baño de sol. La fila de hormigas que se llevan los granos de azúcar que Ana ha dejado caer de la mesa. Una mañana como cualquier otra».

Escribe Simone Weil en *La gravedad y la gracia* que «el mal imaginario es romántico, variado; el mal real, triste, monótono, desértico, tedioso. El bien imaginario es aburrido; el bien real es siempre nuevo, maravilloso, embriagante». Vuelvo a ella algunas noches. Como Franz Kafka, me acompaña en mi escritorio como una vela de tinta china, quieta, silenciosa frente a los huracanes. Añade: «El bien es esencialmente diferente del mal. El mal es múltiple y fragmentario, el bien es uno; el mal es aparente, el bien es misterioso; el mal se basa en acciones, el bien en una no acción, en una acción inoperante...». He vuelto de África compungido, transformado, silencioso, herido, convertido... ¿En qué? Me he asomado a ese mal del que habla Simone Weil, como he visto ese bien del que habla Simone Weil.

La noche conradiana es la de los que por su codicia enraizaron y exacerbaron el horror (que también existía antes de que llegáramos los blancos, no nos engañemos: no somos los grandes hacedores de todo lo bueno y de todo lo malo) en su propio beneficio. Hasta nuestros días. Si Europa no quiere volver a vender su alma al diablo, si no quiere caer en otra noche de la historia,

ha de comprender que ha de salir con claridad de esa niebla moral que envenena su discurso político de odio y miedo ante la inmigración. Ante el otro y su necesidad. Y África, con todos sus formidables desafíos vitales, económicos, ecológicos y demográficos, puede ayudarle a encender y cebar ese faro que rasgue el velo de la oscuridad. Si no lo sabemos ver, si nos envilecemos subcontratando como en el pasado a dictadores y lacayos la vigilancia, la esclavitud, la muerte... es decir, el mal, lejos de nuestros ojos, de nuestra encallecida conciencia, para que no veamos qué hacen con los que son como nosotros, estaremos perdidos. Cuando llaman a nuestras puertas como haríamos nosotros si estuviéramos en su lugar, como hicimos nosotros cuando estuvimos en su lugar, como haremos nosotros cuando estemos en su lugar... nos arrojan a la cara la gran pregunta moral de nuestra era. De cómo respondamos a esa pregunta depende si merecemos perecer como civilización, como episodio fugaz de la historia de la humanidad. O Europa es fiel a lo que quiso ser después de la Segunda Guerra Mundial, o Europa honra la Declaración Universal de los Derechos Humanos, o volverá a hundirse en la noche oscura de la sinrazón. ¿A qué tinieblas nos puede abocar el discurso del odio y del miedo que ha vuelto a circular con fuerza en tantos lugares del mundo, convertido en mercancía política legítima y rentable?

Nuestro porvenir está marcado, aunque no lo queramos, por nuestras decisiones. Aunque pensemos que el poder está podrido y no hay nada que hacer, no es cierto. La historia no está escrita. Me lo han dicho en más de una ocasión mis amigos africanos, sobre todo mis amigos guineanos, que llevan tanto tiempo luchando para que la democracia se afirme en la antigua colonia española. No podemos seguir pensando en África con el paternalismo y la mala conciencia de quienes explican todos los males del continente recurriendo a la esclavitud, a la colonización, al reparto de África en 1885, a la descolonización forzada tras la Segunda Guerra Mundial, a los intereses despiadados de las metrópolis, a la guerra fría, a la codicia inherente al capitalismo, a los estrechos lazos entre tantos dictadores y sus antiguos dueños. Hay una responsabilidad de los africanos respecto de su propia historia, respecto de su propio destino. Incluso la ayuda humanitaria, la caridad, ha de ser complemente reconsiderada. ¿En qué medida, como me decían unos misioneros mexicanos en Kibera, el principal barrio de chabolas de Nairobi, la ayuda no está perpetuando la dependencia, el clientelismo, la inercia del fracaso vital?

El niño de Togo será ya un hombre. Porque han pasado nueve años desde que le pedí permiso para tomar la fotografía que sirve de portada a esta nueva edición de unos *Cuadernos africanos* que vuelven a publicarse cuando se cumplen 25 años de uno de los sucesos más terribles de la historia africana, de la historia del mundo: el genocidio de Ruanda. Hoy es un país ordenado, limpio, donde las bolsas de plástico están terminantemente prohibidas, su Parlamento cuenta con más mujeres que ningún otro, está en plena expansión económica, sometido al poder victorioso de los herederos del Frente Patriótico Ruandés que logró la victoria tras el genocidio, y de su líder, el carismático e implacable Paul Kagame, que ha modificado la constitución para perpetuarse en el poder como hombre de hierro, providencial, y ha vetado la adscripción étnica, ha prohibido que se pregunte a los ruandeses por su filiación, si son hutus, si son tutsis, si son twas. Y que persigue

sin tregua a los que ponen en entredicho el genocidio, a los que quieren reavivar las diferencias étnicas, o se atreven a esgrimir la sagrada democracia y sus contrapesos.

El niño de Togo, con su machete bajo la axila, su fruta blanca en la mano, su torso y sus pies desnudos, su pantalón deshilachado, tal vez se cortó las manos con las concertinas afiladas que protegen Ceuta y Melilla. El niño de Togo tal vez consiguió llegar a España y emprender una vida entre nosotros. Pero puede también que se quedara en su Togo natal, y lleve una vida llevadera. Me gustaría pensar que sí. Que ha estudiado y ha conseguido demostrar, como tantos otros africanos a los que apenas prestamos atención en los medios que cristalizan la realidad del mundo, que el futuro de los africanos han de labrarlo sobre todo los propios africanos.

No tengo respuestas para todas las preguntas.

CODA

Casi al final de *Pequeño país*, escribe Gaël Faye: «La señora Economopoulos decía que las palabras son más ciertas que la realidad». Con las palabras me he adentrado en África, en el espanto y en la dulzura, en el horror y en la belleza. Y he tratado de encontrar sentido donde acaso no lo había. Me sigo haciendo preguntas. Sigo buscando las palabras preciosas y precisas, pero también las capaces de adentrarse en la grandiosa oscuridad estrellada de la noche somalí, de la noche tropical, de la incandescente noche africana, como un candil que nos acompañe en esta travesía en la que hay tantos resplandores, tantas voces y nervaduras, tantos cadáveres miniados por el fósforo, tantos ojos que escudriñan. En África, donde acaso he descubierto quién soy.

Porque las palabras comprometen.

A. A.

MADRID, ENERO DE 2019

Nota a la segunda edición

Cuando se soñaron estos cuadernos estaba inmerso en el mapa de África, por fin había empezado a descifrar el continente sin pensar en descifrarme a mí mismo en sus marismas y secarrales; había empezado a forjar amigos, conocimientos, rutas, palabras, claves; empezaba a tener fuentes, puertas a las que llamar a cualquier hora del día o de la noche, lugares a los que volver sin sentirme un extraño. Cuando se soñaron estos cuadernos, África se me había instalado en la memoria como un territorio que ni pretendía redimir ni con el que pretendía redimirme: era un espacio de la realidad transitable y ampliamente desenfocado por los reflectores que mis colegas y yo empleamos para contar lo que aparentemente ocurre, como si eso fuera lo que ocurre, como si la historia transcurriera ante nuestros ojos privilegiados y nosotros tuviéramos lista la tinta de la verdad para reproducirla en el salón-comedor de nuestros contemporáneos. Una miseria y una falacia. Como la sospecha cruda de aquel escritor austríaco malquerido de sus compatriotas llamado Thomas Bernhard de que el periodismo es la única profesión que te permite pasarte la vida pisando cadáveres. Cuando se soñaron estos cuadernos, África era apenas una incisión, un mapa trazado con una rama de acacia en un suelo de tierra roja. Y vino un vendaval que me llevó más lejos de África de lo que hubiera querido, aunque con mi consentimiento, ya que siempre cabe negarse a las inclemencias más favorables de la vida. El caso es que un quinto cuaderno, que iba a formar parte de aquellos *Cuadernos africanos* originarios, se quedó colgado en el limbo de la espera, pensando que el río posible y deseado de los viajes a África acabaría tejiendo un nuevo volumen de cuadernos africanos, que no es éste aunque de momento lo parezca y de alguna forma lo sea. Porque esta segunda edición de *Cuadernos africanos* incluye aquel quinto capítulo que se quedó vagando a la deriva cuando cambié Madrid por Nueva York y el periódico donde entonces trabajaba por el periódico donde trabajo ahora. África sigue resonando como un resplandor. La atracción no ha terminado. Además del quinto cuaderno, que corresponde al año 1998 y refiere paisajes y memorias de Somalia, Somalilandia, Tanzania y Burundi, esta segunda edición incluye las fotografías atroces de mi primera estancia africana: Ruanda en la primavera de 1994, la del genocidio. Unas fotos que por mucho que las veas nunca te dejarán de doler y que en buena medida son las culpables de mi mala relación de hierro con la fotografía desde entonces. Pero pensé que tenía también que rescatarlas para que la memoria fuera completa, y también para dejar aquí dibujado, en este papel que no imita al suelo de tierra roja ni lo intenta, el deseo y la promesa de volver para intentar ver y contar otras caras de esa África que empecé a soñar hace ya una eternidad, aunque en realidad mucho después de haber dejado de ser un niño y de haberme fabricado una especie de conciencia, un pararrayos, una máquina de escribir que cuando pasas los

dedos por sus senos a veces transcribe lo que ves, otras lo que sientes, de vez en cuando un extraño silencio.

ALFONSO ARMADA
NUEVA YORK. JUNIO, 2001

Prólogo

1. *Lo que sé de África* iba a ser el título de este libro antes de que lo hubiera soñado lo bastante como para darme cuenta de la espesura del cañaveral en que me estaba metiendo. Como éste es un libro construido con fragmentos, un intento de descifrar el sentido del tiempo, fraguado al compás misterioso y arbitrario de la cronología, bueno será que empecemos buscando antecedentes remotos. Hay una lejana *iluminación* antes de aterrizar en Kigali aquel abril tan cruel de 1994. El 6 de febrero de 1992 copiaba de Miquel Barceló: «Cada atardecer, una vendedora ambulante de piñas se baña desnuda en la playa. Siempre frente a mí, esté yo dibujando aquí o allá. Yo le compro piñas. Tendrá unos catorce años y unos pechos como limones negros. Grand Basam, 24 de enero de hace un año». Son fognazos del diario del pintor mallorquín escritos en Malí. Sigo observando, a su lado, África adentro, un continente en el que todavía no me he atrevido a internarme: «De noche, en Gao, a punto de ser atropellado por una Mobilette. No lleva luz delante, pero sí detrás. Atraviesa las calles oscuras y deja un rastro de luz. El artista es quien se alimenta de sombras y defeca luz». Esas palabras desataron mi propia memoria: «Recuerdo una senda que recorría en mi infancia. Una calle de barro en Coia, a las afueras de Vigo, que era más camino que calle: Camiño da Raposa. Tenía acaso doce años. Regresaba a mi casa por esa ruta medio hundida entre terraplenes cubiertos de vegetación (silvas y ortigas). Las escasas luces diseminadas apenas conseguían disipar el espeso tejido de sombras. Entonces, súbitamente, una moto remontaba la cuesta. Me quedaba mirando el quebradizo trazo del faro amarillento y el motor casi náutico de la máquina como si fuera un artilugio de otro mundo. En la luz roja que se desvanecía me engachaba como un mendigo de la emoción. Contemplo ahora los últimos cuadros de Miguel Barceló en una galería de Madrid y me dejo arrastrar por la humedad y las pinceladas de una gran lancha perdida en un río/mar africano. Me quedo absorto ante la figura de un ciclista que se aleja por una pendiente arenosa. Pero algo parece haberse quebrado en la verdad íntima del Barceló intérprete involuntario de una generación. ¿No conviene exigirle demasiado a nadie, y menos a un joven artista? Sin embargo, queda tiempo para esperar otras luces rojas, sombras que comer». Ahora que estoy a punto de abandonar el puerto seguro del silencio, vuelvo a la casa de mi abuela Emilia en Coia y pienso en África vibrando bajo las estrellas de nuestro implacable mundo.

2. ¿Cuáles son las reglas de la atracción? Imanes ajenos a la física, sometidos a otros vaivenes y mecanismos. Como el de la tierra roja apisonada, tal vez buscando al niño que entraba en la penumbra de una bodega y casi se daba de bruces con el cerdo abierto en canal y goteando sangre

por el hocico en una taza blanca. Olía a vino, no en vano seguimos pisando uvas en aquel lagar de piedra hasta que la infancia se desvaneció por completo, si es que no me engaña la memoria. En aquella bodega jugábamos a las tinieblas. Y por la espalda nos corría un miedo que al mismo tiempo era una delicia. ¿Es ese rostro ambiguo el que dibuja el cuchillo en la piedra del alma? No había vuelto a encontrarme con una tierra tan roja (por el vino, por la sangre, por la arcilla) como la de mi lejana infancia hasta que me adentré en los senderos de África. Por eso ahora he empezado a sospechar que acaso este mecanismo de la atracción haya dibujado con lápices de colores su mapa en aquel tiempo y ahora busque en el corazón de África a un niño que estaba completamente perdido. Arcilla roja, tierra apisonada. Un camino de tierra en medio de la oscuridad.

3. La historia en marcha, todavía por escribir. Los hechos que aquí se rescatan están enclavados en los años 1994, 1995, 1996 y 1997 e intentan conciliar una selección de artículos y reportajes publicados en el periódico *El País* y mis diarios íntimos, escritos en cuadernos escolares de hojas cuadrículadas, con margen rojo a la izquierda y forrados de papel de estraza azul. Al volver una vez más a ellos antes de que salgan a la luz, creo que acaso sea necesario pensar ahora lo que entonces no pensé, o lo que no fui siquiera capaz de atisbar cuando aterricé en el corazón de África aquel abril funesto de 1994 en que el genocidio de Ruanda no había hecho más que comenzar. Entonces nadie sabía, o casi nadie era siquiera capaz de imaginar, que aquel acontecimiento iba a conseguir que se volviera a hablar de África. Llegué dispuesto a contar lo que veía, y lo que me encontré al día siguiente de mi llegada fue la muerte en su estado más descarnado e incomprensible. Regreso ahora al cuaderno de aquellos días y me doy cuenta de que casi no escribí nada. Me quedé mudo y me guardé aquel horror enroscado en el fondo de la memoria. Ese primer viaje está cuajado de saltos entre Kigali, la capital ruandesa, y Nairobi, la de Kenia, porque después de hacer fotografías volé a Kenia para enviarlas al exterior. También porque sabía que si había ido allí era para contarlo. Y tal vez porque sentí que tenía los zapatos tan empapados de sangre que me encharcaba los calcetines, los pies, me subía por las piernas y me embadurnaba los pulmones, todo el cuerpo. A pesar de haber conocido la guerra en Bosnia-Herzegovina, no estaba preparado para lo que me iba a encontrar en Ruanda. Hizo dolorosa diana el comprometido fotógrafo Gilles Peress cuando tituló *El silencio* su libro en blanco y negro sobre el genocidio. Creo que yo escondí todo en mi corazón como quien oculta un dolor que ni siquiera se puede compartir. Hace días que estoy reconstruyendo paso a paso mi memoria, y sorprende constatar cómo el intento de acompañar mis propios miedos al curso de la vida (al compromiso, al misterio de la piel) crea una suerte de trenzado de sentimientos, dos enredaderas que se aprietan tan estrechamente como sólo la vegetación y la sangre saben hacerlo. En Ruanda me encontré con una escala del dolor y de la destrucción humana tal vez sólo equiparable a la de los campos de la muerte nazis. Por eso es preciso volver a pensarlo todo. Y por supuesto el sentido de la escritura y de la propia existencia. No basta el periodismo, ni el decirse que con el testimonio es suficiente

para pasar la página y visitar otras tragedias que certifiquen nuestro fracaso o nuestros errores como seres humanos. Busco dentro de mí ese camino de tierra roja que lleva de un lugar a otro: el sendero dulce, de arcilla y conchas de moluscos, entre agapantos y bajo la sombra de ciruelos y nogales, que llevaba a la bodega de la casa de mi abuela Emilia, y los senderos de arcilla rojo sangre, entre gigantescas acacias y baobabs, bajo un cielo inconmesurable, que atraviesan África de parte a parte. El camino amargo de los días de la infancia triste (la del pequeño cielo familiar) y el camino brutal que llevaba a la misma muerte en una parroquia de Ruanda: a mi propia cobardía a la hora de enfrentarme al mal. Iba muerto de miedo y África me dio miedo. Un miedo atroz al que sin cesar intento sobreponerme, porque junto al miedo encontré el camino de regreso a la infancia. Vuelvo como un sonámbulo a las palabras con las que Marlow/Conrad se encontró al término de su navegación del río Congo, cuando dio por fin con Kurtz: «No había yo visto nunca nada parecido al cambio que sobrevino en sus facciones, y espero no volverlo a ver. Oh, no me conmovió. Me fascinó. Fue como si se hubiera desgarrado un velo. En aquella cara de marfil vi la expresión del orgullo sombrío, del poder despiadado, del terror pavoroso; de una desesperación intensa y desesperanzada. ¿Estaba acaso viviendo de nuevo su vida en cada detalle de deseo, tentación y renuncia durante aquel momento supremo de total conocimiento? Gritó en susurros a alguna imagen, a alguna visión; gritó dos veces, un grito no más fuerte que una exhalación: «¡El horror! ¡El horror!». El camino que lleva al conocimiento de uno mismo está hecho de dicha y de dolor. Así mastico mi propio horror mientras me asomo al río, vuelvo a Kigali, a Kinshasa, a Monrovia, a Mogadiscio, a un camino que la lluvia copiosa de África hace todavía más rojo.

4. En su formidable (y demasiado olvidado) libro-artefacto *La sociedad del espectáculo*, Guy Debord, el principal fogonero del tónder situacionista, un movimiento que ayudó a desgarrar las interesadas sombras de este siglo, sigue ofreciendo destornilladores y martillos para desmontar los decorados que los medios de comunicación de masas ofrecen de lo que ocurre (de lo que dicen que presuntamente ocurre): ese destilado de presunta razón que se autoproclama sin más ideología que la de la búsqueda de la verdad y a la que cada vez le cuesta más trabajo esconder que su única brújula es vender. Dice Debord, el fogonero: «El espectáculo es la ideología por excelencia, porque expone y manifiesta en toda su plenitud la esencia de todo sistema ideológico: el empobrecimiento, la sumisión y la negación de la vida real». Y, en medio de esa catástrofe inmóvil que casi nadie acierta a ver, África como epítome y paradigma del fracaso de las sociedades que no se entregan al alegre matrimonio del libre comercio y la sociedad del espectáculo. África se vuelve rabiosamente necesaria, asomándose periódicamente a las pantallas que como un espejo retratan al minuto el rostro de la era, cumpliendo una tarea heroica: la de hacernos entender, como quieren los nuevos atletas de la razón (miserias de la filosofía), que «vivimos en el mejor de los mundos posibles». Una realidad que nadie comprende porque es incomprensible ahora que hemos llegado a la explanada del fin de la historia: un extraordinario

cine para ciegos. Vuelvo los ojos hacia África en pos de un sentido que huye debajo de esas grandes capas de muerte, que son las únicas que compra este Primer Mundo para reafirmarse en su inapelable superioridad técnica y moral. En su artículo «África: el corazón de las tinieblas», el periodista polaco Ryszard Kapuściński, un escritor que no se resigna a que todo esté escrito o a que todo deba ser escrito bajo la misma óptica, dice: «Las crónicas sobre la realidad de África suelen ignorar el contexto de los sucesos y de ahí que describan un mundo incomprensible. En esas crónicas se nos presenta un Tercer Mundo plagado de atrocidades, es decir, de los sucesos que, fotografiados, causan un mayor impacto. Nadie trata de entender y luego de explicar por qué, en un determinado momento, un millón de personas se pone en marcha. En las crónicas se hacen generalizaciones inadmisibles, generalizaciones que consolidan el estereotipo de que África es un continente de bárbaros».

5. ¿Por qué este libro? Anna Soler-Pont me propuso escribir un libro sobre África. El resultado es este libro. Al no tratarse de un ensayo abstracto ni de fría teoría, sino más bien de una serie de fogonazos, de trozos de realidad transmitida con toda la inmediatez y honestidad de que he sido capaz, acaso pueda acercar al lector una impresión vívida, una idea veraz, de lo que presencié. Pensaba, también, antes de zambullirme en unos cuadernos que no había vuelto a leer, que iba a percibirse muy claramente la diferencia entre lo escrito para publicar en el periódico y lo escrito para mí mismo. Ahora me doy cuenta de que acaso la distancia no sea tanta, salvo en lo que se refiere a las pequeñas escenas teatrales que salpican los cuadernos. A lo que me he negado es a modificar los errores de apreciación corrigiéndolos ahora. Los artículos se publican en su mayor parte en su integridad, salvo cuando repiten datos ya incluidos en otros reportajes. Sin embargo, no se han suprimido todas las repeticiones. En algunos casos un mismo dato, una misma reflexión, colocados en pasajes distintos, cobran significados diversos, arrojan tal vez una luz nueva e insospechada. Hay aparentes distorsiones de la cronología que conviene aclarar. El artículo «Niños de Ruanda. Alumnos de la muerte», por ejemplo, se publicó en *El País Semanal* acompañando una serie de fotografías de Sebastião Salgado y salió a la luz cuando me encontraba en Burundi. Estos aparentes desajustes salpicarán estos *Cuadernos* de tarde en tarde, cuando no quede más remedio y para evitar males mayores, porque aunque el ritmo cronológico es el que marca las anotaciones y el paso del tiempo, se ha preferido que haya una cierta lógica espacial: que no aparezcan por ejemplo anotaciones del diario en Mozambique y que irrumpa en medio un reportaje enviado al periódico en su momento, pero publicado cuando ya se ha abandonado el país: en ese caso, Angola. Tampoco he querido eliminar los rastros que conducen del diario a la crónica: a menudo aquél fue el taller donde elaboré ideas que después se convirtieron en artículos; encubrir este trasvase habría significado despreciar la historia de estas ideas. He aprovechado también las páginas del libro, a menudo para desesperación de la editora, para publicar los artículos y reportajes en toda su extensión. Se trata de una pequeña e inocente venganza, porque las páginas de los periódicos siempre me resultan demasiado exiguas y tengo la

costumbre de extenderme demasiado con la esperanza de que el espacio se dilate milagrosamente. Mis compañeros de sección han padecido esa grafomanía incurable a la hora de encajar los textos en los centímetros disponibles. En cualquier caso he intentado no reelaborar lo que fue escrito con los ojos de entonces. No he querido cansar al lector con una repetición persistente de los significados de las siglas, acrónimos y palabras extranjeras que se repiten con mayor frecuencia a lo largo del libro. Sólo consigno la explicación de tales recursos lingüísticos en la primera ocasión en que aparecen; con todo, debido a la profusión de nombres de organizaciones y partidos políticos, he creído conveniente añadir un apéndice final que recoge estos nombres y su correspondiente explicación.

6. De vez en cuando le decía a Luis Matías López, entonces redactor jefe de la sección de Internacional del diario *El País*, que era una vergüenza que tuviéramos tan olvidada la terrible guerra de Angola. Ana Camacho, la encargada del continente perdido, harta de luchar por un espacio siempre exiguo, cambió de departamento. Luis Matías me preguntó entonces: «¿Quieres dedicarte a África?». Nunca me había puesto a pensar en ello, pero tampoco lo dudé durante mucho tiempo. Poco después estalló el genocidio en Ruanda. Había de ser mi primer destino africano. Un bautismo de fuego, aunque el haber puesto a prueba mi capacidad para superar el miedo en el cerco de Sarajevo me hizo creer que estaba pertrechado para acercarme otra vez a la muerte. Estaba equivocado. Un periódico no es un lugar donde la efusión sentimental predomine. Para mi sorpresa, y que yo sepa, mi jefe hizo algo insólito en los anales del diario: me acompañó hasta la puerta de la calle y, antes de subir al taxi que me llevaría al aeropuerto, me abrazó y me hizo reparar en que acaso me encontraría en Ruanda con una historia tan decisiva como la de Biafra a finales de los sesenta. Creo que acertó de lleno, pero ese gesto amigable pobló todavía de más sombras de pesadilla el larguísimo viaje hasta Kigali.

7. La noche había caído sobre el aeropuerto de la capital ruandesa. Estaba tan atareado intentando comprender el funcionamiento de la antena del satélite (lo que me llevó buena parte de la noche, dando vueltas alrededor de la terminal hasta que la batería se quedó seca y un *casco azul* belga se apiadó de mí y me enseñó a manejar la brújula) que no me preocupé del sorteo de plazas para viajar al día siguiente con un destacamento de Naciones Unidas por la Ruanda en guerra. Salí elegido, pero los periodistas belgas, mayoría, invalidaron el resultado argumentando que un reportero español no tenía nada que hacer allí: se trataba de su antigua colonia y el interés de sus medios y lectores era prioritario. De nada sirvieron mis protestas ni mi rabia. La misión partió al día siguiente con una patada en una rueda y sin mí. Fue entonces cuando descubrí que se preparaba otra misión de reconocimiento formada por soldados italianos. Les pregunté si podía sumarme a ellos y, ante mi sorpresa, accedieron. Así fue como la maldita suerte me hizo ser el único periodista que se dio de bruces con la matanza de Gikoró, 40 kilómetros al este de Kigali, y el único que tomó fotografías de aquella atrocidad 24 horas después de que se produjera.

8. Estos *Cuadernos africanos* son un libro profundamente arbitrario. Cuatro cuadernos, cuatro años (de 1994 a 1997), diez países (Ruanda, Zaire-República Democrática de Congo, Burundi, Angola, Mozambique, Somalia, Sudán, Liberia, Suráfrica y Congo-Brazzaville), algunos visitados varias veces (Ruanda, Zaire-RDC, Burundi, Angola, Liberia), otros entrevistados (Kenia, Sierra Leona, Costa de Marfil). Estos *Cuadernos* están contruidos a partir de los vaivenes que dicta por una parte la cronología y por otra las noticias que llegan de África y las prioridades que establece la dirección del periódico, la cual determina si merece la pena destinar un hueco o incluso enviar a alguien al lugar de los hechos para que observe con sus propios ojos, cuente con sus propias palabras y vuelva cuando *todo* haya acabado o la curiosidad o la compasión de las audiencias (los clientes) se haya fatigado. A Kapuściński le indigna lo que interpreta como una reedición contemporánea del colonialismo: las únicas noticias de África que atraviesan el telón de la indiferencia son las que nos ratifican en un prejuicio atroz, el de que es un continente poblado por pueblos salvajes que sólo saben matar y morir. Una condena dictada a menudo por la soberbia y el desconocimiento (de la propia historia y de la historia de África), en la que se olvida interesadamente el papel desempeñado por las potencias coloniales: desde el comercio de esclavos que marcó indeleblemente a los africanos y robó sus mejores fuerzas al trazo burdo de fronteras basadas en los intereses económicos de las metrópolis, desde el saqueo de los recursos al abuso del escenario africano para dirimir y descargar los recalentamientos de la guerra fría, desde el desprecio por el sufrimiento de los pueblos a la complicidad con los dictadores dóciles (excelentes clientes en el mercado de las armas) a la hora de garantizar el libre acceso de las multinacionales a las fuentes de la riqueza.

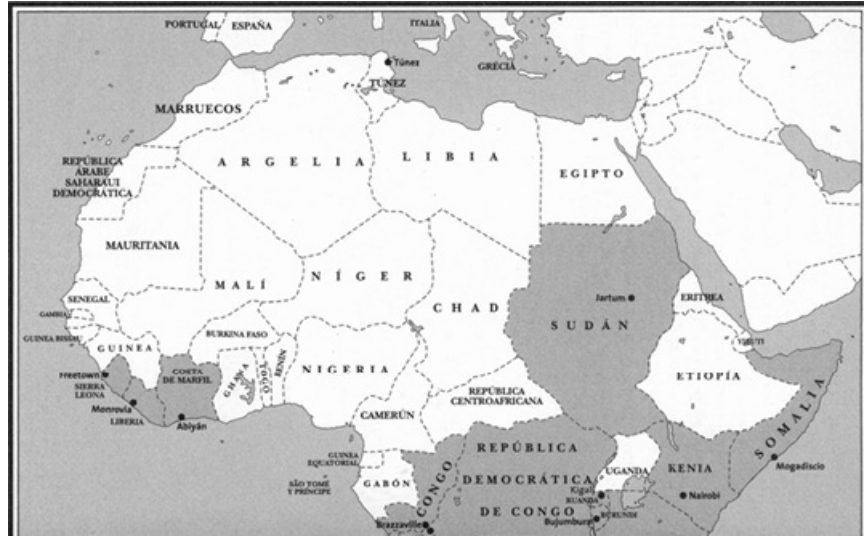
9. El continente, asegura Jeffrey Sachs, director del Instituto de Harvard para el Desarrollo Internacional, «está a muchas décadas, si no a un siglo o más, de las economías avanzadas [...]». Tras siglos de esclavitud y régimen colonial y décadas de mala gestión económica y conflictos internos, ¿puede ser rápido el regreso de África?». Angola, por ejemplo, uno de los países potencialmente con más futuro del continente, no acaba de desembarazarse del lastre de una guerra civil que se inició bajo el colonialismo portugués y no ha dejado de enconarse después. Sachs celebra algunas de las reformas económicas ya realizadas por algunos países africanos, pero insiste en que «los países avanzados deberían ser mucho más ambiciosos en lo que respecta a la reducción de la deuda para los países pobres de África que intentan encontrar de nuevo el camino para el crecimiento económico». En el reparto de misiones, a mí me encomendaron el genocidio de Ruanda; a un compañero, las primeras elecciones libres de la historia de Suráfrica. Resulta paradójico que 1994 convocara casi al mismo tiempo los demonios y los ángeles de África: por una parte la muerte a una escala propia de un siglo tan sangriento como este que está a punto de desvanecerse, y por otra el ejemplo de Nelson Mandela y su capacidad para convencer a los surafricanos de la necesidad de evitar un enfrentamiento racial tras décadas de infame

segregacionismo y vejaciones y crímenes inimaginables contra la mayoría negra. Karl Maier, un periodista enamorado de África, lamenta que los africanos hayan visto minada durante centenares de años su propia cultura por una sucesión de imposiciones ajenas: el cristianismo, el marxismo, las fronteras artificiales de la nación moderna y, por último, como resume Victor Mallet comentando *Into the house of the ancestors: Inside the new Africa*, el último libro de Maier, «el Fondo Monetario Internacional con sus draconianos programas de reformas». Mallet critica a Maier por ese «crimen periodístico de dedicar más tiempo a hablar de focos problemáticos como Ruanda o Angola» que a experiencias exitosas, como las que representan países como Botsuana o Namibia. En el entusiasmo de un Mozambique que dejaba atrás una pavorosa guerra civil y votaba con fervor encontré los rastros de una África distinta, al tiempo que en Maputo y en las playas de Inhambane empecé a curarme de las heridas de Ruanda. En cualquier caso, soy culpable del mismo delito del que habla Mallet en la medida en que hasta ahora casi nunca he sido capaz de convencer a mis jefes de la utilidad y la necesidad de viajar a países que no estén devorados por el desastre, y este cuaderno, con el ejemplo estelar de Liberia, es un palmario ejemplo de ello. Sin embargo, y a diferencia del primer choque con Ruanda y la flor de muerte del genocidio, en las calles salvajes de Monrovia acaso ya me haya *acostumbrado* a mirar de otra manera al horror, y no tenga miedo cada noche de escribir y escribir sobre lo ocurrido, sobre mi responsabilidad y mi cobardía. El silencio y la culpa siguen ahí, pero acaso ahora tenga otras palabras para tratar de descifrar lo que a menudo parece indescifrable. Sin embargo no quiero que esta introducción me sirva de disculpa. Es un hecho del periodismo de nuestro tiempo: ¿en qué estamos convirtiendo nuestro oficio?

10. En su último libro de viajes (*Vagabundo en África*), Javier Reverte recuerda el Congo con el que Joseph Conrad se encontró cuando llegó a aquel espacio vacío que desde niño le había atraído como un imán y por qué lo bautizó como *corazón de tinieblas*: «Leopoldo [Leopoldo II, rey de los belgas] tenía prisa por recoger los beneficios de su finca. Poner en marcha una nueva colonia suponía un enorme gasto antes de que comenzara a ser rentable. Y el bolsillo real empezó a resentirse. De modo que Leopoldo urgió a sus empleados a que utilizaran la mano de obra nativa, en las condiciones que fueran, para hacer productiva cuanto antes la colonia. Y en consecuencia se estableció una serie de normas de una inhumanidad inédita hasta entonces en África: los antiguos esclavistas árabes fueron contratados como capataces, se obligó a todos los habitantes varones del Estado Libre a trabajar sin salario durante un periodo obligatorio de siete años, se prohibió el comercio entre nativos si no era a través de los agentes de la administración colonial, se establecieron cupos obligados en la producción de caucho para cada pueblo y distrito, y lo mismo se hizo con el marfil en las regiones donde había elefantes. La mayoría de los congoleños obligados a trabajos forzados lo hacían encadenados como esclavos. Cuando no producían la cantidad establecida por las autoridades, los policías debían matarles, y cortarles las manos para llevarlas luego al comisario, de modo que este pudiera contarlas y comprobar que sus

hombres no habían desperdiciado o robado munición. En muchas aldeas, las cabezas cortadas de los trabajadores no rentables se clavaban en estacas y permanecían allí hasta que se pudrían como advertencia para los vivos». Son realidades que conviene recordar una y otra vez, porque de su desconocimiento o de su interesado olvido vienen después los lodos de la incompreensión contemporánea, ese desdén occidental hacia un continente impenetrable del que sólo llegan noticias dolorosas y extremadas, porque Occidente se olvida de todo el daño cometido allí, de tanta muerte, que por supuesto no explica todas las crueldades ni horrores de hoy, pero que ha fundado un espanto que los peores de entre los africanos, y el Zaire de Mobutu ha sido el tramo final de ese ferrocarril infame, han aprovechado como alumnos modélicamente perversos.

11. Lanzamos libros al río del tiempo como lanzamos botellas al mar. Mensajes cifrados que acaso algún día alguien acierte a leer. Cuando uno escribe piensa, vana, vanidosamente, que quizá tenga algo que decir. Y sueña que acaso alguien entienda y comparta páginas, párrafos, palabras. Tal vez eso sirva para algo. Después de varios viajes a África, en los que apenas he atravesado la primera capa de piel negra y el primer estrato de tierra roja del continente, puedo decir que he empezado a saber y a comprender. Estos *Cuadernos africanos* no son más que eso, mi libreta escolar: como si hubiera vuelto a ser niño en África, con los ojos abiertos y un deseo irresistible de aprender. Convoco aquí ese pensamiento que me asalta a veces: volver a la escuela con la conciencia de hoy día: la de estudiar lo que no estudié en su momento. ¿Pero en esos pupitres de fortuna que algunos padres construyen para sus hijos y que ellos llevan cada día auestas, o en esos suelos de cemento como los del Instituto Pedagógico y Científico de Kinshasa en los que se sientan los alumnos de la religiosa Carmen Asiain?





PRIMER CUADERNO

1994

Ruanda, Zaire, Burundi, Angola, Mozambique

MADRID

Sábado, 9 de abril, 1994

Me dirijo al hemisferio más oscuro y resplandeciente. Un equivalente corazón de las tinieblas: el que yo habito, el que de alguna manera busco, como si en el peligro y la desolación humana hallara una suerte de sentido. Explicar ese fracaso del hombre, verlo con mis propios ojos y relatarlo después, casi de inmediato, desde la orilla ardiente del hemisferio: realidad, pesadilla, toda esa muerte alrededor.

Domingo, 10 de abril

Escombros de relojes. Un cuarto creciente. Como la luna. ¿En qué cuadrante de la luna desembarco en Kigali? ¿Toca caza, toca olvido, toca memoria, toca muerte sin contemplaciones, toca honrar los cadáveres, toca plantar, toca resistirse, toca esperar y ver? Escombros de nuestro destino. Allí no se fabricaron esos magníficos artilugios de fuego. He ahí una cuestión. Lo peor y lo mejor de ellos y de nosotros. No hay por qué idealizar al buen salvaje anterior a nuestra irrupción en sus vidas —si es que esa ficción de Occidente existía— ni de convertir todo nuestro mundo en chatarra ideológica al servicio del imperio del mercado y las migajas de la nada. No hay por qué. Escribo y me preparo. Como si fuera una especie de budista. Para la acción y para la calma, no para el sacrificio. Escribo y limpio un mínimo trozo de selva para mí, aparto un matorral. ¿A salvo? ¿Quién puede estarlo? Digamos, banalmente, que se trata de mi oficio, y que en él coinciden unas cuantas circunstancias. La vida seguirá siendo —todavía— un bien valioso.

Lunes, 11 de abril

Yo no sé cómo se columpia la luna sobre las montañas de Ruanda, ni si podré acercarme hasta Kigali. Yo no sé casi nada de África: estoy adentrándome en un río que es un libro tenebroso. Pero se trata de la vida: lo más precioso, que allí tanto, tan generosamente, se derrocha.

Martes, 12 de abril

En días como éstos, todos los diarios son el mismo diario. El corazón marca su contrapunto mientras el rostro intenta distinguir los perfiles reales de las cosas en medio del polvo y del fragor de la batalla. ¿Qué batalla? La del miedo y la de la claridad imposible de las cosas, adentrarse en el polvo, cautelosamente, probar el sabor de la niebla, ser un poco más, bajar al otro lado, volver.

RUANDA SE AHOGA EN SANGRE MIENTRAS EXTRANJEROS Y NATIVOS HUYEN DEL HORROR

Desde el cielo nocturno, Kigali, la capital del diminuto Estado africano de Ruanda, es un belén mortecino. Desde el suelo, el pánico y la desesperación se concilian extrañamente con la calma de los soldados belgas que protegen la evacuación de los últimos de Kigali. Extranjeros y nativos huyen de un país ahogado en sangre. Cincuenta niños, de entre dos y siete años, del orfanato de Sake, 40 kilómetros al sureste de Kigali, embarcaron ayer rumbo a Nairobi. Pese a compartir con los demás el color de la piel, tenían algo que les hacía diferentes: 30 eran belgas y 20 italianos. Poco después, el intenso bombardeo sobre el aeropuerto cortó en seco el puente aéreo. En las calles de Kigali dejaron atrás una alfombra de cadáveres. Las tropas gubernamentales fueron incapaces de resistir el avance de los rebeldes del Frente Patriótico Ruandés (FPR), que ayer lograron controlar casi por completo la ciudad. Seis proyectiles lanzados desde una posición rebelde cayeron en el aeropuerto a primera hora de la mañana, después de una noche relativamente tranquila. Poco a poco, el fuego de artillería pesada se fue multiplicando por toda la ciudad.



La situación se está volviendo insostenible en Kigali. Los tutsis completan el control de la ciudad y todo el mundo intenta huir cuando está a punto de expirar el ultimátum lanzado por el FPR a todos los extranjeros para que abandonen el aeropuerto. Los últimos 400 *cascos azules* belgas dejarán el país cualquiera que sea la decisión que adopte el Consejo de Seguridad. Un grupo de doce reporteros también solicitó la evacuación inmediata.

Ayer se cumplió una semana del brutal asesinato de los presidentes de Ruanda, Juvenal Habyarimana, y de la vecina Burundi, Cyprien Ntaryamira, ambos de la tribu hutu. Un cohete, cuyo origen sigue siendo incierto, desencadenó una matanza que los observadores más ponderados evalúan en varias decenas de miles de víctimas. A la venganza inicial, aplicada por la guardia presidencial hutu, que se dedicó a la caza y captura de tutsis y de opositores al régimen de su misma etnia, ha seguido el avance tutsi.

Desde la frontera con Uganda, al norte, donde siempre han encontrado cobijo y respaldo, unidades del rebelde FPR han devuelto golpe por golpe y hachazo por hachazo. Cada país tiene sus particulares tratos con la violencia y la muerte, y tanto tutsis como hutus comparten la afición por abrir a golpe de mazo o de machete el cráneo de sus enemigos. Sin embargo, las armas automáticas, los helicópteros (de patente francesa) y los morteros tienen también su papel. Entre las víctimas inocentes se cuentan 30 trabajadores de la Cruz Roja; la peor matanza en los anales de la organización.

El avión de carga del Ejército belga apagó las luces de navegación y enfiló la pista del aeropuerto de Kigali. Las tropas del FPR se encontraban a menos de cuatro kilómetros de las pistas. Cuando se abrieron las compuertas del C-130, el espectáculo de la noche de Kigali se franqueó como una flor de pesadilla. Los faros de los *jeeps* arrancaban sombras duras de la aeronave, mientras las aspas del avión dibujaban sobre una pared de cal vieja la marcha de un ventilador descomunal. Un convoy se acercaba en medio de las sombras. Del último vehículo, con las letras de Naciones Unidas pintadas al costado, se bajó en marcha un hombre descompuesto y con los brazos en alto: «¿Qué están haciendo? ¿De Nairobi? ¡Están locos, hay que evacuar a todo el mundo, hay que salir de aquí antes de que lleguen los rebeldes! ¡Han lanzado un ultimátum y matarán a todo el que se quede!».

Desde camiones descubiertos y desvencijados, los niños de Sake miraban en silencio, con los ojos desorbitados. Algunos, heridos; otros, en brazos de soldados y de enfermeras. El pánico parecía a punto de desatarse. Pero hacía un buen rato que la noche se había apiadado de la maltratada Kigali y el estruendo de las anuas automáticas se había extinguido casi por completo. El terror del funcionario de la ONU fue desactivado por los soldados belgas. «Tenemos órdenes de disparar si se deciden a atacar el aeropuerto, y pueden estar seguros de que lo haremos», declaró un capitán.

Los belgas tratan de mantener la calma. El jueves pasado recibieron un golpe durísimo. Ayer fueron repatriados los cadáveres de los diez soldados asesinados al día siguiente del magnicidio. Los diez ataúdes escondían un terrible secreto: antes de morir, las tropas hutus les arrancaron los ojos, les cortaron los tendones y les desfiguraron por completo. «A algunos sólo fue posible reconocerlos por los tatuajes», confesó un soldado lleno de rabia.

Desde la nave central del aeropuerto de Kigali, mientras los niños del orfanato de Sake embarcan hacia Nairobi, el silencio parece una emboscada. Centro de operaciones del ejército

belga (los únicos que siguen aquí, junto a un contingente de 500 italianos y soldados de Bangla Desh), se ha convertido en un improvisado hotel para la prensa internacional.

El vuelo nocturno de regreso a Nairobi de los huérfanos de Sake era uno de los últimos. El funcionario de la ONU, esta vez en flamenco, instaba a huir de allí cuanto antes. Parecía un profeta del apocalipsis con niqui azul. Pero el fin del mundo no estaba previsto para el miércoles. Kigali se ha vuelto una ciudad fantasma después de una semana de matanzas. «Las calles están llenas de cadáveres. Estuve en un hospital del centro y había cadáveres por todas partes: en las camas, en los pasillos, en los accesos». Testigos aterrados y apesadumbrados traían los ojos llenos de sangre y llevaban la novedad a Nairobi y más allá.

COSECHA DE MUERTE EN GIKORÓ

Hay una monotonía de la muerte que congela los labios e idiotiza la sonrisa. Es una expresión que abunda en Ruanda, un diminuto proyecto de país en el centro de África que parece haber convertido la sangría en un método contra la superpoblación. A pesar de las matanzas, que se suceden como una fatalidad, entre tutsis y hutus, sigue siendo el país más densamente poblado de un continente que para Occidente no existe más que por la sangre. El miércoles, a las seis y media de la tarde, 1.180 tutsis cayeron bajo los machetes, las mazas, las lanzas, las granadas y los disparos de los extremistas hutus. La matanza fue en Gikoró, 40 kilómetros al este de Kigali, no lejos de la frontera con Tanzania. Ayer, en medio del amasijo de cadáveres, miembros amputados y zapatos perdidos en un archipiélago de sangre, un brazo se mecía pidiendo dulcemente auxilio. Nadie, ni yo mismo, se lo prestó.

Buceadores de combate en Ruanda. Los italianos de la base naval de La Spezia parecen una panda de piratas. Amigables y nerviosos, armados hasta los dientes, salen de patrulla, con pañuelos en la cabeza y en la cara, para rescatar a tres sacerdotes que han quedado aislados en el territorio sin ley en que se ha convertido Ruanda, la tierra de las mil colinas. A las puertas del edificio del aeropuerto de Kigali han dormido los tutsis del FPR. Si aguzaban el oído, los centinelas belgas podían oírles respirar. El amanecer despertó a los combatientes tutsis y hutus, que en seguida se pusieron a la tarea. La victoria parece al alcance del FPR. Es un ejército disciplinado, que desprecia a los radicales hutus que, amparándose en la mayoría (son el 85% de la población), han cometido, esta vez, las mayores atrocidades.

Como en la iglesia de Musha, en el poblado de Gikoró, donde el croata Danko Litric y el esloveno August Horvat, los dos sacerdotes católicos, habían logrado crear desde hace seis años una especie de Yugoslavia bien avenida. Resultó un pavoroso fiasco. Los dos curas, encerrados en la casa de la parroquia desde la tarde del miércoles, no pueden ocultar la amargura, las lágrimas, el pavor. Ahí, a la puerta de su humilde iglesia de ladrillos amarillos, están tendidos los inocentes, sus feligreses.

«Imposible contarlos», dice Horvat estrangulando una lágrima que se le escapa por el rabillo del ojo. Sentado en el suelo de la furgoneta, escoltado por la artillería italiana, huye de su

cosecha. Él no quería que fuera de sangre, pero ahí están todos. Decenas de cadáveres que, es cierto, no se pueden contar. Niñas con la boca congestionada en un último dibujo de dolor, niños en posturas inverosímiles, ancianos despedazados, mujeres con el cráneo abierto. Aquí hay un brazo que ha perdido a su cuerpo, aquí restos de una mano. Abrazados, entrelazados, amontonados en una huida que no les llevó a parte alguna. Una muchedumbre destrozada. Un campo de cadáveres, con zapatos huérfanos, porque también en Ruanda los muertos pierden los zapatos en el camino al más allá. El padre Litric, que logró contactar con el contingente italiano para pedir auxilio sí tiene la cifra: 1.180 muertos. Además de la iglesia, el centro cultural de Musha y una casa de Cáritas se convirtieron en albergues de la muerte.

Dentro de la iglesia, la piedad ha huido un poco más. Las moscas revolotean sobre los cuerpos inmóviles que habían formado una especie de pira alrededor del altar, como si en el último momento hubieran buscado una ayuda que no les pudo llegar. «Han sido los hutus. Todos los muertos son tutsis», dice el padre Horvat, que dice adiós con una mano incapaz de bendecir: adiós a los que quedan, parados e impasibles a la puerta de sus casas. Como si ya fueran incapaces de llorar. Igual que el grupo de muchachos que, sentados al otro lado de la calle de la matanza, frente a la iglesia, con mazas y varas entre las piernas, contemplan en silencio a los italianos, que se muerden los labios y maldicen tanto horror. Pasa un Toyota cargado de guerreros en camiseta y un cabo con una ametralladora pesada tiene que escupir para no replicar con más brutalidad a la brutalidad. «Mira que no poder hacer nada contra esos bestias. Porque éstos han sido».

En medio del mar de sangre, ropa, miembros, cuerpos que gritan en silencio una oración por Ruanda, un brazo se mueve. Es un arco lento. De la masa violeta y escarlata asoma un brazo desnudo, como un naufrago perdido en el océano. «No podemos hacer nada. No es nuestro cometido», dice el comandante italiano. Al cabo de un rato, el brazo hace el camino inverso. Como una señal silenciosa, una contraseña para alguien que no quiere ver. Insisto ante los soldados, pero nadie mueve un dedo. Cuando regresamos de rescatar a un sacerdote belga en el pueblo de Umudugudu, el brazo se ha quedado por fin quieto, enhiesto, como el asta de una bandera invisible. Y es que a los muertos ya no les quedan enemigos ni a las víctimas más tormentos. Entonces se desata un viento tropical y rompe a llover contra las pistas de tierra y los campos de Ruanda. Tal vez la sangre que abona sus campos desde hace décadas haya contribuido a forjar la hermosura de la tierra de las mil colinas. El precio es un abismo. La miseria no ha retrocedido un milímetro.

NAIROBI

Sábado, 16 de abril

Los primeros charcos de claridad manchan el cielo de Nairobi, un cielo grande en el que navegan

sin agobios más estrellas que en todo el hemisferio Norte. Todavía no siento el peso del Ecuador sobre mis hombros, sino la humareda de estos cuatro días sin tregua, desde el miedo, la angustia casi, a mi partida de Madrid (en la tarde del martes, cuando hasta mi jefe, Luis Matías, vino a despedirme a la puerta del periódico) hasta el encuentro con la muerte en Gikoró: todos aquellos cadáveres esperándome allí, individuos al fin y al cabo, aunque convertidos en puro escombros humano por la aplicación de las armas. Ahora es sábado y apenas si puedo trazar las líneas que pasan por mi mano: como si fueran días, como si África hubiera empezado a instilar en mi alma las primeras fiebres verdaderas de mi vida. ¿Crecer? A duras penas, es como si siempre estuviera en el mismo sitio. Tampoco en África estoy dispuesto a renunciar del todo al viejo sueño de seguir jugando con la seriedad de un niño, como quería Nietzsche.

Martes. Madrid-Bruselas. Un encuentro con Lola. Humor contra el miedo.

Martes a miércoles. Bruselas-Nairobi. El largo vuelo hacia el fin del mundo: intentando no pensar, pero no dejando en ningún momento de hacerlo. Pensar.

Miércoles. Nairobi. La espera en el mismo aeropuerto. Un avión militar. Kigali. Otro aeropuerto fantasmal: sombras, huérfanos de misiones italianas y belgas. El pánico que amenaza con extenderse. Pero en la acción se diluye el miedo.

Jueves. Los italianos de La Spezia. Buceadores de combate. Y el encuentro brutal, inesperado, con la matanza de la iglesia de Musha, en Gikoró. El regreso a Nairobi con las fotos de tanta muerte. La discusión, amarga, con las grandes agencias. El cansancio.

Viernes. En Nairobi. Volviendo en mí. Algo de tiempo. Lo que aprendo de un taxista keniano. La lentitud.

KIGALI

Lunes, 18 de abril

La noche de Kigali. En el hotel Meridien, no muy lejos de la línea del frente. Pero los artilleros parecen haberse retirado a cenar. Todavía no son las siete, pero la noche es espesa e intransitable. ¿Quién sería capaz de arriesgarse por esas calles solitarias ahora que los milicianos salen de las sombras con sus machetes y sus mazos a dar buena cuenta de los otros? El hotel y el mundo exterior parecen en silencio. Pero la noche será larga. Tiempo para dormir, para quedarse a solas con uno mismo, aunque yo no lo esté aquí, a salvo con mi compañero de la agencia Efe. Si nos asomamos a la ventana de la habitación veremos el inmenso resplandor del hospital de Kigali, donde la muchedumbre se arremolina. Como en el estadio. Lugares a salvo de la matanza. La guerra urbana la ha arrancado de sus hogares. Las mil colinas se reducen aquí a varias pendientes, cimas y vaguadas que esconden a unos y otros, perseguidores de una victoria a toda costa. Sombras de la batalla. Sombras nada más. Como todo lo que pueda escribir en mis cuadernos, en

mi memoria, tan incapaz de darse buena cuenta de lo que en Ruanda está muriendo entre tutsis y hutus.

Le
MERIDIEN
UMUBANO
KIGALI

Nom du Fournisseur

La noche de Kigali. Mi propia noche. Hoy, al menos, no dormiré en el suelo del aeropuerto. Ésta es una inmensa habitación. La 519. Hotel Meridien. Kigali. La capital de un diminuto, hermoso y superpoblado país, fronterizo con Burundi, Uganda, Zaire y Tanzania, completamente desconocido para mí hasta hace unas semanas.

La noche de Kigali. Lejos de todo lo conocido. Lejos de mis deseos e incertidumbres. Lejos de Madrid, de lo que conozco y de lo que sospecho.

La noche de Kigali se ha quedado quieta, silenciosa. Esta habitación parece a salvo. Las plantas, mientras tanto, hablan con las sombras y los duendes de la noche. Los hombres, mientras tanto, afilan sus machetes, acaso se arrebuja: en el áspero cemento del estadio nacional, en el hospital, en las habitaciones cercanas. No es tarde. Pero no es posible aventurarse ahí fuera. La noche es aquí de los crueles, de los que comercian con el miedo. La noche de Kigali, lejos de la noche del lago Victoria y lejos de la noche de Nairobi. ¿A salvo? Tal vez. Ahora se han quedado quietos los artilleros. Los fusiles se enfrían. No sé muy bien para qué sirve la pluma. En el país de las mil colinas busco un rincón donde conciliar el sueño.

NAIROBI

Martes, 19 de abril

Acaso sea ahora tiempo de callar. Porque ya escribí mi historia del infierno. Porque ya bajé al corazón de las tinieblas. Porque he decidido volver a casa. Porque no voy a volver a quedarme. Porque ni siquiera me queda el derecho de llorar. Aunque lloré en el taxi que me llevaba al aeropuerto: para irme de aquí, ahora lejos de África, lejos de todos estos hombres y mujeres que he visto morir ante mis ojos: condenados. Sin ninguna esperanza. Esto no son más que retales. Ni siquiera palabras. Ni siquiera sentimientos. Ni siquiera un pálido «Dios mío».



Mi memoria rota de Kigali. La luna entre las palmeras. La ciudad muerta. Las colinas que ocultan: una trinchera, un cadáver, una pequeña horda de jóvenes con machetes, pinchos, arcos, flechas, mazas, nada en la mirada.

Y mi hojita roja de Kigali.

EL CORAZÓN DEL HORROR LATE EN RUANDA

Si alguien quiere saber dónde late ahora el corazón de las tinieblas no tiene más que visitar el estadio de Kigali. Bajo las gradas, con los pocos enseres que han podido salvar y algunas cabras, miles de ruandeses viven y mueren cada día. La sangre fresca se mezcla con el barro, los muertos con los vivos, los heridos con los aterrorizados, los enfermos de malaria y disentería con los sanos, que cantan para apagar el fragor de las explosiones. «Están disparando contra la gente. Pero no podemos hacer nada. Esto es un holocausto», exclama, con los ojos en blanco, el capitán Morshed, uno de los 500 *cascos azules* bengalíes que resisten, amigables y asustados, el aguacero de muerte. Son las diez de la mañana y ya han muerto 30 personas y 70 han sido heridas. «No hay vendas, no tenemos agua ni medicinas. No hay nadie de la Cruz Roja ni del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados. Esto es un infierno». La catástrofe humanitaria que padece

Ruanda, donde ya han muerto decenas de miles de personas, es imparables, mientras las unidades belgas de la ONU abandonan el terreno y los bengalíes comienzan a imitarles. Ruanda parece condenada a su suerte.

Si alguien quiere conocer el rostro del horror no tiene más que volar desde la tranquila Nairobi: dos horas de viaje en un avión militar sobre la hermosura incomparable del lago Victoria. En Kigali, la capital de Ruanda, el estruendo de los cañonazos y las ráfagas de ametralladoras se multiplican en el cráter del estadio Amahoro ('paz', en kinyaruanda, el idioma oficial junto al francés). Las fuerzas del FPR, que controla las proximidades del estadio, disparan sus morteros contra las tropas del Gobierno provisional y de la guardia nacional, que replican con morteros y artillería. En medio, el blanco es el estadio.

Hay muertos sobre colchonetas tendidas en el campo, cinco cadáveres aún calientes. «En la parte de fuera hay 22 muertos más. Estaban durmiendo allí, al raso, cuando un mortero les mató esta mañana», dice el capitán Mosaddeq, también de Bangla Desh, la nación que, con 800 hombres, ha contribuido en mayor medida a la Misión de Asistencia de las Naciones Unidas a Ruanda (Minuar). Una misión fracasada. Las elecciones previstas para el año próximo no son más que un sueño imposible. Ruanda, uno de los países más castigados del mundo, retrocede unos años cada día. Hay heridos en medio de colchones manchados de barro, atados de ropa, cazuelas que hierven un líquido sombrío, cabras que ramonean la hierba inútil del estadio. Y un rastro de sangre fresca, aguada, que no se quiere coagular y que lleva a la enfermería.

El dispensario es un cuarto infame, un antiguo depósito de material atlético. Un manojo de pértigas azules comparte estantería con trapos y una botella de desinfectante. Es todo el material clínico que hay. El suelo, de cemento, se pega a los zapatos: una película de barro con charcos de sangre. Muchachos y hombres, sanos y heridos, se aprietan contra las paredes. Voluntarios de la Cruz Roja, con un mandil que exhibe una tosca cruz roja pintada a mano, tratan de ayudar. Los dos únicos médicos se muestran impotentes. «No podemos hacer nada», dice Prudence Sinigenga, un joven doctor de Kigali. Su compañero, que no quiere dar el nombre, trata de disimular las lágrimas que le arañan los ojos. Su asistente se apoya en un estante. Tiene malaria. Otro bombazo hace que las gradas se estremezcan hasta los cimientos. Todos, en esta sórdida enfermería del fin del mundo, se agachan instintivamente para protegerse del nuevo golpe. Vivir siempre es mejor que morir. Incluso en Kigali.

En un folio, escrito a bolígrafo, está reflejado el parte médico desde el pasado 15 de abril: 20 heridos graves, 150 heridos de diversa consideración, 150 enfermos de malaria, 115 con diarrea, 32 con disentería. «En lo que va del día, 30 personas han muerto y 70 han sido heridas». Y no son más que las diez de la mañana. A las cinco, cuando las sombras de la noche todavía no se habían disipado, empezó otra vez la guerra. Desde el pasado 8 de abril, dos días después de la muerte del presidente del país, Juvenal Habyarimana, en un accidente aéreo que según sospechan fuentes de la ONU fue un atentado, la gente de Kigali y de los pueblos limítrofes empezó a buscar refugio en el estadio. En su recinto, 100 personas han muerto y más de 500 han sido heridas. Una

furgoneta de Naciones Unidas, con tres heridos en la trasera, se abre paso a bocinazos. Va camino del hospital, «pero aquello está mucho peor», dice el capitán Mosaddeq.

Una tanqueta blanca de la ONU bloquea la entrada principal. En la garita de las taquillas, dos jovencísimos soldados bengalíes se guarecen del miedo y del aguacero de fuego. En la explanada central, la bandera de Ruanda ondea a media asta. A los lados, el viento, indiferente a todo, agita las enseñas de Bangla Desh y de la ONU. Sobre la fachada, los bengalíes han escrito con grandes caracteres: «Día de la independencia de Bangla Desh». Como casi todo en Kigali, el tiempo y el espacio se han vuelto una pesadilla. Junto a los comercios reventados que daban vida a la avenida del estadio, un anuncio de cerveza calma la sed: «Guinness is the power».

«No hay agua, no hay medicinas, no hay comida. Esto es peor que el infierno», dice el capitán Morshed, que en su cámara guarda «imágenes terribles». «Hacemos informes todos los días, pero nadie hace nada. Civiles y *cascos azules* somos el objetivo de las dos partes. No podemos hacer nada. Compartimos nuestra comida con ellos. Pero estamos atados de pies y manos por el mandato de la ONU». No es de extrañar que los belgas se fueran después de haber visto cómo torturaban y asesinaban a diez de sus compañeros, que habían entregado las armas, siguiendo las instrucciones de la propia ONU. Ayer, 300 bengalíes amontonaban sus enseres a la entrada principal del aeropuerto internacional de Kigali. El éxodo parecía imparable. Las fuerzas de paz abandonan Ruanda, el Consejo de Seguridad calla, el Ejército ruandés (hutus) y la guerrilla del Frente Patriótico Ruandés (tutsis) pelean por cada metro de Kigali en un frente que abarca toda la ciudad, y la población muere de todas las formas posibles, en un sufrimiento que no tiene fin. Pero el mundo no tiene ojos para esta nueva tragedia en el corazón de África. Las tinieblas avanzan.

BRUSELAS

Jueves, 21 de abril

Pablo me pregunta qué es lo que voy a hacer. Pablo está a punto de irse al colegio de la mano de su madre. Acaba de pasar el tren y la casa de Lola en Bruselas vuelve a recobrar el silencio. Pero el ruido del tren queda amortiguado por la espesura de los cristales, el pequeño jardín, las azaleas. Es ésta una casa hermosa, como sus habitaciones, y acaso la mejor cura después de una temporada en el infierno. Es un día gris en Bruselas. He dormido como un niño en la cama blanca de Pablo. Ahora veo que los trenes siguen pasando y en esta casa podría volver a escribir despacio acerca de todo lo que he visto, de las hojas rojas de Kigali, de las colinas, los cadáveres, la noche estrellada, mi torpeza con la brújula. Podría volver a describir la fuerza de la muerte, la desesperanza en su grado más exacto. Las ramas de un árbol de otoño reptan por los azulejos de la cocina. La casa es de 1907, de techos altos, escaleras de madera viva, y hay flores, hermosos cuadros y todo lo que uno ha podido desear alguna vez para hacer la vida algo mejor, todo lo que uno ha deseado para sí mismo y para África: como ese mínimo jardín trasero, donde la lluvia puede estamparse a gusto, las vías del tren y las fachadas de otras casas de ladrillo con

tejados a dos aguas y chimeneas belgas. El cielo está gris. De mí no sé decir. Algo se va cerrando en mi interior, como si el corazón fuera una roca caliza, y todavía no me atrevo a poner la mano en su dibujo.

MADRID

Domingo, 24 de abril

El cielo está gris. A punto de romper otra vez. Como al salir de Gikoró camino de Kigali. Con toda aquella muerte detrás. No tenía miedo. Los soldados iban bien pertrechados, armados hasta los dientes, y acaso eso les hiciera más vulnerables que a mí: sin chaleco antibalas, sin casco, tan sólo con un bolígrafo, un cuaderno y una cámara fotográfica. Todo aquello ha quedado atrás. Pero los rastros de la memoria son otros: estratigrafías, petroglifos en la cara oculta de lo que escribo, de lo que veo, de lo que siento cuando me encuentro con el horror. «¿Qué buscas en el horror? ¿De qué te redime?». Es lo que Anne me pregunta. Pero no creo que se trate de redención. Soy testigo de este tiempo. Y no quiero cerrar los ojos, ni taparme los oídos. Salí con vida: yo tengo aquí una vida aparentemente a salvo, aunque los sentimientos me tiendan trampas que no sé cómo descifrar.

NAZISMO TROPICAL

Todo el país es un lagar: la sangre se mezcla con el barro, los vivos con los muertos. Todo un país está siendo *limpiado étnicamente* ante el espanto y el silencio del mundo. Porque los gritos de los que agonizan no se oyen aquí. Medio millón de muertos. La guerra civil española se cobró, según los últimos recuentos, cerca de 500.000 víctimas mortales. Pero fueron tres años de ensañamiento. En poco más de dos años de guerra y de *limpieza étnica* en Bosnia-Herzegovina han muerto cerca de 300.000 personas. En Ruanda, un pequeño y hermoso país de más de mil colinas enclavado en el centro de África, siete semanas de sangría han llenado de víctimas los ríos, los caminos, los lagos y la selva: medio millón de muertos, medio millón de refugiados en los países limítrofes, casi dos millones de personas arrancadas de sus hogares. Pero nadie podrá contarlos nunca. «La mayor tragedia humana de este fin de siglo», en palabras de Michel Roussin, ministro francés para la Cooperación. Occidente derrama lágrimas de cocodrilo mientras mira hacia otra parte. El secretario general de Naciones Unidas, el egipcio Butros Butros-Gali, proclama su vergüenza y su escándalo ante un genocidio que sólo tiene parangón con la *solución final* de los nazis. Pero las cámaras de gas de Alemania tienen en Ruanda la forma de un machete. Frente a la tecnología alemana, la intimidad y la cercanía del machete, aplicado de tú a tú en un vis a vis definitivo.

La Radio de las Mil Colinas, portavoz del Gobierno hutu, era muy explícita al respecto: «Las tumbas están sólo medio llenas. Tenemos que completar la tarea. Cometimos un error hace treinta

años dejándoles huir al exilio. Esta vez no escapará ninguno. Cuando mates ratas no permitas que una sola preñada escape». Se trata de *nettoyage*, la *solución final* para Ruanda. Grandes cementerios bajo la luna gigante de África. «Suráfrica es nuestro sueño, Ruanda nuestra pesadilla». Otra voz en el puro desierto. Wole Soyinka. «Es preciso olvidar todos los conceptos de soberanía respecto a Ruanda, entrar y poner fin a la matanza. Ruanda está clínicamente muerta como nación». Pero sus palabras no sirven más que para conmover un minuto algunas conciencias, antes de pasar de página, de pulsar con hastío el mando a distancia para cambiar de escenario. La tierra está exhausta tras 90 años de sobreexplotación. Para colmo, la cosecha de este año será, según Naciones Unidas, un 40% inferior a la del año pasado. La esperanza de vida es de 45 años para los hombres y de 48 para las mujeres. Pero eso era antes, antes de que volviera a brotar la voz de las matanzas.

El 14 de abril, una semana después de la muerte de Juvenal Habyarimana, no todos estaban muertos, con esa mueca que se les pinta en los labios a los que lo van a perder todo para siempre, a los que ni siquiera van a tener una tumba propia para esperar y ver si es cierto que después de este valle de lágrimas hay algo que recompense de tanto penar. Un brazo se alzaba entre la masa de cadáveres de hombres, mujeres y niños asesinados con machetes, mazas, cuchillos, lanzas, flechas, granadas y balas. Un brazo se movía en aquel mar de muertos, congelados ante la pequeña iglesia de ladrillo de la parroquia de Musha. Los dos curas no habían podido más que esconderse y escuchar el trasego de la sangre. «Tras la primera granada, el silencio». El silencio de los seres eliminados sistemáticamente, como «ratas a las que hay que exterminar», como reclamaba la Radio de las Mil Colinas. Fueron más de 1.000 los tutsis asesinados en la parroquia de Gikoró. Y en aquella mortandad, en aquel botón de muestra del genocidio, tan sólo un brazo se alzaba y se mecía como un árbol tierno: sin ofrecer apenas resistencia al aire, sin un gemido detrás. Pero nadie le prestó ayuda. Ni los soldados de la base de La Spezia, que habían acudido para rescatar a los padres blancos, ni yo, que miraba tratando de ver en medio de las tinieblas. Unas tinieblas que se hicieron más y más densas desde entonces. Porque la matanza no había hecho más que comenzar.

Todo comenzó en el siglo xv. Los twa, una tribu de pigmeos cazadores y ceramistas, vivían junto a los hutus, un pueblo de origen bantú, bajo y robusto, dedicado a la agricultura. En el siglo xv llegaron del norte los tutsis, un pueblo camita, originario de Etiopía y Egipto, conocedor del hierro y ganadero. Formaron una sociedad feudal en la que los hutus fueron convertidos en siervos. La vida transcurrió con ese reparto de tareas en que la minoría tutsi dominaba a la mayoría hutu. Los twa permanecieron al margen, y así han seguido, apenas considerados como seres humanos por sus vecinos en esta especie de Suiza africana, al margen de las disputas y al margen de las revanchas étnicas que en el siglo xx han diezmando a la población de Ruanda y de la vecina Burundi, semejante en su desequilibrio étnico. La zona fue colonizada por los alemanes en 1890 y ocupada en 1916 por los belgas, que recibieron en 1923 un mandato de la entonces Liga de las Naciones para gobernar el territorio de Ruanda-Urundi. Los belgas fomentaron la desigualdad

de partida forjando una suerte de jerarquía racial. Rompieron el delicado equilibrio. Los tutsis fueron promocionados, disfrutaron de todos los privilegios en la educación, la Administración y la economía. A pesar de compartir el mismo idioma, una cultura semejante y de vivir en las mismas colinas, los belgas reinventaron la historia, y recrearon las imágenes de los tutsis como un pueblo «de gran estatura, fieros guerreros, una suerte de superhombres», frente al «más tosco, robusto y lento hutu, condenado a trabajar la tierra». La idea de los documentos de identidad con referencia étnica sólo podía provenir de una mentalidad burocrática con siglos de ordenancismo europeo detrás.

Ese mundo estalló en 1959, cuando la evangelización y las primeras letras alcanzaron también a los hutus, que comenzaron a ser conscientes de su entidad como pueblo minusvalorado, a pesar de ser la mayoría. En 1959 fue abolida la monarquía tutsi y en 1961 fue proclamada la república. Gregoire Kayibanda, un hutu casado con una tutsi, fue el primer presidente. Pero el ciclo de las matanzas echó a andar entonces. Entre 1959 y 1973, las revueltas tutsis y las represalias hutus se saldaron con la muerte de al menos 100.000 tutsis y la huida a los países limítrofes de cerca de un millón de personas, la mayoría tutsis. En 1973, Juvenal Habyarimana, un hutu del noroeste, jefe de la Guardia Nacional, dio un golpe de Estado y se alzó con el poder absoluto. Hasta el pasado 6 de abril, en que un misil derribó el avión en que regresaba de una conferencia de paz en Tanzania. Todos los indicios apuntan a *akazu* ('casa pequeña'), el clan de amigos y familiares procedentes del noroeste del país que se sirvió del poder para enriquecerse, como responsable de la muerte de Habyarimana y de las matanzas que brotaron de inmediato. Unas matanzas que para Amnistía Internacional y para otros observadores han sido organizadas: las primeras víctimas fueron los miembros de la oposición hutu, como la primera ministra, Agathe Uwilingiyimana, asesinada en las primeras horas de su mandato junto a tres ministros y diez *cascos azules* belgas.

Habyarimana, responsable de uno de los regímenes más corruptos de África, gozó durante su mandato de una privilegiada relación con Francia, potencia que armó a su Guardia Presidencial e incluso combatió a su lado contra las unidades del FPR, los hijos de los expulsados en los años sesenta, que en Uganda ayudaron a Yoweri Museveni a hacerse con el poder y ahora han creado una máquina militar que ha conquistado más de la mitad de Ruanda. A pesar de defender la idea de un país multiétnico y de contar entre sus filas con oficiales hutus, las fuerzas del FPR no son consideradas por el pueblo como un ejército de liberación. No en vano son calificados de *inkotanyi*, nombre de una unidad de elite de la antigua monarquía tutsi que significa «luchadores implacables». Su avance desde el norte ha provocado la huida masiva de la población. Al éxodo inicial de los tutsis que sobrevivieron a las matanzas organizadas por la guardia presidencial y sus milicias se ha unido ahora la huida de los hutus. El FPR invadió Ruanda en 1990. Sus victorias sobre el terreno llevaron a Habyarimana a practicar un doble juego: aceptar un acuerdo e instigar la revancha contra los tutsis. La negociación fue coronada el pasado agosto en Arusha, en la vecina Tanzania, donde se acordó el despliegue de una fuerza de Naciones Unidas para propiciar unas elecciones libres y el reparto del poder entre tutsis y hutus.

Pero todo se convirtió en pavesas el 6 de abril. A la muerte de Habyarimana se desencadenó el genocidio. Aunque Amnistía Internacional asegura que las fuerzas del FPR han cometido asesinatos de refugiados y prisioneros en las zonas ocupadas, la mayor responsabilidad de las matanzas recae del lado del Gobierno. La Radio de las Mil Colinas proporciona argumentos para justificar la revancha. Los tutsis fueron de inmediato responsabilizados del magnicidio. Y a ejecutar la venganza se aplicaron de inmediato los *interhamwe* ('los que atacan [o matan] juntos'), la milicia juvenil del partido de Habyarimana, el MRND (Movimiento Republicano Nacional para la Democracia y el Desarrollo), y los *impuzamugambi* ('los que persiguen el mismo fin'), la sección juvenil de la CDR (Coalición para la Defensa de la República), que defiende abiertamente la eliminación física de sus oponentes y ya había orquestado una violenta campaña contra todos los partidarios de compartir el poder con los tutsis.

El 21 de abril, Naciones Unidas evacuó a buena parte del contingente de 2.700 *cascos azules*. Apenas quedó un retén de 300 hombres, incapaces de hacer nada más que observar el río de muerte, la aritmética de los cadáveres multiplicándose por doquier: fosas comunes rellenas con el sangriento contenido de excavadoras, niños y mujeres arrojados vivos a pozos con neumáticos ardiendo, ríos desbordados de cadáveres: como el Kagera, que desemboca en el lago Victoria, donde ha provocado una pesca milagrosa de más de 40.000 cuerpos. Y junto a los muertos, los vivos, como los del campo de Ngara, en Tanzania, donde ha surgido de la nada una ciudad instantánea de 350.000 almas (más que la población de Kigali, ahora una ciudad fantasma), sin alimentos, cobijo, medicinas, esperanza. Todo un pueblo está siendo eliminado. Acaso sea la de Ruanda una de las guerras del porvenir, un futuro trenzado de tinieblas. Como explicó un misionero: «No quedan demonios en el infierno. Están todos en Ruanda». La voz de la sangre baja silenciosa. Bertrand Russell, el filósofo británico, escribió para referirse a las matanzas de tutsis de los años sesenta que se trataba de «la más terrible y sistemática matanza» de la que había tenido noticia «desde el exterminio de los judíos por los nazis». El futuro está aquí, y parece cada vez peor.

MADRID

Miércoles, 20 de julio

El resplandor de la muerte. Tal vez por eso escribo cosas dulces. Para apaciguar el estertor de ese río de fuego sordo y turbio: ojos que miran implorando nada.

VUELO BRUSELAS-KINSHASA

Jueves, 21 de julio

La pantalla da cuenta del curso de las cosas. Una ficción. No es más que una representación. Como mis cartas de amor y desapego. Humo y mistificación. El avión parece suspendido, como si el vuelo nocturno no fuera más que un sueño de la física: que nuestras conciencias se empeñen en creerlo verosímil acaso sea la razón última de que se vuelva real y amanezcamos en Kinshasa. La pantalla va dando cuenta de las ciudades que vamos dejando atrás. Como Tréveris, o Múnich. Desde lo alto, y en plena noche, no se distinguen las pequeñas localidades costeras. No tengo miedo de volver a África, de volver a tocar con la punta de los dedos el infierno de Ruanda. Y no sólo porque Gervasio duerme a mi lado. Ahora sé adónde voy, y hace tiempo que quería volver. Así, mi corazón echa raíces más hondas en África, como un magnolio portugués, no como un baobab bajo cuya sombra toda la tierra es estéril.

GOMA

Viernes, 22 de julio

Al borde del abismo. A pocos kilómetros, incluso a pocos metros, la gente muere en medio de un pavoroso silencio. Pero en este cuarto de hotel hay luz, silencio, cobijo y una mesa. Para volver a encontrarse con los muertos acostados a la orilla del camino, empaquetados en sus propias esteras, como si fueran a ser arrojados al mar. Pero el único mar al que pueden aspirar es una fosa común, donde los rostros adoptan posturas eternas, a punto de ser cubiertos por una tierra polvorienta. He visto camiones abarrotados de cadáveres descargando su mercancía como norias insaciables, y otros muertos sin tapar, a la puerta de este mismo hotel donde ahora vamos a conciliar el sueño. Las primeras luces de la mañana nos arrojaron al aeropuerto de Kinshasa, donde nos encontramos con una marea humana de lobos vestidos de policías temibles y corderos disfrazados de civiles aplicados a salvarnos. A fuerza de rabia, Gervasio nos sacó de un desastre seguro. Ahora estamos en Goma, donde la vida vale todavía menos y más de un millón de refugiados duermen bajo las estrellas.



Fuegos en medio de la noche. Si te alejas de tu hotel protegido por tres soldados podrás verlo. Fuegos, sombras, cadáveres de fósforo en medio del cañaveral que retrocede. Aquí se fabrica una memoria preciosa y terrible.

Sábado, 23 de julio

Voy a recordar esta mañana de julio. Todo empezó muy temprano. Y eso que los muertos llevaban ya tiempo esperándonos: acostados, como ofrendas a la calzada, a los que pasan en automóvil, a los que llegan, a los que huyen. Envueltos en sus esteras o a cuerpo gentil. Todos muertos, docenas, centenares de muertos. La cosecha de una noche. ¿Cuántas fosas comunes habrá que cavar antes de que todo esto termine? La noche es más fresca aquí, más fría que en Madrid: se puede dormir. ¿Se puede? ¿Cuántos rostros, cuántos cadáveres, cuántos moribundos, cuánto silencio, cuánto horror y sufrimiento en su estado más puro —el que padecen los inocentes— tendrás que apartar para poder conciliar el sueño? Siempre has dormido muy bien, incluso cuando te has portado mal, cuando has sido cruel, cuando has cometido uno de los mayores *pecados*: despreciar el amor. ¿Pero aquí? ¿Cuáles son nuestros *pecados*? Tras los cadáveres amontonados, acostados cuidadosamente, en los arcones, el campo de Munigi. Allí se hacinaban los vivos, que veían morir a los suyos o se dejaban morir a sí mismos, sin que médicos y enfermeras pudieran hacer otra cosa que separar a unos de otros o proporcionar algo de suero a aquellos a quienes el cólera había empezado a agarrar los tobillos. Vi a un padre abandonando a su hijo muerto, envuelto en una manta, junto a los otros, a los otros treinta o cuarenta que acababan de morir, muy cerca de los que se iban a morir pronto, que se debatían con los que todavía estaban a dos metros

de la nada. Pero apenas se oían quejas, tan sólo el olor: ese olor a muerte que va poblándolo todo aquí: en la hermosa provincia del lago Kivu. Aquí, donde los muertos se cuentan ya por miles, donde la historia universal de la infamia clavará otra de sus banderitas. La noche es más fresca aquí, para los que tienen una cama —como yo—, y agua limpia —como yo—, y luz eléctrica —como yo—, y comida —como yo—, y dinero —como yo—, y un billete de huida —como yo—. Pero lo peor no había llegado aún: faltaba el orfanato de Nyundo, donde cuatro mil niños se hacinaban en tiendas de campaña, un dispensario/maternidad que se parece bastante a una pocilga, un almacén de moribundos y el polvo negro de la tierra volcánica. Allí vi a un niño abandonado en la trasera de una cabaña: con las nalgas cubiertas de sus excrementos y orines mezclados con la tierra. Allí vi a una niña que parecía un Cristo mínimo y portátil, con los brazos en cruz mirando al cielo, esquelética, con los ojos bien abiertos para ver a los que vienen a verla morir y para ver la muerte cómo se aproxima, con qué dulce rapidez. ¿Lo peor? Sopla el viento y una tormenta se anuncia en la lejanía. Sólo falta la lluvia para que el cólera encuentre más caminos expeditos para su tarea. Hay más, más testimonios, más dolientes, más cadáveres, más lágrimas contenidas, más asco, más desolación, más condena, más desesperanza. Hay más, mucho más, basta con salir a la calle: a la noche fresca, a las puertas de este hotel custodiado por tres soldados, a la noche que se cobra sin piedad una ración de muertos que se dobla y se dobla como se doblan las apuestas del mal: un asunto endemoniadamente nuestro.

Nada se le puede comparar: nada en mi propia memoria, nada en la memoria de los que han visto otras guerras y *asistido* a otras catástrofes. La noche es suave aquí, en mi hotel, donde yo duermo con Gervasio en una cama espaciosa. Tenemos un gran salón enmoquetado, agua y Coca-cola en la nevera y luz eléctrica. Sólo falta el agua corriente, pero tampoco hay que abusar. Ahora nos iremos a cenar —con cerveza y agua fría— en un restaurante cercano: «El mejor de Goma», nos han dicho. ¿Es normal eso? ¿Cuántos refugiados cabrían aquí, a cuántos podríamos salvar con nuestra agua y nuestra comida? Tal vez sea ése un argumento para una obra de teatro, igual que todas las miradas que cámaras, objetivos, periodistas ponen en las víctimas de desastres como éste para servirlos en los comedores domésticos. A ellos se les estropea el desayuno, o la comida, o la cena. A nosotros, que venimos aquí, que a veces nos jugamos la vida, no. Podemos dormir y cenar con todo eso a costas, y pensamos que ya que estamos aquí y removemos sus conciencias tal vez tengamos más derecho que ellos (¿los que dejamos en casa?) a nuestra cama y a nuestra cena.

Domingo, 24 de julio

La noche está en silencio. Desde aquí no alcanzo a ver el resplandor de las fogatas y a escuchar la respiración de las muchedumbres. Nunca he visto a tantos: desamparados, perdidos, pobres, condenados, moribundos, muertos. No, nunca he visto a tantos seres caminando bajo el peso de inmensos bidones de agua, de inmensos atados de leña, bajo el peso de sus esteras o de sus

colchones, bajo el peso de los suyos y de un destino despiadado. Mueren sin cesar, todos los días: cada mañana, sus escuetos bultos llenan las aceras. Cada mañana volvemos, emprendemos el camino de los campos, que se van grabando en la memoria con huellas indelebiles: Munigi, Kibumba, Katale. Las estampas más terribles desalojan a las más espantosas del día anterior. ¿Así sobrevivimos? Pero hay un cuchillo que graba sus contraseñas en la piedra del alma. No aparto sus ojos, no me quito de su trayectoria, estén muertos o vivos, y miro como si pudiera infundirles algo de mi perplejidad y de mi ánimo, de igual a igual, aunque ellos y yo sabemos que puedo partir en cuanto quiera, si el mal no me traba el tobillo.

Junto a la tapia del cementerio se arraciman tres centenares de cadáveres. Al otro lado del camino polvoriento, cabras, cebúes y personas comparten las cosas del domingo: humo, pobre condumio de refugiados, cólera, disentería, malaria. Un muchacho agoniza ante la indiferencia general mientras una muchacha, atada de pies y manos, canta.

Lunes, 25 de julio

Los campos. Tiralíneas en un mapa ciego. Pero se van grabando con la certeza inaprensible de una constelación. En vez de Virgo o Cáncer, Sufrimiento. La noche. Como en Bosnia: tenías miedo de pasar la noche en el frente. Aquí es peor: el miedo a pasar una noche en uno de los atestados campos de refugiados. Acaso despertarías junto a un vecino muerto. Podemos hacerlo, y contarlo: el número de muertos, la experiencia de las hogueras, las inexistentes letrinas, el frío, el hambre, la disentería, el cólera. Y el olor. Un olor que retuerce la voluntad y la pone fuera de combate. Mientras los sueños vuelven a cruzar el lago Kivu en una piragua.

Una habitación de tablas oscurecidas por el humo. En el suelo, acostados en inmundas colchonetas, con sangre vieja y nueva, veinticinco niños escuálidos, negros, desnudos, se debaten entre la vida y la muerte a causa de una epidemia de cólera. El haz de un faro barre la escena cada diez segundos. El sonido que brota cada nueve es el de un chorro de agua: brota y enseguida se desvanece.

Martes, 26 de julio

Cada día me enfrento a una nueva ración de horror. Un nuevo campo de refugiados. Una nueva colección de cadáveres. Hoy, en el orfanato de Nyundo, he visto cómo agonizaba un muchacho de unos quince años. ¿Qué hacer? ¿Ponerse en cuclillas y llorar? ¿Llamar la atención de los fotógrafos que pasaban a su lado sin tan siquiera fotografiarle? ¿Reclamar la ayuda de las escasas enfermeras que trataban de salvar a otros en el galpón/hospital de los enfermos de cólera y los desahuciados? Aquí te enfrentas cada día: a tu propio destino y a tu extraña condición de ser humano. Yo, como otros, me escudo en mi papel de periodista y pienso que ya hago suficiente internándome cada día en los campos, acercándome a los muertos, preguntándole a los vivos,

enfrentándome a sus miradas y escribiendo sin cesar lo que escucho y lo que veo. Pero es una ficción, un subterfugio. No es bastante, no basta, no corrige la exactitud y la potencia del mal, no lo rebaja, ni mucho menos lo derrota, no oscurece la obscenidad de la muerte, el escándalo de los cadáveres amontonándose por centenares, por millares, en los arcenes de las carreteras que yo he venido a grabar en mi retina. ¿Para qué? ¿Para que la conciencia del mundo se conmueva y haga lo que yo no puedo, no sé, no quiero hacer?

Terreno pedregoso. Donde no hay pedruscos brilla la ceniza. Un galpón de madera pintado a brochazos de negro, al fondo del escenario. A la derecha, treinta niños escuálidos y desnudos, negros, esperan, de pie, alguno que otro llora a intervalos irregulares. A la izquierda, vestido de cintura para arriba con una especie de abrigo, con los pies desnudos sobre una tabla de construcción (como las que tanto le gustaban a Tadeusz Kantor), se muere sobre una manta: le tiemblan los brazos y la cabeza. Levanta el cuerpo como si implorase que alguien acabe con su sufrimiento. Pero no emite ni un solo gemido. Se da la vuelta como puede y queda de cara al sol y mueve los brazos y el cuello con la inquietud de alguien que agoniza lentamente. Sentado al fondo, ante el galpón, un muchacho con gafas, traje de chaqueta que vagamente recuerda un atuendo militar (con una cruz roja en el pecho) mira hacia el público. Todo su esfuerzo consiste en no mirar en ningún momento al que agoniza.

Miércoles, 27 de julio

¿Cuántos cadáveres y agonías se pueden contemplar impunemente? No sé si estoy roto de cansancio o si mi cantimplora de horrores se me ha roto dentro. Pero no creo que pueda resistir mucho más tiempo.

FOTÓGRAFO 1. Lo bueno de los muertos es que nunca te salen movidos.

FOTÓGRAFO 2. ¿Y qué me dices de los agonizantes?

FOTÓGRAFO 1. Basta con sentarse a mirar por el objetivo. Siempre tienen la gentileza de congelarse un instante antes del estertor final.

Jueves, 28 de julio

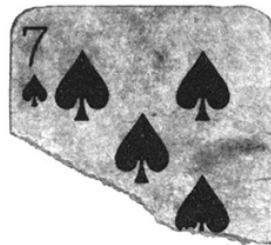
Escribo con una sola mano. Meto un puño en el corazón y no encuentro más que un trastero húmedo y vacío. ¿Se puede venir a África a llenar de recuerdos el batiscafo del alma? Ahí está el lago Kivu, los volcanes de Zaire, las laderas y los ríos olvidados. Ahí baja el río Congo y las ciudades abatidas por el miedo, en manos de policías, funcionarios y soldados vendidos al mejor postor, corruptos como su presidente. Aunque huya de Zaire no me salvaré. Mañana vuelvo a Ruanda con los ojos llenos de cadáveres y un gran dolor aquí, donde debía decir *aparato destinado a sentir*. Tal vez me sirva esta vez. Pero no espero nada de mí.

El escenario a oscuras. Se enciende una linterna de luz muy concentrada, blanca. Alumbra a alguien que escribe en un cuaderno. El que escribe se alumbra con la otra mano: con una mano escribe (y acaso alumbra su alma) y con la otra alumbra (y acaso ilumina lo que escribe). Una gran pantalla reproduce tan sólo los filamentos, la caligrafía del que escribe, no sus ojos, ni su cabeza, ni su ropa. Sólo lo que escribe. Como si la linterna fuera el ojo de una cámara. Y dice: yo estuve allí donde la muerte era el pan de cada día y los hombres y las mujeres y los niños morían en silencio. Fue en los últimos días de julio de 1994, en Goma, una pequeña ciudad junto al lago Kivu, al noroeste de Zaire, y los que morían —centenares de miles— habían huido del temor de morir en Ruanda.

KIGALI

Viernes, 29 de julio

Siete de picas en medio de la alfombra de balas y despojos de la frontera entre Zaire y Ruanda. Cruzamos temprano esta misma mañana. Un no muy largo viaje por un país del que ha huido buena parte de la población. Pero la hermosura vegetal y la dulzura de sus valles colinas no contribuyen nada a explicar la ferocidad con la que aquí se ha cultivado el odio. Vuelvo a Kigali, el mismo Kigali de aquel horroroso abril (hace menos de tres meses) con una alforja de nuevas imágenes para corregir y aumentar aquel espanto, aunque el escándalo de la sangre a borbotones no soporte ser sepultado por el escándalo de las agonías lentas y los cadáveres amontonados en las cunetas. La noche es dulce y silenciosa en Kigali. Yo estoy roto, cansado de escribir y ahora, por el momento, sólo quiero volver a casa. África forma parte para siempre de mi propio destino.



Todas las noches sueño secuencias del mismo sueño: camino entre cadáveres, piso senderos que son cenagales de agua negra, donde me encuentro con miembros amputados y a veces con mi madre o con mujeres que he querido. Pero no sé cómo voy a poder convertir todo lo que he visto en esta espantosa semana de mi vida en algo que valga la pena: que reconforte o que desasosiegue, que alivie o que inquiete.

Sábado, 30 de julio

Los diarios establecen su propio ritmo, su compás de espera, silencios que se dilatan a lo largo de tardes como ésta, pero lejos de Kigali, aunque aquí también se puede cobrar sus piezas de hastío. Los diarios guardan su ración de certezas junto a su reserva de desánimo, para que no todo sea ficción, gustos del alma enterrada por un arrebató sexual, por un repentino desapego. No digo que soy mejor aquí, porque soy el mismo, sino que casi no me permito pensar en mí mismo, arrebatado por la elocuencia y la prisa de los hechos, por la necesidad de verlo todo y de escribirlo, de lanzarlo lejos de aquí, donde pueda cumplir su razón de ser: escribir para el incendio, para que algo ocurra, para que la conciencia no se extinga, para que el mal no se extienda, no quede impune, no se repita.

GOMA

Domingo, 31 de julio

Pensar es un lujo aquí. Corremos como locos, por el camino inverso. No hay tiempo para detenerse. Pasamos controles como haces luminosos. Un país arrasado. Oleadas de refugiados que caminan durante días y días, de vuelta a casa. Pero siguen siendo muy pocos. Nosotros regresamos a la nuestra, pero por otros medios, menos arduos: no llevamos nuestra casa a cuestas, tan sólo útiles de trabajo, herramientas para dar mejor cuenta de lo que pasa, aunque lo que pasa es tan sólo una mínima parte de lo que vemos, de lo que acertamos a ver. Ahora empezamos a alejarnos: de las sombras al borde del camino y de los campos del horror a plena luz del día. No podré olvidar. Al menos eso.

LA MUERTE EN DIRECTO

Goma es una ciudad de más de un millón de cadáveres. Con los ojos hundidos y los miembros reventados, un millón de exiliados arrastra su silencio bajo el cielo de Zaire. En Goma se puede asistir al mayor espectáculo del mundo: la muerte en directo. Afortunadamente hay decenas, centenares de ojos electrónicos y mecánicos para que nadie pueda perderselo, decir que *no sabía*. Ésa es la principal ventaja sobre el asesinato planificado y científico de seis millones de judíos. Los nazis no querían testigos. Los ruandeses mueren ante notarios de pulso muy firme. Además tienen la gentileza de quedarse congelados antes del último estertor. Para que la imagen no salga movida. Es algo que los grandes fotógrafos —y todos los grandes están aquí— saben agradecer. Así es más fácil conmover el corazón y la conciencia de los que miran: de todos los que pasan páginas en las playas o cambian de canal en los inmuebles recalentados por el sol del estío. Pero es difícil dar cuenta exacta del fenómeno, del escándalo de la muerte: en directo y en silencio, los ruandeses actúan en varios escenarios, como en un descomunal circo al aire libre. Hay pistas con

más de cuatrocientos mil artistas, como el campo de Kibumba, y cosos de piedra volcánica donde *el más difícil todavía* es una habilidad que los trapevistas del dolor ejecutan sin descanso, como en Munigi: se mueren sobre una mano, sobre sus propias nalgas, se quedan derribados, de cólera o de desgana de vivir, junto a sus compatriotas, que llevan días y días en la misma postura, haciéndose el muerto con una convicción admirable, y oliendo cada vez peor.

En la estación seca es raro encontrarse con una bofetada de lluvia. Al noroeste de Zaire, en Goma, junto al lago Kivu, escenario de *La reina de África*, los días son claros y las noches frescas. Hasta que llega una polvareda y lo enturbia todo. Aunque hace tiempo (casi treinta años) que Zaire vive aplastada por la corrupción: policías, funcionarios y soldados vendidos al mejor postor crean un barbecho para el soborno. El ejemplo de Mobutu Sese Seko, dictador decano del África negra, ha cundido. Zaire vivía encerrada sobre sí misma, con el aeropuerto de su capital, Kinshasa, convertido en uno de los lugares más siniestros del mundo. Hasta que Ruanda, como a comienzos de los sesenta, como en 1990, volvió a romperse en pedazos. Entonces Zaire salió del humo y encontró de nuevo un lugar en los papeles y pantallas del mundo. Pero Zaire es otra historia, el telón de fondo del horror.

El muchacho no tiene más de trece años. Muy delgado, como la mayoría, y vestido con un pantalón corto y una camisa color herrumbre. Tiene los pies, descalzos, apoyados sobre una tabla, una de esas tablas de albañil que sirven para forjar cimientos, para que el cemento cuaje. El muchacho se incorpora con un esfuerzo sobrehumano. Acostado sobre una manta militar, le tiemblan los brazos, que extiende ante él, y la cabeza. Un hilo de saliva le pende de las comisuras. Trabajosamente se deja caer y vuelve a incorporarse, a cámara lenta. No emite el menor sonido. Está agonizando, al sol. Vuelve a levantar el tronco del suelo, como una tortuga humana que quisiera aspirar una vez más el cálido aroma de julio. Pero ya no le quedan fuerzas. Cae y, lentamente, se gira. Ahora tiene los talones apoyados en la tabla y alza los brazos ante él. Levanta una vez más la cabeza, que, como en un último estertor, se queda inmóvil. Parece el final, y no quiero mirar más. La agonía ha durado diez minutos, pero el muchacho ya estaba muriendo cuando lo vi por primera vez. A su lado, mientras todo ocurría, dos fotógrafos buscaban otros objetivos menos obscenos y un enfermero de la Cruz Roja, sentado a la puerta de un galpón, hacía esfuerzos denodados para mirar al frente sin que sus ojos rozaran aquel cuerpo que se extinguía a sus pies. En un momento, una enfermera salió a la puerta del hospital de tablas ennegrecidas, miró al agonizante y regresó a su tarea. Alguien había decidido que el muchacho, enfermo de cólera, estaba desahuciado, y nadie se tomó la molestia de darle un poco de consuelo. Todo ocurrió en el orfanato de Nyundo, a las afueras de Goma, donde entre treinta y cuarenta niños morían al día de cólera, disentería, malaria, hambre y abandono, hasta que el mundo volvió la vista. El hospital era (lo sigue siendo) antiguo almacén. Allí era posible visitar la reconstrucción de una pesadilla: decenas de niños desnudos, negros, escuálidos, acostados uno al lado del otro, en colchonetas inmundas. Éstos habían sido tratados a tiempo, y el gotero con una solución de glucosa los mantenía con vida. Más adentro, en un cuarto más sombrío, niños de más corta edad estaban

condenados, y las enfermeras, incapaces de parar el aluvión de la muerte, se limitaban a limpiar lo que podían. El espectáculo no era más edificante en la unidad de los bebés. En la repisa que servía de entrada, entre quince y veinte niños de corta edad chapoteaban en su orina, mezclada con barro y agua turbia. Una niña semidesnuda, con los brazos en cruz, acostada sobre el cemento, con los ojos extraviados, tuvo la delicadeza de no mirarme cuando la miré, como hacen todos, que te miran con ojos enormes, pero sin reproche. Sólo miran, silenciosamente, para que cada uno descubra qué significa esa mirada. Ahora, el orfanato de Nyundo, con más de cinco mil jóvenes inquilinos bajo carpas de lona y plástico, empieza a salir de la noche. Muchos, como el muchacho de la muerte en directo, no podrán contarlo.

El silencio. El padre trae a su hijo envuelto en una manta. Lo coloca junto al centenar de muertos, apenas le roza la cabeza invisible con la mano, apenas lo mira un instante, apenas le brillan los ojos por una veladura de lágrimas, y se aleja. El campo de Munigi, «el campo de la muerte», levantado a cinco kilómetros al norte de Goma, es un vertedero humano. Pasan las horas sin que las patrullas francesas recojan los cadáveres, que se amontonan durante días y días en las calles, carreteras y caminos de Goma, pudriendo el aire, encharcándolo de una dulzura nauseabunda. Pero el olor se concentra en Munigi, sobre la superficie hiriente de piedras hirsutas y volcánicas, piedras que se clavan en la carne de los que yacen, dolientes de cólera, de disentería, de todos los males que los refugiados ruandeses arrastran como una segunda naturaleza. Apretujados en un reducto mínimo, los médicos y enfermeras de Médicos sin Fronteras tienen que sortear los miembros de los que yacen para evitar pisarlos. A veces han de inclinarse para tomar un pulso, y descubrir que el que duerme junto al que sufre hace horas que está muerto. Y el que parecía a salvo, agoniza. Los muertos son apartados al pudridero, a la estación de la espera, donde los que poseían estera de dormir son envueltos en ella y los que carecían de esta última piel entre la tierra y la piel son acostados al sol, en la misma postura que adoptaron al entregar el alma. Ahora, los médicos y las enfermeras han conseguido frenar el mordisco de la muerte, y sólo uno de cada siete de los que han sido alcanzados por el cólera entrega la vida. Pero el fatalismo es el mismo, y el silencio igualmente sobrecogedor. Mueren sin quejarse, sin derramar una lágrima, como si supieran que nada vale, ni ese último revolverse contra lo que saben inevitable. Así van camino de las fosas: en camiones atestados, con los brazos colgando, bamboleándose como estiércol humano. Junto al camino de las fosas, un recurso industrial, abierto con maquinaria de obras públicas, una mujer canta, y el silencio se hace entonces más real. La mujer, atada de pies y manos, tendida entre hogueras y cabañas de paja levantadas por sus compañeros de exilio, canta ajena al mundo, revolcándose en la tierra, como si cantando rezara. Cualquiera diría que se trata de una loca. Eso no frena el trabajo de las excavadoras. Los que tienen suerte son arrojados a las fosas de uno en uno. Cogidos por los pies y la cabeza, caen sobre un colchón de hermanos, rebotan, y vuelven a caer. Parece como el estertor de una ballena recién nacida. Como si volvieran a expirar. Como si cogieran aire para resistir la travesía. Los niños son los que mejor vuelan. Basta un enterrador para lanzarlos al agujero. Se les coge por un brazo, por

un pie, y salen disparados. Su parábola es una demostración de las férreas leyes de la física. Pero hay quienes hasta el final tienen un destino más frío. Los cadáveres han crecido tanto en las calles que la peste amenaza con añadir muerte a la muerte. Las autoridades zaireñas, dedicadas a su desidia y a su corrupción, no hacen nada. Los organismos internacionales que han terminado por acudir a Goma hablan de quemar los cadáveres. Pero será sólo el último recurso. Antes cabe recurrir todavía a las excavadoras, grandes colectoras de cuerpos, eficaces para limpiar un camino, un arcén, un depósito de almas inertes. Así van camino del último refugio, sin que nadie les cante, sin una leve oración, sin una maldita lágrima. En silencio. Sólo *la loca* parece decirles adiós.

Antes de las matanzas y de la huida masiva de la población (450.000 refugiados en Tanzania, 100.000 en Burundi, 20.000 en Uganda, 1.500.000 en Zaire, un millón de desplazados dentro del país), Ruanda era uno de los países más densamente poblados del mundo: 295 personas por kilómetro cuadrado con una elevadísima tasa de crecimiento anual: 3,5%. Dos tercios de la población tienen menos de 30 años y la esperanza de vida roza los 48. Hace once años, el índice de natalidad se disparó: aquel año saltó al 52 por mil. Con alto índice de desempleo en el sector agrícola (la principal fuente de ingresos de la mayoría hutu), las tierras están exhaustas tras cerca de 90 años de sobreexplotación. Para colmo, la cosecha que este año se esperaba recoger en Ruanda era un 40% menor que la del año pasado, y la falta de mano de obra (casi toda exiliada o muerta) amenaza con redoblar la tragedia que vive el país. Ruanda, como otros países del África subsahariana, se sometió a las políticas dictadas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, y decidió dedicar la mayor parte de sus cultivos al café y al té, para así pasar a formar parte del *mercado mundial*. La caída de los precios de estos dos productos agravó la crisis nacional y desató el hambre. Las tierras cultivadas estaban hipotecadas: el café y el té son productos que no sirven para alimentar una cazuela. Gracias a estas políticas, África negra ha visto decrecer su producto bruto por habitante un 2% anual, y de representar en 1970 un 1,2% del comercio mundial, el continente cayó en 1989 a un despreciable 0,5%. Con más del 50% de la población analfabeta, joven y en paro, Ruanda era terreno abonado para la propaganda de los *interhamwe*, el MRND y los *impuzamugambi*, que orquestaron, con aquiescencia de Habyarimana, una feroz campaña contra todos los partidarios de compartir el poder con los tutsis y a favor de una *solución final* para Ruanda. Tras la muerte del presidente, la gubernamental Radio Televisión Libre de las Mil Colinas acusó a los tutsis del magnicidio y llamó a la venganza. Centenares de miles de tutsis murieron en las primeras semanas de abril, pero también hutus moderados, como la primera ministra, Agathe Uwilingiyimana. Amnistía Internacional ha recogido evidencias de que la mayoría de los asesinatos en masa fueron cometidos por las tropas gubernamentales y sus partidarios, aunque también ha acusado a la guerrilla del FPR de haber asesinado a prisioneros y cometido atrocidades en campos de refugiados. A comienzos de julio la guerrilla se apoderó de Kigali y completó una conquista que sólo se detuvo ante la *zona de seguridad* creada por tropas francesas al sureste del país. El pánico ante la posibilidad de la

venganza, alimentado por los que propiciaron las matanzas, llevó a más de un millón de personas, en su mayoría hutus, al exilio en Zaire. Goma y su comarca se convirtieron en el mayor campo de refugiados del mundo. El cólera, la disentería, la malaria, el hambre y la sed provocaron la mayor catástrofe humanitaria desde el final de la Segunda Guerra Mundial. El ACNUR, tras dialogar con las nuevas autoridades de Kigali, invitó a los refugiados a volver con la garantía de que «sólo los que participaron en las matanzas serán perseguidos». Pero el miedo es libre, y la mayoría de los refugiados se adhiere a él. El humo de las fogatas anuncia el emplazamiento de los campos. Una instantánea geografía del sufrimiento se ha hecho visible en una franja del noroeste de Zaire, al norte y al este de la ciudad de Goma. Ciudades surgidas de la nada: Katalé, 300.000 habitantes; Kibumba I y II: 400.000 habitantes; Mugunga: 60.000; Lac Vert: 60.000; Kanyarushinya: 100.000; Munigi: 10.000; el orfanato de Nyundo: 5.000. Entre ellos, una masa humana se mueve animada por un secreto impulso de vivir. Para recoger agua son capaces de caminar durante 24 horas. Dejan muertos en el camino, o se acuestan a morir a su lado. Viven con casi nada y prefieren no hablar del porvenir. Ruanda y la esperanza parecen dos términos antagónicos. Acaso una condición común a casi toda África.

VUELO KINSHASA-BRUSELAS

Lunes, 1 de agosto

Kisangani es un aeropuerto para quien guste de los aviones y las aventuras de Tintín, rodeado de selva por todas partes y con una actividad incesante de aviones militares franceses, blancos y de camuflaje. Pero en Kisangani empezó la melancolía. De nada sirve llorar, y hasta puede resultar obsceno, dadas las circunstancias. Pero tal vez por eso me vengan las ganas de llorar: porque regreso a casa. El aeropuerto de Kinshasa resultó un lugar tan siniestro y poco recomendable como a la llegada, pero perfecto para *no tener que pensar*. Ahora ya pueden campar los recuerdos, y hacerme daño con ellos, y prepararme para volver a África una y otra vez.

LUCES DE AMOR EN KINSHASA

(Sala de espera del aeropuerto internacional de Kinshasa, sector lujoso. A la izquierda del escenario, sillones mono y biplaza, desordenados. En cada uno, paisanos, policías de gafas oscuras, mafiosos diversos, dormitan. De vez en cuando levantan la cabeza, estiran el cuello, dicen algo en francés y vuelven a dormirse. A la derecha del escenario, dos largos sofás

enfrentados, uno de espaldas al público, de tal modo que la acción queda casi por completo velada. Al fondo, unas cortinillas de pésimo gusto y blanco vendido ocultan la pobre luz de la pista de aterrizaje. Perpetuo zumbido de un aparato de aire acondicionado. De vez en cuando despegan y aterrizan aviones, que apagan casi por completo la conversación. Sobre los sofás enfrentados, una pantalla muestra, con letras amarillas, llegadas y partidas de Kinshasa. Luz de neón blanca: sucia, triste, real. Sentado de espaldas al público, un espectador. En el otro sofá, un periodista de paso y una agente de la policía local, vestida con una corta falda azul marino y blusa azul celeste no precisamente impecable. Al sonreír, o al abrir las botellas de Coca-cola con los dientes, le brilla en la boca una funda de oro.)

ELLA. Te aseguro que soy virgen.

PERIODISTA. No me lo creo. ¿Cuántos años tienes?

ELLA. Veintidós.

PERIODISTA. Eso es imposible. ¿Pero por qué? *(Se nota que llevan tiempo hablando de la cuestión.)*

ELLA. Porque espero al amor de mi vida.

PERIODISTA. ¿Y lo has encontrado ya?

ELLA. Tú eres mi amor. Quiero que tú me desvirgues.

ESPECTADOR. Ésta sí que es buena. *(Espectador y periodista, cómplices, se ríen.)*

PERIODISTA. A mí me da lo mismo que seas virgen o no. Para mí eso no es importante.

ELLA. Pero lo soy, soy virgen.

PERIODISTA. Vaya perra con la virginidad. ¿Tú quieres hacer el amor conmigo?

ELLA. Contigo sí, claro que con la boca. Primero con la boca y después ya veríamos. Pero tienes que quedarte conmigo.

PERIODISTA. ¿Aquí, en Zaire?

ELLA. Sí, quédate conmigo tres días.

PERIODISTA. ¿Y nos pasaremos todo el día haciendo el amor?

ELLA. Todo el tiempo. Te haré todo lo que quieras.

PERIODISTA. ¿Y tu trabajo de policía?

ESPECTADOR. No creo que se note mucho su ausencia.

ELLA *(ignorándole)*. Pediré un permiso. Por amor. *(Periodista y espectador vuelven a reírse).*

ESPECTADOR *(acostándose en el sofá)*. Me echaré a dormir para dejarte el campo libre.

PERIODISTA. Pero date la vuelta.

ESPECTADOR. No te preocupes. Me quito las gafas. Ya no veo nada.

(Silencio. Ella se acerca al periodista. Le habla al oído, lo acaricia. Pero resulta casi tan difícil de oír y de ver como para el espectador que, con los ojos cerrados, permanece a la escucha, excitado, tratando de reconstruir lo que sucede sólo por los sonidos.)

Cuanto más viaje a África más me acuerdo de Koltés.

NIÑOS DE RUANDA. ALUMNOS DE LA MUERTE

Los ojos voraces. Los labios sellados. Aprenden pronto estos hijos oscuros de África. Excelentes alumnos de la muerte. Muy pronto aprenden a no llorar. Es un curso intensivo de la economía de la queja. En Ruanda, en buena parte de África, ni siquiera llorando se mama. Por eso se quedan impasibles, al borde de los caminos, mirándote con ojos que ni siquiera imploran. Te miran como miran los que han aprendido a no esperar. ¿Qué puede esperar hoy del futuro un hijo de Burundi, de Somalia, de Chad, de Sudán, de Malí, de Angola, de Etiopía, de Zaire, de Ruanda? El futuro es una gran escudilla vacía. Sobre ella se derrama un sol de cuarzo, que dilata las pupilas, piel oscura para resistir la indolencia del sol. Lo que han conocido es hambre, minas, estallidos, matanzas, sangre que corre a raudales y que no hace más fértiles las colinas, más aromático el café, más frondoso el baobab. África parece un continente condenado, expulsado del comercio del mundo, aplastado por el fracaso de la historia y hundido en los estereotipos que Occidente fabrica para cubrir tanto sus propias vergüenzas como su conciencia de un escándalo que transcurre ante sus ojos. Las pupilas electrónicas se detienen un instante en un punto del mapa de África y lo amplían hasta ocupar toda la pantalla. Ahí caben los ojos de un niño, un ruandés que sacude como un calambrazo, que hace que el estómago se revuelva, que por un minuto la conciencia salga de su letargo y decida qué hay que hacer. ¿Qué?

Si uno pregunta a un niño ruandés a quién teme más la respuesta dependerá de a qué etnia pertenece. Si es hutu temerá al demonio tutsi. Si es tutsi al demonio hutu. Hay pocos en Ruanda que no se hayan pringado las manos de sangre. Hasta muchos niños han aprendido a rematar con una piedra al enemigo. Enseñanzas de primera mano. Así resulta fácil escuchar en Occidente que África no tiene remedio porque se desangra en luchas tribales. Una explicación mítica que como tal no tiene trasfondo histórico. Todo se reduce a odio que se remonta a la noche de los tiempos, que es una frase redonda para acostarse, para volver la cara, incluso suficiente para enviar un donativo que palie el sufrimiento de los inocentes. Ruanda quería sumarse a la economía mundial, y su Gobierno se dejó aconsejar por los técnicos del FMI. Tras la implantación de las políticas de ajuste del FMI los salarios descendieron un 30%. La tierra de Ruanda es óptima para el café y el té. ¿Por qué no dedicar la mayor parte de los cultivos al café y al té para poder competir en el mercado mundial? Así se hizo. Hasta que los precios se derrumbaron y la economía precaria se hizo inexistente. El hambre se duplicó. Un terreno inhábil, agónico, y un café que no se puede convertir en tortas. Nuevas oleadas de niños sin escuela y de jóvenes parados, absorbidos por partidos que se dedicaron a formarles como milicianos. En Ruanda, antes de la catástrofe, sólo el 10% de los jóvenes seguía estudios secundarios. En Ruanda, como en buena parte del África

subsahariana, más del 60% de la población es analfabeta. Oídos preparados para la ferocidad de una radio sin escrúpulos, como la gubernamental de las Mil Colinas. Oídos inocentes para dejarse iluminar por los *interhamwe*, la milicia juvenil del MRND, el partido fundado por el presidente Habyarimana. Oídos fáciles para el plomo del odio que vertían los *impuzamugambi*, milicias que hablaban sin ambages de la *solución final*. No es de extrañar que en esta tierra el odio fructifique tanto.

El peligro de la compasión es que no avanza en las raíces de la injusticia y a veces consagra el desastre como un estado natural de algunos territorios. Es el peligro de los ojos de los niños. Es un mal común a toda África. Los donativos ayudan a paliar un desastre que no tiene fin. Pero sin desarrollo y sin democracia la escudilla de hoy es el hambre de mañana. Hay culpas concretas, como la de muchos estados —con Francia a la cabeza— que durante decenios han preferido conservar sus viejos lazos coloniales con los caudillos a cambio de influencia y una buena tajada en el mercado de armas local en vez de invertir en desarrollo y democracia. Hay culpas a ambos lados del mar. Los inocentes, sus cadáveres, sus costillas al aire, mientras tanto, se cuentan por millones. En Ruanda, la maldad en su grado extremo se ha cobrado algunas piezas antológicas, como las estampas de niños mamando del pecho exangüe de su madre muerta. Una metáfora que no es tal. Pero la compasión se fatiga y la desigualdad no cesa. Por eso no hay que apartar los ojos de África una vez que pasamos la página con el silencio terrible del niño que mira. Ojos voraces. Labios sellados. Para que África, donde se irguió el primer hombre, salga de la condena en la que la sumimos en el pasado y la seguimos sumiendo cada día.

BUJUMBURA

Jueves, 15 de septiembre

Del mismo modo que penosamente alumbramos cada día el arduo equilibrio entre la realidad y el deseo, entre el pensamiento y la carne, entre la razón y los sentidos, así buscamos en estas etnias que sirven de campo de experimentación y exterminio de los que carecen de escrúpulos y todavía piensan en supremacías raciales y *solución final* un punto de encuentro que conduzca a la hermosura del lago Tanganica, no a la fosa común.

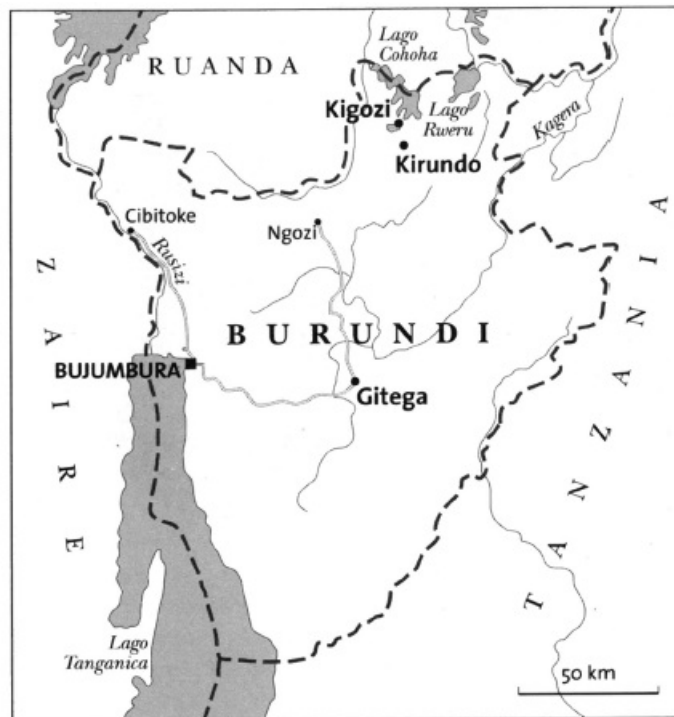
Viernes, 16 de septiembre

Al interior del corazón. Burundi tiene esa forma. La sangre es tan roja y caudalosa como la que más, y fluye cuando el odio se desata y se aplica una presión suplementaria a una hoja de machete apoyada contra un piélagos de carne. Carne humana, destrozos de una furia que sigue todavía ahí. Yo no me considero a salvo. A veces vuelvo a tener miedo. A veces me gustaría estar lejos de aquí. Al atardecer, en el Club Náutico de Bujumbura, el lago Tanganica es el mejor lugar del mundo para ver morir el tiempo.

KIGOZI

Lunes, 19 de septiembre

La luna clarea las aguas del lago Cohoha. Contra ese fondo escribo, relativamente a salvo tras una mesa cubierta con un mantel de hule en la terraza de la residencia de las teresianas de Kirundo. Norte de Burundi, sur de Ruanda. Llegamos convertidos en mineros, con los rostros tiznados y el polvo rojizo del camino impregnando enseres y ropa. Frente a la noche escribo. Han sido tantos los caminos de tierra en Ntita y Kigozi, tantas las colinas de Burundi que pudimos bajar y subir, tantos *yugos*, campos de té y de judías, arrozales, pastizales, bosques de eucaliptus, niños asomados al camino, puestos de control del Ejército, campos de desplazados, hombres bebiendo, pastores, campesinos, alfareros, tutsis, hutus y twas, todo el pasado de Burundi, casas destruidas, vidas rotas, sangre coagulada que hace todavía más roja la arcilla del adobe y el polvo de todos los caminos.



Martes, 20 de septiembre

El norte de Burundi y el sur de Ruanda tienen algo en común: comparten orillas con un paraíso roto. Hemos recorrido la provincia de Kirundo durante casi dos días: acaso la belleza se vuelva todavía más sobrecogedora cuando convive con el sufrimiento y la muerte. Tal vez porque nos haga más conscientes de la fragilidad del tiempo que vivimos. Son tantas las casas destruidas (casas de adobe, cabañas emparentadas con la edad de piedra), tantos los desplazados de sus casas, tanta la sangre derramada, tanto el sufrimiento infligido, tanto el odio sembrado, que el norte de Burundi parece un campo de pruebas del desastre. Aquí, frente al lago Cohoha, la noche

fresca, la música suave de una radio, los árboles floridos, los soldados bebiendo cerveza, el mal y la muerte parecen asuntos de otro planeta. Pero basta con adentrarse unos kilómetros en las pistas rojas, polvorientas, que arrancan de aquí, para darse cuenta de la falsedad de este decorado. La belleza está ahí, ante los ojos, pero no hay belleza verdadera ni perdurable cuando tanta muerte se agita alrededor: los campos de refugiados son el paisaje omnipresente en este norte paradisíaco. Flores amargas. Flores de África. Como los niños del campo de Ruko Raimigabo, frente a otro lago, el Ruihinda, muy cerca de aquí. Sabía que bajo tanta sangre alentaba una vida poderosa. Ni siquiera se trata de un sentimiento cristiano, que no quiero cultivar. África es otra cosa. Flor de pasión: tanta risa, tanta amargura. Flor de incertidumbre: tanta muerte, tanta vida.



Flores del jardín de África. Como ésta, de las orillas del lago Cohoha, como las que brotan, silvestres, en los campos. Como el de Ruko Raimigabo, a espaldas de aquí, donde cerca de treinta mil ruandeses esperan el momento para volver a casa, cuando el miedo muera. Había discutido con Gervasio después de lo que me había parecido una sesión fotográfica demasiado larga. Para confraternizar, volvimos a recorrer el campo, que se extiende sobre una inmensa colina que vierte sus aguas en el lago Ruihinda, esta vez sin ningún representante del campo. Le ocurrió lo mismo de siempre: los niños no tienen costumbre de ser objeto de interés para los fotógrafos, los cuales rápidamente se convierten en flautistas de Hamelin que arrastran una legión de niños, incapaces de seguir haciendo su vida como si nada, como si no tuviera importancia el hecho inusual de que un

fotógrafo quiera meterse en sus vidas con la cámara. Gervasio me pidió que me llevara a los niños. Me parecía imposible. El centro de atracción eran él y sus fotografías. Hasta que me vi convertido, inesperadamente, en un nuevo flautista. Empecé a caminar lentamente, a grandes pasos, a pasitos rápidos, en cuclillas, con aspecto cansado, con las zancadas de Groucho Marx, y pronto me vi seguido por una muchedumbre de niños que brotaban de todas partes y que ya no me abandonaron hasta que pude abrirme camino hacia el coche y salimos del campo. Parecían incansables y disfrutaban con una intensidad y un entusiasmo insólitos, como si hiciera mucho tiempo que no le encontraran el gusto a la vida. Me sentía desbordado, atemorizado y casi avergonzado de mi capacidad de arrastre. Pero eran niños demasiado vírgenes: como si estuvieran esperando un soplo para empezar a correr. Era como si sintiera pudor de hacerles disfrutar demasiado, de jugar con ellos como uno más. Me rodeaban, me sonreían, me miraban arrobados, se apretaban contra mí, me daban la mano, me saludaban. Les pregunté por los nombres de las cosas: la nariz, los ojos, la cabeza, la mano.



Ninguno de ellos hablaba francés, sólo kinyaruanda, el idioma del país que se adivinaba a lo lejos, al otro lado del lago. Entonces se me ocurrió cantar. Casi como si suspirara. Y respondieron con entusiasmo. Entonces se formó una comitiva todavía más numerosa, a la que no dejaban de sumarse adeptos. Seguían cada estrofa con una alegría desbordante, y yo jugaba con las letras del abecedario, con entonaciones tristes, alegres, graves, agudas, serias y burlonas, y ellos respondían alborozados, hasta el punto de que, espontáneamente, añadieron palmas y golpearon el suelo con los pies. Como casi siempre aquí, casi todos iban descalzos. Las palmas me dieron una idea para nuevos juegos, y cuando me cansaba de cantar, ellos pedían más: incansables, y tan felices, como

si tan sólo esa posibilidad de cantar con un extraño les llenara de alegría. Me costó abrirme paso hasta el coche, donde Gervasio me miraba divertido ante mi *éxito*. Muchos querían darme la mano, querían despedirse de su flautista, y me apretujaban y sonreían. Los mismos niños ruandeses que pude ver en su país y luego en los campos de Goma: muertos, muriéndose en silencio, con los ojos desorbitados. El campo de Ruko Raimigabo, junto al lago Ruihinda, es un paraíso comparado con los de Goma. Yo fui feliz con ellos esta tarde. Director de escena a punto de volver a casa. Acaso sirva para algo lo que escribo. Para que no perezcan algunas flores de África.

BUJUMBURA

Miércoles, 21 de septiembre

Boa constrictor del Museo Viviente de Bujumbura. Víbora cornuda. No me encontré con ninguna alimaña más despiadada que el hombre en los más hermosos parajes de Burundi, al norte, donde los lagos y los brazos de los ríos rivalizan en belleza con la promiscuidad y la lujuria de las colinas. El cocodrilo que devora conejos de Indias ante la expectación de los turistas. Pero no lo somos, no queremos serlo. Ni siquiera cuando aprovechamos un alto en la mirada inquisitiva para correr al parque de Rusizi: para ver cocodrilos e hipopótamos. No hace muchos meses que en ese mismo estuario los soldados vaciaron camiones de víctimas del barrio de Kamenge. Uno se salvó y pudo contarlo, lejos de los dientes triangulares de los cocodrilos.

EL CORAZÓN DE BURUNDI

No sólo está en el corazón de África. Basta echar un vistazo a la silueta de Burundi para comprobar que tiene forma de corazón. Al igual que su vecina Ruanda, con la que comparte historia, pasado colonial, desequilibrio étnico, superpoblación, pobreza y matanzas, Burundi también es conocida como *país de las mil colinas*. Para alcanzar la tierra del presidente Melchior Ndadaye hay que seguir sendas de tierra que suben y bajan al compás de la orografía, atravesar puentes de temblorosos tablones y preguntar en cada encrucijada del camino. Pie Ndadaye, de 63 años, el padre de Melchior, vive en Nyabihanga, 150 kilómetros al este de Bujumbura, la capital, donde los principales partidos negocian desde hace tres meses para evitar que la voz de la sangre vuelva a encharcar Burundi.

Cinco millones y medio de habitantes quedaron marcados por la tragedia de octubre, una catástrofe nacional que pasó casi inadvertida para Occidente: no sólo quedó segada la experiencia democrática (Ndadaye fue elegido por una mayoría aplastante en las primeras elecciones libres del país), sino que fue la primera vez en que la mayoría hutu perdió el respeto a la minoría tutsi,

que controla el poder, la educación, la justicia y el ejército de Burundi desde el siglo XVII. Las ruinas de la venganza sufrida por los tutsis salpican el país. Los tutsis padecieron en su carne y en sus haciendas la rabia hutu. Hasta que el ejército volvió a tomar el control de la situación: las cifras más moderadas estiman que 100.000 personas perdieron la vida. Desde entonces, las ciudades, las colinas y las comunas se han balcanizado.

Una suerte de fiebre étnica se apoderó del país: los tutsis se han agrupado junto a los acuartelamientos y los hutus han impuesto la uniformidad étnica donde ya eran mayoría. El asesinato de Ndadaye quería poner punto final a un programa de cambio democrático que los todopoderosos tutsis consideraban una auténtica revolución. «El orden está bien como está», concluía un manifiesto publicado en Bujumbura apenas diez días después del asesinato de Ndadaye. Entre las perlas del panfleto se encuentran algunas dignas de figurar en una antología del racismo: «Debéis identificar a los hutu así como sus domicilios, ya sea en el campo o en vuestros barrios, para que cuando llegue la hora sepáis a quién salváis y a quién matáis», o «todo estudiante tutsi, aunque sea de enseñanza primaria, debe conocer a los niños hutu que estudien con él. No es difícil conocerlos, ya sabéis lo que tenéis que enseñar a vuestros hijos desde la cuna. Sabed que no hay enemigo pequeño».

Desde octubre, Burundi no ha vuelto a ser el mismo. La tensión se palpa no sólo en Bujumbura, donde barrios como Kamenge y Cibitoke sufren constantes operaciones de *limpieza* del ejército, sino también en el interior del país. El ruido de un motor pone pies en polvorosa a los habitantes de los *rugos* (viviendas tradicionales de Burundi, compuestas por una cabaña y un cercado para guardar el ganado). Porque los soldados suelen venir en vehículos motorizados. Cuando comprueban que no son soldados acuden al camino para saludar con un fervor inusitado. Brotan decenas de niños de cada recodo del camino y mujeres vestidas con colores tan vivos que hacen palidecer a la frondosa vegetación. Su oficio principal es parir: la media por familia es de cuatro o cinco hijos, pero ante la mayoría de las cabañas entre siete y diez niños agitan las manos con unción.

Pie Ndadaye viste camisa y pantalón azul, cazadora blanca en la que a duras penas sobreviven dos botones, calcetines rosas, zapatos negros y sombrero cuarteado. El padre del ex presidente Ndadaye es un vecino más y accede a conversar en la trastienda de un bar que dispensa cerveza Primus (la primera industria del país), patatas, cuerda de cáñamo, cuencos y escobas. En una estancia descuartizan una cabra que pronto será convertida en pinchos morunos en un brasero que ya arde mientras el sol del atardecer arranca un fervor rosado de los ladrillos de adobe rojo. Pie Ndadaye no quiere alimentar el rencor, pero proclama sin ambages: «Sin justicia es imposible la reconciliación. Tanto los asesinos de mi hijo como los que han cometido matanzas deben ser juzgados y condenados». En ello no difiere ni un ápice del análisis de Amnistía Internacional, que en sus informes sobre Burundi y Ruanda no deja de insistir en que si no se pone fin a la impunidad de los crímenes la paz no llegará nunca a estos dos diminutos países africanos. Sin verdadera

implicación internacional es difícil que las cosas cambien: no sólo el 95% del ejército está formado por tutsis, sino que de 241 magistrados sólo 13 son hutus.

El alcalde de Nyabihanga, François Ndikumana, tiene 37 años, cuatro hijos y una moto. Para localizarlo en sábado hay que recorrer decenas de kilómetros por caminos de tierra y pedruscos que a veces corren junto a ríos donde se bañan los niños y otras junto a abismos. Al fin aparece en lo alto de una colina, rodeado de una parte de sus vecinos. Celebran un acto político. Ndikumana es miembro del partido hutu Frodebu (Frente para la Democracia en Burundi), pero confía a machamartillo en las conversaciones de Bujumbura y participa de la visión del presidente interino, Sylvestre Ntibantunganya, que ha optado por la política de hacer concesiones a la oposición para gobernar el país «y llegar a la paz». Admite que el principal partido tutsi, el Uprona (Unión para el Progreso Nacional) pretende ahora recuperar el poder que perdió en las elecciones de 1993 y que el ejército, «hoy en día monoétnico», debe convertirse, paulatinamente, en un «ejército nacional».

El mensaje que trata de inculcar a sus vecinos es «mantener la calma y hacer el trabajo de cada día». En su comuna viven 60.000 personas, con un 80% de hutus, y asegura que en el mes de octubre no hubo muchos incidentes: 54 muertos en la zona, 27 a manos de los militares y 21 en enfrentamientos. Nyabihanga está a punto de sellar su hermanamiento con el municipio español de Palma de Mallorca. Gracias al acuerdo, y con financiación mallorquina y mano de obra local, será construido un hospital (sólo disponen de un dispensario que, para colmo, no funciona), una escuela secundaria y se llevará a la comarca, una de las más olvidadas por el Gobierno de Bujumbura, agua corriente y luz eléctrica. Para ello será necesario que el corazón de Burundi vuelva a bombear en paz. De momento, pocos se atreven a hacer vaticinios. «Cualquier cosa puede pasar» es un latiguillo con el que se repiten los burundeses y los extranjeros que han decidido permanecer aquí. Contemplando las colinas parece imposible que una broca de odio las mine sin cesar.

LUANDA

Viernes, 14 de octubre

A vista de pájaro. Una plaza desierta. No hay viento, ni automóviles, ni transeúntes. Ni siquiera es preciso el toque de queda para provocar la estampida. Así se teje la noche sobre Luanda, sus *predios*, sus *andares* y su bahía. Desde el cielo, una sábana gris en la que los arbustos han sido canjeados por chabolas, casas grises, uralita, hojalata, polvo. Al lado del mar resulta más hermosa. Hasta ella no llega el estruendo de la guerra que en los últimos años se ha cobrado medio millón de vidas, según las últimas estadísticas.

Domingo, 16 de octubre

La línea de palmeras se mece al compás del viento de la bahía. Desde el piso 15 los limpiadores de automóviles que se afanan en el Largo 4 de Febrero son todavía más diminutos, y su vida menos reconocible. A ellos no los entrevisto. ¿A quién, entonces? Niños de la calle, mujeres que pasean al atardecer, de vuelta a casa, por calles tenuemente iluminadas, junto a tinglados y almacenes. Hablamos. Hasta que llegan dos policías. Desconfianza. Breve interrogatorio. Documentos. Se alejan. Seguimos conversando. La noche es inútil. Como mis ojos.



Hay noches africanas en que siento que he perdido todo: mi coraje, mi rabia, mi ambición. Mi sintaxis. Y no sé cómo arrancarme esa nube de polvo de la frente, dónde encontrar un martillo que me haga peor para la compasión, mejor para el filo, para escarbar, para que las palabras cobren vida.

Hay días en que sería mejor no despertarse. El tiempo huye. Anoche tuve miedo. Entré en la habitación después de mi frustrado vuelo a Malanje. El avión equivocó la ruta. Me extrañó encontrar un cartel de «no molestar». Me alegró que por fin hubieran llenado el mueble bar. Sobre la nevera, dos vasos y la hojita de reclamaciones, immaculada. Pero me extrañó el impecable

orden que reinaba en el cuarto. Ni siquiera estaba retirado el cobertor de mi cama. De pronto me di cuenta de que faltaba la lámpara de una de las mesillas. ¡Y mis cuadernos y mis libros! Ni rastro sobre la mesa. Abrí el cajón. También la pluma y los cargadores de tinta habían desaparecido. Miré en el hueco entre el escritorio y la pared: nada. Se habían llevado el ordenador y el transmisor vía satélite. En el armario no había rastro... de nada. Todos los cajones vacíos, las almohadas y las mantas en su lugar. La limpieza había sido exhaustiva. Si trataban de demostrarme que jamás había estado allí, que estaba loco si decía tal cosa, el trabajo era perfecto. Miré el teléfono, que sí estaba en su sitio, para protestar. Pero me pareció mejor bajar a recepción. No podía ser. Reparé en que sobre la mesa del escritorio estaba la carpeta con los servicios de hotel y, sobre ella, en lo que me pareció un guiño irónico, la firma burlona, una horquilla de mujer. Sentí un cierto vacío, una sensación de perplejidad, como si el viaje a Angola no hubiera tenido lugar. Hasta que salí al pasillo. Entonces me di cuenta. No estaba en la planta 15, sino en la 14. El ascensor me había depositado en un lugar equivocado y mi llave, capaz de abrir tanto la 1506 como la 1406, hizo el resto. Sentí un alivio infinito. Y más al entrar en la 1506 y comprobar que todo seguía donde lo había dejado.

Lunes, 17 de octubre

No consigo imaginar la extensión del océano. Ni siquiera desde la atalaya del hotel Presidente Meridien, que salva la línea de la Isla, las enormes letras del hotel Panorama (rojo sobre azul o sobre negro, aunque haya tenido que levantarme para comprobarlo), los barcos amarrados, las playas, la vegetación y los edificios. Así ciñe al oeste la bahía de Luanda y evita que el mar sea más bravo. El mar es más allá, donde el Atlántico se encuentra con su noche, lejos de la falsa lasitud doméstica del hotel al que vuelvo a cenar y a dormir, como ahora, a salvo: lejos de los que duermen a la intemperie (tantos miles) o en chabolas de cartón y hojalata (muchos miles más), lejos del *mato*, de los ferrocarriles y carreteras truncados, de las bombas de fósforo y de las minas, los tiroteos, el pavor, los cadáveres pudriéndose, la guerra que, como dice Jodo Paulo Guerra, «es guerra». La misma cantinela de mala conciencia y falta de voluntad: contra mí mismo, contra lo que aparento ser, contra mi propia impostura y mis briznas de piedad, contra el vacío en que me sume el deseo y la minuciosa tarea de desmantelamiento del niño y del adolescente que fui, desmantelamiento del astillero del amor y sus veleidades, desmantelamiento de los sueños, de las imágenes de la ternura, de lo que cabía imaginar que la vida podía ser, desmantelamiento de la posibilidad de la vida en pareja y, al mismo tiempo, siembra y recolección de materiales tóxicos, colección y clasificación de toda clase de piezas: sobres, tornillos, musgo seco, telegramas, libros para cuando entonces, vitolas, matasellos, momentos de exquisita dulzura, árboles, hojas, crónicas desgarradoras, lágrimas contenidas, instantes de placer insoportable, carreras en bicicleta, viajes en tren, vuelos nocturnos, comienzo de cartas, poemas enteros, estaciones, citas, besos, guardafaros, vergüenza, linderos, mares, servilletas, peones, vasos de agua, comidas a oscuras o comidas junto al atardecer, manos, caricias, pliegues, migas, cristales rotos, convencimientos,

títulos, rótulos, luces, verbos y pronombres personales. ¿Suficiente? Apenas un resquemor, una sombra, lo que me empeño en ser aquí, África, recién llegado, con el cuaderno y la memoria casi en blanco. Pero ya perdido el niño y lo que soñaba que iba a ser. ¿Entonces? Cómo intentarlo de nuevo: de bruces contra la grasa, las calles sucias, el rumor de la lluvia y los aguaceros de los que hablan tanto: aquí, en Luanda, y en Harare, y en Mozambique. Palabras que afloran como los primeros nombres que un día nos llevamos a la boca. Como si todavía fuera posible.

Yo me visto con otros diamantes falsos, bisutería que no ha sido arrancada del suelo de aquí (Angola, Botsuana, África del Sur). Ropa que me disfraza tanto o más que un diamante legítimo. Anne no deja de reprochármelo, y yo me escudo en que no puedo hacer nada contra lo que me atribuyen. Dejarse querer. Adormecerse en una pútrida buena conciencia. Para ir tirando del carro de la existencia. Pobre de la vida sin grandeza: sin grandeza en la soledad, en el silencio. Grandeza del espíritu que no teme verse ante sí mismo, que se quita los diamantes que se pone y que le ponen. Porque acaso estos últimos —en la medida en que acaban confirmando los mejores indicios acerca de una naturaleza— alimentan la condescendencia, se hacen cómplices, conciliadores, falsamente humildes, buenos como quiere el Dios de los cristianos.

Martes, 18 de octubre

Percheros de los nuevos dioses, sombreros de las nuevas bolas de billar, dinámicas, pulidas, dispuestas a rodar sobre el tapete acotado del universo matemático. Los filósofos. ¿Quién es capaz de seguir pensando a martillazos, y pasar al siguiente corredor, allí donde el universo se tambalea, y silban las balas, la incertidumbre, y la noche es mucho peor que el peor tugurio de Luanda?

ANGOLA, LA GUERRA OLVIDADA

La gran aportación portuguesa a sus colonias fue el trabajo forzado. No en vano los portugueses fueron (entre los europeos) los primeros promotores del tráfico de esclavos. Angola, el segundo país más rico de África austral, después de África del Sur, no fue una excepción a la regla. Basta repasar las consideraciones de los gobernadores y mandos portugueses sobre los *pretos* ('negros') y su temor a hacerlos *evoluídos* ('con educación') para comprender hasta qué punto Lisboa sentó profundamente las bases de la catástrofe. Después de 13 años de guerra colonial, la caída de la dictadura merced a la Revolución de los Claveles cambió radicalmente las tornas, y la metrópoli concedió la independencia a sus posesiones en África de la noche a la mañana, sin periodo transitorio. La cesión del poder al *povo angolano* en noviembre de 1975 no quiso entrar en detalles sobre quién y cómo iba a gobernar un territorio cuatro veces y media más grande que Francia. Las facciones guerrilleras se enzarzaron en una guerra civil que todavía dura y los casi 300.000 portugueses que controlaban el poder, la industria, la agricultura y el comercio huyeron

en desbandada dejando que los angoleños se las entendieran solos. Ésta es la historia de una de las más crueles guerras de África, de un país que no deja de desangrarse casi al margen de las miradas de Occidente.

«No seremos capaces de mantener la dominación blanca, que constituye un objetivo nacional, a no ser que la colonización blanca secunde y sobrepase la producción de negros *evoluidos*», señala en sus peculiares *lecciones de estrategia* el general portugués Kaúlza de Arriaga, que tuvo ocasión de velar por su aplicación sobre el terreno. En 1970, cinco años antes de la independencia (Portugal fue, junto a España, la última potencia europea en ceder el control de sus colonias), tan sólo el 12% de la población adulta tenía algún tipo de educación, porcentaje que en 1992 había subido hasta el 42%. Las constantes negativas de Portugal a hacer cualquier tipo de concesión, que le granjearon la reiterada condena de Naciones Unidas (lo que incluso llevó al dictador Oliveira Salazar a plantearse el abandono de la organización), enquistó las demandas de los nacionalistas africanos y desembocó en la lucha armada como única forma de zafarse del yugo luso.

El origen del MPLA (Movimiento Popular de Liberación de Angola) y de UNITA (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola), una escisión del FNLA (Frente Nacional de Liberación de Angola), está en la lucha anticolonial de los años sesenta, con el agravante de que la situación internacional de entonces hizo de Angola un terreno privilegiado para la confrontación de los bloques y de la guerra fría, y el añadido explosivo de librarse en la línea de batalla entre el racismo blanco de África del Sur y el nacionalismo negro. Inicialmente, el MPLA recabó sus bases entre los mestizos (descendientes de portugueses y nativos) y los mbundo, una etnia de Luanda, y de las provincias del noroeste del país, sin que originariamente la influencia marxista fuera muy grande. El FNLA se constituyó sobre la etnia bakongo, de las provincias del noreste, próximas a Zaire, mientras que UNITA se creó sobre el grupo étnico mayoritario de Angola, los ovimbundu, extendido por el centro, este y sur del país.

Mil novecientos setenta y cinco no fue sólo el año de la añorada independencia. El país se quebró en pedazos, dividido en zonas controladas por rivales políticos basados en sus respectivos bastiones étnicos. El presunto tribalismo africano siempre ha tenido detrás pura lucha por el poder y manipulación sin escrúpulos de sentimientos étnicos por las minorías. Mientras que el FNLA recibía apoyo de Estados Unidos y de Zaire en su avance desde el norte, África del Sur iniciaba una invasión en toda regla desde el sur. El MPLA, que controlaba el Gobierno y la capital, apeló a la ayuda del bloque del Este: la llegada de hasta 50.000 soldados cubanos equilibró la balanza y llevó a las fuerzas del entonces líder del MPLA y primer presidente angoleño, Agostinho Neto, a la victoria. Sin embargo, como se ha podido comprobar hasta nuestros días, UNITA, el movimiento encabezado por Jonás Savimbi, que pese a contar durante años con el apoyo de Estados Unidos manifestaba convicciones y estrategia maoísta, supo resistir. El FNLA se disolvió en la niebla y cedió el peso de toda la oposición al Gobierno de Luanda a UNITA, que se convirtió en el largo brazo de Washington y Pretoria en la zona. Las riquezas de Angola siempre

han sido un cebo en extremo jugoso para las potencias occidentales. Y las compañías petrolíferas estadounidenses han seguido explotando el enclave de Cabinda al margen de las directrices políticas de la Casa Blanca. La retirada pactada de surafricanos (lo que permitió a Namibia alcanzar su independencia) y cubanos dejó a los principales actores las manos libres para la lucha final. El término de la guerra fría y la voladura de la Unión Soviética cambiaron el decorado. Pero el tercer acto no ha concluido aún.

El MPLA abandonó los principios marxistas y en 1990 dio los primeros pasos hacia el multipartidismo. Angola dejó de ser una república popular para convertirse en una república a secas. Estoril, en la antigua metrópoli, vio nacer en 1991 los llamados Acuerdos de Bicesse, un pacto para detener la guerra civil entre el MPLA y UNITA y caminar hacia una confrontación puramente electoral. Entre mayo de 1991 y septiembre de 1992, Angola conoció el espejismo de la paz: la primera paz tras los 13 años de guerra colonial y las casi dos décadas de guerra civil. Pero fue eso, un espejismo. José Eduardo dos Santos y el MPLA se alzaron con la victoria en los comicios celebrados el 27 y 28 de septiembre de 1992. A pesar de que Naciones Unidas, que no se empleó a fondo para supervisar el acantonamiento de las fuerzas de ambos bandos y crear un ejército nacional, declaró las elecciones como «limpias», Savimbi volvió al *mato* tras acusar a los vencedores de «fraude».

Desde entonces, la guerra, con periodos de hasta 1.000 muertos diarios a causa de los combates y el hambre, no ha hecho sino recrudecerse. Aunque en un primer momento las tropas de Savimbi lograron hacerse con el control de casi el 75% del país, las últimas ofensivas de las Fuerzas Armadas Angoleñas han permitido al Gobierno hacerse fuerte en una franja costera de casi 250 kilómetros y controlar casi todas las riquezas y grandes ciudades del país, salvo Huambo, la antigua Nueva Lisboa, bastión y capital del *territorio liberado* de UNITA (un inmenso espacio en su mayor parte casi deshabitado). Pese a haberse visto privada del apoyo de Washington y sufrir la condena de la ONU, UNITA ha podido mantener el precio de la guerra gracias a la complicidad de Zaire y al control de la rica región diamantífera de la provincia norteña de Lunda. Pero los reveses militares parecen haber convencido a Savimbi de la necesidad de pactar, aunque sólo sea para recuperar el resuello. Desde noviembre de 1993, Gobierno y guerrilla negocian en Lusaka, capital de la vecina Zambia, un alto el fuego que reconduzca el extraviado camino de la paz. Casi un millón de muertos, cerca de tres millones de desplazados y un país devastado son un terrible legado de odio que nadie confía en saber dejar atrás. Pero el país está cansado de la guerra, el único horizonte de casi dos generaciones de angoleños.

Miércoles, 19 de octubre

El miedo que aquí corrompe tanto. El miedo basado en la brutalidad: para prevenir un miedo mayor. El miedo del golpeado y el de quien golpea. El miedo del torturado y el del torturador. El terror del bombardeado y el de quien siembra bombas. El miedo del que teme pisar una mina y el

miedo del que las esparce. Un miedo libre, que flota, como un hechizo. Y en medio de tanto miedo, tanta risa.

LA «CANDONGA» DE LUANDA

Desde el aire, Luanda es una polvoranca. Tejados de hojalata barnizada por el tiempo y por el polvo, parques diezmados, carreteras y caminos carcomidos. Desde el suelo, un pozo negro. Luanda: casi tres millones de habitantes, capital de una de las naciones más ricas de África, capital de un país consumido por la guerra. Los 50.000 cubanos que llegaron para salvar al régimen *marxista* de la invasión de África del Sur y de otras fuerzas alimentadas por Estados Unidos al norte y al este (hace apenas tres años que se fueron), no sólo enamoraron con su música y endulzaron el oído para todo lo español, sino que bautizaron una práctica que se ha convertido en producto nacional: la *candonga*, la corrupción local, que la guerra ha regado hasta tal punto que muchos beneficiarios temen a la paz tanto como al fin del mundo. Flor tan turbia como la basura y la prostitución, que en Luanda brotan por doquier.

Luanda quedó congelada en 1975, cuando la Revolución de los Claveles trajo súbitamente la independencia por la que los nacionalistas angoleños peleaban desde 1961. Pero la novedad desató el miedo y casi 300.000 colonos portugueses salieron en estampida. Desde entonces, el deterioro de Luanda, que en su fachada al océano, la llamada avenida Marginal, mostraba un rostro hermoso, no ha cesado. Los edificios de toda la ciudad muestran las huellas de casi veinte años de corrosión y abandono. Pero los vientos de cambio en el escenario mundial también llegaron a Angola, que, a pesar de la guerra que libraba con UNITA, cuyo líder se ha aliado hasta con el diablo en la busca del poder, empezó a dismantelar el régimen de partido único y el paquidermo de la economía planificada. En plena guerra, con decenas de miles de *deslocados* acampando a los costados de la capital, forjando un cinturón de villas-miseria, Angola entró en el capitalismo de forma salvaje. Los consejos del Fondo Monetario Internacional tampoco fueron gratuitos y el dismantelamiento de subsidios y puestos de trabajo hizo un poco más ardua la vida en el país martirizado por la contienda civil.

Las calles y plazas de la principal ciudad del país se convirtieron en improvisados mercados. El de Roque Santeiro (bautizado en homenaje a la telenovela brasileña que emitió la plúmbea Televisión Popular de Angola) es el rey, El Corte Inglés de Luanda: una tierra campa de polvo y arena en la que todos los tenderetes, vendedores, acopiadores, bandidos y mercachifles del mundo tienen cobijo. De no haber nada a la venta, todo, incluida la ayuda humanitaria, pasó a estar a la venta. Y la carne humana —Angola fue de los primeros territorios *descubiertos* en África que sufrió el comercio de esclavos— copó los primeros puestos. Cuando cae la noche en las penumbrosas, sucias y desconchadas calles de Luanda florece un ejército de mujeres de todas las edades con más efectivos que los 20.000 *ninjas* de la policía especial. Niñas y madres, solteras y

viudas tachonan las avenidas, las esquinas, la calle Federico Engels y cualquier chaflán embadurnado por el barniz de la noche. El dólar es el rey, no el nuevo kwanza, que se devalúa a cada hora.

Así brota la *candong*a, con ministros y empresarios situados los primeros a la cola del comercio. Si en la calle se pagan por un dólar 560.000 nuevos kwanzas, el sueldo medio son cuatro millones de kwanzas y una barra de pan barato vale 100.000 kwanzas, el mercado está preparado para hacer milagros. Ministros y prohombres tienen derecho a adquirir dólares a mitad de precio en el Banco Nacional. Es fácil ver cómo esos dólares se multiplican en nuevos kwanzas, y Mercedes, Audis, Nissan Patrol brotan como hongos por entre los costurones de las calles de Luanda. Pese a los llamamientos del Gobierno, la inflación asciende un 2.500% al año. Una *candong*a desaforada. Como la de muchos mandos del ejército que controlan el negocio de las furgonetas convertidas en taxis colectivos y redondean así sus sueldos miserables. En vista del panorama, el Gobierno, en un raptó de generosidad democrática, concedió un Audi a cada diputado. El chiste era fácil. El Parlamento quedó bautizado como Auditorio.

Camino de Futungo de Belas, bordeando la planicie verdinegra del Atlántico, entre las colinas de basura, el agua estancada, las chabolas, los vendedores, la chatarra y el olvido del barrio de Samba, los imbondeiros (los baobabs de Angola) coronan las colinas con una sobria belleza silenciosa. A la izquierda, en un descanso de la miseria, rodeado de terraplenes y vallas electrificadas, la futura residencia de José Eduardo dos Santos, el presidente. Al final del camino, a la derecha, besándose con el mar, Futungo de Belas, el complejo presidencial: varias hectáreas de edificios, jardines, puerto, garitas, alambre, alarmas y policías especiales. La residencia oficial de Dos Santos es un auténtico *Falcon Crest* angoleño que los ciudadanos de la capital pueden admirar desde la misma carretera.

En Luanda no hay toque de queda, pero la noche de los barrios nuevos y viejos, poblados algunos, como el de Cazenga, por más de 250.000 almas, es espesa como el negro de la bocamina. Allí el peligro y el miedo son libres. La oscuridad es un líquido confortable para los bandidos. Otros se la juegan de otra forma. En el primer semestre del año han muerto diez escaladores de postes de alta tensión, traficantes de luz dispuestos a robarle al Estado los watios suficientes para alimentar una bombilla. Otros consiguen las conexiones ilegales a bajo precio negociando con un empleado de la compañía. Como los policías, que no conocen el nombre de la calle, pero sí los requisitos de los sobornos. Junto a ellos, sobrenadan en la basura decenas de miles de *meninos da rua* ('niños de la calle') y todas las sombras de una ciudad que en cinco años ha duplicado su población. Millones de seres tratando de poner en paz su estómago. La guerra, aunque le sirve de excusa al Gobierno para todo lo que pasa, es un fragor lejano. Una *candong*a.

O «FEITIÇEIRO» DE CAZENGA: Josechu Martínez nació en Beasain, Guipúzcoa, y es misionero seglar («o sea, no cura»), ilusionista, director de escena y enfermero. Pero le conocen en casi toda Angola como *o feitiçeiro de Cazenga*. Cazenga es el barrio en el que Josechu, junto a dos

hermanos vascos, Luis María y Carlos Pérez de Onrai, alaveses de Gauna, ambos sacerdotes diocesanos («o sea, curas de pueblo») han creado una pequeña isla de milagro. Los tres han pasado ya la cota de los sesenta años y han dedicado casi la mitad de su vida a Angola. En Cazenga, uno de los barrios más miserables de Luanda, les conocen bien: a los curas por tales, y porque reparten comida, y porque son los responsables de centros parroquiales como el de la Quinta Avenida, de nombre tan pomposo como la maltrecha calle de la que toma su nombre. Un terreno pulcro y grande, vallado, con teatro, dispensario, comunidad de monjas, centro de enseñanza e imbondeiros. Las clases de cocina y costura son las más concurridas. Los de electricidad han ido a hacer prácticas. Los de dactilografía están a la máquina. El Gobierno vasco, Manos Unidas, el Ayuntamiento de Vitoria y la Diputación de Álava contribuyen al mantenimiento de esta inesperada Quinta Avenida en medio de los desastres de la guerra de Angola. «Pero la idea —dice Luis María— es que el Gobierno angoleño se encargue de su mantenimiento y de pagar a los profesores». No pierde la fe. Al contrario, le ayuda a resistir las adversidades, que en Angola no faltan.

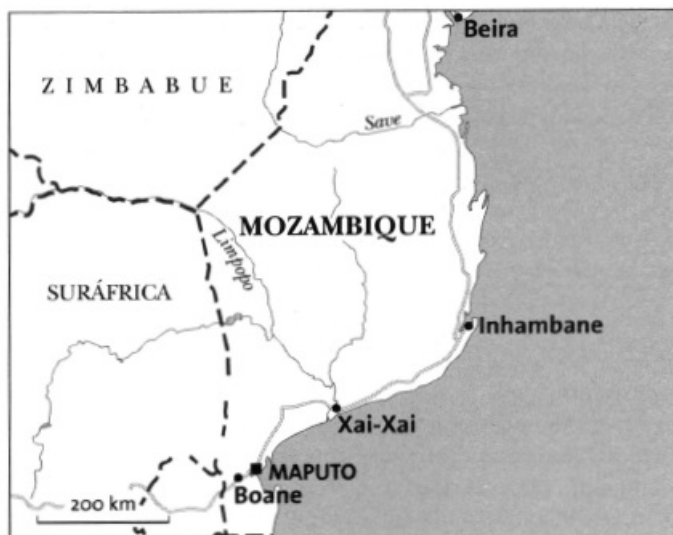
A Josechu, *o feitiçeiro*, le conocen en todo el país porque lo ha recorrido haciendo magia. En cierta ocasión desafió a través de la Radio Nacional angoleña a todos los *feitiçeiros* angoleños a que le hicieran un maleficio para demostrar que no tenían poder sobre los otros. Todavía acuden paisanos a verle para comprobar que sigue indemne. Pero ya han encontrado una explicación: «O feitiço negro não fai mal ao branco». «Antes era el mejor mago de Angola, porque era el único. Ahora tengo un discípulo, Javier Cerqueira, que se gana la vida con la magia». Josechu, que desborda bonhomía, atiende cada día a unos 150 pacientes, pone inyecciones y practica pequeña cirugía, como circuncisiones, espantado por la práctica local de hacer hasta veinte con un mismo cuchillo sucio. Pero a Josechu lo que le enamora es el teatro, y dedica hasta diez meses de ensayos a montar un Shakespeare o un Molière con entusiastas de la parroquia en un edificio que han levantado piedra a piedra. Un oasis en medio del polvo y la miseria reinantes. *Feitiços que acontecen en Angola.*

MAPUTO

Viernes, 21 de octubre

Dice Nietzsche que «se idearon los dioses no sólo por temor, sino al crecer hasta lo fantástico el sentimiento de poder y descargarse en personas». Sentimiento que a veces crece hasta regiones en las que la confusión entre dioses y seres propicia un uso extraordinario de la ley, sin márgenes para el oficio de las sentencias, cuchillos generosos que reparten pasaportes a una vida. Castigos y recompensas, dioses perfectamente humanos, labrados en las sillas eléctricas y las guillotinas,

en los sables y los tambores del Estado, en los himnos y en las biblias, pero acaso también en la madera gastada del arco y de la flecha y de la lanza.



Sábado, 22 de octubre

El filósofo Friedrich Nietzsche me acompaña estos días de Mozambique: «El amor fantasea sobre los otros: su impulso secreto es descubrir en el otro tanta belleza como sea posible, o pensarlo tan bellamente como se pueda. La ilusión actúa aquí como una ventaja. El miedo pretende adivinar lo que es el otro, lo que puede y quiere: la ilusión sería aquí la mayor desventaja. Por tanto, el conocimiento auténtico de las personas es estimulado mucho más por el miedo que por el amor (compasión)».

El amor incluye un mecanismo de embrutecimiento (dormición) de la inteligencia que elimina los puestos de guardia y las cautelas de la razón a favor de un sueño que convierte las sombras enemigas en juegos de las hojas de los árboles sobre el estanque del tiempo inmóvil, que no pudre ni devora, cuando esa inmovilidad de la recreación encierra toda la herrumbre y la carcoma del hastío. Pero no es un miedo paralizante el que pone en marcha el amor cuando se enciende y pide más carbón para alimentar su propio impulso: rápidamente recorre todos los puntos del mapa y los desvíos, las estaciones posibles, los paisajes del ánimo. Con ese miedo se conoce, es cierto, y se empieza a desmantelar el sueño: ese estadio de idiotismo que tantas veces añoramos — Friedrich, querido amigo— en las vigilias solitarias de los sitios, cuando las epifanías empiezan a romper y no hay nadie para celebrarlas: nuestra alma, un cofre frío. «Valor», me dices. «Valor», me digo. A mí me falta no sólo el coraje del pensamiento, sino el punzón y la maza para doblarme e insistir sobre la capa de hielo.

De norte a sur. Con máscaras que hablan del tiempo pasado. Como la que ahora corona mi armario (habitación 209, hotel Terminus, Maputo). Regalo inesperado de un guardia civil español (de los

observadores de Naciones Unidas *deslocados* a Mozambique para supervisar el proceso de paz y las elecciones), que no sabía lo que tenía entre manos. La máscara reúne todas las características de las empleadas por el pueblo maconde en su ritual llamado *mapico*. Realizada en material frágil, es una cabeza que el danzante se coloca como un yelmo, con una única abertura a la altura de la cabeza que le sirve al bailarín para ver y para respirar. La máscara recibe el nombre de *lipico* y antiguamente representaba al espíritu de un muerto o *liboka*. De ahí que, para mantener la ficción, ninguna parte del cuerpo del bailarín (salvo las puntas de los dedos de manos y pies) debía ser visible, para evitar que pudiera ser reconocido. Los maconde sostenían en torno al *mapico* una sociedad secreta: las máscaras eran construidas y guardadas en un lugar llamado *mpolo*, donde preparaban las ceremonias. Cuando las máscaras se vuelven inservibles se queman para evitar que el misterio sea descubierto por niños y mujeres. La danza del *mapico* no sólo tiene un carácter de crítica hacia las autoridades y el ocupante colonial, sino que sobre todo se utiliza para aterrorizar a los niños y a las mujeres. La mujer maconde, gracias a sus labores como agricultora y recolectora, alcanzó tal prestigio que hizo temer a los hombres por la quiebra de su autoridad. El hombre, acostumbrado a la caza y a las artes mágicas para conjurar los peligros, recurre al *mapico* para asustar a las mujeres y recuperar su poder, además de recordar su supremacía en cuanto al derecho a elegir, a su papel preponderante en el juego de la atracción hombre-mujer. A los maconde les resultaba difícil establecer una conexión entre el acto sexual y la reproducción (por el tiempo que transcurre entre ellos), de ahí que el poder de la mujer aumentara con la capacidad de generar vida. Entre los pueblos ganaderos este desconocimiento no se padecía debido a la observación cercana de los ciclos reproductores de los animales. El miedo —un elemento primordial en muchas culturas africanas— era empleado como un sistema para mantener a raya el ascendente prestigio de las mujeres. Hoy en día, cuando se conoce que bajo el *lipico* hay un ser humano (los Reyes son los padres), las danzas se siguen celebrando. El grado de pavor que suscitan entre las mujeres ya no es el del pasado. Sin embargo, durante generaciones el miedo padecido por los niños ante la exhibición del *mapico* revivía cuando el bailarín se encasquetaba el yelmo y se cubría por completo con cuerdas, telas y cascabeles. «Las máscaras tienen el poder de transformar a aquellos que las usan. En el momento en que un hombre se encasqueta en la cabeza la máscara, el *lipiko*, se identifica automáticamente con ella y, de repente, el mundo real es sustituido por las fuerzas incontroladas de la imaginación», escriben Jorge y Margot Dias en *Os macondes de Moçambique*. Las danzas con armas fueron prohibidas porque el frenesí y el vértigo de los bailarines llevaba en ocasiones a finales sangrientos.

Domingo, 23 de octubre

Llueve contra la pista de tierra roja, contra el parabrisas y las puertas del coche. Domingo lluvioso en África austral. Otros acaso dirán que domingo triste. El coche avanza hacia Boane, y luego se adentra en Massaka, donde la lluvia —un buen presagio, también en Mozambique— ha cambiado el color áspero de la aridez por un esperanzador horizonte. Pasan jóvenes con banderas

rojas como en el *Novecento* de Bertolucci, y el domingo se entierra dulcemente en la memoria: voces, palabras, lluvia, Mozambique, algunas briznas de sueño.

De las máscaras del pueblo maconde a las esculturas de Chissano, el artista que se suicidó, abrumado por la pena tras la huida de su hijo con casi toda su fortuna y un extranjero. Ahora yace en su propio jardín —la tumba parece recién cubierta—, con un plato de comida vacío y bajo la advocación de una de sus hermosas, intrincadas y dolientes esculturas (de las que acaso Steven Spielberg tomó la idea para concebir a su E.T.). La casa-museo, enclavada en las afueras de Matala, no lejos de Maputo, es un paseo abrumador: maderas que gritan en silencio, algunas a punto de estallar por la tensión: como un Cristo que es un arco y que es un carnero desollado vivo, torturado hasta la extenuación: grupos humanos alimentándose de sí mismos, o impávidos, dolientes, silenciosos, asomando sus grandes cabezas en un espectral bosque que no deja de hablar, o maderas a las que el artista Chissano ha conseguido poner alma, o, más bien, revelar su alma dormida: gárgolas, remates, máscaras, aullidos en madera emparentados con sus ancestros africanos, donde Picasso bebió y nos hizo ver lo que no veíamos. Chissano, otro deslumbramiento inusitado en esta tierra mozambiqueña en la que descubro raíces que ni siquiera sospechaba.

XAI- XAI

Miércoles, 26 de octubre

El valle del Limpopo está al otro extremo de la ciudad, verde, brillante, soleado, con grandes nubes varadas en el inalcanzable y robusto cielo africano. En Xai-Xai la vida parece dulce, como el portugués que habla Mozambique, como este país maltratado que empieza a levantar cabeza. Por la carretera que va de Maputo a Inhambane, estas chozas de cañas, árboles de *caju* (anacardo), palmeras, *mato*, ríos, se me abre el corazón, como si África me estuviera labrando uno nuevo. Olvidé mis aparejos de escribir cuando entré en África. Hay un nuevo idioma que espera, palabras a la altura de estos cielos, de esta tierra, de esta gente. Un abecedario para poder acercarme como un niño a lo que se siente aquí.

INHAMBANE

Miércoles, 26 de octubre

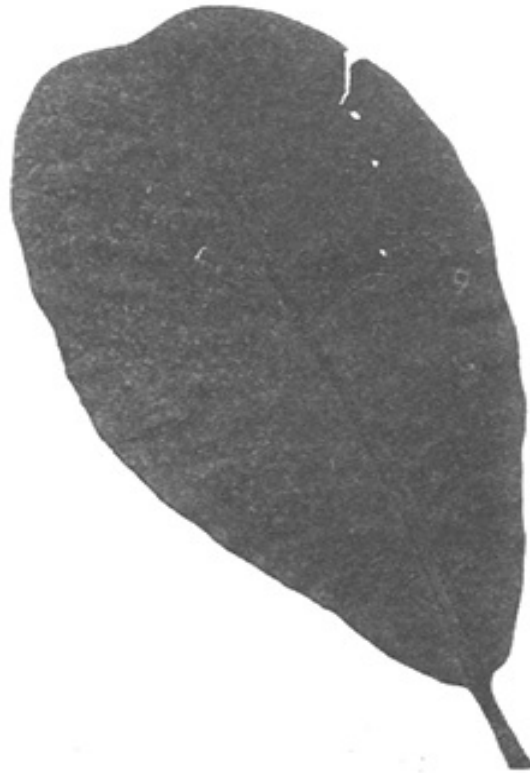
Volveré, aunque no sé cuándo ni con quién, enamorado o para enamorarme, en cualquier caso con libros, tinta y papel. Volveré a Inhambane, y deseo que para entonces la paz sea tan común en Mozambique como los cocoteros. Volveré y pasaré una noche en el motel de Benigna, para pasearme por los jardines y mercados de Xai-Xai y escuchar el rumor del Limpopo. Volveré a Inhambane para ver partir y regresar las velas latinas del puerto, y dormiré frente al mar en la playa del Tofo, y recordaré las primeras elecciones democráticas y las cicatrices curadas de la

guerra. Volveré porque la isla de Mozambique y el Zambeze están aún lejos de Inhambane y mañana no voy a poder seguir subiendo por el mapa (que tiene la forma de un caballo levantado sobre sus cuartos traseros, como dijeron ayer al comienzo de *Vestir a Terra*, de Mutumbela Gogo). Volveré porque quiero pasar una noche en el Polana de Maputo, y recorrer despacio el paseo marítimo. Volveré enamorado o para enamorarme, aunque Mozambique ya se ha quedado con una parte precisa de los sueños. Porque en ninguna otra parte recuerdo haber encontrado un humor como éste, tanta facilidad para la conversación y la sonrisa, esa forma de ver siempre las mejores intenciones en las bromas, los guiños, las respuestas. Y esa forma tan dulce y humorística de hablar —con pequeñas exclamaciones que son casi gritos ahogados de niños que no han perecido del todo— de las mozambiqueñas. Ojalá que mañana sea el comienzo de otra vida para Mozambique.

MAPUTO

Jueves, 27 de octubre

En Mozambique, donde la lengua es dulce como la papaya, como los besos que todavía no robé, que todavía no me fueron regalados. Por arenales, hacia Chamane, hacia Sequirivas: entre cocoteros que se arquean hacia el cielo, chozas trenzadas, hermosas *capulanas* ('pañuelos'), el sol sobre todas las cosas, y el azul estelar con el azul traslúcido del Índico en la costa de Inhambane y el mar de Tofo. He visto votar en África como sólo he visto rezar en África. Y luego, sentado a la intemperie en la trasera de la furgoneta, he asistido a la creación de la noche de África, al olor de la noche de África, al resplandor de las hogueras en medio del *mato*, a las sombras, al humo, al silencio quebrado del motor del coche que avanza, partiendo la oscuridad en dos: prefiero contemplar lo que dejamos que averiguar lo que va a venir. En Mozambique. Escribo. Como si aprendiera una lengua para volver a jugar. Como las *camponesas* (campesinas) de aquí, como Benigna, en Xai-Xai, o Judite Francisco, en Sequirivas. Mientras bajo un frondoso y ancestral *cajueiro* (árbol del anacardo) hombres y mujeres esperan su momento de votar. Acaso África vuelva a hacer de la democracia una palabra para llevársela a la boca con unción y humor: con la sobriedad y la risa con que los *moçambicanos* enseñan algunas maneras de vivir en la más absoluta pobreza. En Mozambique. Sé que volveré.



Hoja de *cajueiro*

Máscaras, fuegos, siluetas en la noche. Faros, viento, estrellas que van cubriendo el cielo. El rumor de un coche, un grito, una lechuza muerta.

Viernes, 28 de octubre

Penúltima noche. No la del 24, cuando compré un mapa de Mozambique y aún no sabía lo que era este país, apenas las máscaras de danza *mapico*, la isla de Mozambique (a lo lejos, en el norte remoto), o el río Zambeze («zambezeian pela memoria», escribe el poeta Gulamo Khan, que murió en el mismo avión que Samora Machel). Tampoco entonces había probado el sabor del mar Índico, ni recorrido la mañana reciente, el atardecer y la noche de Inhambane, ni había visto las velas latinas apuñalando el espigón. Apenas Mozambique era, como Maputo, una ilusión remota en el mapa. Como África toda antes del mes de abril.

Dice el que defendía filosofar a martillazos que «las palabras permanecen: los hombres creen que también los conceptos señalados por ellas». Así la realidad se cobra tantas víctimas entre los cazadores de cabezas, el cinto bien ceñido, la cerbatana en la boca, la culata en la cara. Y el hombro y los pómulos doloridos: de la repetición, del impulso del dardo venenoso. Pero estoy

equiparando aquí palabras que sirven para designar los sonidos de la selva y sus peligros y los argumentos que el cazador blanco exhibe para cazar, exterminar, bombardear con fósforo la intrincada madeja del bosque tropical. Después hay otros que cultivan argumentos y con esa carga letal empieza una resistencia sorda, luego una guerrilla cada vez más ruidosa, luego una guerra abierta. Y un nuevo alijo de conceptos: independencia, revolución nacional, partido marxista, obreros, vigilantes, para que la victoria dure. Y la noria de la historia, sin cesar, triturando cadáveres.



Máscara maconde

LA ANTIGUA GUERRILLA RENAMO BOICOTEA LAS ELECCIONES Y PONE EN PELIGRO LA PAZ

La granada electoral estalló ayer en Mozambique. Todo el costosísimo proceso puesto en marcha por Naciones Unidas en los dos últimos años, tras la firma de los acuerdos de paz de Roma entre el Gobierno y la guerrilla, está en el aire. Horas antes de abrirse los colegios electorales en todo el país la Resistencia Nacional de Mozambique (Renamo), el movimiento guerrillero que combatió desde 1977 al régimen del Frente de Liberación de Mozambique (Frelimo), anunció que no se daban las condiciones para celebrar unas elecciones libres y llamó a boicotear los comicios. La Comisión Electoral Central, reunida en sesión de urgencia, hizo público un comunicado en el que señalaba que la Renamo no podía legalmente retirar su candidatura a dos horas de la apertura de las urnas.

El actual presidente y candidato del Frelimo a la máxima magistratura del país, Joaquim Chissano, declaró tras depositar su voto que no tenía información oficial de la decisión tomada por la Renamo. Esta misma semana, sin embargo, el Consejo de Seguridad de la ONU declaró que sí existían los requisitos que garantizaban que los mozambiqueños podrían votar libremente. A pesar del llamamiento del partido de Afonso Dhlakama, centenares de miles de ciudadanos

acudieron ayer masivamente a los colegios abiertos en todo el país en una jornada que se presumía histórica.

La decisión de la Renamo, un movimiento guerrillero que ha recibido de la ONU cerca de 2.000 millones de pesetas para su reconversión en partido político (en esa partida se incluyen los 50 millones que ha costado el Mercedes blindado de su líder, Dhlakama), reavivó el fantasma de Angola, que ha rondado toda la campaña electoral en Mozambique. Pero mientras que la UNITA, de Jonás Savimbi, esperó a la derrota en las urnas para denunciar el fraude (la ONU calificó las elecciones angoleñas de limpias) y volver a las armas, la Renamo se ha anticipado a su supuesto fracaso y evitado así el escrutinio popular. Fundada con apoyo del antiguo régimen racista de Ian Smith en Rhodesia del Sur (la actual Zimbabue) y posteriormente financiada por el Gobierno surafricano, dentro de su política de *apartheid*, la Renamo ha destruido durante sus 15 años de actividad centenares de escuelas y hospitales, en un intento de reventar las *conquistas* que el entonces régimen marxista-leninista exhibía.

En Inhambane, capital de la provincia del mismo nombre, 500 kilómetros al norte de Maputo, centenares de personas esperaban a las seis de la mañana, una hora antes de la apertura de las urnas. La población de las aldeas se había reunido casi dos horas antes de la apertura de los colegios. La hilera de mujeres vestidas con sus más vistosas *capulanas* (pañuelos y pareos) doblaba y rodeaba a la de los hombres en Chamane, una aldea de cabañas de palmera y caña trenzada a 7 kilómetros de Inhambane. Sentados en la arena y bajo los cocoteros, los habitantes de Chamane y de las poblaciones cercanas componían un cuadro insólito y emocionante. Aunque los comicios terminarán en principio hoy, los casi 1.000 electores que corresponden a cada colegio estaban allí antes de que empezaran las votaciones. El presidente de uno de los colegios de Chamane, el de la *assembleia* de voto 5.787, abrió la mesa conmovido y declaró: «E isto é nosso» ('Y esto es nuestro'). Los delegados de la Renamo no habían recibido instrucciones de sus jefes y allí estaban, a pie de obra, comprobando que todo se desarrollara democráticamente.

Después de que hubieran votado los miembros de la mesa y los policías (confinados a 300 metros del local, abierto en la escuela de Chamane: techo de hojalata agujereada, piso de cemento y paredes sin ventanas), Jeremias Jeremias se acercó a la mesa con su acreditación plastificada. Mostró al presidente el anverso y el reverso de las manos, para demostrar que no había votado. El dedo índice de cada votante es sumergido en tinta roja para evitar que se sirva de alguna triquiñuela, aunque la elaboración del censo y la confección de las acreditaciones se ha realizado con todo tipo de medios aportados por Naciones Unidas y la Unión Europea, principalmente. Jeremias Jeremias, de 67 años, declaró sentirse entusiasmado: «Nunca antes sucedió algo semejante en nuestra tierra. Porque Dios no nos trajo al mundo para sufrir». Jeremias Jeremias, que combatió como soldado al servicio del colono portugués, confía en que la guerra no volverá a Mozambique: «Dios quiera que no ocurra aquí lo mismo que en Angola».

Menos entusiasmada se mostraba Judite Francisco, de 28 años, con cuatro hijos y su marido trabajando en las minas surafricanas. Judite votó en la aldea de Sequirivas, a 15 kilómetros de

Inhambane, un deslumbrante paisaje de arena, cocoteros y *cajueiros* (árbol del anacardo) cerca del Índico más azul. Judi-te, que cultiva la tierra para mantener a su familia, espera que gane el partido al que votó, aunque lo único que quiere es que «a Mozambique llegue el silencio, que la guerra no vuelva nunca más», pero no sabe si confía o no. «No sé si habrá o no *confusão*. No sé si tengo esperanza, pero hoy estoy contenta».

A João Graja, de 31 años, el diputado más joven del Parlamento portugués, miembro del Partido Socialdemócrata (PSD) de Cavaco Silva, destacado en Inhambane como observador internacional de la ONU, la actitud de los mozambiqueños le tiene fascinado. «Estoy sorprendido del civismo de esta gente, teniendo en cuenta el analfabetismo y la falta de experiencia democrática de la que vienen. Hay que destacar también la emoción con la que algunos votan». Pero Graja contaba con motivos añadidos para la emoción: «Mi abuelo hizo el servicio militar en Inhambane y siempre hablaba maravillas de esta tierra. Nunca pensé que la conocería y menos como observador internacional de las primeras elecciones democráticas de Mozambique».

Son más de seis millones los electores llamados ayer y hoy a las urnas en un país de más de 15 millones de habitantes. Naciones Unidas, que ha desplegado una fuerza de 6.000 hombres armados y más de 5.000 observadores para aplicar una de sus mayores operaciones de paz, esperaba con los dedos cruzados, antes de conocer el *desplante* de la Renamo, que el éxito sirviera para reparar los fracasos de Somalia, Angola, Camboya y Bosnia y permitiera nuevas iniciativas. Pero nadie en Mozambique se atreve a «anticipar la trayectoria del misil lanzado», como ha resumido en una metáfora de dudoso gusto un alto cargo de la ONU. El experimento político de pasar de un régimen de partido único a otro multipartidista, y con una feroz guerra civil por medio, no es una sencilla operación matemática.

A pesar del visto bueno de la ONU sobre las condiciones en que los comicios iban a celebrarse hay temores con nombre propio: el gran número de *esconderijos* de armas de las dos partes, la posible frustración de los que se han movilizado en todo el país a favor de sus líderes (sobre todo de los favoritos, Chissano y Dhlakama) y, según Aldo Ajello, el jefe de la operación de la ONU, «una carencia africana», la falta de consideración política para el derrotado, que como tal no merece más que el desprecio y la salida del ruedo político.

Sin embargo, basta recorrer el país para darse cuenta de que Mozambique vive una especie de estado de gracia. Acaso contribuya a ello el clima primaveral y la ilusión desatada por la ausencia de combates y enfrentamientos desde que en octubre de 1992 la Renamo y el Frelimo firmaran la paz. La campaña ha sido dura en ocasiones, con litigios, incluso físicos, entre partidarios de una y otra formación. Pero la sangre no llegó al río.

En el camino hacia Inhambane, capital de la provincia del mismo nombre, *soldados de la paz* uruguayos con uniforme de combate y casco azul de metal patrullan bajo el sol en camiones y vehículos descubiertos. Hay órdenes estrictas de extremar la vigilancia, e incluso existe un plan de emergencia para evacuar a los observadores si la cosa se pone fea, admite un oficial español, observador militar en la zona. En Xai-Xai, aún en la provincia de Gaza, junto al valle del río

Limpopo, Benigna sonrío en el motel donde trabaja y dice que su voto lo tiene guardado en el corazón.

A pocos kilómetros de Inhambane un tendal de automóviles calcinados da cuenta de la crudeza de los combates que se libraron en la zona, aunque la de Mozambique no fue nunca una guerra abierta. La Renamo fue siempre un movimiento guerrillero que tuvo en el *mato* su medio natural. Pero los automóviles han comenzado a ser devorados por la feracidad del propio *mato*, como si la vegetación quisiera contribuir a sepultar en el olvido tan funesto pasado.

Cerca de dos millones de habitantes viven en la región, 40.000 de ellos en la capital. La agricultura es la principal ocupación del 88% de la población, que fue empujada por la guerra hacia las ciudades costeras, sobre todo Inhambane y Maxixe, por cuestiones de seguridad. La mayoría de los habitantes profesa creencias animistas tradicionales, aunque algunos practican la fe musulmana, el catolicismo, el metodismo y religiones de origen hindú.

En cuanto a la campaña electoral, transcurrió con relativa tranquilidad en Inhambane, aunque se produjeron algunos motines y manifestaciones de soldados y antiguos milicianos. El campamento de Naciones Unidas, con 1.000 hombres, uruguayos en su mayoría, parece un fuerte de juguete, sobre arenas blancas y entre cocoteros. La zona reúne todas las condiciones para convertirse en un imán para el turismo, que ya han comenzado a explotar compañías de Suráfrica y Zimbabue. Tal vez el dinero, con su habitual perspicacia y falta de escrúpulos, esté apostando en la dirección correcta y Mozambique no vaya a dejar pasar esta ocasión histórica de asegurar una paz que le permita salir de la miseria y el subdesarrollo.

Sábado, 29 de octubre

África, que hace apenas siete meses no existía, es ahora un mapa lleno de puntos luminosos: faros del interior y de la costa, tramos de carretera, pistas rojas, acacias africanas, *cajueiros*, baobabs (*imbondeiros*), ciudades, etnias, mares, lagos, cadáveres, arenas, nombres, besos, sueños.

Acaso me acostumbre a no soñar.

Acaso aprenda a recordar mejor.

Acaso aprenda a estar completamente solo en medio de la noche.

Voló mi máscara de Zaire. Acaso no me estaba destinada. Acaso el hechicero que la utilizó olvidó algún espíritu maligno bajo los párpados vacíos, algunas gotas de sudor mortífero bajo el arco de madera del labio superior: un vértigo, un ritmo cadencioso, un mal antiguo. Recojo mis señas de identidad: conchas, máscaras, mapas, billetes, cuadernos azules (que van y vienen de un continente a otro). Aquí dice *teatro*, o algo parecido, letras medio borradas por la lluvia: en la frente, bajo la protuberancia de la nariz, donde las pestañas se parten al abrir mucho los ojos. Trato de hablar, pero no digo nada. O grito, y el eco de una boca vacía es devuelto por el acento del mar: «Mar se

pronuncia *mar*», como un viento convulso, mareas, asteroides, palmeras siguiendo un compás escrito por un dios ciego.

PAN Y TEATRO EN MOZAMBIQUE

Ha sido una larga espera. Tras 26 años de guerra (11 contra el colono portugués, 15 de *confronto* civil), Mozambique, una de las grandes colonias portuguesas en África, vive momentos de euforia. Un estreno democrático que todavía está en plena efervescencia. El teatro, un arte que en África no ha perdido el contacto con la vida, ha tenido su papel en el proceso de educación para la paz. Cuando los mozambiqueños empezaban a votar con una entrega y una madurez que han sorprendido a centenares de observadores internacionales, el grupo Mutumbela Gogo, responsable del proyecto Mozambique-te ('Mozambique, te quiero'), volvía a representar en Maputo, la capital del país, *Vestir a Terra* ('Vestir la Tierra'), un emocionante viaje por el pasado reciente de Mozambique cargado de humor y esperanza: el regreso a casa de dos refugiados de la guerra que ha devastado el país. Como subraya Manuela Soeiro, de 49 años, la directora de Mutumbela Gogo, «aquí se demuestra que el teatro es algo tan necesario como el pan».

Basta ver cómo el público de la capital, más acostumbrado a los escenarios, se parte de risa y se conmueve con el relato de sus propias desgracias para imaginar lo que relata Lucrecia Paco, de 25 años, una de las actrices que se desdobra en multitud de papeles durante la hora y media que dura *Vestir a Terra*. «La representación de la obra en un campo de refugiados en África del Sur en lengua changana (hablada al sur de Mozambique) ha sido una de las experiencias más grandes de mi vida. Los refugiados sintieron la obra como algo propio, como si fuera su propia vida, no teatro. Tenían reacciones absolutamente espontáneas. Nunca habían visto teatro y querían participar en la representación, se subían al escenario, comentaban en voz alta lo que veían, nos interrogaban, creían que los personajes eran seres de carne y hueso. Y es probable que lo fueran. Teníamos sus mismos nombres y sabíamos lo que habían pasado. Entre los actores y el público se produjo una comunicación fortísima. La gente lloraba, no quería que aquello terminase». En África, los límites entre el escenario y los espectadores no existen, son vulnerados continuamente. Y el flujo corre en los dos sentidos.

El espectáculo se presentó en diciembre de 1993 en Maputo, y el éxito fue arrollador. No en vano Mutumbela Gogo ha sido uno de los grupos más aclamados en el Festival Internacional de Teatro de Expresión Ibérica (FITEI) que se celebra en la ciudad de Oporto, donde han actuado en cinco ocasiones, y está considerado como uno de los mejores grupos de teatro del continente africano. Mozambique-te creció hasta convertirse en una iniciativa nacional. Tanto la directora como los actores se repartieron por todas las provincias del país y recrearon *Vestir a Terra* y *Morte invisível* ('Muerte invisible', que advierte de los peligros de las minas) con nueve grupos teatrales: Nhakatendewa, Miraflores, Pedra no Sapato, Madjaha, Eтары, Colectivo de Zambézia,

Estrela Vermelha, Casa Velha y M'Beu. En cada provincia mantenían la trama, pero adaptándola a la realidad local. Se trataba de proclamar: «Estamos vivos, no querernos que nuestro pueblo vuelva a sufrir tragedias», y así lo hicieron tanto en portugués como en varias de las lenguas habladas en Mozambique: tsonga (en el sur), sena y chuabo (en las provincias del centro), y nyungwé, macua y maconde (en el norte). Los actores de Mutumbela aportaron a los grupos, en su mayor parte *amadores* ('aficionados'), su experiencia de casi diez años de teatro, y también les enseñaron técnicas de escenografía e iluminación.

La Onumoz (Operación de Naciones Unidas en Mozambique) apoyó el proyecto, y tres organizaciones no gubernamentales escandinavas, el Consejo Noruego para los Refugiados (CNR), la Agencia Sueca para el Desarrollo Internacional (ASDI) y la Agencia Noruega de Cooperación para el Desarrollo (NORAD), prestaron ayuda financiera para que Mozambique fuera una realidad. Bjorg Leite, representante de NORAD en Mozambique, que asistió conmovida al regreso de *Vestir a Terra* a Maputo, cree que «la cultura, y en concreto el teatro, puede contribuir de manera decisiva a los procesos de reconciliación, como ha demostrado la experiencia de Mutumbela. Por eso nos sentimos muy satisfechos de haber contribuido a esta iniciativa que conjuga educación, humor y cultura tradicional. El teatro es en Mozambique algo que se vive de forma mucho más intensa que en Europa. Cumple una función social absolutamente necesaria». Mozambique, uno de los países más pobres del mundo, es una potencia teatral.

Un actor entra en escena y empieza a narrar una historia. La música le acompaña. Son refugiados mozambiqueños en África del Sur, huidos de la guerra civil. Una pareja ha tenido un niño y emprende el regreso a casa, abrumada porque la madre carece de papeles y el niño no puede recibir nombre. Para recrear un río levantan las manos y se ponen de puntillas, y el río cobra vida, caudaloso, ante los ojos de los espectadores, que ríen con las vicisitudes de dos paisanos que retornan, algo que comprenden todos los mozambiqueños: poco antes de las elecciones se completó el regreso a casa de casi dos millones de refugiados en los países vecinos y más de tres millones de desplazados internos regresaron a sus lugares de origen. Eso ha contribuido a que la cosecha de este año supere en un 6% la del año pasado. «Si Mozambique viviera en paz, si se reabrieran las rutas y se limpiaran las minas, podría ser autosuficiente y dejar de precisar ayuda alimentaria exterior en tres años», subraya el español Julio González, delegado de la FAO (Organización para la Agricultura y la Alimentación de Naciones Unidas) en Maputo.

La música y el humor son dos vehículos dulces para que el drama se despliegue como un cuento vivo. Los religiosos, los periodistas, los miembros de organizaciones humanitarias, los funcionarios del Gobierno, las furgonetas que en Mozambique son auténticas latas de sardinas a punto de estallar... Todos reciben su ración de crítica bienhumorada. Entremedias, hasta la democracia y las elecciones y sus mecanismos tienen su lugar. Una sencilla y reveladora demostración práctica. Como casi todos los trabajos de Mutumbela, *Vestir a Terra* es una creación colectiva. No es raro que Lucrecia Paco, que soñaba desde niña con ser actriz de cine (ha intervenido en el primer filme mozambiqueño, *El viento sopla del Norte*, de José Cardoso), haya

encontrado en el teatro la forma de «conseguir la emoción» que buscaba en la pantalla grande. A ella se la puede ver en todas las esquinas del país. Su rostro ha servido para ilustrar la campaña institucional a favor del voto en las elecciones.

«Céleres las aguas / zambezeian por la memoria / de las almadías del silencio». El Zambeze, uno de los ríos emblemáticos de África, desemboca en el océano Índico después de atravesar Mozambique. El poeta Gulamo Khan, que falleció en 1986 junto al presidente Samora Machel al estrellarse el avión en que viajaban, hizo su particular homenaje al río convirtiéndolo en verbo. Tanto Khan como el teatro han revivido en Mozambique gracias a la iniciativa de Mutumbela Gogo. El libro de Khan en que *zambezeiaban* las aguas se titulaba *Mozambicanto*, de ahí a *Mozambiquero-te* no había más que un paso, y Mutumbela Gogo lo dio tras los acuerdos de paz firmados en octubre de 1992 en Roma entre el Gobierno del Frelimo y la guerrilla de la Renamo. Ha sido un largo camino hasta los últimos días de octubre en Maputo. Como recordó sobre el escenario el escritor Mia Couto, uno de los más brillantes novelistas mozambiqueños: «Mutumbela Gogo ha hecho crecer un arte para que Mozambique se reconcilie consigo mismo en un momento esencial de nuestras vidas». Acaso porque en África el teatro puede ser tan necesario como el pan.

MOZAMBIQUE. UNA ESPERANZA AFRICANA

El *cajueiro* es frondoso, capaz de cobijar bajo su sombra a todo un pueblo. Un símbolo de Mozambique, que acaba de estrenar un matrimonio infrecuente en África: paz con democracia. En Sequirivias, una aldea de cabañas de palma trenzada y adobe, el generoso sol del octubre africano habla del verano que llega al hemisferio sur. Altísimos cocoteros, una luz intacta, de cuando el mundo no se había convertido en un error, y viejos y fuertes *cajueiros*, mientras el rumor del océano Índico, dueño de todo el espectro del azul, repite suavemente que esto es Mozambique, una esperanza africana.

El fin de las hostilidades se firmó en octubre de 1992 en Roma y sus efectos empezaron a notarse pronto en Mozambique, un país hambriento de paz. Casi dos millones de mozambiqueños refugiados en los países limítrofes (más de un millón en Malawi, medio millón en Suráfrica, 140.000 en Zimbabue, 90.000 en Tanzania, 40.000 en Suazilandia, 25.000 en Zambia) empezaron a volver a casa cuando se corrió la voz de que la paz era cierta. «La repatriación de los refugiados de Mozambique será la mayor operación llevada a cabo en África por ACNUR», declaró su responsable, Sadako Ogata. Y lo fue. Tras 11 años de guerra contra el despiadado colonialismo portugués y casi 16 de una guerra civil que acabó por devastar el país africano, Mozambique es hoy una excepción en el ensangrentado continente negro. A pesar de todos los *esconderijos* de armas que no fueron entregadas a los *cascos azules* de Naciones Unidas, a pesar de los 70.000 desmovilizados del gobernante Frelimo y de su mortal enemigo, la Renamo, a pesar

del terrible coste de desmontar una economía centralizada que tenía en el Este de Europa su patrón, los mozambiqueños son unánimes en algo: «La guerra no volverá».

Es preciso internarse en África para vivir emociones que se creían perdidas. Como las primeras elecciones libres de la historia de Mozambique, celebradas los días 27, 28 y 29 de octubre —«un conmovedor ejemplo de limpieza y democracia», como señalaron muchos de los 5.000 observadores internacionales que las vigilaron—. Cuesta imaginar que alguien vaya a echar por la borda la esperanza de todo un pueblo, aunque casos ha habido y seguirá habiendo en la mezquina historia del mundo. Mozambique puede convertirse en una esperanza y en un ejemplo para otros martirios de África. De ahí que Naciones Unidas se implicara en la antigua colonia portuguesa como no supo o no pudo en Somalia, Angola o Ruanda. Una fuerza de 6.000 hombres y casi 1.000 millones de dólares (más de 130.000 millones de pesetas) ha costado una operación de paz que todavía no ha concluido. Si, al contrario de lo ocurrido en Angola, los contendientes en las elecciones (Renamo y Frelimo, sobre todo), entienden que a partir de ahora sólo deben hablar las urnas y no las armas, algo habrá empezado a cambiar en África (como ocurrió antes en Zimbabue y en Suráfrica, curiosamente los dos países que alimentaron la máquina bélica de la Renamo cuando practicaban el racismo como forma de vida).

Un informe del Departamento de Estado norteamericano responsabilizaba en 1988 a la Renamo de las mayores atrocidades del *confronto* civil, con sus ataques deliberados contra escuelas, centros de salud y ayuntamientos, y calificaba la guerra como «uno de los más brutales holocaustos contra la población civil desde la Segunda Guerra Mundial». Mozambique es hoy otra cosa. Basta recorrer las aireadas calles de Maputo para respirar una insólita atmósfera de paz y de confianza en el futuro, aunque no será un paseo expedito.

Los caminos y aldeas de Mozambique estaban desiertos desde las primeras horas del 27 de octubre, cuando se empezó a romper el maleficio. Bajo el *cajueiro* de Sequirivas, 500 kilómetros al norte de Maputo, la capital, quinientos mozambiqueños y mozambiqueñas esperaban, cuando la primera luz despuntaba, a que les llegara la hora de votar. Vestidas ellas con sus *capulanas* más deslumbrantes, con chaqueta y camisa limpia ellos, el *cajueiro* padre prestaba fresca sombra a la larga espera. Muchos habían llegado tres horas antes de que abriera la *assembleia* de voto, otros iban a pasar el día entero esperando pacientemente, con una entereza conmovedora, a que les llegara el turno. Las aldeas de Mozambique escenificaban la mañana del primer día de las elecciones una democracia que uno creía arrancada para siempre de los escenarios sombríos del mundo. Una democracia que acaso existió en las primeras comunidades agrarias de África, cuando Occidente todavía no había *descubierto* la Guinea, los reinos perdidos (Songhai, Monomotapa), el origen del Nilo y todos los secretos escondidos en el continente que sólo parece existir para el mundo por la sangre.

Tal vez las elecciones no han sido más que un espejismo, pero Mozambique se merece que su democracia triunfe, que la guerra no vuelva nunca. Los capitalistas de la nueva Suráfrica y del nuevo Zimbabue, que comprendieron a tiempo que el *apartheid* era mucho más gravoso que la

democracia formal, han comenzado a comprar terrenos en la costa de Mozambique para levantar hoteles y labrar un territorio virgen para el turismo. Cerca de Sequirivas está Inhambane, capital de la provincia del mismo nombre, asomada a la espuma del Índico. Cuando el navegante portugués Vasco da Gama llegó a la rada de Inhambane llovía y estaba oscuro, pero él y sus hombres fueron recibidos con las palabras «bienvenidos a nuestra casa», expresión que Da Gama pronunció *inhambane*, con lo que quedó bautizado el lugar, conocido hoy en día como «la tierra de la buena gente». Un calificativo aplicable a casi todo mozambiqueño.

Como Carlos José Machado, un ejemplo vivo de lo que ha ocurrido en el país en los últimos dos años. Machado es uno de los 70.000 desmovilizados de la guerrilla y el ejército. La medida fue una de las claves del acuerdo de paz de Roma. Frente a la desconfianza inicial, la desmovilización se convirtió en una epidemia. Hasta el punto de que no se logró reunir a los 30.000 hombres que deberían configurar el nuevo ejército nacional, que cuenta tan sólo con 10.000 soldados en sus filas, y no demasiado motivados. Carlos José Machado, de 27 años, combatió durante cuatro en la región de Tete, al noroeste del país, en las filas de la Frelimo. Ahora no tiene trabajo, pero como todos los desmovilizados recibirá una paga de 29.000 meticaís al mes (unas 530 pesetas; un coco vale 500 meticaís) durante dos años. No quiere ni oír hablar de guerra: «Estoy cansado de luchar. No habrá más guerra, ya hubo suficiente para todos». Ahora ha vuelto a su tierra natal con su hermana, Julia José. Apoyado en la balastrada que da a la ría de Inhambane, contempla las velas latinas de los pesqueros que esperan junto al espigón del muelle la hora de hacerse a la mar. Carlos José Machado tiene las manos ásperas de combatir en el *mato*, de acariciar el Kaláshnikov, pero ahora sólo quiere acariciar la azada, «ser un campesino».

La silueta de Mozambique es la de un caballo levantado sobre sus cuartos traseros. Con todo el lomo bañado por el Índico. Así lo recordaban los refugiados en Suráfrica, en Suazilandia, en Zimbabue, en Zambia, en Malawi, en Tanzania, que añoraban la suavidad de su país nativo, porque pocos países hay tan dulces en África como Mozambique. Como puede comprobar cualquiera que llega allí. Como Bob Dylan, que en su disco *Deseo* incluyó una canción titulada *Mozambique*: «Me gusta pasar una temporada en Mozambique, / el cielo iluminado por el sol es azul acuoso / y todas las parejas bailan mejilla contra mejilla. / Resulta fantástico pasar allí una o dos semanas. / Tal vez te enamores, como nos pasó a mí y a ti. / Hay muchas mujeres bellas en Mozambique / y tiempo de sobra para una buena historia de amor. / A todo el mundo le gusta pararse y hablar, / y darle a cada uno su oportunidad, / quizá para decir *hola* con tan sólo una mirada». Es Mozambique, un país de *cajueiros* que acaba de empezar a vivir en paz en África austral.

SEGUNDO CUADERNO

1995

Somalia, Sudán, Zaire

VUELO LONDRES-NAIROBI

Martes, 28 de febrero, 1995

Un diario es un registro contra la muerte, aunque dé cuenta de ella. Un diario es una memoria contra el tiempo y contra todas las asechanzas. Por eso escribo esta noche, antes de que amanezca, y sea Somalia, y no tenga tiempo. Porque ahora sólo tengo un miedo, el mismo que se llevó a Santa a la noche fría y al espanto: el miedo a no tener tiempo de vivir. Sara se fue cuando estaba en la infancia de su vida. Nosotros estamos apenas en la infancia del amor. Pero sé que debo seguir bajando a África: una fogata en el tendal del corazón.

El avión avanza hacia Nairobi, última escala antes del espanto más que probable de Somalia. Contarlo y salir con vida. Como si se pudiera contar el infierno y salir indemne. Algo tan perverso como necesario me atrae de todo esto. Lucha contra mi parte oscura con un candil de queroseno. Como David, el niño que fue Henry Roth. *Llámallo sueño* es su memoria de la infancia, también mi recuerdo vivo de ella.

NAIROBI

Miércoles, 1 de marzo

Ha sido un largo día gastado hasta las últimas brasas de la noche negociando un pasaje para uno de los más vívidos infiernos de la Tierra. Somalia.

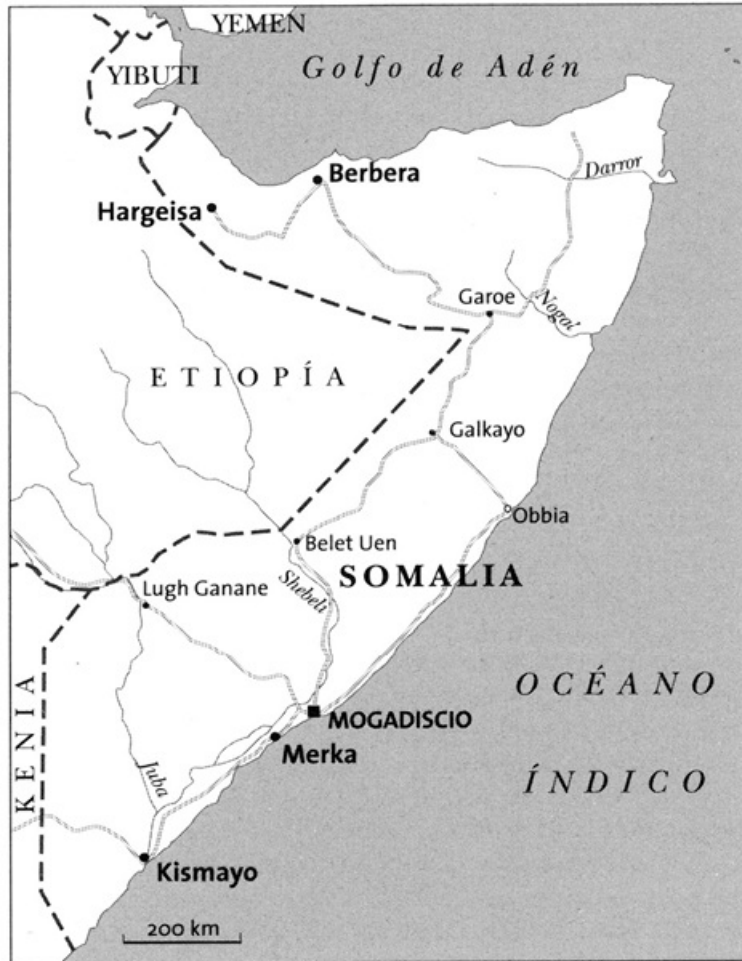
MOGADISCIO

Jueves, 2 de marzo

¿Todo es peor en la imaginación? No lo fue Goma. Sí lo fue Mogadiscio, al menos hasta esta primera noche después de un largo día que nació en Nairobi en plena oscuridad. Cuando la avioneta bimotor, blanca y suiza, con siete pasajeros a bordo (cuatro periodistas surafricanos y dos españoles), emprendió el vuelo, amanecía sobre el aeropuerto Wilson de Nairobi (plagado de avionetas con su carga de *gat* —una suerte de hierba anfetamínica— esperando partir hacia Mogadiscio), sobre las acacias africanas, la sabana de Kenia y toda esta parte maltratada del mundo.

Sobrevolamos la flotilla aliada a las nueve y media de la mañana, con pequeños cúmulo-

nimbos sobre Somalia y grandes marcas, de uñas gigantescas, sobre las dunas de la playa. Aterrizamos en una mínima pista de tierra, junto a una casucha, y enseguida se acercó el comité de recepción: dos vehículos con jóvenes armados con Kaláshnikovs y un calvo altísimo y corpulento, Mohamed, el propietario del hotel Sahafi, que nos iba a proporcionar protección, nos ayudaría a cruzar la *línea verde* y daría alojamiento. Aquí, en la mesa de la habitación 209, escribo. Una habitación con vistas al patio trasero: árboles mecidos por la brisa, una farola y un generador. El miedo pasa, o se recubre de otra cosa, cuando uno se encuentra con la realidad: atravesamos los controles, las chabolas de hojalata, las montañas de basura, la antigua línea del frente (la llamada *línea verde*: ruinas y desolación), los hoteles y las mansiones arrasados, y las buganvillas coronándolo todo, como una metáfora de la vida que se sobrepone. Hasta este hotel: el milagro de los dólares y la protección que hay que pagar donde no hay ley ni orden para que a uno le dejen hacer negocios tranquilamente: así este oasis en medio del caos, la miseria, la violencia desatada y la muerte fácil: un hotel con agua caliente, aire acondicionado, luz eléctrica, camas limpias y comidas a sus horas. Un hotel para escribir cómodamente del desastre.



Desde la prisión y sus terraplenes de tierra caliza se divisan: el mar, un navío ruso cargando material, un crucero llamado *Vergina* embarcando paquistaníes, una lancha de desembarco estadounidense, un gran muelle de contenedores, grúas, barracones, soldados vigilando, nubes nuevas y un mismo cielo (viejo e inmutable a la vez). ¿Qué clase de emoción vivimos cuando los milicianos que nos *protegen* con sus armas están nerviosos, los chóferes sudan y nos azuzan para que partamos del lugar y nosotros nos dejamos aconsejar por ellos? Es cierto que los estadounidenses habían puesto pies en polvorosa y que la policía local, escasa de armas, trataba sin demasiado éxito de hacerse con el control de los muelles. Pero yo sentía que debíamos permanecer allí, a pesar del riesgo: de los disparos al aire de los hombres armados (demasiado jóvenes para morir casi todos) que empezaban a moverse entre el puerto, nosotros, los curiosos de toda laya, una línea de aduaneros y algunas alambradas. Todo eso es cierto, pero yo quería

permanecer todo el tiempo posible para *seguir viendo*. ¿Qué clase de teatro de la vida, de auténtica emoción es eso?

ADIÓS A MOGADISCIO

«Out», gritó el sargento Albert Smith, un corpulento negro de Virginia, y los últimos seis *marines* estadounidenses que protegían desde las almenas de la vieja prisión una de las entradas al puerto de Mogadiscio echaron a correr perseguidos tan sólo por una escuálida camada de periodistas. Fue un final nada glorioso comparado con el estelar desembarco del 9 de diciembre de 1992, bajo el resplandor de los focos y la mirada de las cámaras. Entonces, la Operación Devolver la Esperanza hizo creer a muchos que la intervención de Estados Unidos iba a traer la paz a Somalia, un país armado hasta los dientes y desangrado por las luchas entre clanes.

No hubo ni flashes ni conexiones en directo con las principales cadenas de televisión de Estados Unidos. Era una hora perfectamente inútil y africana. A las 16.20 de la tarde (dos horas menos en Madrid), con cielo despejado y mar en calma, el crucero de pasajeros *Vergina*, con los últimos 1.300 *cascos azules* paquistaníes de la Operación de Naciones Unidas en Somalia (Onusom) en la toldilla y en las entrañas, hizo sonar su sirena y soltó amarras. Era la señal. Los *marines* que protegían el muelle de contenedores comenzaron a retroceder, de espaldas y con el fusil de asalto en ristre, hacia un vehículo blindado. En las almenas y en las torres de la vieja prisión de Mogadiscio, sus colegas hicieron lo propio. Pero en cuanto doblaron el chaflán donde hacía guardia el soldado Chris Sergeant, de 23 años, echaron a correr sin mirar atrás.

Apenas los blindados tomaron el camino de la playa para volver a las barcas que les habían devuelto por unas horas a la inhóspita arena de Somalia, una fuerza de policía local pagada hasta ayer por la ONU y armada con escasos fusiles, palos y sospechosas bolsas de plástico azul, comenzó a tomar posiciones en el muelle. El pitido de sus silbatos afónicos no consiguió disuadir a los asaltantes más madrugadores, que espían la salida del último *yanqui* para empezar a rifarse colchones y bidones de petróleo. Pero el asalto se limitó a unas cuantas escaramuzas, más verbales que físicas, y algunos disparos al aire. Las milicias del general Mohamed Fará Aidid, el *señor de la guerra* que domina casi todo el sur de Mogadiscio y que el miércoles se hizo con el aeropuerto tras el repliegue de los *cascos azules*, había movido bien sus piezas. Varias *technicals* (furgonetas con ametralladoras pesadas soldadas en la parte trasera, también conocidas como *Mad Max*), cuajadas de jovencísimos e impulsivos milicianos, *protegen* los accesos al puerto. Con el control de las dos principales vías de comunicación e ingresos de Mogadiscio, Aidid está ahora en una posición de fuerza para negociar con su archienemigo que manda al norte de la ciudad, Ali Mahdi, autoproclamado presidente interino de Somalia en 1991, cuando él y Aidid acabaron con el régimen de Siad Barre y estalló una guerra civil que rompió el país en mil pedazos.

«Se acabaron los buenos salarios, ahora hay que volver a disparar». Abdi Omar, de 39 años, antiguo coronel del ejército de Barre y recién licenciado de su labor de supervisor portuario de Naciones Unidas, lo tiene claro y sonríe mientras contempla cómo su fuente de ingresos de los últimos años se aleja por el océano Índico. El *Vergina* va camino de Pakistán. Los últimos soldados estadounidenses e italianos abandonaron a la caída de la tarde la cabeza de playa ganada hace tres días y regresaron a la flota multinacional de 18 navíos que, bajo mando norteamericano, quebró durante unas horas la monotonía de la costa somalí: un ininterrumpido collar de miles de kilómetros de playas.

Somalia queda atrás. Y ayer mismo empezó a desaparecer de las imágenes del mundo. Aquellas imágenes que en 1992, gracias a una feroz sequía, los experimentos agrícolas y los ajustes salvajes inspirados por el Fondo Monetario Internacional y el fervor bélico de los clanes, desencadenaron una hambruna bíblica. Naciones Unidas lanzó entonces una operación inédita: humanitarismo a la fuerza. Aunque la hambruna se palió en parte, los principales problemas que aquejaban a Somalia no fueron solucionados por la intervención de 30.000 *cascos azules* de 28 naciones. Ni la reconciliación nacional ni un cese el fuego definitivo entre los múltiples clanes y subclanes en que está fragmentado este país de nómadas enclavado en el cuerno de África han avanzado un metro con la operación. Atrás dejan un río de oro vertido en el desierto: más de 3.000 millones de dólares (400.000 millones de pesetas), que en buena medida han servido para redoblar el número de armas en circulación en un país misérrimo.

Pero acaso el error más trágico lo cometió la ONU cuando, tras la muerte de 58 *cascos azules* en un enfrentamiento en junio de 1993, proclamó a Aidid «enemigo de la especie humana» y puso precio a su cabeza, con lo que la organización internacional acabó por convertirse en una facción más en un país de facciones. Aidid esquivó con éxito un acoso encabezado por Estados Unidos y ganó fama mundial. La muerte de 18 soldados estadounidenses en octubre de 1993 fue para Washington un coste demasiado pesado y le llevó a preparar su retirada. El fracaso de toda la misión estaba servido. Ayer se vivió su último y penoso capítulo.

Muchos temen que la guerra de todos contra todos vuelva a sus peores días. Los clanes y sus líderes tienen ahora la palabra, aunque llevan mucho tiempo acostumbrados a hablar por la boca de sus fusiles. Los clanes somalíes son tan intrincados que es preciso un minucioso árbol genealógico para internarse en sus frondosas ramas. Curiosa paradoja en un país en buena parte desértico y que, a diferencia de la mayoría de los nuevos países trazados en África por el cartabón de las potencias coloniales, está formado por una misma etnia, que habla un mismo idioma y practica una misma religión, la musulmana, aunque sujeta a diferentes grados de devoción y fanatismo. Somalia es hoy un Estado desarticulado, sin gobierno, sin policía, sin orden ni ley. La única ley es la que imponen los grupos armados. Ningún blanco puede aventurarse por sus calles y carreteras sin haber pagado antes la *protección* armada de un grupo de entusiastas guardaespaldas pegados a un Kaláshnikov o encaramados a una *technical*. Somalia disfruta del dudoso prestigio de ser el país más violento y menos seguro del mundo.

«MÚSICA SOMALÍ»: La capital de Somalia, un Estado inexistente, está dividida por una *línea verde*: un ancho cinturón de muerte. El corazón de Mogadiscio, una auténtica ciudad blanca frente al Índico, con antiguas villas coloniales coronadas de buganvillas, es hoy un chaparral de escombros y chatarra. La plaza del Parlamento, un hermoso edificio de ladrillo rojo contra el que todas las facciones parecen haberse empeñado en tocar la *música somalí* (así llaman los humoristas locales al estruendo de las armas), es tierra de nadie. El viejo café de los diputados está tan muerto como la Djibuti Air Lines, que se anunciaba como las Líneas Aéreas del Mar Rojo y hace años que no despacha en su oficina de Mogadiscio pasaje a parte alguna. El silencio es sobrecogedor. Hasta que el canto del almudano rompe el aire. Dos helicópteros estadounidenses llegan desde el mar y silencian por un instante la llamada a la oración, pero los aparatos infieles se alejan y la llamada al rezo permanece.

Aunque Mogadiscio es hoy una ciudad devastada, en medio del desastre los mercados están concurridos, los milicianos recorren las calles subidos a sus vehículos artillados y las mujeres, hermosísimas, lucen saris y pareos que nada tienen que envidiar al plumaje de las aves del paraíso, mientras cada niño se prepara para el futuro empuñando una pistola de juguete. Nadie se atreve a hacer vaticinios ahora que Naciones Unidas se ha retirado con el rabo entre las piernas. Ayer, tras la partida del último soldado extranjero, la noche se tejía en calma sobre las chabolas, los burros estaban cansados de acarrear agua todo el día y la gente se buscaba la vida —un poco de comida, un jergón donde conciliar el sueño— como siempre.

Domingo, 5 de marzo

País de mar y buganvillas. Las armas han enmudecido. Bajo esa delgada esperanza emprendemos el regreso. Primero Nairobi. Después Sudán, Etiopía, Burundi, Ruanda, ¿quién sabe? Así hasta que buena parte del mes haya quedado consumida, por el sol, el polvo, la lentitud, la crueldad y la hermosura de África. Es posible que sólo quedemos a estas horas dos blancos en Mogadiscio. Será una aventura tan grande salir como lo fue entrar: cincuenta kilómetros hacia el sur con una escolta reforzada hasta el pequeño aeropuerto donde las avionetas del *qat* descargan su mercancía. Es nuestra última noche en Mogadiscio, no sé por cuánto tiempo. Ojalá el regreso sea para relatar el fin de los *señores de la guerra*, aunque mucho me temo que este repentino silencio de las armas automáticas y las *technicals* no sea más que una tregua fugaz entre los enemigos encarnizados, señores feudales de un siglo xx africano condenado. El hotel Sahafi es esta noche como ha sido desde que llegamos: una Casa-ante-el-mundo. Me inquieta lo que veo, pero acaso más me inquieta la exactitud de lo que pueda decir.



MAD MAX CONTRA BLADE RUNNER EN SOMALIA

La avioneta sobrevuela por segunda vez la pista de tierra junto al azul violento del océano Índico. Esta vez el comité de recepción está a la vista: dos furgonetas cuajadas de adolescentes vestidos con camisetas multicolores y pantalones vaqueros, y ostentosamente armados. La escolta. Es marzo, pero el aire arde. Por caminos de cabras y arena, entre chabolas de hojalata y casas reventadas, la comitiva corre hacia la Edad Media. Cuando los vehículos avistan un posible enemigo motorizado, los jóvenes adelantan los cañones de sus fusiles para que no quepa ninguna duda de que las armas hablarán por ellos. Esto es Somalia, el reino de los *señores de la guerra*, donde Blade Runner lucha contra Mad Max en medio del caos, la ley islámica, las mafias del Kaláshnikov y de la droga, los satélites de comunicaciones y el dólar.

Mogadiscio era una hermosa ciudad blanca, de villas coloniales y mezquitas, cuando en 1991 estalló la guerra civil, cayó el régimen dictatorial de Siad Barre y los *señores de la guerra* despedazaron el país en pequeños reinos de taifas. Dos miembros del clan hawiye encabezaron el reparto: Ali Mahdi, *presidente* interino y hombre de negocios del subclan abgal, se hizo con el norte de la capital; el general Mohamed Fará Aidid, del subclan habr gidir, duros camelleros nómadas, con el sur de la ciudad. A ellos hay que añadir otros clanes de origen hawiye, con sus

propias milicias y fidelidades cambiantes: los hawede, que controlan el aeropuerto, casi siempre leales a Aidid, y los mursade, en el puerto, fieles a Ali Mahdi. En el ceño del cuerno, en la antigua Somaliland británica, el *presidente* Abdurraman Ali Tour, del clan isaak, proclamó la independencia en cuanto cayó Barre, y al sur, un miembro del clan marehan, el general Mohamed Said Hersi, *Morgan*, se hizo con el poder. Pero son tan sólo los que más descollan de una miríada de clanes y subclanes que en muchas ocasiones no representan más que a familias armadas, bandidos que han convertido la guerra en su forma de vida.

Con ese país inexistente tuvo que lidiar Naciones Unidas y la primera potencia mundial, Estados Unidos. Más de 30.000 soldados fieramente armados fueron incapaces de: imponer la paz, desarmar a las facciones, eliminar al «enemigo de la humanidad» Aidid y formar un gobierno de unidad nacional. Después de dos años de políticas erradas, de tomar partido por unos clanes frente a otros, de gastar miles de millones de dólares, de perder a decenas de *cascos azules* y de matar a varios centenares de guerreros y civiles somalíes, la ONU y Estados Unidos han huido como alma que lleva el diablo. El futuro de Somalia es ahora la Edad Media que vuelve con un desconocido esplendor, con máquinas todo terreno que se alimentan de petróleo y vomitan fuego: las *technicals* o *Mad Max*, cargadas de jovencísimos milicianos provistos de fusiles de asalto, cananas con balas de todos los milímetros y lanzagranadas que exhiben con una sonrisa verde y suicida. En los peores momentos de la guerra nunca falta una decena de avionetas que vuelan directamente desde Nairobi con la provisión de *qat*: una droga legal que les excita y exacerba una belicosidad de pueblo a medio camino entre el África profunda y el mundo musulmán: hijos de Alá con la piel tiznada.

Mogadiscio es la capital del óxido: chatarra ambulante, furgonetas y camiones desvencijados, cargados hasta la exasperación, jóvenes y adultos que cuelgan como racimos de carne de carlingas y volquetes, milagros rodantes, sin cristales, sin puertas, sin luces y sin chapa. Una jungla en movimiento que se cruza sin cesar con las desafiantes rancheras de los milicianos y los miles de burritos aguadores, que trasladan agua en reciclados bidones de petróleo. Rebaños de camellos, cabras y vacas ramonean en las montañas de basura junto a los escombros de viviendas, ministerios, villas y palacios. La *línea verde* es un fantasmal decorado de ruinas, en el que los viajeros buscan plaza en los infernales taxis colectivos y matan el gusano ante puestecillos de agua mineral, lubricantes, Coca-cola caliente, paquetes de Camel y sobres de Omo. Es la línea divisoria entre el sur, «más liberal, donde todo está permitido, incluso el crimen», y el norte, «donde reina la *sharia* [‘ley islámica’], y a los ladrones se les corta la mano y a los adúlteros se les lapida». El asfalto es una cinta que adelgaza cada día, mientras los baches se convierten en abismos de agua negra y maloliente. La muchedumbre, habituada al caos, se busca la vida: desocupados de toda condición, bellísimas mujeres vestidas con saris rojos y azules vivísimos y niños con pistolas de juguete que fulminan a todo el mundo. Cuando cae la noche, al extranjero y al inerme más le vale ponerse a cubierto. La única luz eléctrica que ablanda la oscuridad de Mogadiscio es la de los generadores de petróleo. Un rumor que no cesa nunca.

Mogadiscio es un campo de experimentación de las guerras del futuro. Incluso hay un hotel que los dólares blanquean del desastre para que los periodistas puedan asomar sus narices, mirar el hedor de fuera y luego contarlo a un mundo ávido de olvido, enviar sus crónicas vía satélite desde habitaciones con agua caliente y aire acondicionado. Los *señores de la guerra* funcionan como mafiosos feudales, compradores de lealtades y comerciantes de armas, droga y sangre para mantener su poder sobre un pedazo de tierra árida y miserable. Ahora, los dos más poderosos, Mahdi y Aidid, andan negociando la gestión del puerto y del aeropuerto de la capital de un país que sólo es un dibujo en los mapas y hablan como políticos alucinados de un proyecto de nación que no se vislumbra por parte alguna. Viven en mansiones blancas, con buganvillas frente al océano, rodeados de mujeres hermosas y familias numerosas, protegidos por *technicals* y jóvenes leales hasta el exterminio. Un refrán habla por ellos: «Yo y mi país contra el mundo. Yo y mi clan contra nuestro país. Yo y mi hermano contra nuestro clan. Yo contra mi hermano».

Somalia tenía, sobre el papel, todos los ingredientes para configurar un modelo de Estado para toda África: habitado por una misma etnia y un idioma común (somalí) y una misma religión (la musulmana). Hoy no es más que un rompecabezas, sin gobierno, sin policía, sin tribunales, escuelas, instituciones, Parlamento, hospitales, futuro. No es extraño que en sus calles se respire un extraño vértigo de libertad. El que los jóvenes comedores de *qat*, con letales armas automáticas en las manos, experimentan a bordo de sus vehículos artillados. Son las paradojas de una floreciente Edad Media a finales del siglo xx, como la moderna central telefónica vía satélite, con ordenadores y tarjetas digitales, que una compañía con capital noruego y somalí ha instalado en la última planta del antiguo hotel Olympic. Desde allí se puede conectar con el resto del mundo en un instante mientras se contempla el azul inmaculado del cielo de Somalia sobre la espalda del Índico: el país con menos porvenir de todo un continente condenado al olvido. El cuerno de África lanzado contra su sombra. Mad Max contra Blade Runner. Una película que es una pesadilla real y contemporánea. Cuando cae la noche, desde la terraza del hotel Sahafi, la llamada a la oración de los almuédanos parece congelar el tiempo. La luna en cuarto creciente se columpia sobre el mar. Mogadiscio duerme. Su sueño es la nada.

NAIROBI

Lunes, 6 de marzo

Mañana ardiente. Es una carretera de cincuenta kilómetros hacia el sur. El conductor, un muchacho armado a un lado, otros dos detrás, un cuarto en la baca. Así corremos. Hasta el aeropuerto del *qat*. Nada de armas en su perímetro, determinado por los arbustos, la mínima floresta de tierra sin pisotear. Pero ellos esconden dos fusiles de asalto dentro. Entonces llega la hora de negociar, cuando aterrizan las primeras avionetas y los pilotos empiezan a descargar saquitos y saquitos de *qat*. Al final, a la tercera, encontramos uno que se ajusta a nuestra conveniencia: 150 dólares por

cabeza, con otras mercancías y otros cuatro pasajeros (uno en el lugar del copiloto), que hacen dudar de la estabilidad de la pequeña máquina.

Martes, 7 de marzo

Los recuerdos son como peces: admirables, pero escurridizos. Tienen vida propia, colores, una respiración incomprensible y una manera de hablar en el silencio y en la noche del agua que no se atisba por los medios que habitualmente empleamos para oír.

¿Qué se oye de Sudán a este lado de la frontera, qué todavía más lejos, donde dormimos en España, por ejemplo? Éstas son oraciones de poetas sudaneses que nos hablan al oído con cera ardiendo para que no nos dejemos aconsejar por el aparente silencio de los mapas y así nos aclimatemos al olvido. Dice Taban Lo Lyong en su libro *Nubes, cuentos, dioses, etcétera*:

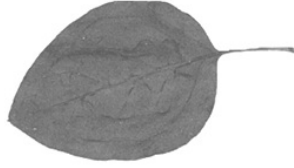
*Estuve en las prisiones, cortando la hierba con una hoz
Jueces torturadores vacíos nubes funerales
He intentado ser lo más coherente posible
Habla olvido memoria debilidad desaparece
Si vives en Juba no puedes decir que no lo he intentado
Aeropuertos iglesias clases hospitales tiendas anuncios
Si no entiendes lo que digo es culpa tuya
Palabras escritos secretos luz oscuridad
Mi mente se derrumba con la tortura
Bombillas luz electricidad testículos corriente escalofríos
Intento recomponerme a mí mismo mediante el poder de la palabra.*

Hay otros poetas que Amnistía Internacional hace hablar en medio de la noche. Como Mohamed el Mahdi Majzoub, que en su poema «Derrota... Victoria», dice:

*Dentro de mi pecho hay una radio que miente: ésta es mi patria
que ofrece a los desgraciados agua de una ilusión que huye.*

El agua baja desde el Nilo Blanco. Corremos otros peligros.

El verdadero teatro de la emoción acontece en las *casas fantasmas* que atraviesan Sudán de parte a parte. Es tanto el sufrimiento de Sudán que un millón de bombillas de colores encendidas en un arco descomunal entre el desierto que lo *une* a Egipto y la selva ecuatorial que lo *separa* de Zaire, de Uganda y de Kenia, no darían cuenta exacta de todos los que son encarcelados, torturados, asesinados y olvidados a lo largo del país más grande de África.



LODWAR

Miércoles, 8 de marzo

En medio del viaje inmóvil, tratando de cubrir en un día la inmensa distancia entre Nairobi y la frontera sur de Sudán, atravesando paisajes admirables y cambiantes: cabras, gacelas, aguacero, sol, chozas, mercados, sombras, altísimos termiteros, nubes en el gigantesco cielo. Minado por el cansancio en la noche, tratando de reconstruir las emociones, las flores rojas del camino, la tierra recién nacida de la lluvia a medida que el coche arañaba kilómetros sobre la superficie de Kenia y se acercaba a Sudán: dos convenciones acaso para siempre cargadas: de un destino a otro, de una historia que vuelve y vuelve convertida en un tren de muerte, en un bombardero, en una guerrilla, en un pueblo tras otro (como los shiluk, de Sudán), condenados a huir una y otra vez de una muerte más que segura. La noche de Lodwar es la noche de la frontera: un motel, arenas que no retienen el agua que súbitamente descarga el cielo y bares abiertos contra la oscuridad. Es el primer pueblo con luz eléctrica en los casi 300 kilómetros que van desde Kitale hasta este último mojón antes de la frontera con Sudán, aunque mañana todavía nos resten otros 300 kilómetros hasta Lokichogio, última base, donde hemos de buscar la manera de cruzar al otro lado para intentar ver, hacernos una idea del horror para dar cuenta de lo que pasa.



Jueves, 9 de marzo

El gallo de Lodwar canta como un desesperado. Antes de que los primeros dedos de la luz se abran paso en la mínima grieta del día, el gallo de Lodwar ya está dándole picotazos a la oscuridad y su desgarrido se introduce en el sueño y lo revienta. El gallo de Lodwar es como el enemigo: perfora el silencio con su garganta de púas y no deja que las palabras se acomoden. Para soñar hay que vivir. En África no dejo de soñar. Me quedan jirones de sueño en los ojos y manchas de cansancio en las rodillas y en los codos. Corrimos todo el día contra el tiempo y al final no tuve palabras exactas para los paisajes de Kenia, ni para la abundancia de la lluvia, ni para los árboles y los seres que duermen en chozas a lo largo del camino, en una soledad que el altísimo cielo no hace sino subrayar. Pero el gallo de Lodwar, que ha vuelto a cantar, no sabe todo eso.

NARUS

Jueves 9 de marzo

Será nuestra primera noche en una choza africana, en Narus, no muy lejos de la frontera sur, en la provincia sudanesa de Ecuatoria Oriental. El suelo es de cemento, hay una alfombra de caña y dos camas sólidas. El techo es de paja, pero una intrincada red de plásticos sujetos con travesaños tal vez nos proteja en caso de aguacero. Llovió ayer en Narus, apenas un poblado de la tribu taponá,

sede provisional del obispo Paride Tabán y del comandante Ciril Thomas, responsable local de la guerrilla del SPLA (Ejército Popular de Liberación de Sudán). Nuestra tienda y nuestro campamento disfrutan de privilegios de los que carece el resto del poblado: un generador que alimenta la bombilla bajo cuya luz escribo. Sentado a los pies de mi cama, un viejo cuaderno de contabilidad (Counter book) me sirve de escritorio. Gervasio ha vuelto de la *ducha*: una palangana de agua tibia bajo la luna. Como la mesa de la cena: bombillas de colores en un espacio vacío.

A más de mil kilómetros hacia el sur brillan las luces de Nairobi. A casi dos mil hacia el norte, las de Jartum. Esto es Narus, un poblado de chozas, arena, semidesértico, con desplazados de la guerra sudanesa, cabras, vacas y burros. Nuestros anfitriones nos han cedido su mejor choza, sus toallas, nos han mostrado su ducha improvisada bajo la luz de la luna y las estrellas (suelo de cemento y agua caliente en una gran tinaja), nos han ofrecido su mejor cena (pollo, arroz, chapati, cerveza, té y agua), su conversación, su suelo y su techo. Aquí estamos después de un larguísimo viaje desde la capital keniana. Atrás quedó la noche de Lodwar, las tierras desérticas de esta mañana, grandes llanuras de arena y arbustos al amanecer, camellos salvajes, pastores, chozas y poblados perdidos del mundo, termiteros gigantescos. Así hasta Lokichogio, el último lugar antes de la frontera de Sudán, donde termina la carretera. De momento, el generador ilumina nuestra pequeña choza con dos camas y una mesa y centenares de pequeños seres: mosquitos, saltamontes y hormigas voladoras son los más visibles. Hay otros afanándose a mi espalda, fabricando sus pequeñas camas entre la paja del techo y el adobe blanqueado de las paredes. Los rebuznos de un burro se sobreponen al rumor del generador. Pero hay otros sonidos de animales que no sabría nombrar ni dibujar. Al llegar hablamos con el obispo Paride Tabán, que lucha contra los estragos de la guerra santa lanzada contra el sur por los radicales islámicos de Jartum. Una araña enorme acaba de pasar a toda velocidad por la alfombra central. Será una noche inolvidable en este pueblo perdido al sur de la inmensidad de Sudán.



He aquí el decorado: la noche de África, un gran espacio despejado de maleza, varias chozas iluminadas, una mesa bajo las estrellas y bombillas de colores suspendidas de los árboles. Un lugar completamente apartado del mundo. Narus, sur de Sudán, África Central. Todos los bichos de la noche están afilando las patas para devorarnos en cuanto apaguen la luz.

Viernes, 10 de marzo

La noche africana tiene sus propias condiciones: las dicta aunque no quieras escucharlas. Así el silencio. Nada que ver con el silencio mortal de las ciudades conocidas. En Narus, en medio de la noche del mundo, un archipiélago de sonidos se despliega en cuanto la oscuridad cuaja sobre las chozas: pájaros agazapados en las ramas empiezan a festejar la noche, y centenares de burros se saludan de un lado al otro del pueblo.




Pluma de gallina de Guinea

El mundo por escribir. Retratos, piedras, voces. Ahora es nunca: la tarde, el viento que entra a aliviar el peso del tiempo en esta choza habilitada para comer, escribir, protegerse de la intemperie, ser un poco, retener la velocidad y la muerte segura de las emociones. ¿Cuántas horas son necesarias para llegar aquí? Salimos el miércoles a las ocho de la mañana de la sede de Médicos sin Fronteras en Nairobi. El coche, un Land Cruisier, magnífico. El chófer, Sammi, silencioso y seguro. Tardamos en arrancarnos del tráfico denso de la capital de Kenia. Pero yo no sabía nada, aunque pudiera sospecharlo. Como la vista sobre el valle del Rift de camino hacia Lokichogio, un punto perdido al norte, cerca de la frontera con Sudán, nuestro destino elegido. La tierra sudanesa. Un misterio. Habrá muchos otros. Como las cabras, los campos cultivados, la tierra arcillosa, las llanuras, las montañas escarpadas, los poetas africanos y la lluvia. Corro bajo el aguacero. Me adentro en su aroma fuerte y vivificante. Sólo en África llueve con una violencia tan apasionada. Voy en la parte trasera, con mis pensamientos. Dejo que la lluvia me empape la cara. Cautelas, devoción de los oídos y los ojos atentos, aprender África en lugares remotos y olvidados como este Narus. El aroma de incienso e infancia de la tierra súbitamente encharcada. Sólo en África y en la infancia sabe llover así. Como ahora, esta tarde tórrida de Narus, cabañas rodeadas de llanuras arenosas, prolegómenos del desierto, árboles que resisten milagrosamente verdes durante todo el año, como los hombres y mujeres de la etnia toposa (los turkana del lado keniano de una frontera tan artificial como muchas otras). Cabañas altas como palomares, como hórreos, para guardar el grano y otros alimentos. Refugios bajo tierra para guarecerse de las bombas que los Antonov lanzan a ciegas desde el altísimo cielo de Sudán. La tarde cae. Como ayer, cuando corríamos hacia Lodwar: camellos abrevando en los ríos instantáneos, cruzándonos con sombras humanas, soledad que jamás seremos capaces de penetrar, termiteros de cinco y seis metros, raros monumentos del norte de Kenia, sucediéndose, copiosos, falos de barro que una muchedumbre de insectos amasa durante décadas de silencio. Así los hombres y mujeres que encienden fuego al atardecer. Aquí, la arena reina y la vida se hace más ardua, más difícil. Burros, camellos, cabras. Pastores. Nómadas. Hombres con los que no nos paramos para hablar del mundo. Hasta que lo hacemos. El silencio del paisaje, oculto por el coche lanzado a toda velocidad contra un punto en el espacio, se revela en toda su falacia: miríadas de pájaros hablando al mismo tiempo mientras los termiteros se vuelven más solemnes y los árboles más elocuentes. Voces. Por la carretera avanza una niña. Hermosa, con los pies y los pechos desnudos, aros en las orejas, en el cuello, en los tobillos. No quiere ser fotografiada, pero nunca deja de sonreír. La noche corre a nuestro lado. Estamos en tierra de aguas súbitas. Señales inéditas: camellos sueltos, corrientes de agua. La carretera baja repentinamente, se convierte en cauce de un río fugaz y vuelve a su nivel primitivo. Así una y otra vez. Son vados naturales, no puentes

artificiales. La luz comienza a escasear, hablo de ahora, escoltado por gallos sobresaltados que luego, en medio de la oscuridad y en las primeras estribaciones de la madrugada, cobrarán mucho valor. Lodwar es tierra de frontera. Pero la recepcionista del *lodge* es bromista y generosa. Hace calor en el *cottage* número VI, en números romanos, que nos asigna sin saber que un gallo frenético boicotará nuestro sueño como una guerrilla feroz. Pasa un hombre con un recado de fuego mientras la luz empieza a disolverse, se granula, se vuelve casi táctil y hace más arduo ver la escritura, pensar lo que se escribe: jeroglíficos en un cuaderno azul para evitar el completo extravío de la memoria. A Lokichogio llegamos después de estirarnos por la pista azul de la mañana. ¿Qué es lo que veo desde aquí? Tierra pisoteada, ningún vestigio de hierba, caminitos marcados con piedras clavadas en el suelo, cuatro cabañas de adobe con techos cónicos de ramas y paja (una pintada de blanco y con la puerta verde), una gallina blanca, un grupo de hombres sentados a la sombra de una de las cabañas, una barrera de maleza a lo lejos, un niño que grita, el canto de un grupo que no vislumbro, gente que pasa en la lejanía, tras la empalizada de maleza y, cerrando el horizonte, montañas bajas y casi peladas. Atardece. Empiezan a cantar los grillos. O como se llamen aquí. Lokichogio cambió de fisonomía tras el arranque de la operación de ayuda a Sudán: las grandes tiendas blancas de las organizaciones humanitarias parecen carpas de un circo irreal. Hay profusión de vehículos blancos, y blancos que se entrecruzan con los indígenas, semidesnudos, tocados con intrincadas artesanías, brazaletes, collares, prendas opacas. Abundan los charcos de una lluvia reciente y en el aeródromo, con la carpa más circense de todas, hay tres aviones blancos aparcados. Nos dan de comer en el limpiezimo y espacioso comedor general de las organizaciones humanitarias. Tanto olvido al otro lado del mundo. Lokichogio, como tantas otras cosas aquí, es un milagro de barro en tierra de frontera. La gente de Norwegian People's Aid ('Ayuda Popular Noruega') nos facilita el transporte prometido. Antes hemos mostrado nuestros salvoconductos al delegado del SPLA y hemos sellado nuestro pasaporte en la oficina de inmigración keniana, vecina al aeropuerto. El asfalto desaparece de inmediato, kilómetros antes de internarnos en territorio sudanés. El conductor se lanza a toda velocidad contra un grupo de plácidas gallinas de Guinea. Aquí conservo una de sus hermosas plumas. Ellos las llaman «nuestra cena». La frontera es una aduana de hierro (un tubo entre dos horquillas de madera) bajo control de la guerrilla. El Gobierno de Jartum no existe más que en tres o cuatro ciudades sitiadas y a muchos kilómetros al norte de Ecuatoria Oriental. Llegamos a Narus con buena luz y, tras dejar nuestro pequeño atado en la choza que nos han asignado, partimos en busca del obispo Paride Tabán, que nos habla de la guerra y sus estragos sin perder ni la esperanza ni el humor, mientras la luz se pone a sus espaldas. La tarde toca a su fin. Los burros se preparan para llorarla. Los toposa encienden sus fuegos. También para ese fuego escribo. Y para los cuchillos incandescentes con los que marcan su piel: plantas, flores, sombras, signos animales. Lo que vemos y lo que no acertamos a ver.

1995
NO. 589

TRAVEL PERMIT
(BY AUTHORITY OF THE SPLM/SPLA)



Surname ARMADA
 Other Names ALFONSO
 Nationality SPAIN
 Sex M Occupation JOURNALIST
 Place and Date of Birth VIGO 1/12/SEP 1958
 Country of Residence SPAIN Domicile _____
 Passport No. 36027197 Place and Date of Issue MADRID 10/11/88
 Name of Organisation for Which Traveller Works NPA
 Purpose of Visit REPORTING FOR NEA PROJECTS
 Places to Visit NARUS, PARIANG, NATINGA, NIMULE, KAPOETA
 Port of Entry into Sudan MARIDI, NIMULE, NARUS, KAPOETA, LABONE, NIMULE
 Port of Departure from Sudan MARIDI, NIMULE, NARUS, KAPOETA, NATINGA
 Means of Transport AIR/ROAD
 Period of Visit, From 8/3/1995 To 8/4/1995

Salvoconducto de la guerrilla sudanesa

Sábado, 11 de marzo

La noche inmóvil. La brisa aleja a los visitantes indeseados. Eso espero. El doctor Ajak mató ayer un escorpión a menos de un metro de mis pies casi desnudos. No he tardado en compartir la costumbre local. Sobre todo después de un largo día de ver cómo se me fríen los pies dentro de las mismas botas que compré para la Unión Soviética. La noche en chancletas. Como muchos de los soldados y oficiales del comandante Elijah Bihar Kual, de 34 años, encargado del frente este que rodea Kapoeta, una de las pocas ciudades que el Gobierno radical islámico de Jartum mantiene en la provincia de Ecuatoria Oriental. El comandante tiene 34 años, gorrito colonial británico, pistola al cinto en cartuchera marrón, bastón de mando, uniforme de campaña del ejército sudanés y la altura que suele gastar su etnia: es dinka. Cuando sonrío estropea la dignidad de un oficial del SPLA, pero todavía puede ofrecer un aspecto más lamentable cuando saca de la maleza una calavera de un enemigo muerto hace dos años. Al margen de eso, su amabilidad y su porte son exquisitos, también cuando niega sin dudar las acusaciones de atrocidades y violaciones de los derechos humanos que le endilga Amnistía Internacional: no a él propiamente, sino a muchos mandos del SPLA. En cualquier caso, no deja de sorprender, después de dos horas de caminos de cabras hacia el norte (desde Narus hasta Bunio, en las cercanías de Kapoeta), el gran número de jovencísimos guerrilleros que integran las filas del SPLA, y que aprovechan los descansos del combate para asistir a clases de matemáticas, inglés, ciencias, religión y bellas artes, en esta auténtica guerra del fin del mundo. Olvido de África que se redobra en Sudán.

Hemos acercado la mesa de la cena a este árbol viejo del que han colgado un tubo fluorescente. Hemos invitado a un joven compañero, que estudiaba aprovechando unas hebras de luz, a que se acerque a nuestra mesa. Ahora estudia al otro extremo y musita en voz alta sus deberes.

LOKICHOGIO

Domingo, 12 de marzo

Por caminos de la selva sudanesa, intrincados, embarrados, donde casi nadie se aventura. El largo camino entre Narus y Natinga bajo un sol implacable. Si abro los ojos no sé lo que veo. Si los cierro no consigo conciliar el sueño. La puerta de la choza permaneció abierta toda la noche: para que entraran la brisa y los sonidos disueltos en la oscuridad. Imposible diferenciarlos todos: una o dos chicharras de hierro, un pájaro de alegría falsa y melancólica, un burro al que parecía que estuvieran sodomizando con una lanza, un lejano coro de onagros solidarios y afónicos y, ya más cerca, sobre la misma techumbre de la choza, otros dos sonidos distintos: una sombra que hoza y avanza, otra que llama con la punta de la uña o martillea. La primera sombra, gracias a la linterna, parece pertenecer a una rata. Sus patas se imprimen levemente en el plástico antes de desvanecerse. La segunda es más misteriosa. Ambas volverán a su tarea en cuanto el haz de la linterna las olvide. Así no hay forma de dormir: el miedo a que la rata acabe colándose por un hueco del plástico y caiga sobre la cama, y el angustioso concierto de burros que ni siquiera en las primeras horas de la madrugada parecen encontrar consuelo. En Narus, la noche de África es cualquier cosa menos el silencio. Sudán mantiene a salvo su misterio. Abrimos puertas que conducen a otras puertas que conducen a otras puertas y vemos sombras que se refieren a otras sombras, sobre un gran telón silencioso de sufrimiento humano. Digo que las palabras sirven, y que por eso, contra toda esperanza, las sigo empleando.

Lunes, 13 de marzo

Una u otra voz. Dentro de mí. La noche acostada, como una piedra, entre mis sienes. Me siento mal. Aplastado por el cansancio. ¿Ahora? Bebo agua de mar para combatir la deshidratación causada por el sol de Sudán. ¿Y si fuera malaria? Bebo y bebo y ni la noche ni el malestar se extinguen. ¿Cuántos, a esta misma hora, sin una pluma entre las manos o entre los dientes, están todavía peor? Escribo para seguir bebiendo, seguir despierto: para resistir el peso de la noche africana.

Martes, 14 de marzo

La agonía parecía no tener fin. La enfermera me dio agua de mar para atacar una posible insolación. Beberse un litro y medio fue un suplicio. Pero lo peor estaba por comenzar. Los músculos de los brazos y de las piernas, la cintura y la espalda, y sobre todo la cabeza eran un compendio de puro dolor. La noche era ardiente y el dolor se agudizaba a medida que pasaban las horas. En vano trataba de imaginar figuras geométricas de caña para repartir el sufrimiento y adormecerme. Apenas cerraba los ojos, un formidable concierto de sádicos se ponía a martillar la noche con toda su furia: insectos con alas de acero, pájaros con pico de hierro, asnos lujuriosos, todos se excitaban mutuamente en oleadas de ritmo feroz que mi dolor multiplicaba sobre los oídos. Entonces empezó otro calvario: el agua salada empezó a carcomer las costas de un estómago vacío. El camino desde la cama hasta el retrete eran cincuenta metros sobre grava,

iluminados por la luna y un enfermizo fluorescente amarillo. Paso a paso, con una lentitud exasperante, con miedo a caer desvanecido, avanzaba hasta las letrinas: tres a elegir, cabinas de hojalata con un agujero practicado en el suelo de cemento y dos alzas para los pies. Así una y otra vez, mientras notaba cómo el estómago se iba desmenuzando. Entonces, en la cama, me dio por buscar el pulso, y no lo hallé: ni en la muñeca, ni en el cuello, ni en la articulación del brazo, ni en las sienes, ni en las venas de los pies, ni en el mismísimo corazón. Empecé a temer por un estado de delirio y cansancio y a cantar por lo bajo. Gervasio, como siempre, roncaba, ajeno por completo a tan inútil sufrimiento. A veces, en una perversa complacencia, imaginaba que me iba, para de inmediato bracear, decidido a salir de este lamentable episodio africano. Lo peor, sin embargo, junto al concierto de metal de los animales, era la noche. Una noche sin fisuras, sin indicios de moverse en uno u otro sentido: una noche negra, que no avanzaba ni retrocedía. Cada cierto tiempo me ponía de rodillas bajo el mosquitero y espiaba la oscuridad a través de la ventana enrejada. El tiempo lo contaba por los viajes al inmundo agujero en el suelo y las veces que los bichos rompían en mil pedazos mis intentos de buscar un alivio para los dolores que me martirizaban. En dos ocasiones salí al fresco, desorientado, a sentarme en una silla frente a la noche, a ver si la claridad se adivinaba por alguna parte, y a buscar algo de líquido para la sed insoportable. Llegué a pensar que la noche se había extendido por el mundo, que África se había quedado a oscuras, consumida por sus propias desgracias, y yo en medio de ella, de esa noche perpetua. Pero llegó la claridad, puntual, con su majestuoso ademán. Otro día. Y se confirmaron las sospechas. Era malaria. Ahora convalezco. Gervasio siguió el plan previsto y esta mañana voló a Maridi, en la provincia sudanesa de Ecuatoria Occidental. Mañana espero viajar a Nairobi.

Luz de atardecer. La embocadura del escenario es un enrejado de metal, con huecos rectangulares. Cesa una música africana. Se abre y se cierra una puerta. Cruza el escenario un negro cubierto de cintura para abajo con una toalla. En la mano lleva una jabonera roja. Sólo entonces reparamos en la figura sentada a la derecha. Un blanco moribundo, sentado, que mira. Las miradas del negro que va a ducharse y el blanco que agoniza se encuentran un largo instante. Después, nada.

El patio de butacas deberá ser la cama del moribundo. El público debería sentir esa larga noche sin final, con todos los síntomas de la malaria y ningún alivio.

Un tubo fluorescente ilumina espectralmente el escenario. La verja sigue en primer término. También hay luna. El tubo, suspendido de un árbol, dibuja sombras inciertas en las ramas. Vemos al blanco levantarse y caminar muy lentamente de un lado a otro. Es joven. Viste camisa verde y calzoncillos, y calza chancletas, que provocan un chasquido insólito al golpear sobre la tierra y los caminos de grava. De fondo, todo el tiempo, un ruido ensordecedor: insectos de élitros metálicos, pájaros enzarzados en un combate de agudezas, burros crucificados gimiendo sin parar. A veces, o, mejor dicho, en un momento dado, el hombre se para y dirige, irónico, el concierto nocturno. Después se sienta. Se abre y se cierra una puerta.

NAIROBI

Miércoles, 15 de marzo

Trato de entender lo que ocurre con los pueblos. Uno a uno, los paisanos, los ojos del que mira, la voz del que pregunta, o ese ciclista que, en plena noche, como evoca el hermoso poema de Amin Kassam, pedalea por las calles de una Mombasa desierta.

Jueves, 16 de marzo

Cae la noche sobre Nairobi y me adormezco, como un animal inocente. Hasta que me despierto sobresaltado y me doy cuenta de que es el caso. La lámpara sigue encendida. Luces de posición. Visito al doctor Philip Rees y me confirma una relativa sospecha. No era malaria. Tal vez gastroenteritis. Tal vez insolación.

Esto es África, hemisferio sur, estación seca. Un cuaderno para dibujar personajes, como en el poema «Return the Bridewealth», de Okot P'Bitek, en el que se vislumbra con toda nitidez una escenografía (tres tumbas sobre las que crece la hierba), personajes (el padre, la madre cargando agua, la niña que llora sobre los libros mojados, el autor, una mujer, los soldados) y una trama insinuada llena de posibilidades de desarrollo. Como la atmósfera y el intenso drama que encierra un poema cuajado de resonancias. Lo que resta por hacer.

VUELO NAIROBI-LONDRES

Sábado, 18 de marzo

Campo de Narus. Campo del amanecer. Grandes árboles nocturnos. Patio de tierra. De las sombras brota un collar de bombillas de colores. A la izquierda del escenario, tres viejos pupitres de madera. Cuatro adultos / niños duermen con la cabeza apoyada en los brazos o en el mismo pupitre. A la derecha del escenario, sentado en el suelo, un quinto niño / adulto dibuja letras en el espacio con una barra luminosa.

JARTUM

Lunes, 27 de marzo

La proximidad del Nilo, en cuyos márgenes se acodan los ministerios, los ociosos y los enamorados clandestinos, hace de Jartum una ciudad menos polvorienta y más navegable. *Nuestro juego*, el último libro de John le Carré, que comencé en Jartum esta misma mañana, me recuerda algunos principios: las reglas del reino secreto, la necesidad de leer más y más sobre cada pequeño mundo que se pisa y, sobre todo, la fragilidad del cielo que se ama, su bóveda mudable y,

por tanto, fugaz. Ni siquiera un hábil, correoso y experimentado agente secreto está a salvo de ser abandonado. Las concomitancias entre el mundo del periodista y el del espía.

Puesta en escena de una *casa fantasma*. Polvo y calor en Jartum. Los bancos y el paseo fluvial del Nilo. Escucho. Cae la noche. Una luz dibuja las rendijas de una puerta, el vano de una ventana. Alguien gime. Noche de Sudán. ¿Qué es lo que veo, qué es lo que sé? Sigo escuchando. Asoma un hombre vestido con una túnica blanca, con un turbante blanco. Fuma un cigarrillo. Tiene una mano sobre la espalda. Al darse la vuelta, la luz que viene de dentro (de la puerta que ha dejado entreabierto) revela un miembro ensangrentado. No ha dejado de limpiarse la mano contra la túnica.

Martes, 28 de marzo

La ciudad va entregando, lentamente, sus secretos. Como esta hoja de ficus de la universidad: viejos y hermosos, algo desvencijados, pabellones británicos de ladrillo terroso. Bajo los ficus, a la sombra, los universitarios mastican bocadillos y beben Coca-cola o Mirinda. Es la hora del recreo. Gran número de mujeres en la facultad de ingeniería. Muchas son hermosísimas: el cabello negro asoma bajo el velo islámico descuidadamente colocado. No pueden ocultar que son africanas.

Las entrevistas, los recorridos, las declaraciones: la ciudad va ofreciendo el aspecto que permanece tenazmente oculto bajo el polvo ante una mirada superficial. Así, al atardecer, después de asistir a la deslumbrante esgrima dialéctica de Hasan al Turabi («el que verdaderamente gobierna el país»), como admite nuestro sudanés que habla español), bajamos al río. Nilo Azul, aún. La noche no es tan sólida como para no poder ver descender el agua oscura y blanquecina, y los contornos de la isla de Tuti, que el Gobierno, sin éxito, quiso despoblar de indígenas para poblarla de improbables visitantes. El islamismo radical —lo que quiera que ello sea— se encargó de lo demás, de ahuyentar a los improbables turistas, con la inestimable ayuda de Occidente, con Estados Unidos, como siempre, a la cabeza. Mientras tanto, John le Carré me va llenando el cerebro de mariposas inquietas, de problemas políticos, de dilemas éticos, de palabras bien medidas y de amores quebradizos como el hielo del Dniéper en primavera.

Un general se levanta tras su mesa de despacho y, jovialmente, proclama: «¿Acaso puede ser ésta la sede del terrorismo internacional, una casa común, y yo su jefe, que ni siquiera llevo cuchillo, ni pistola, ni tengo guardias aquí dentro, en mi propio despacho?». Vuelve a sentarse y repite: «Bienvenidos». Después niega, con una risotada, que Jartum obtuviera algo a cambio de la entrega del terrorista Carlos a París.

Miércoles, 29 de marzo

Buganvillas blancas de Jartum. El mundo y el tiempo se escurren entre las manos. Sus ecos, sus voces. Las voces de 400 milicianos islámicos de las Fuerzas Populares de Defensa que se

entrenan a pleno sol en un campamento levantado en el desierto. Las voces de los refugiados/desplazados del sur que habitan en un campamento de chozas de adobe levantado también en otra suerte de desierto. Como es buena parte de Sudán. Voces, ecos de una guerra muy lejana, pero cuyos estragos llegan hasta la falda de la capital. La buganvilla blanca pertenece al jardín de la sede permanente de la Conferencia Popular Árabe e Islámica, el invento de Hasan al Turabi para unir bajo una misma divisa las fuerzas dispersas del movimiento islámico mundial. Una buganvilla blanca de Jartum, que escucha y florece sin comprender. Como yo mismo tantas veces, aunque intente adentrarme en este mundo ajeno y contradictorio, zarandeado por intereses contrapuestos y perpetuamente ignorado por los ojos y los oídos del Norte. Así llego a mi última noche de Jartum: bajo esta luz negra intento encontrar un hilo conductor que me saque del laberinto.



Cuatro viejos vestidos de dudoso blanco sentados a la sombra incompleta de una pared de adobe en un campo de refugiados/desplazados levantado a 40 kilómetros de Jartum. Sobre la pared, ocre, dibujos de animales: infantiles, mitológicos, trazados por una mano tan vibrante como irregular. Llega un periodista europeo con un traductor sudanés. Al sudanés no le gustan «todos estos negros inútiles llegados del sur que le cuestan al Gobierno un dólar diario». El periodista intenta hacerse entender por medio del traductor. Pero tan sólo uno habla árabe, y tiene que explicarse a menudo escribiendo las palabras con un dedo en el suelo de tierra, polvoriento, seco. Su pequeña historia dice que huyó con su familia de la guerra, se instaló en un suburbio de Jartum hasta que las excavadoras del Gobierno les obligaron a mudarse a esta parcela del desierto. Junto a otros 75.000. «No me gustan ni Garang (el principal jefe guerrillero del sur) ni Jartum. Sólo quiero que me dejen vivir en paz». El sol cae a plomo. Dice que tiene 38 años, pero parece un sexagenario. El ruido de un coche le anuncia al periodista que ha llegado la hora de partir. Le da la mano a los cuatro ancianos y se va. Los cuatro se quedan mirándole en silencio. El único que hablaba árabe, el único que pudo contar su historia («Vine en busca de mi hijo muerto, ahogado en el Nilo a su paso por Jartum»), borra los restos de sus palabras escritas en el polvo.

David Deng es negro como la noche y no estuvo nunca en Jartum. Tiene 17 años, la cabeza descubierta, el pelo ensortijado y un Kaláshnikov en las manos. Dice que es miembro de la etnia dinka, católico, y que se alistó voluntariamente en la guerrilla del SPLA para luchar «contra la opresión de los musulmanes del norte». En el cuartel de Bunio, uno de los cuatro que cercan la ciudad de Kapoeta, en Ecuatoria Oriental, al sur del Sudán, David canta canciones patrióticas y lanza gritos de guerra bajo el sol implacable de la estación seca. No sabe nada de Haua.

Haua es 'Eva'. Haua Hasan Adam es oscura como el atardecer y no estuvo nunca en Bunio. Tiene 23 años, la cabeza cubierta con una *tarha* ('velo blanco') —que sin embargo permite ver el pelo ensortijado— y un Kaláshnikov en las manos. Dice que es árabe, musulmana, y que se alistó voluntariamente en las Fuerzas Populares de Defensa (las *milicias islámicas*) y que le gustaría «ir al frente», porque cree en la *yihad* ('guerra santa islámica'). En el cuartel de Elmarjiat, 40 kilómetros al norte de Jartum, baja de un camión del ejército cantando canciones patrióticas y lanza gritos de guerra bajo un sol que hace más ardiente el desierto en torno. No sabe nada de David.

El sur de Sudán, donde el desierto muda su piel en bosque tropical y donde los árabes dejan lugar a los negros africanos, es la nueva línea del frente: el islam empuja con fuerza hacia el sur. Una penetración religiosa que pretende hacerse un hueco en Uganda, en Zaire, en Kenia, mientras Somalia y Tanzania refuerzan su histórico rostro islámico. Ése es el argumento del altísimo dinka Elijah Biar Kual, uniforme impecable, salacot británico de sargento bengalí incrustado en el cráneo y bastón de mando que le sirve para rastrear en la floresta y recoger la calavera monda y blanca de un «hijo de Alá» y mostrarla al sol mientras sonríe con su dentadura salpicada de cráteres.

Elijah Biar es comandante del SPLA en Bunio, un campamento de trincheras, bien organizado y con armamento reluciente, poblado por centenares de jovencísimos milicianos que aprovechan las horas de asueto para aprender inglés, matemáticas y religión bajo los grandes árboles de Ecuatoria. «La nuestra es una guerra de religión contra la *yihad* impuesta por el Norte. Aceptaríamos un Sudán unido si el gobierno que se formase en Jartum aceptara nuestros derechos y no pretendiera imponernos la *sharia*».

Como muestra del liberalismo de su fuerza, manda traer un Corán y presenta a uno de sus ayudantes, un joven tímido que se confiesa musulmán. «Casi un tercio de nuestros soldados son musulmanes», dice el comandante. Al término de las clases forman ante los oficiales y cantan. Es una tropa a lo Pancho Villa, la mayoría en chancletas, pero todos con un Kaláshnikov que enarbolar en la tarde africana. Hasta tienen su pelotón de lanzagranadas: el más alto adopta una pose heroica torrándose al sol con su casco de tanquista ruso atornillado a la cabeza.

La de Sudán es una de esas guerras olvidadas que se ha cobrado más de un millón de vidas (medio millón en los últimos diez años) y ha provocado el desplazamiento de varios millones de personas, dentro del país y a través de las fronteras de Etiopía, Kenia, Uganda, Zaire y la República Centroafricana. Las malas cosechas y las sequías cíclicas no han hecho sino redoblar el

sufrimiento de la población, que Naciones Unidas y numerosas organizaciones no gubernamentales tratan de paliar desde Lokichogio, un poblachón habitado por indígenas turkana al norte de Kenia. Sudán parece un inmenso espacio muerto, coloreado de amarillo por la voracidad del desierto, que ocupa la mayor parte de sus dos millones y medio de kilómetros cuadrados (más de cinco veces la superficie de España).

Desde la independencia del Imperio Británico, en 1956, y salvo un breve periodo de tregua durante el régimen de Gaafar el Numeiry, el país ha vivido en guerra. Los orígenes de los movimientos guerrilleros actuales hay que buscarlos en los *Anyanya* ('veneno de serpiente'), una organización anticomunista y anti-musulmana formada por africanos educados en el cristianismo por los misioneros, y respaldados por jefes tribales que ya entonces luchaban por la secesión.

En Sudán, uno de los países del cinturón pobre del mundo, los árabes representan el 40% de sus 27 millones de habitantes, seguidos de los dinka, con el 12%. Son 19 grandes grupos étnicos, 597 subgrupos y no menos de 115 lenguas tribales, además del árabe y del inglés. A pesar de ser el islam la religión nacional —no en vano el golpe de Estado del general Omar al Bashir en 1989 convirtió a Sudán en el primer régimen islámico y militar del mundo—, sólo el 60% de la población es musulmana.

En las provincias del sur, Ecuatoria (Oriental y Occidental), Jungla, Alto Nilo, Lagos y Bhar el Ghazal, las guerrillas cristianas y animistas imponen su ley. Basta cruzar desde Kenia para darse cuenta de que la autoridad de Jartum no existe. La frontera, formada por una barra de hierro entre dos estacas, está controlada por milicianos del SPLA, que exigen un salvoconducto expedido por su representación en Nairobi. Pero las cosas se han puesto feas para la guerrilla, lo que explica que John Garang, antiguo oficial del Ejército de Sudán que desertó para fundar el SPLA, aceptara el jueves la oferta de alto el fuego de dos meses lanzada desde la capital sudanesa. El ex presidente estadounidense Jimmy Carter, que ha convertido su jubilación en una carrera de mediador en los conflictos que desangran el mundo, consiguió arrancar de las dos partes una tregua. Jartum ha empleado a fondo todo su poder militar y económico para aplastar a los rebeldes, aunque la guerra del sur le cuesta no menos de 130 millones de pesetas al día: un peso insoportable para su maltrecha economía. Desde 1991, en que prácticamente todo el sur estaba en manos de la guerrilla, el panorama ha cambiado drásticamente. No sólo el empleo, por parte del régimen, de aviones para bombardear campos de desplazados y enclaves civiles, sino las divisiones en el seno de la oposición armada, fomentadas por Jartum, han hecho que el campo islámico reconquistara gran número de ciudades. Pero el coste ha sido descomunal. El relator especial de la ONU y Amnistía Internacional coinciden en acusar al régimen de Jartum de cometer violaciones generalizadas de los derechos humanos, desde ejecuciones sumarias a desapariciones y torturas sistemáticas. Pero el campo rebelde tampoco está exento. Tanto el SPLA como el Ejército para la Independencia del Sur de Sudán (EISS), del disidente Riek Machar, «han explotado las cuestiones étnicas y han hecho de ellas un motivo para matar».

Haua Hasan y David Deng, dos jóvenes que no se han visto nunca, con la cabeza encharcada de

patria y religión, acaso estén condenados a matarse por Sudán si sus jefes no terminan de entenderse. De momento, ella monta y desmonta su Kaláshnikov en un cuartel de Jartum mientras él la espera en una trinchera de Bunio.

WASHINGTON Y PARÍS JUEGAN A LA GUERRA FRÍA: El cuartel general de las Fuerzas Populares de Defensa, las llamadas *milicias islámicas* que agrupan a miles de voluntarios sudaneses que se renuevan sin cesar para luchar en la *yihad*, está levantado a las afueras de Jartum, en un descampado polvoriento y achicharrado por el sol, junto al club social de la empresa Shell. El brigadier coronel Abd Elmageid Mahmud Mohamed, de 46 años, su jefe, salta como impulsado por un resorte y, entre risas, proclama: «Acaso puede ser éste el centro del terrorismo mundial? Este edificio de mala muerte». Elmageid Mahmud acusa a Estados Unidos de armar a las guerrillas del sur de Sudán a través de la frontera con Uganda.

Tras la voladura del mal llamado *socialismo real*, dos potencias aliadas, Francia y Estados Unidos, juegan su propia guerra fría en África. Sudán es la penúltima casilla después de haber identificado los cerebros de Washington al nuevo enemigo: el islamismo radical. El pretexto se lo facilitó Jartum al apoyar a Bagdad en la cruzada de la guerra del Golfo. Washington sacó a Siria (nuevo aliado frente a Irak) de la lista negra y apuntó a Sudán en agosto de 1993, y eso cuando el régimen acababa de liberalizar la economía, cumplir las indicaciones del Fondo Monetario Internacional, abrir el diálogo con las iglesias y levantar el toque de queda en la capital.

Un año después, en agosto pasado, la diplomacia francesa y sus servicios secretos, que siempre han sido partidarios de obtener influencia política y económica a cambio de cerrar los ojos en cuestión de derechos humanos, como casi todos, movió ficha. Jartum le entregó al terrorista Carlos. Elmageid Mahmud, enmascarado tras una carcajada delatora, dice que Sudán no recibió nada por el favor. Pero informes fidedignos dan cuenta de que París ha facilitado a Jartum fotos de satélite de las posiciones de la guerrilla sureña y ha prestado aviones para transportar tropas a la retaguardia del enemigo.

SUDÁN MARCA EL PASO EN EL NOMBRE DE ALÁ

África manda. Sudán no deja de ser el país más grande del continente negro. Y la geografía impone sus condiciones. Aunque el régimen de Jartum, un insólito enjuague de militares y *barbudos* islámicos, se empeñe en someter a los rebeldes cristianos y animistas del sur a la horma musulmana basada en la *sharia*, el proyecto se resiente en la misma sede del poder: Jartum. Basta ver cómo las hermosas sudanesas se ponen la *tarha* (que les deja libre la cara y a veces parte del cabello) o envuelven sus cuerpos para comprobar cómo el espíritu de África se cobra sus sensuales dividendos. La colonización británica, de la que Sudán se libró en 1956, dejó una estela de construcciones civiles (los bellos ministerios frente al Nilo y la universidad son un ejemplo),

prensa democrática y activismo político. Pero el golpe de Estado de la madrugada del 30 de junio de 1989 del general Omar al Bashir puso término a una democracia imperfecta y sentó las bases de lo que el hombre fuerte del nuevo régimen, Hasan al Turabi, llama «renacimiento islámico».

Un frigorífico marca Kelvinator, un televisor National, un ventilador y varias cajas de Coca-cola, amén de algunos rótulos con máximas islámicas, son toda la decoración del despacho de Zeineb el Naeb, de 52 años, directora de la escuela femenina del Consejo Africano de Enseñanza, levantada a las afueras de Jartum. Con profundos surcos verticales en las dos mejillas, tradicionales en la tribu norteña de gali, de donde procede, El Naeb defiende «la interpretación sudanesa del islam, que propugna la educación y la participación de la mujer en la sociedad. El papel de la mujer no se ciñe al matrimonio y al cuidado de los hijos». Las voces de las niñas que cantan o recitan saltan a la frescura de la mañana por las ventanas abiertas. En el pasillo central hay carteles con poemas, chistes, suras del Corán y figuras humanas recortadas de anuncios. En la primera aula, las niñas recitan una sura que habla del perdón. En la segunda, estudian inglés. En la pared, un mapa del islam en la época de su máximo esplendor, cuando buena parte de España era musulmana.

Como en la España de Franco, en el Sudán de Al Turabi el que no quiere ver no ve. La presencia policial es discreta y si se tiene suerte con el Departamento de Información Externa tal vez le asignen un par de acompañantes sensatos que venzan los obstáculos para acceder, al menos, a lo que se puede ver. Como un cuartel de entrenamiento de las Fuerzas Populares de Defensa, donde decenas de miles de voluntarios forjan las llamadas *milicias islámicas*. La mujer también tiene aquí su papel. Un grupo, con uniforme verde y pañuelo en la cabeza, monta y desmonta sus Kaláshnikov en cuatro minutos antes de desfilar. El campamento de Elmarjiat, levantado en un paraje árido hasta la extenuación, acoge a 400 voluntarios que marcan el paso al sol y están a punto de partir hacia el Alto Nilo. Hashim Gubara, delgado como un mimbres, 46 años y seis hijos, director de Relaciones Públicas, decidió alistarse «porque es una forma de *yihad*» y para «contribuir a la reconstrucción del sur devastado por la guerra». En los campamentos los reclutas son entrenados durante 45 días para después ser enviados al combate o la retaguardia. Si proceden de una empresa privada, ésta les paga el sueldo durante tres meses. Si es un funcionario, el Estado se hace cargo de su salario. Si sus servicios son requeridos durante más tiempo, el Estado corre con los gastos.

Los sindicatos libres han sido borrados tanto del mundo laboral como del universitario, donde las mujeres son legión: hasta el 60%, incluso en facultades como Ingeniería. Sudán contaba con el partido comunista mejor organizado y más nutrido de África; hoy, como toda la oposición, está fuera de la ley. Abdelwahab Elsauí, antiguo primer secretario de la desmantelada Embajada de Sudán en Madrid, sostiene que «los partidos políticos en Sudán han traído muchos problemas» y que «la transformación hacia el islam no se está haciendo por la fuerza». Aunque admite que la *sharia* es el modelo legal, desmiente que se apliquen las amputaciones o las flagelaciones públicas. Amnistía Internacional tiene la certeza de que han sido dictadas sentencias de

amputación, pero no de su ejecución. Elsawi niega que el régimen haya acogido a terroristas —«sólo tenemos refugiados»— y dice que el discurso radical de Al Turabi no es el del Gobierno. Elsawi es ahora jefe de la Comisión de Relaciones Exteriores del Parlamento Sudanés, un edificio indigno del emplazamiento que ocupa: uno de los mejores escenarios de Jartum, donde los dos Nilos (el Blanco y el Azul) se encuentran.

En Omdurmán (la continuación natural de Jartum hacia el norte), una extensísima ciudad de casas de adobe y ladrillo, las lápidas de un cementerio junto al camino amenazan con sucumbir ante una fiebre de polvo. Los burritos aguadores se abren paso en un mercado lleno de voces, hasta que el almúédano llama a la oración y mientras unos se postran hacia La Meca otros siguen con sus tratos.

Es difícil y arriesgado buscar disidentes en Jartum. Un taxista es el único ciudadano que, entre dientes, admite que «desde que llegaron los *barbudos* Sudán ha empezado a decaer». Su padre, que sirvió bajo el régimen colonial británico, aún añora aquellos tiempos. Los informes de organizaciones como Amnistía Internacional, Human Rights Watch o el relator especial de la ONU no dejan lugar a dudas: las violaciones de los derechos humanos son continuas y abarcan desde ejecuciones sumarias y detenciones arbitrarias (en casas fantasmas: prisiones secretas esparcidas por todo el país), a torturas sistemáticas de opositores y hasta casos de tráfico de esclavos negros vendidos para servir a sus señores musulmanes. Como en los peores días del pasado. Abubaker Yasin Elshinguiti, secretario general de Información Exterior, no admite ni la menor imputación: «Se trata de una campaña contra el islam como forma de vida».

La mano de hierro del régimen se ha posado reiteradas veces sobre los que huyendo de la guerra dieron con sus reales en los suburbios de Jartum. Las propias autoridades admiten que cuatro campos acogen en la región de la capital a unos 700.000 desplazados, pero niegan tajantemente, por boca de Mohamed Zein Elaabden Ali, subdirector de la Administración General de Desplazados, que sus casas hayan sido derribadas y sus inquilinos trasladados a la fuerza: «Vivían en basureros y el Gobierno les persuadió para que se fueran a lugares más saludables». Amnistía Internacional no piensa lo mismo: «Entre agosto de 1993 y julio de 1994 se demolieron las casas de 160.000 personas». El campo de Jebel Aulia, 40 kilómetros al este de la capital, es uno de estos centros de «asentamiento y tránsito» levantados en medio de un erial sin límites. El ejército custodia la entrada. «A mí no me importan ni Garang ni Jartum. Lo que quiero es que me dejen vivir en paz», proclama Mohamed Deng, un viejo de 38 años, dinka del sur, que sólo quiere que todo acabe para volver.

En Jartum la vida sigue. Una capital desarticulada y polvorienta, con un tráfico nutrido en el que abundan Mercedes y Toyotas relucientes, coronada de antenas parabólicas y en la que impera la ley seca. Ni una cantimplora de seguridad se le permite al viajero, ni en los hoteles hay manera de proveerse de una simple cerveza, aunque siempre hay caminos subterráneos si a uno le gusta el riesgo y la necesidad apremia. Las discotecas han sido cerradas y ni siquiera en las bodas corre el alcohol, aunque las jóvenes aprovechan para liberar su cabello y vestir prendas atrevidas. Justo

en Jartum, el Nilo Blanco, que baja del lago Victoria, y el Nilo Azul, que arrastra el limo de las cumbres de Etiopía, se encuentran para convertirse en el gran río africano. Tal vez su caudal explique buena parte de las paradojas que encierra una ciudad que el régimen quiere servir a Alá mientras el humor de África perfuma el aire.

HASAN AL TURABI, EL «PAPA» DEL ISLAMISMO RADICAL: La capital sudanesa fue por unos días capital del integrismo islámico mundial gracias a los buenos oficios de Hasan al Turabi, padre fundador de la Conferencia Popular Árabe e Islámica, una suerte de internacional islamista que tiene en Jartum su sede permanente. El *papa* del islam está decidido a hacer de Jartum una nueva Meca, en contraposición a la de Arabia Saudí, un país al que acusa de traición por haberse entregado al *enemigo americano*. Si para Washington el régimen sudanés ha pasado a engrosar la lista de Estados que financian y encubren el terrorismo internacional, para Hasan al Turabi: «Estados Unidos es el enemigo a batir», al igual que su «brazo armado, Naciones Unidas». «Al islam no se le permite luchar contra la violencia que se ejerce en su contra», recalca este islamista elegante e inteligente, al que no se le borra la sonrisa cuando citan a su régimen por agotar el catálogo de violaciones de los derechos humanos, hasta el extremo de esclavizar niños negros o crucificar opositores. En el club de la policía de Jartum, un remanso verde en la seca y polvorienta capital sudanesa, donde ofrece una copiosa cena a delegados y periodistas vestido de blanco inmaculado de la cabeza a los pies, se muestra accesible y confiado mientras baila al compás de canciones religiosas. «Este es un país libre y no queremos imponer nada a nadie», afirma frente a los reproches de la guerrilla cristiana del sur, que acusa a Jartum de aplicarles la *sharia* y un modelo árabe y centralizado.

Al Turabi, de 63 años, doctor en Derecho, educado en las universidades de París y Londres, capaz de moverse como pez en el agua entre el árabe, el inglés y el francés sin perder un ápice de ironía, fue el inspirador del golpe de Estado incruento del general Omar al Bashir en 1989, y es el verdadero hombre fuerte del régimen. El no ocupar ningún cargo da absoluta libertad de maniobra a este verdadero animal político al que le gusta sonreír en público y maquinan en la sombra. Ni siquiera parece molestarle que le califiquen como el *Maquiavelo de Jartum*. Es lo que cuece en la conferencia islámica que cerró sus puertas en el palacio de la Amistad de Jartum (estólido edificio construido por los chinos frente al Nilo) el pasado domingo: en las sesiones públicas, ante los focos, líderes islámicos venidos de todo el mundo lanzan violentas diatribas contra Occidente y su menosprecio del islam mientras el anfiteatro corea llamamientos a la guerra santa islámica. Entre bastidores, la cita de Jartum permite que grupos radicales integristas (desde Pakistán a Argelia, pasando por Egipto, Líbano y Palestina) preparen su estrategia política y militar.

LA SELVA SUDANESA, EN ARMAS

En plena estación seca, un súbito aguacero descarga un balcón de lluvia y convierte las pistas de la selva en un barrizal casi navegable. El sur de Sudán, la franja negra del gigante africano, es el territorio donde guerrillas cristianas y animistas tienen en jaque al Gobierno islamista de Jartum casi desde la independencia, en 1956. Es una auténtica guerra del fin del mundo. En Narus o Natinga, poblados de la provincia de Ecuatoria Oriental habitados por indígenas de la etnia toposa, a unos 50 kilómetros de la frontera con Kenia, el doctor Ajak Bullen Mier, de 36 años, y sus esforzados compañeros tratan de sentar las bases de un futuro país. Pero Jartum no está dispuesto a consentirlo. Una tregua acaba de ser firmada entre las partes. Pocos confían en esa brasa de paz. Aunque el Gobierno siga recuperando ciudades y bombardee campos de desplazados y posiciones de la guerrilla, es materialmente imposible que llegue a controlar por entero un territorio cuyo tamaño no se concibe ni siquiera cuando se recorre.

La tragedia de Sudán es una película de serie B; por eso, en vez de manadas de antílopes o leones sólo se atisban grandes rebaños de cabras y un pelotón de monos de culo pelado que se desvanecen en medio de la floresta reseca. Pero hay apariciones arrancadas de un sueño, como el airoso caminar de un pastor toposa, completamente desnudo pero armado con un Kaláshnikov: el gran salto adelante desde la Edad de Piedra a la tecnología de la muerte automática sin pasar por el taparrabos. Estampas de un pasado remoto que se reviven en los días y las noches de los toposa de Narus. Un poblachón a oscuras, con bombas hidráulicas para el agua y carnicerías a cielo abierto en las que las grandes porciones de carne sanguinolenta no hacen nada contra las moscas mientras esperan postor colgadas de una rama o tendidas sobre la misma piel recién desollada de la vaca que las alojó en vida.

La única luz que rompe la oscuridad de Narus es la del campamento de la pequeña organización no gubernamental Sudan Medical Care ('Atención Médica Sudanesa'). Un terreno rodeado con una empalizada, con varias chozas, almacenes para los víveres que envía el Programa Mundial de Alimentación y una orla de bombillas de colores suspendida entre los árboles. El generador obra el milagro y la luz convoca a todos los insectos del contorno y a los escorpiones, que acuden al calor de los pies de los que cenan bajo las estrellas. Cuando todo se apaga, un concierto de pájaros de acero, chicharras y burros en celo que polemizan a rebuznos convierte la noche de África en un concierto de música contemporánea. En el campamento de Narus vive el doctor Ajak, que atiende una pequeña clínica (el único edificio de piedra y cemento de Narus) y se encarga de la vacunación de niños en un radio de decenas de kilómetros. Vacunas que envía Unicef con el respaldo logístico de una organización no gubernamental noruega que se estrenó en la lejana Guerra Civil española: Norwegian People's Aid. A los 6.000 vecinos toposa de Narus se les han agregado 9.000 desplazados por la fiereza de la guerra, muchos de ellos dinka, otros nuer, otros shiluk. Los toposa son nómadas. Los hombres salen al campo con el ganado en busca de pastos y agua. En el poblado se quedan los niños, los ancianos y las mujeres: moliendo grano, tejiendo, reparando la techumbre de las chozas o fumando.

Los reveses se suceden para estos africanos del sur de Sudán que acusan a sus compatriotas de Jartum de haber renunciado a sus orígenes y de autoproclamarse árabes. Los informes de Amnistía Internacional y de otras organizaciones humanitarias, demolidores contra los métodos de Jartum, también recargan las tintas sobre las prácticas de los movimientos guerrilleros, que han convertido la cuestión étnica «en un motivo para matar». El SPLA, de John Garang, el principal grupo guerrillero, y las formaciones que se han separado de la corriente principal, como el Ejército para la Independencia del Sur de Sudán, de Riek Machar, han practicado la tortura y el asesinato de disidentes, la movilización forzosa de adolescentes y matanzas de etnias rivales.

A Natinga se llega después de horas de montaña rusa por una pista de tierra que a veces es de barro, otras arenas movedizas, otras roquedal, otras bosque y otras sabana. Natinga se levanta entre las faldas rocosas de un nudo de colinas. El sol de la seca aprieta y los desplazados se afanan durante horas en las bombas hidráulicas para arrancar un hilo de agua de pozos exhaustos. El agua escasea y la comida no sobra. La población de la aldea se multiplica sin cesar. Ya son 15.000 los desplazados que han venido huyendo de la guerra y de los bombarderos de la aviación de Jartum.

Grase Achol tiene rostro de niña, pero confiesa 25 años y tres hijas. Su frente está surcada por líneas en forma de hoja. Ella misma decidió hacérselas, «para estar más guapa», cuando tenía nueve años. Es una tradición dinka. Grase Achol lleva errando desde septiembre de 1991, cuando su casa en Bor, en la provincia de Jungla, fue destruida por un ataque de guerrilleros nuer. Su marido, que había pagado 50 vacas por ella a modo de dote, murió en el asalto. De Bor huyó a Ame, en Ecuatoria Oriental, después de caminar durante un mes. Pero el campo de desplazados donde vivía fue bombardeado por aviones del Gobierno y en diciembre de 1992 emprendió una nueva marcha hacia el sur, a Chukudum, de donde volvió a partir hacia Natinga. Si terminase la guerra le gustaría volver a su aldea, pero no sueña, y sonríe sin fuerza: «Al Gobierno de Jartum no le gustan los africanos, y sobre todo los africanos del sur».

En la clínica de la Cruz Roja erigida en Lokichogio, poblachón levantado en el lado keniano de la frontera, desde el que Naciones Unidas lanza su operación Salvar Vidas en Sudán, el fisioterapeuta colombiano Fernando Vega asiste cada día a un pequeño milagro. Algunos días a más de uno. La sección ortopédica lleva tres años funcionando. Hay meses en que fabrican hasta 50 prótesis. A la mayoría de los que llegan desde el sur de Sudán les falta un miembro amputado por una mina, o gangrenado por las infecciones. Porque los caminos de la selva son tan largos como infectos. «En dos o tres semanas, la gente camina con la nueva prótesis. Los sudaneses pesan muy poco y se adaptan enseguida a las nuevas piernas de madera o silicona. Acostumbrados a vivir en situaciones durísimas, los problemas psicológicos no existen entre ellos. No sufren ansiedad ni angustia. No se deprimen como en Occidente. Entre ellos aceptan muy bien a los lisiados y a los viejos». Fernando Vega, que ha conocido otras guerras y otras desgracias, se asombra cada día de esta capacidad africana para la resistencia y el dolor. El hospital de la Cruz

Roja en Lokichogio es un campo de experimentación del dolor, del talento de los africanos para afrontar la cara más áspera de la existencia y salir airosos.

PARIDE TABÁN, EL OBISPO ERRANTE: Paride Tabán, el obispo errante de Sudán, no tiene pelos en la lengua. «El Gobierno fundamentalista islámico de Jartum trata a todos los negros como rebeldes y considera que más tarde o más temprano deben morir». Así se dirigió a los delegados de una convención de la guerrilla cristiana del SPLA en la que pidió a las facciones guerrilleras, ferozmente enfrentadas entre sí, que se unieran frente al enemigo común. Torit, la capital de su diócesis de 600.000 almas, que casi triplica la extensión de un país como Burundi, en la provincia de Ecuatoria Oriental, al sur de Sudán, está ocupada por las tropas de Jartum, y eso le obliga a viajar continuamente: «Voy con mi cantimplora y mi tienda de campaña. Pero puedo viajar hasta 5.000 kilómetros (los que llevo recorridos en mi coche desde enero pasado) sin encontrarme con soldados del Gobierno. Sigo el mandato de Jesús, voy abriendo camino». En Narus, a unos 50 kilómetros de la frontera con Kenia, «territorio liberado», como denominan al que está bajo control de la guerrilla, tiene su sede provisional: tres edificios humildes, una huerta, un pozo y varios vehículos. Tabán, al que ayuda un grupo de religiosos europeos, dirige las tareas de construcción de un nuevo almacén.

Para el obispo —que bromea sobre su apellido: «*Tabán* significa ‘cansado’ en árabe, por eso yo nunca puedo estar cansado»— es fácil ver la opresión en el sur de Sudán, «como Moisés la veía bajo los egipcios». Sobre las denuncias de violaciones de los derechos humanos y de violencia interétnica fomentada por los grupos guerrilleros, lanzadas por organizaciones como Amnistía Internacional, admite que ha habido casos, que explica por el cansancio de una guerra de casi cuarenta años y por la habilidad del Gobierno para propiciar las escisiones entre la oposición armada. Pero la de Sudán es una guerra olvidada. «A la gente le gusta ver problemas que puede resolver, y Sudán es demasiado complicado. Sudán no tiene nada atractivo para el mundo».

El obispo Tabán, de 59 años, nacido en Opare, cerca de la frontera con Uganda, tiene claro quién es el enemigo: «A finales de febrero pasado el Gobierno volvió a bombardear con aviones Antonov desde muy alto campos de desplazados. Les acusan de dar comida a los guerrilleros del SPLA. Lo único que buscan es aterrorizar a la gente. Lo que hace el Gobierno islámico de Jartum sólo tiene un nombre: terrorismo. Están intentando tomar la frontera con Kenia y Uganda para poner fin a la guerra, pero eso no sería el final, sino el principio». Tabán está habituado a buscar protección en los refugios antiaéreos excavados en el suelo para cuando el fuego viene del cielo. De Roma prefiere no hablar, pero se ríe a mandíbula batiente cuando se le pregunta qué hace la jerarquía vaticana por sus fieles sudaneses: «Rezan mucho por nosotros».

VUELO BRUSELAS-KINSHASA

Miércoles, 17 de mayo

En O Rosal, la noche del lunes al martes, llovió de forma intensa, como recordaba de las noches de mi infancia. A las ocho de la mañana, cuando emprendimos el camino del teatro, empezó a caer agua con mayor intensidad, y así continuó hasta que llegamos al centro de Vigo. Ahora estoy lejos de aquella lluvia, pero la recuerdo con la misma nostalgia que a veces me asalta en Madrid, de esa lluvia y de la visión del mar. El mapa que da cuenta de la ruta que sigue el avión muestra que estamos a punto de besar las playas de Argelia, la costa norte de África. Estaba a punto de comenzar una escasamente concurrida conferencia de prensa sobre *Carmencita jugando* cuando una llamada esparció en mi cerebro unos gramos de inquietud y desasosiego: mi amiga Marta Nieto había conseguido localizarme en un teatro de Vigo. No supe negarme. Al término de la rueda de prensa se puso en marcha el mecanismo que explica que ahora esté volando hacia Kinshasa en busca de los efectos de un mortífero virus llamado Ébola del que apenas había oído hablar. Hay turbulencias sobre Constantina, la ciudad amada por André Gide, pero no tan grandes como las que se viven bajo sus tejados. Ya he podido leer algunas cosas poco agradables sobre el Ébola-Zaire, el más temible de los tres conocidos de esta familia de filovirus.

KINSHASA

Jueves, 18 de mayo

La tormenta tropical despliega sus poderes sobre el río Congo, la vegetación y la maraña urbana de Kinshasa. Nunca había visto llover así: con una furia tan copiosa. Los relámpagos iluminan un vasto cielo, como si Dios o un cíclope jugaran a las sombras con su mechero. Pero la ciudad ya no es un misterio hermético e insoluble: el miedo queda relegado a estorbo por el conocimiento de primera mano, aunque los mismos mafiosos de julio del año pasado siguen paseando su jeta por las cintas transportadoras y las baldosas sucias del aeropuerto. Un paraíso para el virus, como se han apresurado a señalar, con su agudeza habitual, los periodistas. ¿Acaso no soy uno de ellos? Con el Ébola, sin embargo, no ocurre lo mismo que con la ciudad: cuanto más sé de él más miedo noto crecer en mí. Es demasiado poderoso, de orígenes desconocidos y capacidad replicante y destructiva tan aterradores que comienzo a considerar como una completa locura nuestro empeño en volar a Kikwit, lugar del estallido de esta cepa de Ebola-Zaire.

KIKWIT

Viernes, 19 de mayo

A la luz de las velas, como en Sarajevo, pero en medio del calor y la humedad del bosque tropical. Ha sido un largo camino contra la burocracia, la corrupción y el miedo. No sé si hubiera

aceptado este viaje de haber tenido antes entre las manos el ejemplar rojo de *Zona caliente* que ahora comparte espacio con mis diarios y tres velas en esta minúscula mesa forrada de hule azul en medio del bosque tropical zaireño. Gracias al tesón y a la violencia verbal de Gervasio, y gracias a una suerte extraña que nos favorece cuando tratamos de acercarnos al epicentro del desastre, conseguimos aterrizar en Kikwit en un tiempo récord. Inquietante afán de aproximarse lo más posible al borde del abismo para ser testigo de lo que acontece en su interior. Pero la del Ébola es una guerra que nada tiene que ver con todas las que hemos tenido que presenciar antes.



Éste es un enemigo invisible, voraz como pocos, de origen y cura desconocidos, pirata celular que provoca el colapso del cerebro y del resto de los órganos, una licuadora implacable que convierte todos los orificios del cuerpo en surtidores de sangre. Y que no cesa de destruir y multiplicarse hasta que consigue la total aniquilación de su anfitrión, de ahí que si no consigue un nuevo *hostal* celular en el que alojarse se extingue.



La mejor cerveza zaireña

La noche está tan cuajada de estrellas como en pocas latitudes del hemisferio sur. No hay pánico en Kikwit, o al menos no he conseguido leerlo en los ojos de la gente. Mientras, en la oscuridad del jardín, transmitía mi crónica a través de la noche, grupos de cantantes y tambores repetían la misma canción de una parte a otra de la ciudad, un enclave de casi 200.000 habitantes que parece un pueblo. Todavía puedo escuchar sus voces desde mi habitación. Acaso celebren la derrota del virus, confiados, de momento, en tres pacientes del hospital general de Kikwit, donde entramos esta tarde para hablar con los doctores y mirar los rostros de los enfermos. Pero, con nuestras mascarillas en la boca y fundas de papel esterilizado en los zapatos, no pasamos del pabellón número 2, donde los *sospechosos* de haberse infectado esperan sentencia acompañados de sus familiares. Es muy tarde. El cansancio crece en mis miembros. Pero no a causa del Ébola. O al menos no de momento. No tengo ninguna prisa por morir, aunque me haya atrevido a venir a este remoto rincón del oriente de Zaire. Veremos si resulta tan *fácil* volver.

Sábado, 20 de mayo

Acaso seguimos tentando a la suerte, aunque de mi propio miedo prefiero no acordarme, porque si lo tuviera presente no estaríamos aquí, no frecuentaríamos tanto el hospital, no nos detendríamos ante las tumbas recientes y no iríamos tras los equipos de *cazadores* de virus (de enfermeros probablemente infectados de Ébola-Zaire) para *ver* cómo sacan todos los utensilios y ropas (pobre mobiliario, pobre ajuar) de la casa, queman los colchones, rocían dinteles y suelos con una sustancia química y se llevan a la víctima en una camilla que malamente portan cuatro camilleros que parecen llegados en una renqueante nave espacial: guantes de cocina de color rosa, katiuscas negras, gafas de motorista, vestimenta caqui y casco blanco. La tarde no se termina nunca. Es como si estuviéramos solos aquí.

Domingo, 21 de mayo


Escenarios para el miedo. Varios soldados de la Cruz Roja golpean a un hombre delgado vestido con un jersey azul oscuro. Los soldados llevan casco blanco con letras y cruz en rojo, vestimenta caqui y katiuscas negras. El hombre pide perdón, pero las bofetadas suenan nítidas contra su cara. Los hombres le retuercen los brazos y le hincan de rodillas en el suelo. Al cabo de un rato de gritos, le levantan y le atan los brazos a la espalda: aprietan tanto que parece un tronco al que le han amputado las ramas, como en uno de aquellos sobrecogedores dibujos de Castelao en *Galicia mártir* (estampas de la represión fascista en la Guerra Civil). Después lo suben ala furgoneta que les sirve para transportar a los enfermos de Ébola, de bruces contra el suelo, el mismo suelo que rocían continuamente con lejía y donde acaso el virus espera agazapado la llegada de una piel caliente.

ZONA CALIENTE EN KIKWIT

Kinfumo empezó a sentir molestias en el abdomen el 7 de abril. Tenía 36 años y trabajaba como técnico de laboratorio en el segundo hospital de Kikwit. El doctor René Katuiki, un médico militar experto en cirugía y traumatología, le hizo el mismo día una exploración quirúrgica. «Parecía una peritonitis aguda», recuerda ahora el pequeño y cordial doctor Katuiki en el hospital general de Kikwit. Pero las molestias de Kinfumo, lejos de esfumarse, se redoblaron. Tenía fiebre alta y diarrea. Un colega de Katuiki, el doctor Nkuku, volvió a abrirle el abdomen. Lo que encontró no le gustó: lo tenía inundado de sangre. «Pensó que la sutura estaba mal hecha. Reforzó los hilos, limpió la zona y volvió a coser. Tres días después de la segunda operación, Kinfumo empezó a sangrar por todos los orificios del cuerpo, incluidos los ojos y los oídos. Era un manantial de sangre que no cesaba. Murió a las pocas horas».

Pero ni el doctor Katuiki ni su colega el doctor Nkuku sospecharon entonces que un pirata celular se había apoderado de Kinfumo hasta licuar sus órganos, destruir su cerebro y, literalmente, reventarlo. La tumba de Kinfumo es ahora una más de las que se levantan frente a la *catedral* de ladrillo y hojalata de Kikwit, una ciudad de 200.000 habitantes a 500 kilómetros al oriente de Kinshasa, escenario de un nuevo brote del virus Ébola, el más mortífero y depredador de los conocidos.

El mismo día en que Kinfumo entregó el alma, el anestesista, la enfermera y la monja que lo habían cuidado enfermaron. Presentaban los mismos síntomas que Kinfumo: fiebre alta y diarrea. «Los tres murieron el mismo día, el 26 de abril, aunque a diferentes horas», precisa el doctor Katuiki, que todavía no se ha desprendido de las fundas de papel esterilizado con las que cubre sus zapatos para caminar por las *zonas calientes* del hospital de Kikwit, cuartel general de la lucha contra el rebrote del Ébola.

WORLD HEALTH ORGANIZATION  **ORGANISATION MONDIALE DE LA SANTE**
 AFRICAN REGION REGION DE L'AFRIQUE
 BUREAU DU REPRESENTANT DE L'OMS POUR LE ZAIRE
 TEL. : (243)21 33 496

Le copy please refer to :
 Preter de reporter la référence :

ORDRE DE MISSION

Je soussigné Docteur Abdou Moudi, Représentant a.i de l'Organisation Mondiale de la Santé (OMS) pour le Zaïre certifie que :

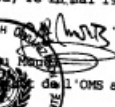
1. Monsieur GERVASIO SANCHEZ, Journaliste du Quotidien espagnol "HERALDO DE ARAGON"
2. Monsieur ALFONSO ARMADA, Journaliste du Quotidien espagnol "EL PAIS",


tous deux Ressortissants espagnols, se rendent à Kikwit dans le cadre de la lutte contre la Fièvre hémorragique qui sévit maintenant dans la Région de Bandundu.

Le But de la mission est de recueillir les informations sur l'épidémie de Kikwit pour le compte de leurs journaux.

La durée de leur mission est d'une journée à compter du 18 mai 1995.

Kinshasa, le 18 mai 1995


 Dr Abdou Moudi
 Représentant de l'OMS a.i



S.P. 1899 KINSHASA I, Zaïre Télgr. : UNISANTE KINSHASA Téléc. : 21164 (LUNDP)

Salvoconducto para Kikwit

El jefe del hospital, el doctor Bienvenu Mapanda, corrobora sus recuerdos. La coincidencia no podía ser tal. Había *algo* en el aire. Se pusieron en contacto con Jacques Muyembe, profesor de Microbiología de la universidad de Kinshasa. Señala Mapanda: «Pensábamos que se trataba de la diarrea roja», una epidemia que ha caído sobre la comarca de Kikwit al mismo tiempo que el Ébola. También enviaron muestras de sangre de los infectados al Centro de Control y Prevención de Enfermedades de Atlanta, Estados Unidos. «El 8 de mayo llegó la respuesta. Se trataba de una cepa de virus Ébola, también conocida como fiebre hemorrágica, que mata a nueve de cada diez infectados, en medio de espantosos dolores, y para el que no hay vacuna».

Para cuando dieron la voz de alarma, la epidemia estaba en su fase de máxima expansión. «Entre el 10 y el 15 de mayo es cuando la cifra de muertos se disparó», admite el doctor Katuiki, antes de abrir el camino hacia el pabellón número 2 del hospital de Kikwit, donde tres

sospechosos de haber contraído la infección comparten atmósfera con otros seis enfermos de distinta naturaleza. Es un salón alargado, maloliente y no precisamente esterilizado. Sobre un colchón infecto una enferma delira con la boca entreabierta y los ojos cerrados. El resto yace en silencio.

Los doctores Mapanda y Katuiki se cubren las bocas con máscaras de cirugía y los pies con fundas. Se detienen ante la cama de Guy Kimbaku, que tiene el pecho desnudo cubierto con un pañuelo empapado, está rodeado de sus familiares y tiene los ojos poblados de miedo. El virus se transmite a través de las secreciones humanas (la sangre, la saliva, el sudor, el semen, la orina y los excrementos) y entre los *sospechosos* de estar infectados y sus familiares no se vislumbra ni la mínima barrera de unos guantes. En el pabellón número 3, en principio inaccesible, los técnicos de la Organización Mundial de la Salud, el Centro de Atlanta y el Instituto Pasteur, encabezados por el doctor Muyembe, trataban ayer a los tres últimos pacientes llegados con «todos los síntomas del Ebola».

A la entrada del hospital general de Kikwit no hay ninguna patrulla militar o policial que disuada a los curiosos de seguir adelante. Un destacamento de la Cruz Roja, con mascarillas, batas y gafas de motorista, lava sus katuscas negras con desinfectantes y descansa de una nueva jornada de lucha contra un virus que hasta el momento se ha cobrado 90 vidas en Kikwit, Mosango (a 70 kilómetros) y Yassa Bonga (a 250 kilómetros), tres poblaciones de la provincia de Bandundu. Un tercio de los muertos pertenecía al personal hospitalario. De momento, y a pesar de los peores augurios, la epidemia no ha logrado alcanzar Kinshasa.

Los teóricos cinco cercos militares de contención y cuarentena no han impedido que hasta 3.000 personas, presas del pánico, hayan abandonado el entorno de Kikwit y llegado a cien kilómetros de una enfangada e insalubre capital de casi cinco millones de habitantes. «La epidemia está bajo control», dice el doctor Katuiki, que enarbola los diez casos de enfermos que se han curado y han abandonado el hospital como síntoma de que, esta vez, «se ha actuado con celeridad».

Justo lo contrario de lo que ocurrió en 1976, cuando los primeros brotes de Ébola (virus que toma el nombre de un río que riega tierras del norte de Zaire y del sur de Sudán) diezmaron la población de 55 aldeas. Pero entonces no brillaba en los escaparates del primer mundo un superventas titulado *Zona caliente*, un libro en el que el periodista científico Richard Preston novela el origen del Ébola, ni en las pantallas de medio mundo Dustin Hoffman aterrorizaba a los atónitos espectadores con *Estallido*, la película basada parcialmente en el libro que muestra un hipotético *desembarco* del Ébola en California.

La realidad de Kikwit es menos espectacular. El aeropuerto de una ciudad que aloja a casi 200.000 personas en una encrucijada de colinas alrededor del río Kwile es un tirante negro en medio de la floresta tropical que sirve de escondrijo a los monos, ratas y seres celulares capaces de suscitar el hambre del Ébola, un virus cuya única *misión* conocida consiste en destruir y extenderse. Chozas cubiertas con tejado de hojalata y apenas dos larguísimas avenidas asfaltadas

dibujan la cruz en cuyos cuadrantes la vida se arracima. Palmeras por doquier, vehículos desvencijados y una población que lleva el pánico inscrito en el rostro. En los arcones, a las puertas de las viviendas, pequeñas farmacias para seres humanos y animales, peluqueros, despiojadores que aprovechan la frescura de la tarde para aplicarse sobre las cabelleras crespas, jugadores de fútbol, vendedores de carburante, jabón, cerillas, medias, legumbres, Coca-cola y cerveza Primus o Skol.

Nada revela que Kikwit esté viviendo una mortífera epidemia si uno mira a los ojos de la gente, salvo por un pequeño *síntoma*: nadie se da la mano. La tradicional cordialidad africana se muestra aquí de otra guisa, por los ojos y por las palabras. Pero nada de darse la mano a diestro y siniestro. En todo caso, si alguien no puede pasar sin tocarse, dobla el brazo y los codos se juntan un instante por su vértice. En el hotel De la Valle, el mejor de la ciudad, un generador alumbró el jardín, espanta uno de los cielos más cuajados de estrellas del hemisferio sur y permite que la voz de Sade endulce la noche mientras los parroquianos trasiegan descomunales botellas de cerveza Skol y dan cuenta de filetes guarnecidos con banana. Mientras en el hospital general un puñado de médicos trata de estrangular el Ébola, la vida sigue en Kikwit.

El nuevo ataque del Ébola, un virus que para el autor de *Zona caliente* representa «una venganza del ecosistema tropical degradado y atacado por el hombre», no es más que una gota de terror en medio de un continente arrasado. Un informe de Naciones Unidas señala que 40 millones de personas serán infectadas de sida en lo que resta de siglo. Antes del año 2005, no menos de 11 millones de africanos morirán a causa del síndrome. Y no conviene olvidar que la llamada *autopista del sida* tiene su origen en Kinshasa y atraviesa la cintura tropical del continente de parte a parte. En diez países africanos, la esperanza de vida, uno de los más precisos indicadores del desarrollo humano, decrecerá todavía más en los próximos años: una esperanza que en buena parte de África central no supera los 46 años. Una existencia demasiado terrible en la que las epidemias no son más que la otra cara de las guerras civiles y las luchas étnicas que raramente ocupan los titulares de la prensa internacional que tanto se ha excitado por el olor de la sangre del Ébola. Kikwit está a punto de volver al olvido, como Zaire, un país cinco veces más extenso que España en el que el dictador decano del continente, Mobutu Sese Seko, aupado por las potencias occidentales para detener el avance del comunismo hace treinta años, vive a costa de la miseria de su pueblo sobre una de las tierras más ricas del globo.

KINSHASA

Lunes, 22 de mayo

Atrás quedaron las interminables cinco horas de espera en el aeropuerto de Kikwit. Y tantas otras pesadillas vividas intensamente en apenas cuatro días. El sufrimiento va a seguir, indistinto y

olvidado. Vengo a leer pequeños fragmentos de historia inscritos con tinta borrosa en la espalda de los que sufren y no conocen la escritura o no tienen donde aventarla, como no sea a lomos del humo denso y blancuzco de sus fogatas, de sus pucheros y de sus cadáveres, los que se niegan a quemar aunque les vaya la vida en ello. Escucho los latidos de mi propio corazón. Si al menos escribiera así. Ella está conmigo, puedo verla, tendida junto a su río y el mío, mientras el viento extiende su canción triste entre los árboles, como un niño al que un virus cruel arrebató los padres y arrancó del resto de los suyos. Como Maradona, que jugaba al fútbol ante el hospital de Kikwit. Como tantos otros a los que perseguirán sólo perros de olvido.

A LA CAZA DEL ÉBOLA

A la mujer, de unos treinta años, puro hueso, apenas cubierta por una túnica, le tiemblan los labios, agrietados, violáceos y negros, como si hubiera estado mascando café molido. Restos de los vómitos que además de la sangre arrastran fragmentos de las paredes de la tráquea y el estómago, que han comenzado a desprenderse. Tiene la mirada fija y perdida en el más allá, como si hubiera empezado a sufrir apogones en la corteza cerebral, como si quisiera sujetar el alma y notara que se le escurre entre los dedos. El virus Ébola-Zaire, el más letal de los conocidos, se ha apoderado de sus células y pronto sus órganos serán pasto de la licuefacción y la sangre empezará a manar por todos sus orificios: la nariz, los ojos, las orejas, la boca, los pezones, el sexo y el ano. El Ébola es implacable. La mujer acaba de ser localizada por el equipo del coronel médico Christophe Nsukami-Tzaki y trasladada al pabellón número 3, el de los condenados, del hospital general de Kikwit, un poblachón de casi 200.000 almas en el interior de Zaire.

El centro logístico de la Cruz Roja está instalado en una escuela sin ventanas. Presidente, secretario y colaboradores se sientan ante viejos pupitres de madera. Allí organizan las tareas de los nueve grupos de voluntarios locales, dotados de un automóvil, una motocicleta y dos bicicletas. A partir del material enviado por Kinshasa han elaborado sus ingenuos y eficaces folletos informativos, y de dos en dos han recorrido las casas de Kikwit: advirtiendo del virus, las vías de contagio y las formas de prevención. A las tres de la tarde llegan los ojeadores con las fichas de posibles nuevos casos. La información es entregada al coronel Nsukami, que pone a su unidad de intervención inmediata en marcha.

La furgoneta blanca de patente japonesa abandona el asfalto, la vía maestra de Kikwit, el bulevar del mariscal Mobutu (treinta años de gobierno autoritario, un auténtico decano de la corrupción y la tiranía en África), y se interna hasta donde puede por una pista de tierra donde gallinas, polluelos y perros huyen despavoridos mientras brota una muchedumbre de curiosos que sigue a los *extraterrestres* como si de una fiesta se tratara. Harían reír si no fuera porque en su misión se juegan la vida. Casco blanco con letras rojas, gafas de motorista, mascarilla quirúrgica, camisa y pantalón caqui, katuscas negras por debajo de la rodilla y guantes rosas de cocina. Así van *disfrazados* los cuatro camilleros que acompañan al coronel Nsukami. Cuando el camino se estrecha, todos echan pie a tierra. Los voluntarios, que portan una vieja camilla del ejército

estadounidense, y el desinfectador, con bidón de lejía y pulverizador, siguen a Nsukami, que camina con garbo y decisión armado con un fajó de folios en la mano.

La casa es como todas, de adobe, con tejado de paja y de hojalata, un par de palmeras y un patio-corrál de tierra pisoteada y gallinas tan estúpidas como en cualquier otra latitud del mundo. Jóvenes de todas las edades toman posiciones al borde de la *finca*. Tan curiosos como atemorizados, se suben la camiseta para taparse boca y nariz en un gesto inútil: el Ebola-Zaire no se traslada por el aire como el virus de la gripe y un tejido común no impediría su paso. Mientras el coronel interroga a los familiares del enfermo, al otro lado, en las casas vecinas, la vida sigue: bajo un limonero, una madre amamanta a su cría y otra baña a su retoño en una bañera anaranjada, mientras los pucheros calientan la mínima cena de la familia siempre numerosa. El humo de carbón y acacias africanas se adueña de la tarde.

Los enseres de la casa señalada con una equis imaginaria son sacados al patio por los camilleros. Apenas tres sillas, dos colchones de esparto, algunas ropas, cuatro o cinco cazuelas, un rastrillo rudimentario y un machete mellado. Un anciano con muletas asiste a la operación en silencio, como si la fatalidad fuera parte indistinta de la vida. El rociador baña con lejía el dintel y toda la casa. Los camilleros se adentran en el interior sin luz y sacan a una mujer a la que le tiemblan los labios como si supiera que va a morir. Su hija, que ha estado llorando en silencio sentada en una silla, se levanta como impulsada por un resorte y comienza a gemir en voz alta. La enferma hace un gesto con el brazo extendido, como si quisiera dar una última instrucción antes de partir. La muchedumbre se retira unos metros como presa de una ola de terror invisible. Mientras los camilleros hacen equilibrios por los estrechos caminos, seguidos por la hija doliente y los divertidos curiosos, el coronel Nsukami supervisa la quema del colchón de la condenada y de sus ropas. Mientras los camilleros trasladan a la enferma al hospital general, donde quedará ingresada en el pabellón de la cuarentena, el coronel da órdenes y consejos a la familia. Cuando regresen los miembros de su unidad, volverán a repetir la operación hasta que la noche se eche encima.

No muy lejos, en el pequeño cementerio frente a la *catedral* de ladrillo y hojalata, los muertos del Ébola se aprietan en silencio, bajo sencillas tumbas de tierra todavía suelta. Acaso el virus apure las últimas células antes de extinguirse víctima de su propia voracidad. Sobre la tumba de Kafuti Kuba, muerto el 8 de mayo, una sencilla cruz, una palangana, una tartera y una tetera: para el tránsito a la otra vida. Al otro lado del camino, un músico melancólico mece su acordeón mientras un muchacho le acompaña con la voz. Las nubes se arremolinan. La noche adelanta su sombra rápida sobre los tejados de Kikwit, la nueva capital del Ébola. Ojalá llueva, porque el calor del trópico derrite la voluntad, y el virus asesino acecha.

MEJOR UN TIRO EN LA CABEZA: El coronel médico Christophe Nsukami-Tzaki, grandes patillas puntiagudas, cordial y de baja estatura, responde al prototipo del militar zaireño. Como miembro de uno de los ejércitos peor pagados del mundo, y por tanto más corruptos, desliza la especie de que acaso el riesgo que corre y sus declaraciones merezcan una compensación

económica. Se trata sólo de una sutil sugerencia que se queda en eso en cuanto se le pregunta si lo que pretende es cobrar por sus palabras. Pero lo que le sobra es valor. A sus 48 años se enfrenta a la misión más peligrosa de toda su vida. Él, que ha conocido el silbido de las balas en combate, asegura sin ambages: «Preferiría morir de un tiro en la cabeza que de una infección de Ébola». Cuando llegó de Kinshasa, el 9 de mayo, al día siguiente de que un laboratorio de Atlanta confirmara que la epidemia que hacía estragos en Kikwit era un brote del mayor depredador viral conocido, «la desorganización era total». Creó dos unidades de intervención rápida con voluntarios locales, una furgoneta y un camión: «Para retirar muertos y para localizar enfermos». Mientras los organismos internacionales de apoyo cuentan con vehículos todoterreno, teléfonos vía satélite y agua embotellada, él y sus hombres van pobremente armados contra la amenaza invisible. «El 13 de mayo recogimos 13 cadáveres reventados por la acción del virus, después de trabajar desde la mañana a la noche». Aunque espera un repunte de la epidemia esta misma semana, cuando se empiece a manifestar la enfermedad en quienes estuvieron en contacto con infectados antes de que se diera la voz de alarma, cree que el virus ha sido contenido. Lo que sí tiene claro es que cuando regrese a Kinshasa, con su mujer y sus seis hijos, se pondrá a sí mismo en cuarentena. Por si las moscas.

LA SEGUNDA CRUZADA DEL DOCTOR MUYEMBE: «No existen ni medicamentos ni vacunas contra la fiebre hemorrágica viral. El único tratamiento es la prevención». La prosa de Jean Jacques Muyembe no se anda con contemplaciones inútiles. Profesor de Microbiología de la Universidad de Kinshasa, Muyembe es presidente del Comité Internacional Técnico y Científico creado en Kikwit para combatir el nuevo brote del virus Ébola-Zaire, el más letal de los conocidos: mata a nueve de cada diez infectados. Muyembe tiene 53 años y es un experto en el virus que se ha cebado en su país en dos ocasiones.

A la sensibilidad de Muyembe, cuya labor ha sido reconocida por los organismos internacionales, se debe que esta reaparición del Ébola no haya sido tan mortífera como en su estreno, cuando en 1976 diezmó una cincuentena de aldeas en el norte de Zaire y provocó casi 500 muertos. «Entonces llegamos demasiado tarde, pero el virus acabó por extinguirse sin dejar huella». Misteriosas apariciones y desapariciones del Ébola que ha llevado a imaginar a algunos jóvenes inquietos de Kikwit que acaso alguien esté jugando a la guerra bacteriológica con ellos.

Aunque la confirmación de que era Ebola llegó de los laboratorios del Centro de Control de Enfermedades de Atlanta el 8 de mayo, cinco días antes Muyembe y el técnico de laboratorio que se había desplazado con él a la *zona caliente* ya tenían la casi certeza de que lo que estaba matando de forma atroz en Kikwit era una nueva salida del virus.

Los síntomas coincidían con lo que Muyembe había podido ver con sus propios ojos hacía casi veinte años en su misión de Yambuku. «Es difícil decir que la epidemia está controlada. Seguimos sin saber dónde *reside* naturalmente el virus, si en un animal de sangre caliente o en un insecto», admite con un punto de frustración.

Como el coronel Christophe Nsukami-Tzaki, el profesor Muyembe espera que esta semana se produzca un repunte de la epidemia, «porque todavía quedan por aparecer los que manipularon cadáveres hace quince días. Tanto en Kikwit como en Musango (a 100 kilómetros) seguimos teniendo el virus activo». Pero el pánico se ha rebajado mucho gracias al equipo de sensibilización ciudadana. Ejemplo de ello es la sesión informativa que el propio Muyembe preside en las instalaciones del Instituto de Asociaciones Cristianas de Base de Kikwit (IFAK), acompañado de los enviados de la Organización Mundial de la Salud y el laboratorio de Atlanta. Cincuenta responsables de hospitales y centros de salud, médicos y enfermeros, religiosos y seculares, hombres y mujeres, blancos y negros han recorrido hasta 350 kilómetros por caminos infernales para seguir atentamente las explicaciones de los expertos sobre la pizarra y tener así más armas contra la enfermedad, ya que la única solución contra el Ébola es, como insisten Muyembe y sus colegas, la prevención.

KINSHASA

Miércoles, 24 de mayo

Al regreso de una provincia colindante con el mal, Selembao, uno de los centros desesperados de Kinshasa: sombras, barro, gigantescos socavones, asfalto carcomido por la lepra, barrizales, basura, cerdos, vehículos milagrosamente impulsados por una fuerza parecida al fatalismo, casas de putas, gasolineras, puestos inverosímiles, ociosos, soldados sin arma ni destino, niños perdidos, mecheros de gas, bombillas, bares inmundos, peluquerías de la muerte.

Un gran tic-tac. Un horizonte de míseros puestos iluminados por grandes mecheros de gas, y el paso incesante de todo tipo de vehículos atiborrados de pasajeros, algunos con luces rojas de revelado o de prostíbulo iluminando los rostros desencajados del interior, viajeros a ninguna parte, y el charco de aguas negras que los automóviles remueven como un mar llamado Zaire. Ése podría ser precisamente el título del espectáculo: *Zaire*, y hacer de él una historia ejemplar de África.

Jueves, 25 de mayo

Desde el piso 12 no se oye el rumor del gran río Congo camino del océano. Desde el interior de la habitación 1242 del hotel Intercontinental no se oye el rumor de la miseria que reptaba sobre el barro de todos los barrios en los que se descompone cada día esta ciudad de casi cinco millones de habitantes. Desde esta mesa de espaldas a la noche no se oyen las voces, los gritos, no se vislumbran las sombras, las luces turbias, no se huelen los montones de basura y de agua estancada que carcome los cimientos de lo que acaso en el pasado fue una especie de vida. Pago mi cuota de responsabilidad *bajando* de vez en cuando a los suburbios más olvidados del sistema (no me quedo resistiendo en medio de ellos, como hacen tantos religiosos y religiosas,

perfectamente anónimos), y luego regreso a casa hasta que el traje de aparentar que el mundo tiene un destino vuelva a reventar por otra costura o se desgarre en medio de la tela y por el agujero broten rodando nuevas oleadas de cadáveres. No sé a qué Moloch estamos sacrificando tantos inocentes. No quiero apartar la mirada de sus ojos fijos, interrogantes como espadas mudas. Los miro como si les tomara el pulso y vuelvo a hacer las mismas preguntas una y otra vez y luego me siento a escribir en mi campito de tierra impresa. Es tarde en los manómetros de la oscuridad. No apartar la vista, mirar dentro de las casas, y escribir, y escribir.

Bonjour, monsieur Cézanne. Por la noche, cuando la luz muda de meridiano y una calma engañosa envuelve los grandes inmuebles a salvo de las fieras, los desposeídos y todo lo que se sirve de la oscuridad para agazaparse. Hay otras fieras perfectamente perfumadas que cortan su ración de pitanza mientras por un teléfono inalámbrico dictan órdenes que llevarán a la muerte a centenares o miles de víctimas sin nombre. Por la noche, en horas calmas como ésta, puedes tú encender una pequeña lámpara que ilumina una porción de mesa, un cuaderno, un libro de reproducciones de Cézanne e imaginar, por ejemplo, que dos jugadores de cartas echan la partida de su vida mientras el mundo se desmorona alrededor. Como en Kinshasa ocurre cada noche.

Viernes, 26 de mayo

Algunas evidencias, verdad que no hace precisamente libre, conocimiento que duele, memoria que acarrear a un lugar a salvo.

Como los espectadores de teatro en las aldeas de Mozambique y entre los refugiados en Suráfrica y Suazilandia, los zaireños no distinguen la realidad del sueño: teatro y vida es lo mismo, y lo soñado es tan verdad como lo vivido. De ahí la necesidad de espantar los malos espíritus cuando sueñan que su hombre o su mujer han muerto y luego duermen en el mismo lecho y hacen el amor.

En los pillajes de 1993, Teresa y sus compañeras de los Sagrados Corazones vieron estampas surrealistas: un hombre con todo un frigorífico a cuestas y otro que caminaba completamente envuelto en sangre (sobre la cabeza, una vaca congelada que se derretía y lo teñía por completo de rojo). El respeto de los zaireños por lo sagrado les salvó la vida. Uno de los militares descerrajó de un tiro la puerta de la capilla. La bala atravesó la custodia. Una de las hermanas, en un estudiado arrebató místico, se echó al suelo con las manos en alto y empezó a lamentar a voz en grito la profanación de las sagradas formas. Tomó la custodia y como en un trance se fue hacia el hombre armado y le preguntó si era cristiano. Él asintió, atemorizado, con la cabeza. Enarbolando la custodia, y apoyada por sus hermanas, que entendieron enseguida la estratagema, fueron haciendo retroceder a los soldados hacia la puerta. En un último gesto teatral, la monja hizo como si se desmayara, con la custodia abrazada en el pecho, en los brazos de Teresa. La escenificación triunfó y los asaltantes huyeron.

Sábado, 27 de mayo

La noche de Kinshasa es, a esta altura, profunda e inviolable. Me mantengo despierto como si eso sirviera para enfrentarme mejor a mis fantasmas. Pero pronto seré derrotado. En su diario, Albert Camus escribe: «La vida sexual se le ha dado al hombre para desviarlo tal vez de su verdadero camino. Es su opio... Fuera de ella, las cosas reanudan su vida». Y también: «La sexualidad no conduce a nada. No es inmoral, pero es improductiva». Las palabras precisas de Camus me ayudan a mirar desapasionadamente el lomo brillante del deseo. Como esta misma noche, en el bar Dominó, de la capital zaireña, donde tantas mujeres hacían de su dignidad una triste puja a la baja por un puñado de billetes y de carne para practicar el oficio inútil, la ternura fingida, el imposible olvido. No fue ni siquiera arduo ni penoso resistir.

Domingo, 28 de mayo

El 27 de enero de 1943, en plena ocupación alemana, Albert Camus escribió una carta a Francis Ponge después de leer su libro *Le Parti pris des choses*. Dice del libro que es «una obra absurda en estado puro» ya que demostraba la «no significación del mundo». Vistos desde África, desde un país tan torturado como Zaire (primero por sus colonizadores belgas, después por sus propios dirigentes), donde la vida vale tan poco como la de los tres recién nacidos que cada noche mueren porque no hay dinero para el oxígeno en el hospital Mama Yemo, ¿significa algo este sufrimiento, significa algo el mundo? Más de una vez, después de Sarajevo, después de Ruanda, he sentido la inutilidad de todas las palabras con las que cuidadosamente trato de describir lo que veo y lo que siento. La sensación de que tanto el sufrimiento como su relato son inútiles (inútiles para alterar el estado de las cosas) me traba como un perro los tobillos. Pero no por ello dejo de insistir, dejo de, acaso, ser testigo, de mirar dentro del horror, de volver al corazón de las tinieblas. Acaso ése sea un perverso sentido: el propio viaje con el que llenar la vida sin dejar de visitar, de vez en cuando, los lugares más atroces del mundo. Porque yo no soy un héroe ni tengo instintos religiosos como los religiosos españoles que me han conmovido aquí.

VUELO KINSHASA-BRUSELAS

Lunes, 29 de mayo

El largo trayecto entre el hotel y el aeropuerto es una metáfora del gran desastre de Kinshasa. La tormenta despliega sus poderes. A las seis y media de la tarde la noche ya es masticable: un chocolate negro y amargo. Lluvia a ráfagas. Los relámpagos tienen el carácter de radiografías despiadadas que sacan instantáneas de la gran cuenca del río Congo y la encrucijada de arrabales de miseria que enseguida es Kinshasa, porque Gombe, el barrio presidencial y europeo, sede de embajadas, hoteles internacionales y antiguas villas coloniales, no es más que el mínimo botón de muestra para la comparación, para constatar el inmenso fracaso de un régimen y el hundimiento de un país. En medio de una larguísima avenida tendida junto a la vía que conduce por ferrocarril al

puerto de Matadi (uno de los trenes más tristes y desoladores que uno pueda imaginarse en la red ferroviaria del mundo: trenes abarrotados y en los que sólo el hierro parece haber sobrevivido a la carcoma de los hombres), un minusválido se enfrenta con su carrito y sus manos a la distancia inmensa entre ese punto en medio de la nada y su probable chamizo, la tormenta abriéndose paso sobre su cabeza y el mal humor y la velocidad de los automóviles que lo salvan en el último momento. Los automóviles son una colección de chatarra ambulante y peligro. Como en buena parte de África, el transporte colectivo es otro escalón a descender en la degradación humana. Cuando nuestro flamante taxi (el BMW de André) se sitúa detrás de una de esas furgonetas de las que cuelgan despojos humanos como Prometeos sin misión en la tierra o en el cielo, uno teme que se caigan y sean arrollados por el vehículo propio, sin tiempo para reaccionar. Es fácil imaginar cuántas víctimas han de producirse así. Los taxistas colectivos conducen furgonetas tuertas o ciegas, saturadas de seres humanos por dentro y por fuera. El parque móvil es el ejemplo de un pueblo en movimiento hacia ninguna parte, pero los arcones y cunetas explican bien lo que ocurre a bordo del ejército de furgonetas y coches particulares: miles de viandantes en la oscuridad caminan hacia sus hogares en una marcha fúnebre y cotidiana de la que sé que voy a olvidarme en cuanto ponga los pies en mi olvidadiza Europa. Alguna luz eléctrica hace más patético el decorado de los sueños. Toda Kinshasa es una pesadilla, y los espectros que la recorren de parte a parte son perfectamente humanos, víctimas de un destino labrado primero por los colonos belgas y después sobreexplotado por sus dirigentes. Una condena sin fin, una de las más crudas y violentas de África. Grandes charcos de agua turbia dan entrada a mercados de puestecillos fantasmales, alumbrados por miríadas de velas y mecheros de gas que tiemblan con el viento y las rachas del aguacero. Hogueras, sombras, muchedumbres silenciosas de las que de repente brota un grito. Casas a medio construir, chabolas, apartamentos sucios, construcciones que hacen todavía más inquietante la noche de Kinshasa, mientras el fotógrafo de la tormenta sigue sacando placas con una crueldad digna de mejor causa. Desde mi asiento, no aparto los ojos de esa película de la verdad que transcurre sin cesar, que parece que no tiene fin durante kilómetros y kilómetros, hasta que las hierbas altas y los descampados me dicen que estamos cerca del aeropuerto. Ha sido un largo camino, un intenso recordatorio de todo lo vivido estos días. Por eso no quiero cerrar los ojos en medio de este vuelo nocturno en el que todo el pasaje, encogido sobre sí mismo, duerme. Todavía puedo echar un vistazo a la noche y pensar en ella. Como en el interminable trayecto entre el hotel y el aeropuerto: porque ella, aunque no sepa cómo explicarlo, ha sido como ese ángel de la verdad que consigue, pese a Albert Camus, que la *no significación del mundo* no me quemé las pestañas ni me deje las manos convertidas en las aletas inútiles de un pez arrancado del agua. Es como si el amor pudiera conceder esa pizca de sentido a la brutal noche africana del mundo.

Todo el avión es un inmenso dormitorio ambulante. Rostros y cuerpos varados se arrebujan en posturas cómicas e inverosímiles para huir del frío y abrazar el sueño. Hace frío en la impenetrable noche exterior que el gran avión atraviesa como si abriera un camino en el hielo.

Sobrevolamos el desierto del Sáhara y nada se vislumbra a esta distancia que parece a mitad de camino de las arenas sombrías y la bóveda celeste. ¿Qué teatro silencioso cabe representar aquí? El aeropuerto de Kinshasa vuelve a ofrecer sus espléndidas posibilidades dramáticas. Dos hombres no precisamente bienhumorados, vestidos de dril y con siglas blancas pintadas en el bolsillo del pecho que hablan de un tránsito a ninguna parte, se ocupan de nosotros nada más atravesar el primer umbral: un corte entre la oscuridad inamistosa del aparcamiento y la luz sucia de la sala de operaciones. Se pegarán a nosotros y a nuestro equipaje como una lapa que no sabes si es parásito o centinela. Cuando, por fin, las piezas mayores han sido facturadas, ellos reaparecen misteriosamente y enumeran: «Pasaporte, billete, tarjeta de embarque, hoja de inmigración y cartilla de vacunación». Hacemos apresurado acopio y los acompañamos al primer piso por una ruta poco frecuentada. Nuestra sorpresa se redobla cuando comprobamos que conduce a la terraza sobre las pistas y la cafetería, donde hacen ademán de buscar un lugar en el que *sentarnos los cuatro*. Entonces marcamos la distancia y, con firmeza no exenta de cierto nerviosismo, exigimos pasar inmigración y policía. Ellos, hijos de la inocencia, aseguran que sólo pretendían darnos un poco de compañía hasta que llegara, de Luanda, nuestro navío. En vano. Solventamos los últimos escrutinios bajo su incómoda cercanía física mientras reclamaban el pago por su *asistencia*. Pero no recibieron más que el paquete de Camel *per capita* que ya tienen enterrado en su famoso bolsillo. La sala de embarque resulta al cabo tan acogedora como la laguna Estigia, pero no las tenemos todas con nosotros hasta que el avión se zafa del abrazo pegajoso de Kinshasa.

ALGO MÁS QUE DIOS

A las seis de la tarde la noche ya se teje de prisa sobre Kinshasa. Y más aún si la fiera tormenta tropical convoca nubarrones grávidos sobre la mancha del gran río que baja silencioso hacia el océano. El tren de Matadi, el que lleva al mar, es un convoy de óxido y lentísimo, del que los viajeros cuelgan como cerezas de carne macerada, un tren sin ventanas, sin puertas y con los asientos descarnados. Desde la calzada junto a la vía, enterrado en la oscuridad, un inválido se entretiene hablando desde su vehículo sin luces con una mujer, ajenos a las primeras ráfagas de lluvia pesada que se estrellan contra la capital de la miseria. Kinshasa la bella, la que Patrice Lumumba quiso convertir en faro de la independencia y la libertad africanas, es hoy, bajo la corrupta y sangrienta dictadura de Mobutu Sese Seko, un país maltratado por las epidemias, la violencia, la malnutrición, el pillaje y el miedo. El virus Ébola no es más que un pálido episodio, otra plaga de las infinitas que se descuelgan sobre los hombros excoriados de los zaireños. Como la tormenta, que alivia el calor tropical, pero que hace que el cenagal de Kinshasa se desborde. Por calles oscuras, el taxi avanza a toda velocidad. En las cunetas, sobre el barro y las montañas de basura, se suceden los mercadillos como si toda la ciudad fuera un campamento varado en

ninguna parte. Alrededor de una hoguera danza una horda de muchachos semidesnudos. Las casas son un decorado de sombras y humo tras la temblona cortina de los mecheros de gas de los puestos que escoltan el camino, mientras una muchedumbre en marcha huye de la noche en busca de refugio. Porque las cunetas y caminos de África siempre están abarrotados de gente que camina. En la calzada, luchando contra los socavones y la lepra del asfalto, las furgonetas avanzan aplastadas por el peso de una humanidad hacinada. Uno teme que esos viajeros suicidas que cuelgan de puertas, techos, parachoques y ventanillas se precipiten en el asfalto y queden a merced del taxi que huye de Kinshasa, donde casi cinco millones de almas se enfrentan día tras día a una denodada lucha por la vida. De repente, un relámpago saca una radiografía de plata y los seres y las cosas quedan congelados en una mueca espectral. Albert Camus no necesitó visitar Kinshasa para escribir acerca de la falta de sentido del mundo. Pero en medio de la noche, alguien vela. La misma Iglesia católica que alentó la colonización belga y sumergió en formol el alma de los negros se deja hoy la piel en un esfuerzo anónimo para hacer de este verídico infierno un lugar más habitable. Héroes secretos que buscan a Dios entre los olvidados. No es raro que apenas tengan tiempo de rezar. No son sólo católicos, pertenecen a todas las creencias, razas y nacionalidades, son laicos y misioneros, miembros de organizaciones no gubernamentales y órdenes religiosas que entregan a Zaire la mejor parte de sus vidas. Entre ellos hay más de 400 españoles que no pierden el humor bajo la lluvia de golpes que les cae encima.

BALAS, RATONES Y BAÑERAS DE ORO: «En una sociedad en la que hay gente que tiene bañeras de oro y niños a los que los ratones les comen los pies, porque yo he visto a niños del barrio de Selembao con los talones comidos por los ratones, ¿cómo no vas a comprometerte?». Carmen Asiain tiene 58 años y los brazos fuertes. Como la voluntad, inquebrantable. Y un humor a prueba de balas. Originaria de Arguiñano, Navarra, es dominica y lleva en Zaire desde 1969. A la hermana Carmen se la puede encontrar uno a media tarde, caminando desenvuelta o montada en su *mobylette* en medio del barrio de Selembao, una de las ciudades-campamento dentro de Kinshasa, donde centenares de miles de personas intentan sacar la cabeza del mar de basura y barro en que se han convertido las calles, o lo que queda de ellas. Carmen no tiene miedo. Da clases de francés en el Instituto Pedagógico y Científico, un centro del Estado que hace honor a su nombre: sin puertas, ventanas, luz, ni mobiliario, «las pizarras no se las llevaron porque están pintadas en la pared». Los alumnos se apretujan en ruinas de pupitres o directamente en el cemento, en las islas junto a los charcos que forman las goteras. A Carmen acaban de pagarle el salario de septiembre: «Unos 38.000 zaires, que al cambio son unas 910 pesetas, suficiente para comprar 38 huevos. Vivimos de lo que nos mandan de España y de lo que pagan los padres. Aquí no hay salarios». La hermana Carmen trabaja también en la parroquia de San Juan Bautista, de la que depende un centro de nutrición en el que dos veces a la semana pesan, miden y alimentan a 120 niños malnutridos y vacunan a 300. Médicos sin Fronteras les lleva la comida: aceite de palma de Bandundu, alubias del lago Kivu, azúcar del Bajo Zaire y harina de maíz de Kasai, tierra de

diamantes. En el patio del número 40 de la calle de Manifeste, las madres esperan turno con sus hijos en brazos. Cuando el Estado se ausenta, la sociedad civil tiene que buscarse la vida, y los religiosos son los que más se entregan en una tarea descomunal. La hermana Carmen, a la que todos saludan en el barrio y conocen por su nombre, jamás pierde el humor ni el espíritu combativo. Carmen revive, como si le fuera la vida en ello, la marcha por la paz y la esperanza de febrero de 1992, cuando decenas de miles de manifestantes de todas las iglesias, sectas y grupos de derechos humanos y de la oposición se unieron para reclamar la apertura de la Conferencia Nacional Soberana y el proceso democrático. «Las balas caían como lluvia a nuestro alrededor. La guardia presidencial bombardeó después con gases lacrimógenos la iglesia de San José de Matongue, donde estaban todos los cadáveres. Hasta 39 reconocieron las autoridades. Ha sido la protesta más fuerte y más hermosa contra Mobutu que yo recuerdo. Fue una marcha pacífica, porque éste es un pueblo al que no le va la violencia. Nosotras nunca hemos querido irnos de aquí. El cristianismo tiene connotaciones políticas. Somos unas monjas comprometidas, trabajamos por la paz y la justicia en el mundo. No somos específicamente misioneras. La justicia y los derechos humanos son el Evangelio mismo».

LA MADRE DE MOBUTU: Mientras el presidente Mobutu y su camarilla roban a manos llenas las riquezas del país (2.000 millones de pesetas mensuales, según informes del Gobierno estadounidense, que le ayudó a mantenerse en el poder para frenar al comunismo en África), tres recién nacidos mueren cada noche en el hospital Mama Yerno, «porque no hay dinero para pagar el oxígeno». El bebé pálido y escuálido que vimos bracear la víspera no sobrevivió. Pero a la muerte le acompañaron otros dos: pequeñas ratitas humanas, raquílicas, malnutridas. Lo mismo cada noche. Como una condena. Es una cifra clavada en la experiencia. Porque en la Unidad de Cuidados Intensivos del mayor hospital público de Kinshasa y de todo Zaire no tienen dinero para comprar suficiente oxígeno y cada noche mueren entre tres y cinco recién nacidos. Desde hace seis años, el hospital no recibe un zaire del Estado, y eso a pesar de haber sido bautizado con el nombre de la madre del dictador. Consuelo Fernández, de la Compañía Misionera del Sagrado Corazón, lleva 26 de sus 57 años de vida en Zaire, los últimos diez años en el Mama Yemo, y no se desespera casi nunca. «El hospital se mantiene malamente con los 5.000 zaires [unas 130 pesetas, aunque la inflación devalúa la moneda cada hora] que pagan los padres al ingresar». Claro que los precios se disparan cuando el mal es grave, y el que no paga no es atendido. Y si no tiene dinero y hay muerto por medio, el hospital se queda con el cadáver en prenda hasta que los deudos encuentran fondos. La sala de las incubadoras es una chatarrería. No menos de veinte nidos plateados están inservibles. «Roban las piezas para venderlas y no hay forma de conseguir repuestos. El año pasado conseguí comprar dos incubadoras gracias a donaciones llegadas de España». La lucha es continua, y a veces agotadora. «Las propias enfermeras, mis compañeras, piden a los familiares dinero para comprar diez jeringuillas y después pinchan a todos con la misma aguja y revenden las otras nueve. Aquí no hay ni jeringas, ni alcohol, ni medicinas. Yo

misma tengo que comprarlas». En la planta baja, en la maternidad, muchas madres dan a luz y huyen dejando abandonado a su hijo. Unos 40 al año. Y sólo en este hospital. «Es la miseria. Se quedan embarazadas y no tienen ni para mantenerse, ni siquiera saben no tener al niño. El país está destrozado. Los del Gobierno no son más que unos sacaperras», dice sin alterarse la hermana Consuelo, que como casi todos los religiosos que se dejan la piel en Zaire no tiene pelos en la lengua y vive una religión hincada en la realidad, una devoción que alimenta la teología de la liberación. Pero la maternidad no es lo peor. Kinshasa no está en guerra, pero el Mama Yerno parece un hospital de campaña. Una cabra ramonea hierbajos entre los pabellones. El de los más pobres es también el de los enfermos de sida, malaria, tuberculosis, diarrea, pobreza, hambre. Una monja belga alimenta a los que no tienen ni para pagar la comida. Una niña se deshace en lágrimas. El enfermero acaba de darle un cubo de agua para que lave a su madre, enferma de sida, pobre y moribunda, con las caderas peladas, en carne viva. A pocos metros acaba de morir un muchacho de 14 años. También de sida. Más del 10% de los residentes en Kinshasa lo padecen o tienen anticuerpos del virus: el 10% de una ciudad de cinco millones de habitantes. Mientras el padre recoge en silencio los escasos enseres, la madre, de hinojos, desgarrando el aire del pabellón con una canción fúnebre arrasada por las lágrimas. Se incorpora lentamente, sin dejar de llorar ni de cantar, ante el silencio sobrecogido de los otros pacientes, los médicos y las enfermeras, e inicia una danza fúnebre alrededor de la cama donde yace su hijo, cubierto por un paño dudoso y amarillo. La madre mueve los pies rápidamente, sin despegarlos del suelo, y avanza y retrocede como si suplicara compasión a un dios desconocido y ausente. Su niño duerme para siempre. Los techos están sucios, oscurecidos por rejillas de alambre podrido, en los que el polvo y las arañas han labrado desde antiguo. Sobre el techo de hojalata el aguacero tropical toca el tambor a gusto. Pabellones de ladrillo azul y blanco, concentrados de dolor humano. Mama Yerno.

STOCK DE MUÑECAS NEGRAS: Pero no todo es horror en Kinshasa. Elvira Bosch es enérgica, valenciana y alegre. Más de la mitad de su vida (30 años de 57) la ha entregado a Zaire. Y no se arrepiente. Hermana también del Sagrado Corazón, lleva diez años de asistente social en el Centro de Reeducación de Minusválidos. Su papel principal es buscarles trabajo. El centro está a dos manzanas del Mama Yerno, pero no tiene nada que ver. Aquí no pesa el aire. La hermana Elvira tiene su pequeño despacho junto a la cocina, y allí acude Mari Paz Sagüés, pamplonesa de 63 años y encargada de un programa contra la malnutrición de la diócesis de Kinshasa, a sondear la compra de pasteles cocinados por los minusválidos. Bromean sobre las dosis de harina y azúcar. «Tenemos un restaurante en el que trabajan en dos turnos 19 minusválidos, una pequeña huerta, animales domésticos y un taller de confección y artesanía. Antes había 110 minusválidos trabajando aquí, pero tras los últimos pillajes [de enero de 1993, en los que el Ejército impagado saqueó la capital y provocó centenares de muertos] se perdió casi todo y ahora apenas vienen blancos a comprar y comer». Enviaban parte de su producción de muñequitas negras (grandes labios rojos, peinado de fantasía y el bebé a la espalda, envuelto por el pareo, como saben hacer

las africanas) a Europa, pero la espesa red de corruptelas del servicio de aduanas hizo el negocio inviable. Los talleres de confección siguen vivos, aunque el ritmo es menor. Un amplio *stock* de muñecas espera comprador, compañero de juegos. El hospital, sin embargo, está a pleno rendimiento. «Vienen entre 200 y 300 personas cada día a la consulta». Las minusvalías son de nacimiento, por accidentes, poliomielitis, inyecciones mal puestas. El centro es privado, limpio y eficaz, y se financia con lo poco que cobran a los pacientes y con el dinero que se recauda en España y Bélgica. En los patios cubiertos los niños levantan pequeñas pesas con manos y pies, tendidos sobre bancos acolchados, enérgica y amorosamente vendados por enfermeros y masajistas. La hermana Elvira recuerda el tiempo en que Zaire era un país habitable, hace menos de diez años. Pero la vida empezó a degradarse y ahora ha retrocedido 30 años, cuando el Congo Belga estrenaba independencia.

‘LEVÁNTATE’ EN LINGALA: Lo perdieron todo: los lavabos, las gafas, los relojes, la ropa, los retretes, las bombillas, el frigorífico, los muebles, las lámparas y el coche. La policía asaltó su casa y luego entró el pueblo en tromba y se llevó todo. Tiempo después pudieron ver ropas y sillas en los mercadillos del barrio. Pero ni siquiera entonces, cuando el pillaje se desató en enero de 1993, pensaron en marcharse. «Quedaron sólo las paredes. Fue todo tan rápido que ni tuvimos tiempo de tener miedo». Covadonga González, vallisoletana de 44 años; Ángela Gutiérrez, asturiana de 49, y Mercedes Guindo, navarra de 50, son hermanas hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús y llevan seis años en Matete, uno de los barrios periféricos de Kinshasa, junto al inacabado y espantoso monumento a Patrice Lumumba. Hace cinco años crearon Telema (‘levántate’, en lengua lingala, la que se habla en la capital zaireña), su pequeño hospital psiquiátrico, construido gracias al apoyo de Manos Unidas. En cinco años han abierto fichas a 13.500 enfermos mentales llegados de todas partes «porque es el único centro de toda Kinshasa al que el pueblo puede acudir». Cada mes se suman 500 nuevos casos. «Cobramos lo mínimo a cada enfermo y al que no puede pagar le adelantamos los medicamentos. Tenemos un psiquiatra y un psicólogo, ambos del país, así como también cuatro enfermeras zaireñas a las que hemos formado nosotras mismas». El hospital ocupa la antigua residencia de una familia belga, con un pequeño taller por el que van rotando grupos de 50 personas a las que enseñan corte y confección y artesanía. «Para que puedan valerse por sí mismos». Una larga batalla, porque la locura sigue siendo una enfermedad maldita en África: «Piensan que están poseídos por los espíritus y los echan de casa. Aquí la psiquiatría está en el siglo xv, cuando san Juan de Dios iba por las calles de Andalucía recogiendo enfermos mentales de las calles». Lejos de España, en medio de la noche y del aguacero, un puñado de monjas y misioneros lucha a brazo partido contra el mal de Zaire. Apenas tienen tiempo de rezar. Si Dios existe, está en sus manos.

TERCER CUADERNO

1996

Angola, Liberia, Burundi, Ruanda, Zaire

EL INTERMINABLE CRUJIDO DE ÁFRICA

La espina dorsal de África, un interrogante entre dos inmensos mares, cruje como un barco a la deriva. Ausente de los paneles económicos y monitores del mundo, sólo reaparece cuando estalla el escándalo de la sangre. Pero pronto vuelve a sumirse en el río seco del olvido. Es una de las muchas maldiciones de África. Como si los africanos no jugaran al fútbol, no durmieran, no amaran, no cultivaran, no construyeran. El panorama que llega es el de un desgarramiento sin fin. «A partir de este momento, el peligro en buena parte del continente es la pura destrucción o el caos generalizado. La desestabilización es palmaria en Somalia, Liberia y Angola. La pura destrucción triunfó el 6 de abril de 1994 en Ruanda, destrozando cualquier patrón de referencia en la historia contemporánea de África. El genocidio se consumó de forma tan inimaginable como ilimitada». El escritor congoleño Ange Séverin Malanda ofrece este diagnóstico desalentador de su propio paisaje. En el espacio de cuarenta años, el África subsahariana ha padecido 35 grandes conflictos, que han causado diez millones de muertos y lanzado a los caminos a 20 millones de refugiados y desplazados. La mayor parte de los enfrentamientos ha sido de carácter interno. A vista de pájaro, el estado de las cosas ha mejorado algo. En 1990 se podían contabilizar 13 conflictos abiertos: grandes guerras civiles en Etiopía, Angola, Liberia, Mozambique, Somalia y Chad; conflictos armados de minorías (religiosas y étnicas) en Uganda, Malí, Mauritania, Senegal, Sáhara Occidental, Sudán, Burundi y Ruanda, a los que se añadía la guerra civil larvada en Suráfrica. La liberación de Nelson Mandela en 1990 y la legalización del Congreso Nacional Africano abrió la puerta para negociar el fin de la primacía blanca. La independencia de Eritrea del tronco etíope en 1993 y la elección de Mandela como presidente de Suráfrica en 1994 culminaron las aspiraciones africanas de independencia nacional, con la única excepción del Sáhara Occidental. En 1996, la cuestión del antiguo Sáhara español permanece insoluble a causa de las disputas sobre quién votará en un referéndum aplazado por la ONU desde 1991. Pero las armas han callado. Al contrario que en Argelia, ya fuera del África negra, donde no dejan de sonar.

La guerra que durante 14 años devastó Mozambique se encauzó, gracias a uno de los contados éxitos de la ONU, en unas elecciones ejemplares en 1994. En la otra ex gran colonia portuguesa, Angola, el horror no acaba de encontrar un final digno. UNITA, el movimiento de Jonás Savimbi, que Occidente empleó a fondo contra el Gobierno presuntamente marxista, rechazó su derrota en las elecciones de 1992, y su regreso a las armas sembró un millón de cadáveres y acabó de desmigajar el país. A mediados de 1995, UNITA y el Gobierno de Luanda alcanzaron un acuerdo de paz minado de desconfianza.

En Chad —sometido, como Sudán y Mauritania, a tensiones entre un norte árabe y un sur negro-africano—, un reparto más o menos ajustado del poder ha permitido un apaciguamiento, al tiempo que la renuncia de Libia a la banda de Auzu apagó otro foco bélico. Jerry Rawlings en Ghana y Yoweri Museveni en Uganda han sido buenos alumnos del Banco Mundial y conseguido cierta estabilidad, pero se muestran reticentes al multipartidismo. Las acciones del misterioso Ejército

de Resistencia del Señor siembran sombras en la paz de Uganda. Otros países se salvan del desastre: Namibia, Botsuana, Mauricio y Cabo Verde, y, con incertidumbres, Tanzania y Burkina Faso. En Etiopía preparan una revolucionaria constitución que permitirá, tras numerosos requisitos, la secesión, y que ha servido de modelo a la que se discute en Suráfrica.

Los conflictos de Sudán, Liberia y Somalia han pasado por diversas fases, pero están en plena efusión de sangre. La dictadura islámico-militar sudanesa, dirigida en la sombra por Hasan al Turabi, ha declarado la guerra a muerte a las guerrillas cristianas y animistas negras del sur, un conflicto que se ha cobrado ya un millón de vidas. Ante la voladura del Estado somalí, cuyos despojos se disputan varios *señores de la guerra*, y tras el fracaso de la misión pacificadora de la ONU y Estados Unidos, la antigua Somalia británica, al este del cuerno de África, reclama la independencia bajo el antiguo nombre de República de Somalilandia. Liberia, que arrastra una guerra civil que en seis años ha sembrado 150.000 cadáveres y centenares de miles de refugiados y desplazados, ha vuelto a zambullirse en el pillaje y la destrucción, ahora con más exacerbados ribetes étnicos, después de un nublado acuerdo de paz entre las seis principales facciones en agosto pasado. Sierra Leona, donde la guerra civil alcanzó grados de crueldad difíciles de imaginar, celebró unas concurridas elecciones en las que la población mostró con claridad su hastío de la muerte. Pero el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos estima poco probable que Liberia y Sierra Leona vuelvan a ser los Estados que han sido. En Malí y Níger se mantiene con alfileres el acuerdo con los tuareg, aunque el golpe militar de enero en Niamey ha encendido la inquietud. Como los recientes motines militares en Guinea Conakry y la República Centroafricana.

El asesinato en 1993 del primer presidente hutu de Burundi, Melchior Ndadaye, reabrió el ciclo de matanzas. Hasta mil muertos mensuales ha llegado a contabilizar recientemente Amnistía Internacional en esta antigua colonia belga, una senda que se parece demasiado a la locura genocida de 1994 en Ruanda, uno de los países más pobres y más densamente poblados del mundo. El asesinato del presidente Juvenal Habyarimana en abril de 1994 hizo astillas el acuerdo de paz entre la guerrilla tutsi del Frente Patriótico Ruandés y el Gobierno hutu, lo que desencadenó el genocidio contra la minoría tutsi y los hutus partidarios de compartir el poder. Cerca de un millón de cadáveres regaron las empobrecidas tierras ruandesas. La ONU fracasó a la hora de parar la guerra y la matanza en Ruanda, y la intervención francesa, la llamada Operación Turquesa, sirvió sobre todo para permitir la huida del Gobierno hutu y de los instigadores y ejecutores de la *limpieza étnica*. Dos millones de refugiados ruandeses siguen a la espera en Tanzania y Zaire, pero es difícil que se animen a volver cuando 65.000 personas esperan juicio en las pavorosas prisiones del país natal.

Las antiguas potencias coloniales priman los intereses económicos y comerciales por encima de cualquier otro. La prueba más reciente y más dramática la acaba de ofrecer el presidente francés, Jacques Chirac, al recibir en París al mariscal zaireño Mobutu Sese Seko, el dictador decano del continente. El medio ambiente sufre agresiones salvajes, como ejemplifica el delta del

Níger, con la codicia de compañías petrolíferas, como la anglo-holandesa Shell. Las denuncias del escritor Ken Saro Wiwa y otros ocho dirigentes ogoni tuvo como obscuro escarmiento su ejecución el pasado noviembre tras un juicio-farsa, sin que la dictadura de Sani Abacha prestara oídos a la campaña internacional en contra del régimen y su mano de hierro.

El grueso del ejército de Senegal (considerado el mejor del continente) permanece movilizado en la región de Casamance, al sur del país, para contener la revuelta independentista. La guerrilla afar, al norte de Yibuti, aunque desunida, sigue sin ser completamente derrotada. Nuevos y viejos conflictos se tensan y destensan impulsados por más o menos oscuras razones políticas: la zona de Halaib, en el mar Rojo, disputada entre Sudán y Egipto; la pequeña península de Bakasi, en el golfo de Guinea, reivindicada por Camerún y Nigeria, o la isla de Mayotte, que las Comoras reclaman a Francia, la antigua metrópoli, que impidió que prosperara el golpe que el mercenario Bob Denard desencadenó en septiembre pasado. Hay conflictos étnicos al norte de Camerún, al norte de Ghana, al noroeste de Kenia y en las dos principales regiones de Zaire (Shaba, antigua Katanga y Kivu) y en Suráfrica (entre zulúes y xhosas). En Kenia, antiguo modelo de estabilidad, los conflictos étnicos con nativos de Somalia y Sudán, huidos de sus países, la corrupción rampante y el poder casi absoluto de Daniel arap Moi resquebrajan el sistema. En Zaire, que encara su séptimo año de transición hacia ninguna parte con Mobutu, «una cuenta corriente ambulante con gorro de leopardo», como lo definió un ministro francés, la vida empeora cada día. En Guinea Ecuatorial, el dictador Teodoro Obiang ha encontrado en las compañías petrolíferas estadounidenses, con Mobil a la cabeza, una fuente de ingresos para perpetuarse.

Para el analista estadounidense William Pfaff, los principales culpables del actual desastre son las potencias europeas que destruyeron los sistemas sociales y políticos del continente. Para Pfaff son las antiguas metrópolis, que reciben un constante flujo de desesperados en busca de una vida mejor, las que deben implicarse a fondo. El secretario general de la ONU, Butros Butros-Gali, tiene su propio plan. El martes reúne en Nairobi a todos sus organismos para impulsar un gigantesco programa para invertir más de tres billones de pesetas en los próximos diez años, sobre todo en educación, sanidad e infraestructuras. Frente a iniciativas neocoloniales y humanitarias, otros analistas, mucho más radicales, como el egipcio Samir Amin, propugnan la desconexión del mercado mundial, romper con un sistema capitalista que ha designado a África como cajón de materias primas. El crujido no cesa.

UNA CADENA TRÁGICA: Corrupción, hambre, miseria, enfermedades, odios étnicos y religiosos, superpoblación, sequía, contaminación, dictaduras asesinas y democracias pervertidas. La cadena es pesada y trágica: más población, menos tierra, baja productividad y menos alimentos. El Banco Mundial estima que, al ritmo actual, harán falta 40 años para que África negra recupere el nivel de los setenta. Sus economías están en manos del propio banco y del Fondo Monetario Internacional. La mortalidad infantil es 11 veces superior a la europea y la esperanza

de vida está por debajo de los 50 años. La pandemia de sida (el 71% de los infectados del mundo son africanos) diezma Uganda, Ruanda, Zambia, Zimbabue y Malawi.

LA INVENCIÓN ANTROPOLÓGICA DE LA TIERRA DE LAS MIL ETNIAS: El escritor angoleño Sousa Jamba propuso en 1994 que los centenares de miles de hutus huidos a Zaire se quedaran para siempre en ese país gigantesco y poco poblado. El premio Nobel nigeriano Wole Soyinka, avergonzado por el genocidio ruandés, sugirió redibujar las fronteras trazadas bajo criterios astronómicos por las potencias que se repartieron el continente después de *descubrirlo*. Pero volver a trazar África siguiendo líneas étnicas puede ser como echar gasolina al fuego.

Mil etnias en un territorio partido en 53 estados y habitado por 728 millones de personas no es un jeroglífico fácil de resolver. Algunos historiadores africanos piensan que la división de sus pueblos en tribus y etnias por antropólogos europeos cargados de prejuicios raciales fue una interesada invención colonial, cuando en realidad nada radicalmente humano distingue a los zulúes de los xhosa en Suráfrica, ni a los malai de los kikuyu en Kenia, ni a los tutsis de los hutus en Ruanda y Burundi. La manipulación de valores étnicos fue un ardid de los belgas en Ruanda y Burundi, creando a unos tutsis *naturalmente* dotados para el mando frente a unos hutus *propensos* a obedecer.

La gran ola descolonizadora de los cincuenta y sesenta dio pie a interesadas intervenciones de Estados Unidos, la Unión Soviética y Francia, que exacerbaban conflictos como los de Katanga en Zaire (entonces Congo), Etiopía, Angola, Mozambique o Somalia.

Antes de que los europeos hollaran África había allí sociedades que funcionaban con varios grados de desarrollo, con caracteres culturales, económicos y sociales propios, pasados a cuchillo por el colonialismo. El tráfico de esclavos fue el primer paso en la destrucción del alma y el cuerpo de África. Para el ensayista Robert Heilbroner, «la penetración económica llegó sin nada de la preparación histórica que acompañó su desarrollo en Europa. El imperialismo impuso a sus colonias el viraje radical hacia el capitalismo [...], nunca vio a los nativos como iguales y los trató siempre como a inferiores».

MOSCÚ

Viernes, 3 de mayo

La nueva ruta es un delirio. ¿Adónde conduce? Todavía no lo sé, pero no deja de resultar paradójico (como un río africano que parece desembocar en el interior del continente, es decir, en el pasado del agua) que pase por este mismo Moscú que hace cinco años parecía destinado a formar parte de mi vida. El pasado no se borra, pero elegí otra ruta que de momento conduce a África y a los territorios del miedo. Porque desde que se decidió el viaje a Angola, Sierra Leona

y Liberia no he podido apartar de mi cabeza otros momentos preñados de temores, como si viviera de antemano mi propia muerte. Dos movimientos se superponen, como la superficie de un estanque agitado a la vez por un viento rasante y una corriente subterránea: el *deber de volver* a ir y el miedo por *tener que ir*. ¿Por qué a esas latitudes de África donde las vidas son derramadas con una fruición implacable, donde ninguna esperanza puede colegirse, donde las amenazas forman parte del aire que se respira cada día? Son las doce en punto de la noche en Moscú. Escribo en la mesa de un restaurante triste, otra estampa de esta Rusia que flota a la deriva. Pero todo será mucho peor en África. ¿Una misión? ¿Como la misma escritura? El amor es un bálsamo para las heridas, para esta especie de conciencia que me *obliga* a callarme el miedo, a masticarlo sin que los retortijones del estómago me delaten. Tan sólo el pelo, que blanquea las sienes y me descubre. ¿Adónde vamos con este estrépito de sangre al que vuelvo de vez en cuando con mi linterna y mi palito de contar cadáveres y remover la tierra roja? Mi avión, «por problemas técnicos», salió de Madrid con una hora de retraso. Demasiado tarde. El vuelo de Kinshasa no me esperó. Y en Kinshasa debía volar a Bailundo para entrevistarme con Jonás Savimbi, uno de los grandes autócratas africanos, financiado y bendecido por Occidente durante años frente al Gobierno *comunista* de Luanda. Paradojas que se suceden. A la rabia dio paso el pragmatismo: la compañía Air France me buscó esta ruta alternativa: a Angola vía Moscú. Sí, una ruta que parece un delirio. Pero ¿no querías volver a África por encima de todas las cosas?

El gato de Moscú no ha leído a Bulgákov. Se pasea por los pasillos en semipenumbra del aeropuerto de Sheremetievo, blancuzco, sucio y escuálido. Se para a prudente distancia de los viajeros que dormitan o matan el tiempo mirando al vacío o leyendo periódicos deleznable, y maúlla como haría un niño hambriento. Pero nadie se apiada. Ahí fuera, tras los grandes ventanales, está la noche de Moscú, pero esta vez no voy a aventurarme. Las certezas son muy pocas. Ahora imagino que el gato de Moscú forma parte de una obra futura: como esas camareras gruesas agotando la jornada sentadas a una mesa esquinada, mientras el último cliente, que sólo ha querido «té y algo dulce», escribe bajo una luz que hace sombras. Música melódica y el paso continuo de rostros con rasgos y colores de Asia y de África, mientras olvido al gato de Moscú y escribo como si así conjurara el temor a los peligros que me acechan a lo largo de este viaje que ha comenzado mal (a esta hora debería estar en algún lugar del interior de Angola). ¿Qué clase de libro estoy escribiendo con mi propia vida? El gato de Moscú no lo sabe, ni siquiera sé yo qué papel le tengo reservado.

LUANDA

Sábado, 4 de mayo

Desnudo por entero, porque he lavado la única muda que tengo, la que llevaba puesta, la que sobrevivió a la pérdida de mi equipaje, que es como insistir en que el viaje sigue yendo mal.

Estoy listo para escribir. Espero que al menos esta vez sí consiga penetrar unos milímetros en la endurecida alma angoleña. Aunque el viernes regreso a Europa —absurda escala en Amsterdam para volar a Sierra Leona—, esta vez no me dará prisa.

Uno de los mozos de aeropuerto, con mono naranja sobre su ropa lavada una y mil veces, alto y flaco, se levanta de la hora de asueto y va a pesarse a la gran báscula de los equipajes: «Sesenta kilos», comenta, irónico, a sus compañeros y al escasísimo público, apenas yo que espero a que venga la encargada para reclamar la pérdida de mi maleta («saco militar marrón»). «El dinero no llega». Sus colegas le ríen la gracia. Yo también. Al punto llega otro con dos grandes platos de arroz y dos cucharas. Cinco hombres/muchachos, todos vestidos con mono naranja, se sientan en el interior de una de las cabinas de control de pasaportes. En el suelo. Desaparecen de mi vista. Comen en silencio. Cuando salen no tienen esa apariencia que exhiben todos los que han comido. Son apenas las tres de la tarde. La escena transcurre en el aeropuerto de Luanda. Gracias a haber extraviado mi equipaje en algún lugar entre Madrid, París, Moscú y Luanda.



Domingo, 5 de mayo

La miseria es tan atroz que desborda cualquier imaginación. La vida ha empeorado mucho para la población en general desde hace dos años, cuando ya los límites parecían difíciles de sobrepasar. La ciudad está más rota, los edificios más carcomidos, los desnudos y los abandonados son más numerosos, la lepra de las calles se extiende por todas partes y la basura no ha dejado de multiplicarse.

Lunes, 6 de mayo

En África, donde el mar y el sol son gratis, como escribe Albert Camus.

Hogueras y sombras contra un océano admirable y uno de esos cielos generosos de estrellas que

tan bien se dan en África. Para visitar a algunos amigos después de la caída de la tarde es necesario proveerse de una buena linterna si no se quiere sudar miedo subiendo a oscuras los primeros pisos de unos edificios desvencijados, llenos de recovecos sospechosos, con susurros y más sombras que nos miran desde el corazón de la oscuridad, espiando nuestra envergadura y los indicios de nuestro terror: por si es mayor o más doblegable que el suyo.

Martes, 7 de mayo

La pluma piensa como una aguja que al penetrar la carne se cree que entra de verdad en contacto con otro país. ¿Dónde mojamos la tinta, en qué pilón del cerebro?

ANDULO

Sé que si echara a andar por ese camino entre las dos casas de enfrente, si nadie me diera el alto, acaso no tardaría en darme de bruces con una patrulla, con un disparo o con un campo de minas. Pero tal vez podría recorrer unos cuantos kilómetros antes de que la noche se me echara encima en medio del Planalto. Iba a pasar frío, y más miedo que en las escaleras sin luz y malolientes del centro de Luanda. Los niños del *territorio UNITA* vuelven de la escuela. Yo tengo que esperar. Hasta ahora me han tratado bien: se supone que soy su invitado, no su prisionero, aunque estoy a su merced: cuando ellos quieran veré a Jorras Savimbi, su líder habilísimo y cruel que ha sabido mantener vivo el movimiento guerrillero desde los lejanos combates que precedieron a la independencia, cuando hasta logró un acuerdo con el ejército colonial portugués para no hostigarse mutuamente y poder dedicarse a combatir al MPLA.

Como de la nada han surgido dos periodistas: uno de *Le Figaro*, Patrick, otro, Yves, el encargado del servicio de UNITA en Internet. Ahora ya no me queda duda de que los portugueses llegaron hasta aquí: la iglesia católica sigue en pie, y esta misma casita de cuatro habitaciones, como las del resto de la calle, estuvo habitada por colonos que obtenían de las tierras altas de Andulo un café considerado como uno de los mejores de Angola.

Miércoles, 8 de mayo

Como una minuciosa y fantástica puesta en escena: los campesinos hacen como si fueran guerrilleros, los *cascos azules* los inscriben como si fueran guerrilleros, UNITA hace como si desmovilizara a sus tropas y la ONU acepta como válidas esas cifras que prueban que su misión de paz va cumpliendo sus objetivos. Qué importa que los jóvenes que he visto esta mañana haciendo cola para inscribirse tuvieran más aspecto de pobres campesinos o villanos, y que todo en ellos pareciera ajeno a empuñar un arma, a matar, a sobrevivir en las durísimas condiciones del *mato*, hostigados por el implacable enemigo. Y, para colmo, mis compañeros *periodistas*, por llamarles de alguna forma, ya que dos de ellos trabajaban para UNITA, estaban más preocupados por la cantidad de comida que recibían los supuestos soldados que por su identidad como

guerrilleros y por la casi ausencia de armas con que se presentaban en el acantonamiento. Una parodia completa que, sin embargo, acaba convenciendo a las partes de que la paz es inevitable. Pero lo de Andulo parece una formidable mascarada que cuesta millones a la comunidad internacional.

Jueves, 9 de mayo

El día ha sido larguísimo, y no se termina todavía porque lo prolongo cuando mantengo encendida mi lámpara de minero y el cuaderno abierto, para que el atardecer espléndido de Andulo quede al menos registrado aquí: la luz descendía en la lejanía sobre un plinto de nubes ordenado como una cenefa sobre plátanos y follaje tropical terciando lomas que se sucedían a sí mismas hasta conformar esto que aquí llaman Planalto. Las formas del follaje adquirirían un verde más intenso a medida que se aproximaban a las cabañas de techumbre gris de paja oxidada, que han sido levantadas al amparo de la comuna, pero sin someterse al trazo colonial y rectilíneo de sus calles. Allí la luz ya esparcía sobre las pequeñas huertas y la vegetación en general un barniz de polvo suspendido, como dispuesto a florecer. Algunas mujeres cargando con *crianças* a la espalda se perdían por los senderos de tierra roja y endurecida. En primer término, orilla con una calle que es linde con la población, y en un campo desigual de altas hierbas, un batallón de niños descalzos devoraba literalmente un partido de fútbol: el que ellos, inconscientemente, jugaban contra la belleza de la tarde y su propia infancia condenada a morir. Ayer terminé de leer *El derecho y el revés* y comencé *Nupcias*, que me ha acompañado durante el día de hoy. Hasta me dejé arrastrar por la tentación de concluir mi entrevista con Jonás Savimbi preguntándole si *concordaba* con Camus en que «los hombres viven y mueren y no son felices». Ahí me demostró que su sensibilidad pasa por la astucia y las evidencias del campesino, no por el genio sutil de las palabras. Como desconfiaba de UNITA, después de dos largos días de demoras, y no creía ni en la entrevista ni en el supuesto avión puesto a mi disposición, me fui de mañana al despacho de mi reciente amigo de Guinea Bissau, el teniente coronel Jorge Aniceto Costa. Allí me di cuenta de los grados de incompetencia que se pueden alcanzar en una misión internacional, hasta que yo mismo me ocupé de la radio y me enteré del programa de vuelos. Localicé al coronel en el aeropuerto, le pedí que no dejara partir al avión que acababa de llegar —mi única oportunidad de alcanzar Luanda con tiempo suficiente para enlazar mañana con Europa camino de la locura de Liberia— y que me recogiera. Pero mi buena educación me jugó una mala pasada: le pedí que pasáramos por el cuartel general de UNITA para despedirme: allí, sobre el balcón, altivo y tan trajeado como siempre, me encontré a Paulo Lukamba, *Gato*, la mano derecha del jefe, que ante mi despedida intempestiva me pidió que me tomara un vaso de agua fría: me aseguró que la entrevista se iba a celebrar en unos minutos y que a su término habría un avión esperándome para volver a Luanda. Me fié de su palabra y le di la mano. Agradecí sus atenciones al coronel y me dispuse a esperar. Era cierto. Al punto nos recogieron y nos llevaron al antiguo ayuntamiento de Andulo: calles cortadas y guerrilleros bien armados en todas las esquinas, como cuando en una capital europea

esperan a un gran mandatario en una zona especialmente expuesta. Para mi sorpresa, alcancé un cierto grado de tranquilidad gracias a la controlada tensión del Gato y al nerviosismo de mi joven colega de *Le Figaro*. Como corresponde a unos verdaderos e interesados hijos de su madre, tras el encuentro con el gran jefe me dejaron tirado: encargaron a un cámara de la televisión de UNITA que estaba por allí que me llevara al aeropuerto. El muchacho se volvió loco buscando el automóvil que no aparecía: al final requisó el de unos compañeros, armados con transmisor-receptor, como todos los que controlan la vida aquí, pasé a despedirme del coronel, recogí mis cosas y en un abrir y cerrar de ojos nos plantamos en la pista. En el aeropuerto de tierra, donde un avión que no iba a Luanda se disponía a despegar, me sentí como en una de esas novelas de aventuras: tierra roja, África profunda, un guerrillero con una ametralladora de trípode avanzando por el medio de la pista, calor sofocante, cielo límpido, coches todoterreno a la espera, una torre de control que es un observatorio hecho de troncos, dos que trabajan clavando un poste, otros dos serrando, y un grupo mirando. Falsa alarma. Vuelta a casa a esperar noticias de un avión que, según El Gato, había salido de Luanda a las dos. Estaba tan excitado que apenas podía leer. Esperé hasta las cuatro y media. El sol amenazaba con dejarse caer en picado. Fui a la casa de UNITA. Allí me recibió un Gato con transmisor en la cara como una maquinilla de afeitar: estaba desconcertado. Pero o no es un buen actor o sencillamente no tiene sentimientos relacionados con la compasión. Los pilotos se habían perdido y decidieron regresar a Luanda. Parecía inverosímil, pero el hecho es que estaba en tierra y con riesgo de perder mañana todas mis conexiones. Volví como un hijo pródigo a la oficina del coronel Costa, que me recibió como tal: un hijo reciente. Ya era tarde para intentar cualquier cosa antes de la puesta de sol. Me propuso salir a las cuatro de la mañana del viernes en coche hacia Huambo para allí *apanhar* un avión de los muchos que enlazan con Luanda. Decidimos pensárnoslo. Regresé a la casa de huéspedes de UNITA maldiciendo a los guerrilleros. Ya que no me quedaba otra opción, me lancé a transcribir la entrevista con Savimbi. A las ocho, después de una cena frugal de arroz y carne de cabra, volví a ver al coronel. Había novedades: un avión del Programa Mundial de Alimentación aterriza a las diez de la mañana en Andulo, vuela hasta Kuito y regresa a Luanda. ¿Es la solución? Depende de si cumple con el horario previsto y si llegamos a tiempo a Luanda.

OUT.387 Page 1 UTC Time: 96-05-08 16:16:43
581493139330+/581493139330
TO ;MR PAULO NASCIMENTO
 UNAVEM III SPOKESMAN, PIO OFFICE
 EXT-5356 OR 5494
FROM ;LT COL JORGE DA COSTA
 TEAM COMMANDER ANDULO TS
DATE :08 MAY 1996
SUBJECT:FLIGHT REQUEST.
YOU ARE PLS ADVISED THAT MR ALFONSO ARMADA /EL PAIS, HAS FINISHED HIS
JOB.NOW HE WOULD LIKE TO GO BACK TO LUANDA TOMORROW .PLS ARRANGED
FLIGHT FOR HIM AFTER 1200 HRS.
BEST REGARDS.
For Mr. Alfonso Armada (El Pais)

Petición de transporte aéreo

ANGOLA SE COLUMPIA EN EL ABISMO

Las paradojas angoleñas son dramáticas y no tienen fin. El gobernante MPLA, antiguo partido marxista de devoción soviética a la africana, se ha convertido en un partero del capitalismo en su versión más salvaje. Basta con recorrer las devastadas calles de Luanda, donde la miseria embota los sentidos, para darse una idea del abismo en el que se columpia Angola. En un 40% del país reina la guerrilla de UNITA. Financiada en tiempos por la CIA, apoyada por la Suráfrica de los peores años del racismo, aplica una suerte de capitalismo maoísta de la vida rural regado con diamantes. El control policial ahoga el crimen y el desorden: el aroma resultante es el de una máquina militar que busca su lugar al sol del fin del mundo bipolar con un Jonás Savimbi bienamado por las derechas del hemisferio norte.

Los dos rostros de Angola —ni guerra, ni paz— recalcan la tragedia de los últimos veinte años: desde que el precipitado abandono por parte de Portugal de su joya colonial, en 1975, desencadenara una guerra civil. El país se transformó en uno de los más atroces teatros de la guerra fría, con los angoleños convertidos en marionetas con las que las superpotencias se mataban de forma interpuesta: sin mancharse ni desangrarse. El nuevo proceso de paz, que intenta cerrar las heridas abiertas por el fracaso de 1992, cuando UNITA rechazó su derrota en las urnas, volvió a las armas y perdió el paraguas de Washington, se enfrenta a un turbión de sangre: un país completamente devastado, un millón de muertos, con más de 13 millones de minas sembradas y por localizar.

Según el último informe de Unicef, Angola encabeza con 320 muertes de cada 1.000 el escalafón mundial de mortalidad infantil. A eso hay que sumar un millón y medio de desplazados y

refugiados. Aunque Angola es uno de los pocos países de África con recursos para su reconstrucción, la lentitud del proceso de paz mantiene el país dividido, sin libertad de circulación, sin comercio y con buena parte de los campos sin cultivar. La cosecha de este año se ha perdido y 1,1 millón de personas volverán a necesitar ayuda humanitaria exterior.

Las paradojas se vuelven enseguida sospechosas. Con la integración prevista de 30.000 guerrilleros de UNITA, Angola tendrá el mayor Ejército del África subsahariana: más de 100.000 hombres. Mientras, para la mayoría de la población, sobre todo en las grandes ciudades como Luanda, la única preocupación es buscar comida y sobrevivir. A pesar de que la guerra quedó congelada en noviembre de 1994, con los acuerdos de Lusaka, Gobierno y guerrilla siguen comprando armas. Entre el 60% y el 70% de los ingresos del petróleo no pasan por los ministerios ni figuran en ningún registro, pero un 80% de esos beneficios, prácticamente la única fuente garantizada de dinero con que cuenta el Gobierno, es dedicada a alimentar la maquinaria militar. El 20% restante se puede considerar que se destina a engrasar la corrupción. En Luanda, los extranjeros bromean con la *engrasada confusão*.

La falta de transparencia en los libros oficiales, comenta un europeo con lustros de experiencia angoleña, es proverbial. Nadie, ni el Fondo Monetario Internacional, conoce el monto exacto de la deuda exterior. El caso vivido en 1994 se reproduce en el *triángulo de las Bermudas* de las finanzas angoleñas: entonces, de 26 grandes fletes de crudo, Sonangol (la compañía estatal de petróleos) sólo depositó en el Banco Nacional de Angola las tasas correspondientes a seis de ellos. Las consecuencias para el presupuesto fueron devastadoras. Los encontronazos entre Sonangol, el Ministerio de Finanzas y el Banco Nacional de Angola se resuelven en Futungo de Belas, la lujosísima y descomunal finca-residencia ultraprotegida del presidente José Eduardo dos Santos, donde al final se toman, *manu militari*, las medidas clave. Dos Santos intervino personalmente en la decisión de cuadruplicar la concesión de que disponía la compañía petrolífera estadounidense Coastal Oil, gracias a una contrapartida negociada en Moscú: una importante adquisición de armamento. Washington, repentinamente inquieto por la ética en los negocios, hizo ver al responsable de Coastal Oil —Carl Winberg, que se mueve con soltura por Moscú—, que recibiría escaso respaldo si el Departamento de Justicia se interesaba por sus negocios a dos bandas. Las compañías Amoco, Exxon y Chevron, por su parte, están ampliando sus operaciones en Angola. Una buena razón para que la paz finalmente se imponga.

Esta supuesta bonanza petrolífera no tiene un calco visible en las calles. «La vida se ha degradado hasta lo insoportable en estos dos últimos años, desde que se firmó el acuerdo de Lusaka», declara el misionero español Carlos Pérez de Onrai, en su casa del barrio de Procol, una antigua zona residencial de los colonos portugueses que exhibe todos los síntomas de la degradación de Luanda: la basura se come las vidas, los pobres son legión, la lepra devora el escaso asfalto, los baches son abismos y la delincuencia entrelaza todo como una red infranqueable. No era de extrañar que el Gobierno temiera un Primero de Mayo reventón. Los rumores de golpe de Estado, en los que el hombre fuerte del régimen, el general Jodo de Matos,

jefe del Ejército, aparecía en todas las quinielas, volvieron a extenderse como la pólvora por una Luanda en barbecho. Se temía una manifestación de protesta contra la corrupción y la miseria, en la que algunos disidentes y críticos del MPLA estarían entre bastidores. Pero los famosos *ninjas* (la temible policía antimotines entrenada y armada por España) hicieron tal despliegue que Luanda se convirtió en una capital fantasma. En la ciudad las sombras no se despejan en torno al asesinato a la puerta de su casa, en enero pasado, de Ricardo de Mello, director del diario *Imparcial Fax*. Al parecer, De Mello trabajaba en un reportaje sobre un inminente golpe de Estado y hay sospechas de que miembros de la policía o del ejército participaron en el crimen.

Mientras tanto, la vida sigue en Luanda. En La Isla, el brazo de arena que encierra la bahía, los hogares de los sin nada tachonan las playas y hacen más inquietante la oscuridad. Al extremo de la península, en el restaurante Afrodisiaco, diplomáticos, trabajadores de organizaciones no gubernamentales y angoleños adinerados disfrutan de la brisa del océano entre una cerveza y mariscos de dudosa estirpe. La inflación sobrepasa con creces el 1.000% anual, el kwanza *reajustado* se desploma y la economía se dolariza un poco más. Toda moral social parece en el altar del beneficio a toda costa, mientras la mayoría de la población agoniza. El Gobierno enarbola el pretexto de la guerra que no termina y la paz que no llega. En la ordenación de un sacerdote, los feligreses piden con naturalidad: «Para que muera Savimbi, te rogamos, óyenos». La noche se vuelve a adueñar de Luanda. Hace más de dos meses que no hay agua ni luz eléctrica. Sólo el rumor sordo de los generadores desvanece la tinta de la madrugada. El miedo se palpa y recuerda que el país se columpia al borde de la catástrofe.

VUELO LUANDA-BRUSELAS

Viernes, 10 de mayo

El pequeño avión blanco del PAM aterrizó a tiempo en la polvorienta y larguísima pista de Andulo. Pegó en Kuito —donde pude ver algunos de los tejados volados por la devastación de la guerra— y aterrizó en Luanda con tiempo para discutir con el periódico, entrevistar al general Jodo de Matos y despedirme del policía gallego de la ONU y escolta de Blondin Beye, Jorge Baliña, que me sirvió toda la tarde de *motorista*. Ahora vuelvo a Europa, pero para embarcarme de nuevo con Gervasio en otra peligrosa aventura: de Amsterdam a Monrovia pasando por Freetown: o lo que es lo mismo, de Holanda a Liberia pasando por Sierra Leona. Estoy tan cansado que ni tiempo he tenido de pensar en el maldito miedo.

FREETOWN

Sábado, 11 de mayo

El mar de los esclavos rompe al pie de nuestra ventana. Gervasio hace rato que duerme y yo lucho

contra el sueño que quiere arrebatarme. El aparato de aire acondicionado rompe a gemir una vez más. Como siempre cuando el tiempo se desencadena: ya llegará el momento de pensar en el peligro y en las condiciones que impone el miedo. Al final, como intenté hacerle ver, resultaron infundadas todas las cautelas y provisiones de la proba empleada de la compañía KLM: visados y permisos se obtenían sin dificultad en el ardiente aeropuerto de Freetown, sin que ningún aduanero amenazara con repatriar de inmediato al incauto que llegaba sin visado o sin nadie que le estuviera esperando. Quien nos *esperaba* era un helicóptero ruso para volar en plena noche sobre los islotes y sobre el mar: desde el aeropuerto de Lungi hasta la capital de Sierra Leona. El peligro está cerca. Dormiré, pero no sólo para olvidar. Acaso me sirva alguna palabra para entender lo que ocurre entre unas estacas (aeropuertos europeos) y otras (aeropuertos africanos). Después de casi 24 horas ininterrumpidas de aviones la lucidez no es ninguna pista de despegue. Pero en Albert Camus encuentro algunas contraseñas.



Fue en el aeropuerto de Bruselas, esta mañana, cuando de nuevo estuve a punto de perder una conexión. Había pedido en una de las cafeterías del descomunal aeropuerto un *hot-chocolate* y permiso para conectar el ordenador a la red. Conseguí darle las últimas puntadas a mi último artículo angoleño: «Angola se columpia al borde del abismo» y, sin darme cuenta de que la hora que figuraba en la tarjeta de embarque era la límite, orienté la antena del satélite junto a un ventanal de la cafetería e intenté infructuosamente hacer volar mis palabras hacia España. Sudaba copiosamente mientras era observado con inquisitivo silencio por la clientela. Con mi barba negra de una semana bien podía pasar por un terrorista islámico dispuesto a sabotear las comunicaciones de la torre de control, pero nadie movió un dedo. Fue entonces cuando escuché por la megafonía que reclamaban a un pasajero llamado Johnny Kafka.

LUNGI

Lunes, 13 de mayo

Un rastro sutil: de la playa de ayer al atardecer, de las calles de Freetown, del Victoria Market, de los embarcaderos y del lento transbordador de esta mañana. En el Lungi Airport Hotel también duermen los *marines* estadounidenses que mañana habrán de llevarnos a Monrovia. ¿Para seguir escribiendo un fragmento diminuto de la historia del siglo xx en África? Ojalá. Albert Camus vuelve a inquietarme, pero esta vez a otra altura del camino, mientras intento que la escritura deje una marca en la pared, como aquella inesperada araña de Andulo. O esta hoja de Pascua del abandonado cementerio portugués.



Uno de esos traslúcidos atardeceres africanos: contra el ciclorama blanco-malaria, que a medida que se viste de azules y rosas negruzcos se hace más y más enfermizo, vuelan dos aves de majestuosa inquietud: carroñeras, con un batir de alas tan elegante como tenebroso. De vez en cuando, una ráfaga de vencejos. Y los sonidos que crecen en torno a medida que la oscuridad avanza. Las crestas de las palmeras van dando paso a los astros más madrugadores. Junto a una piscina de agua verde oscura, limpia, pero amenazadora, a medio llenar, como un estanque de

falsas promesas, dos blancos sentados en unas sillas de playa hablan con un negro vestido de blanco, con zapatos negros y calcetines rosas, apoyado en el respaldo de una tercera silla. Comentan el oscuro presente de África, con acentos nítidos, pero sin conmiseración ni paternalismo. Llega un tercer hombre de las sombras: se sienta y pone al negro en su lugar: le encarga que le traiga de beber (eso sí, con gran amabilidad). Enseguida, dos de los hombres se dedican a hablar de sus respectivas carreras y de lo poco que sirve el periodismo para cambiar el estado de las cosas. El tercer blanco les mira en silencio mientras observa el cambio progresivo de la luz y el vuelo de los buitres en el ciclorama. Pero será otro camarero negro, más joven, el que sirva las bebidas.

MONROVIA

Martes, 14 de mayo

El mar rompe ahí fuera y la luz se desvanece. ¿Qué gritos son los que voy a escuchar esta noche, cuando la oscuridad sea masticable y el mundo súbitamente se detenga? Ahora es el viejo aparato de aire acondicionado el que ahoga el sonido del mar: un mar sucio y grisáceo, que aquí alimentan con cadáveres. Pero esta mañana era el mar el que ahogaba los gritos del muchacho asesinado por la muchedumbre. ¿Crímenes colectivos? ¿De qué clase? ¿Con qué densidad de absurdo, de crueldad, de sentido? Sin piedad y sin ideología: ése es el combate que aniquila África lentamente. ¿A eso vengo aquí? ¿A constatar esa muerte en directo? ¿A enfrentarme con el crimen en estado puro? Podía haberme interpuesto entre ese grupo salvaje y su víctima: yo no lo hice, y mis amigos fotógrafos no dejaron de disparar sus cámaras. Después, cuando quise contarle, volví a las páginas de *El extranjero*, que volveré a terminar aquí, uno de estos días: «El calor derretía los sesos». Después, después de haber registrado cómo una banda de niños y adolescentes apaleaba, acuchillaba y asesinaba a un íntimo enemigo apenas mayor que ellos, después de tratar de no pisar tanta sangre como había alrededor, en pequeñas gotitas de lluvia no indeleble, sólo decíamos «Dios mío». O no decíamos nada. Y es que acabábamos de llegar. Acabábamos de dejar nuestras cosas en el número 9 del hotel Mamba Point, la hermosa habitación en la que ahora escribo. Si me asomo a la ventana puedo ver a algunos de los matones de esta mañana saqueando la casa de al lado. También puedo ver el mar: blanco y sucio, es cierto, pero majestuoso, este Atlántico africano. Acabábamos de hacer un largo viaje en un helicóptero artillado de los *marines* de Estados Unidos. Habíamos aterrizado en el helipuerto de la embajada de Washington, convertida en un bastión erizado de alambradas y fusiles contra el mal. ¿Pero no estaba en el interior de esa legación el virus que dio origen al mal que con tanta virulencia se manifiesta en el exterior? Acabábamos de dejar nuestro equipaje en esta habitación de Monrovia con vistas al mar: moqueta cálida y leonada, sólidos y sencillos muebles de madera trabajada con afecto, un gran espejo para mirarse encorvado y para colocar las fotografías de ella, y una mesa a escala humana para escribir. ¿Qué nos hace en la memoria esto que vemos, dónde lo registramos y cómo

adormece, o excita, o enturbia, o educa nuestra alma? En el largo viaje en helicóptero, mientras contemplaba las selvas impenetrables, los ríos caudalosos, los pantanos, las chozas de pueblos olvidados, las playas larguísimas y deshabitadas, pensaba en los fantasmas de mi deseo. Acaso era una forma de degradar los galones del miedo. Uno de los servidores de la ametralladora, apellidado Nájera, llevaba en el antebrazo un anagrama premonitorio: «La muerte acecha en la oscuridad». Evocaba recuerdos dulces, ocasiones en las que triunfó el deseo, sin que el amor mediara. Pero todo se desvaneció en cuanto el helicóptero abandonó la seguridad de las aguas profundas y giró bruscamente para enfilarse la vertical de la embajada. Desde ese momento ha sido difícil dejar de ver y de sentir mientras el calor desbarataba cualquier certeza; también cualquier piedad. Yo escribo y me creo a salvo. No me implico más de lo necesario. Pienso que así es más fácil resistir el vendaval de muerte y desolación. Esto es Monrovia, la capital de un país que se quiso sueño y redención: pero acaso quienes pretendieron lavar su mala conciencia de esclavistas creando una tierra africana de libertad estaban dando cuerpo a uno de los monstruos de la razón. Seguiré todavía despierto algunas horas, para mantener encendida la lucidez. Mañana publicarán la historia del asesinato de hoy en las calles de Monrovia, frente al mar sucio, ante mis propios ojos. ¿Y después? Nosotros, dicen, podemos entrar y salir.



Como entraron y salieron nuestros antepasados, los que comenzaron a cortar las raíces, las tradiciones, la memoria y las culturas de todo un continente y lo dejaron a la deriva. Tenía miedo antes de venir, cuando sólo pensaba en lo que podían ser los perros de Monrovia. En un rincón del hotel, un camarero negro, sentado en el suelo, trata de leer para olvidar: lejos de las ventanas: para no ofrecer ningún blanco a los asesinos, que disparan sus armas en los alrededores del hotel. *El mejor amigo del hombre*, se titulaba el cuento que el aterrizado camarero tenía entre las manos. Será algún animal, porque en Liberia «el hombre es un lobo para el hombre». No, un lobo jamás se comportaría como la jauría que esta mañana dio muerte a uno de los suyos. Lo malo del verdadero teatro de la muerte es que se trata de la realidad. Y cuando los jóvenes actores disfrazados de niños asesinos interpretan mejor su papel, sus víctimas no vuelven a levantarse jamás.

MAMBA POINT HOTEL MONROVIA, LIBERIA	
NAME: _____	REF: _____
ADDRESS: _____	
TELEPHONE _____	FAX _____
DATE IN: _____	DATE OUT: _____
ROOM # _____	COMMENTS: _____
RATE: \$ _____	_____
SIGNED: _____	

Miércoles, 15 de mayo

Ahora ya sé que es un poco tarde, pero puedo pensar en ello: debía de haber dedicado toda la crónica de ayer a hablar de la muerte de un hombre y dejar fuera todo lo demás: las declaraciones del jefe de los *marines* y el largo viaje en helicóptero desde Sierra Leona. Debía de haber sido capaz de ver que esa historia de la muerte de un hombre en una especie de *corrida popular* resume y revela lo más terrible y doloroso de esta guerra civil que desgarró Liberia por sus cuatro costados. Pero sólo hoy me he dado cuenta. Sólo hoy he podido tomar algo de distancia de ese asesinato que cometieron ayer ante mis ojos sin que yo hiciera nada más que ver: testigo impune, cómplice por omisión, por no haber sabido parar ese crimen. Uno se refugia en la escritura pensando que es su forma de *intervenir* en el mal, de tratar de corregir el turbio estado de las cosas. Y no es suficiente. No basta. El periodismo saca del agua su osamenta oxidada: la de Liberia es otra de esas guerras en la periferia, fuera del orden *normal*, lo que el Primer Mundo mantiene a fuego lento lejos de sus fronteras. Ahora ya sé que, sin embargo, ayer no supe: primero dar un paso (recuerdo con terror cuando pensé que el joven ensangrentado podía haber corrido hacia nosotros para abrazarse a uno de estos blancos para intentar salvar la vida), después haberle dedicado todas mis palabras del día. ¿Qué clase de juego cruel puede llegar a ser éste? Me miro escribir en el espejo. En este hotel —de nuevo— parecemos a salvo del delirio y de las privaciones que campan en el exterior. ¿Hasta cuándo? El segundo día de Monrovia se desmigaja lentamente entre los árboles que filtran la belleza del mar. Ha soplado la brisa y ha limpiado el mar sucio de ayer. La lectura de *El extranjero* me ha acompañado hasta aquí por una extraña y sin duda buscada casualidad: como si de alguna manera sospechara que el absurdo del crimen de Meursault tuviera algo que decirme en Monrovia. Trato de entender las causas de esta y de otras feroces guerras civiles africanas, trato de entender las razones del hundimiento de todo un continente saqueado y esclavizado por Occidente, trato de conocer las razones de las etnias y sus agravios y sus resentimientos, pero hay una violencia que es difícil de descifrar, como el asesinato de ayer ante mis propios ojos, cuando una pandilla de jóvenes juntó su odio, su inconsciencia, su

animal interior, su fiereza y su impiedad para acabar con la vida de uno de los suyos. ¿Es más absurdo e inexplicable que el crimen de Meursault? ¿Es más horrible, más humano, más cruel, más inexplicable? Miro el mar a través de la ventana: una hermosísima luz deslía la tarde y el mar de Monrovia. Un espejismo. Los tiroteos y los crímenes volverán de un momento a otro. De alguna manera nunca se han interrumpido. Paso la página, leeré un poco, me lavaré el cuerpo, cenaré con mis colegas, reiremos para espantar la desazón y el malestar y el miedo, dormiré, me iré de aquí. ¿Cuál es el sentido de esta vida?

En primer término, un hombre tendido en el suelo. Tiene un extintor incrustado en el estómago y los intestinos le cuelgan. Viste chándal y calcetines blancos. Las moscas le comen el rostro y las entrañas. A la izquierda, una mezquita, con el alminar ahumado por el fuego. A la derecha, un local de la Iglesia de Cristo, con un gran portalón de hierro cerrado a cal y canto, tiroteado y con una pintada: «Liberia free». En la pequeña escalinata de la mezquita un grupo de cinco jóvenes, con machetes oxidados, un viejo Kaláshnikov y un lanzagranadas, fuman, beben y comentan bravuconamente las incidencias del día. El sol es atroz, y da de lleno sobre el cadáver. Cuando las ráfagas y los tiroteos callan, los pájaros vuelven a cantar, primero tímidamente, después con la algarabía propia de una ciudad en paz.

ASESINATO EN MONROVIA

El calor derretía los sesos mientras el mar sucio rompía contra la playa del hotel Mamba Point y apagaba los gritos. Alguien dijo: «Vamos. Lo van a matar». El joven era muy alto y delgado. La sangre le embadurnaba la cara y le encharcaba la camisa azul turquesa. Corría en círculos dejando un rastro de sangre alrededor: pequeñas gotitas que el asfalto devoraba con parsimonia. Pedía piedad con las manos, pero la jauría de jovencuelos sólo quería terminar con él. Le golpeaban con la culata de viejos fusiles o le acuchillaban a la carrera como en una corrida popular: con bayonetas brillantes o cuchillos de cocina. Un niño de nueve o diez años quiso ensartarlo con una caña de pescar. El fugitivo intentó abrirse paso hacia nosotros, pero un muchacho sin piedad, vestido con un gorro multicolor de *rastafari* y gafas de sol cuadradas, le cerró el paso con un Kaláshnikov, lo hizo retroceder hacia el centro del grupo salvaje y le descerrajó un tiro en el vientre. Fue uno de los asesinatos del día en Monrovia, la capital de Liberia, una de las jornadas más violentas de las últimas cuatro semanas.

La muerte se cotiza muy bajo en Liberia. Basta desembarcar de uno de los helicópteros artillados en la embajada de Estados Unidos —convertida en fortín en tierra hostil—, atravesar los muros coronados de alambre de espino y recorrer tres o cuatro calles ante la apatía moral de los habitantes de una ciudad saqueada para darse de bruces con el mal. Aquí no hay ni ideología ni piedad. El joven linchado en pleno día pertenecía a las fuerzas del Frente Patriótico Nacional

de Liberia, la guerrilla del *señor de la guerra* Charles Taylor, y fue descubierto, agazapado en un sótano, por guerrilleros de la etnia krahn, que ayer desencadenaron una feroz ofensiva contra las posiciones de Taylor en el barrio diplomático de Mamba Point. Pero es inútil hablar de tropas, etnias, estrategia. El puro pillaje y la muerte gratuita son la única *razón*.

El joven fue apaleado y acuchillado en medio del jolgorio y el delirio criminal de un grupo de muchachos de entre nueve y quince años. Un mínimo festín de sangre en una ciudad coronada por el humo de los incendios. El tiro no acabó con la vida del muchacho. Tendido boca abajo, cada inhalación parecía la última y le desgarraba las entrañas mientras la sangre le subía a los labios y se mezclaba con la tierra. Un niño vestido con falda hawaiana le puso el pie encima, como quien ha cobrado una pieza de caza mayor; otro, *uniformado* con una astrosa camiseta de la última edición de la Copa del Mundo de Fútbol y un casco de artillero en la cabeza, le volvió de costado para arrancarle el cinturón. Los jefecillos autonombados generales y con títulos tan vistosos como *Tito, Franco, Castro* o *Fuck me Quick* ('Jódeme Rápido') intentan poner un poco de orden en una horda estúpida y sin más porvenir que la destrucción. Nadie se encargó de acortar la lenta agonía del joven partidario de Taylor. En cualquier caso, un liberiano menos.

La guerra civil devora las entrañas de Liberia desde hace seis años. Pero desde el pasado 6 de abril no ha dejado de ensañarse con Monrovia, una capital creada para conceder una patria de redención a los esclavos negros emancipados en las plantaciones del sur de Estados Unidos. Para el experimentado coronel de *marines* Wayne Forbush, los de ayer fueron «los más intensos y concentrados combates» desde el pasado 23 de abril, en que llegó a la capital liberiana. Forbush, cuyas tropas no abandonan el perímetro de su embajada en *tierra desolación* y que día y noche vigilan con prismáticos y fusiles de mira telescópica el entorno de la legación diplomática, no cree que ninguna de las facciones en litigio tenga capacidad militar para hacerse con el control de Monrovia.

Según sus informaciones, medio centenar de guerrilleros de la etnia krahn atacó ayer posiciones de Taylor en las proximidades de Mamba Point. Haciendo uso de pequeños morteros, lanzagranadas y fusiles de asalto, la guerrilla krahn logró desalojar a las fuerzas de Taylor de las inmediaciones del campo de Greystone, donde cerca de 20.000 desplazados viven en penosas condiciones. Para Forbush no se puede decir que la *batalla de Monrovia* se trate de una guerra de posiciones: «Cada facción no pretende conquistar una zona y ocuparla. No se puede decir que un ejército controla propiamente un territorio y lo defiende». Son asaltos más o menos calculados o desesperados, en un toma y daca continuo, en los que prima sobre todo el pillaje y la pura violencia desatada que luego entra en periodos de insólita calma. Por lo general, hay enfrentamientos a primera hora del día. La situación tiende a calmarse a la hora del almuerzo, cuando los guerrilleros han encontrado el modo de estimularse con drogas o alcohol.

Para Forbush parece claro que los krahn, cuya etnia integraba mayoritariamente el ejército liberiano del dictador Samuel Doe, contra el que Taylor lanzó a su guerrilla hace seis años, tienen un mayor entrenamiento militar y aplican algún tipo de estrategia. Sin embargo, por parte

estadounidense no consideran más misión que «esperar y ver». «Nuestra tarea es proteger la embajada. No hay intenciones de cerrarla ni de involucrarse militarmente en los combates», advierte Forbush, que comanda una fuerza de 3.000 *marines*, buena parte de los cuales se encuentra en estado de alerta a bordo de varios buques anclados lejos del alcance de los fusiles liberianos.

El único modo de acceder a Monrovia es mediante los helicópteros que Estados Unidos tiene emplazados en el aeropuerto de Lungi, en la vecina Freetown, capital de Sierra Leona. Son casi dos horas de recorrido a baja altura sobrevolando selva tropical, poblados perdidos y un área pantanosa, llena de lagunas y caudalosos ríos de cobre surcados por frágiles esquifes de indígenas olvidados del mundo. En cuanto los tres helicópteros de misión desde Sierra Leona avistan territorio liberiano se internan varios kilómetros en el mar. Una distancia de seguridad con la costa que sólo se quiebra cuando giran 90 grados para enfilarse el helipuerto de la embajada de Estados Unidos, no antes de aplicar *tres en uno* al mecanismo de las ametralladoras antiaéreas y disparar al mar para probar que no se encasquillarán si hay que repeler una agresión. Los *marines* apostados en la embajada devolvieron un ataque de una de las facciones hace dos semanas y mataron a cuatro guerrilleros.

La tarde se abate rápido sobre esta latitud tropical. Frente al puerto de Monrovia, los 365 ocupantes del carguero *Zolotitsa* soportan en lastimosas condiciones la falta de agua y la imposibilidad de desembarcar. Otro tanto les ocurre a los que tratan de llegar a tierra en Ghana y en Guinea Conakry. A la desesperada, muchos liberianos eligieron la vía marítima para huir de una ciudad sometida a la desolación y la barbarie, donde prácticamente ni una sola casa se ha librado del saqueo y es difícil imaginar cómo volver a pensar en una comunidad mínimamente humana. Los jóvenes cachorros han encontrado en las armas automáticas la posibilidad de matar sin ningún freno una forma de vida. Liberia se hunde en un mar sucio y sin redención a la vista. La luz se desvanece y el estruendo de las ametralladoras parece celebrarlo una vez más.

Jueves, 16 de mayo

A la luz de cada día. El cansancio hace sus melladuras en el filo de la voluntad. El horror, por el contrario, tiene su propio extravío y recorre otros conductos. Algo resiste o algo se rompe en los muros de contención del ánimo. Las reservas no pueden ser visitadas: no hay sonda, sólo apariciones, muestras de un barro viejo que a veces asoma en forma de legañas, estas legañas espesas, como de niño de hace más de treinta años (las que me grapaban los ojos cada mañana de lluvioso invierno en la casa de la abuela, en Coia), que han vuelto a mis ojos desde que estoy otra vez en África. A la luz de cada día uno acaba por acostumbrarse: a los tiroteos en las calles de una ciudad aniquilada, a las pandillas de jóvenes desaharrapados entregados al crimen y al pillaje con el pretexto de que sus víctimas pertenecen a una tribu enemiga (los mismos estúpidos

pretextos que sirven para empujar a las guerras a unas naciones contra otras. Algo que nunca conviene olvidar aquí: para que no pensemos que la crueldad y el salvajismo son un patrimonio especial de África. Al menos, eso sí que hay que agradecerse a los serbios. Y a los estadounidenses, y a los rusos, y a nosotros), a los cadáveres desenterrados y carcomidos por los perros. ¿Y a qué más? La noche se desenvuelve sobre los tejados volados de Monrovia. Tercera noche. Escribo. Pero queda casi todo por explicar. Incluso todo este pavoroso absurdo.

Viernes, 17 de mayo

Convertir la mirada en experiencia. Y con esas cañas escribir. Como un buen discípulo de John Berger. Incluso en Monrovia. Sobre todo en Monrovia.

El comandante de la esquina. Se hace llamar *Power*, aunque todavía no ha conseguido borrar el nombre que le pusieron sus padres. ¿Los recuerda? ¿Cuáles son los mejores instantes de su infancia? ¿Cuándo empezó a manejar un Kaláshnikov? Tiene los brazos musculosos y el torso bien dibujado, mira desafiante para ver si atrapa briznas de miedo en la mirada y se cubre el cuero cabelludo con una gorra negra en la que lleva prendida una estrella de plata de cinco puntas. El general de su esquina sabe aterrorizar y cultiva el miedo como un arte que le hace sentirse seguro, invulnerable.

Sábado, 18 de mayo

Una feroz tormenta tropical inauguró un día especialmente oscuro. El mar parecía decidido a abandonar su lecho. Pero antes de las diez de la mañana el sol ya volvía a reinar con la magnificencia de los Trópicos. Así empezó nuestro periplo: primero en el hormiguero humano del campo de refugiados de Greystone, cercano a la embajada de Estados Unidos, donde más de 20.000 liberianos se han fabricado una Monrovia en miniatura y en precario. Cuando emprendimos el larguísimo camino a pie hacia el Old Bridge y el puerto, Nicholas, nuestro compañero de la agencia Reuters, se descolgó. Seguimos solos, como casi siempre. A la orilla del puente seguían vociferando los mismos o parecidos energúmenos que el día de ayer. El vehículo de un *general* nos dio cuartelillo: Gervasio viajó en el interior abarrotado; yo, en el techo, con tres aguerridos muchachos. El regreso, después de visitar el sofocante hospital de guerra que hace seis años aguanta en el puerto, no fue tan sencillo. Centenares de personas esperaban sentadas en las anchas aceras a que del aire se desvaneciera una rara tensión. El sol apretaba. Los asesinos habían comenzado a beber y se mostraban más agresivos que nunca. Los pequeños *generales* que nos salían al paso nos interrogaban para hacer valer su autoridad ante las pequeñas recuas de adolescentes sobre las que mandaban. Unos cigarrillos servían de salvoconducto. A la orilla del puente viejo sobre el río Mesurado, sin embargo, un *general* de nombre *Degollado* nos dio unas instrucciones que no comprendimos. Los soldados nigerianos de la supuesta fuerza de interposición africana seguían entregados a sus propios asuntos. Otro civil, armado con una tabla,

se interpuso en nuestro camino. Nos acusaba precisamente de lo que somos: periodistas. Pero otro jovencuelo desenvainó rápidamente su pistolita y amenazó al aduanero con el mismo argumento: precisamente porque son periodistas pueden pasar. Desde el centro del puente, la bronca al otro lado había subido varios grados de intensidad: varios jóvenes amenazaban con sus ametralladoras a alguien que quería atravesar sin pagar peaje o que sencillamente no les había gustado. Tras advertir con gestos incontrovertibles que «nada de fotos», atravesamos una hirviente barrera humana. Otro tumulto surgió en un pequeño mercado de tenderetes trenzados con ramas. Un muchacho desenvainó fulgurantemente una enorme bayoneta e intentó clavársela al hombre que discutía con él. Le miré espantado y me amenazó con esos ojos y esas palabras que no necesitan ser explicados. Mejor poner tierra por medio. El sol hacía la calle intransitable, pero había que volver antes de que la tensión los encabritase todavía más. Al subir la empinada United Nations Drive, que corre entre hermosas mansiones de desbordante vegetación y un mar impecable, empezamos a oír el tiroteo. A medida que nos acercamos al punto más alto de la calle, los civiles sentados y a la espera eran más numerosos y las descargas más cerradas. A nuestra espalda se detuvo una furgoneta con refuerzos: siete u ocho jovencitos comandados por un orondo adulto que no dejaba de comunicarse mediante un transmisor. El grupo ofrecía una estampa muy poco edificante: uno delgadísimo y con chancletas, con chaquetilla oscura de cuello fino, llevaba terciado un lanzagranadas. Otro, que levantaba apenas un metro y medio del suelo y sujetaba un castigado Kaláshnikov, cubría su cara con un horrendo pasamontañas de color mierda. Un tercero se encargaba de repartir munición como si fueran entradas para la muerte. Pasamos un puesto de control de sus propios muchachos, que asistían al estruendo sin demasiado entusiasmo, pero que nos aconsejaron esperar a que escampara. El grupo de apoyo hizo ademán de desplegarse y al tiempo volvió sobre sus pasos. Del medio del fregado surgieron cuatro *milicianos*: arrastraban a otro, tan joven y desharrapado como ellos, con un tiro en el estómago. Nos llevó nuestro tiempo recorrer la larga avenida que se extiende ante la embajada estadounidense. Ni un alma. Y los *marines* en estado de alerta. En el último cruce peligroso, antes de la rampa que conduce al hotel y al mar, los *marines* del último puesto de control hicieron un elocuente gesto de mano que corta una garganta por si nos atrevíamos a cruzar. Esperamos al sol espiando el extremo de la calle desde la orilla del muro. La espera acabó por agotarnos. Los disparos se espaciaron. Uno de los soldados nos dio luz verde, echamos una carrera y nos creímos a salvo. En las inmediaciones del hotel Mamba Point, en la calle que discurre entre chamizos y el mar, una bala silbó sobre nuestras cabezas. Nos agachamos. Era el último tramo. La rampa del hotel acabó por extenuarnos. La puerta estaba cerrada, pero llamamos y nos abrieron. En Monrovia hay días en que es mejor no salir a la calle.

HOTEL MAMBA POINT

Cuando el sol enciende el día, el salón queda iluminado como un acogedor escenario de mansión habituada a recibir invitados y de cómoda casa burguesa. El fondo del escenario lo ocupa una

amplia terraza que da al mar Atlántico: grandes olas que rompen sin cesar. Cuando mueren los combates o las conversaciones, el estruendo del mar inunda la estancia. Una barra circular atendida por un camarero negro de rostro perpetuamente asustado. Varias banquetas altas. Junto a la del teléfono, un delgado periodista inglés habla con su redacción. Al otro extremo, uno de los *generales* de quince años, vestido con guerrera, chándal y chancletas, y con el Kaláshnikov sobre el mostrador, mira absorto a la pantalla del televisor que exhibe el anagrama de la CNN y apura una Coca-cola. A su lado, un tresillo y una mesa larga: los dos hermanos libaneses dueños del local, el hijo emprendedor del mayor de ellos y un griego orondo y de pelo súbitamente cano que lo perdió todo en la batalla de Monrovia juegan a las cartas.

Una chica de 17 años, negra mestiza y muy hermosa, observa displicente la partida. Al otro extremo, en un tresillo junto al ventanal que da al mar, tres fotógrafos, dos cámaras de televisión y un redactor beben y comentan las incidencias del día. Cuando la atractiva mujer negra del empresario griego arruinado cruza la sala cesan las conversaciones. Hace una semana que la intensidad de los combates impide salir del hotel. Los libaneses han tenido que bajar dos veces al patio para negociar con las facciones que se disputan el control de las inmediaciones, el barrio diplomático de Monrovia. Los celos, la tensión y la guerra desencadenarán la acción. El final no está escrito.

Domingo, 19 de mayo

Otro día de jugarse el pellejo en la calle. Dos veces silbaron las balas sobre nuestras cabezas. Ésas no nos estaban destinadas.

El mar constante. Tras un patio, un edificio bajo con techo de paja, una chimenea y un gran árbol de hojas grandes, verdes y rugosas. La historia de ayer: amaneció el cielo turbio y el mar embravecido, y los libaneses estaban inquietos porque el papagayo había huido a la copa del gran árbol y se negaba a volver a su jaula. Cuando dejó de llover salimos a la calle.

El mismo mar, este domingo. Después de diez horas de sueño. Me desperté a las cinco. Dormí tres horas más. El total sigue siendo el mismo: diez horas de copioso olvido, aunque me traicionaron los sueños.

El otro día soñé con una actriz francesa. Creo que era Catherine Deneuve. Los dos estábamos completamente desnudos en un escenario. Nos besábamos sin cesar. Yo la atraía hacia mí con las palmas de las manos en su gran espalda. Era un contoneo erótico. Como si estuviéramos haciendo el amor de pie. Pero también con algo gimnástico, agotador. Noté que iba cesando su resistencia, que su boca se iba dejando convencer por mis labios y su lengua por mi lengua.

Esta mañana. Habíamos dejado a un grupo de milicianos del NPFL sentado a la sombra. Era domingo. Atravesamos la gasolinera de los combates del otro día. Ni un alma. Pero, al doblar la esquina, nos dimos de manos con un pelotón krahn. Diez chiquillos, sólo tres de ellos armados. Se asomaron a Newport Street y comenzó el tiroteo, los desafíos y desplantes toreros. La respuesta

del otro lado no se hizo esperar. Les sobra munición. Los krahn la escatiman: tiro a tiro. No les queda otro remedio. Pero eso no hacía la escena menos surrealista. No vigilaban las calles adyacentes. Podían haber sido fácilmente cogidos entre dos fuegos y nosotros en medio. Pero ellos seguían a su juego. Era domingo. Habían salido a dar un escarmiento al enemigo. Se plantaban, los desarmados, en medio de la calle y hacían el sonido de los disparos con la boca. El griterío era ensordecedor. Se les sumaron más fuerzas: igual de caóticas, igual de desorganizadas. A uno se le escapó un tiro. La bala rebotó en una pared y dañó a otro en un brazo. Más gritos y algún bofetón, y retirada lenta e igual de caótica. Ni siquiera se les ocurrió dejar a un par de muchachos cubriendo la esquina. Por si contraatacaba el NPFL. Nos hubieran cogido bien. Pero así es esta guerra. Y la ciudad aniquilada. El saqueo continúa. Ruinas sobre ruinas.



Emblema del cuerpo de bomberos liberiano

Fin de la misión. Instrucciones desde Madrid. Pero todo dependerá de que haya plazas en el helicóptero. Podría seguir escribiendo acerca de Liberia que, como Somalia, corre hacia su desintegración y hacia el olvido.

Albert Camus, horadando sin cesar la voluntad, el miedo a sentir y a poner nombres a lo sentido. También en Monrovia, en esta Liberia donde la vida es tan barata, donde tanta muerte estúpida e inútil se reparte cada día.

La tarde extiende sus grandes franjas de luz sobre el mar. Gris, azul, plata vieja. Mi mar incesante. El que voy a recordar desde este hotel Mamba Point: observatorio de primera línea sobre la guerra civil liberiana.

Ciudad-desolación. No se vislumbra otro porvenir que el sufrimiento. Seguirán matándose sin testigos. Entonces dejo de escribir. Paso la página. Acaso sobrevivo. Olvido.

Contra el mar de la tarde, un grupo de jovencísimos guerrilleros baja hacia la playa. La luz los recorta espléndidamente: son cinco y todos van armados. Otean el extremo de la playa en busca de enemigos. Ni rastro. No habrá disparos. No esta vez. La pieza podría titularse *Los krahn*. Un miedo antiguo y fundamental. Un orgullo instantáneo. El placer que los niños sienten al empuñar armas de fuego. El placer que puede proporcionar ser dueño de la vida y la muerte. Un joven carpintero de quince años, convertido en guerrillero, se ofrece a cortarle el cuello a un krahn. Sólo por un poco de dinero. «Mientes. Tú no has matado todavía a nadie». «Si quieres que te lo cuente tendrás que pagarme, pero yo ya he estado metido en unas cuantas broncas». La muerte azul. Contra un mar hermosísimo. Cómo no tener miedo.

EL SUEÑO IMPOSIBLE DE LIBERIA

En Monrovia, el hombre es un lobo para el hombre. Liberia hace hoy más que nunca honor a su nombre: es el lugar más libre de la Tierra, donde cualquiera puede dar rienda suelta a sus instintos más criminales sin que sufra el menor castigo por ello. Eso lo saben bien las pandillas de jóvenes desharrapados que controlan una ciudad fantasma convertida en capital del honor, donde cometen con absoluto desprecio e impunidad crímenes de una crueldad espeluznante. A los periodistas extranjeros les protege el color de su piel y su trabajo, no tienen nada que temer si se limitan a ser testigos y a no intervenir: pueden asistir en directo a un asesinato y tomar primeros planos del placer de los verdugos y del pavor de las víctimas.

Liberia recibió un nombre tan hermoso como su geografía: un territorio elegido en la costa occidental de África por sociedades filantrópicas norteamericanas a comienzos del siglo pasado con la pretensión de redimir a los esclavos negros que fueron arrancados de su tierra para contribuir al desarrollo del incipiente capitalismo americano. El experimento se convirtió en una tragedia sin fin. La destrucción de Monrovia a manos de niños y adolescentes entregados al asesinato y el pillaje bajo el pretexto de rivalidades étnicas no es más que el penúltimo episodio del desastre, que la codicia de Occidente no ha hecho sino propiciar echando gasolina a un fuego que ahora no sabe ni quiere apagar. Las ruinas de Monrovia son el testimonio de un fracaso. Por las largas avenidas sólo caminan sombras. Ni una sola casa se ha librado del saqueo. Los incendios y las bombas han reducido a escombros peluquerías, restaurantes, tiendas de ultramarinos, ministerios, escuelas, iglesias y bancos. En medio de la calle puede uno darse de

bruces con los restos de un hombre comido por los perros y devorado minuciosamente por las moscas. Y cruzarse con los amos de la tierra: jovencísimas bandas de asesinos, orgullosos de su falta de piedad, con pinturas de guerra en el rostro, pelucas y cascos atrabiliarios, armas de todos los calibres, puñales, lanzas, fusiles, revólveres, pinchos, estacas o machetes. Cualquier artilugio sirve para herir y para matar al enemigo. Y el enemigo son los otros. *Generales* de trece, quince y diecisiete años, con nombres de guerra tan vistosos como *Baby Rock* ('Niño de Piedra'), *Two Feet* ('Dos Pies'), *Fuck me Quick* ('Jódeme Rápido'), *Fire the Town* ('Quema la Ciudad'), *Power* ('Poder'), *Sadam Hussein*, *Tito*, *Castro* o *Franco* azuzan a secuaces de entre nueve y dieciocho años, que gritan como posesos mientras descargan sus Kaláshnikovs contra el enemigo de etnia, de partido, de barrio, de esquina.

La batalla de Monrovia es una guerra entre mozalbetes sucios, borrachos y *colocados*, que eliminan en manada a un prisionero, le cortan el sexo, se untan con su sangre, se comen sus vísceras. Hace tiempo que no obedecen a nadie, incluidos sus jefes, como Charles Taylor, el líder del Frente Patriótico Nacional de Liberia (NPFL, que desencadenó en 1989 la guerra civil contra el dictador Samuel Doe), o Roosevelt Johnson, jefe del Movimiento Unido de Liberación para una Liberia Democrática (Ulimo J); y así hasta otros siete u ocho que ocultan sus ambiciones de poder y de control económico bajo el sudario de rivalidades étnicas que se han dedicado a exacerbar hasta el delirio. Derrochan munición, utilizan lanzagranadas anticarro para matar a un adolescente armado como ellos y exhiben una violenta chulería que han aprendido en los estereotipos más burdos del cine estadounidense. No en vano Liberia es un contrapunto africano de la tierra que la pensó: su moneda es el dólar liberiano, su bandera cuenta con rayas blancas y rojas con una estrella blanca sobre fondo azul, sus taxis son amarillos y sus policías visten uniformes calcados de los neoyorquinos. Su violencia se parece a la de algunos barrios abandonados a su suerte de las grandes capitales estadounidenses. Pero aquí es toda una ciudad la que ha sido sometida a la destrucción y todo un país el que marcha a la deriva, mientras la mayor parte de su población de dos millones de habitantes sufre las penosas consecuencias de una guerra civil devastadora que ya se ha cobrado más de 150.000 muertos (aunque otras estimaciones elevan el número a 300.000), ha partido el país en un puzzle étnico y político imposible de encajar y ha hecho huir hacia los países limítrofes a casi 800.000 civiles. Pero la dolorosa suerte de Liberia se trazó hace tiempo.

Hay costumbres labradas en la memoria de la especie y que en el caso de Liberia marcaron a algunas de las tribus que primero poblaron el territorio, como la de coronar el cuerpo decapitado de un guerrero con la cabeza de un becerro, o viceversa: coronar un becerro decapitado con la cabeza de un hombre. El relato procede de las guerras entre clanes del interior de Liberia en el siglo XIX y no desmerece de algunos episodios vividos en la guerra total que hoy desgarró el país, calificada por politólogos sin escrúpulos como «de baja intensidad», ya que escapa por completo a las jerarquías de la guerra fría y discurre en la periferia del sistema mundial. Lo que sin embargo no obsta para que Francia facilite armas a Taylor a través de Costa de Marfil, una compañía luxemburguesa reciba la concesión para explotar una mina de oro en el monte Nimba y

otorgue al mismo Taylor un millón de dólares (1.250 millones de pesetas) y que otros grupos se beneficien del comercio de diamantes que controlaba la comunidad sirio-libanesa o la exportación de caucho, que, según la embajada de Estados Unidos en Monrovia, ha alcanzado el mismo nivel que antes de la guerra civil gracias al comercio ilegal practicado por todas las facciones.

Liberia agoniza en los márgenes del mundo, mientras los *marines* que protegen su legación en Monrovia, atrincherados como en los fuertes del *salvaje oeste*, asisten impasibles a la destrucción de un país. Es prácticamente todo un continente el que vive a la deriva, pese a seguir siendo sus materias primas objeto de la codicia de las multinacionales. Liberia ha sido un ejemplo palmario de esa explotación al margen de los intereses de la mayoría del pueblo. Ciertamente que las sociedades secretas —como los Leopardos, los Nigu o los Kela—, que han nutrido el mito y la historia de numerosas tribus liberianas, han practicado ritos sangrientos en los que aplicaban de forma espectacular una muerte «súbita, brutal, imprevisible». Esos ritos han encontrado su versión contemporánea en las jaurías de jóvenes sin ideología ni piedad que imponen su ley en las calles de Monrovia, con los torsos desnudos, pintados con caolín, con talismanes de supuesta invulnerabilidad, tocados femeninos y el atributo máximo del Kaláshnikov, la bayoneta o la granada de mano. Si en el siglo XIX las sociedades secretas luchaban a su manera contra el dominio de los congos, pertenecientes a la *oligarquía* de esclavos emancipados de las plantaciones de Estados Unidos, devueltos a la tierra de promisión africana y que establecieron una suerte de colonialismo negro sobre los indígenas, buena parte de la guerra que hoy desangra Liberia tiene su origen en una nueva vuelta de tuerca de ese pecado original.

Aunque buena parte de los esclavos libertos rechazaron como una humillación el volver a África como hombres libres, muchos otros siguieron la senda abierta por el capitán Robert Stockton, agente de la American Colonisation Society que el 15 de diciembre de 1821, tras fondear sus navíos *Shark* y *Alligator* en el estuario del río Mesurado, solventó las acusaciones de esclavismo poniendo su pistola en la cabeza del rey Pedro y obligándole a dejar su marca en el tratado por el que cedía cabo Mesurado y los terrenos adyacentes a la sociedad filantrópica que había financiado la expedición. Así nació la primera colonia estadounidense en el continente africano. Primera república africana que obtuvo la independencia, tan lejos como 1847, los fuertes vínculos políticos y comerciales con Estados Unidos se mantuvieron hasta época muy reciente. Paradójicamente, los nuevos colonos no sintieron la necesidad de extender a los indígenas el mismo amor a la libertad que tanto les había costado conseguir, hasta el punto de que, convencidos de que llegaban a Liberia con un mensaje de civilización y cristianización, impusieron a los autóctonos un régimen de trabajos forzados que cabría calificar de esclavitud. Este panorama se mantuvo a lo largo de casi cien años, hasta el punto de que en 1930 Londres y Washington rompieron relaciones diplomáticas con Monrovia durante cinco años ante el escándalo que supuso la venta de esa mano de obra a colonos españoles de Fernando Poo (la actual isla de Bioko, en Guinea Ecuatorial). En fecha tan reciente como 1960, Liberia fue

condenada por la Organización Internacional del Trabajo a causa de sus métodos de reclutamiento de mano de obra.

Desde muy pronto, el poder fue monopolizado en Liberia por el True Whig Party, que logró mantener su maquinaria de control absoluto hasta el golpe de Estado del sargento indígena Samuel Doe en 1980. Doe, miembro de la minoritaria etnia krahn, inició su purificación de la vida política liberiana ejecutando en la playa a todos los ministros del Gobierno que derribó. Los asesinatos y los enterramientos en la playa son una costumbre que los más aguerridos lugareños han mantenido, hasta el punto de convertir a menudo uno de los mares más hermosos de África en uno de los más inhóspitos. La clase dirigente del True Whig Party mantenía férreamente al margen de la Administración y del poder del Estado a los autóctonos o nativos del interior, quienes muy raramente lograban acceder a puestos subalternos. Durante la presidencia de William Tubman, entre 1944 y 1971, las graciosas concesiones a compañías extranjeras alcanzaron tal calibre que Liberia fue conocida como *República Firestone* durante mucho tiempo. Compañías estadounidenses también obtuvieron generosas oportunidades para la explotación de las minas de hierro de Bomi Hills. Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la pérdida de las plantaciones de caucho de Malaisia e Indonesia, que cayeron bajo control japonés, los aliados vieron en las de Liberia, explotadas por la Firestone desde 1926, un verdadero Estado dentro del Estado, la solución para abastecerse de esta materia estratégica. Desde 1942 se extendió y modernizó la red viaria y se agrandó el aeropuerto privado de la compañía, entonces el único existente en todo el país. Pero la entrada masiva de capital exterior no sólo no mejoró la situación general de los liberianos, sino que exacerbó las diferencias sociales e incrementó la hostilidad de la población nativa hacia los descendientes de aquellos primeros esclavos libertos, calificados de *freemen* ('hombres libres') o congos. Lo poco que Tubman hizo para limar las diferencias entre los *freemen* y los indígenas fue precisamente borrar esa distinción del documento de identidad liberiano. El sucesor de Tubman, William Tobert, no sólo estimuló los valores de la libre empresa (que propició el capitalismo salvaje: hasta el 90% de los activos del país llegó a estar en manos extranjeras), sino que persiguió hasta tal punto la disidencia política que incluso Estados Unidos tuvo que llamarle la atención por sus continuas violaciones de los derechos humanos.

El golpe militar de Samuel Doe concedió por primera vez cuota política a los nativos, pero basó su poder en la etnia krahn (apenas el 5% de la población del país) y pronto degeneró en una de las más violentas y corruptas dictaduras africanas. Las presiones del socio estadounidense para maquillar la vida política le hizo convocar unas elecciones en 1985, que naturalmente ganó. Pero los partidos de oposición empezaron, pese a la represión, a actuar en toda Liberia, muchos de ellos exacerbando su base étnica. El país entró en una espiral de violencia que acabó propiciando su práctica desintegración con el surgimiento de la guerrilla en 1989. Al año siguiente ya operaban cuatro movimientos guerrilleros, de obediencia tribal, que se hacían la guerra entre sí bajo pretextos políticos, pero que desencadenaban matanzas de etnias rivales en las que el pueblo liberiano comenzó a ser el máximo perdedor. Uno de los jefes guerrilleros, Prince Johnson,

capturó a Doe y lo ejecutó tras someterle a todo tipo de vejaciones y crueldades, que fueron grabadas y difundidas a todo el mundo para escarmiento y horror. Liberia entraba en una fase de depravación de la que no se ha liberado. En febrero de 1991, la Comunidad Económica de los Estados de África del Oeste (Cedeao) creó una fuerza de interposición (Ecomog), formada en su mayor parte por tropas de Nigeria, que si en principio fue presentada como un modelo de pacificación para toda África pronto se reveló impotente y partidista, al margen de las acusaciones de aprovechar el caos generalizado para sacar su tajada en el negocio del saqueo de Liberia.

Cuando la ensalada de tiros entre facciones arrecia en las calles del antiguo distrito diplomático de Monrovia, los camareros del hotel Mamba Point, el único que mantiene abiertas sus puertas gracias a la habilidad y coraje de sus propietarios libaneses, se sientan en el suelo de los pasillos a esperar que escampe. Uno de ellos lee «para evitar el terror». El cuento que tiene entre las manos se titula *El mejor amigo del hombre*. En Monrovia, una ciudad devastada, hasta en un lobo encontraríamos más humanidad que en muchos jovencísimos *freedom fighters* ('combatientes por la libertad') que no conocen la piedad y practican una ideología que les lleva a la aniquilación. Alguien debería decirles que disparan en la dirección equivocada.

UNA ISLA EN MEDIO DEL FANGO: Las nuevas llamaradas de la guerra civil liberiana diezmaron la colonia extranjera. Estados Unidos organizó una vasta operación de rescate para sacar de este desgraciado país africano a los occidentales. Prácticamente todos los españoles optaron por el éxodo. Entre los que se quedaron, tres religiosos de San Juan de Dios y una monja de la Inmaculada Concepción. Los cuatro se han negado a abandonar Monrovia a pesar de la devastación, el miedo, la violencia desatada y los consejos de las diplomacias española y estadounidense. Los cuatro trabajan en el hospital Saint Joseph de Monrovia, que no sólo es el único que verdaderamente funciona en la capital del horror, sino que puede ser considerado como uno de los mejores de África en su género. Se trata de una verdadera isla en medio del fango en el que se hunde Liberia.

El director del hospital es un burgalés de 56 años, Justino Izquierdo, que lleva en Liberia 24 de los 30 años que ha entregado a África. Si algo ha aprendido de los africanos es una filosofía de la vida en la que el futuro no existe. «Sólo vivo el día presente», declara el hermano Justino ante el hundimiento total del país creado en África Occidental para acoger a antiguos esclavos emancipados. Algo insólito tratándose de un religioso de los Hermanos de San Juan de Dios, aunque Izquierdo, que ha conseguido evitar que su impecable clínica corriera la misma suerte de saqueo y destrucción que el resto de los edificios públicos y privados de Monrovia, desborda buen humor y una ironía que le han protegido de «golpes, contragolpes y tres guerras. En el 90, cuando pasamos 41 días encerrados en el hospital; en el 92, cuando Charles Taylor atacó la ciudad, y ahora». Justino Izquierdo no da mayor importancia a lo que hace: «Lo nuestro es vocación y no aventura». Sin embargo, el misionero de San Juan de Dios no se muerde la lengua

cuando señala directamente a Occidente como «responsable de todo lo que ocurre en Liberia, por los intereses económicos de las multinacionales y la venta de armas a las facciones».

Admite el director del hospital Saint Joseph—un vistoso edificio de dos plantas, pintado de verde, limpio y ordenado, con farmacia, laboratorio, quirófanos y maternidad, en el que trabajan 200 liberianos—, que en los últimos tiempos no han llegado a sentir que su vida corriera peligro, aunque confiesa que el que diga que no tiene miedo «o miente o disimula mejor que nadie». A los españoles se han sumado cuatro salesianos anglosajones que buscaron refugio en el centro médico para poder seguir con su tarea en Liberia.

El hecho de que la clínica esté levantada a un kilómetro escaso de la embajada de Marruecos, convertida en su residencia particular por Charles Taylor, gravita como una pesada sombra sobre el hospital Saint Joseph. Aunque cuentan con la protección de siete soldados de Ecomog (la fuerza de paz interafricana), ha sido el propio Taylor —«tuvimos que recibirle hace unos días, cuando vino a visitar a uno de sus *generales* herido por un disparo de otro *general*», cuenta el hermano Justino— el que ha vetado la quema del hospital, no en vano sus propios guerrilleros son espléndidamente atendidos en el Saint Joseph. «Llegan muy gallitos y orgullosos, drogados, con su Kaláshnikov o su navaja, que intentamos que dejen en la puerta. Pero al cabo de unos días lo único que quieren es cariño», relata el director mientras admite que «una generación de liberianos, tras seis años de guerra, se ha perdido». Una pequeña eternidad de niños dedicados a la violencia y al crimen en lugar de estar en la escuela.

Justino Izquierdo y sus compañeros de misión tienen muy clara la importancia de permanecer en el país a toda costa: «Es un signo de esperanza para ellos en medio del desastre. Si nos fuéramos, los 200 liberianos que trabajan aquí se irían y el hospital sería saqueado y abandonado». En el centro trabajan cinco médicos locales. La directora médica de la clínica es una liberiana de 46 años, Lily M. Sanvee, que estudió la carrera en Pamplona y pone al mal tiempo de su país la buena cara de su trabajo de cada día: «¿Qué otra cosa podemos hacer?». Es la misma presencia de ánimo que muestra Teresa Marcos, una vallisoletana criada en un pueblo de Zamora, misionera de la Inmaculada Concepción, que prefiere ocultar su edad y a quien la vocación le llegó de adulta, no de niña. Cuando se le pregunta si es bien tratada por sus compañeros, no en vano es la única monja que decidió quedarse cuando la violencia prendió en Monrovia a comienzos de abril, vuelve a las verdades simples que acaso sirvan para explicar las razones de estos religiosos que ponen más empeño en mejorar la vida real de la gente que en rezar: «Si no fueran buenos no estarían aquí».

El hermano José Antonio Soria, de 33 años, natural de Muhedas de la Jara (Toledo), es enfermero y la de Liberia, su segunda escala africana después de Camerún, es su «primera guerra». Cuando se les planteó la posibilidad de abandonar el país en los helicópteros estadounidenses, lo tuvo claro: «¿Por qué voy a irme si aquí hay mucho trabajo que hacer?». Soria es especialmente crítico con el Gobierno de transición formado por los líderes de las principales

facciones tras los acuerdos de paz firmados en agosto pasado: «Todos ellos se dedicaron a llenar Monrovia de armas ante la pasividad de los soldados nigerianos de Ecomog».

El administrador del hospital, José Sebastián, nacido en el pueblo segoviano de Cozuelos hace 58 años, no pone reparos a sacar una radiografía cuando es menester. Lleva dedicado a Liberia desde 1969 y ha seguido desde primera línea «el continuo declive del país, que en los últimos seis años ha sido tremendo». Considera a los liberianos «un pueblo especialmente difícil de tratar, por su orgullo», y ha sufrido en su propia carne la dureza de las cárceles del país en dos ocasiones. Pero a pesar de todo, de la desintegración de Liberia, del saqueo de Monrovia y de la crueldad sin fin que los jóvenes guerrilleros aplican en las calles, está convencido de la utilidad de su misión. «El hospital Saint Joseph lo conoce todo el país y siempre recibió críticas porque era el único que funcionaba en toda Liberia». No es de extrañar que ahora los enfermos, a los que se les cobra una cantidad mínima, no quieran abandonar el centro cuando se les da el alta: «¿Dónde van a estar mejor que aquí, con luz, agua y tres comidas al día?», se pregunta con suave sorna el hermano José.

Desde el pasado 6 de abril, cuando la guerra regresó con toda su furia, el Saint Joseph ha atendido a 693 heridos, 300 de bala y el resto de accidentes diversos, sobre todo de circulación. Los vehículos fueron la primera víctima del pillaje. Del total de los ingresados, 30 perdieron la vida. La capilla ha sido «ocupada» para ampliar la sala de urgencias. «¿Para qué hace falta una capilla en un hospital si se necesita espacio útil? Hasta la iglesia la hemos empleado como almacén de alimentos durante meses», se justifica con vigor el hermano Justino. El recorrido por las instalaciones, que son un modelo de organización y eficacia insólitos en un África de clínicas malolientes, sucias y abandonadas de la mano de Dios, concluye ante los tres nuevos generadores donados por la Unión Europea en octubre pasado, cuando la tregua entre todas las facciones que han dinamitado Liberia parecía conducir por fin a un posible futuro de paz. Una esperanza enterrada. Pero a pesar de todo la luz del Saint Joseph sigue encendida en la noche de Monrovia.

Lunes, 20 de mayo

Siempre el mismo mar: cambiante, imprevisible, incapaz de quedarse quieto un solo instante para que lo registre la memoria. La ventana de la habitación número 9 del hotel Mamba Point da al mar. Eso alivia del peso de los barrotes. Hay otros que no son fáciles de atravesar. Me hubiera gustado hablar con ese feroz guerrillero krah que corría semidesnudo con una mano humana recién amputada en la boca. Me hubiera gustado preguntarle, vencer mi propio horror con palabras que pusieran nombre al horror, para indagar en los espacios a oscuras, donde la conciencia es delgada como un hilo de luz o de voz. Después sobrevino el aguacero: violento y purificador, como si los dioses hubieran decidido conceder una tregua a tanta desolación, tanta crueldad, tanta desdicha. Me miro en el espejo y no sé cómo preguntarme. No sé ser tan profundo como Albert Camus, al

que sigo aquí, a duras penas, en su análisis del absurdo. Trato de sacarle a la calle conmigo, pero no para leer, sino para ver y poder entenderlo. Todo este absurdo y sus propias razones. La luz es dura, el calor atroz. Pero los adjetivos habría que reservarlos para otros fenómenos, otros comportamientos, otros seres que parecen efectivamente humanos. Porque llega un momento en el cual la mera descripción de lo que los ojos se encuentran en la calle no basta. Así es cada día en Monrovia. Demasiado cargado de absurdo, de crueldad que se dobla a sí misma cada cierto tiempo, y nos deja helados, sin voz, con la mente atónita, mientras la memoria no cesa un solo segundo de grabar. Como ese mar, ahora tan inquietante, tan erizado de peligros, tan infranqueable, tan poco reconfortante. Me quedo largo rato contemplando la violenta tormenta tropical y siento que puedo sentirme mejor, escribir acerca de lo que he visto hoy, y luego dormir, y no endurecerme, y salir de aquí, y seguir queriendo lo que quiero.

Naufragio. Así se podría describir la situación de la mayoría de los que viven en el hotel Mamba Point. Los libaneses han conseguido —mediante transacciones financieras y de otro tipo— seguridad para su establecimiento y sus huéspedes, agua, electricidad, comida y líneas telefónicas. El griego y su familia local no pueden abandonar el recinto, o prefieren no arriesgarse a hacerlo. El personal, autóctono en su mayor parte, salvo un cocinero oriental, vive con pánico los momentos de combates en los alrededores del hotel. Los periodistas, una buena parte de ellos, al menos, salen todos los días a recorrer las calles de la ciudad, donde se encuentran escenas delirantes: niños desafiando a las balas, jugando a la guerra con armas de verdad, cadáveres comidos por los perros, o yaciendo bajo la lluvia recién *fabricados* por una bala, guerrilleros capaces de cortar una mano de un tajo y de ponérsela en la boca a modo de atributo guerrero. Para abandonar el país, los periodistas deben recurrir a los helicópteros de la embajada de Estados Unidos. No son seguros y las plazas son siempre inferiores a la demanda. El hotel está rodeado por el mar y una ciudad aniquilada, tierra de nadie, líneas de un frente más o menos estable, bandas de asesinos, destrucción y peligro incierto. La temporada de lluvias está a punto de iniciarse y los aguaceros son frecuentes y brutales. El mar se encabrita y amenaza con salirse de su lecho, y barrer los escombros de una ciudad que en buena parte debería ser completamente arrasada para poder ser reconstruida. Pero hay otros escombros en la memoria que ningún bulldozer moral podrá retirar completamente. En el hotel Mamba Point, los naufragos, rodeados de agua (lluvia torrencial y mar embravecido), crueldad inaudita, absurdo y destrucción se enfrentan a sus propias pasiones y conciencias. La noche cae.

Martes, 21 de mayo

«CALÍGULA (*apartado, en tono neutro*). Los hombres mueren y no son felices».

[Digamos que se trata de la primera premisa.]

«HELICÓN (*después de una pausa*). Vamos, Cayo, es una verdad a la que no nos acomodamos muy bien. Mira a tu alrededor. Eso no les impide almorzar».

Digamos que se trata de la segunda premisa y que han sido halladas al azar (es decir, esta misma noche y en Monrovia. Tal vez la última noche en mucho tiempo o la última noche para siempre). La conclusión es casi obscena: así es. No hemos dejado de ver escenas espantosas, pero eso no nos ha impedido seguir almorzando (tres, a veces dos, comidas al día) y durmiendo. No sentíamos necesidad de no hacerlo: para poder seguir dando cuenta del horror hay que comer, porque dejemos de comer no va a terminar. Pero la primera premisa sigue siendo dolorosamente real.

Llega un momento en que la mente y el corazón se resquebrajan. El naufrago no resiste más. Entonces sale a la calle. Según su carácter enarbolará una bandera blanca o un fusil ametrallador, se disfrazará o buscará la muerte con el pecho desnudo. También cabría otra opción si mañana, como es más que probable, se rompen las delgadas esperanzas de partir: ponerse manos a la obra, empezar a escribir aquí, y más después de haber encontrado esta gema en el libro de Albert Camus que he terminado de leer esta noche: «*El castillo* [de Franz Kafka] es, quizá, una teología en acción, pero también y ante todo la aventura individual de un alma en busca de su gracia, de un hombre que reclama a los objetos de este mundo su secreto real y a las mujeres los signos del dios que duerme en ellas».

Miércoles, 22 de mayo

El tiempo inmóvil. Sin posibilidad de romper el cerco. A expensas de una intervención exterior. Los guerrilleros y sus familias están cercados en el antiguo Campamento Barclay de Instrucción Militar, rodeados por una marea hostil que no deja de hostigarles. Este hotel varado frente al mar forma parte de esa marea que ha carcomido y arrasado toda la ciudad, que ha cortado los puentes con el mundo exterior. El único enlace físico con el mundo de fuera es el que establecen los helicópteros estadounidenses que aterrizan dentro del recinto fortificado de su embajada con las ametralladoras antiaéreas apuntando al enemigo innominado. Pero hace días que no hay espacio para periodistas. Es todavía pronto para angustiarse. Pero el tiempo queda suspendido, inmovilizado, cuando la fecha prevista para partir comienza a ser aplazada una y otra vez. Entonces entra en juego otra realidad, y la mente busca entretenimientos para que no prospere la desesperación.

La fotógrafa Corinne Dufka, una de las personas más valientes que conozco, sabe muy bien qué límites no debe nunca traspasar para obtener una fotografía, y también cuándo se convierte ella en un elemento desencadenante de la historia, cuando su presencia hace que los actores actúen para ella, y no sólo adoptando poses que estiman favorecedoras, sino ejecutando acciones que pueden resultar impresionantes para el periodista: como cuando le quisieron cortar el sexo a un prisionero. Sus palabras («no es necesario que hagan eso para los periodistas, es un ser humano») acabaron convenciendo, por aquella vez, a los combatientes convertidos en torturadores y

asesinos. La reflexión, aplicada al teatro, se me ocurrió en la interminable noche pasada, en la que se me vinieron a la cabeza todas las imágenes atroces que hemos ido recopilando desde que, hace nueve días, llegamos a Monrovia. Vino esto a cuenta de la pieza que había soñado sobre este hotel Mamba Point, un enclave que reúne todos los ingredientes para mezclar a Tennessee Williams con Bernard-Marie Koltès. Los ventiladores, el aire acondicionado, el calor húmedo y pesado, las pieles sudorosas, la tormenta tropical, el rumor del mar, la vegetación frondosa y la guerra civil. De la otra parte, los personajes: los hermanos libaneses (uno, el director, más grande y orondo, con la familia en Beirut, siempre vestido con un niqui, bañador, zapatos con calcetines y radiotransmisor; el otro, el administrador, también calvo, pero mayor, con bigote, pitillo con larga boquilla, vestido por entero y también con radiotransmisor); el camarero liberiano, cordial y siempre asustado que habla español porque trabajó en las islas Canarias; el planchador, pequeño, oscuro y esquinado; el barman, con el cutis reventado y mirar estrábico; el empresario griego arruinado, que se pasa el día hablando de faxes que deben llegar de Londres o Nueva York y que se presta gentil a contarle su batalla a cualquier periodista que se ponga por delante; su mujer o amante, negra de Monrovia, elegante, provocativa, una mujer en un mundo de hombres que se pasa buena parte del día sin salir de su cuarto, bebiendo, fumando, pintándose las uñas, viendo la televisión o durmiendo; su hija (no se sabe si también del griego), mulata, de 17 años, niña con ganas de dejar de serlo y jugando a encender las miradas de los periodistas a los que el largo encierro encela; el *general* de Taylor, su hombre en el hotel, que por el día dirige combates, reparte munición entre sus hombres y bofetadas y golpes con largas varas sobre el lomo de los saboteadores, chulo y seguro de sí mismo, encargado de la protección del hotel, que por la noche aparece duchado e inmaculado para sentarse invariablemente a la mesa de la CNN; el encanecido corresponsal en la zona de la agencia France Presse, cuya oficina ha sido saqueada, que pasa las horas muertas sonriendo lánguidamente, mirando al mar, atendiendo el teléfono o leyendo las crónicas que escribe el enviado por la agencia desde Abiyán; el cocinero japonés; las visitadoras; personal flotante; los familiares libaneses, y los periodistas: cuatro alemanes, dos estadounidenses, tres franceses, dos turcos, cuatro italianos, una etíope de la radio canadiense y dos españoles. Toda esta larga presentación de líneas que se cruzan formando una gran parrilla sobre la que poner a asar la acción viene a cuento de la tentación: la que el autor a veces siente de inmiscuirse en el drama para desencadenarlo. Este mismo mediodía, cuando de la embajada de Estados Unidos volvieron a anunciar la cancelación del vuelo del helicóptero que debía sacarnos a once periodistas de aquí y vi en su habitación, bebiendo y tentadora, a la esposa-amante del hombre de negocios griego.

VUELO FREETOWN-AMSTERDAM

Jueves, 23 de mayo

Diarios, trazos en el agua fútil, en esa pizarra de la noche que apenas se atisba desde aquí, bajo

este foco que es casi un flexo y que adensa la sombra de mi puño moviéndose sobre el cuaderno como un animal que deja rastro. Salimos del hotel Mamba Point en cuanto cesaron los combates en la zona, dentro del camión de la carne y los víveres, pero con las puertas traseras abiertas: mis piernas eran dos de las que asomaban al exterior, por eso pude despedirme reiteradamente de la ciudad. El helicóptero ruso aterrizó apenas unos minutos después de lo previsto dentro del campamento de Ecomog y no detuvo del todo sus aspas. Entramos en Monrovia hace diez días, en un helicóptero estadounidense, y la abandonamos en uno ruso. Mi memoria está llena: imágenes del horror y alguna nueva certeza, también sobre mí mismo. Ahora, mientras el avión huye de África hacia la fortaleza Europa, todo el cansancio prende en mis párpados y los aploma. El caos y la desorganización que se vive en muchos aeropuertos de este continente tienen como ventaja que los amantes puedan despedirse como en las películas soñadas: al pie de la escalerilla y entre lágrimas. Pero esa es otra historia. Diarios, trazos en el agua mientras la noche, que ya se nos echó encima hace tiempo, a su manera nos arropa.

El fin de una estancia que amenazaba con convertirse en claustrofóbica sobrevino gracias a la pericia y determinación de un periodista de la televisión alemana: contrató los servicios de un helicóptero ruso que nos sacó del agujero de Monrovia a diez reporteros. Desde entonces, el tiempo no ha dejado de acelerarse progresivamente.

BRUSELAS

Jueves, 25 de julio

El miedo sigue vivo, pero vuelvo a ser el que da el paso hacia un oscuro y acaso cada vez más peligroso deber. Pero también sé que además del riesgo y del viaje, de los ojos y de los oídos abiertos, hace tiempo que ha llegado el momento de estudiar para ahondar en la mina insondable de África. Ahora ya tengo el ejemplo de Kapuściński: para trazar mi negra rosa de los vientos. O mi rosa de los vientos negra.

VUELO PARÍS-BUJUMBURA

Sábado, 27 de julio

No basta con poner palabras conmovedoras al desastre: es preciso indagar en los motivos del miedo y en las razones del odio, que la historia siga sirviendo para explicar la frecuencia de la sangre, aunque las palabras (y menos las que se publican a miles de kilómetros del lugar de los hechos) no sirvan para enjugarla ni para que no vuelva a fluir.

Por supuesto que la voluntad tiene su papel cuando en el último viaje a África (Angola y Liberia) el primer volumen de las recién publicadas *Obras completas* de Albert Camus se

convierte en compañero de viaje. Lástima que en la redacción cambiaran el título y las primeras frases del primer crimen al que asistí en Monrovia, porque «Asesinato en Monrovia» era una directa evocación de *El extranjero*. Por eso no deja de resultar paradójico —a pesar de la voluntad— que en este nuevo viaje (con la guerra civil en Burundi como destino) lleve conmigo el segundo volumen de esas *Obras completas* y que sea además *El malentendido* la primera que me sale al encuentro, con palabras atroces como las que, nada más comenzar la pieza, pronuncia la madre: «Es más fácil matar lo que no se conoce».



BUJUMBURA

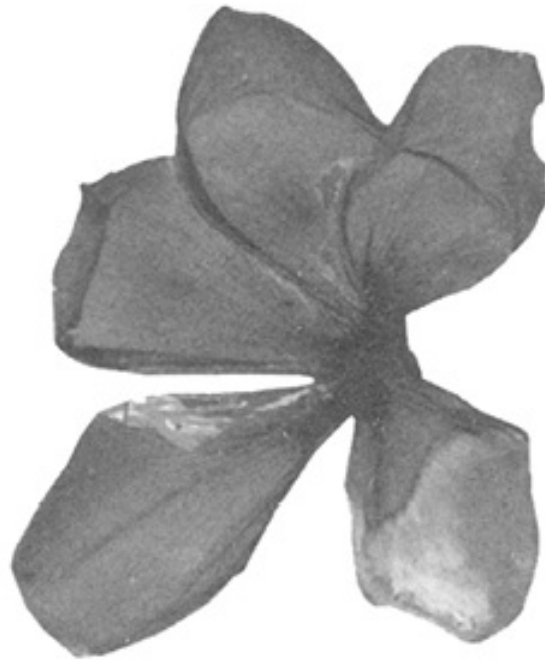
Domingo, 28 de julio

¿Qué decir de las orillas del lago Tanganica, que baña Bujumbura, testigo de tanta muerte desde hace casi treinta años? El tiempo es un bien incomprensible al que nos asimos como si tuviera la consistencia del oxígeno. Será que también escribo para vivir, mientras observo la veloz desaparición del sol.

Martes, 30 de julio

Estoy en Bujumbura para algo. No se pueden desaprovechar estas oportunidades para pronunciarse contra el estado general de las cosas, contra la condena inapelable, contra la facilidad de la sangre y la costumbre de la muerte, contra la impunidad de los asesinos y la complicidad de cada uno de nosotros y de nuestros gobiernos. Una pluma puede ser como un

berbiquí de diamante en el cristal blindado de la conciencia. Mientras África agoniza no puedo permitirme el lujo de desperdiciar ni un solo minuto del tiempo que tengo la suerte de pasar aquí.



Miércoles, 31 de julio

«Así están perdiendo la guerra». El comentario es de Corinne Dufka, que no pide permiso y toma su fotografía de forma rápida y disimulada, pero sin robarla, de un grupo de soldados del monoétnico ejército burundés, sentados en un bar de Cibitoke, al norte del país, bebiendo grandes botellas de cerveza Primus y comiendo pinchos morunos de cabra. Son nuestra escolta. Entre ellos están los dos que, tras una parada en el camino desde Bujumbura, nos quisieron proteger desde más cerca y se sentaron en la trasera de nuestro vehículo. Ellos fueron los que después instruyeron al chófer de su propia camioneta para que no sólo nos adelantara y nos dejara a la cola del convoy que circulaba por terreno sometido a las batidas de los rebeldes hutus, sino para que durante un buen trecho ocupara el centro de la calzada y nos impidiera el adelantamiento y situarnos en un lugar menos expuesto. Estampas menores de una guerra civil que desangra un pueblo ante la indiferencia general, aunque de improviso haya desembarcado un batallón de periodistas en Bujumbura para hacer creer (y creérselo ellos mismos) que están dando razón del fondo de las cosas. En días como éstos me doy cuenta de lo imprecisa, perturbadora, obscena, premiosa, superficial e inútil que es nuestra profesión, cuánto de buitres y murciélagos encerramos en nuestros cartílagos, cuánta suficiencia y error albergamos, cuántas medias verdades y mentiras enteras divulgamos, cuánto descreimiento y falta de verdadera humanidad destilamos. ¿Para qué? En días como éstos siento un asco indecible por mi trabajo y sueño con dedicarme al teatro, a algo

que esté a mi escala, que yo pueda controlar, que sirva para mejorar un ápice el estado general de las cosas. Eso sería un buen tema para el teatro: esta obscena vida de los reporteros que van de un charco de sangre a otro para mojarse las botas y luego contar, como unos exhibicionistas de su estúpido coraje, que han estado allí, que han *sobrevivido*. Triste supervivencia. De ese periodismo se quejaba Kapuściński, de esa falta de estudio y comprensión de los fenómenos, de la historia, de los asuntos y los sentimientos humanos. Tal vez por eso haya que dejar pronto este edificio antes de que la sangre se envenene para siempre.

Jueves, 1 de agosto

Porque cada noche, cada día de mi vida, debiera reservarme un momento así: sentado, solo, en silencio, ante una mesa (está muy bien esta larga mesa cubierta con un mantel blanco, que hace de este dormitorio una sala de estar, un escritorio y también una cocina), para dedicar unos instantes a parar el reloj, a ver el reflejo del día en el cristal tintado por la noche, a interpretar el silencio y los sonidos de la casa (o de este Novotel de Bujumbura, habitación 200), a pesar el cuco del corazón y a llamar con los nudillos y con la palma de la mano a la tabla del pecho, que a veces es un ataúd y otras una puerta. Escribo, que es también una forma intensa de vivir.

Viernes, 2 de agosto

Escribir. Como una forma de la elocuencia. Puntos de sutura de un tejido de oscuridad. Entre un poste clavado a la orilla del río y la pata de esta silla llena de miedo. Escribir, con la cabeza a favor de un banderín de enganche, con pájaros como África y muertos con los que no he dejado de encontrarme estos últimos cuatro años de mi vida, de Europa a este continente donde puedo dormir y recorrer las calles sin más temor ni más pesadumbre que las de siempre: cuando era niño y llovía con fuerza contra el cemento del patio y mi abuela estaba todavía viva. Una pluma no es más que un estilete, un hierro al rojo vivo contra la noche y las secuencias de palabras que se van superponiendo en el encerado del tiempo. Esta es mi tiza. Al menos sé que ya no puedo besar a una mujer impunemente si es que voy a pagar por ello. Jamás en África. Es como si corrigiera un error que he cometido mucho. No es que no sea el mismo hombre que se inclina sobre el cuaderno como cuando se arrodillaba en la soledad de su cuarto porque creía que Dios existía.

Los tambores atruenan en la pradera del hotel, junto a la piscina. Los *tambourinaires* visten túnicas tricolores: las de la bandera de Burundi, que tiene los mismos colores que la ikurriña vasca: verde, blanco y rojo. El estruendo me recuerda al de los tambores de Calanda que escuchamos hace unos días bajo las bóvedas del Reina Sofía durante el acto inaugural de la exposición dedicada a Luis Buñuel. En la acción de golpear con furia entusiasta la piel atirantada y curtida, sobre troncos vaciados (árboles que siguen resonando como si estuvieran vivos), reconozco una llamada al mundo primitivo, a los espíritus, que el tambor convoca a su presencia cuando la noche hace que la luz coagule y el cielo se oscurezca. Ocurre que nos acostumbramos al

fenómeno como si las explicaciones científicas sirvieran para deshacer todos los nudos. Ahora apenas desato el que une a los tambores terribles de la Semana Santa española con estos tambores febriles de Burundi, con baquetas que servirían para matar a una persona y que el jefe de la banda se pasa, con una habilidad endiablada, por el cuello como si se degollara, y siempre con una sonrisa obscena en la boca.

Sábado, 3 de agosto

He de reconocer que es como una fiebre infantil y devoradora. Después de años de copiosa abstinencia ha tenido que ser en Bujumbura donde me he dejado arrebatar por el ojo catódico: aquí he prorrogado cada noche el momento de dormir para seguir como un espectador encantado los Juegos Olímpicos de Atlanta, he saltado de alegría con Induráin —como un verdadero hincha—, he aplaudido de madrugada la victoria de Fernanda Ribeiro, la portuguesa, en los 10.000 metros y, sobre todo, he vibrado con los triunfos africanos en fútbol y atletismo. El atletismo me ha devuelto al pasado: primero a la adolescencia, cuando entrenaba como un atleta mientras no dejaba de soñar, precisamente, con la victoria en un estadio olímpico en una final de fondo. Después a la infancia, porque detrás de todo este delirio mundial de récords y banderas, de miles de millones de pesetas, de entretenimiento masivo, no hay más que una regresión a la infancia: quién corre más, quién salta más, quién tira una piedra o un palo más lejos, quién acierta a meter algo en un agujero. Como hacen los niños africanos y europeos, como hacíamos nosotros en la infancia.

VUELO BUJUMBURA- PARÍS

Domingo, 4 de agosto

Las máscaras acaban disponiendo su propio juego. Cuando dormían conmigo, enfrente de la cama, alguna vez imaginé una pesadilla africana: una araña que dormía desde hacía decenios en el interior de la madera, dura y olorosa, despierta una noche y desciende a conocer el nuevo mundo. En contacto con el aire y la noche de Europa la araña adopta un aspecto humano, acaso una mujer, acaso tan sólo una araña venenosa capaz de inocular un veneno que cambia el carácter y altera las fuentes de la memoria. Tres máscaras me acompañan en este viaje de regreso a Europa: tres máscaras de Zaire, el país del gran río, el que conduce al corazón de las tinieblas. Tres máscaras compradas en Bujumbura, extrañamente tranquila después del golpe de Estado de Pierre Buyoya. Las máscaras pasarán a formar parte de mi creciente colección: un diálogo intenso y silencioso con el alma del continente africano que deberé descifrar año tras año, como se descifra el libro en blanco de la propia vida. Cada máscara es un gesto y una evocación, una actitud y una certeza oscura, cada máscara enciende una respuesta y despierta una pregunta. Caminos que se entrecruzan en el gran silencio de la casa europea lentamente invadida por estos espíritus que yo voy trayendo y convocando desde el corazón de África y sus afluentes.

«APARTHEID» A LA BURUNDESA

El miedo y el odio no son patrimonio de Burundi, pero en este país de más de mil colinas son tan fáciles de respirar como el oxígeno. Si la sangre fuera tan fértil como el aromático café arábico que aquí se cultiva y es su principal fuente de ingresos, los 150.000 muertos de los últimos tres años habrían creado un grano rojo como la flor de Pascua. Tal vez porque el negro es el color de la piel de los más de seis millones y medio de burundeses, desde el burladero de Europa muchos caen en la tentación de reducir la violencia que aquí se masca y se reparte cada día a una tipología de estos pueblos agujoneados por un furor étnico que se manifiesta en la animadversión ancestral entre tutsis y hutus. El genocidio y el exterminio del otro no son un hallazgo africano, sino que en el suelo de la culta Alemania conocieron un cultivo intelectual genuino que los nazis aplicaron con eficacia industrial y la complicidad o la cobardía de buena parte de la población. Más recientemente, la antigua Yugoslavia ha sido un exhaustivo campo de experimentación de la *limpieza étnica*. Burundi, un diminuto país enclavado en el corazón de África, padece un *apartheid* en algunos aspectos equiparable al que la población negra sufrió a manos de la minoría blanca en Suráfrica. Esta opresión de negros por negros no es sino otra variante de la tradicional explotación del hombre por el hombre. Al igual que en Liberia, donde los congos o esclavos libertos llegados de Estados Unidos sometieron durante más de siglo y medio a los nativos, la minoría tutsi (14%), reforzada en su papel de etnia dominante «naturalmente dotada para el mando» por los *colonizadores* alemanes y belgas, controla casi desde la independencia todos los resortes del poder y sojuzga a la mayoría hutu (el 85% de la población), «dócil y especialmente dotada para los trabajos manuales», como la definían los primeros antropólogos con la bendición eclesial. Como en todas las historias de miseria, siempre hay un resto que se convierte en el felpudo de todos los agravios: los pigmeos twas (apenas el 1%), en el que las otras dos etnias hacen confluír el desprecio. Ésta es la dolorosa historia de un país que tras el encontronazo con Europa no acaba de hallar la manera de convivir sin aniquilarse y cuyo último episodio escribió el pasado 25 de julio el comandante Pierre Buyoya, un tutsi que ya conoció el sabor del poder y que con su acción pretende «poner término a las matanzas indiscriminadas, la indisciplina, la impunidad generalizada y la parálisis del Gobierno». De momento se ha encontrado con la oposición tajante de los estados de la región de los Grandes Lagos, escarmentados por el genocidio ruandés de 1994, que no sólo sembró casi un millón de cadáveres, sino que lanzó a dos millones de refugiados a tierras de Zaire y Tanzania. El futuro de Burundi no está escrito, pero la tragedia ha sido hasta ahora su género favorito.

Como dice el abogado Eugene Nindorera bajo el espléndido sol de Bujumbura, una ciudad de perverso aroma colonial, con mansiones coronadas por buganvillas y flores perpetuas frente a un mar interior llamado lago Tanganica: «El origen de nuestros sufrimientos no es un problema

étnico, aunque está claro que existen diferencias morfológicas y culturales entre las dos etnias». Curiosamente, a los tutsis no les gusta confesar su etnia y en general prefieren manifestarse como burundeses, mientras que los hutus no suelen tener reparo en admitir su linaje. Nindorera, que ha dedicado sus últimos años a luchar a favor de los derechos humanos en su maltratado país, se apresura a advertir que las diferencias físicas «no pueden justificar la violencia ni la utilización política del componente étnico. Se trata de una manifestación étnica del problema, que ha ido adquiriendo proporciones descomunales y puede abocarnos a la fractura total del país». La casi completa balcanización de Burundi, con los hutus refugiados en las colinas y los tutsis en las ciudades bajo protección militar, ha extendido una suerte de «solidaridad negativa, que lleva a justificar cualquier acción de los integrantes de la propia etnia». Nindorera se refiere con amargura a la «brutal presión social: si eres tutsi y criticas a los tutsis o tomas cerveza con un hutu, quedas marcado, y viceversa». La labor de algunos periódicos y emisoras de radio en la divulgación de la especie de que «el mejor enemigo es el enemigo muerto» contribuye a cimentar el miedo y a justificar el odio. En la configuración de la geografía humana de un país abrumado por su exponente demográfico, los tiempos coloniales marcaron una pauta que desde la independencia no ha dejado de carcomer las raíces que alimentaban el árbol del país. «La colonización reforzó el factor étnico y favoreció a los tutsis. Las diferencias entre valones y flamencos se llevaron a la colonia: los valones apoyaron a los tutsis y los flamencos a los hutus. Antes de la llegada de los europeos no había *cuestión étnica*. Tenemos un problema de educación y hará falta una generación sin muertes para empezar a enderezar el país». Pero la «cultura del rencor», como la califica una joven y educada tutsi que prefiere guardar su nombre, se mantiene durante décadas, «hasta que puedan vengarse los crímenes». Un miembro del cuerpo diplomático acreditado en Bujumbura recuerda que tras la Segunda Guerra Mundial «en Bélgica ha gobernado de forma casi ininterrumpida el Partido Social Cristiano, con preponderancia sobre todo entre los flamencos, que se volcó en apoyar a los hutus. Los valones, por su parte, y sobre todo a través del Partido Socialista, han respaldado a los tutsis». Esa misma enemistad que a menudo ha puesto a Bélgica al borde de la disgregación política «se ha trasladado a Bujumbura, donde en la propia embajada de Bruselas se percibe con nitidez el origen geográfico y político por la forma en que hablan de una u otra etnia», confirma esta fuente diplomática que, fiel a su estatus, quiere permanecer en la sombra. Pero para intentar entender las razones del fracaso político de Burundi hay que remontarse al pasado.

Burundi, como Ruanda, no fue una creación artificial de las potencias coloniales. Cuando fueron absorbidos por el África Oriental Alemana, en 1899, llevaban siglos organizados como reinos. Cuando en 1916 Bélgica ocupó la zona prosiguió con el sistema de «tutela indirecta» que había observado Alemania. Aunque la etnia minoritaria, los tutsis, dominaba a la mayoría, los hutus, el conflicto potencial y siempre latente, que a veces suscitaba algún incidente aislado, quedaba amortiguado por la existencia de los *ganwa*, una clase noble intermedia entre el *mwami* ('el rey') y la población. Tanto los *ganwa* como los *mwami* eran tutsis, aunque se mantenían al

margen de la masa de su etnia (en su mayor parte ganaderos), que estaba al mismo nivel que los hutus (predominantemente agricultores); el matrimonio interétnico era bastante común. Bélgica interpretó a su manera el mandato que le otorgó la Liga de las Naciones al término de la Primera Guerra Mundial y perturbó arbitrariamente el sistema, reforzando los privilegios de los tutsis y los estereotipos sobre la superioridad racial que comenzaban a tener predicamento en Europa: los tutsis, considerados más inteligentes, fueron promocionados para puestos de responsabilidad en el ejército y la Administración, y coparon casi por completo la educación, mientras que los hutus fueron condenados a un papel subsidiario, lejos del poder y de los cauces para acercarse a él. Este hecho fue exacerbado por la actitud inicial de la Iglesia católica desde que a fines del siglo XIX los primeros padres blancos, alemanes, se instalaran en Burundi con la *buena nueva*. La Iglesia contribuyó, mediante su monopolio en la educación, a fortalecer la imagen que los tutsis tenían de sí mismos y el papel secundario y «dócil» de los hutus. Este paternalismo conformista comenzó a cambiar hacia 1948, cuando Bélgica introdujo pequeños grados de democratización en su colonia bajo tutela, con la creación de partidos políticos, y la Iglesia, brazo espiritual del Estado, se sumó a la tarea y empezó a defender la igualdad de los hombres no sólo a los ojos de Dios sino de la política. La creación de la Unión para el Progreso Nacional (Uprona), encabezado por el príncipe Louis Rwagasore (el hijo mayor del *mwami*), pretendía impulsar un movimiento nacionalista de carácter progresista con el objetivo de unir bajo su enseña a los diferentes grupos étnicos y sociales. Su principal rival, el Partido Democrático Cristiano (PDC), más conservador, mantenía vínculos estrechos con la Administración belga. Unas elecciones legislativas celebradas en el mes de septiembre de 1961, que debían dar paso al autogobierno en enero de 1962, fueron ganadas ampliamente por Uprona. Pero Rwagasore, que se convirtió en primer ministro, fue asesinado de un tiro de carabina, mientras cenaba junto al frescor del lago Tanganica dos semanas después, por un griego vinculado al PDC. El asesinato político hacía su entrada estelar en la historia de Burundi. Filip Reyntjens, que se ha zambullido en el pasado reciente de Burundi y al que esta cala histórica debe buena parte de su fundamentación, estima que la muerte de Rwagasore «se convirtió en un acontecimiento crucial en la historia posterior de Burundi. La ausencia de su influencia unificadora propició la división de Uprona y la aparición del conflicto abierto entre hutus y tutsis».

Con la llegada de la independencia, la monarquía se reveló como la única institución hacia la que tanto hutus como tutsis profesaban cierto respeto. El *mwami* Mwambutsa IV intentó por todos los medios garantizar el equilibrio étnico en sus gobiernos, pero la tensión se disparó con el asesinato, en enero de 1965, del primer ministro, el hutu Pierre Ngendandumwe, sólo una semana después de haber ocupado su puesto. La violencia política se ha mostrado siempre extraordinariamente expeditiva en Burundi y su estela de sangre espesa e inútil se prolonga como una mancha funesta hasta nuestros días. Pese a la victoria hutu en las elecciones parlamentarias, el *mwami* eligió a un tut-si para el cargo de jefe de Gobierno. Azuzada por esta decisión y otras del monarca, una facción hutu de la gendarmería intentó en octubre hacerse con el poder. La reacción

fue implacable, con el práctico exterminio de la incipiente clase política hutu así como de varios miles de simpatizantes entre el campesinado. Burundi iniciaba la senda de la matanza como expresión política. Este hecho supuso el fin de la participación significativa de los hutus en la política burundesa por muchos años.

En julio de 1966, Mwambutsa fue depuesto por su hijo, que tomó el nombre de Ntare V y nombró como primer ministro al capitán Michel Micombero, que pronto se erigió en verdugo de su benefactor al derrocarlo en un golpe en noviembre de ese año que le sirvió para proclamar la República de Burundi. Con el laminado de la monarquía, la clave de bóveda del sistema político se volatilizó, y las consiguientes purgas de oficiales y políticos hutus consolidaron la hegemonía total de los tutsis. Un intento de derribar a Micombero se saldó, en abril de 1972, con una oleada de matanzas en las que entre 100.000 y 200.000 hutus perdieron la vida. La huida a Zaire, Tanzania y Ruanda de cerca de 200.000 hutus, un éxodo que tampoco ha cesado hasta hoy, y la total eliminación de elementos hutus de las Fuerzas Armadas, fueron la consecuencia de la desproporcionada represión gubernamental. Micombero fue derrocado en 1976 por el coronel Jean Baptiste Bagaza, un tutsi-hima de Bururi, en el sur del país. Aunque en sus inicios Bagaza impulsó una reforma agraria que obligaba a los terratenientes tutsis a ceder tierras a los campesinos hutus y abolió un sistema casi medieval de servidumbre, el predominio tutsi se mantuvo. Bagaza convocó elecciones a su medida y resultó elegido. Era el único candidato. El siempre precario respeto a los derechos humanos se desfundó a partir de 1984. Las órdenes religiosas fueron duramente perseguidas, dentro de una operación generalizada contra cualquier sospechoso de pertenecer a grupos de oposición hutu. La Iglesia católica comenzó entonces un proceso de compromiso y radicalización política a favor de las grandes masas hutus que le granjeó la enemistad del poder. En septiembre de 1987, aprovechando una visita al extranjero, Bagaza fue depuesto por el comandante Pierre Buyoya, el mismo que el pasado 25 de julio volvió a caer en la tentación del golpe. Aunque Buyoya restauró la libertad religiosa, los primeros años de su régimen no se diferenciaron en gran medida de su predecesor, y siguió dependiente del poder de la elite tutsi-hima que controlaba el Ejército, la Administración, la justicia y la educación. Raíces jóvenes del actual conflicto que desgarró Burundi se pueden rastrear en 1988, cuando el grupo hutu, ante el total predominio del partido único tutsi tras tres presidentes militares, se hartó de esperar la justicia e intentó volcar violentamente la relación de fuerzas. Tras varias acciones de grupos hutus al norte del país, el ejército fue despachado de inmediato y las matanzas de 1972 conocieron un nuevo rebrote: 20.000 muertos y 60.000 refugiados que buscaron acogida en Ruanda. Ese mismo año, la presión exterior llevó a Buyoya a iniciar un cambio democrático. El hutu Adrien Sibomana fue elegido primer ministro, y comenzaron a implantarse medidas para combatir la discriminación de los hutus. Este proceso llevó a las elecciones democráticas de junio de 1993, que, para sorpresa general y del propio Buyoya, condujeron a la aplastante victoria del hutu Melchior Ndadaye y de su partido, el Frodebu (Frente por la Democracia en Burundi).

Liliane, una tutsi que trabaja en la Administración del Estado, todavía recuerda «con lágrimas en los ojos» el traspaso de poderes. «No sentí miedo. Sentí que Burundi era un país democrático». Así era. En 1993, Burundi se convirtió en un ejemplo para toda África. Bajo intensa presión exterior, Buyoya, el último presidente militar, que había alcanzado el poder en un golpe, asumió el riesgo de la democracia y, tras ser derrotado, cedió el poder y se retiró de la vida política. Ndadaye se negó desde el principio a utilizar los mismos métodos que su vecino Juvenal Habyarimana (el dictador ruandés que llegó al poder mediante un golpe militar y durante buena parte de su mandato mantuvo un control total del Estado gracias a su camarilla hutu) y como muestra de generosidad concedió el puesto de primer ministro a una tutsi, Sylvie Kinigi. Su partido, Frodebu, se conformó con 13 de los 23 puestos ministeriales en un Gobierno de unidad nacional. Pero muchos tutsis, como Mathias, no se conformaron. «Estábamos en peligro de muerte», confiesa casi tres años después. El golpe de Estado del 21 de octubre de 1993, cuando un grupo de militares tutsis asesinó a Ndadaye, devolvió súbitamente al país a sus peores pesadillas, al crimen impune, la destrucción y el desastre. Jóvenes radicales tutsis ya habían *saludado* el triunfo de Ndadaye como una «victoria étnica», con lo que anticipaban la frontal oposición a la llegada al poder de los eternos postergados en la historia de Burundi. La presión internacional logró que el golpe como tal fracasara, pero la reacción del campesinado hutu, que se cebó en sus vecinos tutsis, y la ulterior revancha masiva del ejército cosecharon no menos de 50.000 nuevos cadáveres.

Desde entonces, y como recoge el estremecedor último informe de Amnistía Internacional, «los grupos armados según afinidades étnicas matan sin piedad». La impunidad del Ejército y de las fuerzas leales al Gobierno es moneda común. Pero tanto los radicales tutsis como los rebeldes hutus se han ensañado contra la población civil que, también aquí, es la mayor víctima, como relata Muke Seraphio, de 44 años, que hace tres años huyó del horror con sus seis hijos y todavía hoy, mientras habla junto a su pobre choza de barro en Cibitoke, al norte del país, tiene pintado en el rostro el garabato del miedo. El Frodebu, el partido que llevó a la presidencia a Ndadaye, no ha dejado de perder poder a partir del «golpe de Estado rampante», como lo define Filip Reyntjens, que rige en Burundi desde octubre de 1993 y que ya ha provocado 150.000 muertos. Se ha pasado de las matanzas esporádicas a una verdadera guerra étnica. El equilibrio del terror entre las fuerzas de seguridad (ejército y gendarmería, unidades prácticamente monoétnicas, formadas en más de un 90% por tutsis, al menos entre la oficialidad), que han ido aumentando sus efectivos hasta unos 30.000 hombres, apoyados por milicias de jóvenes encuadrados en los llamados *sans échec* ('los invictos'), o los *sans capote* ('sin condones', que violan a mujeres antes de matarlas), se alzan frente a la masa demográfica hutu (un 85% de la población con casi nula presencia en las Fuerzas Armadas, la magistratura, la Administración y la clase empresarial). Este equilibrio del terror ha sido alterado por la oposición armada de Leonard Nyangoma, antiguo ministro del Interior con Ndadaye, que con sus Fuerzas para la Defensa de la Democracia (FDD), apoyadas por miembros del derrotado ejército ruandés que se encuentran entre los centenares de

miles de refugiados instalados al este de Zaire, hostiga continuamente a los tutsis y a su ejército apoyados esporádicamente desde el interior por los *intagohekas* ('los que nunca duermen'). Los numerosos enviados especiales de la comunidad internacional se suceden de fracaso en fracaso, mientras el ex presidente tanzano, Julius Nyerere, vuelca todo su prestigio en intentar propiciar un diálogo que ponga fin al miedo y al crimen. Pero es difícil ayudar a un país cuyos líderes parecen haber elegido la vía del suicidio. La minoría tutsi, marcada a fuego por el genocidio ruandés de 1994, teme ceder el poder a la mayoría porque eso pondría en peligro su «supervivencia como pueblo», advierte Mathias, mientras la estación seca no consigue impedir que las flores de la lujuria broten en Bujumbura con fuerza inusitada. Será la vida que aflora a pesar del temor y el odio de los hombres.

ABIYÁN

Jueves, 13 de septiembre

Las dudas y el cansancio desaparecen en cuanto vuelves a poner los pies en tierra africana y vuelves a respirar la atmósfera y la luz de este continente. Siempre más allá de las nubes.

Y tender *La mirada de Ulises* sobre buena parte de este continente. Un lento viaje en pos de una película, o un libro de relatos, o un diario africano. Una ruta que bien podía seguir la de las ciudades que han significado algo en tu vida, y que no son las capitales, como recordaste ayer en París, mientras intentabas vencer el insomnio ineludible: Gikoró, en Ruanda; Goma y Kikwit, en Zaire; Ntita, en Burundi; Andulo, en Angola; Inhambane, en Mozambique; Lodwar, en Kenia; Narus, en Sudán, y, probablemente, desde mañana o pasado mañana, Tubmanburg, en Liberia. La mirada de Harvey Keitel intentando descifrar el sentido de nuestro tiempo en este recorrido íntimo por algunos enclaves africanos que mi memoria ha ido cargando durante los dos últimos años de mi vida. Pero todavía estoy al comienzo del viaje, apenas si tengo respuestas para mí, mucho menos para los otros.

MONROVIA

Sábado, 14 de septiembre

Mamba Point Hotel. Habitación número 3. Mi compañero de cuarto se llama Clemente. También es fotógrafo. Lo conozco desde hace dos días, desde que cumplí 38 años. Con él he vuelto a Monrovia en pos de una ciudad fantasma, devastada por el hambre y hasta hace unos días desconocida en el mapa del horror: Tubmanburg. Pero las cosas no parecen tan terribles como han

repicado las crónicas de las organizaciones humanitarias. Así lo confirma el fotógrafo David Guttenfelder, a quien vuelvo a ver en este mismo hotel después de cuatro meses. Salvado el codicioso comité de recepción del aeropuerto, la ciudad es un espejismo: sin muertos, sin *fighters*, sin tiroteos y con una inusitada vida en las calles: las tiendas vuelven a la vida y hasta pasamos ante un supermercado furiosamente iluminado. No quedan refugiados en el campo de Greystone y de los muros de la embajada estadounidense han desaparecido los francotiradores y buena parte de los sacos terreros. Sin embargo, nadie se fía de que esta paz vaya a durar, aunque hay tres vuelos comerciales semanales con Abiyán y el mar vuelve a golpear la playa con mansa monotonía. Escribo. Acaso también estoy vivo.



El aeropuerto es una cueva de ladrones. Todos gritan y se quieren adueñar de tu pasaporte, de tu tarjeta sanitaria (de estar vacunado contra los mil males innumerables de este continente), de tu equipaje y, sobre todo, de tu dinero. Una pequeña reproducción de la insania de Kinshasa, pero esta vez en un hangar. Lo mejor no es, sin embargo, el combate a gritos con los porteadores espontáneos, los policías de uniforme dudoso, los autoproclamados jefes o los codiciosos de mirada amenazante. Tampoco los enfermeros, los funcionarios de inmigración, los agentes o la escribiente con gorra de los Bulls de Chicago parapetados tras un larguísimo mostrador arrancado de Dios sabe qué ministerio. Lo mejor es el jefe de seguridad que nos hace pasar a su despacho de paredes blancas, sentarnos en un banquillo de culpables e interrogarnos sobre nuestra misión, identidad y disposición, mientras un subalterno copia de rodillas el número de nuestros pasaportes

y otros cuatro miran hacia su jefe y hacia nosotros entre impasibles y cómplices. No hay nada que le identifique como autoridad, nada que permita averiguar rango, oficio, cargo o misión, pero hace notar tras su escritorio despoblado (salvo por un radiotransmisor que no deja de captar conversaciones hasta que le pide a uno de sus servidores que les diga que se callen) que está en un *mitin*. Mira a los ojos, pregunta, soliloquea, manosea los pasaportes y dice lo que un periodista puede y no puede hacer en un país soberano como Liberia. Resulta palmario que está sopesando cómo plantear la cuestión capital: el dinero; pero no sabe cómo llegar a ello sin que sea abruptamente, y al cabo de un rato, acaso acomplejado por un cierto pudor, desvía la conversación e insiste en la necesidad de comprobar nuestra identidad. Hace comparecer a la representante de Acción contra el Hambre. La vivaz barcelonesa Inés Pascual le hace frente con su mejor sonrisa y el jerifalte sin galones no tiene más remedio que devolver los pasaportes.

Lunes, 16 de septiembre

La niña es un caramujo que palpita, con las manecillas largas y diáfanas, con unos ojos que imploran lo que una mirada busca en un espejo. Es apenas un instante el que nos encontramos en el centro nutricional del campo de antenas de La Voz de América, a las afueras de Monrovia. Son emisores muertos apuntando a un cielo de lluvia que en otra parte sería una bendición de Dios y que aquí anega los basureros y hace la vida un poco más inhóspita, si cabe. La niña lleva un vestido marrón y camina como una planta frágil, sobre dos cañas de azúcar. Lloro cuando me alejo y se calla cuando me acerco, cuando le rozo la mejilla con un dedo o cuando me siento y dejo que apoye su mano minúscula en mi rodilla y así pueda esperar confiada el porvenir. Al poco se acerca otro niño tambaleante y apoya su cabecita en mi cintura y se deja adormecer. Imagino: ese contraste inmediato, brutal, obscuro e irreparable entre lo que la mayoría de nuestros niños de Occidente tienen y lo que los niños de este hemisferio llevan escrito con tinta indeleble en el cuaderno del porvenir: digo *irreparable* y escribo *indeleble*. A menos que decida intervenir en la vida de una niña, o de un solo niño: y la suya y la mía cambien para siempre. De cierto que no cambiará la historia de Liberia, pero sí la suya y la mía. Dejo por un instante que sean los sentimientos los que hablen. ¿Con qué consecuencias? Acabo separándome de la niña, dejo de verla llorar, dejo de imaginar y dejo que pase un día entero antes de escribir acerca de ella. Ni siquiera —tal vez por precaución— pregunté su nombre. Y sigo escribiendo una noche más. Inútil.

Martes, 17 de septiembre

Aquí, en esta gasolinera de Benson Street, había un cadáver caliente: le manaba sangre de la oreja. Aquí, en el centro de Newport Street, había un cadáver quemado con un extintor incrustado en el estómago. En la siguiente esquina los niños arrojaban cascotes de botellas vacías al enemigo y uno agitaba un inmenso lienzo de *La última cena*. Recuerdos grabados a fuego en la retina. Como el lugar donde, nada más llegar, muy cerca de este hotel donde escribo, mataron a un hombre después de someterlo a una cruel corrida popular. Como en el Barclay Training Center,

donde vimos a un tipo que avanzaba, semidesnudo, con la mano recién arrancada de otro hombre en la mano. No voy a olvidar. Pero los escombros han sido retirados y la vida se reanuda como un viento imparable en las calles de Monrovia, que es una sombra de lo que una vez fue, a oscuras, con decenas, centenares de casas carcomidas por el fuego y las armas automáticas, el pillaje y la furia ciega. Es hermoso volver a un lugar aniquilado y poder comprobar que intenta denodadamente salir de sus cenizas. Pero la desconfianza es como una nube y las confianzas de los vecinos que han abandonado ya el campo de desplazados de Greystone para volver a sus casas saqueadas, cuando existen, es una constante cosida con hilo basto y triste. Tal vez la paz acabe por echar raíces en Liberia, pero la generación perdida no ha sido domesticada y todos ellos, más de 50.000 *fighters*, guardan sus fusiles automáticos bajo la cama.

Miércoles, 18 de septiembre

Impulsado por la lectura de un pasaje especialmente revelador de *La peste* pensaba escribir acerca de mi afecto por el misterio, de la oscuridad en la que vivo y desde la que trato de acercarme a la luz, y del sufrimiento que nada mejora. Incluso en Monrovia: digo del sufrimiento y digo de lo que podría escribir ante este mar gris, enrarecido, al que mañana volveré a dejar de ver y no sé por cuánto tiempo. Además tendría que escribir del largo viaje que hicimos ayer hasta Buchanan, de los grandes ríos, de los aguaceros, de la antigua plantación de Firestone, de los controles en la carretera, de las palmeras, de la selva impenetrable, de los fragmentos de África que voy recorriendo, del placer que puedo llegar a experimentar mientras contemplo el mundo desde un vehículo en marcha, de la muerte (Camus) que marca el orden del mundo, y contra la que cabe rebelarse, sobre todo en lugares donde tanto se ha prodigado, como Liberia. Pero la tarde se desliza bajo mis pies y yo no sé nada de este yo que escribe, se enmascara, se escabulle, rellena obsequiosamente sus cuadernos y luego los cierra acaso pensando que el mundo es más inteligible o que él es así algo mejor.

MONROVIA TRATA DE SACUDIRSE SUS CENIZAS

El mar está embravecido y de un gris alivio de luto estos días de septiembre en que las lluvias apuran su temporada vertiendo aguaceros sin tregua. Cadáveres y escombros han sido retirados de las calles de Monrovia, devastada en abril y mayo por hordas de *fighters* adolescentes que sometieron la capital de Liberia al pillaje, la destrucción gratuita, la crueldad desaforada y el crimen sin castigo. Las facciones han abandonado oficialmente una Monrovia en la que vuelve a pulular la vida y donde los comerciantes tratan de borrar a duras penas el rastro de las cenizas. La bella ciudad levantada en el estuario del río Mesurado por esclavos estadounidenses libertos a comienzos del siglo XIX es hoy la estampa de un Estado que trata de volver a existir sin que la amenaza de la guerra civil haya sido conjurada. Sobre el cemento de la estación de servicio de

Mobil, en el cruce entre las calles Benson y Newport, un hombre yacía con un tiro cerca de la oreja. De la herida manaba sangre que escribía sobre el suelo una palabra indescifrable. Era un día tórrido del mes de mayo pasado. El cadáver estaba caliente y desde las rendijas de su ventana, sobre el supermercado Stop and Spot, Faruk Saad Vilar, de 33 años, libanés nacido en Las Palmas y con pasaporte español, contemplaba la escena. Es una de las muchas que no olvidará. Ahora ha vuelto a abrir su bien surtido y ordenado supermercado, justo en el centro de Monrovia. La gasolinera de Mobil también ha vuelto a prestar servicio. «No perdí todo porque pagué». A punto de irse a Líbano para pasar un mes de vacaciones junto a su mujer y su hija, Saad Vilar, que vino a Liberia en 1985 «para hacer dinero», cree que el país «no para de dar vueltas en círculo. No se puede confiar mucho en el futuro». Un nuevo acuerdo entre las facciones que desde que fue derribado el dictador Samuel Doe, en 1990, se disputan Liberia ha permitido a las tropas africanas de Ecomog desplegarse en toda Monrovia y en buena parte del país, entronizar el 2 de septiembre a la enérgica ex senadora Ruth Sando Perry como presidenta interina y expulsar a los *fighters* de la ciudad. Pero no han sido desarmados los 50.000 jóvenes a las órdenes de los *señores de la guerra*. Las amenazas del pasado inmediato siguen todas en pie.

En el centro de la calle Newport ya no queda rastro del cadáver calcinado de un hombre con un extintor incrustado en el estómago, y en la esquina con la avenida de Seku Turé no se ve ya al grupo salvaje que aquellos días de mayo desafiaba a los enemigos de la tribu krahn, en el cercano BTC (Cuartel de Entrenamiento de Barclay), con lanzagranadas y Kaláshnikovs los más avezados, cascos de refrescos vacíos los más pequeños y hasta un inmenso óleo de *La última cena* que agitaban en medio de la calle en un carnaval delirante de gritos y disparos. Voces, cláxones y martillazos han sustituido a los tiros en las calles de Monrovia y no se ve a grupos de adolescentes campando libremente con armas en la mano. Pero tras las camisetas y la mirada altiva de los jóvenes mejor alimentados uno adivina a aquellos mismos *fighters* que aterrizaron Monrovia y la hicieron suya durante más de dos meses. Un religioso sin medias tintas y con décadas de experiencia liberiana, que no confunde la caridad cristiana con la estupidez, no se fía: «Los *fighters* están dentro de Monrovia y con las armas debajo de la cama». Sobre Charles Taylor lo tiene claro: «El único Taylor bueno es el Taylor muerto».

De la calle Newport parten senderos pedregosos de aguas fecales, caminos de chabolas y casas quemadas a los que ha vuelto una sombra de vida. La lluvia incesante y el calor húmedo cuecen una atmósfera pesada y triste. Casas arrasadas hasta los cimientos, viviendas saqueadas y apenas amparadas por tejadillos de hojalata que no son más que coladeros oxidados. Albert Z. Beer, de 37 años, es uno de los casi 20.000 ciudadanos de Monrovia que tuvo que refugiarse durante más de dos meses en Greystone, un parque perteneciente a la embajada de Estados Unidos que se convirtió en un penoso hormiguero humano. «Quemaron mi droguería y de mi casa se llevaron todo, las camas, la ropa, el televisor. No han dejado nada», confiesa Beer en un hilo de voz. «Tengo el alma rota». Su mujer escucha desde el umbral de la casa a oscuras, donde avía una comida de mala muerte, mientras dos de sus hijos sonrían. La tristeza y la falta de fe en el futuro

afloran por doquier. A Henry P. Rhodes, de 36 años, profesor de Ciencias, le han quemado la escuela. Ahora, en su casa vacía viven tres familias. A Jesse Jallah, de 22 años, que no quiso hacerse *fighter*, como sus amigos, le robaron los zapatos y le golpearon. Ahora sólo sueña con un visado para irse a Estados Unidos con su madre y su hermana. «Mientras los *fighters* sigan armados no hay nada que hacer. Están cerca y pueden volver», advierte Jallah. Su vecino Rhodes corrobora con pesar: «No puede haber futuro con tantas armas en manos de los *fighters*».

Ya no hay que arriesgarse a la hora de cruzar la tierra de nadie entre las líneas para llegar al BTC, una verdadera ciudad militar dentro de Monrovia. Y en la Charlotte Tolbert Memorial Chappel ya no viven arracimadas decenas de familias entre colchones viejos y calderos humeantes. El techo sigue agujereado por los morteros y la artillería de Taylor, pero el suelo está limpio y el cartel clavado junto al altar con la consigna «Jesús es poder» parece haber cumplido su misión. Así lo cree el reverendo Samuel G. Dweh, responsable del templo y que, a sus 69 años, ofrece un aspecto imponente. Algo habrá tenido que ver su vigor sexual: doce hijos que le han proporcionando nueve nietos. «Creo que el alto el fuego se convertirá en paz permanente, si Dios quiere. Pero primero hay que desarmar a los *fighters* y luego convocar elecciones», dice el reverendo, una fórmula opuesta a la que en principio propugnaba Taylor: primero elecciones y luego desarme, aunque ahora parece dispuesto a ceder.

En el hospital del BTC, el administrador, James Jarryck, admite que «las cosas han mejorado algo desde mayo», pero las necesidades siguen siendo muchas, el olor de las habitaciones saturadas sigue siendo nauseabundo y las medicinas escasas. «Hay un generador, pero no tenemos petróleo». El cerco del BTC, que dio lugar a los peores combates de abril y mayo, ha sido levantado. Las fuerzas de paz de Ecomog, formadas en su mayor parte por soldados nigerianos, controlan toda la ciudad. Pero el renacimiento de Monrovia es lento y el resucitado está lleno de costras: una ciudad rota. De noche, el retumbar de los generadores apenas deshace el tizne miserable de las casas carcomidas por la metralla y el fuego.

La única forma de entrar o salir de Monrovia cuando la guerra civil se ensañó con la capital era mediante helicópteros estadounidenses. El piloto y cónsul español Manuel Cuenca, que en las batallas de la primavera perdió tres aviones, ha vuelto a poner en marcha la compañía WEASUA, con dos aparatos rusos de cuarenta plazas que vuelan tres días a Abiyán, en Costa de Marfil, y seis a Freetown, la capital de Sierra Leona, los dos países limítrofes, donde decenas de miles de refugiados liberianos esperan tiempos mejores para volver a casa. Si antes los helicópteros tomaban tierra dentro de la embajada de Estados Unidos, convertida entonces en fortín y vigilada por centenares de *marines* con el dedo en el gatillo, hoy ha vuelto a abrir sus pistas el aeropuerto internacional de Monrovia, donde una nube de seudopolicías, funcionarios de inmigración y gentes sin escrúpulos convencerán en pocos segundos al viajero de que entra en territorio salvaje.

A escasos cien metros del hotel Mamba Point, el único abierto en medio del horror de abril y mayo, había un *check point* de la guerrilla de Charles Taylor. Ahora comparten acera un control de las fuerzas de Ecomog y un cochambroso quiosco de tabacos y bebidas. Ahí mismo, una mañana

de mayo, un pobre hombre fue asesinado a palos, cuchilladas y disparos por una pequeña muchedumbre de jóvenes enloquecidos que sometió a su víctima a una feroz corrida. El rastro parece borrado. Acaso otro signo de los nuevos tiempos que tratan de abrirse paso en Monrovia. Como la nueva clientela del hotel Mamba Point: si entonces estaba ocupado en su mayor parte por periodistas de medio mundo y libaneses y expatriados adinerados que trataban de mantener viva la esperanza de reabrir sus negocios y de no perderlo todo, hoy es nido de chinos de Taiwán que quieren pescar en río revuelto, ruidosos pilotos rusos que saben venderse al mejor postor, ingenieros estadounidenses contratados para reconstruir lo arrasado y hombres de negocios sin escrúpulos que no han olvidado que Liberia es un país rico en el que hay minerales y caucho que comprar y armas y municiones que vender. En la calle, mientras tanto, la vida vuelve contra viento y marea: pintores, albañiles, médicos, jóvenes europeos de organizaciones no gubernamentales, vendedores, taxistas, traficantes, prostitutas, curas, camareros. Costuras nuevas para remendar heridas viejas. Hasta las escuelas han comenzado a abrir sus puertas. El enemigo acecha, pero acaso esta vez Monrovia consiga aventar sus propias cenizas.

HA SALIDO EL «INQUIRER»: El techo de la redacción es el cielo. No han sido retirados todos los escombros y los muros siguen siendo testigos de los lamparones que deja el fuego. *The Inquirer*, el principal diario de Liberia, sufrió en abril la misma suerte que la mayoría de los periódicos que trataban de hacer oír su voz en medio del caos: su sede fue pasto de las llamas. «Quemaron el edificio, pero no podrán quemar las ideas. Utilizaremos las cenizas para seguir limpiando esta sociedad», declaró entonces el editor de este diario fundado en 1991 por un grupo de periodistas empeñados en difundir noticias «de forma objetiva, con honestidad y con la verdad como horizonte, sin patrocinadores económicos ni políticos», como recuerda hoy el reportero Thorble Suah, de 28 años, en medio de un cuartucho a oscuras, donde el diario vuelve a la vida con dos rudimentarias máquinas de escribir y mucho coraje. «Creemos que la vida volverá. Tras 36 acuerdos de paz necesitamos esperanza y estabilidad para vivir. El periódico cree que los *fighters* deben ser desarmados y volver a la escuela, porque la educación es lo mejor que se le puede dar a un hombre», manifiesta Bana Sackey, redactor jefe de información, en medio de las ruinas de su periódico. En ello no coincide con el religioso europeo que después de 30 años en Liberia teme que estos combatientes que han pasado el final de su infancia y buena parte de su adolescencia entregados a la violencia y a la crueldad sean una «generación perdida». Tres veces por semana, *The Inquirer* vuelve a las mismas calles de Monrovia donde hace apenas cuatro meses la única voz que se escuchaba era la de la muerte.

LOS OLVIDADOS DE TUBMANBURG

La historia universal de la infamia cuenta desde este septiembre con un nuevo episodio que añadir

a su interminable inventario: Tubmanburg. El hambre ha hecho adelgazar hasta la humillación a William Karpu, que tiene 35 años y era chófer cuando la vida era vivible en Tubmanburg. William Karpu abre las manos como en una plegaria rota y va diciendo en una letanía dulce, mientras muestra tierra removida, esteras sucias, chozas sombrías, galpones donde se cuecen el dolor y la inmundicia: «Aquí nos entierran, aquí tenemos que dormir, aquí tenemos que vivir, aquí morimos». Tres de los seis hijos de William Karpu, que se hace en voz alta preguntas que nadie responde, han muerto de hambre. La comida comenzó a agotarse en Tubmanburg, una ciudad del condado de Bomi, situada a setenta kilómetros al noroeste de Monrovia, el pasado mes de marzo. Hasta comienzos de septiembre la guerra no amainó en torno a Tubmanburg, donde todavía colea, y la ruta no quedó expedita para que las organizaciones humanitarias se encontraran con un espectáculo que la guerra civil liberiana había mantenido oculto: más de 35.000 personas olvidadas literalmente muriéndose de hambre.

La carretera entre Monrovia y Tubmanburg corre en buena medida pareja a la antigua vía del ferrocarril minero que descargaba en el puerto de la capital liberiana el mineral de los yacimientos de Bomi, Lofa y Grand Cape Mount, cerca de la frontera con Sierra Leona. En los suburbios de Monrovia, las vías del viejo tren afloran como un recordatorio de hierro entre la muchedumbre que sobrevive en inmensos estercoleros. Tinglados, casas, gasolineras, quioscos, serrerías, bares y todo tipo de chiringuitos y colmados se han levantado sobre esa vía hace años muerta: una metáfora ferroviaria de la brutal parálisis que padece Liberia. Hasta árboles y arbustos crecen frondosos entre los vagones detenidos y oxidados como la historia de esta extraviada patria de redención para los antiguos esclavos de las plantaciones de Estados Unidos. La carretera de Tubmanburg, por la que el convoy humanitario avanza a buena velocidad, haría las delicias de Rafael Sánchez Ferlosio: a menudo no es más que una cinta de asfalto que la frondosa vegetación de la selva liberiana amenaza con devorar por completo.

Los controles de Ecomog, la fuerza de pacificación interafricana, formada en su mayor parte por expeditivos y malcarados soldados nigerianos, escasean a medida que Monrovia va quedando atrás. Camino de Tubmanburg, los vestigios de una guerra que no acaba de desaparecer del mapa ensangrentado de Liberia, donde siete años de contienda civil se han llevado por delante 150.000 almas, son cada vez más frecuentes. Esqueletos de casas devastadas por una saña digna de mejor causa. Ciudades fantasmas en las que sólo la maleza reina. Y el silencio. A medida que desaparecen los *pacificadores* van surgiendo los *fighters*, jóvenes de entre nueve y 18 años, armados con fusiles automáticos y mirada desafiante. En Tubmanburg, antes de empezar a repartir comida entre la población depauperada, antes de evacuar a los niños escuálidos, malnutridos hasta la extenuación, los *humanitarios* tienen que presentar sus respetos al brigadier general Cummings B. Totaye, el responsable de zona de la facción Ulimo-J, formada en su mayor parte por guerrilleros de la etnia krahn, que recibe rodeado de su estado mayor de generales y coroneles tan chulescos como bien vestidos y mejor alimentados. El brigadier general se pone gafas de sol para que le retraten, y nadie sabe si es por marcialidad o por pura estupidez. Él y su gente controlan

Tubmanburg e imponen su ley; admite que están cansados de luchar, pero que son los de la facción mandingo, los Ulimo-K, los que no quieren entregar las armas y hacer la paz.

Organizaciones humanitarias como las que el 10 de septiembre pasado entraron por fin en Tubmanburg y se encontraron con un nuevo capítulo del horror y evacuaron a 150 niños con los ojos desorbitados y los cuerpos llagados han experimentado en carne propia la «utilización, manipulación, prohibición e incautación» de los alimentos y medicinas con los que intentan paliar los desastres de la guerra. Como admite un responsable de Acción contra el Hambre (ACH), «el control de las poblaciones civiles es una de las armas utilizadas por los jefes de las facciones», de ahí que muchas organizaciones no gubernamentales se vean en un dilema: al socorrer a los civiles encerrados en *campos de hambre* como Tubmanburg están siguiendo el juego a una estrategia y ayudando a los causantes de la catástrofe. «Y lo peor es que en medio de la selva, agazapados, en silencio, en el olvido, se encuentran otros Tubmanburg». Cerca de 4.000 civiles padecen hambre en Gbah, también en el condado de Bomi, atrapados a causa de los combates entre las dos facciones de Ulimo. Y hasta ahora nadie ha podido acercarse a ellos. Largas hileras de sufrimiento humano como la que desfila estos días por Tubmanburg en busca de un poco de piedad en forma de comida. Hasta un 70% de niños severamente malnutridos establecieron las primeras evaluaciones del horror de Tubmanburg.

El aguacero se desata y convierte los caminos en embalses y los terraplenes en cascadas. El padre Augustine S. Gborie, acostumbrado a los excesos de la meteorología, no se inmuta. Coordinador general de las comunidades cristianas, ha elaborado un minucioso informe del drama de Tubmanburg en el que señala que a causa del hambre murieron entre los meses de marzo y agosto 924 personas, sobre un censo total de 42.000, entre las que se encuentran residentes y desplazados de los pueblos colindantes. En los peores meses de la hambruna, entre julio y agosto, llegaron a morir entre 25 y 30 personas al día, cuando «se acabó el azúcar de caña, la sal, los cocos, las judías, las nueces, y alejarse unos kilómetros del pueblo suponía caer en manos de los enemigos y, casi siempre, una muerte segura».

Los estragos son hoy evidentes en Tubmanburg, sobre todo cuando la llegada de los camiones de ACH y Médicos sin Fronteras atrae a miles de personas que forman tres larguísimas colas bajo el sol implacable que ahora caldea las colinas. Los *fighters*, astutos, no harán acto de presencia. En la geografía del hambre también tiene un papel implacable la ley del más fuerte: en Tubmanburg, los *fighters*, con libertad de movimientos y dueños de todo lo saqueado, no han pasado hambre. Resulta tan obscuro que salta a la vista. En la escala de la supervivencia y cuando la comida escasea, los primeros que comen son los hombres, a los hombres les siguen las mujeres, a las mujeres los adolescentes, y en el último escalón del padecimiento, en la barandilla que bordea la muerte, quedan los ancianos y los niños. «Cuando se declara una *epidemia de hambre* las primeras víctimas son los recién nacidos, de ahí que en Tubmanburg apreciáramos enseguida que hasta que los padres no comen los recién nacidos no reciben nada», confiesa Beatriz, una enfermera francesa recién llegada de París y dispuesta a quedarse un año entero en Liberia. Una

anciana se abre los trapos que malamente la cubren y muestra los pechos exangües y condenados; el vientre, arado por las arrugas, parece hundirse, como si el estómago hubiera empezado a devorar su propio cuerpo. Abre las palmas y sólo musita: «Tengo hambre». En una choza cercana, una madre, con la cabeza reclinada contra un muro, llora sin fuerzas. Dentro, en una oscuridad impenetrable e irrespirable, yace el cadáver de su último bebé. Sus hermanos llevan una marca blanca en la frente, una señal de luto. Pero parecen ajenos a la muerte y juegan ignorando su propio destino. Pronto habrá una nueva tumba en el cementerio que es todo el entorno, tierra ligera que la lluvia remueve, túmulos sin cruces, ni piedras, ni nombres, ni nada.

Ante el camión de ACH, dos enfermeros examinan a los niños que suben el largo camino trazado por empalizadas de plástico. Llegan solos, algunos bamboleándose al sol, o sostenidos por sus madres, que deshacen el lazo y los descuelgan de la espalda: la niña es apenas un muñón, con toda la espalda en carne viva y los omóplatos salientes como cartílagos de un animal que acaba de ver la luz. A menudo basta un simple vistazo para reconocer que la malnutrición los ha convertido en despojos humanos: los rostros afilados, los ojos blancos y desorbitados, las extremidades finísimas y quebradizas, las costillas como un xilofón tristísimo. El enfermero pulsa los empeines y las piernas hinchadas, infecciones que se extienden por todo el cuerpo y amenazan con estallar. Los niños que parecen a punto de cruzar el umbral de la muerte son apartados: a la sombra de un camión esperarán para ser evacuados a un campo de nutrición levantado a las afueras de Monrovia, junto al antiguo bosque de antenas de La Voz de América, donde uno puede asistir en pocos días al milagro de la resurrección de las almas, cuando no es demasiado tarde y en esos cuerpecillos casi exánimes vuelve a palpitar el inocente deseo de vivir. En Tubmanburg, mientras tanto, los que pueden valerse por sí mismos, o sus madres, reciben una bolsa con dos kilos de una mezcla de azúcar, maíz molido y soja. Alimento para una semana. El plan previsto por Acción contra el Hambre y Médicos sin Fronteras, apoyados por el Programa Mundial de Alimentación y otras ONG, es levantar cocinas comunales y devolver poco a poco a la vida a los olvidados de Tubmanburg. No, no es Somalia, como algunos *humanitarios* más preocupados por su propia publicidad que por las víctimas se apresuraron a lanzar a los cuatro vientos cuando Tubmanburg entró de pronto en el mapa de la infamia. Pero es otro episodio de la maldad humana que conviene rescatar del olvido, acaso para que Liberia no perezca, o quizá para que la mala conciencia del Norte se cure un poco del desastre que sin cesar siembra en el Sur.

PARÍS

Jueves, 31 de octubre

La noche llega con una fuerza irresistible. Ráfagas de viento y jirones de lluvia. Las luces de la ciudad se resisten a la codicia del invierno. ¿Cuántos hoteles, cuántos inmuebles tibios, cuántos

trenes para protegerse de la intemperie? Yo voy hacia una peor y para la que no hay cobijo conocido. Y a medida que llega la hora me doy cuenta de que lo que siento no se parece al miedo, sino a la tristeza. También cuento con la rabia, y con el frío. Pero no es el frío de París, que endurece los rostros, mejora las fachadas, atiranta el río y prende mechas de nostalgia en tantos africanos que han venido a este varadero. Luz de un café tibio. Últimas horas, ya sólo con mis cuadernos y mis pensamientos. ¿Qué se hace con la espuma del capuchino? Nunca lo he sabido. ¿Se mezcla con el café o se toma a cucharaditas, como el veneno? La pluma ha estado quieta todo este tiempo, como un pelotón que se oxida: sin voces, sin órdenes, sin rompan filas, sin amor ni promisión. No como los grandes expresos que se almacenan en la estación del Este. Busco sin éxito el de Moscú. Tal vez haya partido ya y por eso no aparece en los paneles. A la caída de la tarde hay un convoy para Budapest, con escalas en Baden-Baden y Viena. ¿No sería más propicio ese destino? Tal vez, pero no es el que me corresponde, no es el que he elegido para mí, que a veces me pesa tanto. Este París que no amo cuenta con cafés como éste, provistos de tan favorable luz, y mesas que resisten el paso del tiempo y el peso del mundo, y ventanales que dan a la noche y defienden por un tiempo del viento y del frío, de los agentes del invierno que a estas alturas del año comienzan a diseminarse por Europa. Como un comunismo del clima. Hay doctores de la mente que cuando aclaran el camino es como si pasaran un rastrillo al rojo vivo sobre la nieve reciente de la espalda. Hice acopio de periódicos que aquí en París están tan cerca del movimiento de la Tierra, de sus circunvoluciones, de su error. Hay un surco en la piedra que sólo se alcanza después de que el río haya sometido al acantilado a una sucesión de crecidas y estiajes, estaciones en las que cambia por completo de textura, de color, de velocidad, de sentido, de habitantes. No se trata de fidelidad, sino de perseverancia. La noche se ha hecho, mientras tanto, más carnosa. La luz del café, sin embargo, parece la misma, aunque el camarero ya no me mira con la misma indiferencia. Será esa punta de reproche que los camareros se dibujan en la barbilla para indicar que el cronómetro ha corrido demasiado. No me importa. Mi hora ha llegado. Hasta tengo nostalgia de la lluvia y del frío. Y a la noche me entregaré dentro del avión. Vuelo nocturno. El tiempo no me pesa. El café se llama Le Carrousel, en el 194 de la rue de Rivoli, no lejos del río. Los verdaderos sentimientos no se leen con estos ojos, los que ahora mantengo abiertos para que la noche reciente me fatigue. Guardo la pluma y, en mi corazón, sigo escribiendo. Veremos.

KIGALI



Viernes, 1 de noviembre

La noche en calma. No hay toque de queda. Luces. Ni trazadoras ni morteros. Una motocicleta rompe el silencio de las doce y media como en cualquier otra ciudad del mundo. ¿Qué es lo que recuerdo de esta Ruanda donde ha corrido tanta sangre? En esta casa hay muebles dulces, máscaras maconde de Mozambique, bastones rituales de Tanzania, un vigilante en el jardín y dos chicas que trabajan para alimentar a los refugiados y que nos han dado cobijo porque una de ellas es buena amiga de mi compañero de viaje, Pedro Rosa Mendes. ¿Qué queda del frío y de la lluvia de la noche de París? Aquí escribo con los brazos desnudos y las ventanas abiertas. ¿Una teoría del tiempo atmosférico? De momento: vendedoras de flores, bares concurridos y la supuesta lejanía del dolor: apenas 150 kilómetros al oeste, en Gisenyi y al otro lado de la frontera: Zaire, donde los refugiados no dejan de huir camino de un lugar a salvo que parece alejarse con el polvo que levantan y las lluvias torrenciales que los aplastan. Suelo y desdicha.

GISENYI

Sábado, 2 de noviembre

El lago está inquieto. El rumor de las olas barre la oscuridad y rompe sobre este escritorio paralelo a la línea del lago, mostrador de un horizonte tan hermoso que sólo una catástrofe puede perturbarlo. Así ocurrió con el río Kagera, que descargaba cadáveres despedazados en el lago llamado Victoria. Algo terrible se acerca por el horizonte, sobre el terreno de piedra volcánica, bajo la mirada silenciosa de los volcanes azules de Zaire. Un sufrimiento para el que todavía no tenemos oídos, ni manos, ni corazón. Un dolor para el que carecemos de herramientas y palabras adecuadas junto a esta belleza tan inútil como sobrecogedora.

KIGALI

Domingo, 3 de noviembre

Un horizonte de perros ha sustituido al rumor de las aguas y a la tormenta sobre el lago Kivu. La frontera con Zaire permaneció cerrada a cal y canto durante todo el día y todos nuestros esfuerzos para convencer a los aduaneros resultaron infructuosos. Carecíamos del permiso del Ministerio de Información («para cruzar a Zaire»), por eso hemos regresado a Kigali en un viaje nocturno y peligroso que empezó a las diez y media de la noche y terminó hace poco, a la una de la madrugada. Un cielo estrellado, la vegetación soberbia que los faros del coche hacían brotar como por ensalmo y la soledad de la ruta de 150 kilómetros a través de un país que sigue lleno de fantasmas. Durante los primeros kilómetros tuvimos la suerte de situarnos tras una furgoneta militar, pero sus luces rojas se desviaron por una carretera secundaria y nos dejaron solos. Fue el único vehículo que circuló ante nosotros durante el camino. En sentido contrario, cerca ya de la mitad del viaje, nos cruzamos con otros dos automóviles que circulaban juntos. Tal vez para protegerse mutuamente de los peligros que acechan en la oscuridad. Como el grupo de soldados que surgió súbitamente en una curva. Estaban en el arcén derecho, junto a un *jeep*, la mayoría de ellos hablando, quizá relajadamente. No hicieron el más mínimo ademán de que nos detuviéramos, pero pudimos escuchar enseguida una ráfaga de cinco o seis disparos. Nunca sabremos si los tiros fueron al aire o a nuestra estela, pero el sobresalto y los numerosos tramos de niebla espesísima nos pusieron el corazón en un puño. No por mucho tiempo. Hablar ahuyenta tanto a los fantasmas como al sueño.

GISENYI

Miércoles, 6 de noviembre

Contra una página en blanco que resista la erosión, la lluvia, las inclemencias del tiempo, los errores de apreciación, la vida equivocada, el amor no entregado como el curso corriente del río impetuoso de la vida, estos relojes que bajo al corazón de África para pasarlos por la tierra roja y someterlos a una realidad difícilmente contestable, pero que debe contribuir a sacar lo mejor de cada uno. Como esta misma mañana, en que, conmovidos por la desesperación de una mujer que no conseguía cruzar la frontera entre Ruanda y Zaire con un cargamento de medicinas para el hospital de su marido, dejamos por unas horas el periodismo para hablar con los nuevos aduaneros (probablemente tutsis), pelear con el jefe rebelde (el comandante André Kissase Ngandu), recoger al doctor Luzi Kasareka en su hospital baptista y volver dos veces a la frontera hasta que el cargamento pudo pasar y la mujer irlandesa desesperada pudo abrazarse con su marido zaireño. ¿Somos mejores así? Mis amigos (Pedro Rosa Mendes y Fabián Ortiz), que con tanto ahínco trabajaron por esa causa, duermen a mis espaldas. Yo sigo despierto, escuchando la música de la vergüenza: cómo los periodistas bailan sobre una masa fresca de cadáveres. Porque

están muriendo muchos a muy pocos kilómetros de aquí, y acaso el lago Kivu, extrañamente manso esta noche, lleve a los moribundos unas briznas sueltas de esta música obscena. Porque los reporteros decidieron hacer una barbacoa para celebrar no sé qué. Les he visto beber y bailar junto a la piscina y no he podido evitar un sentimiento de asco y de vergüenza. Y no se trata de hipocresía instantánea, porque seguramente la mayoría vamos a salir de aquí y volveremos a nuestras confortables casas donde podremos perpetrar un olvido duradero que nos permita vivir sin pesadillas. Pero hay algo definitivamente extraviado en estos periodistas capaces de organizar una fiesta semejante tan cerca del previsible horror que han venido a fotografiar y transmitir.

Jueves, 7 de noviembre

Sobre la crueldad. Una piscina llena de cadáveres, que se reflejan en un ciclorama que es un espejo. Los cadáveres salen de la piscina y juegan con afilados machetes cortando cañas mientras se preguntan cómo implantar en África cámaras de gas y si son mejores o no que el machete y la muerte personalizada. Aparece en escena Valentín Lasarte («soy Valentín Lasarte», grita) y les explica a los negros las distintas ventajas (por medio de una pizarra) del coche-bomba, el tiro en la nuca o la teoría del lanzagranadas contra la casa-cuartel.

CYANGUGU

Lunes, 11 de noviembre

El bosque de Nyungwe. Pasamos como una interminable exhalación. Ibrahim, el chófer musulmán, hijo de un católico con dos esposas, cuenta historias espeluznantes de este bosque de alta montaña con 300 especies de árboles y variedades incontables de mariposas y orquídeas. Cada dos o tres kilómetros, un par de soldados separados unos metros entre sí y sin nada que decirse miran hacia el vehículo con curiosa parsimonia. Cada diez o veinte kilómetros, la carcasa quemada o desventrada de un vehículo muestra de qué manera Ibrahim decía la verdad: nadie más que un loco se aventuraba hace apenas un año por la carretera que atraviesa el bosque de Nyungwe, al extremo suroeste de Ruanda. Ni siquiera por 2.000 dólares quiso él tentar la suerte. Los *interhamwe* se internaban en el bosque impenetrable para tender emboscadas en territorio ruandés. Es fácil salir a la carretera, parar un coche, matar a sus ocupantes y perderse en la floresta cómplice dando apenas cuatro pasos. Los árboles parecen congelados en el tiempo, vestigios de palabras, lluvias y estaciones olvidadas. Este lugar no tiene nada que ver con el resto de Ruanda, de colinas y colinas superpobladas y cultivadas hasta la misma coronilla. El bosque virgen encierra un misterio indescifrable, acaso el alma secreta de Ruanda que tanta sangre como se derramó aquí no ha hecho sino sumergir más en la espesura. Como si toda esta vegetación llena de ojos y silencio, que respira como un animal estremecedor, se alimentara de esa sangre que ha inundado campos, colinas, caminos, iglesias, prados, cunetas, pueblos, ciudades y aldeas. El chófer, que estudió

literatura, no recuerda ninguna leyenda ruandesa que se refiera a este bosque que atemoriza y suspende el alma como si entráramos sin permiso en uno de los santuarios más secretos de África.

BUTARE

Martes, 12 de noviembre

La infecta Cyangugu, como un barrio lacustre adscrito a la podredumbre, con la flor de Françoise condenada a brillar efímera como una orquídea en un magma de soldados, horizontes varados y un río que canta melodías sin porvenir: la desangelada Cyangugu quedó atrás por esta noche. En la casa de Alfonso Barragués, en Butare, la mesa del comedor es sólida para escribir mientras el brazo y la cabeza resistan. Descubro otra Ruanda inimaginada, que saca la cabeza de un pozo sin fondo, por avenidas como las de Gisenyi o Butare, carreteras por bosques vírgenes, mi propio movimiento: en un automóvil que corre en pos de una certidumbre. Convivir sobre un pasado ensangrentado. ¿Qué otra cosa podemos soñar, urdir, tratar de comprender en medio de tanta hecatombe inmóvil? Las amenazas son contundentes: alimañas de un mapa descosido. Zaire sacudiéndose su mal y extendiendo una enfermedad que parece incurable: la violencia que Mobutu dejará a sus herederos, como escribe Colette Braeckman en *Le dinosaure*. Escribo lento y vuelvo los ojos hacia las ventanillas que dan a tanta belleza. Diarios que son como árboles de compasión. Los que aquí no crecen.

15.709 USB RADIO WOJTYLA

—Me dicen que tengo un pico-loro, que doy muchos nombres y cuento muchas historias. Me piden que tenga cuidado.

—Y a mí también.

—Y a mí también.

—Y a mí también —repite una tercera voz que brota de algún punto en las impenetrables tinieblas de Zaire, un verdadero continente perdido. La voz reclama lo mismo al bocazas que puede poner en peligro la seguridad de todos los comunicantes, religiosos en su mayor parte, que recurren a la radio para mantenerse en contacto, lanzar mensajes de emergencia y sacar a la luz noticias que los enterradores y los asesinos de cada bando de los que combaten en Zaire y a este lado de la frontera (es decir, en Ruanda) quieren mantener en la sombra. Los trabajadores humanitarios se refieren amistosamente a la red misionera como Radio Wojtyla. Los vascos que hablan euskera son comunicantes apreciadísimos. No hay radioescucha enemigo que consiga averiguar qué diablos dicen.

De acuerdo, de acuerdo. Diré Alfa 4 o Alfa 5. Para el lunes me habían pedido que preparara un

mapa de Kinshasa con puntos de emergencia. Reunión en la casa del embajador para ponernos de acuerdo.

—Me han dicho que no salgamos porque los que están aquí, que son de un partido, han prometido que va a ser *ciudad muerta* [toda la vida paralizada] y que nadie salga porque romperán todos los coches.

Todos los que creamos que podemos estar amenazados, ni soñar con salir, en casa y a rezar.

—Casa Grande, Casa Grande [la embajada de España en la capital zaireña]. Mañana no podré ir a Kinshasa porque va a ser *ciudad muerta*. Han repartido octavillas con amenazas.

—Tenéis que ponderar vosotros cómo está la situación y encomendaros al santo de hoy, que no me acuerdo quién es, un doctor de la Iglesia que le paró los pies a Atila.

—Estad atentos por si hay que salir. Dejemos diez minutos de silencio por si alguien quiere comunicar con la embajada de España en Kinshasa.

Alguien pregunta: «Cómo están las monjas de la isla?». [Se refiere a las dos monjas españolas de Ijwi, la isla del lago Kivu con 40.000 refugiados en situación desesperada e *interhamwe* robándoles la escasa comida y amenazándoles.]

—La isla está bien. Están bien, pero no tienen medios para salir. Creemos que aquello se va a poner feo y queremos que salgan cuanto antes.

Otro comunicante, desde otra emisora clandestina en el este de Zaire. Reconocemos la voz. La lluvia sigue impasible. Repiquetea sobre el techo de la furgoneta, aparcada en una carretera desierta, pero no demasiado lejos de un puesto militar de control. Los faros iluminan el asfalto empapado y un arcén de hierba reluciente. En la cabina, a oscuras, la frecuencia 15.709 brilla como un S.O.S. en la penumbra. No queda mucho tiempo. El toque de queda empieza dentro de veinte minutos. Habrá que levantar la escucha. Los religiosos intentan entrar en contacto con Casa Grande tres veces todos los días. La noche se espesa sobre el lago Kivu. No hay luna. «Ellos y ellas. Todos han salido. Los tres sacerdotes y las nueve religiosas [son los carmelitas españoles que lograron salir de Goma el sábado pasado]. Ha sido una operación organizada desde España».

—Vaya milagros que está haciendo mi patrono san Gabriel.

—Van a tener que hacer una fosa más grande que la de Bukavu si quieren ocultarlo todo. [Se refiere a la fosa común donde se cree que han enterrado a los maristas españoles asesinados el pasado jueves en la capital de Kivu Sur. Los comunicantes de la noche, una hermandad alerta, demuestran un valor considerable. El enemigo acecha en todas partes.]

—Excluyendo a los carmelitas, que ya salieron, ¿quiénes quieren salir?

—Españoles ya no queda ninguno que quiera salir.

—¿Cómo estáis de refugiados ahí?

—Siete de los nuestros y dos largos.

—¿Cuáles son los largos? No entiendo.

—Los batutsi, hombre. Los que no son liliputienses.

—Han salido los que han querido.

—No sé cómo ha sido. No les dejaban salir. Llovía a cántaros y sin saber cómo se encontraron al otro lado de la frontera y esa noche ya pudieron dormir tranquilos en Kigali.

—¿A qué lado han pasado, a Ruanda?

—Afirmativo, afirmativo.

Las voces se desvanecen en la oscuridad. La línea de emisoras de HF (*High Frequency*, ‘alta frecuencia’) que emiten en USB (*Upper Side Band*, ‘la banda de transmisión más alta’) de Radio Wojtyła ha vuelto a cumplir su misión. La red se mantiene alerta en la interminable noche zaireña. Contra la soledad y el miedo. Pero si es radioaficionado, no intente sintonizarla desde España en la banda 15.709. No es la verdadera.

GISENYI

Viernes, 15 de noviembre

Hemos vuelto a la orilla superior del lago Kivu. No ha dejado de llover durante la segunda parte de este viaje agónico en pos de una de las noticias del siglo XX. Estábamos en la orilla equivocada, Cyanguu, un poblachón convertido tras siete días de desesperación en una metáfora de la impotencia. ¿Para qué hemos venido aquí? El coche perforaba la noche ruandesa y el diapasón de lluvia, mientras escuchábamos los boletines de las emisoras con una ansiedad creciente. ¿Cómo no estar hoy mismo en medio de ese huracán humano, esos centenares de miles de refugiados que lograron romper el cerco de los picadores de carne (*interhamwes*) y antigua tropa hutu y emprender el camino del regreso desde los campos de Katale, Kibumba, Kahindo o Mugunga, donde han estado alimentando su rabia, su frustración, su resentimiento, su melancolía? Seres con rostro, historias ocultas por las cifras de combates que borran la textura, la luz, la humedad, la vegetación. Extraños compañeros de viaje compartiendo la misma inquietud: Fabián Ortiz, de la agencia Efe, y Alfonso Rojo, de *El Mundo*. Los faros barren la carretera bendecida por la lluvia, los troncos empapados, las hojas grávidas de la noche impracticable.

¿Con qué palabras se relata un éxodo como el que hoy hemos visto? Imágenes de una muchedumbre que inunda los caminos que llevan a Ruanda, bajo una lluvia incesante, después de más de dos años y medio de exilio. Hemos llegado con la noche cerrada, con los oídos ateridos de boletines informativos en inglés, francés y español. Convendría grabarlos para un teatro de radioescuchas.



GOMA

Sábado, 16 de noviembre

Fue una verdadera noche de perros. Con el tiempo en contra, las imágenes ausentes de nuestros ojos, la necesidad de volver a trabajar con material de segunda mano: retratos, reflexiones, experiencias de otros, de un viaje hacia una de las mayores migraciones de la historia moderna. Al llegar a Gisenyi nos encontramos con que la lluvia también se había instalado allí, pero no los refugiados: calles desiertas, la melancolía de una gasolinera cerrada en la noche aguada en Ruanda a un Hopper que quisiera descubrir las facetas inéditas de un continente que naufraga, sobre todo, a causa de sus estereotipos: la acidez corrosiva del racista más despiadado. Pero lo cierto es que Goma va a ser para siempre la ciudad de los excesos: aquí conté y soñé miles de muertos, de agonizantes, de palas excavadoras, de fosas comunes. El año del cólera de 1994. Y ahora, poco más de dos años después, los mismos refugiados que, inesperada y masivamente, han decidido volver a casa. ¿Cuántos en marcha? Todo un pueblo capaz de decidir su propio destino, aunque voten con los pies una vez que han sido derrotadas las milicias que lo sometían.

VUELVA USTED MAÑANA EN BANYAMULENGE

Sería una comedia bufa si al otro lado de un poblachón triste y de una frontera de agua salvada por un puente de tablas y hierro no estuvieran muriendo tantos. Los banyamulenges no han leído a Larra, pero Mathias, que viste camiseta e insólita gorra azul de ACNUR, es tutsi, zaireño de toda la vida y portavoz de los rebeldes que han roto con Mobutu y con Kinshasa, suelta el «vuelva usted mañana» como si fuera castellano viejo y funcionario de pro. Ni los tres coches cargados de medicinas y alimentos que Médicos sin Fronteras intenta introducir día tras día en Zaire para paliar el sufrimiento humano ablandan al autonombrado *gorrilla de ACNUR*, representante de Laurent Désiré Kabila, «el presidente de la República», como ya le denominan los rebeldes tutsis que controlan buena parte de la región oriental de Kivu. En el hotel du Lac, asomado al río Rusizi, que hace que las aguas del lago Kivu hablen con las del Tanganica, y a una montaña de hierbajos, cabras e insectos cantores que dicen que es Zaire, los siete días bíblicos de espera se consumen entre soldados ociosos, una guapa camarera llamada Françoise, chóferes haciendo su agosto y periodistas que quieren olvidar Cyangugu.

El puente era la frontera entre Ruanda y Zaire hasta que los banyamulenges, hartos de los desprecios del poder central en la lejanísima Kinshasa, que consideraba a estos tutsis más ruandeses que zaireños, se alzaron en armas. Su revuelta puso en fuga no sólo al zarrapastroso ejército de Mobutu, una tropa cuya patria se llama codicia y que cobra en especie y asaltos a mano armada lo que el Estado no le paga, sino a más de un millón de refugiados que ahora vagan y mueren a la deriva. Bukavu, la fragante villa de vacaciones para potentados coloniales, acostada sobre la margen sur del lago Kivu, todavía no se ha recuperado del pillaje al que la sometió la soldadesca en 1993, cuando Mobutu Sese Seko, *el pacificador*, también conocido por sus enemigos como *el dinosaurio*, quiso pagar los atrasos eternos con billetes de cinco millones de zaires que no valían ni para papel higiénico. La llegada de centenares de miles de hutus ruandeses en el verano de 1994, tras el genocidio que las milicias *interhamwe* y el Ejército practicaron con sus vecinos tutsis, alteró el ya turbio equilibrio regional. Los Grandes Lagos, una región «altamente espectacular», como la califica un inspirado periodista portugués, no ha conocido desde entonces la paz.

Por el puente del Rusizi, cada tanto, como un cuentagotas exasperante, llegan de Zaire cuadrillas de refugiados exhaustos, con el cuerpo macerado por el sufrimiento, pies descalzos, ojos apagados y ajuares miserables: colchones salpicados de barro, atados de leña para el próximo fuego, una escudilla de maíz, ropas harapientas. Parecen condenados a una fuga sin fin y traen recuerdos atroces: «Atrás dejamos muchos enfermos, muchos muertos». Un niño lleva entre los dedos una Biblia roja y releída. «Los militares zaireños nos han robado todo». Una mujer se saca el pecho estrangulado para que su bebé convierta la saliva en leche. «No regresamos antes porque teníamos miedo. Nos decían que en Ruanda no había terminado la guerra. Los *interhamwe* no nos dejaban salir del campo». Un autobús de ACNUR, que aparca cada día junto a una de las dos gasolineras desvencijadas que dan la bienvenida en Cyangugu a los que llegan del turbión zaireño, recoge a los refugiados, como la niña Feza, que trae el brazo reventado por un disparo y

no emite una sílaba de queja cuando le hacen la primera cura de urgencia en el arcén, o Buenaventura, al que le falta una pierna y sonríe con una boca desdentada desde sus setenta años de infortunio, y se los lleva a un campo de tránsito, primera etapa del regreso a sus comunas de origen.

José Antonio Bastos, coordinador de emergencias de Médicos sin Fronteras, libra su particular batalla contra el hijo de Lacra llamado Mathias. «La connivencia entre las autoridades ruandesas y los banyamulenges parece evidente. Juntos están haciendo más fácil la muerte de centenares de miles de refugiados al impedir que llegue la ayuda humanitaria». Bastos está tan harto como todos los que cada día batallan con los dos aduaneros ruandeses que compiten en desidia y parsimonia, vestidos de camisa blanca o jersey de pico, impecables pantalones de pinzas o vaqueros ribeteados y con una sonrisa hueca que destila desprecio. Del otro lado, los banyamulenges juegan su juego y se chotean de Naciones Unidas y de quien haga falta. Una comedia humana que oculta el hedor de un drama. A veces eran los banyamulenges quienes avanzaban sobre el puente y hacían que los soldados de guardia movieran sus cansados traseros. La timba se entablaba entonces a ambos lados de un tablón de pino que hacía de barrera. Hasta el educado Landce Clarke, plenipotenciario de la ONU, tuvo que plegar velas.

La luz permitía que Zaire se fuera avizorando junto a la casita amarilla de la aduana, bajo un sol pegajoso o un aguacero de gotas grávidas y calientes, hasta que al aduanero se le hinchaban las narices y mandaba despejar la zona porque tenía «que trabajar». Después se pasaba el día departiendo ostensiblemente con soldados, ociosos, oyentes de radio, vendedores de tabaco, campesinos que pasan con la azada al hombro, gasolineros con la manguera muerta y chóferes con la vista perdida entre mansos rebaños de vacas cuernilargas y el hastío perverso de la vida provincial. Mientras los banyamulenges no pronunciaban su *si* condicional los aduaneros ruandeses no movían un papel. La noche desvanecía el puente y la puerta rosa del *night club* New Babylon. Hace tiempo que sus luces de colores no bailan sobre la superficie del lago. A las nueve de la noche, el toque de queda despeja las calles miserables de Cyanguu, el paupérrimo mercado central y el nauseabundo videoclub, un sótano de humo donde matar el tiempo ruin.

Sólo radio Bukavu cruza limpiamente el río, el puente, la muerte que queda lejos de la orilla insalvable. «Los taxis han vuelto a funcionar, las tiendas están abiertas. Ciudadanos de Bukavu, volved a casa. La ciudad está en paz». Las proclamas del nuevo *gobierno* banyamulenge se mezclan con los mensajes de familias separadas por la guerra o canciones de Charles Aznavour que llegan vía Radio France Internacional, que entra en conexión con esta emisora de Bukavu a pesar de la animadversión que banyamulenges y tutsis ruandeses comparten contra todo lo que huelga a francés, y aunque se sirvan de su lengua para repetir como una letanía «il faut patienter» o su versión en suajili, «pole, pole». La infinita paciencia de la que hay que armarse para no tirar a unos cuantos funcionarios al río. Lago arriba, más allá de las siluetas de las canoas, está varada la isla de Ijwi, donde 40.000 refugiados están a merced de una horda de *interhamwes* y dos religiosas españolas tratan de parar con las manos desnudas una catástrofe inhumana. En la playa,

los *interhamwe*, cuenta Radio Wojtyla, los milicianos matan a los que quieren huir. Los refugiados se han convertido en un escudo precioso. Pero no hay transbordadores que se internen en el mar Kivu. Ni visa para asistir al entierro en Nyangezi, al sur de Bukavu, de los cuatro maristas españoles asesinados por los *interhamwe* y arrojados a una letrina. «Si querían quedarse en África, ¿por qué no enterrarlos aquí?», dicen sus hermanos. En el hotel du Lac, Françoise pierde sus 19 años entre moscardones de uniforme y tardes lánguidas de brochetas de cabra y cerveza Primus. La vida en la frontera es un perfecto horror inmóvil.

GISENYI

Domingo, 17 de noviembre

Miro el reloj azul y escribo. Descargo la pluma azul y escribo. Me quito la venda de la mano izquierda y escribo. Bebo un trago de agua y escribo. Diario de un refugiado ruandés. Diario de los Grandes Lagos. Diario del tiempo que hace aquí. Diario de la nostalgia y de la dulzura. Diario del miedo y de las esperanzas infundadas. Diario de los días de lluvia y de la nieve escasa. Diario de la resistencia. Diario del tiempo que cada noche dedico a escribir este diario, sea en Ruanda o en Madrid, en Portugal o en Vigo, en el corazón de África o en cualquier lugar de los que elijo para escribir todo lo que queda por escribir. En la frontera, donde ocurren las cosas: así marché en medio de los refugiados, para intentar sentir lo que sentían, mirarles intensamente a los ojos, oler todos los olores de la tierra que llevan encima, contemplar sus fardos, imaginar su cansancio, su memoria rota, su sufrimiento, sus pies, su mente que sólo sabe mirar hacia delante.

MÁS DE MEDIO MILLÓN DE HUTUS CAMINAN DE REGRESO A RUANDA

Las primeras luces del alba recortan la majestuosa figura del volcán Nyiragongo. A sus pies, un gigantesco hormiguero humano que recuerda las míticas historias relatadas en la Biblia se pone en movimiento sin que nada ni nadie lo pueda abarcar ni detener. La muchedumbre, formada por más de medio millón de almas, la población entera de una ciudad como Bilbao, camina a buen paso: 200 personas por minuto, 15.000 cada hora, atraviesan la *petite barrière*, un paso aduanero de la localidad ruandesa de Gisenyi. Son cerca de la mitad de los refugiados hutus que en tres días de julio de 1994 hicieron el camino inverso. Pero ayer no había pánico en el valle de Goma, la capital de la provincia oriental zaireña de Kivu Norte. Entre el volcán azul, coronado de nubes translúcidas, y la espejeante superficie del lago Kivu, una de las migraciones humanas más sobrecogedoras de la historia moderna había desbordado por completo a Naciones Unidas y a las

organizaciones humanitarias. En un patético anuncio, el Consejo de Seguridad aseguraba que hasta dentro de diez días no comenzaría el despliegue de la tropa multinacional, aprobado el viernes. «¿A qué van a venir?», se preguntaba con sorna en Goma un alto funcionario de la ONU.

La derrota de los *picadores de carne* (las milicias hutus ruandesas responsables del genocidio de 1994) a manos de los rebeldes tutsis zaireños (los ya famosos banyamulenges) abrió el viernes las compuertas de un océano humano que, según Ray Wilkinson, portavoz de ACNUR, «deseaba por encima de todo volver a casa y no podía por las amenazas del antiguo ejército ruandés y los *interhamwe*. Estamos completamente desbordados. Nadie podía prever un flujo tan descomunal en tan poco tiempo. No hay nadie que lo pueda parar», decía con su vehículo rodeado por una multitud pacífica, cargada con todos sus enseres, que no dejaba de mover los pies bajo un sol dulce y se perdía a ambos lados del horizonte: hacia los últimos barrios de Goma, camino de su país de mil colinas, y hacia el campo de Mugunga, de donde venían, y donde ayer seguían combatiendo los banyamulenges y las más recalcitrantes unidades hutus. Durante cerca de dos horas, un vehículo motorizado logró abrirse paso y recorrer apenas nueve kilómetros, permanentemente rodeado por una masa compacta de refugiados que se abría y se cerraba a golpe de claxon del mismo modo que las aguas del mar Rojo se abrieron a las invocaciones de Moisés.

Si el viernes fueron sesenta mil los refugiados que dejaron de serlo al cruzar Ruanda, más de cien mil lograron volver a poner ayer los pies en su malhadado país, uno de los más pequeños, superpoblados y trágicos de África, empujados por al menos otros 400.000 que no dejaban de avanzar y avanzar, en un silencio sólo turbado por el llanto de los niños y los cláxones de los automóviles, muchos de ellos alquilados por zaireños ávidos y cargados hasta los topes, que trataban de abrirse paso en medio de una masa asfíxica, que destilaba todos los olores de la tierra, cargada, como bestias, con todas sus pertenencias: colchones enrollados, atados de leña, bidones de agua, cacerolas renegridas, paraguas, máquinas de coser, sacos de comida, ropas, quinqués, osos de peluche y niños incapaces de caminar por sí solos.

Las autoridades ruandesas cedieron a las peticiones de las organizaciones humanitarias y no cerraron el paso fronterizo a la caída de la noche. La auténtica marea humana, inabarcable, ocultaba por completo el camino embarrado por las copiosas lluvias del viernes. Pero el dios de los refugiados fue compasivo ayer. A primeras horas de la tarde, la masa de fardos en movimiento comenzaba a ascender las colinas de Gisenyi, ocupaba por entero la pista de barro que atraviesa el minúsculo puesto fronterizo de la *petite barrière*, en el que ondeaba contra el pálido azul la bandera ruandesa, serpenteaba entre el barrio de chabolas de Goma, recorría el centro de la ciudad (a un lado los míseros ruandeses, al otro los curiosos y mejor vestidos zaireños), pasaba ante el hospital general y seguía y seguía hasta tal vez 30 kilómetros: un ejército desarmado y denso, poblado de rostros, de historias secretas, de tesón silencioso, de una calma que sobrecogía el ánimo.

Entre los refugiados, muchos más rostros de hombres jóvenes que el viernes. Uno se preguntaba, mirándoles a los ojos, hasta qué punto muchos de ellos no habían empleado a fondo el

machete contra sus compatriotas tutsis en el sangriento abril de 1994. Pero no había apenas miradas de desafío. Sólo ganas de llegar. «Una vez que han tomado la decisión de partir ya no hay quien los detenga. Son capaces de caminar cargados hasta 25 kilómetros diarios», comentaba un miembro de Médicos sin Fronteras, abrumado por «una experiencia que nadie podrá olvidar». Junto al paso fronterizo, tiendas de campaña convertidas en hospitales de emergencia atendían a niños desnutridos, ancianos exhaustos, enfermos que habían llegado al límite.

El campamento fronterizo de acogida, Ubumbano ('buena vecindad', en kinyaruanda, la lengua del país), que el viernes multiplicó por veinte su dotación de tiendas de plástico blancas hasta permitir el alojamiento de 30.000 personas, a primeras horas de ayer ya estaba completamente desbordado. En cualquier caso ya no tenía ningún atractivo para el glaciador humano que avanzaba con un único norte en la cabeza: volver a Ruanda. Junto al paso fronterizo, Trisha Williams, de Alimentos para los Necesitados, contaba ya en 800 el número de niños que habían llegado solos o habían perdido a sus padres o familiares en el camino. No había prácticamente ninguna cabeza que no llevara encima una pesada carga, salvo los más pequeños o los recién nacidos, que las madres acababan de tener en plena marcha. Las parturientas hacían un pequeño alto en el camino para recobrar fuerzas y seguían adelante. Algunos adolescentes perdidos, empujados por una masa que parecía atender a una consigna no escrita que decía «prohibido volver atrás», lloraban mientras mantenían en equilibrio el fardo con todo el ajuar de la familia, y avanzaban.

Todas las previsiones habían quedado pulverizadas por el espontáneo movimiento de regreso que ACNUR había defendido desde el primer día. Tanto el Programa Mundial de Alimentación como la agencia de la ONU para los refugiados tenían reservas estratégicas para atender a por lo menos 10.000 refugiados diarios, pero la multitud bíblica que ayer se derramaba pacíficamente hacia Ruanda y que provocaba pequeños incidentes violentos junto a los camiones cisterna que repartían agua no estaba para esperar a Naciones Unidas ni a su sacrosanto Consejo de Seguridad. Junto a la frontera, los más hambrientos recogían hojas, expurgaban los campos en busca de legumbres o raíces que devoraban allí mismo. Sin embargo, si algo resultaba sorprendente era el buen aspecto general de la mayoría de los refugiados, caminando a buen paso aplastados por su pesadísima carga. Muy pocos de los que se sentaban al borde del camino para descansar o pasar la noche exhibían el rostro de la enfermedad o el desfallecimiento. Algunos pedían dinero o simplemente algo que comer, sobre todo los más jóvenes que, pasándose la mano por el estómago, decían: «Tengo hambre». ACNUR dio cuenta ayer de que al menos 25 casos de cólera se habían declarado y estaban recibiendo tratamiento en el hospital general de Goma, aunque para Ray Wilkinson no se trataba propiamente de una epidemia «puesto que el mal es endémico en la zona», y evaluó entre 3.000 y 8.000 el número de personas que pueden haber muerto en las tres últimas semanas, una cifra muy por debajo de la que barajaban otras organizaciones humanitarias.

Mientras responsables de ACNUR compaginaban sin dificultad su satisfacción por el regreso «súbito y masivo» con el reconocimiento de que estaban «completamente desbordados», otras organizaciones criticaban la falta de previsión y lo que, para un responsable de Oxfam, «no es más

que una repatriación forzosa». Para el dirigente de esta ONG británica que se encargó de construir y mantener los depósitos de agua de los campamentos, y que prefirió no dar su nombre, «toda esa gente no quería volver, pero fueron obligados a hacerlo tras bombardear su campo. Sólo tenían dos posibilidades: o morir en los campos o volver a Ruanda. Me siento avergonzado de ser un trabajador humanitario». Lo cierto es que «todos los campos de refugiados de la región de Kivu Norte» han sido evacuados. De momento no hay noticias de los campamentos de Tanzania, pero la historia de Ruanda no será lo mismo después de estos días de noviembre.

RELATOS DE REFUGIADOS: *Mzungu*, la palabra en suajili para definir a los blancos significa ‘rojo’, pero es que para muchos negros los blancos tienen la piel roja. Así saludan, festiva y amigablemente, muchos de los niños a los blancos que se cruzan con ellos, que caminan a su lado unos kilómetros convertidos por unas horas en improvisados refugiados, sorteando los largos atados de leña y los fardos y colchones que todos llevan, como una corona campesina, sobre sus cabezas. Consuolee Nyrinkwaya tiene 27 años y, como muchos otros refugiados, sólo una palabra en la boca: «¿Dónde puedo trabajar?». Acaba de cruzar la frontera junto a su marido y sus tres hijos y no tiene un minuto que perder. Confiesa que no ha pasado demasiada hambre: «Fue a partir del jueves cuando ya no hubo nada que comer». A la pregunta de por qué no regresó antes a Ruanda responde como muchos otros refugiados: «Los *interhamwe* nos tenían amenazados. A los que confesábamos nuestro deseo de volver nos decían que nos perseguirían hasta donde fuéramos y nos matarían dentro de Ruanda».

Richard, un soldado ruandés que momentáneamente ha dejado inerte el improvisado látigo de nylon con el que de vez en cuando golpea a los refugiados que se desvían del camino, sólo acierta a decir: «Estoy contento. Este regreso de los refugiados significa la paz para mi país». Alphonse Sebahe, un zaireño de 38 años que se ha asomado a su chabola de hojalata levantada sobre durísima roca volcánica para ver la inacabable procesión de refugiados, dice que «es bueno que vuelvan a su país» y cree que ha sido «la lucha entre los banyamulenge y los *interhamwe* lo que ha permitido el regreso». Confiesa que están de acuerdo con los rebeldes tutsis que han expulsado al ejército de Mobutu, «una tropa de corruptos». Kinshasa está muy lejos de la región de Kivu y Alphonse no cree que de momento regresen a reconquistar el territorio. Junto al camino, los zaireños avisados ya han montado sus pequeños tenderetes con ayuda humanitaria a la venta. El más emprendedor ha troceado en pedazos minúsculos las galletas nutritivas de la Unión Europea: cada pedacito sólo cuesta 5.000 zaires (unas 20 pesetas).

La masa de refugiados atraviesa la avenida del 20 de Mayo, fiesta del partido de Mobutu, que conduce al campo de Mugunga. Sobre las cabezas de los refugiados, los grandes letreros comerciales parecen un recordatorio surrealista: la vida sigue por encima de este pueblo en marcha. Quincallerías, alimentación, recambios. *Les Meilleures Couleurs*. La ese final está borrada por un mortero que se ha llevado por delante la esquina del establecimiento comercial. Los refugiados sólo caminan, no tienen tiempo de leer. En uno de los puestos de control de los

rebeldes banyamulenges, un *mariscal* de nueve años, vestido de caqui como para un baile de disfraces, botas militares de su padre y una bayoneta a la cintura, golpea los automóviles con un bastón y grita «checking, checking». Se toma su tarea muy en serio, casi tanto como un compañero de puesto, que castiga rudamente con un palo, sin razón ni misericordia, a los refugiados que se apartan de la línea.

Sobre una furgoneta cargada hasta los topes, un joven sano y vestido con una impecable cazadora vaquera admite que tiene miedo de volver a Ruanda, que no sabe qué va a pasar con él, pero que no podía quedarse en Zaire. A su lado, otro joven de menos de 20 años, con cara de pocos amigos y un largo bastón, hurta el rostro a la cámara fotográfica, como si tuviera algo que ocultar. No muy lejos, junto a una furgoneta en la que según un joven contable espontáneo viajan tres familias, «35 personas», Nema, una oronda hutu de Gisenyi, de 32 años, confiesa: «Tenía muchos amigos tutsis, pero no vi ningún crimen». Su mayor preocupación es «recuperar un automóvil que robaron los soldados zaireños y que seguramente está en Kinshasa». Nema forma parte de la «aristocracia» refugiada, bien relacionada: «Nadie nos controlaba en el campo, ni las milicias ni los soldados. Volvemos porque con los combates que había no podíamos seguir allí. Hacíamos trabajos en Goma para los zaireños, como lavar o coser ropa».

Mughwe Nimana, de 47 años, su mujer y sus tres hijos pequeños salieron del campo de Kibumba, enclavado al norte de Goma, hace tres semanas, «huyendo de los combates». Bajaron a Mugunga y de allí siguieron a Sake, en la orilla norte del lago Kivu. «Queríamos volver a Ruanda hace mucho tiempo, pero las familias estábamos amenazadas. Cada burgomaestre [alcalde] controlaba a los que eran de sus comunas, y sabían quién quería volver. Nos decían que si volvíamos seríamos perseguidos por el Gobierno tutsi».

Un joven con camiseta sucia de Yves Saint Laurent admite que si ahora se atreve a volver es porque son muchos los que regresan. «Todos juntos nos sentimos más seguros. Así no tenemos miedo de que nos persigan». Se refiere al temor que inspira el nuevo Gobierno de Kigali, dominado por el Frente Patriótico Ruandés, que en julio de 1994 derrotó en toda regla al ejército hutu. No en vano 80.000 sospechosos de haber tomado parte en el genocidio esperan todavía juicio en las saturadas prisiones ruandesas. Eric, un miembro del Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos, subraya que de momento no tiene ninguna queja del comportamiento de las autoridades ruandesas hacia los refugiados. «Apenas hay escenas de violencia. El retorno está siendo extraordinariamente pacífico». El deseo de las autoridades de Kigali de hacer en la frontera un escrutinio de todos los que volvían ha quedado arrasado por la cantidad y la velocidad a la que se mueven los refugiados que, como si respondieran a un impulso colectivo que acaso explique la psicología de masas, han decidido súbitamente regresar y hacerlo enseguida.

Adolphe, de 14 años, cabeza rapada y el pecho flaco abrigado por una chaqueta gris de buen corte, está solo con su hermana Mnemira, de ocho. Tienen hambre, pero están contentos de volver, aunque no saben adónde. «Nadie nos espera, pero Ruanda es nuestro país», dice en un francés tan inseguro como su propio porvenir.

Lunes, 18 de noviembre

Los ojos. Me asomo a la ventanilla para no perderme nada, para empaparme de todo ese dolor en marcha: fantasmas desfilando en una noche que el mundo ha empezado a olvidar a marchas forzadas. Los tremendos fardos parece como si se desplazaran solos por las carreteras empinadas del noroeste ruandés, y no son insectos los que mueven los pies como una máquina que no conoce su destino. ¿Qué voluntad, qué ceguera, qué confianza, qué capacidad de resistir los empujones de la vida hay en esos hombres, mujeres y niños ruandeses que regresan por sus propios medios de un exilio atroz? Los ojos. Los miro y me miran. Y el dolor empieza a contagiarme. Y la comprensión y la rabia trazan una equis sobre los campos saqueados. Aquí estuvieron. Cabañas improvisadas con dos cañas dobladas para pasar la noche. Los ojos que no son desafiantes ni de súplica. Ojos que se miran en los ojos: intento que mi compasión no sea visible, intento ponerme a su altura, como miraría un compañero afortunado a otro que está pasando una mala racha. Entender es una vida.

LA ÚLTIMA BATALLA DE LOS GENOCIDAS RUANDESES

El mayor campo de refugiados del mundo ya no es más que un gigantesco basural, esqueletos de chozas, plásticos al viento, algún cadáver olvidado, fotos de matrimonios perdidas en una fuga súbita, carnés de identidad rotos, uniformes arrojados a toda prisa y un convoy militar varado para siempre en tierra de nadie, la carretera de Mugunga, 15 kilómetros al oeste de Goma, en la provincia zaireña de Kivu Norte. Allí fue aplastado el jueves lo que quedaba del antiguo ejército hutu y los temibles *interhamwe*, las milicias que durante los dos últimos años han aterrorizado a centenares de miles de refugiados para que no volvieran a Ruanda. La derrota de los carceleros, que huyeron Zaire adentro con un último *escudo* de acaso poco más de cien mil personas, abrió las compuertas de una de las mayores migraciones de la historia moderna: más de medio millón de refugiados regresaron a Ruanda en los tres últimos días.

Juvenal Habyarimana saluda marcialmente desde la ventanilla rota de un autobús de la cooperación ruandeso-nipona inmovilizado junto a Mugunga. La débil brisa hace que un jirón sucio de cortina acaricie el retrato del presidente ruandés asesinado el 6 de abril, la fecha que desencadenó el genocidio de casi un millón de tutsis y hutus partidarios de compartir el poder. Algún devoto del viejo régimen tuvo tiempo de clavar la foto en la ranura de la ventanilla antes de poner pies en polvorosa. Por las puertas y ventanillas desventradas asoma todo el archivo del estado mayor del antiguo ejército: mapas, documentos clasificados, libros bajo la admonición de

secreto, fotografías de detenidos, memorandos del servicio de espionaje, una colección de esposas y hasta una caja fuerte que ha resistido los embates de los saqueadores.

El precioso archivo móvil formaba parte de un convoy de 27 vehículos (cinco autobuses, dos Mercedes y varios camiones militares, furgonetas y todoterrenos) en los que intentó desesperadamente ponerse a salvo la camarilla de responsables del genocidio que durante los dos últimos años ha congelado la vida miserable de centenares de miles de compatriotas. Los jefes hutus disfrutaron, gracias a la complicidad del ejército zaireño, de países amigos como Francia y la ceguera voluntaria de Naciones Unidas, de todo lo que carecían los refugiados que arrastraron al exilio. Junto al autobús de los secretos perdidos, la carretera es un batiburrillo de condones, guantes higiénicos, jeringuillas y bandejas esterilizadas, minas antipersona, granadas de mortero y balas que no hubo tiempo de disparar.

El jueves se rompió en mil pedazos el gigantesco candado que mantenía a los refugiados como rehenes de los que inspiraron y ejecutaron el genocidio. «Los banyamulenges [tutsis zaireños desde hace generaciones que han puesto en jaque a la dictadura de Mobutu y controlan parte de la región de Kivu] cayeron de forma implacable sobre las posiciones hutus en Mugunga y las destrozaron. La derrota los puso en fuga y el grueso de los refugiados, más de medio millón, se sintió libre para volver a Ruanda. Los *interhamwe* huyeron hacia el interior de Zaire, los refugiados eligieron el camino de Ruanda». El alto responsable de la ONU que relata confidencialmente las últimas horas de la camarilla que durante más de dos años se aprovechó de las penurias de su propio pueblo se ríe y cambia de conversación cuando se le pregunta en qué medida contaron los banyamulenges con el apoyo del eficaz ejército ruandés para derrotar a los *interhamwe*.

El grupo de zaireños que aprovecha la calma para hacer rebatiña de lo que queda del último convoy del régimen hutu relata su versión de los hechos: «El jueves hubo terribles combates aquí, con ametralladoras y morteros. Junto a los banyamulenges combatían soldados ruandeses y ugandeses. Derrotaron por completo a los *interhamwes* y a los soldados del antiguo ejército hutu. Había varios generales entre ellos, los verdaderos amos del campo». La carretera está sembrada de uniformes militares, y a algunos zaireños que viven cerca, en Sake, a la orilla del lago Kivu, no les importa hacer de testigos de cargo: «Muchos se quitaron los uniformes y se unieron a los refugiados».

Las espaldas de los últimos refugiados hutus sobrecargados con niños, colchones y leña, se alejan de Mugunga en dirección a Goma. Se cruzan con zaireños que vuelven y con furgonetas cargadas hasta los topes de rebeldes banyamulenges que van hacia la nueva línea de frente, Masisi, en el noroeste zaireño, donde los *interhamwe* tratan de reagrupar sus fuerzas. Les cuesta abrirse paso en el cementerio motorizado en que se ha convertido la carretera de Mugunga. Bajo un gigantesco camión-grúa, tintado con el verde militar del camuflaje, un soldado parece arreglar una avería. Pero no es más que un cadáver olvidado. Las moscas ya le chupan el pie carcomido.

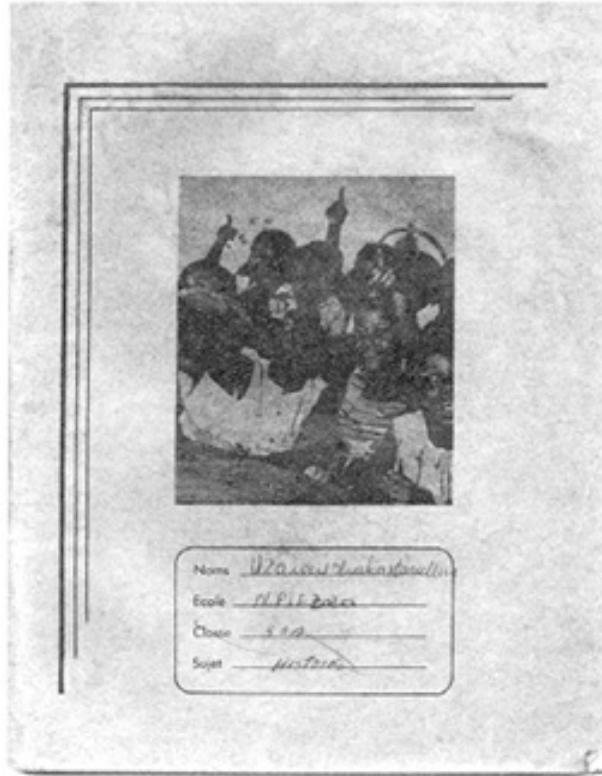
No volverá a hojear el *Manual de tiro de fusil*, con precisiones sobre «la posición del cuerpo, la mano derecha, la mano izquierda o la respiración», que yace a su lado.

Los plateados depósitos de agua levantados por Oxfam para aliviar la sed de los refugiados son un extraño monumento al pasado en medio de los campamentos desolados: como si un vendaval hubiera arrancado de cuajo los centenares de miles de vidas que durante dos años y medio de amargura han cultivado o la nostalgia o el resentimiento. Sólo quedan deshechos en medio del pedregal volcánico, cuadernos de caligrafía infantil, zapatos huérfanos, cobertores desgarrados, fotos sueltas de vidas rotas a merced de los elementos: una boda al aire libre, dos jóvenes vestidos de futbolistas, una madre dando de mamar a su niño, una primera comunión. Mugunga se ha convertido en un atroz recordatorio del sufrimiento: durante kilómetros y kilómetros se esparcen los restos del mayor campo de refugiados del mundo. Pero basta levantar la vista para encontrarse con uno de los parajes más hermosos de la Tierra: el lago Kivu, encerrado entre montañas verdes y volcanes, parece un mar en el corazón de África, una tierra de contrastes donde al lado del mayor horror prende la belleza irresistible. Pero los refugiados ya no tienen tiempo de mirar atrás.

KIGALI

Martes, 19 de noviembre

Me niego a dejarme vencer por el sueño, como mis compañeros de viaje. Quiero que mis ojos se encharquen con los rostros, los fardos, los niños, los ojos, los pies descalzos, los moribundos, las piernas hinchadas, el silencio, el humo que se enrosca en la garganta, los plásticos, la impotencia, la dignidad, la resistencia, el hermetismo, el sufrimiento, los colchones sucios, la ropa, las madres, los huérfanos, los ancianos, los tullidos, la ayuda ausente, los hospitales saturados de Médicos sin Fronteras, la hermosura de Ruanda. Ésta es tal vez la primera noche en que, por un instante, puedo sentarme a reflexionar. Entonces me doy cuenta de que el cansancio es un perro trabándome los párpados y me rindo.



Cuaderno de Historia de Marcelline Uzamushaka

Cuadernos escolares rescatados de Mugunga, el mayor campo de refugiados del mundo, vaciado súbitamente el pasado viernes, tras la feroz batalla entre los banyamulengues y soldados y milicias del antiguo régimen ruandés. Entre los restos del descomunal basurero, hallazgos elocuentes, fragmentos de memoria, aunque no vi, como mi compañero Antonio García Ferreras, de la Cadena Ser, dos ahorcados: un crimen contra uno mismo poco frecuente en África. Al instante me viene a la memoria la imagen de aquella muchacha bosnia que se salvó de la matanza de Srebrenica y se ahorcó al poco de hallarse a salvo en Tuzla. Entre los pequeños tesoros, un cuaderno escolar de Marcelline Uzamushaka, de la escuela N. Pifza, clase 3-A, asignatura de Historia. Es anaranjado y en la portada se ve a un grupo de niños en una escuela africana: todos levantan el dedo, ávidos por responder a las preguntas que les dirige un profesor que está en la parte del lector. En la contraportada, una tabla de multiplicar del 2 al 20 y el pie de imprenta: «Fabriqué au Rwanda par la Régie de l'Imprimerie Scolaire de Kigali». Todas las hojas están escritas. En la primera página vuelve a figurar el nombre de la alumna, el del profesor: Anastase Kajyilavami y el año escolar: 1991-1992. Marcelline se llevó su *cahier d'Histoire* al campo de refugiados. Marcelline tiene una letra clara e inclinada levemente a la derecha. Utiliza bolígrafos de tres colores: azul para el grueso del texto, rojo para títulos y subrayados, y negro para algunas frases o palabras que quiere resaltar. El cuaderno se abre con el nacimiento de los Estados Unidos de América o la revolución americana, e incluye lecciones como las reivindicaciones sociales y el

nacimiento del socialismo, África la víspera de la colonización, el poblamiento de Ruanda o la Constitución de la antigua Ruanda. Al hablar de la población de América se refiere a los esclavos negros arrancados de África. Acaso un día, si no ha muerto en la penuria de los campos o en sus éxodos, encuentre a Marcelline para devolverle su cuaderno.

TEATRO PARA RECONSTRUIR RUANDA

Un día de abril de 1994 entraron en la casa de Felicienne en Kigali. Ante sus propios ojos, mataron a sus dos hijos pequeños y a su marido. A ella le dieron un fuerte golpe en la cara con un machete. Cuando recuperó la consciencia, tendida en el suelo, los perros estaban dando cuenta de su marido y las gallinas picoteaban los cadáveres de sus hijos. Hasta dos meses después no pudo visitar a un médico, que le retiró el feto muerto que llevaba dentro. En la refriega perdió también toda la dentadura y un ojo. Ahora está recuperada y acaba de abrir una pequeña tienda en Kigali. Casi cada puerta esconde en Ruanda una historia terrible. Y el odio entre etnias, instigado por políticos sin escrúpulos, ha prendido en la población. Contra la venganza sin fin y a favor de la reconciliación trabajan grupos teatrales como Inganzo, patrocinado por el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos y la Unión Europea.

Formado por 14 actores y 11 actrices de entre 14 y 87 años, todos campesinos y muchos de ellos analfabetos, los miembros de Inganzo pertenecen a las tres etnias que pueblan Ruanda: hutus, tutsis y tomas. «Antes de poder dirigirnos al público tuvimos que educarnos a nosotros mismos y lograr la reconciliación dentro del grupo». El director de la compañía, Bonaventure Mzeyimana, de 29 años, advierte a los espectadores que abarrotan el pabellón de la escuela secundaria de Butare, la segunda ciudad de Ruanda y sede de una de las más antiguas y prestigiosas universidades de África, que la representación habla «de los derechos humanos que fueron violados durante la guerra y de los estragos de la violencia entre los jóvenes». Los más de 2.000 adolescentes, varias decenas de profesores y algunos padres y madres de alumnos, asisten con regocijo y entusiasmo a la representación de *Mbabazi*, «una obra que refleja los derechos de los niños y la inseguridad», escrita por François-Xavier Byuma a partir de historias recogidas entre el pueblo.

Tras una danza tradicional sembrada de guiños humorísticos y canciones que celebran las tradiciones ruandesas, como el apoyo mutuo, necesario para construir entre toda la comunidad una nueva choza, arranca la representación propiamente dicha, en la que los actores derrochan un histrionismo que hace las delicias del público: los malos influjos de un personaje llamado Luciferi acaban siendo derrotados e Ifijeniya, la huérfana protagonista, es aceptada por su tía, Mbabazi, símbolo de la familia perdida que se reencuentra. En Ruanda hay más de 220.000 huérfanos, y muchos viven con sus tíos. El burgomaestre, una especie de alcalde, figura clave en la sociedad ruandesa, es el encargado de la moraleja final: «Hay que educar bien a los hijos y evitar

que caigan en manos corruptoras. Los culpables deben ser castigados». Aunque la violencia se hace explícita en varios momentos, nunca aparece en escena una herramienta capital en la sociedad agraria ruandesa y el arma que se reveló más eficaz a la hora de acabar con la vida de más de 800.000 tutsis y hutus moderados en el genocidio de 1994: el machete.

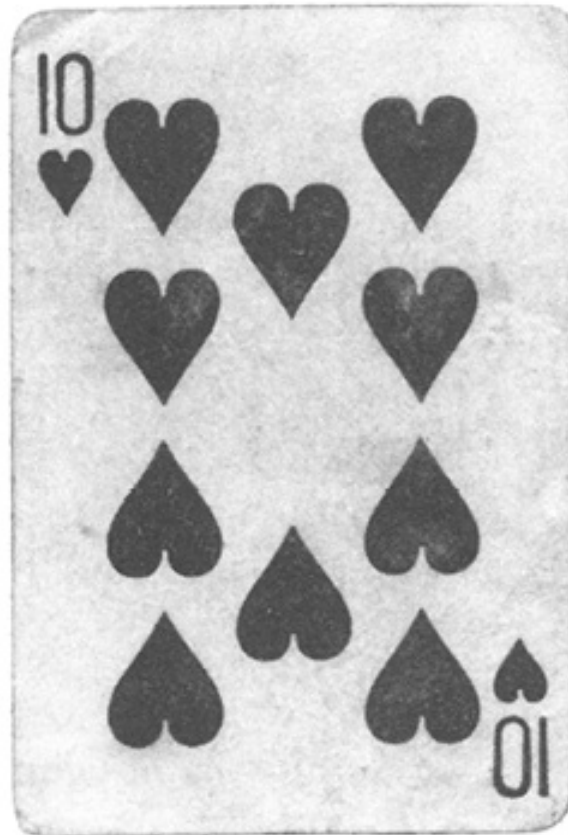
Al contrario que en el aburguesado y prescindible teatro europeo, la función no termina con aplausos. Micrófono en mano, el director reclama las preguntas del público, y enseguida se desata un intensísimo debate sobre la obra y los problemas morales que suscita: ¿Qué quiere decir la pieza? ¿A quién castigar y con qué dureza? ¿Hay que condenar a la pena capital? ¿Debe abortar Ifijeniya, preñada a la fuerza por Luciferi? El debate es todavía más apasionado en Muganza, una comuna de la región de Butare en la que se cometieron decenas de miles de crímenes en la ola de *limpieza étnica* contra los tutsis desatada el 6 de abril de 1994, tras el asesinato del presidente Juvenal Habyarimana. Los campesinos siguen la representación como si fuera un pedazo vivo de existencia, lloran con las desgracias de los personajes, interrumpen y corrigen a los intérpretes, corean sus respuestas. Los espectadores africanos no han perdido la inocencia y asisten al teatro como los niños al guiñol: su actitud puede cambiar el curso de la trama. Tal vez cambie el curso de sus vidas. Las heridas están abiertas en Ruanda. Pero tanto el público de Muganza como el de Butare llegó a una misma conclusión: el niño que crece en el vientre de Ifijeniya no es culpable y debe vivir. Hay que ayudar a Ifijeniya a tenerlo y cuidarlo.

Pero ni siquiera en el debate se agota la función. La terapia del teatro puede y debe llegar más allá. El departamento que dirige Giorgios Tsarbopoulos, coordinador del departamento de promoción de los derechos humanos, ha realizado hasta el momento cinco vídeos y está preparando otros 22 más. Ruanda ha sido el primer país en pedir a la ONU una misión que supervise el respeto a los derechos humanos. Aunque Tsarbopoulos, ateniense de 41 años, no tiene «ilusiones sobre el impacto directo de un vídeo» como el que preparan con Inganzo y los debates que surgen entre el público, sí cree que «los vídeos y las representaciones teatrales crean espacios de reflexión y de diálogo entre gentes que muchas veces no tienen ocasión ni de conocerse ni de hablar. En Muganza, donde había 10.000 repatriados, gracias a la función logramos que mucha gente se conociera, se divirtiera de verdad y discutiera con pasión sobre lo que ocurría en el escenario».

Evarist Ruvuta ha sido agricultor toda su vida. De una longevidad asombrosa para un país en el que la media de edad ronda los 48 años, a sus 87 descubre una vocación de actor. «Creo que el entusiasmo y el empeño que pongo ahora en actuar tiene que ver con las torturas que sufrí en 1959. Porque no quiero que mi gente vuelva a sufrir como yo sufrí». Y eso lo dice Evarist, un tutsi, después de haber pasado momentos tan insoportables como el genocidio de 1994: «A pesar de que me mataron a varios hijos y nietos, no me fui al exilio. Preferí quedarme en Ruanda». Califica el genocidio de «verdadera catástrofe nacional». A pesar de toda la sangre derramada sueña «con una vida en común entre todos los ruandeses»; lo proclama este joven actor de 87 años.

Evi Karampatsou, una guionista, diseñadora de vestuario y directora de cine de 28 años y una

sensibilidad a flor de piel, todavía no ha perdido del todo el miedo. Tras haber dirigido dos películas en Grecia, la oferta de realizar dos vídeos en Ruanda para sensibilizar a la población contra la muerte como argumento político y a favor de la convivencia interétnica la convencieron para dar un giro a su vida. Los días pasados ha corrido de Butare a Gisenyi, al norte, para tomar imágenes de la ingente marea humana de refugiados que en apenas cuatro días cruzó la frontera entre Zaire y Ruanda. «Yo creo que el teatro y el cine no resuelven los problemas, pero pueden ayudar a curar las heridas. Es como aplicar ternura para aliviar el sufrimiento». En cualquier caso, Ruanda le ha servido para ponerse a prueba. Siente que ya no es la misma que llegó a Kigali hace menos de un mes con los ojos velados por aterradoras historias del genocidio. Como la de Felicienne. Acaso tenga razón, y el cine y el teatro ayuden a curar heridas. Para que la desconfianza y el miedo dejen de ser las dos caras de la moneda nacional ruandesa.



Naipes de refugiados

Miércoles, 20 de noviembre

Las dos últimas noches en Kigali. El sueño me vence. Ni siquiera puedo formular en mi cabeza

dos frases completas seguidas. Se me apagan las luces. Tal vez por eso sigo. A veces, en estos momentos en que las tinieblas y la luz se quitan el pan de la boca, surgen imágenes inesperadas que apenas si da tiempo de describir. Sueño que come sueño. Sombras que mastican sombras.

Que no sean cartas marcadas. Ni siquiera el diez de corazones. ¿Cuántas horas del campo de refugiados de Mugunga fueron olvidadas gracias a cartas como ésta?

LA CASA COMÚN DEL HUTU Y DEL TUTSI

A la Ruanda profunda, la que cultiva cada rincón de la tierra, desde el fondo de los valles a la cima de las montañas, se llega por caminos endiablados. Más de cuarenta kilómetros llevan grabados en los pies descalzos Bernardette Dusahimana, de 35 años, un niño de dos semanas al pecho y otros dos que caminan a su lado, y Patrice Ndarifite, de 32, dos vecinos de Busumba, un sector de la comuna de Rwerere, prefectura de Gisenyi, al norte de Ruanda y fronterizo con Zaire. Son dos rostros atemorizados del medio millón de retornados, hutus en su mayor parte, que llevan cinco días caminando desde los campos de refugiados en la región zaireña de Kivu Norte, en la que han pasado dos años y medio de nostalgia. Cargados con tremendos sacos de más de cuarenta kilos en los que cabe todo su ajuar, su mayor temor es que estén ocupadas las casas y tierras que abandonaron en julio de 1994, cuando el triunfo del tutsi Frente Patriótico Ruandés llevó a más de dos millones de hutus al exilio. «Los vecinos nos reciben bien. Nos saludan, pero no nos han dado nada». La casa común del hutu y del tutsi está todavía por construir.

Tras el genocidio que se llevó por delante en tres meses de 1994 a casi un millón de tutsis y hutus moderados y la huida de casi un cuarto de la población ruandesa siguió el retorno de casi 700.000 tutsis, algunos exiliados desde 1959. El retorno de más de medio millón de refugiados hutus de Kivu Norte, iniciado súbitamente el pasado viernes, ha resuelto apenas una letra del enrevesado jeroglífico ruandés. Los problemas no han hecho más que comenzar. En Rwerere, el burgomaestre y el jefe militar presiden una concurrida asamblea de todos los responsables administrativos de la comuna. Asisten tres invitados del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH): un turco y dos griegos, involuntario ejemplo de *convivencia étnica*. El debate es muy vivo, un reflejo de las nuevas amenazas que se ciernen sobre Ruanda. El jefe militar pide que se evite toda revancha y hace un llamamiento «a favor de la reconciliación de todos los ruandeses», pero a renglón seguido advierte que las intenciones del Gobierno son «hacer justicia y encarcelar a los que tengan alguna culpa», a lo que el burgomaestre añade que se notifique la llegada de «todo aquel que se fue con armas para que pueda ser investigado». La cuestión se despacha pronto, porque lo que de momento inquieta más es el problema de la propiedad de la tierra.

«Cuántos días debe esperar el retornado a que el que ha ocupado su tierra y su casa las abandone?». El burgomaestre, que ha empezado la asamblea a cielo abierto reclamando que se

reciba a los retornados con afecto, «porque muchos de ellos vuelven traumatizados», recuerda que el Gobierno ha establecido con toda claridad que los retornados tienen el pleno amparo de la ley para recuperar sus viviendas y sus tierras. El burgomaestre apela a la buena voluntad de todos para llegar a un acuerdo y evitar los enfrentamientos. Son todavía muy pocos los retornados que han llegado a la comuna de Rwerere, pero la administración local se ha dado más prisa que la comunidad internacional para afrontar uno de los retos capitales del futuro de Ruanda. Las buenas intenciones chocan tozudamente con la realidad. Giorgios y Errol, el griego y el turco de la ACNUDH, acompañados de Evi Karampatsou, que realiza un vídeo que debe servir para mostrar en el resto de las comunas cómo resolver problemas que si no se atajan serán dramáticos, se dirigen después con una consejera, una de las escasísimas mujeres con cargos de responsabilidad en la zona, a comprobar sobre el terreno cómo van las cosas.

Ester Nzabonimpa llegó el lunes a su casa de Rwerere y la encontró ocupada. Ha pasado la noche en el patio con sus seis hijos. No se ha atrevido a hablar con los que ocupan su vivienda porque ha regresado sin su marido, perdido en algún lugar de Ruanda. «No tenemos comida, ni agua, ni techo», dice a la consejera, que la escucha con paciencia y las manos cruzadas. A los interrogantes de los enviados de la Agencia de Derechos Humanos responde con una pregunta: «Si no hay comida, si la casa está ocupada, si todavía no ha llegado la ayuda de las organizaciones humanitarias, ¿qué podemos hacer? Hay que tener paciencia. Haremos lo que podamos, pero sin ayuda de la ONU no podemos hacer nada», dice antes de pedir dinero «para tomar una cervecita».

La mayoría de los casos se parece al de Ester Nzabonimpa, por eso resulta tan insólita la historia de Theoneste Ntibaheba. Parado frente a su pobrísima casa de adobe junto a una de sus dos mujeres y cinco hijos, que comen «mazorcas de maíz regaladas por los vecinos», Theoneste ofrece un «ejemplo de reconciliación», apunta Giorgios. A la izquierda del grupo posa Mirindi Gasore, el ocupante. En segundo término, asomada a la puerta, la segunda mujer de Theoneste, con otro hijo. A la derecha, rozando el mísero huerto, una de sus suegras y, sentada, la mujer de Mirindi, con un niño que exprime en vano unos pechos muertos. Todos, salvo Theoneste, que viste zapatos destrozados, están descalzos. Parece una estampa arrancada de la historia más negra de Las Hurdes, pero son paisanos del corazón de África, y la foto acaba de ser tomada.

Una de las mujeres de Theoneste Ntibaheba es tutsi y huyó al este de Zaire con sus cuatro hijos y su madre cuando en abril de 1994 comenzó el genocidio. Theoneste, que es hutu, siguió los pasos de su primera mujer con su segunda esposa en el mes de julio, cuando tras la victoria del Frente Patriótico Ruandés más de un millón de hutus huyó a la región zaireña de Kivu en tres días. A la residencia vacía de Theoneste regresó una de sus suegras poco después, y encontró que la pobreza se había multiplicado: habían saqueado la casa por entero. En diciembre de ese año, Mirindi Gasore, un tutsi que huyó de Ruanda en 1959, cuando el camino de la cercana independencia se sembró de matanzas, ocupó una parte de la casa de Theoneste con su mujer y su hijo, tras obtener el consentimiento de la suegra del ausente. El sábado, después de huir a pie del campo de refugiados de Mugunga, cerca de Goma, la capital de Kivu Norte, Theoneste regresó

con sus dos mujeres y sus seis hijos. Propietario y ocupante, un hutu y un tutsi, han decidido compartir techo hasta que el segundo pueda levantar su propia casa. «Tenemos que comprendernos y ayudarnos unos a otros», dice Thenoneste con su voz grave. Es un ejemplo infrecuente de convivencia interétnica en la misma casa ahora que el regreso masivo de los refugiados ha desencadenado una nueva era de sombras en Ruanda, un diminuto e hipercultivado país casado con el sufrimiento. Paradojas del destino: desde la casa que comparten Theoneste y Mirindi se divisa en el horizonte el campo de refugiados de Kibumba, donde Theoneste y los suyos pasaron parte de sus dos años y medio de nostalgia. Tal vez sirva de triste recordatorio para que la casa común del hutu y del tutsi eche raíces y conjure los males que desde hace más de treinta años desangran el país de las mil colinas.

¿DE QUIÉN ES LA MUJER DEL QUE SE VA?: Un ruandés abandona a su mujer y a sus dos hijos, huye a Zaire y pasa dos años y medio en un campo de refugiados. A su regreso, hace ocho días, encuentra a su mujer embarazada y viviendo con otro hombre. ¿Con quién se debe quedar la mujer? «Si está contenta con su segundo hombre puede quedarse con él, pero los hijos deben irse a vivir con su padre». Preguntas y respuestas de este tenor se suscitan en las asambleas de la comuna, unidad básica de la sociedad ruandesa desde tiempo inmemorial, reforzada por el afán reglamentista de los *colonizadores*, primero alemanes, más tarde belgas.

En la comuna de Rwerere, prefectura de Gisenyi, al noroeste de Ruanda, es posible contemplar a cielo abierto un modelo de democracia directa. Bajo la presidencia del burgomaestre y de los jefes locales del ejército y de la guardia civil, se reúnen los consejeros (encargados de los sectores en que se divide la comuna), responsables (cabezas de célula) y yumbakumi (a cargo de diez casas o unidades familiares). Todos ellos, entre los que sobresale la simbólica presencia de sólo tres mujeres, plantean libremente en voz alta sus cuestiones ante la asamblea, y el burgomaestre, en un estilo salomónico de justicia tradicional, dictamina después de escuchar opiniones encontradas. Las decisiones de la asamblea de comuna son comunicadas posteriormente al resto de la comunidad en reuniones a las que asiste toda la población, que plantea sus propias dudas. La relación entre gobernantes y gobernados es así muy estrecha.

Este entramado social resulta especialmente eficaz a la hora de evaluar rápidamente las necesidades de la población (y de hecho los burgomaestres serán los encargados últimos de entregar los alimentos que organizaciones como el Programa Mundial de Alimentos empezarán a distribuir a partir de hoy para ayudar al medio millón de retornados de los campos de Zaire), pero también sirvió de instantánea correa de transmisión cuando se puso en marcha el genocidio de casi un millón de tutsis y de hutus moderados, partidarios de compartir el poder que les daba el ser la mayoría de la población (85%): cada burgomaestre, cada consejero, cada responsable y cada yumbakumi sabían perfectamente a quiénes había que matar en su comuna.

CUARTO CUADERNO

1997

Suráfrica, República Democrática de Congo (antiguo Zaire), Congo

Brazzaville, Angola

LAS MANOS SUCIAS DE LA IGLESIA EN RUANDA

«Mientras los hutus matan sin placer y para defenderse, los tutsis van cortando el cuerpo en pedacitos, con el machete, para que el sufrimiento sea más largo. Los tutsis se divierten matando y lo que quieren es exterminar a todos los hutus, porque les temen: son la mayoría y la razón está de su parte». La monja española de no importa qué congregación está completamente desbordada de trabajo en el cuchitril cerca de Goma, en la provincia zaireña de Kivu Norte, donde atiende a una pequeña multitud de agonizantes refugiados hutus ruandeses mordidos por el cólera. Mientras unos pacientes se le mueren sin remedio, otros empiezan a salir del túnel. La hermana no pierde el ánimo ni la sonrisa. Es una más de la miríada de religiosos europeos que han entregado su vida a los más desfavorecidos. La entrega de la vida es a menudo literal, como han probado los cuatro misioneros maristas españoles asesinados a fines de octubre en un campo de refugiados cerca de Bukavu, en la provincia zaireña de Kivu Sur. Pero algo se rompió para siempre en el corazón de la Iglesia católica en los meses de abril, mayo y junio de 1994, cuando en la extremadamente católica Ruanda cerca de un millón de tutsis y de hutus opositores al régimen de Juvenal Habyarimana fue sistemáticamente exterminado en una operación de *limpieza étnica* tan bien organizada y despiadada que sólo encuentra parangón con la *solución final* para la *cuestión judía* aplicada por los nazis.

Aunque es cierto que algunos religiosos perdieron la vida en 1994 a manos de los radicales hutus intentando proteger a sus feligreses tutsis y otros fueron pasados por las armas de la guerrilla tutsi del Frente Patriótico Ruandés, las altas jerarquías de la Iglesia católica y del cuerpo misionero europeo alimentaron durante décadas la cuestión étnica y exacerbaron la división de la sociedad ruandesa hasta el punto —en los casos más extremos— de justificar el asesinato e incitar a la violencia como una forma de defensa propia, negar el genocidio de 1994 y fabricar la especie de que, esta vez sí y ahora mismo, un «segundo genocidio» se está cometiendo contra los hutus. Algo desmentido de modo contundente y con cifras en la mano por el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos. La Iglesia católica se ha manchado las manos volcándose en la atención a los más pobres y en la creación y el mantenimiento de hospitales, centros nutricionales y escuelas. Pero esas mismas manos sucias son las de quienes, en gran medida, se niegan a reconocer que el desfondamiento moral y la epidemia criminal que devoró Ruanda se debió también a su santísima culpa. El propio Juan Pablo II confirmó hace unas semanas, en el discurso dirigido al nuevo embajador de Ruanda ante la Santa Sede, que algunos sacerdotes católicos participaron en las matanzas. Lo cierto es que el regreso de centenares de miles de

refugiados desde los campos en Zaire y Tanzania, iniciado en noviembre pasado, sembrará de problemas el porvenir de Ruanda si no recibe ayuda urgente y no se evitan las venganzas: 90.000 detenidos esperan juicio y los dos primeros condenados a muerte en diciembre pasado no tuvieron abogado que les defendiera.

La llegada de los primeros colonos alemanes, a finales del siglo XIX, a lo que entonces eran los reinos de Ruanda-Urundi, vino acompañada de una formidable fuerza de choque: los misioneros. Los padres blancos (Misioneros de África) abrieron en 1900 las primeras escuelas. La escuela constituía, a sus ojos, un medio incomparable de evangelización, no en vano operaban dentro de la Sagrada Congregación de la Propaganda de la Fe (fundada en 1622 por el papa Gregorio XV) que recomendaba a los misioneros el levantamiento de escuelas para extender la enseñanza de la religión. La correspondencia misionera (como recoge Gamaliel Nbonimana, profesor de la Universidad Nacional de Ruanda, en su artículo «Etnias e Iglesia católica», publicado en la revista del Centre Saint-Dominique de Kigali) se refiere desde muy temprano a los tutsis como «la clase dirigente» y a los hutus como «los siervos», en una brutal simplificación de la sociedad ruandesa. A partir de ese criterio, entre 1906 y 1914, la estrategia propagandística buscó «ganarse el espíritu de los jefes» (como precisaba monseñor Hirth, responsable entonces de la misión católica de Ruanda, en una de sus circulares) para conseguir la conversión de todo el pueblo. Así se crearon las llamadas «escuelas especiales» para los tutsis, con el fin de educar a los futuros dirigentes del país. En esa tarea se empleó a fondo el padre blanco francés León Classe, uno de los más tempranos y entusiastas apóstoles de la ideología étnica. Convertido en vicario apostólico de Ruanda en 1922, Classe impondrá una discriminación nítida en las escuelas católicas y desaconsejará al representante oficial en la colonia el nombramiento de jefes o subjefes hutus. En la reforma administrativa de 1926 son destituidos todos los hutus y los pigmeos twas de las jefaturas y subjefaturas locales, reservando todo el poder a los tutsis.

El término «racial» empezó a ser utilizado por misioneros como Classe, trasladando a África las teorías étnicas que empezaban a cobrar fuerza en la Europa de la época (y significativamente en Alemania, donde acabarían degenerando en la tesis de la supremacía racial propugnada por los nazis). El mensaje evangélico vulgarizó la cuestión racial y creó una batería de estereotipos que han perdurado hasta nuestros días. Convenientemente utilizados por ideólogos sin escrúpulos, han servido para alimentar el odio y justificar la violencia. En los manuales escolares empleados en tiempos de la colonización alemana y belga destacan las características que oponen a tutsis y hutus. Así, mientras el tutsi estaba «hecho para mandar», el hutu era calificado como «trabajador dócil». Classe fue uno de los primeros en airear la teoría de un origen hamítico de los tutsis, procedentes de Asia Menor o del Cáucaso y con los rasgos de un *pueblo elegido*. Según los fundamentos de la ideología racial, cabría establecer un vínculo entre los rasgos físicos y los mentales. Desde los años veinte, muchos europeos, y especialmente los misioneros, no dejaron de elogiar las cualidades intelectuales y la astucia de los tutsis, frente a la descripción de los hutus como poco inteligentes, mansos y especialmente aptos para el trabajo manual. Son categorías que

todavía es fácil escuchar hoy día de labios de numerosos misioneros. Si ese estereotipo se refuerza activamente con una discriminación de hecho al limitar el acceso a la educación y a las tareas de gobierno, es lógico que se llegue a una demostración práctica —y tautológica— de la teoría: ya decíamos que los tutsis estaban *naturalmente* dotados para el mando y los hutus *genéticamente* orientados a la obediencia y el trabajo manual. Un turbio matrimonio entre la ideología étnica y la doctrina católica, y por supuesto el huevo de la serpiente de un conflicto de largo alcance. Si en 1959, en vísperas de la independencia, los tutsis gozaban de un monopolio político y administrativo y del predominio cultural y económico hay que atribuirlo en gran medida al papel desempeñado por la Iglesia católica. En 1929, las cinco escuelas gubernamentales primarias (Nyanza, Ruhengeri, Rukira, Cyangugu y Gatsibo) contaban con 969 escolares tutsis destinados a ser auxiliares del gobierno colonial como profesores, secretarios, intérpretes, jefes y subjefes. Para completar la carga de relojería, las autoridades coloniales belgas acabaron instaurando los carnés de identidad en el que figuraba la *personalidad* étnica de los ruandeses: tutsis, hutus o twas.

Con la independencia, el vuelco fue tan radical que todavía hoy causa sorpresa. Mientras el padre Classe fue toda su vida un adalid de los tutsis, un nuevo padre blanco, el suizo André Perraudin, tendrá un papel primordial en el *descubrimiento* del pueblo hutu. Tras la Segunda Guerra Mundial, las primeras voces críticas hacia la actitud de la Iglesia y su política discriminatoria empezaron a hacerse oír. Las escuelas se abrieron a la mayoría hutu y la toma de conciencia de sus derechos sociales y políticos se extendió, al tiempo que los ilustrados tutsis comenzaron a reclamar una independencia política real de Bélgica, la potencia que había sido comisionada por la Sociedad de Naciones de la tutela de Ruanda y Burundi tras la Primera Guerra Mundial. Los *ingratos* tutsis, después de tantos años de ser los favorecidos en todos los ámbitos, empezaron a resultar poco agradables a los misioneros. Ante las continuas dilaciones de Bruselas a la hora de proceder a la cesión de su control sobre las dos diminutas colonias centroafricanas, Naciones Unidas tomó cartas en el asunto. La entrada en escena de Perraudin es calificada por muchos estudiosos en Kigali como clave, hasta el punto de considerar al primer presidente de la Ruanda independiente, Gregoire Kayibanda, como «una criatura de Perraudin», *cerebro gris* de la revolución hutu y padre espiritual del propio Kayibanda, que antes de estrenarse en el poder ya desencadenó una matanza de tutsis. Un referéndum en septiembre de 1961 abolió la monarquía tutsi y estableció la república. La independencia total respecto de Bélgica llegó en julio de 1962. La violencia interétnica iniciada en 1959 se extendió como la pólvora en diciembre de 1963: los tutsis fueron víctimas de una oleada de matanzas a manos de los hutus. Muchos tutsis buscaron entonces cobijo en Uganda y no dejaron de rumiar el regreso a casa. De ese exilio iniciado en 1959 se nutrieron las filas del Frente Patriótico Ruandés, la guerrilla que en julio de 1994 se alzó con el poder en Kigali. Perraudin no perdió predicamento tras el golpe de Estado de 1973, en el que Juvenal Habyarimana se hizo con todo el poder y estableció lazos todavía más estrechos con la Iglesia católica: Ruanda se convirtió en un verdadero bastión. La alianza estratégica entre la

Iglesia y el poder hutu forjó una suerte de Estado dentro del Estado. Durante treinta años de partido único con el apoyo estrecho de países como Francia la ideología racial fue la base filosófica del régimen.

En sus escritos e intervenciones, Perraudin no ha dejado de alimentar la idea de que el problema de Ruanda es de carácter étnico, mezclando de forma calculada en un mismo matraz política y antropología. Tras la derrota de *los suyos* y la jubilación en su Suiza natal, el padre blanco sigue desarrollando una labor importante mediante sus contactos en el Vaticano a favor de los partidos extremistas hutus del exilio, muchos de ellos implicados hasta el cuello en la puesta en marcha, la ejecución y la justificación del genocidio. La hegemonía hutu también encontró argamasa ideológica en las páginas de *Kinyamateka*, el periódico fundado por los padres blancos en 1933. El *noviazgo* entre política y religión tuvo su guinda en el arzobispo de Kigali, Vicent Nsengyumva, íntimo de la poderosísima esposa del presidente Habyarimana, Agathe Kanziga: no sólo era miembro del partido único, sino que asistía a las reuniones del comité central, pese a las protestas del Vaticano. Nsengyumva, asesinado en la capital ruandesa en los coletazos finales de la guerra del 1994, al parecer por simpatizantes del FPR, accedió a dimitir de su cargo en el partido de Habyarimana en 1990, en vísperas de la visita del Papa.

Varios sacerdotes ruandeses y misioneros bajo sospecha de participación directa o complicidad en el genocidio han encontrado refugio en Italia y en Francia. Pero en tierras de Ruanda, Burundi o el este de Zaire no resulta nada difícil dar con religiosos y religiosas que ofrecen un perfil político que en España se consideraría extremismo radical: desde un sacerdote español expulsado de Burundi por negarse a enterrar a varios tutsis asesinados, a misioneros que directamente niegan que el genocidio haya sucedido y, en un alambicado discurso nutrido de justicia social y compromiso con los pobres, fomentar la comprensión de «la rabia de los campesinos hutus, a los que no les queda más remedio que recurrir al machete». Un religioso español confesó hace unas semanas a un observador del equipo de Derechos Humanos de la ONU que había aconsejado al antiguo ministro de Defensa ruandés: «La única manera de parar al FPR es repartir machetes entre la población». Un padre blanco, Johan Pristill, ex profesor alemán de Dogmática del seminario ruandés de Nyakibandase, se jacta en privado de haber traducido al kinyaruanda en 1993, un año antes del genocidio, *Mein Kampf*, la *biblia* racial de Adolf Hitler. El propio Pristill confirmó en diciembre de 1995 en Roma, ante un grupo de sacerdotes ruandeses, haber traducido el libro, según publica la revista belga *Golias*. La misma publicación asegura que tres semanas antes de que se desencadenara el genocidio, los padres blancos fueron informados del programa de exterminio por uno de los partidos hutus radicales, CDR. El 14 de junio de 1994, el padre blanco Guy Theunis, director de la revista *Diálogo*, compareció ante un auditor militar en Bruselas para testificar sobre la muerte de diez paracaidistas belgas, los encargados de proteger a la primera ministra ruandesa, Agathe Uwilingiyimana, hutu moderada y una de las primeras víctimas de la maquinaria asesina. El sacerdote, que al parecer facilitaba regularmente información al Ministerio de Asuntos Exteriores belga, incluyó extractos del periódico

extremista *Kangura*, del CDR, informó también de varios puntos del programa del CDR recogidos por él mismo tres semanas antes del atentado contra el avión de Habyarimana que puso en marcha el genocidio: «Sabotear los acuerdos de Arusha [para compartir el poder], recomenzar las matanzas de 1959 para mostrar a los tutsis cuál es su lugar y expulsar al FPR del país».

Pero la responsabilidad de la Iglesia no se limita a la cuestión racial. Ruanda es una bomba demográfica a la deriva. Más de un millón de refugiados acaba de regresar al país después de dos años y medio de exilio. Otros 200.000 esperan la ocasión de volver a su hiperexplotada y a pesar de todo fértil tierra de las mil colinas. Con una media de ocho hijos por madre, la tasa de crecimiento demográfico es de 3,8%, la más alta de África. En ciertas regiones del país, la densidad del país es asiática: de 250 a 400 habitantes por kilómetro cuadrado. ¿Cómo sobrevivir y, sobre todo, «cómo sorprenderse de que miles de jóvenes sin tierra, sin educación, sin porvenir, se sientan seducidos por reclutadores, o acepten entrar en el ejército o en milicias con la sola recompensa de zapatos nuevos, un pequeño salario y un objetivo en la vida»? como escribe la periodista belga Colette Braeckman en su imprescindible libro sobre el genocidio. Según algunas proyecciones demográficas, Ruanda, un país de poco más de 26.000 kilómetros cuadrados, puede llegar a albergar a más de 18 millones de personas en el año 2025. No es por eso de extrañar que algunos intelectuales ruandeses hayan calificado de «criminal» el mensaje de Juan Pablo II en su visita al «bastión católico africano»: hasta un 80% de la población se dice cristiana, y más de un 50% directamente católica. A pesar del dinero que se destina a la planificación familiar, el mensaje no penetra en las colinas. El 80% de los dispensarios son de obediencia religiosa y el inapelable mensaje papal de condena de los «métodos artificiales» de contracepción es *palabra de Dios*, lo que no impide que algunos religiosos atrevidos, conscientes del peligro del sida (32% de seropositivos en las ciudades), osen repartir preservativos. El propio Habyarimana, poco antes de la visita del Papa, se quejaba de que las tomas de posición del pontífice iban a retrasar los programas de planificación familiar. La cooperación extranjera, como la belga, tuvo que retirar de sus programas de salud el componente contraceptivo bajo la presión de los partidos cristiano-demócratas de la antigua metrópoli. Si a eso se añade que desde la colonización belga el país se ha dedicado al cultivo intensivo del té y del café, el colapso y la bajada de los precios de estas dos materias en los años setenta y ochenta acabó de dejar en estado precario la economía nacional: más caldo de cultivo para los extremistas de toda laya, que encontraron en la cuestión étnica alimentada durante todo el siglo por la Iglesia católica y en el derramamiento de sangre una realización práctica de sus ideas: la eliminación física del otro como culminación de un discurso racista.

La cercanía extrema con los pobres ha contaminado de racismo político a algunos misioneros, hasta el punto de hacerles más extremistas que muchos de los que empuñaron alegremente el machete. Mientras el propio Juan Pablo II declaró el 20 de marzo pasado que «todos los miembros de la Iglesia que han tomado parte en el genocidio deben tener el valor de asumir las consecuencias de sus actos cometidos contra Dios y contra el prójimo», muchos misioneros se

siguen negando a esa «imprescindible autocrítica», como reclama un padre blanco italiano que viaja entre Butare y Cyangugu, al sur de Ruanda, una de las regiones donde las víctimas de las matanzas de tres meses de 1994 se cuentan por decenas y decenas de miles. Fernando Florencia, coordinador del contingente europeo de la Misión de Derechos Humanos en Ruanda, asegura que «no hay ninguna evidencia de un plan organizado de venganza del actual Gobierno ruandés. Lo que sí hay son reacciones violentas del Ejército que surgen como réplica a las acciones de la guerrilla hutu». Misioneros europeos, y entre ellos no pocos españoles, siguen empeñados en que «los tutsis, que son muy astutos y tienen a la prensa de su lado, están engañando a todo el mundo. Están cometiendo un genocidio poco a poco», manifiesta uno de ellos, que vive a fondo la pobreza y dedica sus días y sus noches a los más necesitados. El padre blanco italiano, por su parte, explica que «la loable dedicación a tareas sociales ha ido en detrimento de la verdadera evangelización, hasta el punto de que la doctrina cristiana no penetró en las gentes, se quedó apenas en la piel, lo que explica la facilidad con que tantos tomaron parte en el genocidio». Un *interhamwe* se explicaba así ante el sacerdote de su parroquia ensangrentada. «Es cierto que he matado, padre, pero ahora la colina está limpia».

EL ÚLTIMO «DINOSAURIO» AFRICANO

El Congo al que Joseph Conrad llegó a finales del siglo pasado era una finca personal del rey de los belgas, Leopoldo II, el mayor campo de trabajos forzados del mundo. Bajo la máscara filantrópica de la colonización y cristianización de «los salvajes», la codicia occidental comenzó una tarea de explotación del suelo y envilecimiento de la población que todavía no ha terminado. No es raro que en su viaje por el río Congo, en busca del enloquecido agente colonial Kurtz, el escritor Joseph Conrad describiera aquel régimen de terror como «el corazón de las tinieblas». Mobutu Sese Seko, el último gestor de Occidente en la riquísima finca centroafricana, cedió ayer el poder después de más de 30 años de dictadura, en la que el último *dinosaurio* africano, como ha sido descrito por sus más acreditados biógrafos, amasó una fortuna de centenares de miles de millones, se mantuvo en el poder mediante el crimen y el visto bueno de Occidente e hizo de Zaire uno de los lugares más dolorosos de la Tierra.

Cristianado como Joseph Désiré por los padres capuchinos, el futuro Mobutu Sese Seko nació el 14 de octubre de 1930 en Lisala, junto al curso del gran río, en la región norteña de Ecuador. Miembro de la tribu de los ngabandis, favorecida a lo largo de su interminable reinado, con los misioneros belgas dio los primeros pasos en la religión, el francés y el fútbol. De los primeros y decisivos años con los misioneros flamencos Mobutu ('Polvo', tal como lo bautizó su padre) guardará un recuerdo imborrable de lo que se manifestaba como paternalismo colonial. Estudiante díscolo, acabará siendo expulsado de la escuela tras una escapada a Leopoldville (la actual Kinshasa) y se enrolará en la Fuerza Pública en 1950, una tropa de choque y disciplina de hierro

mandada por oficiales belgas. Joseph Désiré será promovido a sargento tres años después, época en la que empezará a colaborar en el diario *L'Avenir Colonial Belge* (nombre que pronto sería prudentemente abreviado por el de *L'Avenir*, 'El futuro'), donde entrará en contacto con Patrice Lumumba, el artífice de la independencia zaireña. El futuro *leopardo* (no en vano hará de su gorro de piel uno de sus atributos preferidos y un elemento crucial de su desafortunado culto a la personalidad) viajó a Bruselas, realizó estudios universitarios y supo ganarse la confianza de Lumumba en cuanto el fundador del Movimiento Nacional Congoleño llegó a la metrópoli tras abandonar la prisión de Elisabethville (la actual Lubumbashi) para negociar la independencia. La periodista belga Colette Braeckman, una de las mejores conocedoras de la tiniebla zaireña, recuerda en *El dinosaurio (El Zaire de Mobutu)* cómo el sargento/periodista trabajó en Bruselas lazos con el servicio secreto belga y contactó con Maurice Tempelsman, el amigo de Lawrence Devil, el hombre que la CIA había instalado en la capital belga para forjar *amistad* con jóvenes congoleños.

En junio de 1960, cuando estalla la independencia, Mobutu es promovido de sargento a jefe del Estado Mayor con el grado de coronel. Y empieza a demostrar su talento para la intriga, aprovechando la rivalidad que pronto se desata entre el presidente Joseph Kasavubu y Lumumba, su primer ministro. El 14 de septiembre ensaya su primer golpe de Estado y neutraliza a los dos rivales, suspende el Parlamento y crea un poder dócil en manos de jóvenes universitarios. Para los belgas y los estadounidenses, Lumumba, con un discurso emancipador y africanista, era el hombre a batir. Y Mobutu cumplió muy bien su tarea, enviando a su mentor al matadero a manos de los secesionistas de Katanga. La Compañía Minera del alto Katanga, bajo control belga, y la CIA no fueron ajenos a esa providencial desaparición.

Tras cinco años de guerra civil, Mobutu se hace con todo el poder el 24 de noviembre de 1965. Entonces pone en marcha una estrategia que le ha reportado inmensos dividendos y que explica su longevidad política: en el interior utilizará hábilmente las divisiones de sus adversarios y empleará al mismo tiempo la represión brutal y la gracia, eliminando o integrando en su cleptocrático régimen a sus enemigos. En el exterior será un fantástico empleado de la guerra fría como modélico aliado de Occidente. En 1970 pone en marcha un proceso de *zairización* (autenticidad africana) que trastocará los mapas: el Congo, que daba nombre a un país y a un río, se convertirá en Zaire, y el propio Joseph Désiré se convertirá en Mobutu Sese Seko Kuku Ngbendu wa za Banga ('intrépido guerrero terror de los cobardes que va de victoria en victoria', amén de pacificador y libertador). La decisión de nacionalizar las compañías mineras en 1974 fue revocada dos años después: las empresas fueron devueltas a los occidentales, y la obscena luna de miel con Occidente pudo reanudarse. El Oeste premió su fervor anticomunista mostrando su decidido apoyo con paracaidistas franceses y belgas y logística estadounidense en las dos guerras secesionistas de Katanga a finales de los setenta.

Mobutu ha sabido jugar muy bien su carta apocalíptica de «yo o el caos», mientras mantenía al país en la indigencia y el total abandono y él se apropiaba de centenares de miles de millones de

ayuda occidental librados por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. La presión exterior acabó obligándole en 1990 a iniciar un proceso de apertura que la matanza de la Universidad de Lubumbashi dejó en su desnuda evidencia. Pero su tiempo ha pasado. Ya no resulta presentable ni útil a Occidente un dictador tan despiadado y codicioso. El tiempo de Kabila ha llegado. Pero el corazón del Congo-Zaire todavía no ha despejado sus tinieblas.

LUCES Y SOMBRAS DE LAURENT KABILA

La fulminante ofensiva de Laurent Désiré Kabila y su Alianza de Fuerzas Democráticas de Liberación de Congo-Zaire pasará a los anales de la estrategia y la historia militar. En menos de siete meses ha conquistado un país de cerca de dos millones y medio de kilómetros cuadrados (casi cinco veces el mapa de España) y acabado con el régimen de Mobutu Sese Seko, carcomido por más de tres décadas de dictadura y corrupción rampante. Ciertamente que enfrente tenían a un ejército envilecido, más acostumbrado al pillaje y la extorsión que a la guerra. Ni siquiera los mercenarios contratados por Mobutu (hasta radicales serbios) o el apoyo de las fuerzas de élite de la guerrilla anticomunista angoleña de UNITA, que se jugaba su último cartucho, pudieron dar la vuelta a una ofensiva que arrancó en octubre del año pasado junto a la frontera con Ruanda. Fue entonces cuando Kabila proclamó lo que a muchos, que no habían oído jamás su nombre, pareció una bravuconada: «El nuestro es un movimiento contra la tiranía y la corrupción, a favor de la libertad y la vida. Debemos derribar a Mobutu y arrojarle al polvo de la historia». A fines de noviembre, sus tropas se hicieron con el control de la región de Kivu, fronteriza con Uganda, Ruanda y Burundi, y la sombra oronda de Kabila empezó a cobrar cuerpo.

A medida que sus hombres fueron corroyendo el país del río Congo y cayendo como fruta madura las principales ciudades del país (Kisangani en marzo, Lubumbashi y Mbuji Mayi en abril), la talla de Kabila creció, Estados Unidos dejó de sostener públicamente a Mobutu y empezaron a aflorar interrogantes sobre este hombre que parecía surgido de la nada. El viernes pasado, Mobutu abandonó la capital del país, y ayer las tropas de Kabila pisaron, sin apenas combatir, las calles de Kinshasa. La población, como en el resto de las ciudades conquistadas, recibió a las columnas de Kabila como a libertadores, esperanzada en que el futuro no puede ser peor que el atroz pasado. Pero, ¿quién es Laurent Désiré Kabila?

Nacido en Moba, junto al lago Tanganica, en la rica región minera de Shaba (que acaba de recuperar, tras el triunfo de los rebeldes, su antiguo nombre de Katanga), hace 56 años, Kabila sintió pronto fascinación por el marxismo y estudió filosofía, según su primo Gaetan Kakudji, en Francia, y según otros en la antigua República Democrática Alemana. De Europa regresó a fines de los cincuenta para sumarse al movimiento independentista lanzado por Patrice Lumumba y Pierre Mulele. Tras el asesinato de los dos líderes por la larga mano de Mobutu, Kabila lanzó con

su amigo Gaston Soumaliot la llamada *revuelta de los simba* ('león', en suajili, una de las lenguas que, además del francés y el inglés, habla Kabila).

Pese a su facilidad para la retórica, Kabila no era un revolucionario modelo. O al menos así lo vio el Che, que viajó en 1965 al Congo para luchar junto a Kabila y se encontró con un guerrillero que nunca pisaba el frente y que prefería el alcohol y las mujeres al combate. Tras fundar el Partido Revolucionario del Pueblo en 1967, y salvo raras apariciones, Kabila permaneció en la sombra durante cerca de veinte años. El nuevo líder zaireño dice que pasó ese tiempo «en el maquis», mientras que otros aseguran que se dedicó al contrabando de oro en un mini-Estado junto al lago Tanganica, tolerado hasta 1977 por el dictador.

La decisión del Gobierno de Mobutu de expulsar a los banyamulenges (tutsis zaireños residentes en el este de Zaire desde antes de que se convirtiera en colonia belga) desencadenó en octubre del año pasado una revuelta que Kabila encabezó, y a la que consiguió que se sumaran disidentes y etnias hartas de la bota de Mobutu: tutsis zaireños y ruandeses, zaireños no tutsis, antiguos lumumbistas, *tigres* katanguenses descendientes de los gendarmes secesionistas, oportunistas de toda laya y desertores del ejército del *leopardo*.

Tras abandonar su marxismo inicial, Kabila ha hecho gala de un estilo socialdemócrata y manifestado su interés en firmar nuevos contratos con las compañías mineras occidentales, que desde hace semanas ya han comenzado a enviar a sus ejecutivos a las zonas controladas por los rebeldes para forjar nuevos lazos con el poder emergente. Sin embargo, su rotunda negativa a que equipos de la ONU investiguen las denuncias de atrocidades cometidas por sus tropas contra los refugiados hutus ha arrojado sombras inquietantes sobre su verdadero talante.

Amigo del presidente ugandés Yoweri Museveni y del *hombre fuerte* ruandés Paul Kagame, con buena química con el surafricano Nelson Mandela, Kabila tiene en sus manos sacar a Zaire (rebautizado Congo) de la noche mobutista. El último número de *Le Monde Diplomatique* recoge las revelaciones que un diplomático estadounidense hizo en abril pasado al diario belga *La Croix*. Según este diplomático, la conquista (o reconquista) de Zaire había sido cuidadosamente planificada un año y medio antes bajo la inspiración de Uganda y Ruanda, que, como Estados Unidos, mantenían contactos regulares con Kabila. El plan, que se ha cumplido de forma implacable y con una celeridad sorprendente, preveía la *limpieza* de los campos de refugiados hutus ruandeses (efectuado en gran parte por el propio ejército ruandés, mientras la diplomacia estadounidense bloqueaba cualquier iniciativa militar o humanitaria), que suponían una continua amenaza para Kigali por los ataques de los responsables del genocidio de 1994. Una segunda fase preveía la conquista de las ciudades, dejando de lado la impenetrable e incontrolable densa selva tropical, para asegurarse el botín de guerra que suponían las ricas regiones mineras (Katanga y Kasai Oriental), para, al final, «hacer caer a Kinshasa y a Mobutu», mientras se mantenía la estrategia permanente de ganarse «el apoyo de la población zaireña».

Kabila y su Alianza han alcanzado sus últimos objetivos militares. Francia ha vuelto a apostar, como en Ruanda, al caballo equivocado. Estados Unidos se ha cobrado una pieza de caza mayor,

decisiva en la reordenación geopolítica del continente tras el final de la guerra fría. Basta ver el entorno de Kabila, jóvenes bilingües (dominan el inglés y el francés) como Bizima Karaha, encargado de Asuntos Exteriores, un médico tutsi zaireño educado en Suráfrica, o Mwampanga Mwana Nanga, encargado de Justicia, doctor en Economía por la Universidad estadounidense de Pensilvania, para comprobar que Kabila no está solo. Washington celebró el sábado el fin de Mobutu. Ahora queda por saber si el pueblo zaireño va a poder comenzar a salir, bajo los claroscuros de Kabila, de las tinieblas.

JOHANESBURGO

Jueves, 29 de mayo

La expresión es de Franz Fanon, uno de los primeros teóricos de la liberación africana: «África es un revólver y Zaire su gatillo». Estoy a punto de volver allí. Pero si en otras ocasiones entré por Goma y por Kinshasa, esta vez lo haré por Lubumbashi: será mañana, en un avión confiscado por la Alianza. Llegaré con demasiados libros y fotocopias de periódicos y revistas como para no despertar sospechas, y lo haré solo. Nuevas asechanzas, nuevas emociones. Contar el cambio de siglo en esta África que me seduce y me atemoriza: las emociones entremezcladas. Ella dice que sólo en África me dejo sentir, ser yo mismo. Pero no estoy tan seguro. El ordenador está abierto como una escotilla hacia la inteligencia del corazón. Algo de luz. Escribo para ver yo mismo. Hace mucho frío en Johannesburgo. No vivo en el hotel Metropol de Accra, donde Ryszard Kapuściński bebía, comía, dormía y escribía. Pero estoy aprendiendo: a escuchar y a vivir, que son dos ingredientes propios de un ser humano, y también de los malhadados periodistas. Para que este trabajo acabe sirviendo de algo.

EL LENTO DESPERTAR DE LA DIPLOMACIA SURAFRICANA

El sol de invierno apenas calienta el frío granito de Union Building, la sede del Gobierno surafricano en Pretoria. Desde las lomas de Meintjes Kopse se domina la antigua capital del *apartheid*, donde en 1910 el arquitecto británico Herbert Baker convirtió en piedra sus sueños mediterráneos: neoclasicismo coronado con teja roja. En uno de los patios interiores, pájaros de hierro simulan beber en una fuente de hierro. Son vestigios de un pasado orgulloso y aislacionista que la nueva Suráfrica de Nelson Mandela heredó. «Pero la esquizofrenia de ser un elefante económico y un mosquito político tenía que terminar tarde o temprano», como escenifica un diplomático europeo que atribuye a la crisis zaireña la virtud de haber obligado a Suráfrica a

asumir su papel como «potencia africana». Con cerca de un tercio de la producción continental, el aislamiento político de Pretoria resultaba impracticable con la «lógica de la expansión económica».



Suráfrica no sólo prestó el antiguo rompehielos soviético *Outeniqua*, amarrado al puerto congoleño de Pointe Noire, como cobijo para la cita entre Mobutu Sese Seko y el que iba a ser el liquidador de su régimen, Laurent Kabila, sino que descargó todo el peso político y el prestigio de Mandela, fielmente secundado por su vicepresidente y seguro sucesor, Thabo Mbeki, para lograr una salida digna del dictador zaireño y un traspaso incruento de poderes. Kabila aceptó, tras interminables dilaciones, un primer encuentro cara a cara el 4 de mayo a bordo de *Outeniqua*, pero se resistió a un segundo, desairó a Mandela, demostró que nadie sabe quién le maneja y logró lo que pretendía: la huida humillante de Mobutu y la entrada, sin apenas disparar un tiro, de sus tropas en Kinshasa el 17 de mayo. El pasado jueves, Kabila tomó posesión como nuevo presidente de la rebautizada República Democrática de Congo. Los presidentes de Uganda, Ruanda, Burundi, Zambia y Angola asistieron a la ceremonia en Kinshasa, pero ni Mandela ni Mbeki estuvieron allí, «por puros problemas logísticos, no por hacerle llegar un mensaje soterrado a Kabila», asegura sin despeinarse Pieter A. Swanepoel, portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores surafricano. Sin embargo, conviene no olvidar que Pretoria fue uno de los primeros países en legitimar a Kabila al reconocer al nuevo Congo y que esta misma semana Mandela justificó, junto a su amigo y estrecho aliado Yoweri Museveni, el presidente ugandés, la posposición de las elecciones ante tareas más urgentes. «El antiguo Zaire es un país destruido», conviene Swanepoel, y añade: «Nosotros tenemos confianza en Kabila».

Swanepoel tiene los ojos azules de muchos surafricanos blancos y la cordialidad que destilan los que han sabido hacerse un hueco propio en el equipo de Mandela. Como portavoz de Asuntos Exteriores ocupa un despacho confortable pero nada ostentoso en el Union Building y repite una idea que parece haberse convertido en un *leit motiv*: «Como ha señalado el presidente de forma reiterada, África tiene que aprender a resolver sus problemas por sí misma. Suráfrica no está

dispuesta a ser la marioneta de nadie, ni de Estados Unidos ni de Francia». Y recuerda la negativa de Mandela a la propuesta del antiguo secretario de Estado de Washington, Warren Christopher, de crear una fuerza de paz encabezada por Suráfrica y financiada por Estados Unidos.

En Pretoria saben que al mediar en Zaire corrían el riesgo de ser acusados, como revela un diplomático europeo en la capital surafricana, de servir a los intereses de la Casa Blanca, que sostuvo a Mobutu mientras le fue útil. Swanepoel insiste: «Debe quedar claro que no pretendemos convertirnos en una superpotencia que dicta lo que hay que hacer en el continente. No queremos tener un papel dominante, actuamos dentro de un contexto multilateral. En el caso zaireño (hoy Congo otra vez) intervinimos a petición de las partes, pero ni siquiera como mediadores, sino como *facilitadores* de un diálogo para ofrecer una salida digna a Mobutu y evitar un baño de sangre. Siempre hemos tenido a Naciones Unidas y a la Organización para la Unidad Africana detrás». Como ejemplo de la independencia surafricana, que de forma indirecta ha reclamado un puesto permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU para «el mundo en desarrollo», Swanepoel exhibe las relaciones de Pretoria con La Habana o Teherán.

Aunque para la mayor parte de los analistas la política francesa quedó flagrantemente en evidencia en la región —el ministro de Exteriores francés, Hervé de Charette, todavía aseguraba en marzo pasado que Mobutu era «la única persona capaz de contribuir» a la integridad de Zaire —, al ex presidente tanzano Julius Nyerere, un auténtico inspirador y padrino político de la nueva generación de dirigentes de los Grandes Lagos (Museveni en Uganda, Paul Kagame en Ruanda y Kabila en Congo), le saca de sus casillas el intento de traducir el fin del mobutismo en Zaire como una guerra entre anglófonos y francófonos. La simplificación de que a la influencia francesa le sigue la estadounidense le parece a Nyerere «inaceptable e intolerable», puesto que, como ha declarado recientemente en Nueva York, el cambio de poder en Zaire «ha sido desde principio a fin un asunto africano, ante el que Occidente ha asistido con casi total impotencia», y a renglón seguido remacha: «Espero de todo corazón que nuestros amigos occidentales comprendan que queremos a toda costa forjar democracias, pero deben dejar de darnos lecciones».

Mandela acabó por comprender que los gigantescos problemas económicos y sociales a los que todavía se enfrenta Suráfrica, con la tasa de delincuencia más elevada del mundo (18.000 asesinatos al año), fruto de una precaria situación económica para la mayoría de la población negra y del fin de la mano de hierro que representaba el *apartheid*, no eran un argumento suficiente para seguir hurtando el peso político al resto del continente. Una región como la de los Grandes Lagos en implosión y un Zaire a la deriva sólo podrían echar a perder una certeza expresada recientemente por Mandela: «La paz en África es un requisito para nuestro propio éxito».

LA BOFETADA QUE MANDELA QUISIERA DEVOLVER: Después del fin del *apartheid* en Suráfrica, el futuro de Zaire es el reto más importante para África a punto de doblar el umbral del siglo. El vicepresidente surafricano, Thabo Mbeki, se ha referido al renacimiento de todo un

continente. La tecnología surafricana aplicada a la riqueza minera de Zaire (aunque hayan sido compañías estadounidenses las primeras en acudir a la llamada de Kabila), la gigantesca capacidad hidroeléctrica del rebautizado río Congo, los recursos agrícolas y el trampolín económico que para los productos manufacturados y el comercio surafricano se abren desde lugares como Lubumbashi (la capital de la región minera de Katanga) son formidables. «Puede que el rendimiento diplomático directo de la mediación en el *Outeniqua* no haya sido muy grande, pero ha sido todo un arranque», como señalan medios diplomáticos europeos acreditados. Pero hay otros réditos que Pretoria y sus aliados, con Uganda y Ruanda a la cabeza, pueden empezar a cobrar. Y no sólo de carácter económico.

Tres regímenes autoritarios han sido los grandes perdedores en el desenlace de la crisis zaireña: Kenia, Nigeria y Sudán. A pesar de gobernar con mano de hierro un país anglófono, Daniel arap Moi, viejo aliado de Mobutu y presidente de Kenia, ha quedado completamente aislado tras la protección brindada a responsables del genocidio ruandés de 1994 (un brutal acontecimiento que acabará por señalar el fin de una época en África).

El régimen islamista manejado en la sombra por Hasan al Turabi en Sudán ha logrado concitar el esfuerzo común de Etiopía, Eritrea, Uganda y Suráfrica, con el respaldo más o menos abierto de Estados Unidos, que tacha a Jartum de patrocinador del terrorismo internacional. Con el triunfo de Kabila, Uganda ha conseguido mermar a la guerrilla que con apoyo sudanés le atacaba desde el este zaireño. El principal líder de la guerrilla cristiana sudanesa, John Garang, ha sido recibido recientemente por Mandela.

Pero hay otro perdedor del cambio en Zaire: el dictador nigeriano Sani Abacha, al que Mandela «le tiene ganas», según un diplomático, tras su infructuosa mediación a favor del activista ogoni Ken Saro Wiwa, ejecutado en noviembre de 1995. Abacha, que se sirve de la misma retórica antiimperialista que Sudán y Kenia, trató por todos los medios de que Togo, Gabón y otros aliados francófonos de Mobutu forzaran una cumbre de la Organización para la Unidad Africana con vistas a paralizar el avance de Kabila. Fue inútil. Las malas relaciones de Nigeria (otro país anglófono) con Suráfrica se extienden a Uganda, no en vano el virtual ganador de las elecciones nigerianas de 1993, Moshood Abiola, encarcelado por Abacha, financió la guerrilla que permitió al presidente ugandés, Yoweri Museveni, hacerse con el poder. Nigeria, el otro gigante africano en ebullición, bajo una implacable dictadura militar, acaso sea un enemigo demasiado aguerrido y sin ningún Kabila en el horizonte. Pero hay bofetadas que no se olvidan y que a Mandela, un encantador de serpientes para todo el que le conoce, sin duda le gustaría devolver.

LUBUMBASHI

Domingo 1 de junio

Lo que es y lo que esperas. Fabricamos grandes fantasmas en el cuarto oscuro de nuestra imaginación con fragmentos que nos llegan del mundo exterior y que vamos acumulando como la montaña de escoria que ha dado a Lubumbashi su perfil más visible. Porque no había ni soñado con calles limpias, bien trazadas, vegetación, casas bajas y menos evidencias de la miseria explícita y omnipresente que empapuzza las calles de Kinshasa o Luanda. Hace por lo menos dos noches que deseo escribir, pero hago el mismo recorrido y el cansancio convierte en polvo la voluntad: ralladuras de hierro del corazón, acostado entre Conrad y Kapuściński, que me acompañan en la vieja/nueva capital de Katanga y hacen menos ardua la soledad. Dice mi guía del corazón de las tinieblas: «La vida es una bufonada: esa disposición misteriosa e implacable lógica para un objetivo vano. Lo más que se puede esperar de ella es un cierto conocimiento de uno mismo —que llega demasiado tarde— y una cosecha de remordimientos inextinguibles. Yo he luchado a brazo partido con la muerte». Hablaba Conrad/Marlow de su lealtad final hacia Kurtz, sobre todo ante los ojos de su prometida, por eso mintió acerca de sus últimas palabras: no fue su nombre lo que pronunció en el río misterioso, sino «¡El horror, el horror!». Pero también seguimos aquí, investigando nuestro propio destino en el corazón de África.



Lunes, 2 de junio

A medida que me voy mintiendo, las estacas de la empalizada se hincan más profundamente en la arena oscura del cerebro. Y las mismas imágenes de la presunta reconstrucción del alma no son más que una cortina de humo. Los espejos son como los ejemplos: tan innumerables como las sombras.

La ciudad de la Gécamines se va desplegando ante mis ojos: como siempre ocurre, ya no sabré verla como antes de haber dormido aquí, de haber hablado con tantos vecinos y expatriados, como las religiosas españolas Begoña, Itziar y Rosa, que han vuelto a demostrar el verdadero sentimiento que destilan hacia África y que tiene en la educación una de sus mejores intenciones. Apenas encuentro aventureros o buscadores de oro o comerciantes: España sigue exportando cruces, aunque ahora no vengán acompañadas de la espada y la religión sea una parte del contenido de la alforja.

Martes, 3 de junio

Mi vida está sin escribir. Pero ahora es tiempo de hacerlo de Katanga, donde el Che, que confiaba en la liberación de los pueblos, estuvo en 1965 combatiendo —y desilusionándose— junto a Laurent Kabila. Yo tenía entonces siete años, jugaba a la guerra en la casa de mi abuela y casi no sabía nada de la vida. Sigo llegando tarde a muchas cosas, pero no he aniquilado la emoción. Hoy he bajado (precisamente en el Congo, en el corazón de África) por primera vez a una mina y siento que no todo está perdido.

Hoja del jardín de la casa que tienen en Lubumbashi las Hermanas Mercedarias (Itziar, Rosiña y Teresa) a las que como a Begoña (en Kipushi), inexplicablemente, he empezado a querer. No creo en Dios, pero a veces soy como un misionero.

Hoja del jardín del palacio (sobrio, de una planta, necesitado de pintura, frente al ábside de la catedral) del gobernador de Lubumbashi, Gaëtan Kakudji, secretario general adjunto de la Alianza de Fuerzas Democráticas de Liberación de Congo-Zaire.



Hoja del jardín de las Mercedarias



Hoja del jardín del gobernador

Al final de *La guerra del fútbol*, el fantástico libro de Ryszard Kapuściński, uno de mis maestros, está transcrito un fragmento de *Moby Dick*: «[Ismael] En un momento dado oye al capitán, el terrible, implacable y despiadado Ahab, lanzar la orden: “¡Caña a barlovento! ¡A dar la vuelta al mundo!”. Y entonces Ismael piensa: “¡La vuelta al mundo! Hay mucho en ese sonido que inspira sentimientos de orgullo, pero ¿adónde lleva toda esa circunnavegación? Sólo a través de peligros innumerables, al mismo punto de donde partimos, donde los que dejamos atrás, a salvo, han estado todo el tiempo antes que nosotros”». Esta búsqueda en pos de uno mismo que es también una huida, pero sin duda un camino de conocimiento.

LE DIAMANT. TREN LUBUMBASHI-MWENE DITU

Miércoles, 4 de junio

El único blanco a bordo de este tren lentísimo que hace rato se internó en la noche impenetrable del Congo. Conciencia de la piel. En los bares nocturnos de Lubumbashi estaba *escoltado* por negros amigos. Aquí estoy solo, a merced de mi propia tranquilidad, de su racismo latente y de mi miedo secreto. Me digo que no lo tengo, hasta que en su compartimiento (*mimi rafiki*, 'mi amigo') escucho hablar al revisor de mí en suajili, y de repente se me prefigura la paranoia de un crimen colectivo del que yo, como único blanco a bordo de este tren que avanza hacia la capital de los diamantes, sería la víctima propiciatoria: por un buen puñado de dólares, y para pagar por los innumerables crímenes de mis *hermanos* blancos, los colonialistas despiadados. Qué importan los motivos que me han traído hasta aquí: como, por ejemplo, escribir a su favor. Pero el ambiente en el coche-restorán, con la parroquia atiborrándose de cerveza Simba, es todo un espectáculo.

Jueves, 5 de junio

Parece evidente que mis temores eran exagerados. He sobrevivido a la noche: a la devoración ruidosa de mi compañero de coche-cama de buena parte de su pesca, a sus eructos gloriosos, a los ronquidos de ballena varada, al traqueteo del tren y sus interminables paradas (se dice ya a bordo que no llegaremos hoy sino mañana), a los controles de revisores y soldados una, dos y tres veces en plena madrugada. El tren se halla detenido ahora en la estación de Luena, una villa minera. Son poco más de las siete de la mañana y el sol comienza a brillar con una fuerza africana. Buena parte de las mujeres del pueblo se arracima ante un pozo para hacer acopio de agua. Algunos viajeros se asean y se lavan los dientes sobre las ventanillas que dan al mismísimo andén. Hay dos falacias neocoloniales sobre África que conviene desmentir a toda costa: los africanos no trabajan y los africanos no se lavan. Con los primeros pestaños del alba, África se pone en movimiento: recorren distancias descomunales, y siempre a pie (porque, como observa el Che, la fuerza de tracción humana es prácticamente la única que existe), para vender unos pocos productos que les permitan sobrevivir un día más: a él o a ella y a su familia. Porque además no regatean en cuanto al número de niños: «La riqueza y la alegría que suponen», como dice mi revisor favorito, el que se dedicó a dormir a pierna suelta en vez de asesinarme. Lo mismo podemos decir de la limpieza: de cómo emplean para asearse el agua que tanto les cuesta acopiar. El tren sigue parado. Pero yo he dormido bien. Hoy será un día muy largo.

Incendios y voces en la noche. El tren se detiene y entre la maleza que separa la vía del poblado (a oscuras, apenas alumbrado por unas cuantas hogueras) empiezan a brotar voces de niños, que avanzan desconfiados, como felinos torpes. Son voces en suajili que reclaman algo de comer a los viajeros del rápido *Diamante*, mucho más afortunados que ellos, condenados a quedarse en su pequeño poblado de paja y adobe. Me alegro tanto de haber escogido este largo viaje en tren entre

dos puntos del corazón de África, entre las provincias congoleñas de Katanga y Kasai Oriental. He visto, escuchado y hablado más que en muchos otros viajes, yo que temía haberme encerrado en un compartimiento de lujo cuando compré mi billete de lujo especial. Seth Kaunda, mi revisor, me cambió de departamento en cuanto le comenté que mi grueso compañero no había parado de roncar. Con los diez dólares que le di ha comprado un calabacín para su familia (entre otras cosas), y piensa ofrecérsela: «De parte de mi *rafiki* Alfonso, de España». Tiene diez hijos y hace seis meses que no cobra. Escribo en el coche-restorán mientras espero la cena en medio de una luz mortecina y un ambiente mucho más apagado que el de ayer. Acaso en el mismo techo de este coche estén sentados, o tendidos unos cuantos viajeros que subieron al tren en la estación de Kamina, una gigantesca base aérea que durante años fue utilizada por Estados Unidos para apoyar a la guerrilla anticomunista angoleña de Jonás Savimbi. Desde la estación, de la que eran ahuyentados con métodos expeditivos los vendedores que han encontrado en este convoy una vía de supervivencia, no conseguí ni atisbar las pistas. Es una de tantas historias pendientes, y rastrear si en Kamina quedan hablantes portugueses e hijos de aquella temible guerrilla que acaso gastó su último cartucho apoyando a las tropas de Mobutu.

Viejos platos de cerámica italiana para una sosa sopa de legumbres, espagueti a la boloñesa y una tan excelente como inesperada filloa. Me extrañó ver hoy tan solitario y silencioso el coche-restorán, pero la explicación es simple: no queda Simba, la cerveza favorita de esta parte del Congo, y sin cerveza no hay diversión. Mak, mi improvisado amigo de Kasai, da cuenta de su comida mientras el tren avanza ahora a paso lento. Hace un momento pensaba en los trenes de mi vida, y cómo me han ido abriendo los ojos. Hace días ni siquiera tenía noticia de la existencia de este rápido *Diamante* entre Lubumbashi y Mwene Ditu (la estación más cercana a Mbuji Mayi), dos ciudades que tampoco estaban en la geografía de mi memoria.

MBUJI MAYI

Viernes, 6 de junio

Tras una breve noche de incendios, voces, puentes de hierro, traqueteo, miríadas de estrellas y algunos pensamientos más o menos dulces, el tren hizo su entrada en Mwene Ditu. A diferencia de la mayor parte de las estaciones del camino, la estación término sí recibía alguna iluminación de varios postes que servían de soporte a tubos fluorescentes: hacían más fantasmagórica la escena, hasta el punto de hacerme dudar de si se trataba de Mwene Ditu. Y así se lo hice saber a mi amigo Seht. Me extrañaba que de los pocos despiertos casi nadie mostrara mucha prisa por bajar de aquel convoy en el que llevábamos 48 horas. Eran las cuatro de la madrugada. Noche cerrada. Como era de temer: nadie me esperaba, nadie conocía al que supuestamente debía recogerme. La estación espectral, con los viajeros ya animándose a bajar al andén de tierra y piedras, con columnas de humo blanquecino que sorteaba una locomotora de maniobras, me recordó un viaje de hace tiempo y acompañado: Komsomolsk na Amure y Jabarovsk. Mis trenes vuelven al pasado.

A las seis empezó a difundirse una tenue claridad. Era casi el único viajero que quedaba en aquel andén, sentado ante la puerta del jefe de estación. A las siete me di cuenta de que no tenía sentido seguir esperando. Pregunté por un teléfono y me indicaron un hotel frente a la estación. Todas las puertas estaban cerradas y salí por un lateral. Me detuvo un soldado de la Alianza, que me interrogó con cordialidad y me dejó pasar. Todo el pueblo parecía levantado sobre un arenal sucio. Los muchos vecinos me miraban con curiosidad. Volvía a ser el único blanco salido de no se sabía muy bien dónde, venido a no se sabía qué y para colmo sin los atributos habituales de los blancos, como un vehículo propio. El hotel tenía tres estrellas, una entrada sinuosa y una de las apariencias más sórdidas de todos los hoteles sórdidos que recuerdo haber frecuentado. La recepción era un trastero infame. Del pasillo maloliente salían los clientes más madrugadores con cara de pocos amigos para asearse en el callejón que daba acceso al infecto inmueble. El recepcionista aceptó cambiarme veinte dólares (por 200 millones de zaires viejos. Luego supe que me había timado en unos cinco millones) y acompañarme a la *estación de autobuses*. Pasamos ante una interminable batería de cambistas, atrincherados tras verdaderos parapetos de billetes: millones de Mobutus. La plaza del transporte era un ejemplo del permanente caos zaireño. Pensé que había dado con una empresa razonable al ver que en cada asiento del microbús viajaba un pasajero. Craso error. Llenaron aquel viejo Mercedes en precario hasta que no cupo un alma, bien es cierto que casi todos sentados y apretujados. En torno al conductor íbamos diez: los seis de la primera fila (la mía), incluido un bebé, y los cuatro que ocupaban el asiento del copiloto y sus aledaños. Detrás: más bebés y hasta un gallo. Pero nadie protestó: la costumbre de la opresión. Para colmo, en medio del viaje se procedió al cobro de los que no habían empezado por ahí: un desaforado trajín de pilas de billetes que se amontonaban en el salpicadero. No por ir atiborrado el vehículo hizo el chófer intención de extremar la prudencia, al contrario. Fueron dos horas viajando a la zaireña, para impregnarse de las esencias y maldiciones del país. Mbuji Mayi me ofeció a primera vista lo que imaginaba: buscadores de diamantes desmenuzando las colinas y una ciudad que no es más que un amasijo humano de mercaderes, traficantes, cambistas, transportistas, apandadores, descuideros y raros hijos de Dios. Al verme cargado con mi indumento, un joven tan sospechoso como cualquiera se ofreció a buscarme un taxi y se echó al hombro la mitad de mis posesiones. Recorrimos cien metros y me metió en una furgoneta casi llena de otros jóvenes tan ociosos y sospechosos como él, que en cuanto subió a bordo se mimetizó de tal manera que dejé de reconocerle. Empecé a pensar que se trataba de una encerrona y en cómo defenderme de aquellos diez o doce muchachos que no iban a otra parte que a sacarle tajada a un blanco incauto y presumiblemente (era cierto) atiborrado de dólares. ¿Emplearía la navaja? Estuve a punto de pedirle al chófer que detuviera el cacharro allí mismo cuando empecé a darme cuenta de que nos alejábamos del centro que en todo caso era difícil de colegir que existiera. Pero mantuve mi sangre fría y esperé: para mi sorpresa, se detuvo ante el hotel, el conductor cobró su parte, pagué a mi porteador, que inequívocamente se hizo notar, y después de dos días pude al fin lavarme a conciencia y cambiarme de ropa. Sigo en la habitación 205 del hotel Nkumbikumbi. Hace calor.

Mi entrañable jefe me pide desde Madrid «historias fuertes». Leyendo la historia de la guerrilla africana del Che me doy cuenta de hasta qué punto su feroz autocritica me sería necesaria a la hora de enfrentarme —mucho más desnudo— a estos mentirosos diarios.

Sábado, 8 de junio

Entro en otra parte. El relato del Che en el Congo me acompaña hasta que la noche vuelve a caer sobre Mbuji Mayi. ¿De qué se trata? ¿Qué clase de misión? ¿Qué clase de relato pormenorizado de los hechos cabe hacer en un periódico donde tras un difícil contacto sólo aciertan a pedirte «historias fuertes»? Intento sobreponerme, seguir el curso del río de los hechos y sus apariencias, mirar, escuchar. Voy haciendo mi cuadro del lugar, pero sé que me falta una retaguardia. Existe. Aquí, en África, se extrañan de que no esté casado, de que no tenga ningún hijo. Aquí, donde cada padre y cada madre revelan con orgullo y alegría cinco, siete, diez hijos. ¿Qué clase de miedo —o talismán, como decía Seth, mi revisor— nos atenaza en Occidente para no saber vivir? Porque ¿acaso podemos decirles a estos africanos aplastados por la miseria y una vida insostenible, pero que no por ello pierden el humor, que son ellos los que no saben cómo vivir? Tengo mis dudas, aunque también las tengo porque sé que, si la mala suerte no se cruza en mi camino, acabaré tarde o temprano volviendo a mi casa, a lo que creo conocer, a lo que creo que puedo manejar. Aunque no sea exactamente así, y del todo cierto. En África descubro otro yo: me atrevo a encontrarme con él.

Lunes, 9 de junio

La luz no ha roto todavía la impenetrable noche de Mbuji Mayi. Aquí no hay luz eléctrica, salvo para quien dispone de fondos para comprar y alimentar un generador. Como el de este hotel, que me permite arrancarme temprano del sueño y tratar de escribir contra el tiempo, contra los acontecimientos, ahora que ha estallado el Congo vecino y desde mi periódico me azusan para que acuda sin demora. Bombero eficaz. Me gustaría que mi tarea no fuera ésa. Estoy intranquilo con mi escritura, con mi forma de enfrentarme a los hechos. Ayer volvió a asaltarme un cierto miedo, cuando salí a las seis de la tarde para encontrarme con mi chófer (el impenetrable y seguramente elemental Cleophás) y casi me doy de bruces con un destacamento de soldados fuertemente armados que tomaban posiciones en todas las salidas del hotel. El francés (mi francés) acabó de jugarme una mala pasada. Le sugerí al chófer que tal vez venían a por mí (demasiadas preguntas comprometedoras en una ciudad en la que soy el único periodista extranjero: hasta el vicegobernador anunció mi llegada por la radio) y el chófer, sin mover un músculo, con su rostro que bien podría ser el de un asesino o el de un santo difícil, dijo, mirándome a los ojos, como si estuviera leyéndome el miedo: «Claro. Ya he hablado con mi amigo de la MIBA [Sociedad Minera de Bakwanga]». Las piezas se ordenaron como en puzzle repentino y sin escapatoria: mi chófer, íntimo amigo de un antiguo responsable de la policía secreta de Mobutu (al que conocí y con quien comí el sábado) se había ido de la lengua con las autoridades, había dado cuenta de mi

interés por los asesinatos de mineros ilegales que al parecer no para de cometer la Alianza de Kabila dentro de la concesión MIBA, la compañía estatal que explota la mayor parte de los diamantes de Mbuji Mayi. El pánico duró unos segundos, hasta que me di cuenta de que estaba enloqueciendo: la irrupción de los soldados, que me miraban con curiosidad, me había trastornado. Salimos sin que nadie nos preguntara nada. Cuando regresamos al hotel, dos horas después, los jefes, de traje impecable, seguían trajinándose whisky Johnny Walker y la tropa bebiendo *sucrés* (Coca-colas y Fantas). Con mis fantasmas y mis miedos llego a mi último día en esta caótica y violenta capital de Kasai Oriental, donde el tiempo parece haberse detenido dentro de un ciclón inmóvil. Es difícil imaginar cómo va a salir esta ciudad del polvo de diamante y miseria total en la que se entierra un poco cada día.

¿Qué Congo? ¿Qué África? ¿Cómo contar si ni siquiera sé contarme a mí mismo? La prosa se me escurre entre las manos como los diamantes a los *creisseurs* de Mbuji Mayi. Escarbo en la historia, pregunto a todos, trato de limpiar mis oídos de la vieja escoria europea. Pero no puedo arrancarme la infancia, teñirme la piel, borrarle la memoria, romper en pedazos el espejo del lenguaje. Es con estas palabras con las que me muevo por el mundo, y África forma parte de ese mundo: en este continente plantamos nuestras efigies y sobre su costra vegetal pasamos nuestras lupas de tantos aumentos como filtros. Son tantas las tentaciones literarias y tan intensas las imágenes dibujadas con anterioridad. Y más en Congo desde que Joseph Conrad escribiera su *Corazón de las tinieblas*. ¿Cuánto colonialismo teñido de anticolonialismo hay en esa lengua que se proyecta para poder adentrarse por un río incalculable, por un río que no sólo se remonta hasta el corazón de un continente difícil de comprender sino quizá hasta el lago primordial de nuestros miedos? Aquí la luz es a veces tan dura, tan aplastante, que para ver algo hay que cerrar poderosamente los ojos.

MBUJI MAYI: MISERIA Y DIAMANTES PARA LA ETERNIDAD

Un espejismo. Miles de hormigas humanas, dobladas sobre sí mismas, con pies, cintura y brazos sumergidos en el fango, perforan y tamizan las marismas del río Lubilangi en busca de una piedra que acabe de una vez con una miseria que ahoga. Son los *creisseurs*, los mineros artesanales de Mbuji Mayi, la fantasmagórica, polvorienta, riquísima y misérrima capital de Kasai Oriental, donde el nombre de Laurent Kabila, presidente de la República Democrática de Congo (el antiguo Zaire), empieza a pronunciarse con rencor. Porque hay otros mineros, los furtivos, los que se atreven a penetrar en los terrenos de la todopoderosa MIBA, que por decenas han encontrado la muerte a manos de los expeditivos gatillos de la Alianza de Fuerzas Democráticas de Liberación de Congo, que el pasado 4 de abril entró en la capital de los diamantes en medio de la apoteosis general. En mayo se hicieron con el control de todo el país y el odiado dictador, Mobutu Sese

Seko, puso los pies en polvorosa. En esta ciudad perdida en los mapas del tiempo, que en treinta años ha pasado de 30.000 vecinos a tal vez dos millones de habitantes, con 600 sectas y frecuente poligamia, sin luz eléctrica ni apenas agua corriente, la vida hierve: miles de millones de dólares pasan de mano en mano, tras las piedras preciosas con las que sueña media población para salir de una pavorosa pobreza que se come todo lo que toca.

Mbuji Mayi es una gigantesca olla a presión que el sol recalienta sin piedad. La carretera serpentea hacia una ciudad que no tiene ni forma ni límites, sin casco urbano ni nada que se le parezca, donde las pocas vías asfaltadas son tomadas al asalto por vehículos canibalizados cargados de seres y mercancías en imposibles y a menudo dramáticos números de circo urbano, junto a deslumbrantes automóviles último modelo aterrizados como por ensalmo, porque no hay carreteras practicables que conecten con el mundo exterior. Mbuji Mayi es una subasta constante, donde decenas de miles de peatones alimentan un tráfico bullicioso y sin fin, entre miríadas de puestecillos que asfixian cada milímetro de arcén, entre cuchitriles, chozas, tenderetes y mostradores de un mercado insaciable. Todo es un descomunal rastro que zurce y carcome toda la ciudad de un extremo a otro, sobre una tierra convertida en puro polvo, arenal que revienta los sentidos, entre gritos, cláxones, olores de todas las latitudes y colores que agotan el espectro, cabras, monos, gallinas, perros, traficantes, soldados, mineros, taxistas, buscavidas, predicadores, prostitutas, descuidados, gasolineros a pulmón, colegiales de camisa blanca, monjas, cambistas, peluqueros, mecánicos y curanderos. Olores, colores, muchedumbres perdidas en una polvareda que lleva hacia un incierto fin de siglo.

No hay policías ni semáforos, aceras ni farolas, papeleras ni bancos. Calles enteras, como la terrosa avenida Inga, es una sucesión de *comptoirs*, edificios de una planta, fortalezas de altos muros con gigantescos diamantes pintados y alegóricos, celosos cancerberos y puertas de hierro ante las que se arremolinan los pequeños traficantes y mineros osados, que llegan con sus piedras a soñar una vida que acabe con la eterna mala racha. Dentro hay avezados comerciantes como Hasan Husein, el nombre que confiesa este libanés que dice no serlo y gastar pasaporte británico y sucursal diamantífera propia en Bélgica. Su *comptoir* tiene aire acondicionado, un lujo asiático en Mbuji Mayi, y está decorado con versículos del *Corán* enmarcados. Habla en inglés, rápido y sin vacilar. Tiene una esposa «y seis o siete hijos». Lleva cinco años instalado en la capital del caos y le gusta. «El mercado está mal porque los precios han bajado». Se siente seguro con la Alianza, «hay mejor ambiente para trabajar». De la ciudad dice que «salta a la vista que no hay nada, falta de todo, no hay infraestructuras de ningún tipo y está totalmente infradesarrollada. Mbuji Mayi es la ciudad más rica de Congo, cada día circulan millones de dólares por la calle, pero es como una ciudad de polvo». Su ayudante muestra un diamante recién tasado. «Diez mil dólares», dice con sonrisa codiciosa. Muchos traficantes libaneses huyeron por miedo a los pillajes. Ahora, las nuevas autoridades les obligan a firmar un nuevo contrato de *comptoiry* a pagar hasta 150.000 dólares (casi 22 millones de pesetas) para renovar el permiso. Entre los *comptoirs* destaca, cómo no, el rey, el de la surafricana De Beers, la compañía líder mundial, la que acuñó una divisa que

hizo fortuna: un diamante es para siempre. Mutombo, por el contrario, es un pequeño traficante de 38 años y seis hijos, hijo de maestro. Levanta su pequeño tenderete frente a otros, a unos 500 metros de donde los mineros filtran las aguas achocolatadas del río Lubilangi y sus marismas. Los 30 dólares que puede llegar a pagar por un diamante de la clase conat, industrial, oscurecido, se convierten en 100 cuando se lo vende a un *comptoir* belga o estadounidense en la ciudad. «No hay precio fijo, estamos a merced de los grandes compradores en función de los precios que se establecen en Amberes».

El padre Paulin Kayunda, salesiano, recuerda que Mbuji Mayi se ha convertido como por ensalmo en la segunda ciudad del país en cuanto a población. «La todopoderosa MIBA no quería que se instalaran paisanos por aquí, para mejor controlar la producción de diamantes. Aquí circula más dinero que en Lubumbashi, pero la vida es mucho más dura. Todos pueden soñar con hacerse ricos, a fin de cuentas los pequeños mineros pueden vender sus propios diamantes, no hay que elaborar el producto como en las minas de Katanga». Un escocés llamado Young encontró la primera piedra. Los belgas fundarían después, en 1918, lo que acabaría por convertirse en la capital de los diamantes. Ahora, 6.000 trabajadores están empleados en la empresa más codiciada de la ciudad. El edificio de la MIBA corona la mejor hectárea de Mbuji Mayi, donde se agosta la hierba de los últimos jardines y se desmoronan las lujosas villas de los colonos belgas que controlaban la compañía minera, que sin embargo sigue teniendo la mejor clínica de la ciudad, supermercado y colegios para sus trabajadores. En el centro de la antigua ciudad europea se alza la catedral, rematada en 1949 y construida en una suerte de sombrío estilo normando por arquitectos y albañiles venidos especialmente desde Bélgica. La catedral de la MIBA parece una fortaleza fría, completamente fuera de contexto en medio de Kasai, lo que contribuye a hacer todavía más irreal esta Mbuji Mayi capital de los diamantes. Una catedral a la que durante años estuvo vetado el acceso a los negros. Tan sólo los *évolués*, los que habían asumido dócilmente su condición de siervos y habían sido aceptados para tareas administrativas en el entramado colonial belga, podían recibir la bendición de Dios en el recinto sagrado. El *territorio MIBA*, catedral, terrenos, piscina, villa e instalaciones eran tierra prohibida para la mayoría de la población oscura. Hoy día, el edificio central de la MIBA sigue siendo otro mundo, con aire acondicionado y mobiliario elegante, un remanso de riqueza en medio de una de las ciudades más desarticuladas de África. Albert Mpabantu Bukolebuabo, con 15 años en la empresa, no es miembro de la Alianza, pero ha sido nombrado por el Gobierno de Kabila director general adjunto de la Sociedad Minera de Bakwanga, con un 80% de sus acciones en manos del Estado. La compañía surafricana De Beers era el comprador monopolista de la producción de diamantes. La Alianza ha acabado con esa práctica, y la subasta de la producción de cada mes es abierta al mercado, «aunque en la primera puja la oferta de De Beers fue la mejor», admite Mpabantu Bukolebuabo. La MIBA se ha mantenido mal que bien bajo el régimen de Mobutu. Crispin-José Lufuluabo, responsable del periódico de la empresa, subraya que lo peor de Mobutu es que provocó «la voladura moral del país, al decir que no es malo robar si se roba un poco. Ha sido un ejemplo que ha hundido a Zaire.

Alteró y pervirtió por completo la escala de valores. Y esta ciudad es un perfecto ejemplo de ello».

Una de las más arriesgadas tradiciones locales de Mbuji Mayi era burlar las barreras de la *concesión MIBA* (unos 90 kilómetros cuadrados), donde se hallan las mejores tierras diamantíferas de la región, con dos grandes lavaderos mecánicos y la central de procesamiento, convertida en una gigantesca factoría ultraprotegida donde se depuran y clasifican los diamantes antes de sacarlos a la venta. Los mineros cortan las alambradas y se internan en la concesión. En tiempos de Mobutu, los violadores eran detenidos y encarcelados. Tras su llegada, la Alianza anunció que dispararía a matar y parece que no ha dejado de hacerlo desde que conquistó el poder en la capital de Kasai Oriental. Según fuentes eclesiásticas, de organizaciones de derechos humanos, judiciales, empresariales, trabajadores de la propia sociedad y el director de un colegio cercano a la concesión, varias decenas de mineros han caído bajo las balas de los expeditivos soldados de Kabila. Las autoridades militares guardan un silencio de plomo. Ningún cadáver ha sido mostrado. «Los arrojan en fosas dentro de la MIBA», coinciden todas las fuentes. El nuevo alcalde, Adolphe Dinanga Mpinga, de 49 años y 12 hijos, que espera todo de Kabila para reformar la ciudad, admite que no puede ni confirmar ni desmentir que se haya matado a furtivos dentro de la concesión.

Las tapias del convento de las Hermanas de la Caridad preservan a monjas como Suzanne Kabeye de los aromas broncos de la calle. «La paz no ha llegado, los jóvenes están desafiantes». Hay una frase hecha en Mbuji Mayi que los castizos del lugar repiten con celo: «Mientras que Lubumbashi [la capital de Katanga fue construida por los belgas, Mbuji Mayi fue construida por nosotros mismos». Ni los belgas ni Mobutu han hecho casi nada por Mbuji Mayi. La expulsión de centenares de miles de kasaianos de Katanga en 1992, tras una astuta maniobra del dictador para aguar el independentismo katangués azuzando el odio étnico, provocó decenas de miles de muertos y que la población de Mbuji Mayi creciera astronómicamente de la noche a la mañana. «Aquí a la gente le gusta ser libre y hacer negocios», dice el taxista Cleophás, orgulloso al volante del «único Volvo de la ciudad». El soldado que vigila la puerta del nuevo vicegobernador pide una cerveza al que llega, pero a diferencia de la tropa de Mobutu todavía se le puede decir que en el nuevo Congo un militar no puede pedir una cerveza a un visitante, y el soldado reírse con forzada inocencia.

Mulumba es un *creuseur*, un minero artesanal nacido en Mbuji Mayi hace 24 años, casado y con un hijo. Lleva toda la vida de minero: trabaja desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, cuando la luz declina. «Como no tengo dinero y trabajo mucho tengo que beber la propia agua que rastreo». Si tiene suerte, en tres semanas de trabajo puede llegar a ganar cien dólares, que debe repartir con los otros seis compañeros de cuadrilla, entre los que se encuentra su propio traficante, el encargado de vender la mercancía. «Claro, como todos los mineros, sueño con encontrar un día una gran piedra que me permita dejar de trabajar». Kalonji tiene 12 años y es más pequeño que la pala que su padre le está enseñando a manejar. No va a la escuela. Siete miembros

de su familia se dedican a la búsqueda de diamantes. «Lo primero que hace un minero que encuentra una buena piedra es comprarse un buen traje e ir a exhibirse tomando cerveza en los dos únicos hoteles presentables de la ciudad, el Tanko o el Nkumbikumbi», cuenta el abad Anaclét Tshimanga, que añade: «Aunque sea católico, todo kasaiano que se precie y que tiene dinero, y algunos sin él, debe tener más de una esposa». Como Jean Marie Kazongo, 46 años, ex jefe de la policía secreta de Mobutu en la capital de Kasai Oriental. Harto de viajar y delicado de salud, dejó el cuerpo hace seis años para dedicarse a los negocios, diamantes sobre todo. Con ocho hijos y dos mujeres, se declara católico, y oculta sus secretos tras un hermético cansancio que quiere imprimir bondad a un rostro trabajado. Admite que no había oído hablar de Kabila antes de la rebelión de octubre. Con servicios de información así, ¿cómo no iba a vencer la Alianza, recibida en Mbuji Mayi, sin haber pegado un tiro, como «Jesús en Jerusalén», en palabras de una monja? «Kabila ha recogido el hartazgo que el pueblo tenía de Mobutu», señala Kazongo, para quien los ruandeses que apoyan a Kabila no son extranjeros, «son africanos». Mientras que el antiguo policía confía en el nuevo poder —«antes te robaban en la calle»—, un empresario local asegura con dureza que el nuevo régimen ha tenido «un inicio perverso, dictatorial», y recalca: «No hay ninguna seguridad, ni un puesto de policía ni soldados en kilómetros. Jóvenes que no han visto un duro son fáciles de comprar y aceptan cualquier proposición, como la de matar, por apenas unos dólares. Aquí en Mbuji Mayi estaba la principal fuente de financiación de Mobutu, porque los diamantes puedes metértelos en el bolsillo y llevártelos. Sé de jóvenes que guardan en su casa hasta cinco millones de dólares en billetes. Pero aquí nadie invierte. Se lo llevan fuera. La atmósfera en que vivimos es cada vez más incierta e insegura». Hace días asaltaron un almacén. Al gerente, un europeo del sur de Europa, todavía le anda tan encabritado el corazón que no se atreve a dormir en su casa ni que aparezca su nacionalidad en los papeles. «Me encañonaron con ametralladoras y me golpearon. Cuando hablaron de arrancarme los ojos para que no pudiera identificarlos pensé que había llegado mi hora». Pero huyeron con más de 12.000 dólares sin cumplir sus amenazas. «Eran soldados, pero no podría decir si eran de Mobutu o de los de ahora», añade con temor mientras espía cualquier ruido que llega de fuera. Una asociación de Derechos Humanos, por su parte, es rotunda: «No hemos visto ningún cambio. Incluso ahora vemos más peligro e inseguridad que antes». A diferencia de Katanga, en Kasai Oriental, la tierra del opositor oficial a Mobutu, Étienne Tshisekedi, a la mayor parte de los encuestados parece haberseles evaporado rápidamente el fervor kabilista.



Mbuji Mayi parece un combinado de película del salvaje oeste norteamericano, sin ley ni moral, y una versión ruda de *Blade Runner*. Y la vida es así todos los días del año, siete días a la semana, con domingos que hierven de fervor religioso en templos improvisados bajo lonas que celebran todos los misterios y las ansias del espíritu. Cae la noche y los tambores retumban como si la selva acechante quisiera cobrarse sus dividendos. El toque de queda ha sido levantado y los chiringuitos donde corre la cerveza Skol y la prostitución extiende la carcoma del sida no dan abasto. No hay más luz que la de los que tienen dinero para alimentar un generador, o la de los

miles de puestecillos que parpadean en la oscuridad: mecheros de petróleo que compiten con las estrellas lejanas del hemisferio sur sobre el raro cielo del Congo. O las de los automóviles que rasgan las tinieblas con sus faros. De la espesa penumbra surgen miles de sombras, siluetas que todavía caminan en la noche impenetrable de Mbuji Mayi, buscando un lugar donde dormir hasta que la luz ponga de nuevo en marcha la noria que gira y gira entre el brillo burlón de los diamantes y el agua convertida en polvo de los espejismos.

KINSHASA

Miércoles, 11 de junio

Al otro lado del río, de este río cargado de sombras desde que Conrad lo arrancó de su estricta realidad geográfica para convertirlo en metáfora implacable. Desde el balcón de mi hotel, en plena noche sobre Kinshasa y Brazzaville, he visto cómo las trazadoras pintaban el cielo: fuegos de artificio de los peores augurios. Después *hablaron* las armas automáticas, los morteros, la artillería, los órganos de Stalin. Una vez más. ¿Para eso estoy aquí? Junto al miedo, junto al río que pasa por el meandro gris donde debía estar mi alma. Este río no duerme nunca, y sin embargo parece un mundo a la deriva: como un glaciar repentinamente licuado, desaguando una historia que es diferente, pero que a nuestros ojos, europeos que no acaban de aclimatarse, nos parece idéntica: en su simplificado horror yo me niego como si así consiguiera que la razón pudiera todavía tener un papel contra el creciente poderío del horror.

CH 1242	ARMADA, ALFONSO	
	Nº 1994	
CONSIGNE BAGAGE BAGGAGE CHECK		
Reçu le	12 JUIN 93	
Received	2 PIÈCES	
Délivré le	_____	
Delivered	_____	

BRAZZAVILLE

Jueves, 12 de junio

La noche en el aeroclub de Brazzaville. Hasta ayer era un lugar inexistente, sin dimensiones, sin atmósfera, sin luz, sin perfiles. Ahora escribo sentado en una silla baja y confortable después de haber comido tres latas de una ración francesa de combate, junto a otros periodistas atraídos hasta aquí por el mismo motivo: la guerra que devora Brazzaville. Otro punto negro en el maltratado continente africano. ¿Enfermedad o pesadilla, condena o lógico estallido? Los soldados franceses, entregados a la evacuación de los extranjeros de Brazzaville, proporcionan también luz eléctrica, una mesa de trabajo, comida, agua, duchas y hasta un saco de dormir. ¿Qué más se puede pedir? Algo parecido ocurrió con la Operación Turquesa y entonces casi nadie de los que la vivimos en Goma supo darse cuenta de las subterráneas motivaciones políticas ocultas por el paraguas humanitario, ese cinismo filantrópico del que ya hablaba Joseph Conrad cuando el humanitarismo estaba en pañales y la Cruz Roja no se había convertido en lo que hoy es.

Una Cessna blanquirroja de cuatro plazas, un breve vuelo sobre el río Congo, y otra vez la guerra. Ayer desde la orilla de Kinshasa, aparentemente a salvo. Hoy junto al aeropuerto que se disputan el ejército del presidente Pascal Lisuba y las milicias de Denis Sasu Ngueso. He vuelto a escuchar de cerca el estruendo de armas automáticas y morteros, he vuelto a ver las caras idénticas de los guerrilleros, y la destrucción de otra ciudad africana. ¿Para qué? Miseria sobre la miseria, ceniza sobre el polvo. Y volver de nuevo al ojo de otro huracán para intentar contarlo: sin caer en la repetición, en los lugares comunes, en lo incorregible africano o en el colonialismo como padre de todos los pecados y que en su indiscriminado empleo encierra otra forma de racismo y de paternalismo. Todavía no sé en qué trozo de tierra africana voy a acostar mis doloridos huesos esta noche. Ahora han callado los cañones. Y, como casi siempre, sentí más miedo cuando imaginaba el viaje y este aeropuerto que ahora, cuando empiezo a conocer la geografía de Brazzaville y sé que no estoy completamente solo. Pero temo cansarme de esta cara sucia de África.



Viernes, 13 de junio

Contra la maldición, contra la simplificación histórica, contra el neocolonialismo bienintencionado que supone seguir asiéndose a la hermosa y rotunda metáfora de Conrad. Escribo frente a la noche de Brazzaville, en el aeroclub convertido en cuartel general de la Operación Pelicano y en redacción de los que hemos venido a contar esta nueva deflagración africana. Escribo contra la noche: la evidente y la que me carcome. Han callado las trazadoras, los Kaláshnikovs, los morteros. Siguen hablando los perros. Y los generadores. La noche extiende su manto de promesas, pero no son las mismas a orillas de los ríos, los lagos y los mares africanos que a orillas de los ríos, los lagos y los mares europeos. Yo sólo tengo un cuaderno para confesarme, pero también para mentirme.

Sábado, 14 de junio

Los perros ladran a la luna turbia. Parte de la tropa bebe, otra duerme. Hay periodistas todavía pegados a los teléfonos vía satélite y otros que apuran el alcohol que han ido consiguiendo. Últimas horas en Brazzaville. En cuanto las tropas francesas salgan del país, la ciudad quedará abandonada a su suerte. La he visto desde el maletero de un coche: no había espacio para mí dentro del vehículo. La vida, en medio del polvo, el bullicio, el color y la pobreza de tantas otras villas africanas, recorría los barrios del sur de Brazzaville. La única enemistad era la de los *check-points*. He visto el río Congo desde el monumento a Brazza y sus compañeros, y la residencia del embajador francés, donde vivió De Gaulle cuando Brazzaville fue capital de la Francia libre. He visto de cerca, y he hablado, le he dado la mano, a Bernard Kolelas (alcalde de Brazzaville y jefe de la milicia ninfa) y a Denis Sasu Ngueso (el general rebelde, jefe de la milicia cobra). He visto las avenidas desiertas, los cadáveres sin enterrar, los comercios

saqueados, los letreros luminosos encendidos día y noche para nadie. He visto a los milicianos agazapados en la oscuridad, y he recorrido la ciudad y sus peligros escondidos en medio de una escolta francesa que protegía a un plenipotenciario de Naciones Unidas. Y he pasado miedo: cuando tuvimos que hacer el último tramo, entre el aeropuerto y este aeroclub, sin protección alguna, en plena noche, con los enemigos acaso observándonos perplejos a ambos lados del camino de polvo entre la maleza. Pero nadie disparó: sólo después: las trazadoras, como fuegos artificiales, algún mortero, alguna ametralladora. Pero esta noche las armas parecen dispuestas a mantener silencio. Ojalá fuera para siempre. Escribo. Alargo la noche. Me hago mis preguntas. Pero ya estoy pensando en volver.

RIVALIDADES ÉTNICAS Y LUCHA POR EL PODER ALIMENTAN LA HOGUERA EN CONGO-BRAZZAVILLE

Todos los ojos del mundo estaban puestos en Zaire. La gran hoguera estaba preparada en Kinshasa. La caída de Mobutu Sese Seko, el decano de los dictadores africanos, prometía desencadenar un baño de sangre ante el imparable avance de las tropas de Laurent Kabila hacia la capital zaireña. Y lo que casi nadie pensaba sucedió: Kinshasa cayó sin que los rebeldes apenas dispararan un tiro, pero la guerra estalló al otro lado del río, en el otro Congo, Congo-Brazzaville. Rivalidades étnicas y regionales, jefes políticos que cuentan con milicias propias y una lucha desahogada por el poder y sus contrapartidas económicas explican en buena medida la feroz batalla que desde el pasado 5 de junio libran en el centro de Brazzaville el presidente congoleño, Pascal Lisuba, y el general y ex máximo mandatario Denis Sasu Ngueso.

Los trece cadáveres que yacen ante el Ayuntamiento de Brazzaville, hinchados y medio devorados por las moscas y los perros, abandonados desde hace días, sin que piedad alguna se atreva a enterrarlos, saben poco de las paradojas que atraviesa la historia de la República de Congo (no confundir con la República Democrática de Congo, el antiguo Zaire). Una terrible historia como cabeza de puente desde la que fueron exportados como esclavos más de 13 millones de africanos durante tres siglos, una dura experiencia colonial bajo férula francesa y una vida independiente, desde 1960, marcada por un marxismo-leninismo en versión africana: corrupción, magnicidios y golpes de Estado militares. Las elecciones presidenciales previstas para el próximo 27 de julio bajaban como el río Congo: turbias y plagadas de inquietante maleza y troncos amenazadores. El presidente Lisuba tuvo la habilidad de distraer a la concurrencia ofreciendo el puerto de Pointe Noire para que Kabila y Mobutu limaran sus diferencias ante Nelson Mandela mientras su propio país se resquebrajaba.

Fue el general Denis Sasu Ngueso, originario del norte del país y miembro de la etnia mboshi, quien alcanzó la presidencia después de que fuera derrocado el también general Joachim Yhomby-Opango, relanzó las relaciones con la antigua metrópoli, puso fin al marxismo como doctrina

oficial y dio paso a un pluralismo que permitió a Pascal Lisuba, un miembro de la etnia teke, del sur del país, junto al río Congo, ganar la presidencia en las elecciones de 1992. Lisuba, ingeniero agrónomo especializado en genética, profesor en la Sorbona tras ser condenado a muerte por Yhomby-Opango y exiliarse en Francia, fue el primer ciudadano de África central en alcanzar un doctorado. Las elecciones legislativas celebradas en 1993, ganadas por el Movimiento Presidencial de Lisuba, fueron ampliamente contestadas por la oposición y dentro del ejército, que se dividió entre partidarios del presidente, que cuenta con seguidores armados llamados zulúes; del alcalde de la capital, Bernard Kolelas, miembro de la sureña etnia laris, y su milicia, llamada ninja, y de Sasu Ngueso, con su propia milicia, los cobra. La violencia encharcó entonces el sur de la capital y en los enfrentamientos perecieron no menos de 2.000 personas.

Las alianzas forjadas tras la ardua pacificación de 1993 empezaron a resquebrajarse ante las elecciones previstas para el 27 de julio. La detención de varios prohombres cercanos a Sasu Ngueso, como el financiero Pierre Otto M'Bongo, originario del norte del país y que hizo su fortuna durante el régimen nominalmente marxista, enturbió el panorama. Tras la derrota electoral de Sasu Ngueso, M'Bongo empezó a sentir tras los talones al fisco congoleño por fraudes aduaneros, como en la importación en 1990 de 473 cajas de champán para la presidencia.

Fuentes diplomáticas europeas en Brazzaville atribuyen con rotundidad a la mano de Lisuba el tiro de gracia que ha sumido a la capital congoleña en el caos, la desolación y la muerte «ante el temor a perder el poder y sus ventajas en las elecciones presidenciales de julio». Según ese esquema, el presidente envió el 5 de junio un destacamento de tropas acorazadas a la residencia de Sasu Ngueso en el distrito de Mpila, al noreste de la capital, «con el pretexto de detener a los presuntos responsables de la muerte de cuatro seguidores del general Yhomby-Opango —ahora aliado de Lisuba—, pero con la intención de provocar una reacción virulenta, ya que sabían que la casa de Sasu Ngueso estaba protegida por milicianos cobra». El propio hijo de Yhomby-Opango, Jean Jacques, con vistoso uniforme de camuflaje, galones de teniente, gafas de sol y ametralladora de bolsillo, reprochaba ayer en el aeropuerto a Lisuba demasiada «blandura» a la hora de aplastar el «intento de golpe de Estado de Sasu Ngueso», cuya milicia se levantó en armas ante la inesperada visita nocturna de las tropas gubernamentales.

Aunque Lisuba prestó hasta el último momento apoyo al régimen de Mobutu y algunas fuentes militares y diplomáticas aseguran que Sasu Ngueso pudo sentirse inspirado por el triunfo de Laurent Kabila en el antiguo Zaire, no está claro si fuerzas de la División Especial Presidencial de Mobutu que cruzaron el río Congo hacia Brazzaville están ahora interviniendo en la guerra civil congoleña. Francia (que siguió a Mobutu hasta el final) y Estados Unidos (que dio la bienvenida a Kabila) son rivales comerciales en la explotación de las riquezas petrolíferas de Congo-Brazzaville, pero de puertas afuera ambas potencias habían reclamado unas elecciones limpias el 27 de julio. Washington no ha puesto objeciones a la Operación Pelicano montada por París para rescatar a los extranjeros de Congo, que ayer estaba prácticamente concluida, mientras

los contendientes se dedicaban a violar de nuevo con armas automáticas y morteros el alto el fuego presuntamente acordado el miércoles.

Domingo, 15 de junio

Una mañana furiosa. La de los cañones castigando una colina. Enemigos que se odian a distancia, sin verse, aunque tal vez se conozcan tan bien que pueden matarse mejor sin mirarse a los ojos. Humo y fuego después de que la pericia de los artilleros cobra hace blanco. Miramos desde este lugar al margen fabricado por las armas blancas: el de los franceses que muestran lo que quieren mostrar, para que lo contemos y reconozcamos su gran bondad. Pero son tantas las cañerías inmundas que corren bajo nuestros pies y nos permiten llevar la vida que llevamos que cabe decir, al menos, que la hora de la desconfianza ha sonado. Aquí, en esta tierra desgraciada por el hombre, en Brazzaville, República de Congo, como al otro lado del gran río y mar adentro, donde la costa batida por la memoria se empeña en que la consideremos como nuestra. Escribo para que sea cierto que he estado aquí, que conozco las noches de Brazzaville, aunque he visto su vida (calles concurridas, mercados, bares) y su muerte (tiendas saqueadas, cadáveres que nadie recoge y que las moscas, los perros y el sol devoran lentamente) desde un coche y con escolta armada: porque el miedo es libre y es sólo con ese miedo y con esa escolta armada como nos hemos podido mover aquí. Y a través de esas alambradas no se puede ver ningún país ni escuchar el ritmo secreto de un corazón. Hay un gran miedo, y una barrera metálica forjada por la inteligencia, que nos permite contemplar todos estos hechos desde una distancia salvadora. Y con esa falsa conciencia volvemos a nuestras casas lejos de aquí y nos permitimos el lujo de creernos vacunados contra estos errores atroces que derraman sangre como si fuera esperma: una enfermedad de nuestra condición.

ESPAÑOLAS DE DOS CONGOS

El navegante y escritor Joseph Conrad fabricó un artefacto literario tan potente que ha vampirizado la propia realidad. El *corazón de las tinieblas* que este polaco de nacimiento e inglés por voluntad cartografió en Kisangani (la antigua Stanleyville), en el curso medio del río Congo, ha hecho tanta fortuna que escritores y periodistas se han adentrado en la misma corriente y en la misma selva para hacer de ese infierno un lugar común y certificar la exactitud del diagnóstico de Conrad: en el Congo se encuentra verdaderamente el corazón de las tinieblas. Al escritor le servía la metáfora para mostrar su visceral rechazo del «cinismo filantrópico» de exploradores y adalides del colonialismo, que bajo el pretexto de «civilizar y cristianizar» buscaban justificación a lo que tenía nombre propio: esclavismo, conquista y saqueo. Por la senda

de Conrad se adentraron después extraordinarios viajeros, como André Gide, Graham Greene o Vidiakar Sarajprasad Naipaul. A pesar de retratar la espeluznante noche de Mobutu Sese Seko en *Un nuevo rey para el Congo*, en el que refleja «un país saqueado e inmóvil, eternamente vulnerable», V. S. Naipaul acaba cayendo, como lamenta el estudioso francés Bernard Piniau, «en una concepción religiosa y teológica del espacio y del mundo. En ese mundo, nada explica nada, es una especie de maldición eterna. Esta tierra está maldita y toda ella está condenada». Entre las crueldades del tiempo colonial y la deriva, degradación y excesos inaugurados por los países independientes a orillas del gran río africano (una serpiente dormida con la cabeza acostada en el Atlántico, como lo dibuja Conrad), los dos Congos parecen merecer ese sambenito de *corazón de las tinieblas*. La República Democrática de Congo, como el victorioso Laurent Kabila acaba de rebautizar el Zaire de Mobutu tras una conquista relámpago de siete meses, y la República de Congo, o Congo-Brazzaville, donde el pasado 5 de junio estalló una guerra civil entre el ejército y la milicia zulú del presidente Pascal Lisuba y la milicia cobra del general y ex presidente Denis Sasu Ngueso.

Hace varias horas que el avión de transporte del ejército francés sacó de la devastada Brazzaville a Aurora Rodríguez, una diminuta y enérgica mujer de 68 años, natural de la villa ourensana de Melón, y a Dolores Sanmartín, nacida hace 62 años en el pueblo valenciano de Benísano. Franciscanas misioneras de María, Aurora llevaba 14 años en Congo-Brazzaville, y había decidido volver a España «por cuestiones de salud [los huesos reblandecidos] antes de que todo estallara». Dolores, que lleva 25 años en Congo y sólo espera que todo se calme para volver, bajó el pasado día 4 a Brazzaville desde Boundji, en el norte del país, «para recoger unos pollos que tenían que llegar de Gabón, pero el envío se retrasó» y la sorprendió la guerra civil. Los enfrentamientos entre el ejército gubernamental de Lisuba y la milicia de Sasu Ngueso se han cebado sobre todo en el *quartier populaire* de Brazzaville, donde se encuentra la casa de las franciscanas. «Vivimos unas jornadas espantosas, con una auténtica lluvia de disparos algunas noches». Las inmediaciones de la casa de las religiosas, donde a pesar de todo han decidido quedarse otras dos españolas, Francisca Benito y Karmele Arriaga, exhiben la obscena costumbre de la guerra civil: hasta trece cuerpos carcomidos por los perros, devorados por las moscas, sin que la Cruz Roja local se atreva a recoger esos cadáveres que se pudren al sol. Aurora y Dolores hablan de Dios y de África como de dos razones que el corazón debe entender a la hora de explicar su propia pasión, pero admiten que a veces las asalta el desánimo cuando comprueban cómo «África retrocede». «A veces es muy difícil no ser pesimista, no dejarse abatir por el desánimo. Es desolador. La gente es perezosa y pasiva, se acostumbran a la miseria como si fuera algo natural», dice Aurora, con la cara arrugada y los ojos brillantes. Aurora ha dedicado buena parte de su vida en el Congo a la enseñanza de niñas y madres. «Costará mucho trabajo acabar con este odio que viene de otro odio y reconstruir todo lo que ahora están destruyendo», recalca Dolores. En Brazzaville quedan otros diez religiosos, como el salesiano barcelonés Francesc Balauder, de 64 años, que gracias a vivir en el barrio de Makelekele, en el sur de la capital

congolesa, tiene la sensación de que la guerra ocurre muy lejos, porque en Makelekele la vida ha seguido su curso sin que las armas hayan ocupado el lugar de las voces. «Ni siquiera nos hemos planteado la posibilidad de irnos», dice Balauder, que sigue dando sus clases como si nada, con la confianza puesta en que la educación acabe cambiando el destino de los pueblos que, como los dos Congos, parecen a merced de la maldición de un río y de los escritores que se adentran en él para entender un continente donde la naturaleza vegetal y las pasiones humanas se muestran infinitamente más poderosas que la razón.

El Concilio Vaticano II abrió los ojos de muchos religiosos y misioneros que habían encontrado en el Tercer Mundo un motivo para vivir y un Dios humano y comprensible con el que intentar cambiar el estado *natural* de las cosas. Tras la fiebre de las independencias muchos occidentales siguieron encontrando en el continente negro una tierra de promisión para toda clase de negocios, como la República Democrática de Congo (el antiguo Zaire), con su subsuelo cuajado de riquezas y su población sumida en una de las miserias más pavorosas del mundo. Sin embargo, la mayor parte de los españoles con los que uno se encuentra en medio de las selvas más intrincadas y las ciudades más duras de estos dos Congos unidos y separados por un río gigantesco son religiosos. Acaso una consecuencia de aquella vocación unamuniana que hablaba de España como de una potencia del espíritu. Puri Díez nació en el pueblo riojano de Cirueña hace 63 años. Profesora de Química en Madrid, a los 61 años aprendió a conducir y se fue a Mbuji Mayi, la capital de los diamantes en la región congo-zaireña de Kasai Oriental, una de las ciudades más embrutecidas de toda África, con millones de dólares circulando de mano en mano cada día y una miseria sin paragon. Junto a ella, y desde hace 21 años en Mbuji Mayi, Julia Torres (a quien todos conocen como Margarita), burgalesa de Medina del Pomar, donde nació hace 51 años. Ambas son misioneras franciscanas de Montpellier. En la durísima capital kasaiana han levantado un dispensario, un centro nutricional y una escuela para chicas. Julia admite que a veces la desazón le come el alma, «al ver que no sólo nada mejora, sino que la vida y la ciudad se van degradando sin cesar año tras año, como si fuera una condena». Esa condena que acaso, aunque por otros motivos, Joseph Conrad leyó en las oscuras páginas del río Congo. Pero Puri Díez, a la que también se le hace a veces cuesta arriba soportar tanta penuria, se resiste «contra el fatalismo tan frecuente de los africanos», y recuerda: «Me dicen que es Dios quien quiere que vivan así, en medio de la miseria. Yo les digo que no, que tienen que rebelarse contra eso, que son los hombres, los que sólo buscan el dinero y el poder, los que les quieren así. Porque yo no creo que Dios esté por el sufrimiento de nadie». La noche de África es un hervidero: a veces de gritos de animales; a veces, como estas noches en Brazzaville, de trazadoras y armas automáticas. A la razón le cuesta revolverse contra la tentación que Joseph Conrad leyó en el río, contra ese *corazón de las tinieblas* que nos sobrecoge por su exactitud, pero que no explica el origen del infierno.

KINSHASA

Martes, 17 de junio

Últimas estampas de Brazzaville. Un viejo pastor alemán, con la mirada tristísima y las manos blandas. Intenta mantener la dignidad, pero le cuesta caminar. Pregunta en silencio por sus amos. Como si se negara a creer que después de toda una vida juntos le han abandonado. Pero ésa es la verdad. Y lo más probable y terrible es que también los soldados franceses lo van a abandonar.

Sobre las aceras, entre cristales rotos y zapatos perdidos, un colegial yace de bruces. Su cuerpo se pudre en la calle, no lejos del portalón, cerrado a cal y canto, de la embajada rusa. Todavía lleva la cartera escolar colgada a la espalda. Un disparo le reventó la cabeza. El charco de sangre se ha secado, pero sigue hablando de cuánta vida corría por sus venas. Ahora sólo las moscas se apiadan de él.

Cuatro pequeños gorilas, rescatados del zoo de Brazzaville, emprendieron viaje a Pointe Noire el lunes entre otros privilegiados congoleños que pudieron llegar al aeropuerto y pagarse un billete para escapar del desastre. En Libreville, la capital gabonesa, estaban a punto de comenzar a hablar de paz, pero a sus espaldas dejaron una guerra en carne viva: durante toda la noche no dejaron de hablar a cañonazos.

Un viejo y hermoso Dakota de plata. Para huir del horror después de haberse acercado a sus orillas a contarlo. ¿Para qué sirve? Otro drama que va a quedar temporalmente sumido en el olvido. Ya estoy casi a salvo. En un hotel con vistas sobre el gran río. No pasé tanto miedo como temía. Ahora ya estoy limpio y espero, mientras escribo en mi cuaderno escolar, a que me traigan el desayuno a la habitación 842. Ni siquiera se atisba Brazzaville desde este flanco del hotel. Mañana volveré a Europa y comenzará otro episodio de vida cotidiana y olvido. Qué paradoja la de la tinta que es como un castillo de estacas podridas.

EL «MAELSTRÖM» DE UN CONTINENTE

Dámaso Alonso escribió del Madrid de la posguerra que estaba habitado por un millón de cadáveres. Escribo de espaldas a la noche de Kinshasa, que súbitamente se rompe en pedazos. Me asomo a la ventana del piso 16 del hotel Intercontinental y veo una avenida iluminada y desierta. Más allá se desliza el gran río, que baja oscuro y silencioso, como si temiera que un francotirador le volara la boca que busca el océano. El estruendo es brutal, como casi todo aquí. Pero no es trueno. Es la guerra, ahí al lado, al otro lado de la corriente y entre los árboles. Brazzaville. Las

dos capitales más cercanas del mundo han encontrado otra manera de hermanarse. Lanzar obuses de una orilla a otra.

Kinshasa es el corazón de uno de los países más desdichados de la Tierra, y tal vez por eso es una de las ciudades más despiadadas que conozco. Pero a Kinshasa le falta la melancolía y la tristeza de Europa que llevó al autor de *Hijos de la ira* a retratar cadáveres que caminaban bajo aquella luz pordiosera que Franco encendió en España.

Dos tenistas sin miedo juegan en las pistas del hotel mientras en los antros de *la cité* (el descomunal e incandescente poblachón negro) la mejor música de África, la cerveza Primus y el deseo corren a estas horas a raudales. No, no son cadáveres los quizá seis millones de habitantes que pueblan Kinshasa y a los que cada jornada les cuesta un esfuerzo sobrehumano sobrevivir. Comen una vez al día cuando tienen esa suerte y caminan kilómetros y kilómetros para ganar una miseria —los pocos que tienen trabajo, y que cobran tarde, poco y mal, cuando cobran—. No por ello pierden una paciencia que resulta indecifrible y un humor incomprensible. Los *kinois* sonríen con facilidad: han convertido la brutalidad y la injusticia en una condena llamada costumbre.

Julio Verne hizo que el *Nautilus* de Nemo desapareciera en un *maelström* noruego. Kinshasa es el *maelström* por antonomasia de África, el remolino que se ha tragado buena parte de los sueños de independencia, prosperidad y dignidad que Patrice Lumumba evocó en 1960. Kinshasa fue hermosa entonces, cuando Lumumba encendía el alma de los congoleños hablando como pocos africanos han hablado y se atrevió a echar en cara al mismísimo rey de los belgas, el beato Balduino, los pecados de una colonización despiadada. A Lumumba, que soñó un África liberada del yugo de los blancos y unida más allá de las artificiales e interesadas fronteras tribales, le liquidaron pronto. Su camisa blanca e impecable se tiñó de un rojo que el tiempo ha ensuciado. Mobutu se lavó las manos de aquel crimen que aparentemente fundaba un Congo libre y levantó un horrendo monumento que sigue inacabado en el lodazal de Kinshasa. Nadie lo visita. La vegetación devora sus cimientos: una maleza que aquí crece con feracidad y apaga cualquier atisbo de melancolía. No es ningún faro que pueda iluminar las ruinas de un país ingobernable casi tan grande como Europa. La codicia de Occidente y las miserias de la guerra fría convirtieron al sátrapa Mobutu en un personaje imprescindible. El único cambio visible de momento en la Kinshasa que Laurent Kabila *volvió a liberar* en mayo es que el aeropuerto ya no es la mismísima antesala del infierno. Porque N'Djili era donde la angustia se podía masticar: todos los desalmados de la capital del dolor africano venían a hacer pagar a los blancos su atrevimiento de volver a pisar esta tierra.

Siempre vuelvo a Kinshasa, pero me gustaría no tener que volver nunca. Y me temo que volveré muchas veces. Es como si secretamente alimentara un sueño adolescente: no tener que volver porque las costuras del mapa han vuelto a estallar, un genocidio ha devorado a un pueblo, una muchedumbre de refugiados se ha puesto en camino, un golpe de Estado ha reducido a escombros un régimen podrido y una nueva camarilla ha proclamado la revolución y el fin de las

penurias. Acaso algún día acabe descubriendo el misterio. Porque hay atracciones que uno jamás se explica. La humedad de Kinshasa hace que el calor sea insoportable, y el alivio momentáneo que esparcen los aguaceros de la estación de las lluvias anega los barrios pobres (que son todos los barrios), endulza el aire y pone en movimiento a las hembras del anofeles, ansiosas de inocular dosis de malaria. Es como si el mal hubiera echado raíces tan profundas que no hubiera manera de extirparlo. Es muy fácil caer en explicaciones irracionales, hablar de maldición cuando se ponen los ojos blancos en África. De ahí al racismo más o menos disfrazado hay un paso que muchos europeos dan alegremente en Kinshasa y para colmo justifican entre chistes obscenos, paternalismo de la peor especie y filosofía barata que repetir con un whisky en la mano ante una concurrencia ávida de aventuras en el Trópico.

Dicen que viajar cura del provincianismo. Viajar a Kinshasa cura del deseo de viajar. Las bombas han despejado la noche: de las avenidas han desaparecido hasta las prostitutas, que han dejado de relucir bajo las acacias al paso de vendedores de armas, compradores de diamantes, paniaguados del nuevo Gobierno y reporteros, que tasan desde sus automóviles esos frutos turbios de un África que no comprenden, pero que no tienen reparo en aniquilar. El *maelström* de Kinshasa sigue devorando vidas, sueños y tiempo, que aquí parece sobrar. Una condena, acaso una pesadilla. Cadáveres que sonrían a un destino incorregible. Kinshasa duerme. El *maelström* gira sin cesar.

Jueves, 19 de junio

La gran mentira prospera. Y qué mejor atmósfera que la de Kinshasa para hacerla crecer: una envergadura de planta tropical en un barrio infecto.

Estos diarios infecundos. La pérdida de sentido. El cuerpo sucio inacabado, la adolescencia como un perro a veces melancólico y otras colérico, los riesgos que corres para intentar ser lo que no eres, la distancia que fabricas con los puentes de acero de las palabras.

Qué pronto se convierte todo en hierro viejo. La memoria está tranquila. Mineral de cobre, cobalto, zinc, oro y diamantes, cuarzo, feldespatos y mica, lo que iba a ser mientras leía las aventuras de Tarzán (aquellos volúmenes en cuarto, encuadernados en rojo, de Edgar Rice Burroughs), lo que soy mientras avanzo en el tiempo y lleno mi alforja de acontecimientos exteriores y de muecas y cicatrices para macerar el campo yermo del alma.

Pequeños redobles íntimos. Como si el alma tuviera piel de tambor y las manos fueran palos, baquetas para marcar el paso y romper filas, dejar de matar e ir al teatro.

Como si un cuaderno pudiera salvar del polvo y de la destrucción. Me gusta decirme en voz baja e incluso sin sílabas, sin pensamiento, sin lenguaje: crezco como el río. Pero basta con que me levante y eche un vistazo al río Congo para darme cuenta de la gran mentira.

MADRID

Sábado, 5 de julio

Los días de malaria tocan a su fin. Ella te ha cuidado con manos dulcísimas. Viene por fin el verano, abriéndose camino entre ramas y arbustos como un fauno de la curiosidad. Me recupero. Pero no me asombro. África me cuelga por detrás como un rabo o la vieja muda de una serpiente que no se atreve a arrojar su pasado a la hoguera de san Juan.

LUANDA

Lunes, 29 de septiembre

El espejo —azogue manchado y melancólico— cae a pico sobre este estrecho escritorio escolar encallado en la habitación 622 del hotel Mundial. Me copia el gesto y la escritura. Estoy de regreso en Angola. Las calles de Luanda parecen un poco más limpias, pero me temo que la ilusión y la desconfianza no han dejado de ganar enteros. Basta con mirar a los ojos de la gente. He empezado a leer un libro que me regaló —y recomendó encarecidamente— Pedro Rosa Mendes: *La estación de las lluvias*, de José Eduardo Agualusa, que desde el principio me está ayudando a ver y comprender otra Angola.

Martes, 30 de septiembre

El día rompe temprano. Embarcamos en un Hércules que aterriza en Guango para presenciar el retorno de la bandera y la administración del Estado donde durante cinco años gobernó UNITA. Rarezas y exactitudes de la guerra, por los mismos caminos de tierra roja me cruzo con campesinas con azada y atados de leña al hombro. La misma sensación de que alguien está escribiendo la historia: en su nombre, a sus espaldas. Pero no se oirá un solo tiro en todo el día, y eso ya es un triunfo. Estoy cansado de cruces de caminos con muertos recientes o cadáveres viejos pudriéndose al sol.



Miércoles, 1 de octubre

Algunos extremos han de ser cubiertos con tierra roja, otros con agua de lluvia oscura, otros con fibras de silencio. En su libro sobre Che Guevara, el escritor mexicano Jorge G. Castañeda transcribe notas tomadas por Mohammed Heikal del encuentro entre el argentino y Nasser, poco antes de la aventura congoleña y cuando el *rais* le advirtió que un blanco y extranjero dirigiendo a negros en África sería percibido como una suerte de Tarzán. (Ahora recuerdo que en algún lugar escribí que quería escribir algo sobre los *tarzanes de nuestra época* y sus malabarismos políticos y sexuales.) Heikal transcribe una tesis del Che transida de presagios: «El momento decisivo en la vida de cada hombre es el momento cuando decide enfrentarse a la muerte. Si la enfrenta, nacerá un héroe, tenga éxito o no. Puede ser un buen o mal político, pero si no hace frente a la muerte nunca será más que un político». Hice mi elección en el verano de 1992, en Sarajevo, y no me arrepiento: allí supe cómo era yo ante el peligro de morir, qué podía esperar de mi miedo. Y por si me quedaban dudas volví a ponerme a prueba en abril de 1994, en Ruanda. Después no se convirtió ni en un juego ni en un desafío, y sigo temiendo que una bala o algo peor termine conmigo antes de tiempo. Al término de su aventura africana, del fracaso de convertir aquel Congo en mecha de la revolución continental, el Che admite: «No, el África está muy jodida; es tan difícil la gente, tan distinto». Es madrugada en Luanda, en la noche de mi hotel, tanto tiempo, lluvia, caminos y argumentos después. Habitación 622. Me guardo a menudo de adentrarme en la noche de las ciudades. Tuve que regresar a Luanda para comenzar a leer de inmediato, dejándolo todo en suspenso, el libro que me regaló Pedro Rosa Mendes: *La estación de las lluvias*, de José Eduardo Agualusa. Hoy estuve en casa de Agualusa, no lejos de aquí, con un jardín exuberante y un niño que apenas lleva seis meses en este mundo. Una África terrible vuelve a aflorar con la misma fuerza que ese jardín tropical de la casa de sus suegros, y en medio de esta ciudad sucia, polvorienta y maloliente. Antes de regresar a mi cuarto, subo a la terraza del hotel: una gigantesca cucaracha hace que levante los codos del pretil, sopla una brisa fresca que viene sin embargo trezada de detritus, la putrefacción de los basureros: desde lo alto, las luces nocturnas podían

dibujar una ciudad más amable y evocadora, pero no es así: las fachadas parecen todas patios interiores, con sombras vivas, que no se dejan morir, pero que no pueden sustraerse a una luz enfermiza, amarillenta, que no ilumina más que paredes pegajosas, vidas que no se despegan de un suelo sórdido, degradado por las miasmas, peladuras, hilachas, aceite extenuado, insectos que vienen a beber en charcos negros que ninguna lluvia consigue borrar de la faz de una existencia humana que tiene más de combate con las sombras que de verdadera lucha, más con la pesadilla que con un sueño que pueda reparar lo que parece que no tiene remedio.

Jueves, 2 de octubre

Una camisa perfectamente arrugada, una ciudad desconocida, sumida en el fango, víctima tanto de su riqueza como de su desidia, con dirigentes sin escrúpulos que han comido sin torcer el gesto panes crueles, amasados con la sangre de sus propios compañeros de combate y travesía, torturados hasta la extenuación y demasiadas veces desmembrados sólo por desviacionistas, fraccionistas, revisionistas, disidentes de una línea que habla de historia, independencia, socialismo o cualquier otra gran instancia ideológica con la que fabricar una gran mentira que cubra la desnudez y la maldita riqueza de un país. Como si hubiera algún motivo legítimo para torturar y comportarse como casi ningún animal, como ningún animal que sepamos: porque ninguno disfraza o alimenta ese fuego lento con algo parecido a conciencia, premeditación, memoria. La riqueza de Angola ha sido su maldición. Y también explica en qué se han convertido ciudades como Luanda: pura lepra, pura descomposición física, moral, humana. Una podredumbre que asfixia y se convierte en una suerte de específica nacionalidad africana. Desde esa muerte llegan señales tenues como de morse.

Viernes, 3 de octubre

Dejar que la prosa aflore hasta que se convierta en un flujo de la propia conciencia: sueños, conversaciones, lugares, estampas de lectura, recuerdos, deseos, países, pieles, estaciones, climas. Dejar que se rompan los diques que tienen guardado el contenido del corazón, agua estancada y pútrida, que acaso algunos ríos de superficie y corrientes subterráneas renuevan y alimentan, pero que se mezcla con una masa emponzoñada y acaba muriendo de un mal antiguo. Dejar que los cuadernos cumplan su primera misión: espejos a lo largo del camino del alma, aunque sólo reflejen sombras, apariciones indescifrables, palabras inconexas, sintaxis misteriosas, ecos rotos de una figura que sólo aquí fuera nos empeñamos desafortunadamente en vestir y en retocar, porque nos da pánico que alguien pueda confundir este espectro y sus voces con nuestro verdadero yo, el que soñamos y deseamos ser: nuestra primera y más preciada renta en el teatro de marionetas de la existencia, llámese en esta fase capitalismo salvaje, mercado de fieras o ring retransmitido de la lucha por la vida. Dejar que el viento sople y en la casa del misterio se batan los contrarios y el humo marque la posición como algunos faros se empeñan en seguir haciendo a pesar de la atracción de las rompientes en este tiempo de confusión. Dejar que

el miedo entre y salga como un gato hambriento y desnortado. Dejar que la conciencia se extravíe y lea rumbos escritos en las viejas paredes como un escritor antiguo y poderoso que escribía el tronco y las ramas de cada capítulo en láminas que iba clavando a la altura de los ojos, como antorchas, como consignas, como metas inexcusables que cumplir. Dejar que la vida se tome su revancha y anide en estas extremidades. Dejar que la noche se extienda y el flujo de la conciencia hable con voz propia y valga la pena este viaje.

Domingo, 5 de octubre

Me digo que no quiero hacer trampas. Ya no hace falta mojar la pluma a cada frase. Me dormí. Conozco a gente que me interesa, fuentes valiosas que ofrecen mercancía a veces en buen estado y a veces turbia. En sus proximidades siento una mezcla de miedo y fascinación, la sensación que dimana de gente que ha hecho cosas sucias y crueles con la boca y con las manos. Me gustaría no tener que rozarme con ellos: son la cara impura de este mundo tan enlodado.

El hotel es triste, algo sórdido. Hotel Mundial que no se mueve de una calle sucia de la que no retiran las basuras desde que llegué, donde cada día husmean jóvenes, niños y perros de la calle: los veo rescatar las tarrinas de mantequilla y mermelada que hemos vaciado esa misma mañana en el desayuno. El polvo se agarra a la moqueta aviejada. No huele mal, pero la noche se hace pesada. Es domingo. Me ahogo en mi propio vaso de agua. Me marco tareas: lo que todavía no he escrito sobre Angola, lo que todavía no he escrito sobre mí. Desestimo tres invitaciones de *colegas* periodistas para ir a la playa. Y no sólo porque no acabe de sentirme comfortable en la piel o la casaca de periodista o porque ni siquiera haya traído bañador, sino porque me da inmenso pudor ver sus piernas desnudas y mostrar las mías. Lo cierto es que no quiero ir a la playa aquí, no quiero ser turista ni por un minuto. Prefiero encerrarme en este cuarto, acaso volver a insistir en la verdad, o ver la cara oculta de la máscara, pensar con Pepetela: o primero los ojos, o primero la boca, o ir de los ojos a la boca y volver a los ojos hasta quedar atrapado en ese hechizo. Cómo hacer más tolerable mi estancia aquí, en Angola, este tiempo que parece tan real y del que me defiendo con una pluma y una distancia variable para —me digo— ver mejor África, no caer en la mirada obscena, no perder la compasión, no endurecerme demasiado. Mistificaciones sucesivas. Me guardo de la noche y de sus grandes tentaciones. Escribo. Vuelvo a la calle. Y siento poderosamente que alimento mi máscara, que no es así como debería ser y estar aquí.



De los árboles insólitamente floridos ante la Asamblea Nacional de Angola.

La luz del domingo se extingue, y es triste «como la lluvia en un recreo de colegio», como dice António Lobo Antunes en su novela angoleña, *Os cus de Judas*. A través de los visillos del pequeño bar del hotel Mundial asisto al entontecimiento rosáceo de las nubes y a una nada dramática agonía de la luz. Los hallazgos de Lobo Antunes me asaltan en silencio: «mesas melancólicas como comedores vacíos» (entonces me vuelve a asaltar el deseo de regresar solo a Portugal, para reparar precisamente en esas *salas de jantar vazias*, para sentarme en ellas, y escribir, y ver pasar la tarde, o esperar un *comboio* que me lleve a otra ciudad donde tampoco me espere nadie), o «coitos tan tristes como las noches de Lisboa» (me temo que los coitos y las noches son más tristes aquí. Pero tal vez no. Tal vez los coitos sean mucho menos tristes que en Lisboa, a pesar del hedor, de la calamidad y de la desesperanza de una ciudad y de un país canibalizados. Le digo a Isaac, mi taxista de esta tarde, que me deje al comienzo de la Isla, y aprovecho para mezclarme con la turbamulta de jóvenes luandeses (*luandinhos*) que vuelven caminando, eufóricos, de un domingo de playa).




Fósforos angoleños

La casa de los suegros de José Eduardo Agualusa está al extremo del barrio de Palanca-Elf. Un jardín tropical crece ante la fachada. Allí le fotografío, al final, después de habernos dado cuenta, durante la entrevista, de que tenemos muchas cosas en común. Como ya me había prevenido Pedro Rosa Mendes, otro cómplice en África, en la escritura y en el intento de ir más allá del periodismo de nuestros días, de darle otra entidad, otra duración, una prosa que no se extinga en el día y recién seca apenas sirva para dejar sus huellas frías de *emes* y *enes* en el lomo ausente del pescado. El dolor que destila *La estación de las lluvias* es a veces insoportable. Pero retrata nuestro mundo, nuestro tiempo, «nuestros héroes y nuestros monstruos, los que sólo afloran cuando la ley desaparece y todos los actos se vuelven impunes». Veo otra Angola a través de sus ojos, que se llenan de lágrimas cuando recuerda a aquel jardinero que durante 55 días de bombardeos arriesgaba la vida para regar las rosas de porcelana en la *estufa fría* de su jardín botánico.

Pongo la oreja en la tierra, pero después me refugio en una habitación de hotel. Salgo a la calle, huelo, escucho, pregunto, miro, y después me pongo a escribir. Y sé que me estoy quedando lejos: «Aviões cegos bombardeavam as florestas [...] encontraram um bosque feito interiormente de uma mesma cinza [...] Presos aos raminhos das árvores havia centenas de pequenos pássaros, igualmente de cinza morta, com as suas alegres canções de chuva cristalizadas na ponta dos bicos». Me muevo y es como si no me moviera. Escribo y es como si no escribiera. Escribir, escribir, escribir para que el futuro no sea de ceniza muerta, para que el estado de las cosas no sea esta maldita condena por doquier.

Lunes, 6 de octubre

António Lobo Antunes llega en barco a Luanda y descubre una ciudad de viejos y destartalados almacenes de madera ondulando en el paludismo del calor húmedo y tropical, y unas prostitutas hartas de la falta de ternura de los colonizadores lisboetas, que nunca supe ver aquí. Veo a través de sus ojos y leo. Como leí hoy el sarampión de metralla que hizo enfermar a la ciudad entera de Huambo. Tanta destrucción.

	World Food Programme	Programa Mundial de Alimentos	Programme Alimentaire Mondial	47135 برنامج الأغذية العالمي
The Food Aid Organization of the United Nations System.				
PASSENGER TICKET NO.:				
NAME OF PASSENGER: ALFONSO ANTUNES				
FROM: LUANDA TO: HUAMBO				
FLIGHT: UN: KAW DATE: 06/10/99 TIME: 0730				
BAGGAGE ALLOWANCE: KG: 10 FARE:				

Billete de pasajero de un avión del PAM

EL SAQUEO DE ANGOLA

El país más rico y devastado de África chapotea en una paz de sangre que no acaba de secarse. Casi cuarenta años de gatillos (15 contra el racista colono portugués, 22 de guerra civil) no se arrancan de cuajo ni de la memoria ni de la costumbre. Salvo Alioune Blondin Beye, el hombre de Naciones Unidas en Angola, que pese a desayunarse sapos todas las semanas no pierde jamás el optimismo «contra los enemigos de la paz», los angoleños de a pie no están dispuestos a apostar un nuevo kwanza reajustado (450.000 a cambio de un dólar) por este país bendecido con gigantescos yacimientos de petróleo, diamantes de primera calidad y una tierra fértil como pocas. Una guerrilla de fanáticos que entrenó China y financió la CIA en la guerra fría y una clase gobernante corrupta hasta las cejas, que saltó olímpicamente del bloque soviético al beneplácito de compañías petrolíferas estadounidenses y francesas, negocian el reparto del poder mientras el pueblo se busca la vida en un lodazal de miseria.

El analista portugués Sousa Tavares se despacha a gusto cuando airea que lo que desde hace varios años separa a la guerrilla de UNITA del gubernamental MPLA «no tiene nada que ver con cuestiones ideológicas, ni con divergencias políticas, étnicas o militares. Es apenas la repartición del botín, la rapiña de Angola, lo que les preocupa», y remacha: «Es un país donde la Mafia está en el poder y los jémeres rojos en la oposición». El Gobierno se escuda en la paz que no llega, y periódicamente expulsa a miles de africanos a los que culpa del caos económico al tiempo que

trata de agradar al Fondo Monetario Internacional jugando al liberalismo total. El poeta, antropólogo y cineasta Ruy Duarte de Carvalho tiene su propia versión. «Un holocausto de energías que nos transformó a todos en comerciantes». La esperanza de vida de los angoleños no llega a los 45 años y las víctimas de la guerra (70.000 mutilados, 70.000 niños de la calle sólo en la capital) pasean su obscuro cartel por calles devoradas por la ruina. Luanda no es más que el escaparate de una miseria sin fin.

Tras infinitas demoras, el pasado abril se formó en Luanda el Gobierno de Unidad y Reconciliación Nacional, el indigesto GURN. Desde entonces, los cuatro ministros y siete viceministros de UNITA han comenzado a saborear las dulzuras de la vida urbana (para quien tiene dinero) y de los hoteles a 200 dólares la noche (30.000 pesetas). Abel Epalanga Chivukuvuku, el jefe del grupo parlamentario de UNITA, niega de espaldas a la bahía de Luanda, que se domina desde el piso 16 del hotel Presidente Meridien, el más lujoso de la capital angoleña, que tanto su jefe, el incombustible Jonás Savimbi, como el presidente de Angola, José Eduardo dos Santos, que llevan combatiéndose a sangre y fuego desde 1979, sean dos dinosaurios de la política, y menos que aspire a suceder al *mais velho* ('el más viejo'), como sus fieles llaman a Savimbi.

Pero en Bailundo, cuartel general de la guerrilla, en el Planalto central angoleño, las cosas se ven de otro modo, y los halcones que rodean a Savimbi no se fían. «Temen, con razón», como advierte un diplomático europeo, «que la conversión a la política hará cada vez más pesado e indeseable el hipotético regreso al *mato* y a las armas». Chivukuvuku habla otro idioma y no padece el miedo de Savimbi a vivir en la capital, y eso a pesar de que llegó a teniente coronel de la guerrilla y fue herido en una pierna durante los *confrontos* de 1992, cuando UNITA rechazó el veredicto de las urnas y reanudó la guerra con una ferocidad que redujo a escombros ciudades como Kuito y dejó carcomida por la metralla a otras como Huambo, ambas en el Planalto y feudos de Savimbi y su tribu, los ovimbundu.

El viejo aliado de la racista Suráfrica contra los comunistas de Agostinho Neto, Savimbi, sigue teniendo en jaque al Gobierno y tasando la paciencia de la ONU. «No hay duda de que es un gran jugador», admite un alto responsable de la MONUA (Misión de Observación de Naciones Unidas en Angola), heredera de UNAVEN I, II y III, uno de los operativos más costosos de la organización que, con 3.000 hombres sobre el terreno, sigue devorando un millón de dólares diarios (unos 150 millones de pesetas) y todavía carece de fecha de caducidad. Savimbi sigue jugando fuerte tras la caída de Mobutu, su último aliado, y cuenta todavía con miles de sus más aguerridos y mejor armados hombres, sustraídos a toda verificación. «Sólo con la mano al cuello [con la amenaza de sanciones de la ONU]», subraya un oficial de la MONUA, «y en el último minuto, UNITA va cumpliendo los acuerdos alcanzados en Lusaka [Zambia] en noviembre de 1994». La semana pasada cedió al control del Gobierno las plazas de Negage (el mayor aeropuerto militar del norte del país, que sirvió durante años a la guerrilla para abastecerse de armas) y Guango (junto a la mina de diamantes de Luzamba, una de las más jugosas de Angola).

«Parecen pasos inequívocos, pero no se puede asegurar todavía que el camino de la paz es irreversible», advierte un funcionario internacional.

Mientras un empresario europeo declara sin ambages que la única forma de garantizar que la guerra no volverá es «la muerte de Savimbi», otros elogian su astucia. El pasado 30 de septiembre se libró de un paquete de sanciones de dudosa eficacia. «Hubiéramos agotado nuestro último cartucho, ¿y después qué?», se pregunta un portavoz de la ONU, que señala con dedo acusador a la guerrilla: miles de desmovilizados han huido de los acuartelamientos, sigue sin completar la integración de sus unidades en las Fuerzas Armadas Angoleñas, retiene el control de ciudades como Bailundo, su cuartel general, y Andulo, y se resiste a reconvertir su partisana Radio Vorgan en una emisora convencional. Al presidente Dos Santos, confirman fuentes periodísticas en Luanda, más de una vez le ha costado contener los impulsos de Jodo de Matos, el todopoderoso y eficiente jefe del ejército, que pretendía aplastar a UNITA y acabar así con sus eternas demoras. En mayo y junio pasados y aprovechando la caída de Mobutu (tropas angoleñas participaron junto a las de Laurent Kabila en la campaña contra el dictador zaireño), De Matos entró desde el antiguo Zaire en la provincia diamantífera de Lunda Norte e hizo retroceder a UNITA en varios puntos.

Chivukuvuku ni sabe ni contesta a la pregunta de a qué acuerdo han llegado con el Gobierno para explotar los diamantes de las Lundas a través de una empresa controlada por su partido/guerrilla, la Sociedad General de Minas. Pero Maurice Tempelsman, amigo personal del presidente estadounidense Bill Clinton, y cabeza visible de Lazare Kaplan, una empresa que se dedica a la compra de diamantes, ha dormido más de tres veces en Luanda desde el pasado mes de abril para intentar convencer a las dos partes (MPLA y UNITA) del interés mutuo en llegar a un acuerdo: a cambio de la exclusiva para comercializar los diamantes, Tempelsman garantiza a cada parte mil millones de dólares al año durante medio siglo. No se sabe cómo va el órdago, aunque parece que UNITA no acaba de convencerse. Por si faltaban argumentos, la Casa Blanca ha accedido a vender una flota de aviones de transporte al Gobierno, y ha advertido a Savimbi, su viejo aliado, que si no cede tarde o temprano «entenderán» la lógica de un ataque aplastante del ejército angoleño contra UNITA como un legítimo ejercicio de soberanía.

El balón ha vuelto a rodar por los polvorientos campos de fútbol de Angola. Un capitán que abandonó el Ejército para trabajar en una agencia internacional se lamenta de que sus antiguos compañeros, «con décadas de combate a costas, están olvidados por el Gobierno, descargando mercancías en Roque Santeiro», uno de los mercados a la intemperie más grandes y turbadores de África. Un perro con las orejas en carne viva pasea su mal olor por la Mutamba, el barrio bajo de Luanda. Nadie se inmuta. Nadie se queja. La compañía francesa Elf-Aquitanie acaba de descubrir en aguas profundas un yacimiento que parece descomunal: Dalia. Anuncia que para principios del nuevo siglo la producción nacional angoleña de petróleo puede llegar a los dos millones de barriles diarios. Tal vez para entonces la paz haya cuajado, UNITA y el MPLA hayan encontrado

la manera de financiar equitativamente su patriotismo y su desconfianza y las migajas del país más rico y devastado de África acaben beneficiando a los habitantes de una nación llamada Angola.

ODIO A MUERTE ENTRE EL CAMPO Y LA CIUDAD: El angoleño José Eduardo Agualusa escribió la novela *La estación de las lluvias* como terapia para soportar la historia reciente de un país que no acaba de abandonar los hondos y ensangrentados surcos del odio. Él tiene una teoría sobre lo que representan el MPLA y UNITA. «Hace mucho tiempo que defiendo la idea de que la guerra de Angola tuvo un origen más cultural que político. La gran fractura, la gran razón de esta guerra es sobre todo cultural. El MPLA es un movimiento urbano, creado en Luanda precisamente en el seno de la burguesía mestiza, criolla. En sus comienzos, el MPLA no tenía ni siquiera negros en sus filas, estaba sólo formado por blancos y mestizos, hasta que aparecieron poco a poco negros vinculados a las viejas familias de Luanda. Era un movimiento inspirado en los ideales socialistas de la época y también en la negritud, de Senghor, en términos culturales, lo que hacía de él un movimiento algo esquizofrénico. Estaba constituido por miembros de la burguesía que querían ser campesinos, formar una alianza con los campesinos, e integrado por blancos y mestizos que querían ser negros, marcado también por una influencia católica. UNITA, por el contrario, es un movimiento de origen campesino, fundado por personas educadas por la Iglesia protestante y entrenadas en China. Un calvinismo pasado por el maoísmo. Y aquí radica la gran división entre los dos movimientos nacionalistas: en el fondo es el campo contra la ciudad, una visión campesina que se opone a una visión urbana, un antagonismo muy antiguo, que ya se daba en el siglo XIX. Y hoy día creo que el MPLA sigue siendo un movimiento que tiene miedo a África, y África está representada por todo lo que no es la ciudad. Mientras que UNITA es un movimiento con miedo a la ciudad».

JOSÉ EDUARDO AGUALUSA: «NOS RODEAN HÉROES Y MONSTRUOS QUE SÓLO AFLORAN CUANDO TODO SE HUNDE»

«La infancia es la estación de la maldad. Claro que también es la edad de la inocencia. Creo que es necesaria una cierta inocencia para que la maldad se manifieste en sus formas más exuberantes». Son palabras de Lidia do Carmo Ferreira, la escritora angoleña que inventó el también escritor angoleño José Eduardo Agualusa y que atraviesa su novela *La estación de las lluvias*, un libro tan deslumbrante como doloroso que repasa las últimas décadas de la amarga historia de Angola. Agualusa es corresponsal del diario lisboeta *Público* en Luanda, la capital angoleña; una profesión, la de periodista, que le sirve para vencer su timidez e investigar las vertientes ásperas y oscuras del mundo, y que le lleva a una sospecha: «Estamos rodeados de héroes y de monstruos que sólo salen a la luz cuando las leyes desaparecen, cuando todo se hunde».

PREGUNTA. Nació el 13 de diciembre de 1960 en Huambo, en el Planalto central angoleño. Su vida corre en paralelo a la guerra: durante la infancia y la adolescencia, contra el colonialismo portugués, y, después de 1975, tras la independencia, la guerra civil. ¿Cómo se convive y se forma una visión del mundo con esa memoria?

RESPUESTA. Frecuentemente me acuerdo de eso. Siempre conocí la guerra y siempre he vivido rodeado y he sentido terror de los uniformes y los hombres armados. Acaso uno de los primeros motivos que me llevó a escribir fue precisamente la guerra. Me acuerdo de cuando tenía 12 o 13 años —mi padre daba clases a los trabajadores del ferrocarril de Benguela, a lo largo de la línea férrea, y nosotros viajábamos mucho—, en una estación, un soldado a punto de perder el tren saltó al vagón-escuela, el último, que era el nuestro. Era uno de aquellos vagones antiguos contruidos por los británicos. El hombre, un soldado portugués que se llamaba João Carrasco, se sentó y comenzó a contarnos historias de torturas, de lo que él hacía a los terroristas (los nacionalistas angoleños). Son historias de las que ni siquiera hoy he podido olvidarme. Fue entonces, por primera vez, cuando me di cuenta de que vivía en un país robado. A partir de entonces empecé a preguntarme quién era yo, qué hacía en este país, cuál era mi identidad.

P. Mestizo, criollo, blanco angoleño, ¿quién es usted?

R. No lo sé muy bien, tal vez por eso comencé a leer y comencé a escribir, a buscar quién soy. Tal vez hoy las dudas sean menos, o sufra menos con ellas.

P. ¿Es una especie de descubrimiento y al mismo tiempo de terapia?

R. Exactamente, sobre todo *La estación de las lluvias*, que fue escrito como una especie de terapia.

P. Usted nació en Huambo, ¿pero sus padres eran portugueses?

R. Sí, mis padres eran portugueses, pero mis abuelos eran brasileños.

P. En Lisboa estudió agronomía y silvicultura. ¿Por qué?

R. Por las razones de la época, porque pensaba que Angola necesitaba agrónomos, que era un país que debía vivir sobre todo de la agricultura y que por lo tanto sería más útil al pueblo angoleño si estudiaba agronomía. Pero no terminé los estudios.

P. En *La estación de las lluvias*, su personaje principal, Lidia do Carmo Ferreira, está construido con técnicas periodísticas (como la entrevista) y extractos de poemas (incluidas referencias bibliográficas). El perfil está tan conseguido que creo que ha provocado efectos insólitos en la realidad, hasta el punto de que ha aparecido gente que la recuerda.

R. A mí siempre me ha interesado lo que la literatura implica de engaño, de mistificación. En un país como Angola, donde hay lo que la gente llama *mujimbo boato* [un hechizo que da cuerpo a cosas] y que altera la realidad de forma muy rápida, quería jugar con eso. Lo que ocurrió es que el personaje me desbordó y Lidia acabó por cobrar una dimensión insospechada. Tras la publicación del libro enseguida hubo lectores que me aseguraron que habían conocido a Lidia, e incluso me contaron cómo había muerto, porque en el libro ella simplemente desaparece. Hasta un editor portugués en Cabo Verde me pidió autorización para publicar la entrevista completa [el libro está

trufado de fragmentos de una hipotética entrevista] y su poesía, y cuando le dije que era una invención se quedó perplejo, porque muchos caboverdianos de la generación de los cincuenta, vinculados a la Casa de los Estudiantes del Imperio, en Lisboa, se acordaban de Lidia. Yo ya he desistido de seguir haciendo desmentidos, porque casi todos los días alguien me dice que conoció a Lidia. Hasta la actual embajadora de Brasil en Angola se entusiasmó con el personaje: como Lidia estuvo en Brasil y se casó con un comunista brasileño, la embajadora pensó en hacer un documental sobre su vida y pidió a varios amigos que investigaran en los archivos de la policía política de la dictadura, en Río de Janeiro, para intentar recabar información sobre la escritora, y, claro, no encontraron nada. Cuando le dijeron que Lidia era una invención tuvo que guardar cama una semana.

P. Su relato de la historia de Angola es el relato de la violación, tortura y asesinato de un pueblo y de sus sueños. El paisaje resultante es desolador, de una crueldad a veces insoportable. ¿Por qué ha sido Angola escenario de tanto dolor, de tanta tristeza y de tanta desesperanza?

R. Yo no creo que haya pueblos buenos y pueblos malos. En cualquier país del mundo, cuando las estructuras se colapsan, lo que aflora, con una fuerza terrible, es esta irracionalidad; brotan la violencia y la locura. Creo que estamos rodeados de monstruos y de héroes que sólo salen a la luz cuando no hay leyes, cuando todo se hunde. Un hombre sólo se muestra como es cuando puede hacerlo todo y no pagar por ello. Ahí, y sólo en ese momento, es cuando descubrimos quién es quién. Eso ocurrió en Europa durante la Segunda Guerra Mundial, con el nazismo, cuando surgió un furor que estaba latente. Es entonces cuando uno descubre que su vecino es un sádico, un criminal. Si ese hombre no hubiera tenido la oportunidad de sacar fuera sus demonios tal vez nunca los hubiera mostrado, y hubiera seguido siendo toda su vida un buen panadero, un buen zapatero, un buen médico. Hubiera sido toda su vida una persona *normal*. En Angola vivimos esa situación de locura total, padecemos ese hundimiento absoluto de las instituciones tras el fin del colonialismo portugués y el intento, entre 1977 y 1979, bajo el liderazgo del comunista Agostinho Neto, de crear algo nuevo. Entonces se desencadenó una represión feroz y fueron fusilados miles —se habla de unos 50.000— de disidentes izquierdistas. Aquella depuración brutal arruinó Angola. Los fusilados eran los más idealistas, que hoy podrían estar dirigiendo el país, y no esta patulea de corrupción y mediocridad. Porque lo que tenemos hoy no es precisamente una tiranía de ilustrados, sino de mediocres, que odian los libros, que no leen, que odian la cultura y que son extremadamente corruptos.

P. Al final de *La estación de las lluvias* dice que «el país murió». ¿Está Angola condenada? ¿Lo está África?

R. Por esa frase ya fui crucificado. Incluso apareció un artículo en un periódico que decía: «Agualusa mató al país». Pero yo no soy responsable de todo lo que dicen mis personajes. Esa es una frase que he escuchado con frecuencia en Angola. Es cierto que para mí también hay una Angola que murió. Nací en Huambo y no he vuelto allí. Si volviera tendría dificultades para encontrar señales de mi infancia. Está todo arrasado. Isabel Allende decía que el exilio es

cualquier lugar donde no hay rastros de nuestra infancia. Huambo sufrió 55 días de bombardeos continuos en esta última guerra del 92. Esto también le ocurre a mucha gente que nació en Luanda y ya no se reconoce en esta ciudad. Es una especie de exilio interno. Y después está este sentimiento interminable de que las cosas no cambian y si cambian es para peor. Pero cuando estoy muy desanimado suelo acordarme de una historia que descubrí en Bailundo—en el Planalto central angoleño, dice mientras los ojos se le velan con una película de lágrimas—. Era un jardinero que empezó a trabajar muy joven en la *estufa fría* de Bailundo, un jardín botánico muy bonito creado en la época colonial. Tras la independencia, los agrónomos y silvicultores se marcharon a Portugal, y el jardinero se quedó prácticamente solo. Este hombre participaba en un proyecto para crear rosas de porcelana, una variedad angoleña. En aquella época de fervor revolucionario nadie prestaba atención a la estufa fría, y el lugar se convirtió en su jardín particular. Este hombre, solo, durante años y años, se dedicó a mejorar su rosa de porcelana. Fue uno de los pocos que durante los 55 días de bombardeos salía todos los días de su casa, arriesgando su vida. Él iba al jardín botánico a regar las plantas. Cuando le pregunté por qué, me respondió: «Alguien tenía que regar las rosas». Creo que mientras existan hombres así habrá esperanza para Angola.

KINSHASA

Viernes, 10 de octubre

Me acerco al huracán para sentir en la cara el remolino del viento, para ponerme a prueba, y aunque paso un miedo atroz vuelvo a sus orillas una y otra vez. Así he regresado a Kinshasa y a Luanda, y regresaré todas las veces que sea necesario, y no porque sueñe (que sueño) con que África salga de su espiral de fracaso y condena, de este barrizal en que se hunde mientras bracea y pierde sangre a raudales, sino porque aquí he encontrado una razón para luchar, una razón para vivir, una *causa* a la que dedicarme aunque a menudo sienta que es inútil. «Entiendo que debo dar lo que más necesito», grita Anne Michaels al final de *Piezas en fuga*. No he dejado de escuchar su eco desde que resonó por primera vez en las estancias vacías de mi alma.

Sábado, 11 de octubre

A menudo escribir se convierte en un esfuerzo tosco e inútil: la representación de la realidad apenas atraviesa una cámara de un centímetro cúbico de aire, y la cantidad de verdad desalojada es inversamente proporcional a lo que en ese momento urde la cabeza. Acabo *Os cus de Judas*, el desolador libro de António Lobo Antunes sobre sus experiencias en la guerra de Angola, mientras espero que el maldito teléfono suene y me permita soltar mi fardo de palabras sobre Madrid, mi saquito de palabras para contar el mundo, mi fajo de periódicos viejos para cambiar la posición del corazón, mi retén contra el quedarse inmóvil, impotente contra el pavoroso estado de las cosas con el que sin embargo convivimos porque —pensamos— ¿qué otra cosa podíamos hacer? Hasta

que los gendarmes llamen a la puerta de madrugada, el techo se derrumbe, los disparos nos sobresalten y los perros famélicos y feroces nos coman los dedos y los restos de voluntad. Dice António Lobo Antunes, y parece estarme leyendo el alma: «No es usted en quien no creo, es en mí, en mi repugnancia a darme, en mi pánico a que me quieran, en mi inexplicable necesidad de destruir los fugaces instantes agradables de la vida cotidiana, triturándolos con acidez e ironía». Habla también, y le escucho atentamente, como si estuviera solo en un restaurante junto al Tajo, de «coitos tan tristes como la noche de Lisboa».

VUELO KINSHASA-BRUSELAS

Domingo, 12 de octubre

¡Qué alivio remontar el vuelo y dejar atrás Kinshasa! Contemplo el río majestuoso, el Congo que todavía no me he atrevido a remontar, aunque me llame con la insistencia tenebrosa que sedujo y estremeció a Joseph Conrad. El avión vuelve a remontar y sobre una película líquida de nubes que dejan entrever la masa vegetal proyecta su sombra en movimiento: una flecha hacia el norte, hacia Europa, muy lejos de aquí. El aeropuerto de Kinshasa ya no es el pudridero y la cámara de tortura de los tiempos de Mobutu, pero son tantas las preguntas, tantos los funcionarios y portaequipajes pedigüños, tan celosos y codiciosos los aduaneros. En la pista de aterrizaje, un grupo de parias de este mundo, congoleños de alguna de las dos funestas orillas del río, eran obligados a caminar con toda su riqueza a cuestras (inmundos colchones de espuma, atados de ropa, tinajas, bidones de agua, bolsos) de un lado a otro: del edificio de aduanas a la escalerilla de un avión improbable, y de allí otra vez de vuelta al edificio de aduanas. En la ruta de regreso, pasajeros hacia Europa y refugiados sin destino coincidimos por unos instantes en la misma senda dibujada en la pista con franjas amarillas. Puro espejismo. Un cancerbero local se encargaba de separar el trigo de la paja, los condenados de los elegidos: nosotros nos encaminamos hacia la escalerilla de un avión que nos iba a librar de asistir a tan incorregible miseria y ellos hacia un porvenir plagado de obstáculos en el que sobrevivir cada día exige esfuerzos sobrehumanos. ¿No quiero verlo más? ¿Me estoy volviendo racista? Desde mi asiento de clase preferente contemplo las arenas y la vegetación rala que rodea una parte del aeropuerto de Kinshasa. ¿Acaso haces todo lo que podrías o deberías hacer? Ciertamente vienes, que siempre estás dispuesto a regresar, y a escribir con toda la rabia («para fustigar al poder y devolver la dignidad a los humillados», como dijo la Academia sueca a la hora de justificar su espléndido premio Nobel a Darío Fo), pero me temo que en cierta medida se queda en una mera estrategia para descargar tu mala conciencia. Ayer volví a cenar en el restaurante del hotel Intercontinental. Una orquesta de cinco músicos amenizaba la cálida y húmeda velada. Comensales blancos en su mayor parte y negros adinerados o cercanos a los círculos de poder. Un *buffet* de carnes tan generosas como mal condimentadas. Tras la vegetación, la piscina. Y un poco más allá, tras los muros, la miseria más total: uno de los países más pavorosamente pobres del mundo. Se trataba sin duda de una escena tan cruel como surrealista.

EL NUEVO CONGO SE DESENCANTA A MARCHAS FORZADAS

El júbilo que desencadenó la triunfal campaña militar de Laurent Désiré Kabila, que fue recibido como una especie de mesías en Kisangani, Lubumbashi, Mbuji Mayi y Kinshasa, parece haberse evaporado cinco meses después de que la *revolución* que acabó con más de 30 años de dictadura de Mobutu tomara el poder. Un embajador europeo todavía recuerda aquellos días de mayo en que las tropas de Kabila entraron en la capital casi sin disparar un tiro: «Una mujer se me acercó y, llevándose las manos al estómago, dijo: “Tengo hambre. ¿Va a darme Kabila de comer?”». La democracia ha sido aplazada *sine die* y las condiciones de vida de la población, si cabe, han empeorado. Para colmo, el desafío a la misión de la ONU que pretende investigar las denuncias de matanzas de refugiados hutus puede agravar todavía más la soledad de un país en arenas movedizas.

Donde sí han logrado las nuevas autoridades de la República Democrática de Congo (RDC, antiguo Zaire) un cambio drástico es en el aeropuerto de la capital, que en tiempos de Mobutu era uno de los lugares más inhóspitos y terroríficos de la Tierra, del que raramente no se salía desvalijado y humillado. Ahora funciona con un orden relativo, aunque cuando el presidente Kabila tiene urgencia por poner tierra entre él y Kinshasa, sus expeditivas tropas cortan los accesos y empujan lejos de los arcones a taxistas, particulares y peatones en el mejor estilo sátrapa. En el Intercontinental ya no comen a dos carrillos las hordas de funcionarios, amigos de la Alianza de Fuerzas Democráticas de Liberación de Congo-Zaire (AFDL), gendarmes, policías y soldados que durante más de cuatro meses y «a cuenta del Gobierno» hicieron sudar tinta al director del hotel. Una camarera revela que hasta han tenido que «volver a amueblar y limpiar a fondo algunas habitaciones que quedaron hechas un completo desastre».

En los últimos tiempos de Mobutu floreció una prensa de irregular calidad, pero amplio espectro, que ahora ha empezado a padecer los encontronazos con el nuevo poder. Muybojayi Mubanga, editor de *Le Phare*, lleva casi un mes encarcelado por criticar abiertamente al Gobierno. Michel Lady Luja, editor de *Palmares*, y Modeste Mutinga Mutuishayi, editor de *Le Potentiel*, acaban de ingresar en prisión por supuestos delitos de opinión. Las instalaciones del diario *Le Soft* han sufrido las iras de hombres armados, tal vez irritados por su fuerte militancia anti-Alianza. Por si hubiera alguna duda acerca del afecto del nuevo régimen por la libertad de prensa, el comandante Joseph Kabila declaró recientemente que el papel de los medios de comunicación en estos tiempos de reconstrucción es el de apoyar y divulgar entre las masas populares la labor del Gobierno. El hijo del presidente de la RDC advirtió con inquietante contundencia que los que no estuvieran de acuerdo con esta medida se expondrían a sanciones que podrían llegar hasta la retirada del permiso de publicación.

De momento, los partidos políticos —salvo la AFDL— están fuera de la ley, y la convocatoria de elecciones —estrechamente vinculada a los planes de transición y reconstrucción del país— ha sido sucesivamente aplazada: primero Kabila anunció que se celebrarían dentro de tres años,

después se habló de siete años y ahora, el todopoderoso ministro de Reconstrucción, Étienne-Richard Mbaya, mencionó un periodo de «entre diez y veinte años». En el discurso del poder se empieza a cuestionar más o menos abiertamente la concepción de democracia occidental y se mira a Uganda, alumno ejemplar del Fondo Monetario Internacional y aliado principal de Estados Unidos en la región, que celebra elecciones, pero donde los partidos tradicionales están excluidos.

Kinshasa sigue siendo el doloroso escenario de una muchedumbre en marcha permanente, entre calles enfermas de lepra, barrizales, descomunales barrios de zinc y mecheros de gas entre gente que hace esfuerzos indecibles por arreglarse y plantarle cara al viento. De los cerca de seis millones de habitantes de la capital, el 80% está en paro, come cuando puede y sobrevive de milagro. Entre ellos hay opiniones para todos los gustos. Un empleado de un centro de rehabilitación de minusválidos asegura que ahora puede salir de casa sin sufrir robos y extorsiones, y visitar a sus padres en Bandundu, a 115 kilómetros: «Antes tenía que pasar 19 controles, ahora sólo dos, y los soldados son amables y eficaces. Ahora siento que la autoridad existe», recalca este trabajador. «En las empresas públicas la gente trabaja de verdad, aunque es cierto que los salarios no han subido y que se pagan tarde. Pero si antes necesitaba la ayuda de la policía tenía que pagarles para que vinieran, y ahora ya no es así».

La justicia «sigue siendo un chiste: los juicios se compran y se venden», apuntan medios diplomáticos. La desesperanza de la población ha desatado una epidemia de linchamientos que ha llevado el horror a las calles de Kinshasa: casi todos los días hay ladrones que, atrapados con las manos en la masa, son convertidos en piras humanas con un neumático al cuello y gasolina. Masas enfurecidas que no muestran un ápice de piedad. Según cifras de Unicef, sobre 12 millones de niños en edad escolar (entre 6 y 15 años) en todo Congo, solamente la mitad acude a la escuela. La esperanza de vida roza por los pelos los 50 años.

Fuentes diplomáticas insisten en que la viabilidad de la RDC radica en su actitud hacia los derechos humanos, y la investigación de las acusaciones de matanzas de refugiados hutus durante la campaña que llevó al poder a la Alianza es «una piedra de toque. De momento lo que está claro es que la situación ha empeorado desde que desapareció Mobutu y que el entusiasmo popular se ha desvanecido. Es triste decirlo, pero las nuevas autoridades se han puesto a dar patadas en medio de las arenas movedizas, y ésa no es precisamente la mejor manera de salir de ellas. La Unión Europea y la comunidad internacional están deseando ayudarles, pero antes tienen que cambiar de actitud».

Ajeno a todo, el río Congo baja caudaloso como desde el principio de los tiempos. En la vecina Brazzaville la guerra ha dejado una ciudad destruida. Desde Kinshasa se mira hacia ella con premonitoria aprensión. Demasiadas sombras amenazantes sobre Laurent Kabila. «No le veo modos de presidente, es demasiado vulgar», dice una misionera. Ernesto Che Guevara, que combatió por su revolución en el este del país hace treinta años, dijo que le gustaba demasiado la vida lujosa lejos del frente, la bebida y las mujeres. Tal vez haya cambiado. La colonia

penitenciaria que era el Congo Belga, la finca particular de Mobutu en el recién borrado Zaire y la nueva República Democrática de Congo se merecen mejor suerte.

EL PELIGRO DE LOS SUEÑOS QUE SE CUMPLEN: «Nadie, y mucho menos ellos mismos, pensaba que iban a llegar al poder en siete meses, de ahí que sigan llevando las cosas como una guerrilla revolucionaria», destaca un observador internacional con mucho tiempo de estancia en Kinshasa. «Los estrechos vínculos que mantienen con Ruanda, Uganda y Tanzania han mermado la popularidad del Gobierno. La propia Alianza de Fuerzas Democráticas de Liberación existe desde hace apenas un año. Dentro del propio Gobierno hay fuertes discrepancias entre los elementos pro-ruandeses o tutsis-congoleños y los congoleños no tutsis, y dentro de estos últimos los katangueños (como el propio Kabila, que tiene su feudo en Lubumbashi) y los que no lo son. Eso sin contar con la oposición radical, encabezada por Étienne Tshisekedi, que ha acusado al nuevo poder de «estar en manos de extranjeros». Un embajador vaticina que la furia antitutsi que se desató en Kinshasa con las primeras victorias de la Alianza al este del país se repetirá tarde o temprano, pues mientras que los bantúes representan más del 80% de la población su presencia en el Gobierno es mínima, frente a una mayoría y poderosa ala tutsi.

Además de la explosiva situación en casi todos los países vecinos, como Congo-Brazzaville (donde el ex presidente Denis Sasu Ngueso parece llevar las de ganar en la guerra civil y ya ha amenazado a Kinshasa por desplegar tropas al otro lado del río Congo, en su propio territorio), la República Centrafricana, Sudán, Uganda, Ruanda, Burundi y Angola, en la capital congoleña se habla abiertamente de que antiguas tropas de Mobutu preparan un golpe de mano, junto a milicias y ex militares hutus ruandeses, gendarmes katangueños descontentos y guerreros mai-mai, que en gran medida han roto con Kabila. Demasiados males para un Gobierno que, según un alto funcionario internacional, «carece por completo de discurso ideológico, salvo los trasnochados resabios lumumbistas y la idea de que pueden vivir al margen de la comunidad internacional. Lo único que unía a las fuerzas de la Alianza era la lucha contra Mobutu, y precisamente el hartazgo del dictador, la podredumbre de su régimen y la desmotivación de su tropa fue lo que permitió una victoria rápida y fácil». El asesinato en los primeros meses de campaña del comandante André Kisase Ngandu, uno de los fundadores de la AFDL, que cuestionaba la vara de presidente que se arrogó Kabila, acaso anuncia las horas oscuras que esperan a la nueva República Democrática de Congo.

QUINTO CUADERNO

1998

Somalia, Somalilandia, Tanzania, Burundi

EL «NUEVO DESORDEN» CENTROAFRICANO

Un seísmo político de intensidad todavía desconocida ha removido las placas tectónicas del corazón de África. Los que suscriben las explicaciones conspiratorias de la historia sospechan que sólo una superpotencia como Estados Unidos puede estar detrás de un reordenamiento regional que afecta a decenas de millones de seres humanos en parte instalados sobre los suelos y los mares más ricos del continente. Para seguir haciendo negocios en la región hay que jugar otra política, y Washington parece haberlo comprendido poniendo todas sus complacencias en la Uganda de Yoweri Museveni, presidente de un país fiel a los dictados del Fondo Monetario Internacional mientras aplaza *sine die* la democracia a la occidental. Y, detrás, la nueva Suráfrica, alineada con Estados Unidos, pero deseosa de marcar sus propias líneas económicas y políticas. El primer terremoto se registró el 6 de abril de 1994, cuando fue asesinado el presidente ruandés, Juvenal Habyarimana. Si alguien pensó que con el fin de Habyarimana, y el genocidio planificado que acabó en tres meses con centenares de miles de tutsis y hutus partidarios de la convivencia interétnica, se bloqueaba el retorno al poder de los tutsis (ya instalados en Burundi), se equivocó de plano. Uganda prestó una ayuda decisiva para el cambio de régimen en Ruanda: un diminuto país que ha removido las aguas mansas de los Grandes Lagos.

El último movimiento telúrico acaba de ser localizado mucho más al oeste, no lejos de la desembocadura del misterioso río Congo, en la devastada Brazzaville, tras cinco meses de encarnizada guerra civil. El ex presidente Denis Sasu Ngueso se hizo con todo el poder en Congo-Brazzaville en octubre gracias a la ayuda de Angola —estrecho aliado de la Casa Blanca y cuya influencia en toda la región no ha dejado de crecer y que libra contra la obsoleta guerrilla anticomunista de la Unión para la Liberación Total de Angola (UNITA) los últimos asaltos de una pugna que hinca sus atroces raíces en plena guerra fría—. Francia, que parecía fuera de juego tras su equivocada apuesta hasta última hora por Mobutu, ha sabido recuperar resuello y volver a situarse a favor del viento al apoyar, a través de la petrolera Elf, a Sasu Ngueso. Kenia, el modelo de estabilidad regional resquebrajado por la corrupción, celebró en diciembre pasado unas caóticas y contestadas elecciones en las que el autócrata Daniel arap Moi, en el poder desde 1978, revalidó su mandato una vez más.

Entre un seísmo y otro se produjo un verdadero cataclismo el pasado mes de mayo, cuando las tropas de la Alianza de Fuerzas Democráticas de Liberación de Congo-Zaire (AFDL), encabezadas por Laurent Kabila, entrenadas y en buena medida comandadas por ruandeses y ugandeses, acabaron en siete meses con la dictadura de Mobutu en el antiguo Zaire, ya rebautizado República Democrática de Congo. Angola, ansiosa por cortar las bases zaireñas de UNITA, respaldó la fulgurante campaña de Kabila.

Las consecuencias de estas conmociones políticas no han encendido un nuevo amanecer en la región. El supuesto *nuevo orden* recuerda demasiado a un *viejo desorden*, con selvas y campos sembrados de matanzas y refugiados. Una degradación que, como siempre, pagan los pueblos. Lo

primero que se palpa cuando uno regresa a la zona cada cierto tiempo es que el sufrimiento de la gente no se ha modificado un ápice, y que cada año semejan más enterrados en unas arenas movedizas que, de cerca, parecen fango.

Los observadores más pesimistas no dudan en profetizar sucesivas oleadas de matanzas en una región «en la que la vida no vale nada». El propio Kabila ya se ha encargado de aguar la ilusión desatada en Zaire. La podredumbre y la muerte han gozado de tan desaforados cultos en la región de los Grandes Lagos que han acabado por contaminar una zona ya minada por conflictos de larga duración, como los de Sudán o Angola, o la interminable dictadura de Mobutu Sese Seko, que por fin abandonó la escena.

UGANDA

Una poderosísima máquina militar ha comenzado a cobrarse piezas de caza mayor en África central. El ambicioso comandante en jefe del Ejército angoleño, João de Matos, y su contraparte ruandés, el viceprimer ministro y ministro de Defensa, Paul Kagame, con la cobertura logística, política e ideológica del presidente de Uganda, Yoweri Museveni, han demostrado en los campos de batalla regionales de qué son capaces. Su más resonante victoria: el triunfo de Kabila en el antiguo Zaire, rápidamente rebautizado República Democrática de Congo.

Museveni, que comparte su visión de África con Julius Nyerere, el ex presidente de Tanzania cuya voz es escuchada con devoción por la nueva hornada de dirigentes centroafricanos, se hizo con el poder en Uganda gracias a la excelencia militar de los tutsis refugiados en su país tras la purificación étnica que sufrió Ruanda en los sesenta, al término de la tutela belga. Los tutsis resultaron unos guerreros formidables, y entre ellos Kagame, el verdadero *hombre fuerte* de la nueva Ruanda, que recibió formación militar en academias estadounidenses y acabó al frente del espionaje militar ugandés. Cuando el tutsi Frente Patriótico Ruandés desencadenó en 1990 la guerra contra Juvenal Habyarimana, el todopoderoso presidente hutu de Ruanda, Museveni devolvió a Kagame y a los tutsis los favores del pasado, cuando le ayudaron a alcanzar el poder en Kampala. Así se forjó una estrecha alianza entre Museveni y los tutsis ruandeses que sigue dando frutos hoy día.

Con Museveni, Uganda deviene en aliado estratégico de Estados Unidos en la región, un verdadero portaaviones económico y militar del que Washington se sirve para hostigar al régimen islamista de Jartum, al que la Casa Blanca acusa de respaldar el terrorismo internacional y al que acaba de castigar con un embargo total. Sudán padece una de las guerras más largas y atroces de África que se ha cobrado ya más de un millón de vidas: los *barbudos* de Jartum, con Hasan al Turabi a la cabeza, pretenden imponer a los cristianos y animistas negros del sur del país más extenso del continente la *sharia* (ley islámica). Washington presta apoyo logístico y militar a los grupos guerrilleros que operan desde países aliados: Eritrea y Etiopía, al este, y Uganda, al sur, que sufre en carne propia el alinearse junto a la guerrilla cristiana de John Garang; Jartum arma y

financia a los integristas del Ejército de Resistencia del Señor, que comete todo tipo de brutalidades en el noroeste ugandés y enturbia la bonanza económica de Kampala.

RUANDA

Parece increíble que uno de los países más diminutos de África, pero con una densidad de población asiática de casi 300 habitantes por kilómetro cuadrado, campos empobrecidos y conflictos económicos teñidos de rivalidad étnica por los colonizadores primero y por dirigentes locales sin escrúpulos después, haya vertido tanta sangre y provocado tantas turbulencias. Los tutsis se hicieron con el poder en Kigali, la capital de Ruanda, en el verano de 1994 y derrotaron al Ejército genocida de los hutus ruandeses. La temprana visita del entonces secretario de Defensa estadounidense, William Perry, ya dejó claro hacia dónde se orientaría un país que había sido hasta poco antes un estratégico peón de Francia en África central.

Tras haber desencadenado una campaña de terror que provocó en tres meses uno de los genocidios más sangrientos del siglo, los milicianos y las tropas hutus pusieron en marcha otra campaña de miedo que llevó a cerca de dos millones de ruandeses al exilio en Tanzania y Zaire, donde, con la cobertura militar de París, los derrotados e instigadores del genocidio buscaron refugio. Tras dos años de servirse de los refugiados hutus como escudo, de utilizar la ayuda humanitaria para preparar su revancha militar y de lanzar desde los campos incursiones contra los regímenes tutsis de Ruanda y Burundi, la paciencia de Kagame y los suyos se agotó. En octubre de 1996 apoyaron la rebelión de los banyamulenges, tutsis zaireños instalados desde hacía generaciones en el este de Congo-Zaire y a los que las autoridades de Kinshasa no reconocían la nacionalidad. Al frente de la revuelta se situó muy pronto un tal Laurent Kabila, que se autoasignaba a sí mismo un destacado papel en la resistencia armada frente a Mobutu y junto a Patrice Lumumba, el padre de la independencia congoleña al que el propio Mobutu, con la inestimable ayuda de la CIA y de los servicios secretos belgas, llevó a la muerte.

Pero la eficacia militar no lo es todo. Ruanda es una bomba étnica a la deriva. La propia comisionada de la ONU para los Derechos Humanos, Mary Robinson, acaba de reprochar al Gobierno ruandés, controlado por los tutsis, de no practicar precisamente una política de reconciliación. Más de 100.000 reclusos, en su mayor parte acusados de complicidad en el genocidio, se pudren en las cárceles. Y las matanzas en las que participan el Ejército y los rebeldes hutus son el mal de cada día para la población civil. El regreso de casi dos millones de refugiados no ha hecho sino agravar la situación económica general y la inseguridad.

En el vecino Burundi, la otra antigua colonia belga que comparte el mismo desequilibrio étnico que Ruanda (85% de hutus, 14% de tutsis, 1% de pigmeos twas), las cosas no van mejor desde que un golpe del Ejército, dominado por los tutsis, acabara en octubre de 1993 con la vida de Melchior Ndadaye, primer presidente elegido democráticamente —con un mensaje de convivencia interétnica y reparto del poder— y primer hutu que accedía al cargo. Desde entonces el país vive

una guerra civil más o menos larvada que el golpe militar de 1996, que devolvió el poder al tutsi Pierre Buyoya, no ha conseguido atajar.

REPÚBLICA DEMOCRÁTICA DE CONGO

Uno de los acontecimientos del año que acaba de desvanecerse ha sido el fin de una de las dictaduras más despiadadas y codiciosas de África: Mobutu Sese Seko, un valioso agente del Oeste en las miserias de la guerra fría, murió en el exilio marroquí poco después de perder el poder en mayo. La fulgurante campaña militar de la Alianza encabezada por Kabila y nutrida por tutsis ruandeses logró en siete meses dar la puntilla a un régimen podrido. Pero el auténtico escándalo geológico que supone el subsuelo zaireño (plagado de minerales) no acaba de encontrar los raros caminos africanos de la democracia y la paz. El nuevo Congo de Kabila es un hervidero de penurias. Las sospechas de matanzas salpicaron a Kabila y a sus socios, acusados de vengarse del genocidio del 94 en la carne de los milicianos *interhamwe* (los que matan juntos), los antiguos soldados hutus y refugiados hutus que les acompañaron —de grado o a la fuerza— Zaire adentro. Informes de Médicos sin Fronteras hablan de decenas de miles de muertos y la misión de la ONU no ha encontrado más que obstáculos para iniciar la investigación sobre el terreno. La tensión es palpable en Kinshasa y Kabila ha perdido ya el periodo de gracia y fervor popular que desató su triunfo. De momento, el nuevo régimen ha casi cortado relaciones con Francia mientras saborea los lazos especiales con Washington, que forjó a través de sus aliados regionales: Uganda, Ruanda y Angola. Las compañías mineras estadounidenses han sido las primeras en aprovechar la nueva coyuntura, mientras Suráfrica intenta mantener las concesiones del pasado.

ANGOLA

El final de la guerra fría también dejó obsoleta, como a Mobutu, a la Unión para la Independencia Total de Angola (UNITA), la guerrilla anticomunista de Jonás Savimbi. Angola ha movido con creciente habilidad sus piezas, arrasando todas las posibles bases del llamado *gallo negro* cuando hace tiempo que UNITA agotó la paciencia de la comunidad internacional por sus dilaciones a la hora de cumplir los acuerdos de paz. El último éxito de Jodo de Matos, el jefe del Ejército angoleño, tuvo como escenario Congo-Brazzaville, donde dio el impulso decisivo para la victoria del ex presidente Denis Sasu Ngueso sobre el presidente Pascal Lisuba, que buscó a la desesperada la amistad de Kabila. Antiguas tropas de Mobutu combatieron en ambos bandos, mientras que UNITA devolvió viejos favores alineándose junto a Lisuba. Era su última carta, y fracasó. Angola obtuvo como compensación el desmantelamiento de las bases de los grupos independentistas del petrolífero enclave de Cabinda y de la propia UNITA en Congo-Brazzaville.

Para ratificar el ascendiente de Luanda en la región, hasta han circulado sospechas de que en el

reciente golpe de Estado frustrado contra el presidente de Zambia, Frederick Chiluba, viejo aliado de Savimbi, pudo estar implicada Angola. El ex presidente Kenneth Kaunda, al que Chiluba ha vetado toda acción política, acudió con anterioridad al golpe a Luanda para pedirle al presidente angoleño, José Eduardo dos Santos, armas y *pláacet* para la vía de la fuerza. No consta que sus demandas fueran atendidas. Angola, donde no dejan de descubrirse gigantescos yacimientos de crudo en el mar, está a punto de convertirse en un gigante económico, aunque la población del martirizado país no acaba de enterarse.

El frente que forman Uganda, Ruanda, Angola y la República Democrática de Congo puede estar a punto de ampliarse con Congo-Brazzaville, a pesar de que el nuevo *hombre fuerte* de Brazzaville, Sasu Ngueso, viejo amigo de Mobutu, prometió devolver a Francia las concesiones petrolíferas que Lisuba había pasado a control de compañías estadounidenses. Y es que las alianzas son frágiles y volátiles en esta región abatida por mil desastres.

La República Centroafricana, Gabón, Camerún y Guinea Ecuatorial han vivido con inquietud estos últimos meses de seísmos regionales, atemorizados ante el inesperado y fulminante triunfo de Kabila. En Bangui, el régimen sigue en la cuerda floja a causa del descontento militar y sólo el directo apoyo francés ha permitido al presidente de la República Centroafricana, Ange-Felix Patasse, mantenerse al mando. El todopoderoso Omar Bongo, de Gabón, yerno de Sasu Ngueso, ha abanderado siempre que ha podido la vía negociadora: primero con Mobutu, después en Congo-Brazzaville. El leve barniz democrático de su régimen debe mucho al maná petrolífero de sus costas. En esa oscura pecera intenta nadar el dictador ecuatoguineano, Teodoro Obiang Nguema, que si bien ha logrado que su país dé un salto cuantitativo en el escalafón de la riqueza africana gracias a los riquísimos pozos petrolíferos hallados en sus aguas, hasta la fecha no ha permitido que la población se beneficie en lo más mínimo ni que la democracia prenda en el país y ponga en peligro el poder de su oligarquía familiar. Aunque ha vuelto a hablar de democracia, la oposición democrática interna, encabezada por Convergencia para la Democracia Social (CPDS), cuenta con argumentos sobrados para echar en saco roto las promesas de Obiang, que ha vuelto a coquetear abiertamente con Francia al proclamar el francés como lengua oficial.

El *nuevo orden* es en realidad un gran desorden de miseria y reconstrucción pendiente tras décadas de guerras civiles, corrupción generalizada, centenares de miles de refugiados, odios étnicos atizados, litigios fronterizos y matanzas. El terremoto que ha conmovido el centro de África ha sido de una magnitud desconocida en la región. Falta por ver si las nuevas placas tectónicas acaban propiciando una vida menos cruel para tantos condenados.

LA TESIS DE NYERERE

Ha llegado la hora de que Africa se convierta en dueña de su destino y se ocupe de sus propios asuntos, sin esperar que Occidente acuda a su rescate con una panoplia de aparentes buenas intenciones que casi siempre ocultan intereses políticos y económicos. Ésa es, a grandes rasgos, la

opción de Julius Nyerere, el padre de la independencia tanzana y uno de los históricos dirigentes africanos que vivieron el fin del dominio colonial y pastorearon el estallido de las independencias. Aunque la vía tanzana hacia el socialismo acabó encallando de forma penosa, Nyerere sigue disfrutando de un crédito inmenso entre la nueva hornada de dirigentes africanos, con el ugandés Yoweri Museveni y el ruandés Paul Kagame a la cabeza. Hace poco recibió un homenaje en Suráfrica que presidió Thabo Mbeki, el sucesor de Mandela al frente de la verdadera potencia regional. Nyerere comparte amistad y alineamiento político con los líderes de buena parte de los países que acaba de visitar la secretaria norteamericana de Estado, Madeleine Albright, en su reciente gira africana: Etiopía, Uganda, Ruanda, República Democrática de Congo y Angola.

Nyerere ya aireó con contundencia su visión de las cosas cuando en cuatro días de noviembre de 1996 centenares de miles de refugiados ruandeses no esperaron a la comunidad internacional y emprendieron el regreso a casa después de que los banyamulenges (tutsis zaireños, apoyados por tutsis ruandeses y tropas ugandesas) acabaran con el poder de los antiguos milicianos y soldados hutus ruandeses al este de Zaire y liberaran a los refugiados que se habían convertido en rehenes del antiguo poder ruandés, el que precisamente Kagame, con la ayuda inestimable de Museveni, laminó.

A Nyerere también le irritan profundamente las lecturas etnocéntricas de los movimientos políticos en el tablero africano, que primero reducían todo a los esquemas de la guerra fría y ahora lo ciñen a la rivalidad anglo-francesa, una pugna real, sobre todo en el plano económico, pero que no explica las movedizas alianzas. Mientras que el paraguas de la Casa Blanca cobija a un frente que engloba a Eritrea, Etiopía, Uganda, Ruanda, Tanzania, la República Democrática de Congo, Angola y Suráfrica, fuera de esta pléyade quedan países anglófonos como Kenia y Nigeria. Nyerere, que debe buena parte de su prestigio al hecho de haber abandonado el poder sin mayores aspavientos y como una muestra de su rechazo a las intromisiones del Fondo Monetario Internacional, quiere que los africanos empiecen a pensar por sí mismos, y a obrar en consecuencia.

NAIROBI

Miércoles, 25 de febrero

Grandes arcos voltaicos de silencio. Cometas que nadie con el alma sucia será capaz nunca de leer. Cadenetas de bombillas de colores para que se las coma una jirafa extraviada en nuestra pequeña provincia de la historia. Charcos repentinos que un faro enciende al barrer la costa que se queda acechando el mar. No conseguí vencer mi cansancio y el deseo de parar el avión en medio de la noche que transcurría entre Amsterdam y Nairobi quedó reducido a un encefalograma

sin sonido. Pero los motores perseveran a pesar de la inconsciencia: una vez tomada la decisión de embarcarse es como si alguien (un ángel de la guarda llamado Antoine de Saint-Exupéry o un tobogán llamado inercia) completara las frases que dejamos sin dibujar en el cuaderno de navegación que a veces nos gustaría que fuera nuestra vida. Pero una frase me percutía en los huesos temporales. La leía al regresar apresuradamente de Correos en el pasadizo bajo la calle del Doctor Esquerdo. Decía en grandes caracteres rojos que ocupaban casi toda la pared: «El muñón es hermoso. Como un jardín de rosas». Hacía días que yo mismo había intentado recordar en qué película un personaje se enamoraba de una mujer a la que le faltaba una pierna y cómo precisamente adoraba en ella su muñón, y recuerdo que lo besaba y lo acariciaba como un miembro cargado de más erotismo que la más perfecta de las extremidades sin tacha. Sé que lo traigo aquí porque lo llevaba guardado en el zurrón de las frases que transcribir, pero ahora pienso, en esta noche de Nairobi, escala previa en nuestro viaje hacia Somalia, si ese muñón tan hermoso no tendrá algo que ver con esta África amputada del mundo y a la que regreso como un perverso enamorado: no sé qué hacer con ella (por ella) y no quiero dejar de pensar en ella y de volver a ella como quien vuelve a beber de una fuente tan deliciosa como envenenada.

Esas guirnaldas de bombillas de colores entre los árboles de un bosque que viste en un poblado del sur de Sudán y que tal vez te recuerdan a alguna feria imaginaria de tu infancia remota en Galicia, ¿qué pretenden, qué significan, qué quieren hacer en medio de la miseria general del teatro y de la vida?

JOWHAR

Jueves, 26 de febrero

Un Antonov de la extinta Unión Soviética pilotado por aviadores rusos deja atrás Nairobi cuando el sol ha comenzado a borrar todas las sombras de la Tierra. Hace frío a bordo, hasta el punto de que resulta difícil conciliar el sueño. Aterrizamos casi dos horas después en Bardera, provincia de Gedo, al sur de Somalia, donde las aguas del Juba han vuelto a su cauce, pero sigue habiendo grandes extensiones anegadas. Al sol, que es como una bofetada seca en pleno rostro, le cuesta absorber toda esa agua derramada. Castigado país este, devorado por una guerra civil que después de ocho años de lucha de todos contra todos («yo contra mi hermano, mi hermano y yo contra mi clan, mi clan contra el mundo») que ha reducido a escombros cualquier vestigio de lo que habitualmente puede ser considerado como un Estado, y que a esa violencia a la que no se ve final ha de sumar uno de los enclaves más inhóspitos de la Tierra: cuando no es la sequía la que hace más ardua la vida de este pueblo de pastores nómadas son las lluvias las que descargan toda su ira e inundan un paisaje aburrido que tiene sed. En un todoterreno con la preceptiva escolta de jovencuelos masticadores impenitentes de *qat* (una hierba anfetamínica parecida a la hoja de coca) y armados con gastados Kaláshnikovs, bajamos al río donde la población (mujeres y niños

hermosísimos en su mayor parte) se abastece de agua: a través de bombas instaladas por Oxfam y financiadas por Unicef, y de grandes depósitos donde son llenados los viejos bidones de gasolina que arrastran los sufridos burritos aguadores. La estampa de las mujeres ataviadas con *diras* de espléndidos colores, la sonrisa franca y la timidez ante cualquier intento de fotografiarlas, parece idéntica a la de hace siglos: sólo las bombas y los depósitos alteran el paisaje de agua cobriza y macilenta del río Juba, bajando con la misma lentitud que al principio de los tiempos. En el hospital distrital, algunas mujeres enfermas de malaria aprovechan el frescor de la sombra de los árboles del patio para resistir mejor el tira y afloja de la fiebre.

La piel de una vieja serpiente pende de una contraventana, como si quisiera escaparse noche adentro. Los grillos cantan afuera, como el generador que hará más difícil encontrarse con el sueño. Mientras escribo en el salón encalado y con muebles de una Italia hipotética venida a menos me acompañan inquietas mantis religiosas afilando las extremidades, salamanquesas inofensivas, grillos castrados, saltamontes, langostas y otra fauna que no vislumbro, pero sospecho. Carmen Garrigós y Leslie McTyre, nuestros anfitriones de Unicef, repasan el estado de sus asuntos (un mundo complicado y real: las facciones y sus luchas, las exigencias de los milicianos, las tareas pendientes, la incompetencia de algunos dirigentes), ajenos al que, al otro extremo del salón, rellena páginas y páginas de un cuaderno contra la desesperación, contra la nada, contra la inutilidad del periodismo para cambiar el estado de las cosas. Nada sabía antes de esta noche en esta casa de Unicef en Jowhar, de este trabajo concreto de, por ejemplo la cooperativa Farjano, en la que han conseguido que todos los clanes y facciones se pongan de acuerdo para mantener, proteger y mejorar un sistema de agua que beneficia a toda la población de esta ciudad de la región del Shabelle Medio, al sur de Somalia. O la lenta, pero inesperadamente bien acogida, iniciativa de combatir mediante discusiones y seminarios la atrocidad que supone la infibulación femenina.

De Bardera volamos a Hargeisa, en la región de Juba, y todavía sorprende que el Antonov haya podido aterrizar en una pista que era apenas un caminito de tierra en medio de un bosque bajo de arbustos, árboles enanos y mucho espino. Allí nos cruzamos con mandriles de culo pelado, jabalíes enanos, vacas, cabras, cigüeñas y esperanzadoras garzas. El gran esqueleto de la azucarera estatal era un monumento a una Somalia perdida, como los frutales y los campos devorados por la maleza y el abandono. Pero hay gentes que después de perder dos cosechas (la primera por la sequía, la segunda por las inundaciones) todavía se dedican, bajo un sol que vierte hierro líquido sobre el mundo, a plantar una tercera, y maestros que enseñan inglés, matemáticas, somalí y religión islámica en una escuela que las aguas arrastraron, pero que ha vuelto a surgir entre los árboles, al amparo de su sombra.

El tercer vuelo del día, entre Hargeisa y Jowhar, acaba con nuestras últimas energías. El camino entre el aeropuerto (una pista de tierra en medio de la nada) y Jowhar es largo: entre campos anegados, niños pastores, rebaños que pastan en las mínimas lomas y terraplenes que han conseguido asomar la cabeza de la inundación, chozas de nómadas, niñas cargadas como mulas,

milicianos ociosos. Al llegar al recinto de Unicef una hilera de mujeres ataviadas con sus mejores galas, con sus vestidos más luminosos y ramos de flores en las manos, para nosotros, rompieron a cantar en cuanto bajamos de los coches, nos dieron la bienvenida, nos besaron, nos dieron la mano y a Rosa Salgado, la única mujer del grupo, le pusieron al cuello un collar confeccionado con flores de buganvilla.

Hemos cenado al fresco, gracias a las buenas artes de Mohamed, un bantú que fue cocinero en Mogadiscio y que mezcla somalí con italiano. El patio es espacioso y de la oscuridad brota el canto aflautado de pájaros emboscados. Antes de que la noche convirtiera todo el entorno en sombras, hemos visto pasar hermosísimos pájaros azules y dos bandadas de garzas, con el envés de las alas ribeteado de negro y volando con la elegancia y la certeza de los que sí saben adónde van y lo proclaman sin vociferarlo: como Tzaplia: incluso en tiempo de peste es mucho lo que el alma puede hacer. Es tarde, pero en el interior de la casa el calor apenas cede. No quiero acostarme todavía. En la casa de Unicef hay camas, mosquitero y agua para lavarse del trajín del día. Aquí, en el interior de Somalia, donde vivir cada día es tan difícil para tantos, el tiempo y la escritura se cargan, aunque no lo quieras, de sentido.

Viernes, 27 de febrero

Es de noche en Jowhar. Casi todos duermen. Leía las dolorosas memorias de Amán cuando entraron Leslie McTyre y Bernardo Pérez. Entonces me di cuenta de a qué había venido a Somalia: qué tenía que escribir aquí: el descubrimiento, tal vez (la hipótesis es de este medio boliviano medio estadounidense, Leslie McTyre, miembro de Unicef) de los orígenes de esta guerra que ha desguzado Somalia: la circuncisión femenina: la mujer cosificada, la mujer destruida, la madre rota que cada vez que da a luz recuerda el trauma que sufrió cuando era una niña. Leslie habla y yo vuelvo a conmoverme como esta tarde, cuando escuchaba a Fatuma y revivía su dolor. Leslie relata las entrevistas con mujeres somalíes en las que descubrió el trauma que sufre prácticamente la mitad de la población de Somalia, ese corte del clítoris y desgarramiento de los labios y la conversión de esa mucosa elástica en una verdadera cicatriz rígida, que se desgarran literalmente cuando se hace el amor y en cada parto. De ese dolor hemos pasado al de Ruanda, donde Leslie hizo hasta tres encuestas que le permitieron comprobar que el número de muertos del genocidio de 1994 fue superior al millón. Y cómo hacía para superar el dolor, cómo se lavaba en el mar y se frotaba con arena hasta hacerse sangre.

El grupo de teatro se llama (no sé con cuánta ironía) Devolver la Esperanza. El mismo nombre que la ONU eligió en 1992 para su frustrada operación en Somalia. Todos sus miembros menos uno son bantúes, es decir, descendientes de antiguos esclavos traídos hasta aquí por árabes y somalíes para hacer los trabajos más pesados. Son aficionados —«no tenemos dinero ni siquiera para instrumentos»— y reciben una ayuda de la Asociación de Mujeres de Jowhar, que a su vez recibe dinero de Unicef. Cantan y bailan bajo un sol que derrite el alma, sobre la hierba áspera

del recinto de Unicef. El de hoy es una especie de ensayo ante el público. Representan una pieza sobre (contra) la circuncisión femenina escrita por Hussein Moallin Abdula, el único somalí del grupo, miembro del clan abgal. No hay decorado ni vestuario. El escenario es la misma hierba. Entran y salen de *escena* aprovechando un árbol bajo el que se protegen del sol. Se paran y hablan, a veces sin poder evitar la risa por hacer y decir lo que hacen y dicen delante del público, formado por mujeres de la Asociación, los guardianes del recinto, algunos amigos, la gente de Unicef y los periodistas llegados de España. Explican que su obra es un alegato contra la circuncisión femenina que impide el placer de la mujer y causa infinidad de sufrimientos, enfermedades y muertes. La que practica la circuncisión es interpretada por un hombre cubierto con un velo, lo que provoca la risa inmediata. El acto en sí es muy rápido y estilizado: una niña de diez años, la benjamina del grupo, no se resiste cuando una mujer mayor la sujeta por los hombros. El hombre-carnicera saca de una caja de hojalata las ramas de espinas que servirán para coser los labios destrozados. No exhibe cuchillo alguno ni hoja cortante. La niña grita unos instantes. El ejecutor le dice que se ponga un emplasto de tierra y leche para cauterizar la herida. Tanto la niña como el público (mujeres incluidas) se ríen en el momento más dramático. Tal vez es la forma de superar un tabú insoportable que ha acabado por convertirse en uno de los principios implacables de un islam que saja por completo el placer de la mujer y marca su existencia para siempre. Como relata Amán en su libro y como me cuenta Fatuma Haji Nur, de 42 años y con seis hijos, que fue circuncidada a los siete años y que sólo puede disfrutar algo del placer del amor cuando se coloca encima de su marido. Trabajó de traductora de inglés y árabe para una compañía multinacional bajo el régimen de Siad Barre. Durante una estancia en Arabia Saudí dejó a sus cuatro hijas con su madre, la abuela de las pequeñas. No quería que las circuncidaran, pero lo hicieron sin su consentimiento. Cuando le dieron la noticia por teléfono se quedó de piedra y rompió a llorar. «Sentí como si me hubieran matado».

Sentado al anochecer junto a los actores, bajo el gran árbol, me contaron que la risa era una forma de romper los tabúes más grandes, que sabían que iban a tener problemas con las autoridades religiosas, pero que estaban decididos a seguir adelante. Pensaban modificar algunos aspectos de la representación: mostrar el cuchillo con que se celebran estas brutales ceremonias, que una mujer interprete a la ejecutora (como ocurre en la realidad la mayoría de las veces), que la niña que lo sufre llore con más verdad.

Sábado, 28 de febrero

El salón es un cementerio de insectos. Los grillos somalíes vuelan más lejos que ningún otro grillo que yo conozca. Las mujeres somalíes, las más hermosas de la Tierra, sufren en su carne una amputación tan brutal, tan dolorosa, tan permanente y tan injusta que puede considerarse como una de las vergüenzas más grandes de este siglo tan pródigo en ellas. Cuando alguien se atreve a tolerar la ablación femenina como una tradición inscrita en el islam lo único que está haciendo es

ponerse a la altura de los que justifican la pena de muerte y la tortura. Pero yo he necesitado regresar a Somalia y leer las memorias de Amán para que se me abrieran los ojos.

Hay personas que tienen un don. Carmen Garrigós es una de ellas. Me siento a su lado mientras recorremos los impracticables caminos, las selvas y los ríos de la Mesopotamia somalí y me limito a escucharla. Enseguida supe también que era una monja laica. Es creyente, pero su causa está en este mundo, y de qué manera. Por eso me recordó tanto, casi desde el principio, a Simone Weil. Por eso ha asumido como algo propio la lucha contra la infibulación femenina, por eso ha sabido ganarse el corazón de los somalíes: porque los respeta, porque no los trata con paternalismo, porque pretende sobre todo que ellos y ellas se conviertan en dueños de sus propias vidas. Ella entiende muy bien que una de las perversiones fundamentales de la ayuda humanitaria consiste en perpetuar la condición de las víctimas: de los pueblos que no intentan modificar su vida y que acaban cifrando su porvenir en la ayuda que les llega del exterior. Carmen pronuncia frases tan inquietantes para alguien que llega del saciado (y por eso insaciable) Primer Mundo como «son felices porque no tienen nada», o «son felices y no tienen nada», cuando saluda a los poblados enteros que se acercan a la orilla del río para ver pasar la zodiac de Unicef. Yo la escucho y callo, mientras repaso el curso de mi vida, lo que escribo y lo que silencio, lo que deseo y lo que hago, lo que soy y lo que muestro. Este viaje, como cada uno de los que hago a África, es antes que nada un viaje al interior de mí mismo. África me sacude por dentro y por fuera. Después de pasar por aquí, por lugares como Somalia, no puedes seguir siendo el mismo si no te has convertido antes en un desalmado.

En el libro de su vida, Amán habla del pueblo de Afgoi, donde los hombres se golpean en la cabeza con mazas cubiertas de espinas porque piensan que «para que las cosechas sean buenas, hay que regarlas con la sangre». Para colmo, al pueblo acuden curiosos y turistas para hacer fotografías de un festejo que ya *fotografió* Goya, aquel pintor que hoy sería un fotógrafo comprometido, como dijo John Berger, al que ni en Somalia (o en Somalia menos que en ningún otro lugar) quiero olvidar. Viendo las garzas sobre el río Shabelle, a Carmen Garrigós le hablé de Tzaplia y de John Berger.

Domingo, 1 de marzo

La casa de kadilha

En la escuela coránica están en el recreo, así que vamos a esperar a la casa de Kadilha, una de las fundadoras de la combativa Asociación de Mujeres de Jowhar. Ella tiene nueve hijos, pero en la casa viven no menos de cinco familias. La casa, de suelo de tierra dura, techo en buena parte de ladrillo, como algunas paredes, llena de celosías y espacios abiertos para que corra el aire, es muy fresca y parece un rastro. Nos sentamos en el *salón*, y por las cuatro esquinas de una estancia que apenas conoce las puertas llegan familias enteras a ver a los blancos. En un lado, ocupando casi toda la estancia, un tresillo-balancín de hierro, ideal para enamorados, de una Italia colonial

devorada por el polvo de la historia. Sobre el borde del tejadillo que cubre el balancín, tres palomas blancas, como una aparición o una contraseña, que se muestran obsequiosas y cagan sobre Miguel Palomino, el técnico de sonido de Televisión Española. Junto al balancín, una destartada motocicleta todoterreno marca Honda. Sentada a su lado, en un banquito bajo, una mujer da de mamar a su cría. Las gallinas y los gallos pasan entre las piernas de los invitados, que son obsequiados con té dulce y especioso, aromatizado con canela. En la casa no hay luz eléctrica y el agua se guarda en una gran pila de cemento. Se alumbran con candiles de petróleo y cocinan en el suelo. Sobre una de las paredes del salón, en una pizarra, las palabras «Divisione de un segmento in parti iguali», y parece como si la frase hubiera permanecido así desde los tiempos en que Jowhar (joya, en somalí) se llamaba villa del Duque de los Abruzzos. Una niña de rasgos suaves y ojos de chispa negra, que le hubiera gustado fotografiar a Lewis Carroll, posa con dos tinajas de leche, que será de cabra o de camello. Llega la abuela, ciega y coja, pero enérgica, que nos recuerda que todavía sabe palabras italianas porque trabajó en la gran factoría azucarera que daba trabajo a toda la comarca.

La escuela coránica

Es una estancia diminuta, con paredes de ramas trenzadas y barro, techo de hojalata y banquitos individuales y de pata breve sobre los que se sientan apretados niños y niñas, algunos de cortísima edad. Repiten con voz fuerte, en largas retahílas cantadas, versículos del *Corán* como nosotros repetíamos el *Catecismo*. Una forma de vaciar el cerebro de preguntas e inquietudes. Los niños manejan unas largas tablillas gastadas por el uso en las que están escritas las suras que deben memorizar. Una niña de no más de nueve años, de ojos hipnotizadores y labios bien dibujados, tan hermosa que turbaría a Lewis Carroll, me mira y me sonríe, me pregunta en inglés cómo me llamo, cuántos años tengo, cuánto tiempo voy a quedarme en la ciudad. Una compañera de unos trece años, sentada a mis pies, se levanta, me sonríe, se coloca junto a su compañera y me pregunta: «¿Por qué te has quedado de pie frente a mí?». Mientras escucho el canto de los niños no puedo evitar cierto rubor al ver cómo me miran esas dos niñas tan terriblemente hermosas, como si tuviera la sensación de que están coqueteando conmigo y no quisiera ni atreverme a considerar esa posibilidad. Las saludo con una sonrisa tímida y salgo de la escuela coránica de uno de los barrios pobres de Jowhar mientras mis compañeros siguen fotografiando tanta belleza y religión.

MERKA

lunes, 2 de marzo

Un diario es un oficio contra el poder de las tinieblas, un candil que agitar en medio de la noche para resistirse al avance de las dunas del olvido, que sin duda alguna sepultarán al que enarbola el candil y apagarán ese débil resplandor que pretendía competir con las estrellas. Pero he traído mi

candil hasta el puerto somalí de Merka y no voy a dejar que la pereza o la desidia lo apaguen esta noche, y menos cuando dispongo de una sólida y amplia mesa frente al mar y de una larga hora y media por delante hasta que apaguen el generador y la casa de la jefa del clan más poderoso de la ciudad, que además de su cuartel general y un nutrido contingente de milicianos armados acoge a la organización no gubernamental italiana que nos cobija esta noche, quede sumida en sombras. Desde la gran terraza se divisa el puerto, animado de una actividad febril a las diez y media de la noche, con una hormigueante cadena humana de porteadores que vacía de sacos el vientre de un navío. El gran foco que ilumina la escena remite a una estampa colonial que todavía no se ha desdibujado. A lo largo del espigón se aglomeran camiones, descuideros, milicianos y comerciantes. Se atisban luces que acaso sean de colmados o de pequeños establecimientos de mercancías indescifrables a esta distancia. Dan ganas de bajar, pero los de la casa nos disuaden rápidamente: «Es demasiado peligroso y a esta hora no hay escoltas suficientes para acompañaros». Sopla una brisa deliciosa, el rumor de los generadores es más tenue que en Jowhar y tanto los grillos como los mosquitos (que han dejado postrado a Leslie con su primera malaria) parecen haberse quedado atrás. El cielo de Merka sangra plata por miles de heridas que solemos llamar estrellas. Y si en medio de esta impenetrable oscuridad reconocemos la latitud del mar es tan sólo por las luces de los barcos que el océano diluye como quien tiñe oro para convertirlo en tiempo. A la izquierda de la gran terraza, un torreón almenado se recorta gracias al rebote de las farolas que todavía alimentan los generadores: hay algunas ventanas iluminadas por una luz que pudiera no ser más que duda o sueño. Diego, una mezcla de italiano y español con apariencia de espía sin porvenir, nos cuenta que es un burdel. No muy lejos, como si Alá o su profeta vigilaran de cerca los avances del pecado, la mezquita: al llegar a Merka por caminos de arena, entre altos arbustos y espinos, escuchábamos al almuédano llamar a la última oración del día.

Dejamos Jowhar, joya de la Somalia *colonizada* por los italianos, con veinte casos de lo que parecía un rebrote del cólera endémico, siempre al acecho. El hospital, menos espantoso que muchos de los hospitales africanos que conozco, y no tan devastado como el General de Mogadiscio, ofrecía esta mañana un aspecto menos limpio que ayer: con infinidad de cadáveres de grillos en los vanos de las escaleras, más sucias las paredes pintadas hace apenas un año, más desolación en los rostros de las madres de los niños mordidos por el cólera y más incompetencia en las enfermeras somalíes.

La avioneta aterrizó puntual en el aeropuerto de Jowhar: un secarral sin límites, sin torre de control, sin balizas, sin más pista que una pista de polvo en medio del Shabelle Medio somalí: sin árboles ni la más mínima construcción: es un aeropuerto que como muchos sólo está escrito para ser leído desde el cielo. Como toda África: nada como una avioneta para pasar la yema de los ojos sobre un continente misterioso e indescifrable. Los dos gigantescos depósitos de agua de Farjano, levantados por el ingeniero australiano Douglas Booth a ambos márgenes del Shabelle, son como dos signos inequívocos para reconocer la antigua villa del duque de los Abruzzos desde el cielo. El Shabelle es un río enigmático, que después de demorarse en infinitos meandros no

desagua en el mar: una barrera de dunas acaba haciéndole desistir y convierte sus últimos tramos en una sucesión de lagunas y cursos subterráneos que afloran, más al sur, en el Juba, que sí acaba encontrándose con el océano Índico. Desde el cielo, esta región somalí exhibe una gama de verdes de la que se sentirían celosas algunas provincias de la meseta ibérica. También desde el cielo se puede seguir el dibujo de una serpiente dormida, acaso un río secreto, memoria de otros cursos y otras corrientes cuando Somalia no era Somalia. Pero el momento más sobrecogedor del corto vuelo entre Jowhar y Merka llega poco después de dejar Mogadiscio a babor: el mar Índico y la sucesión de dunas móviles que la avioneta sobrevuela como si su sombra cosiera nuestro destino a la Tierra con un respunte sutil de devoción y voluntad. Entre duna y duna, pulidas por el viento y cortadas por la cuchilla de un gigante, hay lagos y oasis en un espectro variadísimo de desecación: dibujos que remiten a una confusa memoria de la luna, verdes de escarcha y aceros de uranio, un silencio perteneciente a otro planeta y la belleza que sólo es posible vislumbrar desde aquí, y acaso con el espíritu predispuesto para la emoción. Es entonces cuando recuerdo que soy una persona afortunada. Así se adentra África en mi corazón. Y este puerto de Merka, y esta brisa marítima y nocturna, y las palabras que acaso sirvan para que la victoria de las tinieblas contra el candil de tinta no sea incontestable.

En la primera secuencia, Leslie, con un paño húmedo en la cabeza, vestido sólo con un pantalón corto y encharcado de sudor, tiembla de manera incontenible y se retuerce de dolor, como si un cangrejo le pinzara el vientre. Dos mujeres somalíes, sentadas a los pies de su cama, le dan friegas con compresas empapadas en agua de limón.

En la segunda secuencia, un grupo de niños somalíes, sentados en la arena, bajo un gran árbol, recitan al atardecer de forma monótona y rápida, curas del *Corán*. Sobre las piernas tienen largas y viejas tablillas manuscritas en árabe. Otras muchas están apiladas al pie del árbol. Su *sheik*, sentado en una esterilla, los mira con rostro impasible mientras tres fotógrafos blancos, con chalecos, no paran de hacerles fotos desde distintos ángulos.

En la tercera secuencia, sobre un arenal y entre arbustos espinosos, una sencilla cabaña hecha de ramas y arbustos secos. Una voz en *off* dice: «Contenido de una choza de desplazados somalíes de la región del río Juba, anegada por las lluvias desatadas por El Niño: un bidón de agua, un cazo para beber, un bote medio oxidado que pudo contener leche en polvo, un pañuelo medio roto y un viejo bolso de rafia medio vacío. Es todo».

HARGEISA

Miércoles, 4 de marzo

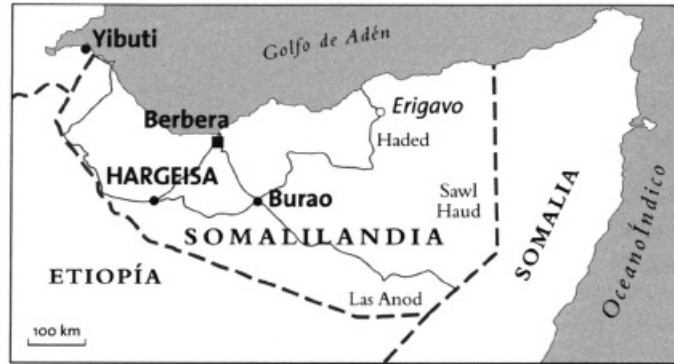
Llega un momento en cualquier viaje, en cualquier libro, en cualquier diario que la noche (el tiempo) se detiene como la luz en el espejo del mar. En el atardecer de Merka, mientras esperábamos que los *milicianos* (o los secuaces de los *señores de la guerra*) sacaran de la arena uno de los vehículos, vimos una franja de azul que se destacaba rectilínea y se perdía en el

horizonte cortando en dos una bóveda celeste uniformemente difuminada de rosas y naranjas de crepúsculo. Era como una señal en el cielo gigantesco. Cuando entramos en Merka ya era noche cerrada, pero el blancor de las casas destacaba como si el salitre de las vacaciones en paz del pasado hubiera vuelto a recuperar su lugar gracias al engañoso aliento de los faros y de los puestos que tachonaban las calles con sus lucecitas de quinqué y el resplandor de los fluorescentes que alimentaban los generadores. Otro espejismo. Bastó la luz del día para darle al polvo toda la razón. Pero frente a la terraza donde había escrito tanto se encendió el mar immaculado, una playa de barcazas y un largo artilugio náutico que recordaba el arca de Noé. Comprobé que el alminar blanco de la mezquita se alzaba más lejos de lo que imaginaba, a pesar de que la voz del almuédano había empezado a enemistarme con el sueño a las cinco de la mañana. En esa misma terraza conocí a Esterline Arushe Abdi, la primera mujer con la cabeza completamente descubierta (lo que permitía admirar la largura y suavidad de su cabello). A sus 40 años, el seguir soltera es todo un reto en una sociedad como la somalí, que asigna a la mujer un papel preciso y predeterminado. Destacada dirigente del clan Haber-Ghidir, encabeza la asociación lida, nombre de una mujer que nace en un día de fiesta y que podría traducirse como Esperanza. Su organización está embarcada en un ambicioso proyecto de desmovilización y reeducación de milicianos. Ella muestra con orgullo los 150 fusiles entregados hasta el momento (AK-47 en su mayor parte) y las instalaciones del Centro de Desmovilización, donde los ex soldados aprenden el camino para reintegrarse en la vida civil haciendo el equivalente al graduado escolar y aprendiendo técnicas de pesca y agrícolas. Esterline posee una belleza no tan apabullante como es frecuente encontrar en Somalia, sino mucho más profunda. Su rostro sereno y sus manos, la manera franca de mirar a los ojos a su interlocutor, el timbre de voz y la delicada convicción con que expone sus argumentos son los atributos de una fuerza tranquila. No desdeña ninguna pregunta: no se cubre la cabeza porque no es una mujer casada, y confiesa que tal vez se la cubra cuando se case. O tal vez no. No está circuncidada, no alberga ninguna duda de que esa práctica terrible es una imposición cultural y que el hecho de vincularla a principios religiosos islámicos —«inexistentes»— no es más que una interesada mala interpretación. Ella no fue circuncidada porque su madre, una persona muy religiosa y avezada en el *Corán* y el mundo islámico, estaba en contra. Se despide dando la mano desnuda. No necesita cubrirse la piel con su manto, como hacen algunas mujeres piadosas. El recuerdo de Merka es el de dos bellezas: la del mar lamiendo esta ciudad de la costa somalí y Esterline. Prometí volver para comprobar si los frutos de la desmovilización y reeducación se había extendido al resto del país y para volver a hablar con ella.

La belleza de Hargeisa es menos visible. La capital de Somalilandia es un pedregal polvoriento en el que parecen competir las chumberas con las bolsas de plástico, un *producto* que hasta las sufridas cabras desdeñan. Somalilandia es un artefacto político contemporáneo verdaderamente insólito: muchos estados africanos realmente existentes e internacionalmente reconocidos funcionan mucho peor y resultan mucho más intimidatorios que esta pobre nación de

dos millones de habitantes, paisaje abrupto y desolado y camellos como principal riqueza nacional. A la caída de la noche no hay nada más placentero que pasear por la calle principal, aunque la oscuridad apenas la perfora el fulgor de los fluorescentes municipales —demasiado espaciados para poder verse las caras todo el tiempo— y la luz que mana de colmados, casas de cambio, bazares, almacenes, cafés y restaurantes, y de los pequeños puestos de cambistas y vendedoras al por menor sentadas a la lumbre de sus brillantes quinqués de luz de gas. Hay policías de tráfico y no se ven jóvenes armados imponiendo su ley (como en el resto de Somalia). Las miradas de los lugareños, que observan con curiosidad al grupo de blancos que camina sin rumbo aparente, son de franca hospitalidad. Con moneda propia, matrículas de automóvil, una Constitución tan reciente como modélica, Gobierno, policía, Ejército y voluntad de ser, ya sólo les falta que los otros admitan la autoproclamación de un Estado que empezó a *decirse* en 1991. Eritrea y Etiopía apoyan de forma subterránea al presidente Mohamed Ibrahim Egal, pero como admite el escocés John Drysdale, su estrecho consejero y uno de los mayores expertos del mundo en el avispero somalí (un pueblo del que dice que no le gusta exhibir sus emociones), tendrán que ser pacientes y hacerlo financieramente mejor antes de lograr lo que pretenden: volver al estatuto jurídico anterior a la independencia, cuando era un país llamado Somaliland que coincidía con los límites de la que fuera colonia británica del mismo nombre.

En la polvorienta explanada de la Saylada, el gran mercado de ganado de Hargeisa, el mayor de Somalilandia. Grupos de hombres charlan animadamente, otros negocian. Pero el canje no está en su mejor momento: la fiebre del valle del Rift ha hecho que las exportaciones de camellos a través del puerto de Berbera hayan sido reducidas dramáticamente, sobre todo por la negativa de Arabia Saudí, uno de los principales importadores, a aceptar nuevas remesas mientras no haya garantías de que los animales no llegan contaminados. Vacas, cabras, ovejas con capucha negra y, sobre todo, gigantescos camellos (en realidad dromedarios, pues no tienen más que una joroba). Los camellos son los reyes de la explanada. Se muestran tranquilos ante las tasaciones de los expertos y las miradas de los curiosos: larguísimos cuellos y expresivas cabezas de ojos saltones, con pestañas breznovianas, que subrayan su aspecto prehistórico, de animales que han sobrevivido a la época que la naturaleza les había asignado. Resulta fascinante el sistema de negociaciones y trueques: bajo manto para evitar especulaciones: los dedos y las falanges hacen las veces de un ábaco de carne: comprador y vendedor conocen el valor de cada falange y con una rapidez invisible (aunque dos vendedores nos muestran el *mecanismo* a plena luz) negocian en secreto. Cuando llegan a un acuerdo (el precio de un camello estaba bajo esta mañana: alrededor de 200 dólares, unas 30.000 pesetas) se sacuden las manos enérgicamente tres veces, arriba y abajo, de tal forma que en ocasiones el paño deja al descubierto las manos trenzadas. Pero ya no importa, porque el acuerdo ha sido cerrado y el precio pagado permanecerá en la intimidad de los que lo negociaron.



Jueves, 5 de marzo

Edna Adan Ismail tiene 60 años, es enfermera y funcionaria de Naciones Unidas jubilada. Nos aborda en el deslucido recibidor del hotel Maansoor en busca de ayuda para su cocinera y su hijo. El frágil contacto que tenían con el padre —un español en las filas de la Legión Extranjera destacada en Yibuti— se rompió. Por una carta que nos enseña parece que el hombre no pretendía desentenderse de sus responsabilidades. La mujer y el niño abandonaron Yibuti tras el final del contrato del militar y desde entonces no saben cómo ponerse en contacto con él. Dejamos el asunto en manos de Unicef y partimos hacia la casa de Edna Adan para conocer a la madre y al muchacho y descubrimos a una de las mujeres más fascinantes de Somalia y de Somalilandia: la primera mujer somalí que salió a estudiar al extranjero, la primera que regresó con una diplomatura en enfermería y obstetricia, la primera que se alzó contra la circuncisión y la infibulación (prácticas que sufrió en su propia carne), la primera que condujo un automóvil por las calles de Hargeisa. Es una de esas mujeres empeñadas en mejorar la educación de su pueblo: «La mejor manera de empezar a salir de la miseria». Es un ejemplo de cómo la mitad más maltratada y desposeída de la población —las mujeres— mantiene en pie al país. Mientras los hombres, ciegos de *qat* y con un AK-47 en la mano se dedicaban a reducir Somalia a escombros, las mujeres trabajaban, atendían a sus hijos y a sus casas, y hacían todo lo que el hombre había dejado de hacer, y además eran atrocemente infibuladas. Edna Adan nos lleva a su gran sueño: el hospital Edna, todavía en los cimientos y en el que ha invertido todo su dinero. Es de noche, pero le pide la linterna al vigilante y nos muestra entusiasmada al retoño que recibirá las atenciones de los hijos que nunca tuvo, a pesar de haberse casado tres veces (y de divorciarse otras tres, la primera del actual presidente de Somalilandia, Mohamed Ibrahim Egal): pinta con la luz lo que será «el cerebro del hospital», con el quirófano y las salas de cuidados intensivos, las galerías de preventivos, el laboratorio, la farmacia y las tiendas que permitirán obtener fondos para el hospital, que no será gratuito —«para que los enfermos lo valoren»—, pero sí muy barato. Ha decidido no pedir ayuda a nadie hasta que no esté construido. Edna Adan Ismail, que habla con conocimiento de causa de reconciliación y de sacrificio, no quiere saber nada de una reunificación con los *señores de la guerra* del sur que se han dedicado a «destruir el país». Su lucha contra la infibulación y la circuncisión femenina es una lucha africana y de las mujeres africanas, «a favor

de la salud». Sólo cuando sus pacientes y compañeras comprendían eso empezaba a hablar de la religión, que nada dice de una práctica tan espantosa, salvo condenarla. «No es más que una tradición social y cultural que hay que desterrar», dice esta mujer que se teme que no ha parado ni un solo día de dar trabajo a los ángeles, a los que le corresponden a una mujer valiente como ella. Cuando nos lleva de regreso al hotel en su flamante todoterreno no pude evitar acordarme de Simone Weil (ayer empecé a leer su biografía). La conocía. «Era una luchadora», dice. Como ella.

NAIROBI

Viernes, 6 de marzo

Al mismo tiempo que empiezo a regresar, empiezo a recordar. Si África no te cambia, nada te cambiará. No soy el mismo que entró en Somalia hace nueve días: mujeres como Carmen, Fatuma, Esterline o Edna me están hablando al oído con sus actos. Y Simone Weil me está mostrando un camino que pasa exactamente por el centro de mí mismo.

Mientras la avioneta sobrevuela Etiopía al atardecer, avanzo en la vida y la obra de Simone Weil, me doy de bruces con su comentario al cuento de *Las seis cigüeñas*, de los hermanos Grimm, y pienso en cómo diluir parte del fogonazo de sus ideas en el teatro y en la vida. La necesidad de no derramarse continuamente en actos desordenados y la importancia de *salvar* mediante el silencio y la renuncia, y sobre todo la importancia de mantenerse fiel a uno mismo, mantener el alma pura: en la medida en que eres fiel a tus ideas, comienzas a ser útil para los demás. La radical enseñanza del ejemplo. Pero silencioso.

SOMALILANDIA QUIERE VOLVER A RETOCAR EL MAPA DE ÁFRICA

Somalilandia tiene nombre de país imaginario, de cuento de Oriente. A pesar de contar con bandera, capital, moneda, placas de matrícula, Ejército, policía, Gobierno, impuestos, Constitución y más de dos millones de habitantes, Somalilandia es un país inexistente, un objeto político no identificado. Heredera del protectorado instaurado por Londres en 1886 para proteger su enclave de Adén, todos los denodados intentos que la antigua colonia británica de Somaliland ha hecho desde que se autoproclamara independiente del resto de Somalia en 1991 han sido infructuosos: ni un solo Estado del mundo ha reconocido a Somalilandia, ni siquiera vecinos comprensivos como Eritrea, el único país que ha logrado alterar las fronteras trazadas por la colonización europea y ser reconocido como Estado tras independizarse de Etiopía. Y eso a pesar de que los 63.000 kilómetros cuadrados de Somalilandia son la única parte de Somalia en la que se ha vuelto a establecer una autoridad, funcionan los tribunales de justicia, un banco central y la

vida —en medio de la dureza de un paisaje semidesértico poblado por cinco millones de camellos, una quinta parte de la cabaña mundial— se ha hecho posible. Agencias internacionales como Unicef, que ha colaborado de forma decisiva en el restablecimiento del servicio de aguas en Hargeisa y Berbera o en el mantenimiento de hospitales y escuelas, no se ven obligadas a pagar la *protección* de jóvenes armados hasta los dientes para garantizar su seguridad y poder moverse por las calles y carreteras de la región, como sigue ocurriendo en el resto de Somalia.

Tras la reelección en febrero del año pasado de Mohamed Ibrahim Egal como presidente de Somalilandia por una conferencia nacional formada por jefes de clanes y notables, que también aprobó una de las Constituciones más liberales de toda la zona, la estabilidad ha permitido empezar a reconstruir Hargeisa, la polvorienta y desangelada capital de Somalilandia, que sigue ofreciendo rastros de los pavorosos bombardeos que en junio de 1988 lanzó la aviación del dictador Siad Barre y, más tarde, de los choques esporádicos entre sublanes que desafiaban a Egal y se negaban a aceptar que la República de Somalia, creada en 1960 de la unión de la Somaliland británica y la Somalia italiana, había dejado de existir para siempre. Egal no se muerde la lengua y no le da ningún valor al pacto que suscribieron las principales facciones somalíes el pasado mes de enero en El Cairo, y desestima de plano una posible reunificación: «Es una disputa entre jefes de clanes que se quieren repartir el país. Si ahora son tres los que quieren ser presidentes, no tengo ningún interés en convertirme en un cuarto en disputa», dice tras advertir que se considera a sí mismo como el candidato con más méritos, no en vano fue uno de los primeros jefes de Gobierno que tuvo Somalia tras la independencia. «Somos un país con una historia propia, que ya tenía identidad cuando formaba parte del imperio otomano», proclama entre campechano y contundente. «La comunidad internacional ha estado muy mal informada acerca de nuestra historia. No somos una región renegada de una madre patria. Nos unimos voluntariamente a la Somalia italiana». Londres concedió el autogobierno a su protectorado de Somaliland el 26 de junio de 1960. Una independencia que duraría exactamente cinco días, puesto que el 1 de julio la ex Somalia italiana y la ex Somalia británica se unieron bajo el nombre de República de Somalia. Recuerda Egal que aquellos días de junio se recibieron «38 telegramas de jefes de Estado y de países miembros del Consejo de Seguridad reconociendo a Somalilandia». Egal considera que aunque no hay diferencias étnicas ni religiosas entre el sur y el norte de lo que era Somalia, la influencia de la Italia fascista fue nefasta para el sur del país. «Queremos recomenzar la historia truncada en 1960 y olvidar este agujero de 30 años, y adherirnos a la Liga Árabe y a la ONU. En Somalia sufrimos dos guerras con Etiopía y una con Kenia, y todo por los sueños de la Gran Somalia [la que reivindicaba territorios habitados por somalíes en la Somalia francesa —hoy Yibuti—, norte de Kenia y este de Etiopía], y no queremos que eso ocurra otra vez, ni arrastrar la desmembración total que padece el resto del país a manos de insaciables *señores de la guerra*. Mantendremos nuestro país y nuestra identidad contra viento y marea, nos reconozcan o no», proclama Egal con un aire de desafío.

La decisión británica de declarar un protectorado sobre el noroeste del cuerno de África en

1886 tuvo como objetivo no sólo salvaguardar los intereses comerciales de su enclave de Adén, sino también de poner un freno a las apetencias de otros poderes coloniales, como Francia. Italia estableció una colonia al sureste de la misma región. La colonia italiana fue capturada por tropas británicas en 1941. Tras la derrota de los fascistas en el este de África, las posesiones italianas (la actual Eritrea y la parte sur de Somalia) y Somaliland fueron puestas bajo administración militar británica. Bajo las provisiones del tratado de paz de 1947, Roma renunció a sus derechos sobre la Somalia italiana. Sin embargo, en diciembre de 1950, la ex colonia italiana fue colocada por Naciones Unidas bajo administración del Gobierno de Roma por un periodo de transición de diez años, previo a la independencia, mientras el protectorado británico de Somaliland pasó de la administración militar a la civil. En las primeras elecciones generales celebradas en la zona bajo control italiano, la Liga de Jóvenes Somalíes obtuvo 83 de los 90 escaños en disputa. El primer Gobierno se forjó mediante un reparto equilibrado entre los clanes del sur y del norte del país. Los problemas que suponía mezclar los sistemas administrativos tan diferentes de británicos e italianos fueron aparcados en virtud de la unidad de la cultura somalí y el hecho de que los clanes desbordaran los límites coloniales. En cualquier caso, la armonía interna se fraguó a costa de propiciar el conflicto regional, con el compromiso de todos los líderes políticos de extender el espacio del nuevo Estado a las comunidades somalíes que existían fuera de sus fronteras (el sueño irredento de la Gran Somalia), lo que llevó a desastrosas guerras regionales para Mogadiscio, la capital del nuevo Estado. El asesinato del presidente Ali Shirmake en 1969 dio pie a un golpe de Estado incruento que llevó al poder a Mohamed Siad Barre, que instauró un régimen basado en el «socialismo científico» bajo paraguas soviético y abierta condena del tribalismo.

El escritor John Drysdale, un escocés que llegó a Somalilandia en 1943, que tuvo a sus órdenes a «soldados somalíes en Birmania que no conocían la palabra miedo», en la Segunda Guerra Mundial, es uno de los personajes más insólitos de Hargeisa, una capital de 100.000 habitantes por la que se puede pasear tranquilamente al anochecer, entre la penumbra que apenas desvanecen los tubos fluorescentes del alumbrado público, el resplandor de bazares bien surtidos y los quinqués de los cambistas. Drysdale, consejero de Egal, no tiene prisa en que su país adoptivo sea reconocido: «Somalilandia debe profundizar en la paz y la estabilidad que ahora vive para que la situación financiera mejore y fluyan inversiones del exterior. El reconocimiento del mundo acabará llegando». En eso coincide con el eritreo Elías Habte-Selassie («ninguna relación con el último emperador etíope»), representante del instituto Vida y Paz, una organización no gubernamental suiza que intenta «reconstruir las relaciones entre las personas para permitir reconstruir la paz» y que asegura que «en Somalilandia se trabaja mejor que en el resto de Somalia, donde todo es devastación».

Pero «la catástrofe se cierne sobre Somalilandia». Así lo advierte con inquietud e indignación Abdalla Hija Ahi, el alcalde de Berbera, un «hombre de negocios» de Seattle, Estados Unidos, que en 1996 decidió regresar a su país: «Me gusta la política y pensé que había una oportunidad aquí». Es uno de los muchos originarios de Somalilandia que han regresado de la diáspora en

Europa y Estados Unidos para nutrir la Administración y los puestos clave de un país que lucha por salir de la nada. El alcalde de Berbera muestra con desolación el escaso movimiento que registra el puerto por el que entra el 85% de los recursos económicos del país. Desde el 6 de febrero, un embargo internacional ha dejado en la estacada la exportación de ganado vivo (cabras, ovejas y camellos) hacia Arabia Saudí y Yemen. Casi tres millones de cabezas fueron exportadas en el último ejercicio de un puerto vital para la depauperada economía de Somalilandia. La fiebre del valle del Rift, declarada en Kenia, ha desatado la alarma en el golfo de Adén, y aunque Glyn Davies, consultor de la Organización de la ONU para la Agricultura y la Alimentación (FAO), asegura en Hargeisa que Somalilandia está al margen de la epidemia, la cuenta atrás amenaza con sumir en la miseria a Somalilandia. «Si no se levanta el embargo antes de dos semanas, estamos perdidos», dice Abdalla Hija Ahi. La peregrinación a La Meca, en la que centenares de miles de cabras y ovejas son sacrificadas, representa la parte del león de las exportaciones de Somalilandia, de ahí que el presidente, el alcalde de Berbera y los tratantes de la Saylada (el principal mercado de Hargeisa) cuenten los días con aflicción. El sueño de Somalilandia puede estar a punto de sufrir un brusco despertar. El comercio a través de Berbera no había dejado de incrementarse en los últimos cuatro años, y ésa es una ruta capital para las importaciones, tanto para Somalilandia como para Etiopía, no en vano las tasas del puerto son menores que las de la vecina Yibuti. «Los enemigos de la viabilidad de Somalilandia están detrás de este embargo inicuo», denuncia el alcalde de Berbera. La estabilidad de los últimos años había permitido que la Unión Europea y Naciones Unidas cofinanciaran la rehabilitación de este importante puerto del Índico africano. El desastre pende sobre un proyecto de país que comenzaba a ser viable y que ofrece un aspecto bastante más saludable que otros estados reconocidos por la Asamblea General de la ONU. Unicef, una de las agencias más activas en Somalilandia, reitera que si no se toman medidas a tiempo «el coste de la ayuda que habrá que generar será mucho mayor».

Somalilandia no parece un país obsesionado con la seguridad, a pesar de que el Ejército, la policía y la desmovilización de las antiguas milicias se comen el 65% del presupuesto nacional. Los trámites aduaneros son mínimos en el aeropuerto internacional de Hargeisa. El visado se obtiene en la misma terminal a cambio de 20 dólares (3.000 pesetas), lo que permite decorar el pasaporte con el sello de una nación inexistente. El país es tan reciente y amigable, y arde tanto en deseos de ganarse el reconocimiento del mundo exterior, que el propio ministro de Asuntos Exteriores, Mahamood S. Nur, puede presentarse de improviso en el restaurante de un hotel de Hargeisa sin séquito ni protocolo para compartir un café de sobremesa cuando se entera de que periodistas españoles se alojan allí. Ventajas de un país que de momento es sólo sueño.

La tesis de Leslie McTyre. Leslie McTyre sabe mucho del dolor. Cuando este boliviano de madre y yanqui de padre (funcionario del mismísimo Departamento de Estado norteamericano) llegó al cuerno de África ya sabía cómo el Gobierno de La Paz, asociado con nazis alemanes emigrados al Cono Sur, quiso *purificar* la raza y acabar con los indios practicando una política de *limpieza étnica*. También *comió muerte* a raudales cuando se metió en las fosas comunes de Ruanda para contar los cadáveres del genocidio de 1994. Entonces se llenó hasta tal punto de horror que tuvo que bajar al mar para limpiarse. Por eso, cuando este representante de Unicef habla en Jowhar, al sur de Somalia, la noche, que es una gelatina ardiente de grillos y saltamontes, se queda quieta y a la escucha. Como si le dolieran las encías, Leslie cuenta muy despacio, y con los ojos húmedos de un llanto que no quiere aflorar, de «la violencia y la crueldad contra las mujeres, la mutilación que supone la ablación [separación o extirpación de cualquier parte del cuerpo] del clítoris y la infibulación [colocar un anillo u otro obstáculo en los órganos genitales para impedir el coito] de la vagina, un trauma físico y psíquico que en muchas mujeres se mantiene durante décadas». En un estudio patrocinado por Unicef en que fueron entrevistadas cerca de 600 mujeres, en una Somalia devorada por una guerra civil de todos contra todos que en ocho años ha logrado la completa voladura de un Estado, recogió desoladoras conclusiones, como que el 85% de las entrevistadas creían que sólo las mujeres circuncidadas se pueden convertir en mujeres, que el 80% creen que la circuncisión femenina (cortar circularmente una porción del clítoris) es obligada por el islam, que el 90% cree que las niñas no circuncidadas son despreciadas por familia y amigos y que el 100% recuerda perfectamente el dolor que sufrieron cuando fueron circuncidadas.

«Vi que el 98% de las mujeres estaban traumatizadas, que la mitad de la población del país sufría un terrible trauma físico y psíquico». Relata Leslie el caso de una mujer que admitía haber sido ella la que había impulsado a su propio marido y a su propio hijo a la guerra, a «lavar el honor con sangre derramando la de otro clan», porque el sufrimiento que podían llegar a padecer los hombres —su propio marido, su propio hijo— eran infinitamente inferiores al que ella había padecido. A Leslie se le demuda el rostro cuando recuerda el relato de la mujer, «cuando fue circuncidada e infibulada, cuando fue desvirgada como ningún animal desvirga a su hembra, cada vez que *hacía el amor*, o cuando tuvo a su primer hijo. Ella dijo: "Quería coger una daga y matar al niño, desgarrarme el vientre para matar un dolor insoportable". Y después, cuando volvieron a coserle la vagina, porque su marido pasaba mucho tiempo fuera y quería tener la certeza de que su mujer iba a ser fiel». Porque un gran número de mujeres somalíes son reinfibuladas (les vuelven a coser la vagina) tras cada parto, de tal forma que sólo un palillo fino pueda pasar por el agujero.

Leslie McTyre tiene una tesis para explicar la degradación en que ha caído Somalia desde 1991: «Quizá habría que pensar si esta salvajada medieval estimulada por la religión no estará detrás del desgarramiento total de esta sociedad, con la mitad de su población enferma, con un trauma atroz: esa mucosa tan delicada y sensible convertida en una pura cicatriz. Es como el cierre de la pesadilla somalí: las mujeres más bellas de la tierra condenadas a no disfrutar jamás de su

cuerpo, a sufrir desde niñas un dolor atroz toda la vida. Tal vez este país que convierte la maternidad en algo tan espantoso esté condenado mientras no acabe con un hábito tan cruel».

II

La historia de Aman. «Dijo que si yo era mala ella podría ser mala también, y mientras me hablaba, iba sacando sus cuchillos y los enjugaba para limpiarlos. Luego tomó polvo de carbón entre el pulgar y el índice y empezó a jugar con mi clítoris, tirando de él para que se hiciera grande mientras seguía hablando [...].

—¿Es ahora?

—Sí, es ahora —respondió—. No llevará ni un segundo. Cierra los ojos. Cuando los abras, el dolor y tu clítoris habrán desaparecido.

Yo dije:

—¡Conforme!

Esta vez sacó incluso el cuchillo; un cuchillo pequeño, brillante y afilado, con un pequeño gancho. Tiró con más fuerza de mi clítoris, y esta vez aparté el rostro y dije a la otra mujer:

—¡Cójame fuerte! —pedí a la otra mujer, y rechiné los dientes.

Y entonces, Dios mío, Rahima, todo sucedió. Mi cuerpo desapareció en un segundo, tal como ellas habían dicho. Pude oír chust... como el sonido que se produce cuando cortan carne, exactamente así era como ella estaba cortando mi cuerpo. Lo cortó todo; no cortó los labios grandes, pero me cortó el clítoris, y los dos labios pequeños negros, que eran *haram* [impuros], todo eso lo cortó como si fuese carne. Oh, Rahima, pensé que me moría. Abrí los ojos y miré hacia abajo, a mí misma, y vi la sangre manando. Una parte de mí sangraba intensamente, y en la parte donde ella había quitado la carne, la otra carne que se veía era blanca.

¡Rahima, Dios mío, no había hecho más que empezar! Le pregunté si había terminado, y me respondió que no, que iba a hacerlo otra vez. De nuevo dijo: «No llevará ni un minuto», y la creí. Y todos los que estaban mirando empezaron a poner oro y más dinero sobre mí [...] y siguieron cantando. Cada vez que deseaba llorar, miraba a mi alrededor para ver si alguien iba a ayudarme, pero sólo veía rostros sonrientes, y sentí vergüenza, y abrí la boca y fingí que me reía, pero me estaba muriendo por dentro. Ella cortó la parte superior de mis labios grandes, y luego cogió unas espinas como agujas y las puso en mi vagina de través, para cerrarla. Colocó siete espinas, y cada vez que ponía una la ataba con un cordel para juntarlas. Cuando hubo terminado, puso encima un poco de pasta negra para detener la hemorragia y hacer que la herida se secara rápidamente, y después un poco de yema de huevo para que sintiera fresco. Luego cogió un trozo de tela y me lió las piernas juntas, desde los tobillos hasta las caderas. Después me envolvieron en mi vestido otra vez y me llevaron dentro, a la habitación que tenían preparada para nosotras. Y eso es lo que hicieron a las otras dos niñas». (*Del libro «Amán. Historia de una joven somalí», tal como le fue contado a Virginia Lee Barnes y Janice Body. Traducción: R. M. Bassols. Planeta / Seix Barral.*)

III

El don de Carmen Garrigós. «Las mujeres somalíes sufren en su carne una amputación tan brutal, tan dolorosa, tan permanente y tan injusta que puede considerarse como una de las vergüenzas más grandes de este siglo tan pródigo en ellas. Cuando alguien se atreve a admitir la ablación femenina como una tradición inscrita en el islam lo único que está haciendo es ponerse a la altura de los que justifican la pena de muerte y la tortura, la antropofagia o la inferioridad de las mujeres o de los negros».

Hay personas que tienen un don. Carmen Garrigós es una de ellas. Flaca como un junco y fibrosa como una raíz, le brillan los ojos cuando habla de Somalia, y no tiene miedo. Acaso no le guste que la describan como una especie de monja laica. Se indigna y se compadece, ha encontrado ese terreno preciso en el que dar sentido a su vida sin perder de vista los límites de lo que se puede hacer. Admite que siempre ha creído en Dios, pero su causa está en este mundo. Nacida hace 43 años en Ibi, la ciudad de los juguetes, su Ayuntamiento la ha propuesto para el Premio Príncipe de Asturias de Cooperación Internacional. Ella ha sabido ganarse el corazón de los somalíes, porque les respeta, no les trata con paternalismo, pretende sobre todo que sean ellos y ellas quienes se conviertan en dueños de su propia existencia. Ella sabe que una de las perversiones fundamentales de la ayuda humanitaria consiste en perpetuar la condición de las víctimas.

Carmen pronuncia frases tan inquietantes, para alguien que llega del saciado Primer Mundo, como: «Son felices porque no tienen nada». Cantan y bailan; pueblos enteros salen en masa a la orilla del río, como cuando el buque de Conrad se adentraba en el corazón de las tinieblas, pero esta vez no muestran hostilidad alguna, atraídos por el borboteo de la zodiac de Unicef que llega a vacunar a los niños de poblados perdidos, como Halgan y Nukai, en esta Mesopotamia somalí, entre los ríos Juba y Shabele, que las lluvias copiosas desbordaron. Tierra castigada: o sufre perpetua sequía o las lluvias caen imparable durante días y lo inundan todo.

Carmen Garrigós, el alma de Unicef en Jowhar, la antigua villa de los Abruzzos de los tiempos en que el sur de Somalia era una colonia italiana, lamenta tener que pagar escolta —«no hay alternativa, o pagas o te vas»—, pero recalca que la habilidad de Unicef ha sido la de implicar en las tareas de protección a milicianos de todos los clanes de Jowhar. Después de seis años en Somalia, se siente más somalí que alicantina. Cuando vuelve a casa se da cuenta del abismo que le separa de las preocupaciones de sus amigas. Unicef ha impulsado, gracias a gente como Leslie McTyre y Carmen Garrigós, proyectos como Farjano (río del paraíso, en somalí), un sistema de aguas del que se ha beneficiado toda la ciudad de Jowhar. Pero la campaña más intensa, la que cree que debe cambiar la faz de un país atormentado, es la que Carmen siente como algo propio: el proyecto de Unicef contra la circuncisión y la infibulación femeninas, «verdaderamente revolucionario». A ella le gusta preguntar a los interlocutores más recalcitrantes: «¿Es que Alá hizo algo imperfecto para que el hombre o la mujer tengan que cortarlo?».

Después de trabajar como enfermera en España, de ampliar estudios en París, de viajar por América Latina, de *envenenarse* con África en Guinea Ecuatorial, desde 1990 lleva enganchada al

cuerno de África. Desde enero de 1997, Carmen Garrigós es responsable en Jowhar (capital de Shabelle Medio) de un programa de salud de Unicef que incluye nutrición, salud materno-infantil y vacunación. Pero eso no son más que datos. La espuma leve de una biografía. Porque junto a Carmen Garrigós, contemplando cómo se enfrenta a su destino, que ha mezclado con Somalia y con África como si fueran una misma sustancia, uno comprende ese extraño y precioso don que sólo algunas personas tienen.

IV

La nostalgia de Fatuma Haji Nur. Los prejuicios y los tópicos a menudo provocan más cráteres que las bombas. Fatuma Haji Nur tiene 42 años, seis hijos, habla varios idiomas y recuerda una Somalia en la que trabajaba de secretaria para una compañía multinacional. «Mi padre, que era el *sheik* [jeque] de Jowhar, no quería que fuera circuncidada. Él me dio la educación que tengo, me permitió convertirme en traductora. Él pensaba que la circuncisión era una cuestión cultural, no religiosa. Pero mi madre sí quería, porque defendía la tradición. Yo leía muchos libros y tenía decidido que mis dos hijas no serían circuncidadas como yo. Durante una estancia en Arabia Saudí dejé a mis hijas con mi madre. Cuando me contaron por teléfono que habían sido circuncidadas se me cayó el alma a los pies, me sentí completamente derrotada, sentí una oleada de dolor, como si me lo hubieran vuelto a hacer a mí». Fatuma habla despacio, mientras fuma un cigarrillo. No tiene miedo, pero a medida que habla el rostro se le transfigura, como si un fondo de tristeza incorregible le subiera a la mirada: «Me lo hicieron a los siete años. Recuerdo muy bien aquel día. Mi tía me sujetaba las piernas y me decía que fuera fuerte. Me pidió que no llorara [los somalíes tienen a gala no mostrar jamás sus sentimientos, porque entienden que eso es un síntoma de debilidad]. Me dijo que me pusiera el velo en la boca y lo mordiera para no gritar. Recuerdo muy bien el daño que me hicieron. Durante muchos años no sentía ningún placer con mi marido. No podía resistir el dolor. Leyendo me di cuenta de que había otras formas de hacer el amor. Así descubrí que podía disfrutar poniéndome encima de mi marido. [Pero eso es algo que muchos somalíes no aceptan, porque las posturas a la hora de practicar el sexo también son otra forma de perpetuar una dominación]. Y eso que a mí sólo me amputaron el clítoris, no me cortaron y cosieron los labios, por eso no sentí tanto dolor cuando tuve a mis hijos. Mi marido siempre fue muy amable conmigo». Fatuma, como otras muchas mujeres, tiene muy claro que la guerra que desde 1991 ha desgarrado Somalia ha sido «una cuestión de los hombres». Y clama: «Estamos hartas de sufrir la guerra de los hombres, incluso hemos pensado en ponernos de acuerdo para marchar todas desnudas. Quizá así pararíamos la guerra».

Fatuma es una de las principales animadoras de la Agrupación de Mujeres de Jowhar, patrocinada por Unicef, que celebra seminarios sobre la necesidad de acabar con la circuncisión y la infibulación femeninas en el antiguo Circolo Cittadino, de cuando los fascistas y nobles italianos del tiempo esplendoroso de la colonia (para los colonos). Trece hombres (entre ellos los jeques principales de Jowhar y el presidente de la Corte Islámica) y 14 mujeres se reúnen al

comienzo de la tarde. Las mujeres han perdido el miedo a decir lo que piensan y lo que sienten. Todos hablan tan abiertamente de cuestiones tan íntimas que muchos españoles se sentirían azorados de asistir a una reunión semejante. La ponente suscita con frecuencia las risas de su auditorio. Se llama Aini Abokar Gaal y nació en Mogadiscio, la capital somalí, hace 27 años. Escribía libros científicos para el Ministerio de Información y Desarrollo. Circuncisa, tuvo tres hijos y cinco hijas. Ninguna de ellas corrió la mala suerte de su madre. Su marido fue comprensivo, pero ha tenido graves discusiones con su madre y su abuela: «Dicen que si no circuncido a mis hijas irán al infierno. Los jeques y los imames conocen los efectos físicos y psíquicos de la circuncisión. Pero en la práctica hay más factores que los religiosos. Tenemos que ir paso a paso. Hay que convencer primero de que no se comete pecado si no se circuncida a las niñas y que sobre todo es una cuestión de higiene para las mujeres y sus hijos». Llega la hora del rezo. Aini Abokar Gaal se levanta, pide perdón, da la mano cubriéndosela con el velo y se va a rezar. Ser una mujer piadosa no le impide estar en contra de la circuncisión. Sigue Fatuma: «Ahora las mujeres no tienen miedo a hablar porque son las únicas que trabajan, las que mantienen las familias, las que educan a los hijos. Los hombres, en el paro o en la guerra, no tienen derecho a decir nada».

V

La belleza de Esterline Arushe Abdi. Contra el amanecer del océano Índico, en la terraza de su casa de la ciudad medieval de Merka, los 40 años pletóricos de Esterline Arushe Abdi no tienen nada que envidiar al mar. Figura destacada del clan de Haber-Ghidir, uno de los más poderosos de la religión, preside Iida (palabra que en somalí se refiere a una mujer que nace un día de fiesta y que puede traducirse como Esperanza). Iida es una organización no gubernamental interclanes implicada en un ambicioso proyecto de desmovilización y reeducación de milicianos, que cuenta con el apoyo de Unicef y de la Unión Europea. El Centro de Desmovilización de Merka es un edificio amplio, blanco de cal deslumbrante, con un patio limpiísimo y sombra reparadora. El primer contingente de 150 muchachos que ha entregado sus fusiles (están a buen recaudo: «Serán destruidos cuando el resto de las facciones entreguen las suyas») se vuelca sobre los libros y en las aulas. Parece un instituto modelo. La mayoría estudian para convertirse en pescadores o en campesinos. «Hay un 100% de éxito en los estudios. Empiezan el curso en julio y lo finalizan en abril del año siguiente, entran los viernes por la noche y salen el jueves a mediodía». El Centro de Desmovilización de Merka, bajo la mano firme y delicada de Esterline, es un proyecto piloto que puede acabar sirviendo de modelo para toda Somalia. Los que la quieren dicen que frente a los *señores de la guerra*, que han devastado el país, ella es una *señora de la paz*. Del acuerdo firmado en El Cairo en enero entre los principales *señores* extrae la esperanza de que «por lo menos los clanes están hablando de paz», pero advierte que «el camino de la paz está plagado de dificultades», porque sabe que «muchos clanes y subclases han hecho mucho dinero a costa de la guerra». «Es verdad que cada somalí está en contra de sí mismo», remacha.

Lida también participa en Merka del proyecto impulsado por Unicef en Jowhar en contra de la circuncisión femenina. Los argumentos de Esterline coinciden con los de Carmen y los de Fatuma: «Organizamos reuniones con mujeres y con quienes realizan la circuncisión. La gente piensa que la circuncisión y la infibulación son prácticas vinculadas a la religión, pero intentamos hacerles ver que se trata de una tradición cultural insana que nada tiene que ver con la religión. Vincular esa práctica terrible a preceptos religiosos islámicos inexistentes no es más que una interesada malinterpretación». Como Fatuma, no hay ninguna pregunta, por íntima que sea, que Esterline rechace. Es la única que confesó sin avergonzarse no haber sido circuncidada. «Mi madre, que conocía muy bien la religión islámica, estaba en contra de la circuncisión». Cree que la guerra hizo que «muchas gente volviera sus ojos hacia la religión».

Cuando estalló la guerra, en 1991, decidió no casarse. Y resulta evidente que no le han faltado pretendientes. No tiene hijos. A sus 40 años, el seguir soltera es todo un desafío en una sociedad como la somalí, que asigna un papel preciso y predeterminado a la mujer. En una tierra tan pródiga en mujeres de belleza abrumadora, Esterline transmite otra acaso más profunda de la de su rostro sereno. Mira a los ojos con franqueza y argumenta con tan suave confianza que consigue cómplices sin esfuerzo. Es la única mujer (fuera de los poblados de la selva somalí) que no lleva el pelo cubierto, ni siquiera durante el Ramadán. A veces le preguntan en el mercado por qué no se cubre el pelo, y ella responde que porque no está casada. «Pero no sé, tal vez me cubra el pelo si me caso, tal vez no...». Tiene un pelo largo, liso y ondulado. «El chador y la necesidad de cubrirse la cabeza es una obsesión de los árabes, pero nosotros somos africanos y somalíes. No son más que tradiciones culturales. Yo pienso de otra manera». Y tal como lo piensa, lo lleva a la práctica, sin miedo, sin violencia, sin arredrarse ante las miradas críticas. La suya es una belleza hecha de inteligencia, segura de sí misma, pero sin el más mínimo asomo de soberbia. Una mujer somalí.

VI

El coraje de Edna Adan Ismail. Tiene 60 años y una espléndida jubilación como antigua alta funcionaria de Naciones Unidas con cargos de responsabilidad en varios países islámicos. Edna Adan Ismail es una de esas mujeres llenas de coraje que Somalia ha hecho brotar de entre las piedras, que no renuncian a recrear la vida, a construir sobre los escombros. La primera mujer somalí que salió a estudiar al extranjero, la primera que regresó con una diplomatura en enfermería y obstetricia, la primera que se alzó contra la circuncisión y la infibulación (práctica que sufrió en su propia carne y contra la que escribió en documentos de la Organización Mundial de la Salud a comienzos de la década de los setenta), la primera mujer que condujo un automóvil por las calles de Hargueisa. Hargueisa es la capital de Somalilandia, la antigua Somalia británica que en 1991 decidió desgajarse del resto de Somalia para constituir un nuevo país que de momento nadie ha reconocido. Edna ha empeñado su vida y su dinero en mejorar las condiciones sanitarias y educativas de su pueblo, porque sabe que «la mejor manera de empezar a salir de la

miseria es mediante la educación». Ella es un ejemplo admirable de cómo la mitad más maltratada y desposeída de la población somalí —las mujeres— ha mantenido en pie al país: «Mientras los hombres, ciegos de *qat* (una hierba euforizante) y con un AK-47 en la mano se dedicaban a reducir Somalia a escombros, las mujeres trabajábamos, cuidábamos de los hijos y de las casas, hacíamos todo el trabajo que los hombres habían dejado de hacer y, para colmo, éramos atrocemente infibuladas». Casada tres veces (la primera con el que fuera primer ministro en la Somalia independiente y hoy primer presidente de la Somalilandia independiente, Mohamed Ibrahim Egal) y divorciada otras tres, ya en una ocasión perdió todos sus ahorros intentando levantar un gran hospital en Mogadiscio que el viento de la guerra se llevó por delante. Ni un minuto se para a pensar en los requiebros de su madre para que abandone las penurias de la vida en Somalilandia y se retire con ella a una placentera vida de jubilada en Londres. Ha vuelto a invertir todo su dinero en el nuevo hospital que quiere levantar en Hargueisa. Edna conduce en plena noche su propio todoterreno para mostrar su «gran sueño». Le pide la linterna al vigilante y con ese haz dibuja en el aire, por encima de los cimientos recién abiertos: «Aquí estará el quirófano, aquí la UVI, aquí las habitaciones, aquí el laboratorio, aquí la farmacia, aquí la sala de medicina preventiva, aquí las cocinas, aquí las tiendas que permitirán al hospital obtener ingresos para su manutención». Quiere que su hospital sea un modelo para todo un país arrasado. «Este hospital recibirá las atenciones de los hijos que nunca tuve. No será gratuito, se cobrará una pequeña cantidad a cada paciente para que lo valoren como se merece». Ha decidido no pedir ayuda económica a nadie hasta que el hospital no esté construido. Edna es en sí misma toda una ONG. Se dedica a visitar a los ricos de Hargueisa para buscar dinero, mantas, colchones para atender a los desplazados que vuelven a Somalilandia desde Yibuti o Etiopía. No quiere saber nada del pacto firmado en El Cairo por los *señores de la guerra* del sur, que «se han dedicado a destruir el país y ahora quieren repartírselo».

Y participa de la lucha de Carmen, de Fatuma, de Esterline, contra la ablación y la infibulación: «No es más que una tradición social y cultural que hay que desterrar por completo. Y hay que empezar diciendo que es una agresión imperdonable contra la propia salud (la tasa de mortalidad materna era en 1987, cuatro años antes de que estallara la guerra, la tercera más elevada del mundo, y en buena medida por culpa de la infibulación). Eso es lo primero que las mujeres deben entender. Sólo después hay que decir que es una costumbre que va contra los principios del islam. Porque si seguimos parámetros occidentales y hablamos de la igualdad o de los derechos de las mujeres será mucho más difícil cambiar las cosas. Hay que ir poco a poco. Hasta que las mujeres pierdan el miedo». La hermosura de Edna a sus 60 años es la de una luchadora, la de una mujer que no ha dado ni un solo día de descanso a los ángeles que la protegen. Su rostro, terso como el de tantas somalíes, guarda muy hondo sus emociones. Después de pasar largas temporadas en el extranjero, ha preferido volver a su país, Somalilandia: «Aquí hay mucho que hacer. Sé muy bien que se consigue mucho más sin armas, por eso nunca viajo con guardaespaldas. *Qat* [droga] y fusiles, eso es lo que ha destruido nuestro país».

«La lucha contra la infibulación y la circuncisión femeninas es una lucha que deben encabezar las mujeres africanas, por su salud y por su dignidad, para que se conviertan en dueñas de su propio destino y de su cuerpo. Para esa lucha necesitan de la ayuda y del apoyo de las mujeres del resto del mundo. Pero las que deben tomar en sus manos la bandera contra esa violación de los derechos humanos son las mujeres africanas. Porque es nuestra propia lucha». Son palabras de Edna. El valor de Fatuma, Esterline y Edna, capaces de sobreponerse a un destino atroz, representa un camino admirable para Somalia y para toda África. Es el ejemplo de mujeres que niegan, con su actitud y con su vida, el fatalismo de un continente que algunos quisieran condenado para siempre.

MADRID

Lunes, 13 de abril

No sé muy bien por qué el escritor José Saramago, al que he admirado tanto y he leído con tanta devoción, se me ha ido resquebrajando, como si tuviera la impresión de que en sus actitudes éticas hay muchas veces una sobrecarga estética, como si se notara el esfuerzo que hace para adoptar esas poses comprometidas. Pero tal vez me equivoque. He aquí una de esas frases que dormían agazapadas en mis pilas de periódicos, pendientes de ser convenientemente expurgados. La frase pertenece a uno de sus *Cuadernos de Lanzarote*: «Un diario quizá pudiese llegar a ser una novela si la función de su único personaje no fuese la de encubrir a la persona del autor, servirle de disfraz... el rostro mostrado pregunta disimuladamente: ¿Sabes quién soy? y no sólo no espera respuesta sino que tampoco está pensando en darla». ¿Es lo que el propio Saramago hace? ¿Es lo que habitualmente hago yo aquí?

Miércoles, 15 de abril

El periódico portugués *Público* habla de la «cámara participante» y sin leer ni siquiera el primer párrafo me acuerdo de los escrúpulos y de la indignación de Corinne Dufka cuando en Monrovia la buscaban desalmados para que fotografiara el momento en que iban a cortarles los testículos a «un enemigo». Tuvo que esforzarse en convencerles de que «no era necesario» para que no lo hicieran. Tuvo que asegurarles que no pensaba «fotografiar eso» para que ellos se dieran cuenta de la inutilidad de su crueldad. Pero no siempre ocurre así. Hay camarógrafos, fotógrafos y plumillas que estimulan con su presencia (a veces incluso verbalmente) esas atrocidades para tener imágenes de impacto que llevar a sus masticadores de muerte, al mercado de la carne.

BRUSELAS

Lunes, 18 de mayo

Un hotel magnífico, como una fortaleza de ladrillo oscuro que se camufla con la noche y acaso así me protege de la misma noche. ¿De la mía propia, de la que duerme y se mueve y respira y sueña en mi interior? Tanzania y Burundi. Apenas siete días. Otra vez este extraño y doloroso amor.

DAR ES SALAAM

Martes, 19 de mayo

Demasiado tarde para que del largo viaje en avión entre Amsterdam y Dar es Salaam resulte algo más que una mera evocación de regreso, los hallazgos de Chinua Achebe sobre el miedo que lleva a menudo a la violencia y al crimen (o al asesinato ritual), sobre los niños buscando el amparo de los relatos junto al fuego en plena estación de lluvias o la constatación de Ezinma de que su madre, Ekwefi, no se quema cuando alza la olla del fuego, como mi abuela Emilia. Todo ello lo reconozco mientras el avión avanza hacia el sur y yo leo *Todo se desmorona*, que habla de los ibos de Nigeria, es decir, habla de toda África, es decir, habla de cualquier ser humano. Cada vez que regreso a África me reencuentro con una parte secreta y olvidada de mí mismo. Hoy es tarde y el reloj me mira burlón. Pero esta vez, una de estas noches de Tanzania o Burundi, trataré de explicar el porqué.

HOTEL NUEVA ÁFRICA

El casino no cierra en toda la noche. Y puedes encargarte comida y bebida a cualquier hora. Al salir del ascensor te encuentras con una primera barra y amplios y confortables sillones de mimbre bien trenzado que rápidamente remiten (si de mentes limitadas y de escasa imaginación se trata) a escenas pornográficas de *Emmanuelle*. De cualquier manera, en uno de los televisores de este primer bar puedes tomarte una cerveza (Kilimanjaro, Primus, Serengeti) mientras te muestran pornografía occidental (rubias opulentas, viciosas y escasas de ropa). Para llegar a la segunda barra hay que atravesar un verdadero bosque (tan iluminado como ruidoso) de máquinas tragaperras. En el centro del salón, tras repartidoras de cartas, las dos mesas reinas: dos ruletas: en el medio, como una juez de tenis, sentada en una silla más alta, una mujer blanca no pierde ripio y mueve la cabeza de una mesa a otra como si la bola se moviera verdaderamente de un campo a otro. Los monitores, en este caso, no distraen al personal (blancos, indios, negros, hasta españoles a los que oigo hablar de negocios y no saco de su ensimismamiento): documentales que parecen formar parte de la decoración, como las mujeres, más o menos bellas y más o menos disponibles que esperan a los derrotados para el consuelo y a los triunfadores para la descarga y la constatación. Una Nueva África. Moqueta y mobiliario ofrecen un aspecto impecable y los

camareros, además de eficaces, son amigables. La noche, mientras tanto, sitia el hotel sin que nadie se dé cuenta.

KIGOMA

Miércoles, 20 de mayo

1. Desde mi habitación, la 209 del Kigoma Hilltop Hotel (en cualquier caso más grande y mejor equipada que las cabañas de los 330.000 refugiados, burundeses en su mayor parte, instalados en campos no lejos de aquí), el lago Tanganica es tan sólo una depresión oscura e improbable. Y si divisas luces a lo lejos no son las de la orilla congoleña, sino pescadores. La bahía se remansa a mi derecha. Pero estoy encerrado y no veo más de lo que puedo imaginar, como que los mapas me dicen que muy cerca, al sur, está Ujiji, donde Stanley pronunció aquella frase que se grabó en la historia: «¿El doctor Livingstone, supongo?». Pero el aire acondicionado está encendido, hace tiempo que de las ascuas del crepúsculo no quedó nada, y desde aquí es imposible distinguir los rostros y mucho menos las voces.

2. El *Liemba* tampoco está amarrado al puerto de Kigoma. Este viejo transbordador, ahora sólo en servicio entre Kigoma y Mpulungu (Zambia), pero que en tiempos menos turbulentos recalaba también en Bujumbura (Burundi) y Kalemie (República Democrática de Congo). El *Liemba* es una leyenda viva, uno de los más viejos transbordadores en servicio en el mundo. Construido en astilleros alemanes en 1914 y ensamblado a la orilla del lago Tanganica después de haber sido transportadas sus piezas por ferrocarril desde Dar es Salaam, fue botado con el nombre de *Graf von Goetz*. Escondido en el fondo del lago durante la Primera Guerra Mundial para evitar que cayera en manos británicas, las autoridades coloniales inglesas pagaron 4.000 libras de la época por el buque y en 1924 lo reflataron, rehabilitaron y rebautizaron como *MV Liemba*. Y hasta hoy no ha dejado de prestar servicio: en los atormentados últimos tiempos, hasta para transportar refugiados de una a otra orilla de esta frontera lacustre.

3. De Ernesto *Che* Guevara, sin embargo, no hay rastros aparentes en Kigoma, adonde llegó en los años sesenta para alimentar la chispa revolucionaria que un disperso y disoluto Laurent Kabila había prendido en el este del Congo. En las selvas congoleñas estuvo a punto de perder la vida, como de hecho la perdieron muchos de sus hombres en una guerra de guerrillas voluntariosa, pero mal organizada, y con unos combatientes locales más preocupados de la magia y de sus tribus que del combate. La retirada a través de un lago atormentado también estuvo a punto de costarle la vida. No deja de resultar revelador que Kabila haya empezado a mostrar inequívocos signos dictatoriales desde que hace ahora un año acabara con la tiranía de Mobutu en Kinshasa y que ayer se entrevistara con el renegado de su raza Michael Jackson para intentar desplegar un banderín en las celebraciones de su triunfo al ver que la mayoría de los líderes regionales

prefirieron abstenerse de acudir a la capital de la nueva República Democrática de Congo para alentar a aquel lejano amigo del Che.

4. La avioneta Cessna partió de Dar es Salaam poco antes del mediodía. Desde el aire vimos los estragos causados por El Niño a lo largo del curso del río Mkondoa: la vía férrea trunca, carreteras y sembrados todavía anegados. Y una capa vegetal más verde y copiosa de lo que sospechaba para esta parte del país. El piloto se deja caer suavemente y copia desde el aire el curso de la corriente: desde el aire descubro numerosos baobabs, invitándome como cómplices del Principito. Dodoma no es todavía la capital, pero sigue soñando con serlo. Tanzania, a pesar de su manifiesta pobreza, es una de las Áfricas que funcionan, y la limpieza de sus aeropuertos, ciudades y oficinas es una buena muestra de ello.



5. Llegamos a Kigoma cuando el crepúsculo se deshacía de sus rojos. La vegetación es aquí exuberante, lo que hace de la tierra y de las viviendas acaso una pigmentación: será tal vez el ocaso o la dulzura de la hora. Los muchachos juegan al fútbol, pasamos ante una mezquita verde y coqueta, las vendedoras llenan las aceras, los hombres juegan a una especie de dominó y el puerto es un ejemplo de buen gobierno y organización. Como este hotel sobre el lago, los recuerdos, las voces desvanecidas, las linternas de los pescadores, la Vía Láctea donde apoyar la escalera de Jacob o la explicación de mi atracción africana que no acabo de empezar a escribir. Como ayer, vuelve a ser tarde. Como todos los días, como todas las noches. Todo parece quedar pendiente: el estudio, la lectura, la escritura, el trabajo, el amor y la vida. Me peleo con el inglés que todos hablan: me devano intentando entenderlo todo y acabo agotado. El lago gigantesco duerme como

un cocodrilo manso y ancestral. En sus orillas, la guerra ha encontrado un terreno extraordinariamente abonado. ¿El odio prende fácilmente aquí? Esta orilla, la tanzana, es la prueba manifiesta de que otras/las mismas especies pueden crecer mucho mejor.

6. ¿Por dónde empezar? La pluma parece resistirse, como si no quisiera tener que enfrentarse a preguntas que pueden llevar demasiado lejos (mar adentro, Tanganica adentro) del mundo conocido. Como si aquí me atreviera a sentir lo desterrado: sensaciones inscritas en la memoria previa a la constitución de la propia memoria, cuando ni siquiera sabía que iba a nacer en Vigo y no en un lugar como, por ejemplo, Kigoma. Cuando estaba a salvo del mundo envuelto por aquel mar interior, con los ojos cerrados y sin conciencia ni del tiempo ni del mal. ¿Acaso crees que hubo también una África así antes de que el hombre blanco desembarcara en sus costas y se adentrara (como Livingstone, como Stanley) en su inexplorado interior? Mis respuestas todavía no están listas. El presunto paraíso perdido también estaba plagado de crueldades. Regreso una y otra vez en busca de una especie de respuesta y acaso escribo esperando que una iluminación llegue.

He aquí uno de los escenarios de Laurent Kabila y de Ernesto *Che* Guevara hace 33 años: desde la orilla tanzana del lago Tanganica, en plena noche, las luces que se vislumbran en medio de este larguísimo mar africano no son las congoleñas sino las de los pescadores. Esto es Kigoma, donde Kabila trasegaba cerveza y cumplía con sus mujeres mientras soñaba un Congo libre que no sé si se parece mucho al que ahora tiene en sus manos. Hasta esta orilla trajeron el Che y sus hombres desde Dar es Salaam un barco, que botaron para salvar esta inmensa frontera natural y prender una guerrilla que se apagó entre la verdura y la vegetación siempre húmeda y la indisciplina y supersticiones de los milicianos con los que Kabila quería la victoria y el Che la revolución. Una revolución que debía extenderse como una mancha roja por toda África. He aquí, en esta Kigoma que el dulce atardecer de mayo prende de rosa y rojos inofensivos donde estaría la primera localización de esa acaso película, acaso novela, acaso pieza de teatro que daría cuenta de los sueños africanos del Che y de nuestros propios sueños. En el puerto nos muestran un gigantesco almacén impecable en el que varias toneladas de harina de maíz enviadas por la agencia humanitaria de Estados Unidos, perfectamente apiladas, hacen que uno cobre verdaderamente conciencia de la capacidad de este galpón pintado de blanco. Mientras Luise Robinson, responsable del Programa Mundial de Alimentación, una menuda y sin miedo mujer del Ejército australiano en comisión de servicio, nos habla de las condiciones de almacenamiento, y los encargados del puerto y sus ayudantes, todos tanzanos y con los zapatos impecablemente brillantados, alineados a la derecha como para que alguien les pase revista, una gran franja de luz naranja colorea uno de los muros: es una ventana de tal vez cinco por cinco metros en la que Goya podría pintar la cabeza de aquel perro semihundido. En este decorado, las palabras apenas dejan huella. Tomo notas como un autómatas, pero los ojos vuelven una y otra vez a esa mancha de luz terrosa que el crepúsculo regala como una señal sutil y elocuente al mismo tiempo: el naranja

aumenta apenas unas décimas en el espectro del diafragma y yo me asomo al mar esperando encontrar algún rostro visible de un argentino que aquí quiso encontrarse a sí mismo a mediados de los años sesenta. Me temo que las sequías y los aguaceros lo han borrado todo. Goya sigue, mientras tanto, sordo como una tapia, pintando su perro silencioso y terrible en nuestro muro.

Jueves, 21 de mayo

¿Cómo de mal ha empezado África? Ha pasado el tiempo de la inutilidad y la cosecha sigue siendo terriblemente magra. Me asomo al lago Tanganica en cuanto las primeras luces desgarran las tinieblas y me doy de bruces con una belleza que me sobrepasa: por sobrecogedora y porque me hace guardar las palabras en la alforja de las emociones, como si pudiera preservarla para siempre en un lugar de la memoria que me permitiera sacarla a relucir en el futuro como una piedra preciosa de certezas, no de alienantes esperanzas. Terminó de leer *Todo se desmorona*. Chinua Achebe concluye su libro con la determinación cargada de terribles buenas intenciones del comisario blanco que se ha encargado de reducir a cenizas una parte de la cultura de los ibos: la de escribir un libro con resonancias antropológicas titulado *La pacificación de las tribus primitivas del Bajo Níger*. Y empiezo a leer *El Emperador*. El ejemplar me lo dedicó el propio Kapuściński en El Escorial en el verano de 1996. Al principio dice que «ladran los perros», y creo que cuando por fin vaya a Addis Abeba buscaré en plena noche los ladridos de esos perros que son como los almuédanos de la capital de la vieja Etiopía. Poco después relata la ración de denuncias con las que Haile Selassie se desayunaba todas las mañanas: páginas que en su exactitud y en su ironía no desmerecen de *El proceso*.

Es un privilegio disponer de una avioneta blanca capaz de surcar poco después del amanecer el hotel donde dormiste, el lago que te deslumbró unos segundos después de abrir los ojos y el pueblo que recorriste por caminos rojos y polvorientos, como los demás hombres. Desde el aire, caminos, manchas, variaciones de la superficie, remansos de agua, deltas, corrientes, cimientos, rocas, arbustos, mantos vegetales y hasta la misma sombra de la avioneta parecen una caligrafía que nadie acierta a descifrar. Incluso los campos de refugiados, que en nada se parecen a los que vi en Zaire en 1994 y 1996, podrían pasar por poblados tanzanos. Porque los árboles crecen entre las cabañas como en cualquier emplazamiento humano que se quiere permanente. Los Grandes Lagos siguen siendo una gran región a la deriva. Desde el aire tampoco se atisban las fronteras: de hecho el día comienza burlando las advertencias militares que prohíben subir a las colinas que rodean Kigoma porque se trata de un territorio estratégico y la sensible frontera con Burundi no está demasiado lejos. La pluma se resiste a soltar la tinta y la caligrafía se resiente: como si estuviera calcando torpemente lo que es posible apreciar desde una avioneta que no tiene conciencia de estar leyendo el cuaderno virgen de la Tierra bajo el gran flexo del sol junto al lago Tanganica. Tal vez no sea más que una brizna de cansancio en la frente de entender África. La memoria guarda selectivamente. Antes de apagar todas las luces y de cerrar los ojos bajo el mosquitero echaré una mirada al lago, acaso para comprobar que sigue ahí, que los pescadores

con sus linternas buscando tilapia son una certeza, no la invisible costa del Congo que Kabila parece empeñado en desdibujar otra vez. Como si África estuviera permanentemente empeñada en empezar mal. Kapuściński piensa que no sabemos leerla. Yo acabo de empezar en Kigoma, junto a la belleza indescifrable del lago Tanganica, un nuevo cuaderno de caligrafía. Pero tal vez se trate de memoria.

Dos cárceles

Contra la pared de una casa frontera bailan dos niños sobre el suelo arenoso y mueven las manos para asombrarse del efecto de las sombras gracias a la luz anaranjada del atardecer que se filtra entre los árboles. También las plantas y las flores proyectan sombras delicadas e insólitas sobre la pared blanca salpicada de barro por las lluvias oblicuas. Como en la pared blanca de la hermosa cárcel de Kigoma, que parece un castillo de juguete y que fue antiguamente una fortaleza alemana. Basta atravesar el umbral para que todo se desvanezca: en cualquier caso no será ni mucho menos tan espantosa como las cárceles que sufrió y relató Wole Soyinka en *El hombre ha muerto*. Pero el horror y las enfermedades se concentran tras esas paredes primorosamente blanqueadas. Hay una diferencia: muchos presos, vestidos con el uniforme a rayas de los chistes y las películas de humor del cine mudo, disfrutaban de un régimen abierto: se les puede ver paseando junto a los muros, pescando en el lago o vendiendo en el mercado.

Prefiere llamarse Frank, como uno de sus hijos, para que ningún agente de Buyoya lo reconozca. Vive desde el golpe de Estado de 1993, que acabó con la obra y la vida de Melchior Ndadaye, primer presidente de Burundi elegido democráticamente, y primer hutu que accedía a lo más alto, en el campo de refugiados de Kanembwa. Es tan grande que desde el cielo parece un poblado tanzano más. Frank admite que muchos compatriotas disponen aquí de más espacio y de más tierra de los que jamás disfrutaron en su propio país, pero ni aún así quiere o quieren siquiera imaginar que nunca volverán a Burundi. Para Frank, este campo de Kanembwa es peor que la cárcel de Kigoma: «No puedo salir del campo, no puedo hacer negocios, esta vida no es vida. Si me dieran un arma por supuesto que lucharía, porque después de que mataron a mis padres, a un hermano y a muchos de mis amigos no tengo nada que perder». Tiene a su hijo Frank, a otro del que no conozco su nombre, y a su mujer. Puede moverse al aire libre, pero se siente encarcelado en un país que no es el suyo. Si se echara a caminar hacia el noroeste no tardaría mucho tiempo en cruzar la frontera con Burundi: «Pero quién quiere ir si sabe que están esperando para matarte».

VISIÓN DE LA RÍA DE VIGO EN EL LAGO TANGANICA

La capital de la provincia de Kigoma se llama Kigoma, se moja los pies en el lago Tanganica, tiene una mezquita pequeña y coqueta y una cárcel pintada de blanco que antes fue fortín alemán. Los muchachos juegan al fútbol al atardecer y la vida parece dulce junto a la brisa del lago. Aquí

botó su barco, traído por carretera desde Dar es Salaam, la lejana capital tanzana, el guerrillero Ernesto *Che* Guevara, que en 1965 se unió a las huestes de Laurent Kabila en Congo para hacer la revolución africana. Resulta superfluo decir que fracasó, aunque su socio Kabila se hizo hace un año con el poder en Kinshasa. Muy cerca de Kigoma, algo más al sur, en Ujiji, pero un siglo antes, Henry Morton Stanley logró una de las más grandes exclusivas del periodismo mundial. Tras dar con el misionero más famoso de la época, le dijo algo inolvidable: «¿El doctor Livingsgtone, supongo?». En Ujiji todavía hay un vendedor de almohadas que recuerda a Kabila, el hoy nuevo líder de la vecina (al otro lado del lago) República Democrática de Congo (el borrado Zaire), de quien el Che escribió en sus diarios de guerra que le gustaba más la cerveza y las mujeres que la dura vida de selva y guerrilla.

Al anochecer, desde la soberbia terraza del Hilltop Kigoma Hotel, en donde el alcohol está desterrado por su propietario musulmán, pero se puede jugar al fútbolín entre leones, búfalos y leopardos disecados, la doctora Amaya Pérez Izaguirre, de 40 años, y la enfermera Conchi Abreu, de 34, son capaces de *ver* en las linternas de los pescadores que faenan en el lago las luces de Cangas de Morrazo, las que se divisan desde Vigo parpadeando en la oscuridad al otro lado de la ría. Ambas son de Vigo y trabajan para Médicos sin Fronteras en un proyecto de atención primaria a favor no de los refugiados sino de los tanzanos. A su cargo tienen 15 dispensarios en la provincia de Kigoma. Enamoradas de Tanzania, ambas celebran que a pesar de la pobreza del país se creara en tiempos del socialismo a la africana de Julius Nyerere una nutrida red sanitaria, con enfermeras que, a diferencia de los países del entorno, tienen una formación básica, y elogian la honradez: «A pesar de la miseria en la que viven, nadie roba ni una pastilla». Desde su casa contemplan el lago y recuerdan, sin nostalgia, la ría de Vigo, mientras el mítico transbordador *Liemba*, construido en astilleros alemanes en 1914, trasladado en piezas y ensamblado en Kigoma, hundido tras la Primera Guerra Mundial y reflatado por los británicos, sigue surcando el lago Tanganica entre Tanzania y Zambia, a la espera de que la paz se extienda a la República Democrática de Congo y Burundi para reanudar su deslumbrante ruta.

BUJUMBURA

Sábado, 23 de mayo

Entre Bujumbura y Bubanza el peor tramo transcurre a través de una plantación de altos y frondosos tallos de café a ambos lados de la calzada. El conductor aferra el volante con fuerza, mira fijamente hacia delante y aprieta el acelerador encomendándose a sus propios dioses, que acaso sean también los nuestros. Nosotros también preferimos mirar la alfombra negra de asfalto que se extiende ante el vehículo, como si escudriñar entre las matas de café pudiera volverse una especie de conjuro que convocase mágicamente a la horda de hombres armados dispuestos a todo con tal de darse notoriedad. Michael, mi compañero alemán, sentado también en el asiento trasero, me pregunta si los asaltantes suelen tan sólo llevarse los automóviles y el dinero o también matan

a todo el pasaje. Le digo que no lo sé, que seguramente dependerá del humor que se gasten ese día. Pero pasamos el trago sin novedad y, después de un silencio tenso compartido por el miedo, respiramos y las palabras vuelven a fluir camino de Bujumbura. Es al llegar a los suburbios cuando Tit, el chófer, nos cuenta que su casa fue derribada por el Ejército, porque decían que en su barrio recibían acogida los rebeldes. Cuando le pregunto si es tutsi o hutu, él nos mira a través del espejo retrovisor y sonríe mientras dice: «Salta a la vista». La nariz achatada de los bantúes habla a las claras de su *identidad* hutu, aunque él se apresura a precisar que no cree en ese tipo de distinciones cuando se habla de Burundi.

Domingo, 24 de mayo

De noche, la superficie del lago Tanganica es una cuenca negra e invisible. Pero desde Bujumbura, poco antes del toque de queda, uno puede aspirar la frescura de la orilla y vislumbrar, al otro lado de las aguas dormidas, un parpadeo luminoso que, esta vez, no corresponde a las linternas de los pescadores, sino a la villa congoleña de Uvira. Cuando regreso al hotel, la noche parece un poco más tórrida. Junto al ascensor, una muchacha a la que había observado en el bar me pregunta si puede subir a mi habitación. Le digo que no. Me pregunta por qué. Le respondo que sería largo de explicar. Se le pinta la desilusión en la cara. Le pregunto su nombre: «Marcelline». Sólo después repararé en que se trata de un nombre estrechamente vinculado a André Gide. En mi habitación vuelve a atacarme el virus de la inacción, como otras veces en África. Entonces me siento incapaz de escribir una sola línea. Me resulta imposible abrir el ordenador y hasta los cuadernos azules se me muestran esquivos. Así ha amanecido un largo domingo para poner al día mis cuentas con la escritura.

La tarde empieza a declinar. El sol es menos hiriente, dulcifica la vegetación y alarga las sombras. Llevamos las ventanillas abiertas. Tit conduce con seguridad y sonríe. Parece feliz de llevarme en su coche. Entre Bubanza y Bujumbura se extiende una gran llanura tapizada con una impresionante gama de verdes. Contemplo el atardecer africano y vuelvo a sentir esa profunda emoción de estar otra vez aquí. Es más temprano que el viernes, cuando cruzamos el cafetal de Kiboga. Hay tantos soldados apostados como la víspera, pero no es por eso que esta vez sentimos menos miedo. Dice Leopold S. Senghor, o al menos lo dejó escrito, que «en África no hay fronteras, ni siquiera entre la vida y la muerte». Tal vez en esta turbulenta región de los Grandes Lagos entiendan mejor esa frase. Después de haber visitado en Bubanza el campo de refugiados de Mugunga A y de haber leído en los ojos de Bernardette, de 15 años, completamente sola y conteniéndose para no llorar, la desesperación. Después de haber jugado con los niños, vestidos con harapos o medio desnudos, casi siempre descalzos. Después de haber visto a tres comiendo solos con los dedos en el suelo de una pobrísima cabaña de cañas y barro un parco condumio de harina y alubias. Después de haber vuelto a preguntar a otros por su sufrimiento y por su miedo, al atardecer vamos a una fiesta en una mansión frente al lago Tanganica. Hay más blancos que negros. Hay alcohol en abundancia,

bandejas de comida y una gran piscina en la que nadan entrelazados un muchacho blanco orgulloso de sí mismo y una hermosa muchacha negra que intenta ocultar su azoramiento dejándose en todo momento conducir por él. La música es estridente y banal. Empuño una cerveza y me quedo mirando, como si tomara mentalmente notas sobre la condición humana.

Me había parecido que las nubes y cierto temblor de las ramas anunciaban lluvia. Y así fue: descargó con furia y dejó inundadas y desiertas las calles de Bujumbura, anticipando y haciendo más eficaz el toque de queda.

Lunes, 25 de mayo

Si me asomo a la ventana de mi habitación (la 323) del hotel (el Novotel) apenas diviso el arranque del bulevar de la Uprona (el partido predominantemente tutsi), a oscuras. Las propias luces de mi hotel entresacan sombras fantasmagóricas de los árboles cercanos. No pasa nadie por la calle. El toque de queda se aplica a rajatabla.

Por la mañana hemos asistido en el pueblo de Murwi, en la provincia de Cibitoke, a un reparto de semillas y alimentos a centenares de campesinos hutus bajo una lluvia a veces torrencial (yo, como los otros, y como la mayoría, me puse a cubierto, pero hubo muchos campesinos que aguantaron bajo el aguacero sin moverse, cubriéndose malamente con sacos, cacerolas renegridas y cestas, para no perder su lugar en la cola, y pensé que Simone Weil, sin duda alguna, se hubiera quedado todo el tiempo con ellos). Hablamos con Josephine y María, dos ancianas de «aproximadamente» setenta años, recordando los tiempos de la colonia, cuando tenían «casa y comida» y estaban en paz, añorando al asesinado Melchior Ndadaye, «nuestro presidente», al que votaron y que, tras ser asesinado, les dejó «solas», y de aplaudir, nada más nombrarlo, como si se les hubiera encendido un resorte, a Pierre Buyoya, y al que no temen aunque sea tutsi, «porque busca la paz para todos». Al atardecer celebramos una ilustrativa entrevista con el ministro de Asuntos Exteriores, Luc Rukingama, en quien es manifiesta su animadversión hacia el ex presidente tanzario Julius Nyerere, mediador internacional en la crisis de Burundi, y su inaceptable burla del anterior presidente del país, Sylvestre Ntibantunganya, de quien relató de forma chusca su búsqueda de refugio en una embajada extranjera (en un país donde la muerte se reparte con tanta prodigalidad y donde Ndadaye fue precisamente asesinado por miembros del Ejército que cinco años después siguen impunes). Al ministro le sirvió la huida de Ntibantunganya para negar entre risas que hubiera habido golpe de Estado porque cuando Pierre Buyoya llegó al poder no había nadie al mando. Es mi última noche en la ciudad de Bujumbura, la tercera última noche en los últimos cinco años. La noche tranquila y equívoca de la ciudad tutsi de Bujumbura.

Un cobertizo de hojalata. Varios niños y niñas de diez, once, doce, quince años. En lo alto del edificio pintado malamente, un rótulo: *Murwi*. Lluve de forma torrencial. Los niños se afanan con tablas, hierros, fusiles viejos. Están fabricando un arma rudimentaria. Ensimismados, cantan

canciones de los campesinos burundeses (como esta misma mañana, cuando, hombro con hombro, les ayudamos a retirar un árbol gigantesco derribado por la tormenta sobre la pista de tierra batida). Bajo la lluvia se acerca un capote militar. Al llegar al cobertizo, se descubre. Les pregunta qué tal va el trabajo. Le contestan que muy bien, que ya está casi listo.

—Puedo verlo? —pregunta el militar.

Una niña se lo acerca. Es un fusil que recuerda vagamente a un AK-47 de juguete.

—Vamos a probarlo —dice el militar. Extrae una bala del cargador de su pistola. La lluvia arrecia. Carga el artefacto. —Apartaos un poco —les dice a los niños. Apunta hacia el público, hacia la lluvia torrencial, y dispara. Pequeño fogonazo, gran estruendo que hace que la lluvia cese de repente y pequeña humareda. En el patio de butacas alguien se da por aludido.

—Funciona —dice un civil que se levanta y se oprime el pecho con una gran mancha de sangre. Avanza por el pasillo del patio de butacas mientras el militar y los niños se aproximan al proscenio.

—Díganles para qué sirve —les grita el herido al grupo del escenario.

—Díselo tú, Bernardette —indica el militar. Bernardette se adelanta (tiene el pelo cortado al cero, tal vez quince años, unos ojos grandes y bonitos, viste un vestido verde y lleva al cuello un rosario de color blanco con un crucifijo). Pronuncia las palabras como si fuera un catecismo:

—Me llamo Bernardette, tengo quince años, pertenezco al grupo popular de autodefensa de la comuna de Murwi, provincia de Cibitoke, al noroeste de Burundi, no lejos de la frontera con el antiguo Zaire y con Ruanda, donde operan las milicias de los extremistas hutus de Ruanda y de Burundi, junto a renegados de los ejércitos de Mobutu, Habyarimana e Idi Amín. Soy hutu, pero antes que nada me siento burundesa. Este artefacto no es un juguete, aunque lo parezca. Lo hemos construido con nuestras propias manos. El Ejército nos da diez balas al mes. El fusil tiene un alcance de cincuenta metros, puede matar a una persona y sirve para proteger a nuestra comunidad de los ataques de los radicales hutus que están empeñados en encharcar de sangre Burundi, nuestra patria, y toda la región de los Grandes Lagos. Pero nosotros nos hemos conjurado para evitarlo.

El soldado le pasa la mano por la cabeza y le entrega el fusil. Rompe a llover. El soldado se cubre con la capucha del capote, baja al patio de butacas y se lleva al herido apuntándole con su pistola hasta la butaca en que se encontraba. Se sientan a ver la representación. Los niños juegan a montar guardia bajo el cobertizo. La lluvia arrecia. Cae la noche. Se les oye cantar canciones de los campesinos burundeses en medio del aguacero.

Epílogo

12. Este libro tiene algunas deudas, que en los libros suelen ubicarse bajo el epígrafe «agradecimientos», que es mucho más elegante. Sea también aquí: tengo que agradecer al diario *El País*, donde sigo trabajando a pesar de su mudanza y de la mía, y donde he entregado tanta plusvalía y tanta plusvalía africana he obtenido, la posibilidad de haber viajado a África y el deseo de seguir viajando allí. Las decisiones se toman cuando pueden tomarse, después vienen la biografía y otras casualidades a configurar lo que tal vez somos, o lo que tal vez dejamos que asome para que parezca que somos lo que acaso somos. Mariló Ruiz de Elvira fue una inolvidable jefa de Internacional y me llevó a ese huerto en el que decidí quedarme una buena parte de mi vida. Luis Matías López, su sustituto, fue quien un día me preguntó si quería dedicarme a África y esa pregunta cambió mi vida. Sin el entusiasta respaldo del subdirector Félix Monteiro muchos viajes nunca se hubieran emprendido. Ana Lorite, del servicio de Documentación del diario, se ha quemado unas cuantas pestañas buscándome papeles y ha puesto más devoción de la que su salario prevé en mantenerme perpetuamente al día de todo lo que llega al periódico acerca de África. Ryszard Kapuściński me enseñó a ver lo que de verdad vale la pena, y lo que es un periodista, y lo que no es: me enseñó a no perder de vista eso que a veces los periodistas perdemos de vista: que somos seres humanos y que nada humano nos debe ser ajeno, y que el ser testigos no nos hace más importantes, y que debemos servirnos de esa mirada tan cercana sobre la historia en marcha para entender lo que somos, para intentar contarlos con toda nuestra pasión y con toda nuestra pasión descifrarlos. Anna Soler-Pont encendió una luz en un cuarto oscuro y me embarcó en esta travesía, y Anik Lapointe aceptó el envite y vino a convencerme de que dijera que sí. Gervasio Sánchez, que aparece en estos *Cuadernos* bajo su solo nombre, es un fotógrafo con el que he compartido muchos miedos y muchas horas y pasiones, primero en Sarajevo, donde nos conocimos, y después en África, donde pasamos tal vez el mayor terror de nuestra vida: en Kikwit, acechando al virus Ébola y sus implacables estragos, un enemigo más sutil y por eso más inimaginable que una bala. Cuando volvimos a España estuvimos casi quince días sin tocar ni besar a nuestras novias, por si acaso briznas de virus venían con nosotros, no fuéramos a matar a quien más queríamos. A lo largo del libro transitan infinidad de misioneros y religiosas que me han alojado, dado de comer, hecho confesiones, que han compartido conmigo fe y desesperación, lucidez y desasosiego. No están todos sus nombres, pero sirvan estos signos para volver a estar con ellos porque, de alguna manera, a mí, que perdí la fe porque en un colegio del Opus Dei me enseñaron muy bien el mapa de la doblez y a un Dios incompatible con la compasión y la inteligencia, cuando me encuentro con ellos en África (más dedicados a cambiar el mundo que a

rezar) siento acaso nostalgia de cuando creía y me asalta el deseo de buscar *razones* en Dios (me recuerdan que de niño quise ser misionero, y a veces pienso que el periodismo, a fuerza de dar testimonio de tanto sufrimiento y de tan copiosas injusticias, es una suerte de misión). De hecho me gusta decirles (porque es cierto) que sólo voy a misa en África, porque sus misas me las creo, y algunas devociones africanas son conmovedoras. Me gustaría citar también a varios periodistas que me han enseñado de qué lado están y para qué sirve esta tantas veces infame y algunas veces hermosa profesión: Corinne Dufka, de la agencia Reuters, una de las personas más valientes que conozco; Pedro Rosa Mendes, del diario *Público*; Fabián Ortiz, de la agencia Efe; Caroline Schmidt-Gross, del diario *Tageszeitung*; José Luis Toledano, de *Diario 16*; Azeb Wolde-Giorghis, de la CBC-SRC, radiotelevisión canadiense; Rui Araújo, de la Radiotelevisión Portuguesa; Antonio García Ferreras, Luis Pinar y María Guijarro, de la cadena Ser; Catherine Bond, de la CNN, y los fotógrafos independientes (*freelances*, como Gervasio) Javier Bauluz y Clemente Bernad. Tampoco quisiera olvidar a varias organizaciones no gubernamentales que me han ayudado a moverme y a saber más de lo desconocido y a personas que trabajan para ellas y que son el rostro de una verdad en marcha, la que intenta cambiar el estado de las cosas ahora que los políticos —muchos de ellos— parecen más interesados en perpetuarse en el poder o en alcanzarlo que en cambiar las condiciones de este mundo que se desgarrar por mil costuras: Amnistía Internacional y todos sus voluntarios, porque han demostrado a menudo que hay mucho que hacer y que es mucho lo que se puede hacer; Médicos sin Fronteras (con Samantha Bolton, Isabel Subirós y José Antonio Bastos, por ejemplo); el Alto Comisionado de la ONU para los Refugiados (con Mercedes Sayagués, por ejemplo); el Programa Mundial de Alimentación (con Lola Castro, por ejemplo) y el Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos (con Alfonso Barragués, por ejemplo). Y por supuesto muchos africanos que me han enseñado y ayudado a perseverar en mi secreto camino de tierra roja, como Ajak Bullen Mier, Mohamed Ali Elnaiem Hassan y Yamila Casim Elbashir, de Sudán; Lucrecia Paco, Marinela y Philippe Gagnoux, de Mozambique; Jorge Aniceto Costa, de Guinea Bissau; Kadi Camara, de Costa de Marfil; Alfonso Rosillo, Javier Nogaledo, Germán Arconada y Yayo, burundeses de adopción; Francine y su chófer, Kabila (nada que ver con el liquidador de Mobutu), mis ángeles guardianes de Lubumbashi, cuando Zaire empezaba o volvía a ser Congo, y muchos más que me han acompañado a lo largo de los caminos, sendas, bosques, aguaceros y sombras de Ruanda, Liberia y Suráfrica. Hay más nombres poblando los entresijos de este libro, rostros que acaso olvido y que acaso no recuerdo bastante: como Jorge Uriarte, de la embajada de España en Kinshasa, o John Berger, que no deja de iluminarme desde la Alta Saboya francesa en cada uno de sus libros; Jorge Baliña, que me escoltó por Angola, o Aurelio Moreno y Nikola Vadjon, que siempre me reciben en Luanda; José Luis Gómez Nogueira, *Morgan*, con quien me di de bruces en un bar de Maputo yendo él vestido de *casco azul* después de años sin vernos tras haber compartido aulas de Historia en Santiago de Compostela y haber sido acogido yo en la casa de su inolvidable padre en la ciudad holandesa de Heemskerk, y que en Mozambique me llevó a Inhambane; Lola Mompó, que siempre me arroja en su casa de

Bruselas y que me acompañó hasta la orilla del aeropuerto cuando iba hacia el genocidio de Ruanda con la angustia pintada en la cara, y Rogelio López Vélez, empeñado en que me ponga todas las vacunas y dispuesto a cuidarme todo lo necesario para que le cure, viajando en su nombre a África, de la nostalgia que le muerde como un cangrejo. Aunque parezca extraño traerlos hasta este muelle africano, quisiera que estuvieran presentes, mezclados con esta tinta hecha de lluvia y de tierra roja, mis padres, Ángel y Adelina, a quienes tanto les cuesta entender que vuelva una y otra vez a África, a ponerme en peligro por un anhelo que se ha convertido en un imán para vivir, y por supuesto mi abuela Emilia, que seguramente me observa desde el viejo peral de Coia, entre los agapantos, y la tierra roja y apisonada de la vieja bodega donde empezó la infancia, los deseos y los sueños, una rara razón para perseguir palabras y el curso indescifrable de la vida.

13. Sería de ingratos no reconocer la ingente aportación de datos, informaciones, pistas y claves que han nutrido crónicas y reportajes, o la sustancia para descifrar un territorio intrincado y lleno de sombras. He aquí algunas de esas fuentes que tanto me han ayudado a intentar ir más allá: las historias de África publicadas por la Unesco y por la Universidad de Cambridge; la *New Encyclopaedia Britannica*; *Africa In a Shoestring*, de Geoff Crowther, la estupenda guía de Lonely Planet; *Dictionary of Africa Since 1960*, de Fontana Press; *L'Afrique et L'Europe, Atlas du siècle XX*, editado por Complexe; los densos volúmenes de *Afrique Contemporaine*, editados por La Documentation Française; los informes de Amnistía Internacional, Human Rights Watch, Médicos sin Fronteras, Unicef y Cruz Roja Internacional; *Le Monde Diplomatique* y *Jornal de Letras, Artes e Ideias*; las agencias de noticias Efe, Reuters y France Presse; el World Service de la emisora de radio BBC; los informes del Centro de Investigación para la Paz (CIP) y del Centro de Información y Documentación Africanas (CIDAF); las revistas *Mundo Negro*, *The Economist* (con sus impagables *country reports*, editados por The Economist Intelligence Unit), *New African* y *Jeune Afrique*, los diarios *The Guardian*, *Le Monde*, *Libération*, *Público*, *Financial Times* e *International Herald Tribune*, y los números cuajados de información de *Africa Confidential* y *Africa Research Bulletin*, amén de los imprescindibles volúmenes anuales *Africa. South of the Sahara*, editados por Europa Publications Limited.

14. Algunos autores, algunos libros, algunas sendas. Chinua Achebe (*Todo se desmorona*, Ediciones del Bronce. Traducción: José Manuel Álvarez Flórez. Barcelona, 1997); Eduardo Agua-lusa (*Estação das chovas*, Dom Quixote. Lisboa, 1996); John Berger (*El sentido de la vista*, Alianza Editorial. Traducción: Pilar Vázquez. Madrid, 1990); Pierre Bertaux (*Africa. Desde la prehistoria hasta los años sesenta*, Siglo XXI. Traducción: Manuel Ramón Alarcón. Madrid, 1991); Colette Braeckman (*Le dinosaure. Le Zaire de Mobutu*, Fayard. París, 1992; *Rwanda. Histoire d'un génocide*, Fayard. París, 1994, y *Terreur africaine. Burundi, Rwanda, Zaire: les racines de la violence*, Fayard. París, 1996); Albert Camus (*Obras I. El revés y el derecho, Nupcias, El extranjero, El mito de Sísifo, Calígula y Carnets 1*, Alianza Editorial. Traducción:

Alberto Luis Bixio, Rafael Chirbes, José Ángel Valente, Luis Echávarri, Aurora Bernárdez y Eduardo Paz Leston. Madrid, 1996); Colectivo Helio (*La encrucijada de Guinea Ecuatorial*, Incipit. Toledo, 1997); Joseph Conrad (*El corazón de las tinieblas*. Alianza Editorial. Traducción: Araceli García Ríos e Isabel Sánchez Araujo. Madrid, 1976); José Luis Cortés López (*Historia contemporánea de África: de Nkrumah a Mandela*, Mundo Negro. Madrid, 1995); Guy Debord (*A sociedade do espetáculo*, Mobilis in mobile. Traducción: Francisco Alves y Alfonso Monteiro. Lisboa, 1991); Leo Frobenius (*El Decamerón negro*, Alianza Editorial. Traducción: J. R. Pérez Bances. Madrid, 1986); João Paulo Guerra (*Memória das guerras coloniais*, Edições Afrontamento. Lisboa, 1994); Ferran Iniesta (*El planeta negro. Aproximación histórica a las culturas africanas*, Los libros de la catarata. Madrid, 1992); Sousa Jamba (*Patriotas*, Cotovia. Lisboa, 1991); Mbuyi Kabunda (*Las ideologías unitaristas y desarrollistas en África*, Acidalia. Barcelona, 1997); Ryszard Kapuściński (*El emperador*, Anagrama. Traducción: Agata Orzeszek y Roberto Mansberger. Barcelona, 1989, y *La guerra del fútbol y otros reportajes*, Anagrama. Traducción: Agata Orzeszek. Barcelona, 1992); Gustav Janouch (*Conversaciones con Kafka*, Destino. Traducción: Rosa Sala. Barcelona, 1997); Bogumil Jewsiewicki (*Naitre et mourir au Zaïre*, Karthala. París, 1993); Manu Leguineche (*La tribu*, Espasa Calpe. Madrid, 1996); António Lobo Antunes (*Os cus de Judas*, Dom Quixote. Lisboa, 1994); Bernard Lugan (*Histoire du Rwanda. De la préhistoire à nos jours*, Bartillat. París, 1997); Colin McEvedy (*The Penguin Atlas of African History*, Penguin. Londres, 1980); Emile Mworoha (*Histoire du Burundi. Des origines à la fin du XIX siècle*, Hatier. París, 1987); Marcel Niemegeers (*Les trois défis du Burundi*, L'Harmattan. París, 1995); Kabamba Nkamany (*Pouvoirs et idéologies tribales au Zaïre*, L'Harmattan. París, 1997); Roland Oliver y Anthony Atmore (*África desde 1800*, Alianza Editorial. Traducción: Carlo A. Caranci. Madrid, 1997); Roland Oliver y J. D. Fage (*A Short History of Africa*, Penguin. Londres, 1990); Pepetela (*Muana Puó*, Dom Quixote. Lisboa, 1995); Simone Pétrement (*Vida de Simone Weil*, Trotta. Traducción: Francisco Díez del Corral. Madrid, 1997); Bernard Piniau (*Congo-Zaïre, 1874-1981. La perception du lointain*, L'Harmattan. París, 1992); Richard Preston (*Zona caliente*, Emecé. Traducción: Antonio Desmots Gutiérrez. Barcelona, 1994); Gérard Prunier (*The Rwanda Crisis. History of a Genocide*, Hurst & Company. Londres, 1996); Javier Reverte (*El sueño de África. En busca de los mitos blancos del continente negro*, Anaya & Mario Muchnik. Barcelona, 1996, y *Vagabundo en África*, El País-Aguilar. Madrid, 1998); Filip Reyntjens (*L'Afrique des grands lacs. Rwanda-Burundi: 1988-1994*, Karthala. París, 1994); Peter Scholl-Latour (*Mort sur le grand fleuve. Du Congo au Zaïre, chronique d'une indépendance*, France Loisirs. Traducción: Jean-Claude Capèle. París, 1988); Wole Soyinka (*El hombre ha muerto*, Alfaguara. Traducción: Barbara McShane y Javier Alfaya. Madrid, 1986); Ricardo Teixeira Duarte y João Manuel Ferraz (*Máscaras*, Museo Nacional de Arte. Oporto, 1992), y Jean-Claude Willame (*Banyarwanda et Banyamulenge*, L'Harmattan. París, 1997).

15. En su minuciosa biografía de Simone Weil, escribe su amiga Simone Pétrement: «[S. W.] quiere también mostrar que, en su sentido moral, eso que se llama barbarie no es algo sólo propio de ciertas épocas o de ciertos pueblos. “Propongo que consideremos la barbarie como un carácter permanente y universal de la naturaleza humana, que se desarrolla más o menos según las mayores o menores posibilidades que las circunstancias le brinden [...]. Y hasta propongo este postulado: siempre se es bárbaro respecto de los débiles”».

Poco más adelante, hablando de la *Iliada* y del Evangelio, Simone Weil asegura que «sólo es posible amar y ser justo cuando se conoce el imperio de la fuerza y se es capaz de no respetarlo», y añade su biógrafa: «Simone compara brevemente esta actitud con la de los romanos y la de los judíos: «Los romanos despreciaban a los extranjeros, a los enemigos, a los vencidos, a sus súbditos, a sus esclavos [...]. Los judíos consideraban la desgracia como signo del pecado y por tanto como legítimo motivo de desprecio; para ellos, sus enemigos eran objeto del horror del propio Dios [...], lo que hacía de la crueldad algo permitido e incluso indispensable [...] Romanos y judíos fueron admirados, leídos, imitados, citados siempre que había que justificar un crimen, durante siglos de cristianismo». Después de haber asistido en África a escenas de una barbarie tal que durante mucho tiempo mi única respuesta fue el silencio, el estremecimiento y la incapacidad de reaccionar, poco a poco voy encontrando argumentos para encajar en un continente humano lo que he visto. No me bastan el marxismo ni descifrar las estrategias del imperialismo para entender el alma humana en toda su complejidad. A veces, en nuestro afán por comprender caemos en disculpas y paternalismos que hacen del continente negro un lugar para la evacuación no sólo de nuestra mala conciencia sino de nuestra supuesta magnanimidad.

16. En su libro *Conversaciones con Kafka*, escribe Gustav Janouch: «Durante la época de mis primeras visitas al doctor Kafka, era frecuente que yo reaccionara a muchas de sus declaraciones con la pregunta, mezcla de admiración y de sorpresa: “¿De verdad?”. Al principio, el doctor Kafka sólo respondía a ella con un breve asentimiento. Pero cuando ya hacía más tiempo que nos conocíamos y vio que yo continuaba empleando esta pregunta estereotipada para expresar mi asombro, me dijo en una ocasión:

»—Haga el favor de evitar esa pregunta. Sólo con esa frase me pone en evidencia una y otra vez. Me hace darme cuenta de mi incapacidad. Y es que la mentira es un arte que, como cualquier otro, requiere de todas las fuerzas del hombre. Hay que entregarse a ella por completo; es preciso creerse primero la propia mentira, ya que sólo así se podrá convencer de ella a los demás. La mentira necesita el fuego de la pasión. Sin embargo, con eso descubre más de lo que oculta y ése es un lujo que no me puedo permitir. Por eso para mí sólo cabe un escondite: la verdad.

»De entre sus labios entreabiertos surgió una risa maliciosa y susurrante. También yo me reí, pero la mía fue una risa apagada, de compromiso, ya que en el fondo me avergonzaba de mí mismo por lo superficial que había sido hasta entonces mi lenguaje al hablar con Kafka. Mi vergüenza se veía agravada por la circunstancia de que poco antes me había dicho:

»—El lenguaje es el ropaje de lo indestructible que hay en nosotros; un ropaje que nos sobrevive».

17. *Final*. No he buscado la desgracia, no la he buscado conscientemente, como si la pulsión de muerte me arrastrara para convertir mi vida en algo fácilmente dibujable, con un sentido, una caligrafía precisa que permitiera reconocer o darle una exacta motivación a la existencia. Este camino de tierra roja que sólo ahora empiezo a vislumbrar acaso estaba enterrado en mi interior, en mis sueños de niño, aunque jamás entonces pensé que parte de mi vida y de mis pasiones más hondas iban a transcurrir en África, y en las facetas más oscuras e inextricables de África, en las más cercanas al dolor y al fracaso humano. No quiero cerrar este libro con una invocación que no me corresponde, en parte porque tanto África como mi propia vida son cuadernos que desbordan cualquier cuaderno, y por supuesto todavía no están escritos, y probablemente nunca lleguen a estar escritos. Yo no sé si después de la lectura de estas páginas alguien podrá sacar la conclusión de que hay razones poderosas para seguir luchando por cambiar un estado de cosas que a menudo parece imposible corregir. Me ha ocurrido varias veces, y a lo largo de estas páginas aparece en alguna ocasión: ese deseo de no tener que volver a acercarme a la desgracia. En cualquier caso, acercamientos efímeros. En Ruanda, en abril de 1994, me enfrenté sin ningún tipo de preparación a la muerte en uno de sus grados más exasperados. Cuando vi que en medio de aquella ciénaga de cadáveres había un brazo que se movía como implorando compasión del fondo de mi camino de tierra roja extraje una voz débil y bastante cobarde que pidió a un capitán sin dudas que le prestáramos ayuda. Pero enseguida encontré un asidero para no meterme en aquel lugar de sangre ni zafar a aquel brazo y al cuerpo que lo movía mecánicamente de la tenaza de la muerte. Ese brazo y esa señal me persiguen hasta aquí, hasta estas páginas finales, que quieren entender qué significa el genocidio ruandés de 1994, qué significa esta barbarie, precisamente lo que he tratado de explicar en mis artículos y de explicarme en mis diarios. Entonces me quedé casi mudo, incapaz de hablar de verdad de lo que me ocurrió. El dolor no ha desaparecido, y las preguntas, las mismas preguntas, siguen golpeando contra el frontón de la verdad. Por eso sigo abriendo las páginas de los libros como quería mi farero Franz Kafka: como quien emplea un pico para romper el bloque de hielo que cubre nuestro cerebro. Sigo teniendo miedo, pero sigo volviendo aunque a menudo me gustaría no tener que volver, o dormir y no tener que despertar a este mundo tan sucio y tan incorregible. Por eso encuentro luces fugaces, el haz de un faro que ilumina un fragmento de mar y nos hace sospechar que acaso hay un camino en medio de la noche. Simone Weil pasó los últimos días de su vida tratando de que la enviaran a la Francia ocupada para compartir la desgracia de sus compatriotas. Sufría atrozmente por no poder hacer realidad su deseo de mezclarse con la desgracia y el peligro. Dice Simone Pétrement en su biografía de la autora de *La gravedad y la gracia*: «Deseaba, pues, la desgracia, pero al mismo tiempo que esa desgracia procediera de la necesidad. Quizá alguien diga que no quería la desgracia. Personalmente, me parece innegable que la buscó. No, desde luego, por el gusto de la desgracia. Sino en primer lugar

por necesidad de justicia. Puesto que en el mundo existe la desgracia, le resultaba insoportable no tener su cuota de ella; y sobre todo creía que hay que participar en ella para poder comprender de qué manera se puede realmente remediarla. Por lo demás, posteriormente pensará que sólo la desgracia puede hacer conocer la verdad de la existencia, la verdad completa y absoluta». Tal vez por eso vuelva sin cesar a África, a ese camino de tierra roja que va desde la bodega de mi abuela Emilia al corazón de unas tinieblas que no se disipan, pero que alumbran como el fósforo.

TERMINADO EN MADRID UN DÍA AFRICANO DEL MES DE JULIO DE 1998.

Siglas, acrónimos y extranjerismos más frecuentes

CDR: Coalición para la Defensa de la República (Ruanda)

FNLA: Frente Nacional de Liberación de Angola

FPR: Frente Patriótico Ruandés

Frelimo: Frente de Liberación de Mozambique

interhamwe: ‘los que atacan, o matan, juntos’,

milicia juvenil del Movimiento Republicano Nacional para la Democracia y el Desarrollo (MRND)

MPLA: Movimiento Popular de Liberación de Angola

Renamo: Resistencia Nacional de Mozambique

sharia: ‘ley islámica’

SPLA: Ejército Popular de Liberación de Sudán

UNITA: Unión Nacional para la Independencia Total de Angola

yihad: ‘guerra santa islámica’

Mapas

África

Ruanda

Ruanda y Burundi

Burundi

Angola

Mozambique

Somalia

Kenia

Sudán

Zaire

Angola

Sierra Leona

Mapas Liberia

Burundi

Liberia

Ruanda

Zaire, Ruanda y Burundi

Suráfrica

Rep. Dem. de Congo

Congo-Brazzaville

Angola

Somalilandia

Tanzania

Referencias de los artículos de «El País»

PRIMER CUADERNO (1994)

- Ruanda se ahoga en sangre... (viernes 15 de abril)
- Cosecha de muerte en Gikoró (viernes, 15 de abril)
- El corazón del horror late en Ruanda (miércoles, 20 de abril)
- Nazismo tropical (domingo, 19 de junio)
- La muerte en directo (domingo, 31 de julio)
- Niños de Ruanda. Alumnos de la muerte (domingo, 25 de septiembre)
- El corazón de Burundi (lunes, 26 de septiembre)
- Angola, la guerra olvidada (miércoles, 19 de octubre)
- La *candonga* de Luanda (sábado, 22 de octubre)
- La antigua guerrilla Renamo boicotea las elecciones... (viernes, 28 de octubre)
- Pan y teatro en Mozambique (jueves, 3 de noviembre)
- Mozambique. Una esperanza africana (domingo, 27 de noviembre)

SEGUNDO CUADERNO (1995)

- Adiós a Mogadiscio (viernes, 3 de marzo)
- Mad Max contra Blade Runner en Somalia (martes, 7 de marzo)
- David y Hava luchan a muerte por Sudán (domingo, 2 de abril)
- Sudán marca el paso en el nombre de Alá (martes, 4 de abril)
- La selva sudanesa, en armas (viernes, 14 de abril)
- Zona caliente en Kikwit (domingo, 21 de mayo)
- A la caza del Ébola (martes, 23 de mayo)
- Algo más que Dios (domingo, 4 de junio)

TERCER CUADERNO (1996)

- El interminable crujido de Africa (domingo, 28 de abril)
- Angola se columpia en el abismo (lunes, 13 de mayo)
- Asesinato en Monrovia (miércoles, 15 de mayo)
- El sueño imposible de Liberia (domingo, 19 de mayo)
- Apartheid* a la burundesa (domingo, 4 de agosto)
- Monrovia trata de sacudirse sus cenizas (viernes, 20 de septiembre)

Los olvidados de Tubmanburg (domingo, 22 de septiembre)
15.709 USB Radio Wojtyla (martes, 12 de noviembre)
Vuelva usted mañana en Banyamulenge (sábado, 16 de noviembre)
Más de medio millón de hutus... (domingo, 17 de noviembre)
La última batalla de los genocidas ruandeses (lunes, 18 de noviembre)
Teatro para reconstruir Ruanda (inédito)
La casa común del hutu y del tutsi (jueves, 21 de noviembre)

CUARTO CUADERNO (1997)

Las manos sucias de la iglesia en Ruanda (domingo, 9 de enero)
El último «dinosaurio» africano (sábado, 17 de mayo)
Luces y sombras de Laurent Kabila (domingo, 18 de mayo)
El lento despertar de la diplomacia surafricana (sábado, 7 de junio)
Mbuji Mayi: Miseria y diamantes para la eternidad (domingo, 6 de julio)
Rivalidades étnicas y lucha por el poder... (sábado, 14 de junio)
Españolas de dos Congos (domingo, 15 de junio)
El *maelström* de un continente (inédito)
El saqueo de Angola (jueves, 9 de octubre)
José Eduardo Agualusa... (lunes, 27 de octubre)
El nuevo Congo se desencanta a marchas forzadas (jueves, 16 de octubre)

QUINTO CUADERNO (1998)

Somalilandia quiere volver a retocar el mapa de África (domingo 15 de marzo)
La belleza amputada (domingo, 19 de julio)
Visión de la ría de Vigo en el lago Tanganica (inédito)



Ruanda. Aeropuerto de Kigali (abril, 1994)

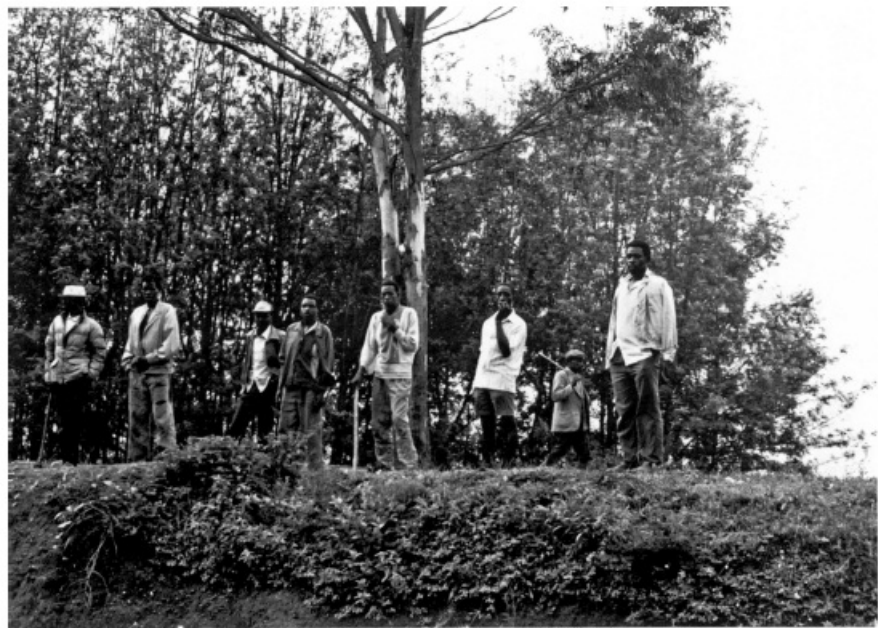


Ruanda (abril, 1994)





Ruanda (abril, 1994). Soldados italianos de la base de La Spezia, enviados a Ruanda para evacuar a ciudadanos occidentales





Gikoró, Ruanda (abril, 1994)



Gikoró, Ruanda (abril, 1994)



Gikoro, Ruanda (abril, 1994)







Gikoró, Ruanda (abril, 1994)

Cuadernos africanos
Alfonso Armada

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Alfonso Armada

© Alfonso Armada, 1998, 2002, 2019

© del prólogo: Pedro Rosa Mendes, 2002

© de las fotografías: Alfonso Armada / El País, 2002

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019

Ediciones Península

Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril 2019

ISBN: 978-84-9942-807-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

PENÍNSULA [ODISEAS]

Alfonso
Armada
Cuadernos
africanos

